

Poemas:
Michael Williams

Cántico de Kitiara

Kitiara, de todos los tiempos, éstos son
los que agitan la noche, la espera, el lamento.

Las nubes ensombrecen la ciudad mientras escribo,
congelando el pensamiento y la luz, haciendo que las calles
se suspendan entre el día y la negrura. He esperado
más allá de decisiones, más allá del corazón en penumbra,
para hablarte como ahora lo hago.

En la ausencia creciste
más hermosa, más ponzoñosa. Eras
esencia de orquídeas en la ondulante noche
en que la pasión, cual tiburón arrastrado por un río de sangre,
mata los cuatro sentidos, sólo el paladar preservando
para, doblado sobre sí mismo, hallar su propia savia
en una liviana herida, y yo, al igual que el tiburón, degusto
unas entrañas desgarradas en el largo túnel de mi garganta;
más, aun sabiéndolo, siento que la noche conserva su riqueza,
convertida en una manopla de deseos que me llevan a una paz
donde me confundo en un vano embrujo, y estrecho en mis brazos
la tiniebla consagrada por el placer.

Pero la luz,

la luz, Kitiara mía, cuando el sol
las lluviosas callejas ilumina y el aceite
de los empañados faroles reverbera en el agua por el astro azotada,
difuminando la claridad en mil arco iris... La luz que me levante
y, aunque vuelva la tormenta a enseñorearse,
pienso en Sturm, Laurana y los otros,
pero más que nadie en Sturm, que puede ver el sol
a través de la bruma y el manto de nubes. ¿Cómo abandonarlos?

Y así, en la sombra,
no tu sombra sino la agitada y gris penumbra,
ansioso de luz, ahuyento la tormenta.

El hombre eterno.

—¡Fíjate, Berem, aquí hay un camino. ¡Qué extraño! Tantas veces como hemos cazado en estos bosques y nunca lo habíamos visto antes.

—No es tan extraño. El fuego ha quemado los matorrales cercanos, eso es todo. Lo más probable es que se trate de una senda de animales.

—Sigámosla. Si es como tú dices, quizá encontremos un ciervo. Hemos estado cazando todo el día sin cobrar una sola pieza, y detesto volver a casa con las manos vacías.

Sin aguardar mi respuesta, ella se interna en la senda. Me encojo de hombros y voy tras sus pasos. Es agradable estar al aire libre en un día como éste, el primero caldeado después del gélido invierno. El tibio sol acaricia mi cuello y mi espalda. Además, es

fácil caminar por un bosque que ha sido asolado por el fuego. No hay trepadoras en las que enredarse, ni arbustos que deshilachen la ropa. Se divisa un relámpago, posiblemente el último vestigio de la postrera tormenta.

Pero avanzamos durante largo rato y empiezo, al fin, a agotarme. Ella se equivoca y yo también. No seguimos una senda animal sino un camino abierto por el hombre hace ya muchos años. No encontraremos piezas de caza, y el día concluirá como se ha iniciado. El fuego y luego el penoso invierno mataron a los animales o los ahuyentaron. Esta noche no cenaremos carne fresca. Seguimos caminando. El sol brilla alto en el cielo. Me siento cansado, hambriento. No hay rastro de criaturas vivas.

—Regresemos, hermana. No hay nada aquí...

Ella se detiene y suspira. Está acalorada, cansada y cunde en su ánimo el desaliento, puedo sentirlo. Además, su delgadez es extrema. Trabaja demasiado desempeñando tareas tanto de hombre como de mujer. Sale a cazar cuando debería permanecer en casa y recibir el homenaje de sus pretendientes. Creo que es hermosa y, aunque dicen que nos parecemos, quienes así lo afirman se equivocan. Lo que ocurre es que nos mantenemos más unidos que otros hermanos. Pero no podía ser de otro modo, nuestra vida ha sido tan dura...

—Supongo que tienes razón, Berem. No he visto señales de... Aguarda, hermano, y mira frente a ti. ¿Qué es aquello?

Veo un brillante resplandor, un enjambre de colores que bailan bajo el sol como si todas las joyas de Krynn se hubieran amontonado en un cesto.

—¡Quizá sean las puertas de arco iris! —exclama con los ojos desorbitados.

¡Qué pueril idea! Me río de su imaginación, pero echo a correr sin poder evitarlo. Es difícil darle alcance pues, aunque soy muy fuerte y corpulento, ella posee la agilidad de un ciervo.

Llegamos a un claro del bosque. Si el relámpago ha azotado esta espesura, aquí es donde debió infligir la herida. El terreno circundante aparece socarrado y yermo. Advierto que se erguía un edificio en el paraje por las columnas quebradas y en ruinas que surgen del ennegrecido suelo, como huesos que sobresalieran a través de la carne consumida. Un ambiente opresivo envuelve el lugar. Nada crece en él, ni han nacido nuevos brotes en muchas primaveras. Quiero alejarme, pero no puedo.

Ante mis ojos se despliega la escena más hermosa, más fantástica, que nunca concebí ni siquiera en sueños... Un fragmento de columna con incrustaciones de joyas. Nada sé de gemas, pero comprendo que poseen un valor superior al que cabe imaginar. Mi cuerpo entero se estremece cuando, acelerando el paso, me arrodillo junto a la chamuscada roca y la limpio del polvo acumulado.

Ella se arrodilla a mi lado.

—¡Berem, qué maravilla! ¿Habías visto antes algo parecido? Tan bellas alhajas en un sitio tan espantoso! —escudriña su entorno y la siento temblar—. Me pregunto qué

sustentarían estas columnas. Flota en el aire una extraña solemnidad, un halo sagrado... aunque también teñido de maldad. Debió ser un templo de antes del Cataclismo, un templo en honor de los dioses perversos. Berem, ¿qué haces?

He desenfundado mi cuchillo de caza para rebajar la piedra en tomo a una de las joyas, una rutilante gema verde tan grande como mi puño que despide rayos más deslumbradores que los del sol al traspasar las frescas hojas. La roca cede fácilmente bajo mi afilado acero.

—¡Detente, Berem! —me ordena con vehemencia—. ¡Estás cometiendo una profanación! Este lugar ha sido consagrado a un dios, lo presiento.

Palpo el frío cristal de la gema, pero parece arder con un verdoso fuego interior. Ignoro sus protestas.

—¡Vamos! Antes has afirmado que era la puerta del arco iris. Tienes razón, hemos hallado nuestra fortuna tal como reza la antigua leyenda. Si este templo se edificó en honor de los dioses, sin duda lo abandonaron hace años. Mira a tu alrededor, no hay más que escombros. Si hubieran querido preservarlo, lo habrían protegido de los elementos. A los dioses no les importará que me adueñe de algunas de estas joyas.

—¡Berem! —vibra el temor en su voz. Está asustada, pobre y necia muchacha. Empieza a irritarme. Casi he liberado la gema, puedo moverla en su engarce.

—Mira, Jasla —tiemblo de excitación, apenas consigo articular las palabras—, tras el incendio y el duro invierno, nos hemos quedado sin sustento. Estas joyas nos proporcionarán en el mercado de Gargath dinero suficiente para marcharnos de este lugar maldito. Nos trasladaremos a una ciudad, quizá a Palanthas. Siempre has deseado conocer las maravillas que encierra.

—¡No, Berem, te lo prohíbo! ¡Esto es un sacrilegio! Su tono se ha tornado más firme. ¡Nunca antes la había visto así! Por unos momentos titubeo, me retiro de la resquebrajada columna de piedra y su arco iris de joyas. También yo empiezo a percibir algo inquietante, maléfico, en el paraje. ¡Pero las gemas son tan hermosas! Contemplo ensimismado los fúlgidos destellos que irradian bajo la luz del sol. No hay aquí ningún dios dispuesto a reclamarlas, capaz de echarlas de menos incrustadas en esta vieja columna rota y a punto de desmoronarse.

Estiro el brazo para acabar de arrancarla de la piedra con mi cuchillo. Es tan intenso su verde cristal, brilla con tal vivacidad cuando los rayos solares se filtran a través de las nuevas hojas de los árboles...

—¡Berem, detente! Su mano me sujeta con fuerza, sus uñas se clavan en mi carne. Duele... Me enfurezco y, como suele ocurrir cuando se apodera de mí este sentimiento, se empaña mi vista y me invade una ola sofocante. El corazón me late en la cabeza hasta que mis ojos parecen saltar de sus cuencas.

—¡Déjame tranquilo! —ruge una voz... ¡La mía!

Le doy un empujón Ella cae.

Todo sucede despacio. Jasla cae para no volver a incorporarse. No era ésa mi intención, trato de atraparla... mas no consigo moverme. Se desploma contra la columna. Sangre, sangre...

—Jas —susurro, alzándola entre mis brazos.

No me contesta. La sangre cubre las joyas, que dejan de destellar. También sus ojos pierden su brillo. Se ha extinguido la luz...

De pronto se abre la tierra y brotan más columnas del socarrado y yermo suelo, alzándose en el aire en gráciles, espirales. La penumbra lo invade todo y siento un punzante dolor en mi pecho...

—¡Berem!

Maquesta se hallaba en la cubierta de proa, mirando iracunda a su timonel. —Berem, ya te he avisado que se acerca un huracán y quiero que se aseguren las escotillas de la nave. ¿Qué haces aquí, con la vista perdida en el océano? ¿Acaso haces prácticas para convertirte en un monumento? ¡Muévete, holgazán, no pago buenos salarios a las estatuas!

Berem se sobresaltó. Palideció su rostro, y tanto se encogió su cuerpo ante la irritación de Maquesta, que la capitana del Perechon tuvo la sensación de haber desatado su ira sobre un niño indefenso.

No es otra cosa —se recordó a sí misma con tristeza. Pese a tener cincuenta o sesenta años, pese a ser uno de los mejores timoneles con los que nunca había navegado, su mente no había superado la infancia.

—Lo lamento, Berem —se disculpó Maq con un suspiro No quería gritarte. Es culpa de la tormenta, me pone nerviosa. Vamos, no me mires de ese modo. ¡Cuánto desearía que pudieras hablar! Me gustaría saber qué pensamientos agitaban tu mente, si es que tales pensamientos existen. Pero no importa, cumple con tu deber y baja a cobijarte. Debes acostumbrarte a permanecer acostado en tu camastro durante unos días, hasta que se aleje el huracán.

Berem esbozó una sonrisa, tan sincera y cándida como la de un niño. Maquesta se la devolvió y meneó la cabeza, antes de dar media vuelta para cavilar sobre las medidas que debía tomar si deseaba preparar su amada nave frente al ciclón que se avecinaba. Vio por el rabillo del ojo cómo Berem bajaba torpemente la escalerilla, pero se olvidó de él cuando su primer oficial se acercó para informarle de que había encontrado a casi todos los miembros de la tripulación y que una tercera parte de ella estaba tan ebria que su ayuda sería inútil.

Berem se tendió en la hamaca que se hallaba en la cabina común del Perechon, y que se balanceó violentamente cuando los primeros vientos del huracán azotaron la nave. En ese instante la embarcación acababa de fondear en el puerto de Flotsam, en el Mar

Sangriento de Istar. Colocando sus manos, unas manos demasiado juveniles para un humano entrado en la cincuentena, debajo de su cabeza, el timonel alzó la mirada hacia el fanal que se mecía suspendido de las planchas de madera.

—¡Fíjate, Berem, aquí hay un camino! ¡Qué extraño! Tantas veces como hemos cazado en estos bosques y nunca lo habíamos visto antes.

—No es tan extraño. El fuego ha quemado los matorrales cercanos, eso es todo. Lo más probable es que se trate de una senda de animales.

—Sigámosla. Si es como tú dices, quizá encontremos un ciervo. Hemos estado cazando todo el día sin cobrar una sola pieza, y detesto volver a casa con las manos vacías. Sin aguardar mi respuesta, ella se interna en la senda. Me encojo de hombros y voy tras sus pasos. Es agradable estar al aire libre en un día como éste, el primero caldeado después del gélido invierno. El tibio sol acaricia mi cuello y mi espalda. Además, es fácil caminar por un bosque que ha sido asolado por el fuego. No hay trepadoras en las que enredarse, ni arbustos que deshilachen la ropa. Se divisa un relámpago, posiblemente el último vestigio de la postrera tormenta

Libro 6



Capítulo 1

Huida de la oscuridad a las tinieblas

El oficial del ejército de los Dragones descendió despacio la escalera del segundo piso de la posada «La Brisa Salada». Era pasada la medianoche y la mayoría de los huéspedes se habían acostado. El único sonido que podía escuchar era el fragor de las olas al romper contra las rocas de la Bahía Sangrienta.

Se detuvo en el rellano para lanzar una rápida y escrutadora mirada a la sala que se extendía a sus pies. Estaba ocupada únicamente por un draconiano, que yacía atravesado sobre una mesa y roncaba estrepitosamente en un ebrio estupor. Las alas del hombre-dragón vibraban con cada ronquido, mientras la mesa de madera crujía y se balanceaba bajo su peso.

Los labios del oficial se retorcieron en una amarga mueca, pero siguió descendiendo. Vestía la acerada armadura de escamas de dragón que imitaba la auténtica, la que lucían los Señores de los Dragones. Un yelmo cubría su cabeza y su rostro de modo tan hermético que resultaba difícil reconocer sus rasgos. Lo único visible bajo la sombra que proyectaba el casco era una barba parda que ponía de manifiesto su condición de humano.

Ya al pie de la escalera se detuvo de forma abrupta, al parecer perplejo ante la imagen que ofrecía el posadero aún despierto y bostezando sobre sus libros de cuentas. Tras saludarle con una leve inclinación de cabeza, se dispuso a abandonar el local sin pronunciar palabra, pero el hospedero formuló una pregunta que le impidió cumplir su propósito.

—¿Esperáis esta noche a la Señora?

El oficial hizo una pausa para girarse, aunque manteniendo el rostro apartado, y empezó a ajustarse un par de guantes. Reinaba un frío punzante en el aire pues la ciudad, de Flotsam se hallaba inmersa en una tempestad más violenta que nunca desde su asentamiento en la costa tres siglos atrás.

—¿Con este tiempo? —gruñó—. Me parece poco probable. Ni siquiera los reptiles voladores pueden surcar estos vientos huracanados.

—Cierto, la noche no invita a salir ni a hombres ni a bestias —asintió el posadero, antes de observarlo con expresión taimada y añadir—: ¿Qué asunto os lleva a merodear por las calles en plena tempestad?

—No creo que sea asunto tuyo lo que haga o deje de hacer —respondió el interpelado, lanzando una mirada poco amistosa al curioso hospedero.

—No os ofendáis, no pretendía molestaros —se apresuró a disculparse el tosco individuo, a la vez que alzaba los brazos para detener un esperado manotón—. Sólo quería saberlo por si la Señora del Dragón regresa y os echa de menos; de ese modo podría informarle de vuestro paradero.

—No será necesario. Le he dejado una nota... explicando, mi ausencia. Además, volveré antes de que amanezca. Necesito tomar el aire, eso es todo.

—¡No lo dudo! —exclamó el posadero con una pícaro sonrisa—. No habéis abandonado su alcoba durante tres días, o quizá debería decir durante tres noches. No os enfurezcáis conmigo —suplicó al ver que el rubor encendía los pómulos de su interlocutor debajo del yelmo—, admiro a un hombre que, como vos, ha logrado tenerla satisfecha durante tanto tiempo. ¿Dónde ha ido?

—La Señora del Dragón ha recibido órdenes de solucionar un problema surgido en el este, cerca de Solammia. Pero yo en tu lugar no indagaría tanto.

—¡No, no! —se excusó de nuevo el hospedero—. Por supuesto que no. En cualquier caso, os deseo un feliz paseo... ¿cómo os llamáis? Ella nos presentó, pero no oí bien vuestro nombre.

—Tanis —contestó el enigmático personaje con voz queda—. Tanis el semielfo. Buenas noches.

Con una seca inclinación de cabeza dio un último tirón de sus rígidos guantes y, arrojándose en su capa, abrió la puerta de la posada para internarse en la tormenta. El vendaval azotó la estancia con tal violencia que apagó las velas y esparció en remolinos los papeles del posadero. Durante un momento el oficial tuvo que luchar contra el batiente de la puerta, mientras el dueño del albergue lanzaba imprecaciones y trataba de recuperar sus zozobrantés libros de cuentas. Al fin logró cerrar de un brusco portazo devolviendo a la sala su paz, silencio, y acogedor ambiente.

El posadero le espía cuando pasó junto al ventanal con la cabeza gacha para protegerse del viento y la capa ondeando tras su espalda.

Había también otra figura que vigilaba al semielfo. En el mismo instante en que se cerró la puerta, el ebrio draconiano alzó la cabeza y exhibió sus refulgentes ojos reptilianos. Acto seguido se levantó de la mesa con pasos sigilosos, pero al mismo tiempo rápidos y certeros, se acercó a la ventana y la abrió, deslizándose sobre sus garras posteriores para

asomarse al exterior. Durante unos segundos permaneció a la espera, antes de abrir a su vez la puerta y desaparecer en la tormenta.

A través de la vidriera el posadero vio cómo el draconiano se alejaba en la misma dirección que el oficial del ejército de los Dragones. Estiró la cabeza para, siempre a través del cristal, escudriñar la noche. En el exterior reinaba una inquietante oscuridad, las altas farolas de hierro donde flameaban las antorchas untadas de brea se desdibujaban bajo los oscilantes chisporroteos castigados por el viento y la persistente lluvia. Sin embargo, el hospedero creyó distinguir cómo el hombre se adentraba en una calleja que conducía al centro de la ciudad portuaria y el draconiano, arrebuñado en las sombras, le seguía a una distancia prudencial. Meneando la cabeza, el toscó individuo despertó al vigilante nocturno, que dormitaba en una silla detrás del mostrador.

—Tengo el presentimiento de que la Señora del Dragón volverá esta noche, con o sin tormenta —susurró al embotado siervo—. Despiértame si viene.

Con un estremecimiento dirigió una nueva mirada hacia la inclemente noche, perfilándose en su mente las imágenes del oficial que ahora recorría las calles desiertas de Flotsam y del draconiano que le acechaba amparado en la negrura.

—Pensándolo mejor, déjame dormir —rectificó. Aquella noche la tempestad había cerrado las puertas de la ciudad. Las tabernas, que solían permanecer abiertas hasta que los primeros albos del día se filtraban por sus empañadas ventanas, habían atrancado sus accesos para aislarse del viento. Las calles estaban vacías, nadie se aventuraba a exponerse a las fuertes ráfagas que podían derribar a un hombre y traspasar los ropajes más cálidos con su punzante helor.

Tanis caminaba deprisa, con la cabeza gacha, manteniéndose lo más cerca posible de los sombríos edificios que detenían la fuerza del huracán. Pronto su barba se ribeteó de escarcha, mientras el aguanieve clavaba dolorosos agujones en su rostro. El semielfo tiritaba sin cesar, maldiciendo el gélido contacto que establecía el frío metal de la armadura contra su piel. Volvía de vez en cuando la mirada para cerciorarse de que nadie se había tomado un inusitado interés en vigilar su partida del albergue, pero su visión era casi nula. La nieve y el agua se arremolinaban en torno a él con tal virulencia que apenas vislumbraba los contornos de los altos edificios que se erguían en la penumbra, así que menos aún podía atisbar a ninguna criatura. Pasado un rato, decidió que lo mejor sería concentrarse en encontrar su camino en la fantasmal ciudad; se sentía tan entumecido a causa del frío que dejó de preocuparle si le seguían.

Hacía pocos días que se hallaba en Flotsam, cuatro para ser exactos. Y la mayoría del tiempo lo había pasado con ella. Intentó apartar aquellos pensamientos de su mente mientras escudriñaba las enseñas callejeras a través de la lluvia. Sólo tenía una vaga noción de su ruta, de pronto la encontró. Tras avanzar a trompicones por las desoladas calles, resbalando en el hielo, casi rompió en sollozos de alivio cuando vio la enseña salvajemente azotada por el viento. No recordaba el nombre, pero lo reconoció al leerlo: «Los Muelles». Pensó que era un nombre estúpido para un albergue, mientras temblaba con tal agitación que apenas podía asir el picaporte. Al fin tiró de él y logró abrir, en el

mismo momento en que una violenta ráfaga envolvía su cuerpo para arrastrarle al interior. No sin esfuerzo, recobró el equilibrio y cerró la puerta.

No había vigilante nocturno en un lugar tan destartado pero, a la vez del humeante fuego que crepitaba en la sucia chimenea, vio una vela tumbada sobre el mostrador, destinada al parecer a los huéspedes que volvían a altas horas de la noche. Pasados los primeros segundos consiguió dar una cierta flexibilidad a sus entumecidos dedos, encendió la candela y subió la escalera iluminado por su tenue llama.

Si se hubiera vuelto para asomarse a la ventana, habría visto acurrucarse a una figura en un portal de la acera de enfrente. Pero no lo hizo porque su atención estaba fija en la escalera.

—¡Caramon!

El fornido guerrero se incorporó como impulsado por un resorte para aferrar su espada, antes incluso de girar la cabeza y lanzar una inquisitiva mirada a su hermano.

—He oído un ruido en el pasillo —susurró Raistlin—. El repiqueteo que produce una vaina al entrechocar con su armadura.

Caramon meneó la cabeza en un intento de despejar su dormida mente, y se apresuró a levantarse del lecho con la espada enarbolada. Avanzó entonces hacia la puerta con paso sigiloso, hasta que también él oyó el ruido que había estorbado el ligero sueño de su hermano. Un hombre cubierto con una armadura caminaba en silencio por el pasillo que jalonaba las habitaciones, y el resplandor de la vela con la que se alumbraba se dibujó con total nitidez en el quicio de la puerta. El tintineo se interrumpió justo delante de su alcoba.

Cerrando los dedos en tomo a su empuñadura, Caramon hizo una señal a su hermano y este último se apresuró a asentir y cobijarse en la penumbra. Su mirada estaba abstraída, sin duda preparaba un encantamiento. Los gemelos trabajan bien unidos, combinando eficazmente la magia y el acero para derrotar a sus enemigos.

La llama de la vela osciló con cierta violencia, y quedó patente que el misterioso personaje del pasillo se la cambiaba de mano a fin de liberar la de la espada. Estirando el brazo, Caramon descorrió despacio el pestillo de la puerta. Esperó unos segundos, pero no ocurrió nada. El desconocido titubeaba, preguntándose quizá si no se habría equivocado de estancia. No tardará en comprobarlo —pensó el corpulento hombretón.

El guerrero abrió con una brusca sacudida y, esquivando la recia hoja de madera, apresó a la oscura figura y la arrastró hasta el interior. Con toda la fuerza de sus robustos brazos, arrojó al suelo al individuo de la armadura.

Tanto le temblaban las manos que la vela cayó, extinguiéndose su llama en la fundida cera. Raistlin empezó a entonar un hechizo mágico, que debía atrapar a su víctima en una viscosa sustancia similar a una telaraña.

—¡Detente, Raistlin! —gritó el hombre derribado. Al reconocer la voz Caramon sujetó a su hermano, agitando todo su cuerpo para romper su concentración.

—¡Raist! ¡Es Tanis!

El mago se estremeció y salió de su trance, dejando caer sus brazos junto a los costados. Pero le asaltó un acceso de tos que le obligó a abrazar su pecho.

Caramon miró con ansiedad a su gemelo, quien le invitó; a alejarse con un gesto de la mano. Obediente, el guerrero desvió su atención hacia el semielfo y se agachó para ayudarle a incorporarse.

—¡Tanis! —exclamó, al mismo tiempo que lo estrechaba; en un fuerte abrazo que casi lo dejó sin resuello—. ¿Dónde has estado? Nos tenías muy preocupados. ¡Por todos los dioses, te vas a congelar! Voy a azuzar el fuego. Raist —añadió volviéndose hacia su hermano—, ¿seguro que te encuentras bien?

—No te preocupes por mí —susurró el mago, que se había sentado en el lecho para tratar de recobrar el ritmo normal de su respiración. Sus ojos lanzaban áureos destellos a la luz de la fogata mientras observaba cómo el semielfo se acurrucaba agradecido junto a las llamas—. Deberías avisar a los otros.

—Ahora mismo.

—Te aconsejo que antes te vistas —comentó Raistlin con su habitual causticidad.

Encendido el rostro en un intenso rubor, Caramon se apresuró a ponerse unos calzones de cuero. Tras embutirse en ellos, deslizó una camisa por su cabeza y salió al pasillo, cerrando la puerta con suavidad. Tanis y Raistlin le oyeron golpear con los nudillos la puerta de la pareja de las Llanuras. Resonó en el aire la enfurecida voz de Riverwind, seguida por la precipitada explicación del guerrero.

Tanis miró a Raistlin por el rabillo del ojo y, al ver los relojes de arena que formaban sus pupilas fijas en él con expresión inquisidora, se volvió turbado hacia el fuego.

—¿Dónde has estado, semielfo? —preguntó el mago en un quedo Susurro.

—Fui capturado por un Señor del Dragón —respondió Tanis tragando saliva, antes de acabar de recitar la explicación que tenía preparada—. Me tomó por uno de sus oficiales y me ordenó que le escoltase hasta llegar junto a sus tropas, que están acampadas en los alrededores de la ciudad. Tuve que obedecerle, de lo contrario habría sospechado. Al fin esta noche he podido escabullirme.

—Interesante —farfulló Raistlin entre toses.

—¿Qué es interesante? —le interrogó Tanis con una penetrante mirada.

—Nunca antes te había oído mentir, semielfo. Encuentro esta situación fascinadora.

Tanis abrió la boca, pero antes de que acertase a replicar Caramon regresó seguido por Riverwind, Goldmoon y Tika, que bostezaba para alejar el sueño.

Goldmoon corrió hacia el recién llegado y se apresuró a abrazarlo.

—¡Amigo! —exclamó con voz entrecortada, sin dejar de estrechar su cuerpo—. Nos has tenido muy preocupados...

Riverwind estrechó la mano de Tanis, y la severa expresión de su rostro se ensanchó en una sonrisa. Tiró suavemente del brazo de su esposa y la apartó del semielfo, pero sólo para ocupar su lugar.

—¡Hermano! —vociferó en que-shu, el dialecto de los habitantes de las Llanuras, mientras le apretaba contra sí—. Temíamos que te hubieran capturado, que estuvieras muerto. No sabíamos...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tika con curiosidad, a la vez que también ella se acercaba para dar la bienvenida a Tanis.

El semielfo lanzó a Raistlin una mirada de soslayo, pero este último se había reclinado sobre su dura almohada y tenía los ojos fijos en el techo, indiferente al parecer a la conversación.

Tras aclarar a conciencia su garganta, sabedor de que el mago le escuchaba, Tanis repitió su historia. Los otros siguieron el relato con continuas muestras de interés y simpatía, formulando numerosas preguntas. ¿Quién era el Señor del Dragón? ¿Contaba con un ejército numeroso? ¿Dónde se había instalado? ¿Qué hacían los draconianos en Flotsam? ¿Acaso buscaban al grupo? ¿Cómo había escapado Tanis?

El semielfo contestó haciendo gala de una gran soltura. Al Señor del Dragón apenas lo había visto, ignoraba quién era. El ejército no era muy nutrido, y había acampado en las afueras de la ciudad. Los draconianos, en efecto, buscaban a alguien, pero no a ellos; perseguían a un nombre llamado Berem, o algo parecido.

Al mencionar este nombre Tanis clavó una fugaz mirada: en Caramon, pero el fornido guerrero no dio muestras de reconocerle y el semielfo suspiró aliviado. O bien recordaba al humano que había visto remendar el velamen del Perechon, o bien ignoraba su identidad. En cualquier caso, su actitud le tranquilizó.

Los otros asintieron, absorbidos por su relato. Tanis fue relajando su tensión, aunque Raistlin le inquietaba pero, no tenía que preocuparse pues poco importaba lo que el mago pudiera decir o pensar. Cualquiera de los compañeros creería antes en sus palabras que en las del enigmático hechicero, incluso si pretendía afirmar que el día era noche. Sin duda Raistlin lo sabía, y éste era el motivo por el que no intentó proyectar la sombra de la duda sobre la historia: que ahora narraba. De todos modos, el semielfo se sentía avergonzado. Temía que le formularan más preguntas que habían de enfangarle aún más en aquel interminable río de embustes, así que bostezó y gimió aparentando un agotamiento insuperable.

Goldmoon se levantó de inmediato, con gesto apesadumbrado.

—Discúlpalos, Tanis, hemos sido egoístas contigo —dijo dulcemente—. Te abruman el frío y el cansancio y nosotros te obligamos a hablar sin tregua. Debes dormir. Mañana tenemos que levantamos temprano para embarcar.

—¡No seas necia, Goldmoon! ¡No podremos zarpar en medio de semejante tormenta!
—le espetó Tanis.

Todos le miraron perplejos, incluso Raistlin se incorporó en su lecho. El reproche empañó los ojos de Goldmoon, a la vez que sus rasgos se endurecían como si quisieran recordarle que nadie debía hablarle en aquellos términos. Riverwind se acercó a ella con expresión turbada.

El silencio se hizo tenso, hasta que al fin Caramon se aclaró la garganta con un brusco carraspeo.

—Si no podemos irnos mañana, lo intentaremos al día siguiente —dijo en tono conciliador—. No te preocupes, Tanis, los draconianos no saldrán mientras dure el mal tiempo. Estamos a salvo.

—Lo sé, y lamento haber hablado así —farfulló No era mi intención ofenderte, Goldmoon. Los nervios me han jugado una mala pasada. Estoy tan agotado que no puedo pensar con claridad, será mejor que vaya a mi habitación y me acueste.

—El posadero se la ha alquilado a otro huésped —explicó Caramon, y se apresuró a añadir— Pero puedes dormir aquí, Tanis, te cedo mi cama.

—No, con el suelo me basta. —Evitando la mirada de Goldmoon, el semielfo empezó a desprenderse de su armadura de escamas con los ojos fijos en los torpes movimientos de sus manos.

—Que duermas bien, amigo —dijo ella con voz queda. Al captar la preocupación que delataban sus palabras, imaginó que intercambiaba compasivas miradas con Riverwind. El hombre de las Llanuras apoyó la mano en su hombro para darle una cálida palmada, y abandonaron ambos la estancia. También Tika se fue, cerrando la puerta tras desearle un feliz descanso.

—Deja que te ayude —se ofreció Caramon sabedor de que Tanis, poco familiarizado con las armaduras rígidas, tenía dificultad para desabrochar las intrincadas hebillas y correas—. ¿Quieres que vaya a buscarte comida? ¿Quizá un poco de ponche?

—No —respondió Tanis con un esfuerzo de voluntad, aunque satisfecho por liberarse al fin de su metálica prisión. Intentó no pensar que al cabo de unas horas tendría que vestir de nuevo aquel incómodo uniforme, y se limitó a añadir: —Lo único que necesito es dormir.

—Acepta por lo menos mi manta —insistió Caramon, viendo que el semielfo tiritaba.

Tanis asió agradecido la manta que el otro le tendía, aunque no acabó de discernir si temblaba a causa de la baja temperatura o de sus turbulentas emociones. Se acostó,

arropándose en su capa y en la gruesa pieza de lana, y cerró los ojos mientras trataba de respirar de un modo regular, pues sabía que Caramon, como una tierna nodriza, no se dormiría hasta asegurarse de que descansaba tranquilo. Un poco más tarde oyó cómo el guerrero se tendía en su lecho. La fogata se había reducido a tenues rescoldos, y la oscuridad invadió la estancia. Pronto Caramon empezó a roncar ruidosamente mientras, en la otra cama, se oía la persistente tos de Raistlin.

Cuando tuvo la total certeza de que ambos gemelos dormían Tanis estiró su arrebujado cuerpo y, tras colocar las manos debajo de su cabeza, permaneció despierto con la mirada perdida en la penumbra.

Casi había amanecido cuando la Señora del Dragón llegó a «La Brisa Salada». El vigilante se percató de inmediato de su iracundo humor, pues abrió la puerta con más violencia que los vientos tormentosos y lanzó una fulgurante mirada al local, como si su acogedor y caldeado ambiente le resultaran ofensivos. Parecía una prolongación del huracán que rugía en el exterior, siendo ella y no las intempestivas ráfagas la que hizo oscilar las llamas de las velas. y también fue ella quien envolvió la sala en la negrura.

El vigilante nocturno se apresuró a hincar la rodilla frente a tal aparición, pero los ojos de Kitiara no se dignaron mirarle, ya que estaban observando a un draconiano que permanecía sentado junto a una mesa y que le dio a entender, mediante un destello casi imperceptible en sus negras pupilas reptilianas, que algo iba mal.

Tras su espantosa máscara, los ojos de la Señora del Dragón se encogieron hasta convertirse en meras rendijas de las que emanaba una alarmante frialdad. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil en el dintel, ignorando el gélido viento que se filtraba en la posada y agitaba la capa en torno a su espalda.

—Subamos —dijo al fin, con brusquedad, al draconiano. La criatura asintió en silencio y la siguió, produciendo crujidos con sus garras en los listones de madera.

—¿Hay algo que...? —empezó a ofrecer el vigilante, pero se interrumpió a causa del estremecimiento que le causó la puerta al cerrarse de forma violenta.

—¡No! —rugió Kitiara. Apoyando la mano en la empuñadura de su espada, pasó junto al tembloroso hombrecillo sin mirarle y subió la escalera hacia sus habitaciones. El vigilante se hundió, conmocionado, en su silla.

La Señora del Dragón introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta para inspeccionar la estancia desde el umbral.

Estaba vacía.

El draconiano aguardaba a su espalda, tranquilo y callado. Enfurecida, Kitiara tiró violentamente de las sujeciones de su máscara y la arrancó de su rostro, antes de lanzarla sobre el lecho y ordenar sin volver la cabeza.

—Entra y cierra la puerta.

El draconiano obedeció, tratando de actuar con suavidad para no exasperarla aún más.

Kitiara no se molestó en mirar a la criatura, estaba demasiado ocupada contemplando la cama vacía. —De modo que se ha ido.

—Sí, Señora —respondió el draconiano con voz sibilante.

—¿Le has seguido, tal como te encargué?

—Por supuesto. —El soldado acompañó su susurro con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está? —Kitiara acarició su cabello moreno y crespo. Aún no se había girado hacia su interlocutor, así que éste no tenía idea de las emociones que albergaba... si en realidad era capaz de sentir.

—En una posada, Señora. Se encuentra en las afueras de la ciudad y se llama «Los Muelles».

—¿Con otra mujer? —Su voz delataba una tensión interior.

—No lo creo —el draconiano trató de disimular la sonrisa que afloraba a sus labios—. Al parecer tiene unos amigos hospedados en ese lugar. Se nos había informado de la presencia de forasteros en ese albergue, pero como no respondían a la descripción del Hombre de la Joya Verde no investigamos su identidad. .

—¿Hay alguien vigilándole?

—Sí, Señora. Se os comunicará de inmediato si él o algún otro abandona el edificio.

La Señora del Dragón guardó unos instantes de silencio, y al fin se volvió. Su expresión era fría y tranquila, aunque una gran palidez desfiguraba su rostro. El draconiano se dijo que eran muchos los factores que podían contribuir a esa pérdida de color en los pómulos: la penosa huida de la Torre del Sumo Sacerdote, donde se rumoreaba que había sufrido una terrible derrota, así como la inquietante aparición de la legendaria lanza Dragonlance y la de los Orbes de los Dragones. Además, había fracasado en su búsqueda del Hombre de la Joya Verde, que tanto interesaba a la Reina de la Oscuridad y que, al parecer, había sido visto en Flotsam. La Señora del Dragón, comentaban divertidos los draconianos, no estaba exenta de preocupaciones. ¿Por qué le inquietaba tanto un simple individuo? Tenía un sinfín de amantes, en su mayoría mucho más atractivos y más ansiosos de agradarle que aquel hosco semielfo. Bakarís, por ejemplo.

—Estoy satisfecha de ti —declaró, de pronto, Kitiara irrumpiendo en las cavilaciones del draconiano. A continuación se despojó de su armadura con su habitual impudicia y le hizo señal de alejarse, no sin añadir en una actitud muy propia de ella— Serás recompensado. Ahora, déjame sola.

El soldado hizo una ligera reverencia y abandonó la estancia con la cabeza gacha, aunque no ignorante de lo que sucedía. Antes de desaparecer vio que la Señora del Dragón lanzaba una furtiva mirada a un pergamino que yacía sobre la mesa, y que había

observado al entrar. Contenía unas frases escritas en los delicados caracteres elfos. En cuanto, cerró la puerta se oyó un estrépito metálico en la alcoba, producido por una pieza de armadura al ser arrojada con fuerza contra el muro.

Capítulo 2

Persecución

El viento se extinguió con la aparición del nuevo día. El ruido monótono que provocaba el agua al gotear desde los aleros resonaba en la dolorida cabeza de Tanis, haciendo que casi anhelara el regreso del desabrido huracán.

—Supongo que tendremos mar rizada —dijo Caramon reflexivo. Después de haber escuchado con sumo interés las historias marineras que les contara William, el posadero de «El Cerdo y el Silbido» en Port Balifor, el guerrero se consideraba un experto en cuestiones náuticas. Ninguno de los otros le replicaba, pues desconocían los secretos del océano, y sólo Raistlin lanzó a Caramon una mirada socarrona cuando éste, que había navegado en pequeños botes y en muy contadas ocasiones, empezó a hablar como un viejo lobo de mar.

—Quizá no deberíamos arriesgamos a zarpar —apuntó Tika.

—Debemos irnos hoy mismo —repuso Tanis con expresión sombría—. Aunque sea a nado, abandonaremos Flotsam.

Los compañeros intercambiaron fugaces miradas antes de centrar su atención en Tanis que, asomado a la ventana, no les vio enarcar las cejas ni encogerse de hombros pese a tener en todo momento conciencia de ser observado.

Estaban reunidos en la habitación de los hermanos. Faltaba aún una hora para que amaneciese, pero Tanis los despertó al oír que cesaba el salvaje aullido del viento.

El semielfo inhaló una bocanada de aire, antes de dar media vuelta para decir:

—Lo lamento. Sé que mis palabras os parecerán arbitrarias, pero existen peligros que no tengo tiempo de explicaros en este momento. Lo único que puedo aseguraros es que corremos un riesgo al que nunca en nuestras vidas hemos tenido que enfrentarnos.

Debemos abandonar la ciudad sin perder un instante —sintió que una nota histórica teñía su última frase, y optó por callar.

Se produjo un breve silencio, que interrumpió Caramon para decir con desazón:

—Por supuesto, Tanis, estamos de acuerdo.

—Nuestros hatillos están a punto —coreó Goldmoon—. Partiremos cuando tú quieras.

—En ese caso, vámonos —ordenó Tanis.

—Tengo que ir a recoger mis cosas —anunció Tika, un poco asustada.

—Hazlo, pero apresúrate —la urgió el semielfo.

—Te ayudaré —ofreció Caramon.

El fornido hombretón ataviado, como Tanis, con la armadura que habían robado a los oficiales del ejército de los Dragones, siguió a Tika hasta su habitación, quizá ansioso de disfrutar los últimos instantes de soledad con la muchacha. También Goldmoon y Riverwind corrieron en busca de sus pertenencias. Raistlin permaneció en la estancia, inmóvil como una estatua. Lo único que necesitaba, sus saquillos llenos de valiosos ingredientes mágicos, su Bastón de Mago y el Orbe, estaban embutidos en su indescriptible bolsa.

Tanis percibió la insistente mirada de Raistlin, y tuvo la sensación de que el mago podía traspasar la penumbra que anidaba en su alma con la enigmática luz de sus dorados ojos. Sin embargo, se obstinaba en callar. ¿Por qué? —se preguntaba enfurecido el semielfo—. Casi hubiera agradecido que Raistlin le interrogase, le acusara, pues de ese modo le daría la oportunidad de descargarse del peso de su conciencia al confesar la verdad... aunque no ignoraba las consecuencias de tal acción.

Pero Raistlin permanecía mudo, no emitiendo más sonido que el de su tos pertinaz.

Unos minutos más tarde, los otros regresaron a la estancia y Goldmoon declaró en tonos apagados:

—Estamos a tu entera disposición, Tanis.

Por unos instantes, Tanis fue incapaz de articular palabra. Se lo contaré —decidió—. Tragó saliva, se volvió hacia ellos y en sus caras vio confianza, una fe ciega en su honradez. Estaban dispuestos a seguirle sin titubeos y no podía fallarles, no podía traicionar aquella entrega incondicional.

Se había convertido en su único agarradero, de modo que lanzó un suspiro y se tragó las frases que casi habían aflorado a sus labios.

—De acuerdo —se limitó a farfullar, a la vez que echaba a andar en dirección hacia la puerta.

Maquesta Nar-Thon se despertó de su profundo sueño a causa de unos fuertes golpes en la puerta de su camarote. Acostumbraba a que interrumpieran su descanso a todas horas, se despegó al instante y estiró el brazo para recoger sus botas.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Antes de recibir una respuesta se apresuró a ponerse en situación. Una mirada por el ojo de buey le reveló que el vendaval había cesado, pero por el balanceo de la nave comprendió que la mar estaba gruesa.

—Han llegado los pasajeros —anunció una voz que reconoció como la de su primer oficial.

Marineros de agua dulce —pensó desdeñosa, suspirando y quitándose la bota que había empezado a calzarse. En voz alta ordenó, mientras volvía a acostarse:

—Mandadlos a tierra. Hoy no navegaremos.

Al parecer se produjo un altercado en cubierta, pues oyó la voz encolerizada de su oficial seguida por otra que le respondía en el mismo tono. Maquesta se puso en pie, no sin una elevada dosis de esfuerzo. El segundo de a bordo, Bas Ohn-Koraf, era un minotauro, miembro de una raza que no se distinguía por su temperamento pacífico. Era muy fuerte y podía matar sin ser provocado. Esa fue una de las razones por las que se había hecho a la mar. En una nave como el Perechon nadie se molestaba en indagar sobre el pasado de sus compañeros.

Abriendo bruscamente la puerta de su camarote, Maq se dirigió con grandes zancadas al lugar donde atronaban las voces.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con el tono más severo que era capaz de asumir, a la vez que miraba de hito en hito a su subordinado y el rostro barbudo del que se le antojó un oficial del ejército de los Dragones. No obstante, pronto reconoció los ojos pardos y ligeramente almendrados del falso soldado, y clavó en él unos ojos llenos de frialdad.

—He dicho que hoy no navegaríamos, semielfo, y cuando yo...

—Maquesta —se apresuró a interrumpirla Tanis—, tengo que hablar contigo. —Quiso hacer a un lado al minotauro para aproximarse a ella, pero el musculoso individuo le sujetó con firmeza y le lanzó hacia atrás. A sus espaldas otro oficial del ejército de los Dragones rugió amenazador y dio un paso al frente. Los ojos del minotauro despedían fulgurantes destellos cuando, con gran destreza, extrajo una daga de la abigarrada banda que rodeaba su cinto.

La tripulación se congregó en cubierta, ansiosos sus miembros por ver pelear a los dos colosos.

—Caramon —dijo Tanis, extendiendo su mano en un intento de contener al guerrero.

—¡Koraf! —exclamó Maquesta con una iracunda mirada, destinada a recordar a su primer oficial que se enfrentaba a pasajeros de pago que no debían ser maltratados, al menos mientras se hallasen cerca de tierra.

El minotauro gruñó, pero su daga desapareció con la misma rapidez con que había salido a la luz. Un instante después dio media vuelta y se alejó un poco con ademán despreciativo entre los murmullos decepcionados pero aún alegres de la tripulación, que anticipaba una travesía interesante. Maquesta ayudó a Tanis a incorporarse, escrutándolo con la misma atención con la que habría observado a un hombre deseoso de enrolarse como tripulante de su nave. Al instante se percató de que el semielfo había cambiado desde la última vez que lo viera cuatro días atrás, cuando él y el hombretón que le protegía habían zanjado el precio de sus pasajes a bordo del Perechon.

Parece que haya atravesado el Abismo y luego regresado a tierra firme. Sin duda la atenaza algún problema grave —concluyó— y no seré yo quien se lo resuelva. No estoy dispuesta a arriesgar mi barco.

Sin embargo, tanto él como sus amigos habían pagado la mitad de la suma estipulada para el viaje, y Maq necesitaba el dinero. En los tiempos que corrían, a una bucanera le resultaba difícil competir con los Señores de los Dragones.

—Ven a mi camarote —le invitó la capitana con tono arisco, mostrándole el camino.

—Quédate junto a los otros, Caramon —ordenó Tanis a su compañero. El fornido humano asintió con la cabeza y lanzó una lóbrega mirada al minotauro mientras retrocedía para situarse al lado de sus amigos, que permanecían arracimados en silencio en torno a sus escasas pertenencias.

Tanis siguió a Maq hasta su cabina y se introdujo como pudo en el interior de la pequeña estancia, pues dos personas eran suficientes para abarrotarla por completo. El Perechon era una nave de firme construcción, diseñada para navegar a gran velocidad y realizar rápidas maniobras. Resultaba idónea para los menesteres de Maquesta, en los que era imprescindible entrar y salir diligentemente de los puertos a fin de descargar o recoger mercaderías que no siempre le pertenecían y más tarde entregarlas o bien hacerse con otras. En algunas ocasiones redondeaba sus ganancias sorprendiendo a los buques mercantes que zarpaban de Palanthas o Tarsis y apoderándose de sus cargamentos antes de que acertaran a comprender lo ocurrido. Era una experta en los abordajes, los saqueos y las huidas rápidas.

Era, asimismo, capaz de alcanzar en alta mar a las sólidas embarcaciones de los Señores de los Dragones, pero se había hecho el firme propósito de no atacarlas. La complicación radicaba en que en los últimos tiempos esas naves solían «escoltar» a las mercantes, de modo que Maquesta había perdido dinero en sus viajes más recientes. Este motivo y no otro la había impulsado a transportar pasajeros, algo que nunca habría hecho en circunstancias normales.

Tras desprenderse del yelmo, el semielfo se sentó frente a la mesa, o mejor dicho se derrumbó, porque no estaba acostumbrado al vaivén que las olas infligían a la nave. Maquesta permaneció de pie, equilibrándose sin esfuerzo.

—¿Puede saberse qué deseas? —preguntó entre bostezos—. Ya te he dicho que hoy no podemos zarpar. El mar está...

—Tenemos que hacerlo —la atajó Tanis.

—Mira —replicó la capitana recordándose ahora a sí misma que era un pasajero de pago para conservar la calma—, si tienes problemas no estoy dispuesta a que me utilices para resolverlos. No arriesgaré ni mi barco ni mi tripulación...

—No soy yo quien está en apuros, sino tú —replicó el semielfo paralizándola con los ojos.

—¿Yo? —repitió perpleja.

Tanis juntó las manos sobre la mesa y bajó la mirada. Las bruscas e incesantes sacudidas de la embarcación amarrada a su ancla, combinadas con el agotamiento de los últimos días, le producían náuseas. Al ver el tono verdoso que adquiría su tez oculta tras la barba, y los oscuros cercos que enmarcaban sus ausentes ojos, Maquesta pensó que había visto cadáveres de aspecto más saludable que el que presentaba el semielfo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó tensa.

—F-fui capturado por un Señor del Dragón ha-hace tres días —balbuceó Tanis en un susurro, sin apartar la vista de sus manos—. No, «capturado» no es la palabra exacta. Supuso que era uno de sus hombres a causa de este uniforme, y me ordenó que le acompañara a su campamento. Estuve con él t-tres jornadas completas, y d-descubrí algo. Sé por qué el Señor del Dragón y su ejército están registrando todo Flotsam. He averiguado qué o, mejor dicho, a quién buscan.

—¿De verdad? —le atajó Maquesta, sintiendo que el temor la invadía como una enfermedad contagiosa—. No creo que sea a ningún tripulante del Perechon.

—Te equivocas, persiguen al timonel. —al fin Tanis levantó la vista—. A Berem.

—¡A Berem! —exclamó Maquesta sin dar crédito a lo que oía—. ¿Por qué? Es un pobre mudo, ¡un retrasado! No niego su habilidad como piloto, pero eso es todo. ¿Qué puede haber hecho para provocar semejante despliegue de fuerzas contra él?

—Lo ignoro —confesó Tanis sin cesar de luchar contra sus náuseas—. No logré enterarme, ni estoy seguro de que ellos lo sepan tampoco. Pero han recibido órdenes de encontrarle a cualquier precio y llevarlo vivo a presencia de —cerró los ojos para evitar los efectos de los agitados fanales—, la Reina de la Oscuridad.

Las primeras luces del alba se proyectaron en rayos rojizos sobre la embravecida superficie del océano. Por un instante iluminaron la bruñida tez negra de Maquesta, y un ígneo resplandor brotó de los pendientes de oro que le colgaban hasta casi rozar sus hombros. Nerviosa por la revelación del semielfo, la capitana se mesó la densa mata de cabello azabache. De pronto se le hizo un nudo en la garganta y balbuceó a la vez que un estremecimiento recorría sus vísceras.

—Nos desharemos de él. Le dejaremos en tierra y contrataré a otro timonel.

—¡Escucha! —le urgió Tanis, agarrándola por el brazo para obligarla a mantener la calma—. Quizá ya sepan que está a bordo. Y, aunque no sea así, si le capturan no te librarás de su castigo. Una vez descubran que ha navegado en esta embarcación, y te aseguro que lo descubrirán pues utilizan métodos capaces de hacer hablar incluso a un mudo, os arrestarán a ti y a toda tu tripulación. Puedes imaginarte que si caes en sus manos estás perdida.

Soltó su brazo, no le restaban fuerzas para inmovilizarlo por más tiempo.

—Siempre han actuado del mismo modo —continuó tras una breve pausa—. Lo sé porque me lo contó el Señor del Dragón. Han destruido pueblos enteros, torturado y asesinado a sus habitantes. Cualquiera que haya mantenido relación alguna con ese hombre está sentenciado, pues temen que el mortífero secreto que guarda con tanto celo haya sido revelado y eso es algo que no van a permitir.

—No puedo creer que te refieras a Berem —dijo Maquesta sentándose y observando, aún incrédula, a Tanis.

—No han podido entrar en acción a causa de la tormenta —explicó el semielfo con voz apagada—, y además, el Señor del Dragón tuvo que ir a Solamnia para librar una batalla. Pero esa... ese individuo volverá hoy de su misión, y entonces...

No fue capaz de concluir. Hundió la cabeza entre sus manos en el mismo instante en que un temblor incontrolable agitaba su cuerpo.

Maquesta lo miró sumida en un mar de dudas. ¿Era cierta su historia, o la había fraguado su imaginación para inducirla a que le alejase de algún peligro? Al verle prostrado en una condición lamentable sobre la mesa, pronunció un reniego. Era un juez avisado, no le quedaba otro remedio si quería controlar a sus toscos tripulantes, y comprendió que el semielfo no mentía. Al menos, no del todo. Sospechaba que le había ocultado ciertos detalles pero el relato de Berem, por extraño que resultase, revestía visos de verosimilitud.

Pensó, incómoda, que todo aquello tenía sentido, y se maldijo a sí misma. Ella que presumía de su buen juicio, de su sapiencia, había permanecido ciega ante la enigmática figura de Berem. ¿Por qué? Sus labios se torcieron en una mueca burlona. Aquel hombre le gustaba, tenía que admitirlo. Era como un niño, cándido y alegre, y su peculiar carácter le había hecho pasar por alto su reticencia a desembarcar, su miedo a los extraños, su deseo de trabajar con piratas a pesar de haber renunciado siempre a los botines que capturaban. Se mantuvo unos momentos inmóviles, fundiéndose con el balanceo de su nave. Luego se asomó al exterior y contempló como el áureo reflejo del sol se borraba de la blanca espuma para desaparecer por completo, engullido por las densas nubes grisáceas. Sería peligroso salir a alta mar, pero si el viento soplabla en su dirección

—Prefiero hallarme en medio del océano —murmuró, más para sí misma que para el maltrecho Tanis—, antes que quedar atrapada en tierra como una rata.

Resuelta a ponerse en movimiento, Maq se levantó y se encaminó a la puerta. Pero oyó un gemido procedente de Tanis y, girando la cabeza, le miró compadecida.

—Vamos, semielfo —le susurró, no sin cierta amabilidad, mientras le rodeaba con sus brazos y le ayudaba a incorporarse—. Te sentirás mejor en cubierta, al aire libre. Además, debes explicar a tus compañeros que la nuestra no va a ser una placentera travesía por el océano. ¿Conoces el riesgo que todos corremos?

Tanis, apoyado en Maquesta, asintió con la cabeza antes de enfilarse por el oscilante pasillo inferior.

—No me lo has contado todo, de eso estoy segura —le susurró la capitana cuando, tras cerrar de un puntapié la puerta de su camarote, condujo a Tanis hasta la escalerilla que debía trepar para ascender a la cubierta principal. Sé que no es Berem la única criatura a quien busca el Señor del Dragón. Pero presiento que éste no es el primer temporal que capeas con tu grupo, y espero por el bien de todos que no se esfume vuestra suerte.

El Perechon inició su singladura por el embravecido mar. Navegando con pocas velas desplegadas, la embarcación parecía avanzar despacio pues tenía que luchar contra las olas para cubrir cada braza. Por fortuna el viento soplaba a su favor, en violentas ráfagas del suroeste que la empujaba rumbo al Mar Sangriento de Istar. Como los compañeros se dirigían a Kalaman, situada al noroeste de Flotsam y detrás del cabo de Nordmaar, apenas tenían que desviarse de la trayectoria que trazaban las corrientes aunque el navío debía describir una curva abierta. De todos modos, a Maquesta no le importaba permanecer alejada de tierra, en realidad era lo que pretendía.

Le anunció a Tanis que incluso existía la posibilidad de poner rumbo noreste y arribar a Mithras, lugar natal de los minotauros. Aunque algunas de estas criaturas luchaban en las filas de los ejércitos de los Dragones, en su mayoría no habían querido jurar lealtad a la Reina de la Oscuridad. Según Koraf los minotauros exigían el control absoluto de la zona oriental de Ansalon como recompensa por sus servicios, y esta jurisdicción había sido asignada a un nuevo Señor del Dragón, un goblin llamado Toede. A su raza no le agradaban ni los humanos ni los elfos, pero en este preciso momento tampoco se hallaban en buenas relaciones con los Señores de los Dragones de modo que Maq y su tripulación podían refugiarse en Mithras, donde estarían a salvo, al menos durante un tiempo.

A Tanis no le satisfacía esta demora, pero había dejado de ser dueño de su destino. Al asaltarle tal pensamiento, el semielfo lanzó una curiosa mirada al humano que se erguía en solitario en el centro del torbellino de sangre y llamas del Mar de Istar. Berem estaba en su puesto, gobernando la rueda con manos firmes y certeras mientras sus ojos, de vaga y despreocupada expresión, parecían perderse en el lejano horizonte.

Tanis centró su atención en el pectoral del timonel, ansioso por detectar un tenue fulgor verdoso. ¿Qué oscuro secreto latía en el pecho donde meses atrás, en Pax Tharkas, había descubierto la refulgente y esmeralda joya incrustada en la carne? ¿Por qué cientos de draconianos perdían el tiempo en buscar a un solo hombre cuando la guerra aún no había inclinado la balanza a su favor? ¿Cómo era posible que Kitiara hubiera

abandonado el mando de sus fuerzas en Solamnia para supervisar la búsqueda en Flotsam a causa de un simple rumor, según el cual el piloto había sido visto, en esta ciudad portuaria?

¡El es la Clave!. Tanis recordó, de pronto, las palabras de Kitiara. Si le capturamos, Krynn sucumbirá al poder de la Reina de la Oscuridad. No habrá en el país entero una fuerza capaz de derrotarnos.

Temblando y con el estómago revuelto, Tanis observó a aquel hombre con sobrecogimiento. ¡Berem parecía tan ajeno, tan por encima de todo! Era como si los problemas del mundo no lo afectasen en lo más mínimo. ¿Acaso estaba Maquesta en lo cierto al afirmar que era un retrasado? El semielfo lo dudaba. Recordaba a Berem tal como lo había visto durante aquellos breves segundos en medio de los horrores de Pax Tharkas. Evocó en su mente la expresión de su rostro cuando permitió que Eben, el traidor, le indicara el camino en un desesperado intento de fuga no se dibujaron en él las líneas del temor, la indiferencia o la abulia, Sino.. ¿cómo expresarlo? ¡Resignación, eso era lo que pareció manifestar! Se diría que conocía el destino que le aguardaba pero, a pesar de todo, había decidido seguir adelante. Cuando Berem y Eben llegaron a las puertas, cientos de toneladas de rocas se desprendieron del mecanismo que las bloqueaba, enterrándoles bajo peñascos que ni un dragón habría podido levantar. Dieron por sentado que ambos habían perecido. Sin embargo, sólo Eben desapareció sin dejar rastro. Unas semanas más tarde, durante la celebración de los esponsales de Goldmoon y Riverwind, Tanis y Sturm volvieron a ver a Berem... ¡vivo! Antes de que pudieran acercarse a él, el enigmático personaje se escabulló entre el gentío y nunca más tuvieron noticias de su paradero. Nunca más hasta que Tanis le encontrara hacía tres... no, cuatro días remendando una de las velas de la nave.

Berem mantenía el curso del Perechon con el rostro inundado de paz, mientras Tanis se acodaba en la barandilla para desfogar su náusea.

Maquesta no dijo nada a la tripulación acerca de la situación de Berem. Se limitó a explicar la brusca partida de su nave afirmando que había llegado a sus oídos que el Señor del Dragón estaba demasiado interesado en ella y juzgaba oportuno lanzarse a mar abierto. Nadie formuló preguntas incómodas, pues por un lado no profesaban un gran cariño a aquellos siniestros individuos y por otro habían permanecido en Flotsam el tiempo suficiente para perder todo su dinero.

Tampoco Tanis reveló a sus compañeros el motivo de su prisa. Todos conocían la historia del Hombre de la Joya Verde y, aunque eran demasiado educados —excepto Caramon— para manifestarlo, estaban convencidos de que Sturm y Tanis se habían excedido en sus brindis durante la boda. Así pues, no indagaron por qué motivo arriesgaban sus vidas en el embravecido océano, su fe en el cabecilla del grupo era absoluta.

Presas de incesantes mareos y de las violentas punzadas que le infligía su culpabilidad, Tanis merodeaba a trompicones por la cubierta sin dejar de contemplar el mar. Los poderes curativos de Goldmoon le habían ayudado a recobrar una pequeña parte de su integridad, aunque, al parecer, ni siquiera una sacerdotisa era capaz de aliviar el

torbellino de su estómago. En cuanto al infierno en el que se debatía su alma, estaba por encima del auxilio de nadie.

Se sentó al fin frente al océano, escudriñándolo en todo momento con el temor de otear el velamen de otro barco en el horizonte. Los otros, quizá porque no eran víctimas de tan intenso agotamiento, se mostraban indiferentes al desordenado vaivén que agitaba a la nave mientras cortaba el abundante oleaje. Lo único que les afectaba era la rociada de alguna que otra ola al romper contra el casco.

Incluso Raistlin, para asombro de su hermano, parecía tranquilo. El mago permanecía apartado de los otros, acurrucado bajo una vela que había aparejado uno de los marineros a fin de impedir que los pasajeros se empaparan más de lo inevitable. No estaba mareado, y apenas tosía. Se hallaba absorto en sus pensamientos, con un brillo en sus dorados ojos más intenso que el del sol matutino que luchaba por abrirse paso entre las amenazadoras nubes tormentosas.

Maquesta se encogió de hombros cuando Tanis mencionó su miedo a que hubieran emprendido su persecución. El Perechon era más veloz que las macizas naves de los Señores de los Dragones, y, además, habían logrado cruzar el puerto sin ser vistos más que por otros buques piratas como el suyo. En su hermandad nadie hacía preguntas.

El mar se fue calmando, alisado por la persistente brisa. Durante todo el día los densos nubarrones se fueron acumulando, para ser al fin evaporados por el refrescante viento. La noche se inició clara y estrellada, y Maquesta pudo izar más velas. La nave siguió deslizándose por la llana superficie hasta que, a la mañana siguiente, los compañeros se despertaron ante una de las más espantosas visiones de todo Krynn.

Estaban en el extremo del Mar Sangriento de Istar. El sol se mostraba como una enorme y dorada bola en el horizonte cuando el Perechon se internó en una superficie tan purpúrea como la capa que lucía el mago, como la sangre que se vertía por sus labios siempre que tosía.

—Quien le impuso su nombre estuvo muy acertado —comentó Tanis a Riverwind mientras, desde la cubierta, contemplaban las aguas rojizas y lóbregas. Su radio de observación era corto, una perpetua atmósfera de tormenta permanecía suspendida bajo la bóveda celeste y envolvía el mar en una cortina de tonalidades plomizas.

—Nunca quise creerlo —dijo el bárbaro solemnemente, meneando la cabeza—. Oí a William hablar de él, y no hice apenas caso de sus relatos sobre dragones marinos que engullían a los barcos y mujeres con colas de pez en lugar de piernas. Pero esto... —El hombre de las Llanuras enmudeció para lanzar furtivas e inquietas miradas a las aguas de color sangre.

—¿Supones que es cierto que nos hallamos frente a la sangre derramada por quienes murieron en Istar cuando la, montaña ígnea destruyó el templo del Príncipe de los Sacerdotes —preguntó Goldmoon en un susurro, acercándose a su esposito.

—¡Eso es una necedad! —intervino Maquesta, que había atravesado la cubierta para reunirse con ellos. Sus ojos no descansaban, en un intento de asegurarse de que sacaba en todo instante el mejor partido posible a su nave y sus tripulantes.

—¿Habéis escuchado las historias de William, ese hombre de cara porcina? —continuó sin poder contener la risa—. Le gusta asustar a los habitantes de tierra adentro. El agua debe su color al terreno del fondo, que se mueve con las constantes mareas. Recordad que no navegamos sobre arena como en el resto del océano. En un tiempo pasado ocupaba este paraje la capital de un próspero reino, y la región adyacente. Cuando cayó la montaña de fuego, abrió una brecha en el suelo y éste fue invadido por el océano, que creó un nuevo mar. Ahora las riquezas de Istar yacen bajo las olas.

Maquesta se asomó a la barandilla con ojos soñadores, como si pudiera penetrar las revueltas aguas para ver los fabulosos tesoros de la ciudad perdida. Lanzó un anhelante suspiro y Goldmoon observó su morena tez con aversión, llenos sus ojos de la tristeza y del terror que le inspiraban la destrucción y pérdida de tantas vidas.

—No puedo creer que las mareas agiten constantemente la tierra —declaró Riverwind frunciendo el ceño—. Ni tampoco las olas y las corrientes pueden ser las causantes pues éstas no habrían impedido que el terreno acabase por asentarse.

—Cierto, bárbaro —admitió Maquesta alzando una mirada de admiración hacia el alto y atractivo habitante de las Llanuras—. No os he explicado el fenómeno porque tengo entendido que ninguno de vosotros es navegante. Pero vuestro pueblo, si no me equivoco, está formado por granjeros y por consiguiente conocéis la textura de la tierra. Si hundes la mano en el agua, palparás sus, aún, recios granos. En realidad lo que provoca todo este movimiento es, según afirman, un remolino situado en el centro del Mar Sangriento, dotado de una fuerza insólita y capaz de arrastrar cualquier masa en sus violentas ondas. ¿Quién sabe? Quizá se trate de otra de las imaginativas historias de William. Debo confesar que nunca lo he visto, ni tampoco las personas que han viajado conmigo; y os aseguro que he surcado estos mares desde que era una niña, pues aprendí el oficio de mi padre. De todos modos, nadie ha cometido la imprudencia de internarse en la tempestad que veis suspendida sobre el corazón de este mar.

—¿Cómo llegaremos a Mithras? —gruñó Tanis—. Si tus cartas de navegación son correctas, está al otro lado del Mar Sangriento.

—Arribaremos a Mithras poniendo rumbo sur, si alguien nos persigue. De lo contrario bordearemos el extremo occidental del océano y seguiremos sin abandonar la costa hacia el norte, por el cabo Nordmaar. No te preocupes, semielfo —añadió Maq agitando la mano en un ademán exagerado—. Al menos podrás contar que has visto el Mar Sangriento, una de las maravillas del Krynn.

Cuando se disponía a alejarse, Maquesta fue llamada por el vigía.

—¡He avistado una nave por el oeste!

Al instante Maquesta y Koraf extrajeron sus catalejos y examinaron el horizonte de poniente. Los compañeros, por su parte, intercambiaron miradas inquietas y se agruparon. Incluso Raistlin abandonó su rincón bajo la protectora vela y cruzó la cubierta, sin cesar de escudriñar el punto indicado con sus dorados ojos.

—¿Ves algún velamen? —susurró la capitana al minotauro.

—No —contestó el interpelado con su tosca versión de la lengua común—. No es una nave, quizá sólo una nube. Pero avanza muy deprisa, más que cualquier tormenta que haya oteado nunca.

No acertaban a distinguir sino unas manchas oscuras perfiladas en lontananza, manchas que crecían bajo sus atentas miradas.

De pronto Tanis sintió un punzante dolor en sus entrañas, como si le hubieran traspasado con una espada. Tan agudo y auténtico era su sufrimiento que quedó sin resuello y tuvo que agarrarse a Caramon para no caer desplomado. Los demás lo contemplaron preocupados, mientras el guerrero le rodeaba con su poderoso brazo en un intento de sostenerlo.

Tanis sabía quiénes se aproximaban.

Y también conocía a su cabecilla

Capítulo 3

La creciente oscuridad

—Un grupo de dragones alados —dijo Raistlin, plantándose junto a su hermano—. Creo haber contado cinco.

—¡Dragones! —exclamó Maquesta con voz ahogada. Se aferró a la barandilla con manos temblorosas, pero pronto se repuso y dio media vuelta para ordenar—: ¡A toda vela!

Los marineros fijaron la vista en el poniente, atenazadas sus mentes por los horrores que sin duda se avecinaban. Maquesta tuvo que repetir su orden, esta vez gritando con todas sus fuerzas, si bien lo único que la inquietaba era la suerte de su amado barco. La serenidad y firmeza de su actitud lograron vencer los primeros y aún vagos temores de sus marineros. Instintivamente unos pocos se pusieron en movimiento para obedecerla, y los demás siguieron por inercia. Koraf contribuyó con su látigo, que hacía restallar contra la piel de quienes no actuaban con la celeridad debida. Al cabo de unos

momentos, todas las velas ondeaban en sus mástiles. Los cabos crujían de un modo siniestro, mientras que los aparejos entonaban una triste melodía.

—¡Flanquea la tormenta sin adentrarse en ella! —instruyó Maquesta a Berem. El timonel asintió despacio, pero la abstraída expresión de su rostro hacía difícil adivinar si la había oído.

Al parecer sí se había enterado, pues el Perechon se acercó a la perpetua tempestad que envolvía el Mar Sangriento jalonando la blanca espuma de las olas y aprovechando el viento brumoso de la borrasca.

La maniobra era temeraria, y Maq lo sabía. Si una sola verga se torcía, se quebraba un cabo o se rasgaba una vela, quedarían indefensos. Pero había que correr ese riesgo.

—Es inútil—comentó Raistlin con frialdad—. Nunca dejaremos atrás a los dragones, fijos cuán raudos acortan la distancia. Te han seguido, semielfo —añadió volviéndose hacia Tanis—. Te mantuvieron vigilado desde que abandonaste el campamento, o bien —su voz se tornó sibilante— los has guiado hasta aquí.

—¡No! ¡Lo juro! —protestó Tanis.

¡El draconiano ebrio! Cerró los ojos, sumido en la desesperación y maldiciéndose a sí mismo. Por supuesto Kit hizo que le espieran, no iba a confiar más en él que en los otros hombres que compartían su lecho. Se había comportado como un necio engreído al creer que significaba algo especial para aquella mujer y al suponer que le amaba. Kitiara no quería a nadie, era incapaz de semejante emoción.

—¡Me han seguido, no cabe duda! —exclamó con los dientes apretados—. Debéis confiar en mí. Quizá haya sido un estúpido, pero no un traidor. No imaginé que fueran tras mis pasos en la tormenta.

—Tranquilízate Tanis, te creemos —declaró Goldmoon acercándose a él, mientras lanzaba a Raistlin una enfurecida mirada de soslayo.

El mago no despegó los labios, que se retorcieron en una mueca burlona. Tanis evitaba sus ojos, y prefirió concentrarse en los dragones que se dibujaban ya con total nitidez. Todos a bordo podían ver sus enormes alas extendidas, las largas colas agitándose en el viento, las afiladas garras que mantenían abiertas bajo sus descomunales cuerpos azulados.

—Uno transporta a un jinete —informó Maquesta desalentada, sin apartar el ojo del catalejo—. Un jinete que oculta su rostro tras una máscara astada.

—Un Señor del Dragón —confirmó Caramon sin necesidad, pues todos sabían qué significaba aquella descripción. El fornido guerrero dirigió a Tanis una mirada sombría—. Será mejor que nos expliques qué está ocurriendo, semielfo. Si ese Señor del Dragón creyó que eras uno de los oficiales a sus órdenes, ¿por qué se tomó la molestia de hacerte espiar y seguirte hasta aquí?

Tanis empezó a hablar, pero sofocó sus quebradas palabras un rugido agónico, inarticulado, un rugido en el que se entremezclaban el terror y la ira de un modo tan sobrenatural que todos los presentes alejaron a los dragones de su pensamiento. Provenía el extraño alarido del timón de la nave, y los compañeros se volvieron hacia él con las armas desenvainadas. Los miembros de la tripulación interrumpieron su enloquecido faenar, a la vez que Koraf se quedaba inmóvil, contraída su faz animal en una mueca de asombro en medio de aquellos rugidos que sonaban a cada instante más desgarrados.

Sólo Maq mantuvo la calma, y empezó a cruzar la cubierta acercándose al piloto.

—Berem —le llamó, adentrándose en la mente de aquel hombre merced a la afinidad de sus sentimientos. Lo que leyó le produjo terror y, aunque saltó sobre él, llegó demasiado tarde.

Con una expresión de incontrolable pánico dibujada en el rostro, Berem se sumió en el silencio y contempló a los ya próximos dragones. De pronto volvió a rugir, manifestando esta vez su miedo con un aullido que heló la sangre de todos los presentes, incluso del minotauro. Por encima de su cabeza las velas ondeaban al viento y los aparejos se extendían rígidos. La embarcación, navegando con toda la celeridad que era capaz de asumir, parecía saltar sobre las olas y dejaba tras de sí una estela de alba espuma. Sin embargo, los dragones ganaban terreno.

Cuando Maquesta casi le había dado alcance, el timonel agitó la cabeza como un animal herido e hizo girar la rueda.

—¡No, Berem! —gritó la capitana.

El brusco movimiento del piloto hizo que la embarcación virase, con tal velocidad que casi volcó. El palo de mesana se partió en dos a causa de la presión del viento, de tal modo que los aparejos, obenques, velas y hombres se desmoronaron sobre la cubierta o cayeron al Mar Sangriento.

Asiendo a Maq por el brazo, Koraf logró apartarla de la maltrecha verga. Caramon estrechó a Raistlin contra su cuerpo, arrojándose sobre la cubierta y protegiendo así el frágil cuerpo del mago con el suyo en el instante en que la maraña de cabos sueltos y madera astillada se estrellaba a escasa distancia. Los marineros, mientras, se desplomaban o bien se asestaban fuertes golpes contra las mamparas. Todos podían oír cómo la carga salía despedida en la bodega, pero nadie tenía tiempo de bajar a amarrarla de nuevo. Los compañeros se sujetaban a los cabos o a cualquier objeto al que podían aferrarse, afianzándose en un desesperado intento de salvar sus vidas, pese a presentir que Berem acabaría por hundir la nave. Las velas se batían como las alas de un ave moribunda, a la vez que se aflojaban los nudos y la nave zozobraba hacia un inminente final.

Pero el diestro piloto, aunque aparentemente enloquecido por el pánico, seguía siendo un experto navegante. En una reacción instintiva sostenía la rueda con firmeza cuando la veía a punto de girar libre y mortífera y, despacio, condujo de nuevo el barco hacia el viento con el mismo cuidado con que una madre acunaría a su hijo enfermo. El

Perechon acabó por enderezarse y, al sentir la caricia de la brisa, se hincharon las velas muertas hasta hallar un nuevo rumbo.

Fue en ese momento cuando todos pensaron que hundirse' en el mar habría sido una muerte más rápida y fácil que la que ahora les aguardaba, pues un grisáceo manto de agitada bruma envolvió la nave en una densa penumbra.

—¡Se ha vuelto loco! Nos lleva irremediamente hacia la tempestad del Mar Sangriento —constató Maquesta con una voz quebrada, apenas audible, mientras luchaba para recuperar el equilibrio. Koraf empezó a avanzar hacia Berem, retorcido su rostro en una mueca agresiva y con una cabilla de maniobras en la mano.

—¡No, Koraf! —ordenó Maquesta sin resuello, agarrándolo para detenerlo—. Quizá Berem tenga razón y ésta sea nuestra única oportunidad de salvarnos. Los dragones no osarán seguirnos hacia el corazón de la tempestad. Berem nos ha metido en este embrollo, y no tenemos otro timonel capaz de sacarnos de él. Si logra mantenerse en el borde del remolino...

Un inesperado relámpago rasgó la plomiza cortina y la niebla se partió, revelando una ominosa escena. Un cúmulo de negras nubes se agitaba en el rugiente viento, y un rayo verdoso hendió el firmamento impregnando el aire del olor acre del azufre. Las rojizas aguas se rizaron en peligrosos vaivenes, lanzando chorros burbujeantes como los espumarajos de un epiléptico. Durante unos momentos nadie acertó a moverse, no podían sino contemplar el espectáculo sintiendo su propia insignificancia frente a las desencadenadas fuerzas de la naturaleza. El viento azotaba sus rostros y la nave se balanceaba en violentos bandazos, arrastrada por el mástil roto. Se desató de pronto un aguacero, entremezclado con piedras de granizo que repiqueteaban sin cesar sobre la entarimada cubierta, en el mismo instante en que la grisácea cortina volvía a cernirse sobre ellos.

Por orden de Maquesta algunos marineros se encaramaron a los obenques para arriar las velas restantes, mientras otro grupo se esforzaba en apartar la verga partida que se agitaba si ningún control. Acometieron esta tarea con hachas, que utilizaron para cortar los cabos y lograr así que el palo cayera a las sanguinolentas aguas. Libre al fin del peso muerto que la arrastraba, la nave se enderezó de nuevo. Aunque el viento continuaba zarandeándola, el Perechon parecía capaz de vencer a la tormenta incluso con un mástil menos.

El riesgo inmediato había hecho que los tripulantes se olvidasen de los dragones. Ahora que su vida prometía prolongarse unos minutos, los compañeros alzaron sus cabezas para escudriñar el aire a través de la brumosa lluvia.

—¿Creéis que los hemos confundido? —preguntó Caramon, quien sangraba por un ancho tajo abierto en su testa. Sus empañados ojos delataban el dolor que le infligía su herida, pero aún estaba más preocupado por su hermano. Raistlin se bamboleaba a su lado, ileso, pero presa de un virulento ataque de tos que apenas le permitía sostenerse en pie.

Tanis movió la cabeza en actitud sombría. Tras dar un rápido vistazo a su alrededor para cerciorarse de que todos estaban bien, les hizo señal de acercarse. Uno por uno, los

compañeros avanzaron a trompicones bajo la lluvia, aferrándose a los cabos que encontraban a su paso hasta congregarse en torno al semielfo. Ninguno de ellos conseguía apartar la mirada de las alturas.

Al principio no vieron nada, incluso resultaba difícil distinguir la proa de la nave a través de la lluvia y del revuelto mar. Los marineros se apresuraron a cantar victoria, convencidos de que habían perdido de vista a las bestias.

Pero Tanis, con la mirada fija en el oeste, sabía que sólo la muerte detendría a la Señora del Dragón en su empeño. Inevitablemente los vítores de los tripulantes se trocaron por gritos de terror cuando la cabeza de un Dragón Azul se asomó, de pronto, entre los nubarrones, con la boca abierta para exhibir sus amenazadores colmillos y sus flamígeros ojos resplandecientes de odio.

El Dragón voló hasta ellos, extendidas las alas pese a la fuerza de los vientos, la lluvia y el granizo. Un Señor del Dragón se erguía sobre su azulado lomo, y Tanis vio apesadumbrado que no portaba armas. No las necesitaba para capturar a Berem y hacer que su cabalgadura destruyera al resto. El semielfo inclinó la cabeza, atenazado por el presentimiento de lo que se avecinaba y por la amarga punzada de la culpabilidad.

Sin embargo, no tardó en alzar de nuevo la vista al pensar que existía una posibilidad. Quizá ella no reconocería a Berem, y se resistiría a aniquilar a los otros por miedo a lastimarlo. Giró la cabeza hacia el timonel, pero su momentánea esperanza se disipó casi antes de nacer. Se diría que los dioses se habían confabulado contra ellos.

El viento había abierto la camisa de Berem. A través de la cortina que formaba la lluvia el semielfo distinguió la piedra verde incrustada en el pecho de aquel extraño humano; irradiaba destellos más brillantes que los del relámpago, cual un terrible faro que orientase a los buques en la tormenta. Berem no se había percatado, ni siquiera parecía ver al Dragón. Sus ojos acechaban la tempestad mientras conducía la nave hacia el centro del Mar Sangriento de Istar.

Sólo dos de los presentes percibieron la refulgente gema. Todos los demás estaban pendientes de la fiera, atrapados en un hipnótico trance que les impedía apartar la mirada de la enorme criatura azul que les sobrevolaba. Tanis estudiaba la joya que tanto lo había sorprendido meses atrás, y también la Señora del Dragón la había visto. Sus ojos, camuflados por la máscara metálica, estaban prendidos de los verdes destellos, aunque, pasado el primer momento de atracción, la insaciable mujer desvió el rostro hacia el semielfo que permanecía inmóvil en la azotada cubierta.

Una repentina ráfaga de viento sacudió al Dragón Azul, obligándolo a virar ligeramente, pero la mirada de la Señora del Dragón no sufrió ni el más leve parpadeo. Tanis vio un espantoso futuro en aquellos ojos castaños: el Dragón se lanzaría en picado sobre ellos y atraparía a Berem en sus garras, mientras su dueña se regocijaría en su victoria durante unos instantes agónicos para luego ordenarle que los destruyera a todos...

Tanis vio esta escena con la misma claridad con que había leído la pasión en el rostro de la mujer unos días antes, cuando la estrechaba en sus brazos.

Sin apartar los ojos de él, la Señora del Dragón alzó su enguantada mano. Quizá era una señal de ataque dirigida a su animal, quizá una despedida destinada a Tanis. Nunca lo sabría, pues en aquel momento una voz desgarrada se elevó por encima del rugido de la tormenta con un poder indescriptible.

—¡Kitiara! —exclamó Raistlin. Liberándose de Caramon, el mago emprendió carrera hacia el Dragón sin cesar de resbalar sobre la empapada cubierta y con la túnica roja agitada en violentos remolinos por el creciente viento. Una ráfaga arrancó de forma súbita la capucha de su cabeza y la lluvia empezó a chorrear resplandeciente por su metálica tez, haciendo que sus ojos como relojes de arena lanzasen áureos destellos a través de la oscuridad de la tormenta.

La Señora del Dragón aferró su montura por la erizada crin que jalonaba su cuello azulado, obligándola a detenerse con tal brusquedad que Skie lanzó un grito de protesta. El cuerpo de la mujer adquirió una extraña rigidez, y sus ojos casi se salieron de sus órbitas al contemplar al frágil hermanastro que había criado desde la infancia. Su mirada se desvió hacia Caramon en el instante en que el guerrero se situaba junto a su gemelo.

—¿Kitiara? —susurró Caramon con un hilo de voz, lívido su rostro al observar al Dragón que permanecía suspendido sobre ellos desafiando al temporal.

La Señora del Dragón giró de nuevo su enmascarada cabeza hacia Tanis, antes de posar la mirada en Berem. El semielfo contuvo el resuello, viendo cómo el torbellino de su alma se reflejaba en aquellos ojos oscuros.

Para alcanzar a Berem tendría que matar al hermano menor que había aprendido cuanto sabía sobre las artes marciales de su propia mano. Tendría que matar a su frágil gemelo... y también al hombre que amó en un tiempo remoto. Tanis advirtió que su mirada recuperaba su habitual frialdad, y movió la cabeza, sumido en la desesperanza. No importaba, mataría a sus hermanastros y le mataría a él. En aquel momento recordó sus palabras: *Captura a Berem y tendremos todo Krynn a nuestros pies. La Reina Oscura nos recompensará con dones que nunca acertaríamos ni siquiera a soñar.*

Kitiara señaló a Berem con el índice y aflojó las invisibles riendas del Dragón. Con un cruel graznido Skie se aprestó a realizar su rapiña, pero el instante de vacilación de Kitiara resultó desastroso. Haciendo un esfuerzo para ignorarla, el timonel había virado la nave hacia el seno mismo de la tormenta entre los amenazadores aullidos del viento, que azotaba el velamen. Las olas rompían contra la cubierta, la lluvia los traspasaba convertida en punzantes agujas y el granizo empezó a acumularse en la cubierta, cubriéndola de una capa de escarcha.

De pronto el Dragón sufrió un revés al ser atrapado por una corriente de viento, y luego por otra. Batía sus alas en frenéticos movimientos mientras las ráfagas lo zarandeaban a su antojo y el granizo tamborileaba sobre su cabeza, amenazando con perforar sus correosos miembros. Sólo la suprema voluntad de su jinete impedía a Skie huir de la peligrosa borrasca y elevar el vuelo hacia la seguridad de un cielo despejado.

Tanis vio que Kitiara hacía un enfurecido gesto en dirección a Berem, respondido por el valiente ahínco del animal en su lucha para acercarse al piloto.

Una nueva ráfaga de viento irrumpió en la escena, esta vez castigando a la nave en el momento en que una ola se estrellaba contra el casco. El agua se vertió en la cubierta como una cascada festoneada de blanca espuma, que alzó a los hombres por el aire para lanzarlos en un revuelto amasijo sobre el resbaladizo suelo. La embarcación zozobraba y cada uno se aferraba a lo que podía, cabos o redes, en un desesperado intento de no salir despedido por la borda.

Berem luchaba con el timón, que parecía haber cobrado vida y escapado al control de sus diestras manos. Mientras las velas se rasgaban por la mitad, los hombres desaparecían en el Mar Sangriento entre gritos aterrorizados. Al fin el barco se fue enderezando, aunque la madera crujía cada vez con más fuerza. Tanis se apresuró a alzar la vista.

El Dragón y Kitiara se habían desvanecido.

Libre al fin de su miedo, Maquesta entró en acción, decidida a salvar su maltrecha nave. Lanzando una retahíla de órdenes, echó a correr y tropezó contra Tika.

—¡A la bodega, marinos de agua dulce! —exclamó enfurecida con una voz de trueno que se impuso a la tormenta—. ¡Tanis, llévate a tus amigos y nos os interferáis en nuestro trabajo! Si lo prefieres, puedes utilizar mi camarote.

Aún aturdido, el semielfo asintió y condujo a sus compañeros al interior en una acción casi instintiva, pues se hallaba inmerso en un absurdo sueño presidido por una agitada oscuridad.

La mirada hechizada de Caramon traspasó su pecho cuando el fornido guerrero pasó junto a él tambaleándose y sujetando a su hermano. Los dorados ojos de Raistlin le envolvieron en llamas que quemaron su alma. Todos fueron desfilando, para penetrar a trompicones en la diminuta cabina que se agitaba y les zarandeaba como a marionetas.

Tanis aguardó hasta que los compañeros se hubieron introducido en el camarote y se apoyó en la puerta incapaz de dar media vuelta, incapaz de hacerles frente. Había visto la sombría expresión de Caramon y el exultante destello que despedían los ojos de Raistlin. Había oído sollozar a Goldmoon. Pero sabía que no podía evitarlo, de modo que se giró lentamente. Riverwind se erguía junto a su esposa, con el rostro contraído en sórdidas meditaciones mientras trataba de afianzar su mano en el techo. Tika se mordisqueaba el labio, en un vano afán por contener las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Tanis permaneció junto a la puerta, contemplando a sus amigos sin pronunciar palabra. No se oía sino el murmullo de la tempestad y de las olas que rompían contra la cubierta, para derramarse en un persistente goteo sobre sus cabezas. Estaban todos empapados, presas del frío y de los violentos temblores causados por el miedo, el dolor y la sorpresa.

—Lo lamento —balbuceó al fin Tanis, lamiéndose los salados labios. Tenía la garganta tan reseca que apenas podía hablar—. Pensaba contároslo todo...

—Ahora ya sabemos dónde estuviste esos cuatro días —le interrumpió Caramon sin alzar la voz—. Con nuestra hermana, ¡la Señora del Dragón!

Tanis hundió la cabeza contra el pecho. La nave avanzaba a sacudidas bajo sus pies y le arrojó hacia el escritorio de Maquesta claveteado en el suelo. Se agarró al mueble hasta que cesó de balancearse y recobró, de nuevo, el equilibrio para enfrentarse a ellos. El semielfo había soportado el dolor en innumerables ocasiones, el dolor que infligen los prejuicios, las derrotas, los cuchillos, las flechas y las espadas; pero no se sentía capaz de resistir éste que ahora le atenazaba. La acusación de traidor que se reflejaba en todos aquellos pares de ojos penetraba en sus entrañas.

—Os suplico que me creáis...

¡Qué estupidez acabo de decir! ¿Por qué habían de creerme? No he hecho sino mentir desde mi regreso —pensó con un salvaje desgarró.

—Comprendo —empezó de nuevo—, que no tenéis motivos para confiar en mí, pero al menos escuchadme. Estaba paseando por Flotsam cuando fui atacado por un elfo. Al verme así ataviado —señaló su armadura— pensó que era un oficial del ejército de los Dragones. Kitiara me salvó la vida y me reconoció, deduciendo al instante que me había enrolado en sus filas. ¿Qué podía decirle? Me llevó —Tanis tragó saliva y se enjugó el empapado rostro— a la posada y... —no logró continuar.

—Y permaneciste cuatro días con sus noches entre los amorosos brazos de una Señora del Dragón— concluyó Caramon con tono iracundo al mismo tiempo que, equilibrándose, extendía un dedo como si de un arma se tratase—. Y, claro, después de tan arduas jornadas, necesitabas descansar. Sólo entonces te acordaste de nosotros y llamaste a nuestra puerta para asegurarte de que te esperábamos. ¡Y así era, como el hatajo de imbéciles confiados que somos!

—¡De acuerdo, estuve con Kitiara! —lo atajó Tanis trocando su pesadumbre por una furia incontrolable—. ¡La amaba! No espero que ninguno de vosotros lo entienda. ¡Pero no os he traicionado, lo juro por los dioses! Cuando partió hacia Solamnia se me ofreció la oportunidad de escapar, y así lo hice. Me siguió un draconiano, al parecer por orden de Kit. Quizá me haya comportado como un necio, ¡pero no soy un traidor!

—¡Bah! —exclamó Raistlin con desdén.

—¡Escúchame, mago! Si os hubiera traicionado, ¿por qué había de quedar perpleja al ver a sus hermanos? Si delaté vuestro paradero, ¿por qué no envió a una patrulla de draconianos a la posada para prenderos? ¿Por qué no lo hice yo mismo? Tuve una ocasión perfecta, y también hubiera podido ordenar la captura de Berem. Es a él a quien quieren, es a él al que buscaban en Flotsam. Sabían que viajaba a bordo de esta nave y Kitiara me ofreció el gobierno de Krynn si le proporcionaba a ese hombre, tan importante es. Me bastaba con conducir a Kitiara hasta él y la Reina Oscura me habría recompensado con gran magnanimidad.

—No intentarás hacernos creer que no consideraste esa posibilidad —acusó Raistlin, sibilino.

Tanis abrió la boca para replicar, pero guardó silencio. Sabía que su culpa se dibujaba en su rostro de forma tan ostensible como la barba que ningún elfo auténtico luciría, y se cubrió el rostro con las manos en un intento de ocultarlo.

—La quería —confesó con voz entrecortada—. Durante todos estos años me he negado a admitir su deslealtad. Y, aun sabiéndolo, no pude luchar contra mí mismo. Tú amas —dirigió una mirada a Riverwind—, y también tú —ahora sus ojos se clavaron en Caramon. La nave volvió a encabritarse, y Tanis se agarró a uno de los cantos del escritorio al sentir que el suelo se desplazaba bajo sus pies—. ¿Qué habrías hecho vosotros? ¡Durante cinco años ha presidido todos mis sueños! —calló, sumiéndose en el silencio general. El rostro de Caramon revelaba una actitud reflexiva insólita en él, mientras Riverwind contemplaba a Goldmoon—. Cuando se fue —prosiguió el semielfo con triste acento—, permanecí en su lecho y me odié por mi debilidad. Quizá vosotros me detestéis ahora, pero nunca abominaréis y despreciaréis tanto como yo mismo el abyecto acto que he cometido. Pensé en Laurana y...

Tanis enmudeció y levantó la cabeza. Mientras hablaba había percibido el cambio que se estaba operando en la trayectoria de la nave. Los demás también se habían dado cuenta y lanzaron una inquieta mirada a su alrededor. No se necesitaba ser un experto marino para advertir que ya no daban violentos bandazos. Ahora avanzaban con suavidad, en un movimiento que se les antojó aún más ominoso por lo antinatural. Antes de que nadie acertara a preguntarse su significado, un golpe en la puerta casi resquebrajó los maltratados listones.

—¡Maquesta dice que subáis! —exclamó Koraf sin cesar de aporrear la madera.

Tanis estudió brevemente a sus amigos. El rostro de Riverwind exhibía una expresión sombría y, aunque sus ojos se cruzaron con los del semielfo, no despedían ningún atisbo de luz. El hombre de las Llanuras siempre había desconfiado de las criaturas que no eran humanas, sólo los múltiples peligros que habían afrontado juntos le habían inducido a quererle como a un hermano. ¿Se había destruido su afecto en un instante? Tanis le miró con firmeza pero Riverwind bajó la vista y, sin pronunciar una palabra, echó a andar. No obstante se detuvo al pasar junto a él para susurrarle, contemplando cómo Goldmoon se levantaba:

—Tienes razón, amigo. Yo sé lo que es amar. —Dio entonces media vuelta y desapareció por la escalerilla.

Goldmoon lanzó una silenciosa mirada de soslayo a Tanis mientras se disponía a seguir a su esposo, y el semielfo leyó en sus ojos piedad y comprensión. Deseaba que los otros compartiesen su indulgencia.

Caramon titubeó, y al fin se alejó sin mirarle ni despegar los labios. Raistlin, en cambio, volvió la cabeza y prendió sus dorados ojos en el rostro del semielfo sin dejar de observarle al caminar. ¿Asomaba un destello de júbilo en aquella áurea mirada? Objeto de la pertinaz desconfianza de los compañeros, quizá se alegraba de hallar un hermano en la ignominia. El semielfo no acertaba a adivinar sus pensamientos.

Cuando le tocó el turno a Tika, se acercó a él y le dio una suave palmada en el hombro. También sabía qué era amar.

Tanis permaneció unos momentos solo en el camarote, perdido en su propia oscuridad. Desechando sus sentimientos, subió a cubierta tras los otros y al instante se percató de

lo ocurrido. Todas las miradas confluían en un flanco de la nave, y en los rostros se reflejaba una indecible angustia. Maquesta caminaba como un león enjaulado, meneando la cabeza y renegando en su idioma.

Al oír que Tanis se aproximaba, la capitana alzó el rostro y exclamó con un centelleo de odio en sus negros ojos:

—¡Tú y ese timonel, condenado por los dioses, nos habéis destruido!

Las palabras de Maquesta se le antojaron al semielfo una redundancia, una repetición de las frases que resonaban en su mente. Incluso se preguntó si era ella quien había hablado o por el contrario se había escuchado a sí mismo.

—Estamos atrapados en el remolino —afirmó Maq

Capítulo 4

«Mi hermano...».

El Perechon se deslizaba sobre la cresta de agua con tanta ligereza como un ave surca el cielo. Pero era un ave con las alas cortadas, que la arremolinada corriente de un ciclón arrastraba sin remedio hacia una oscuridad teñida de sangre.

La terrible fuerza alisaba la superficie hasta hacerla parecer un cristal pintado. Un hueco y eterno rugido surgía de las negras profundidades e incluso las tormentosas nubes trazaban interminables círculos a su alrededor, como si toda la naturaleza estuviera aprisionada en el remolino, sujeta a una inminente destrucción.

Tanis se aferró a la barandilla con las manos doloridas a causa de la tensión. Contemplaba el torbellino sin miedo, sin angustia, tan sólo atenazado por un extraño entumecimiento. Ya nada importaba, la muerte se le antojaba rápida y acogedora.

Todos cuantos viajaban a bordo de aquel barco predestinado guardaban silencio, incapaces de abstraerse de los horrores que presentían. Se hallaban a cierta distancia del centro del remolino pues éste tenía varias millas de diámetro. Las aguas fluían veloces pero tranquilas, mientras a su alrededor el viento ululaba y la lluvia azotaba sus rostros.

Pero no importaba, habían cesado de advertirlo. Lo único que veían, con los ojos desorbitados, era que pronto serían absorbidos por la amenazadora negrura.

Tan espantosa visión logró despertar a Berem de su perenne letargo. Pasado el primer impacto, Maquesta empezó a emitir enloquecidas órdenes que los hombres obedecían aturdidos, si bien todos sus esfuerzos resultaron vanos. Las velas enjarciadas contra el viento se desgarraron una tras otra y los cabos que antes las sujetaban lanzaron a los hombres al agua entre alaridos de pánico. Berem no conseguía virar el rumbo ni liberar la nave de las acuosas garras del océano. Koraf contribuyó con su fuerza a gobernar el timón, pero era como tratar de impedir que el mundo siguiera girando.

Berem abandonó y, con los hombros laxos, se sumió en la contemplación de las arremolinadas profundidades sin hacer caso de Maquesta ni del minotauro. Tanis leyó en su rostro una inexplicable serenidad, la misma que recordaba haber observado en Pax Tharkas cuando se dejó llevar de la mano de Eben hacia la mortífera cascada de granito: la verde joya de su pecho refulgía con una luz fantasmal en la que se reflejaba el tono sanguinolento del agua. Tanis sintió que una mano poderosa se cerraba sobre su hombro, sacándolo de su espantado estupor.

—¡Tanis! ¿Dónde está Raistlin?

El semielfo dio media vuelta, y durante unos segundos miró a Caramon sin reconocerle. Al fin susurró, con una mezcla de amargura e indiferencia

—¿Qué importancia tiene? Déjale, al menos, elegir el lugar donde quiere morir.

—¡Tanis! —Caramon lo zarandó para obligarle a recuperar la cordura—. ¡Tanis, escucha! Recuerda su magia y el Orbe de los Dragones, quizá pueda ayudarnos...

—¡Por los dioses! ¡Caramon, tienes razón! —reaccionó al fin el semielfo.

Lanzó una rápida mirada a su alrededor, pero no vio rastro del mago y un escalofrío recorrió sus vísceras. Raistlin era capaz de ayudarles o de protegerse sólo a sí mismo. Aunque vagamente, Tanis evocó las palabras de Alhana, la princesa elfa, cuando les reveló que los Orbes habían sido dotados de un alto sentido de auto conservación por los hechiceros que los crearon.

—¡Busquémosle abajo! —exclamó Tanis dando un salto hacia la escotilla, seguido por las contundentes pisadas de Caramon.

—¿Qué ocurre? —preguntó Riverwind desde la barandilla.

—Raistlin. El Orbe de los Dragones —explicó escuetamente el semielfo—. No vengas. Deja que lo intentemos Caramon y yo. Quédate aquí, con los otros.

—¡Caramon! —gritó Tika, y se dispuso a alcanzarles. Pero Riverwind se apresuró a detenerla, de modo que la muchacha tuvo que conformarse con lanzar una anhelante mirada al guerrero y permanecer silenciosa, apoyada en la barandilla.

Caramon ni siquiera se percató, ocupado como estaba en tomar la delantera a Tanis y atravesar la escotilla a sorprendente velocidad teniendo en cuenta el tamaño de su cuerpo. Al bajar a trompicones la escalera que conducía al camarote de Maquesta, el semielfo vio que la puerta estaba abierta y se mecía sobre sus goznes al ritmo que marcaba la nave. Irrumpió en la estancia mas, de pronto, se detuvo en el mismo dintel, como si se hubiera tropezado contra un muro.

Raistlin se hallaba en el centro de la estrecha cabina. Había encendido una vela en un fanal adosado a las mamparas, cuya llama hacía brillar su rostro como una máscara metálica y sus ojos con un fuego de tintes áureos. Sostenía en sus manos el Orbe de los Dragones, el premio cobrado en Silvanesti. Tanis advirtió que había crecido, asemejándose ahora a una pelota infantil con millares de colores arremolinados en su interior. Mareado, apartó la vista.

Frente a Raistlin se erguía Caramon, con el rostro tan lívido como el semielfo lo había visto en el sueño de Silvanesti, cuando el cadáver del guerrero yacía a sus pies.

El mago tosió, apretándose el pecho con una mano. Tanis hizo ademán de acercarse, pero le detuvo la penetrante mirada del enigmático hechicero.

—¡Mantente alejado de mí! —le ordenó entre esputos que teñían sus labios de sangre.

—¿Qué haces?

—¡Huir de una muerte segura, semielfo! —respondió emitiendo una risa desabrida, una risa que Tanis sólo había oído dos veces en el curso de su aventura—. ¿Qué iba a hacer si no?

—¿Cómo? —siguió indagando. Sintió que una oleada de terror se apoderaba de su mente al escudriñar los áureos ojos de Raistlin y distinguir en ellos en reflejo de la turbulenta luz del Orbe.

—Utilizando mi magia y la de este objeto encantado. Es muy sencillo, aunque quizá escape a tu escasa inteligencia. Sé que poseo el don de aprovechar la energía de mi materia corpórea y de mi espíritu fundidos en uno solo. Me transformaré en energía pura o en luz, si te resulta más fácil representártelo de ese modo. Podré entonces viajar a través de la bóveda celeste como los rayos del sol, volviendo a este mundo físico cuándo y dónde quiera.

Tanis meneó la cabeza. Raistlin tenía razón, no acertaba a comprender el fenómeno que acababa de describirle. Sin embargo, renacieron sus esperanzas.

—¿Puede el Orbe hacer eso para salvamos? —inquirió.

—Es probable, pero no seguro —respondió el mago en un acceso de tos—. En cualquier caso, no correré ese riesgo. Sé que yo puedo escapar y, en cuanto a los otros, no me preocupan. Tú los has llevado a las fauces de una sangrienta muerte, semielfo, y a ti te corresponde rescatarles.

La ira reemplazó al temor en el ánimo de Tanis.

—Al menos tu hermano... —empezó a decir.

—Nadie —le atajó encogiéndose los ojos—. Retrocede. Una furia demente y desesperada conmovió la mente de Tanis. Tenía que hacer entrar en razón a Raistlin, a cualquier precio. Debían utilizar toda aquella extraña magia y salvarse así de la destrucción. Tanis poseía los suficientes conocimientos arcanos para comprender que el mago no se atrevía a invocar un hechizo, pues necesitaba toda su fuerza si pretendía controlar el Orbe de los Dragones. Dio un paso al frente, y al instante vio un centelleo argénteo en la mano del hechicero. Había surgido de la nada una pequeña daga de plata, oculta tras su muñeca y sujeta por una correa de cuero de hábil diseño. El semielfo intercambió con Raistlin una mirada en la que ambos medían su poder.

—De acuerdo —dijo al fin Tanis, respirando hondo—. Estás dispuesto a matarme sin pensarlo dos veces. Pero no lastimarás a tu hermano. ¡Caramon, impide que realice sus propósitos!

El guerrero avanzó hacia su gemelo, que enarboló la daga de plata en actitud amenazadora.

—No lo hagas —advirtió con voz queda—. No te acerques.

Caramon titubeó.

—¡Adelante, Caramon! —ordenó Tanis investido de una gran firmeza—. No te hará daño.

—Cuéntaselo, hermano —susurró Raistlin sin apartar los ojos del guerrero. Los relojes de arena de sus pupilas se dilataron, a la vez que su dorada luz oscilaba como un ominoso presagio—. Cuéntale a Tanis lo que soy capaz de hacer. Lo recuerdas muy bien, y también yo. La imagen se aviva en nuestra mente cada vez que cruzamos una mirada, ¿no es cierto?

—¿De qué habla? —intentó averiguar Tanis que apenas había escuchado las palabras de Raistlin porque estaba pensando en cómo podría distraerle y saltar sobre él...

—Las Torres de la Alta Hechicería —farfulló Caramon palideciendo—. Pero se nos prohibió revelarlo. Par-Salian dijo...

—Eso no importa ahora —le interrumpió el mago con voz desgarrada—. No hay nada que pueda hacerme Par-Salian. Una vez posea lo que me fue prometido, ni siquiera el gran Maestro tendrá poder para enfrentarse a mí. Pero ése no es asunto tuyo.

También Raistlin respiró hondo, antes de empezar a hablar con la mirada prendida de su gemelo. Sin prestarle atención Tanis se fue acercando, consciente tan sólo de un agudo palpito en su garganta. Un movimiento rápido y el frágil mago caería... De pronto el semielfo se sintió atrapado por la voz de Raistlin, obligado a detenerse y escuchar como si las ondas sonoras hubieran tejido a su alrededor una invisible telaraña.

—La última Prueba en la Torre de Alta Hechicería, Tanis, tenía por objeto enfrentarme conmigo mismo. Y fracasé. Le maté, Tanis, maté a mi propio hermano —su voz sonaba serena—, o al menos a la criatura que le suplantaba —el mago se encogió de hombros, y prosiguió—. En realidad se trataba de una ilusión creada para mostrarme los más ocultos recovecos de mi odio y mis celos. Pretendían de ese modo purgar mi alma de sus tinieblas, si bien lo único que aprendí fue que no sabía controlarme. De todas formas, como aquello no formaba parte de la auténtica Prueba, mi fracaso no contó en mi contra... salvo para una persona.

—¡Vi cómo me mataba! —exclamó Caramon desfigurado por el horror—. Hicieron que contemplara la escena para que le comprendiera mejor—. El hombretón hundió el rostro entre las manos, mientras un estremecimiento convulsionaba su cuerpo—. ¡Y a fe mía que lo comprendo! —sollozó—. Comprendí entonces y siempre lo lamentaré. No te vayas sin mí, Raist. Eres débil, ¡me necesitas!

—Ya no, Caramon —repuso el mago entre suspiros—. En este viaje de nada has de servirme!

Tanis les observaba a ambos contraído por el pavor. No podía creerlo, ni siquiera de Raistlin.

—¡Caramon, deténle! —insistió ásperamente.

—No le ordenes que se me acerque, Tanis —le advirtió el hechicero con voz suave, como si leyera los pensamientos del semielfo—. Te aseguro que soy capaz de hacerlo. Lo que he anhelado toda mi vida se encuentra a mi alcance, y no permitiré que nadie me impida conseguirlo. Fíjate en el rostro de Caramon. ¡El también lo sabe! Le maté una vez, puedo hacerlo de nuevo. Adiós, hermano.

El mago sujetó con ambas manos el Orbe de los Dragones y lo alzó hacia la luz de la llameante vela. Los colores se arremolinaban en su interior, emitiendo flamígeros destellos. Una poderosa aureola rodeó la figura de Raistlin.

Luchando para desechar su miedo, Tanis tensó el cuerpo en un último y desesperado intento de detener a Raistlin. Pero no logró moverse. Oyó cómo el hechicero entonaba unas extrañas palabras, en el instante mismo en que aquella refulgente y abrumadora luz asumía un intenso brillo que pareció traspasar su cerebro. Se cubrió los ojos con la mano pero el resplandor le abrasaba la carne y agostaba su mente, causándole un dolor insoportable. Tropezó contra el dintel de la puerta, y un agónico grito de Caramon resonó a su lado antes de que el cuerpo de su fornido amigo se desplomara con un ruido sordo.

Sobrevino el silencio, sumiéndose el camarote en la penumbra. Sin poder contener un escalofrío, Tanis abrió los ojos. Al principio no veía más que el espectro de una gigantesca bola roja grabada en su imaginación, pero poco a poco sus ojos se acostumbraron a la gélida oscuridad. La ardiente cera goteaba por la candela para formar en el entarimado suelo de la cabina un albo charco cerca del lugar donde yacía Caramon, frío e inmóvil. El guerrero tenía la mirada perdida en el vacío.

Raistlin había desaparecido.

Tika Waylan se hallaba en la cubierta del Perechon contemplando el sanguinolento mar y tratando de reprimir el llanto que afloraba a sus ojos. Debes ser valiente —se decía a sí misma una y otra vez—. Has aprendido a luchar con valor en el combate. Caramon así lo afirma. Ahora no puedes flaquear, al menos morirás junto a él. No debe verte llorar.

Pero los últimos cuatro días les habían puesto a todos los nervios a flor de piel. Temerosos de ser descubiertos por los draconianos que habían invadido Flotsam, los compañeros habían permanecido ocultos en aquella mugrienta posada. La extraña desaparición de Tanis les había dejado aterrorizados e indefensos, incapaces de indagar siquiera sobre su paradero. Durante unas interminables jornadas se habían visto obligados a cobijarse en sus habitaciones, donde Tika mantenía un estrecho contacto con Caramon. La fuerte atracción que les unía se había convertido en una auténtica tortura, pues no podían manifestarla. Ella deseaba rodear con sus brazos al enorme guerrero, sentir su musculoso cuerpo apretado contra el suyo.

Sabía que Caramon compartía sus anhelos. En ocasiones la miraba con tal ternura reflejada en los ojos, que sentía un impulso irrefrenable de acurrucarse a su lado para recibir el influjo del amor que, no le cabía la menor duda, anidaba en el corazón de aquel hombre de tosca apariencia.

No podría ser mientras Raistlin merodease en torno a su hermano gemelo, aferrándose a él cual una frágil sombra. La muchacha se repetía incesantemente las palabras que pronunciara Caramon antes de llegar a Flotsam:

Debo consagrarme por entero a mi hermano. En la Torre de la Alta Hechicería me vaticinaron que su fuerza contribuiría a la salvación del mundo. Yo soy su fuerza, por lo menos la física. Me necesita. Mi deber me llama junto a él y, hasta que cambie esa situación, no puedo comprometerme contigo. Mereces a alguien que te ponga en primer lugar, Tika, de modo que te dejo libre para que puedas encontrar a ese otro hombre.

Pero ella no quería a otro hombre, y este mero pensamiento desató sus contenidas lágrimas. Se apresuró a dar media vuelta para ocultarse de Goldmoon y Riverwind, convencida de que interpretarían sus sollozos como una expresión de miedo. Y no era así, el temor a la muerte era un sentimiento que había vencido tiempo atrás. Lo que le causaba pavor era morir sola.

¿Qué estarán haciendo? —se preguntó inquieta, secándose los ojos con el dorso de la mano. El barco se acercaba a aquel espantoso ojo negro y Caramon no volvía. Decidió ir en su busca, con la aprobación de Tanis o sin ella.

En aquel preciso instante vio salir al semielfo por la escotilla, arrastrando y sosteniendo a Caramon. Una fugaz mirada al lívido rostro del guerrero hizo que el corazón de Tika cesara de latir.

Intentó gritar, pero no logró articular palabra. No obstante, al oír sus ahogadas voces Goldmoon y Riverwind giraron sobre sí mismos y olvidaron por un momento el

terrorífico remolino. Viendo que Tanis se bamboleaba bajo su carga, el hombre de las Llanuras corrió a ayudarlo. Caramon caminaba como sumido en un ebrio estupor, con los ojos vidriosos y ciegos. Riverwind le agarró cuando las piernas del semielfo se derrumbaban.

—Estoy bien —susurró Tanis en respuesta a la preocupada pregunta de Riverwind—. Goldmoon, Caramon necesita tu ayuda.

—¿Qué ha ocurrido, Tanis? —El temor había devuelto a Tika el don del habla—. ¿Dónde está Raistlin? ¿Acaso ha...? —se interrumpió al contemplar los ojos del semielfo, que delataban el horror producido por lo que acababa de presenciar en la cabina.

—Raistlin se ha ido —se limitó a responder.

—¿Dónde? —inquirió de nuevo la muchacha, volviendo una anhelante mirada atrás como si esperase descubrir su cuerpo en el rojizo torbellino de las aguas.

—Nos mintió —declaró Tanis mientras ayudaba a Riverwind a tender a Caramon sobre un rollo de gruesa cuerda. El fornido guerrero no dijo nada, no parecía verles ni a ellos ni a su entorno; su mirada se perdía en el agitado viento que trazaba círculos en torno al remolino—. ¿Recordáis cuánto insistió en que fuéramos a Palanthas para aprender a utilizar el Orbe de los Dragones? Pues ya sabe cómo hacerlo, y nos ha abandonado. Quizá esté en Palanthas, aunque en realidad poco importa.

El semielfo se alejó de forma abrupta en pos de la barandilla.

Goldmoon extendió sus suaves manos sobre el hombretón, murmurando su nombre con voz tan queda que los otros no la oyeron a causa de las enfurecidas ráfagas. No obstante, al sentir su contacto, Caramon se estremeció y empezó a temblar violentamente. Tika se arrodilló junto a él, estrechando su manaza entre las suyas. Con la mirada aún absorta, el guerrero rompió a llorar en silencio y unos gruesos lagrimones se deslizaron por sus pómulos tras escapar de sus desorbitados ojos. Las pupilas de Goldmoon brillaban con su propio llanto, que, sin embargo, no le impidió seguir acariciando la frente del postrado compañero mientras pronunciaba su nombre como una madre llama al hijo extraviado.

Riverwind, contraído el rostro a causa de la ira, se reunió con Tanis.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con tono sombrío.

—Raistlin dijo que... no puedo hablar de ello. ¡Ahora no! El semielfo meneó la cabeza, presa de un incontenible temblor. Se apoyó en la barandilla para, sin cesar de contemplar las turbulentas aguas, proferir unos reniegos en lengua elfa —idioma que casi nunca utilizaba— mientras se sujetaba la cabeza con las manos.

Entristecido por el precario estado de su compañero, Riverwind trató de reconfortarle rodeando con su brazo sus hundidos hombros.

—Así que al fin ha ocurrido —comentó el hombre de las Llanuras—. Como preconizaba nuestro sueño, el mago ha abandonado a su hermano a una muerte segura.

—Y también como anunciaba el sueño, os he fallado —apostilló el semielfo con voz entrecortada—. ¿Qué he hecho? ¡Todo ha sido culpa mía! Yo os he arrastrado a tan cruel destino.

—Amigo mío —dijo Riverwind conmovido por el sufrimiento de Tanis—, no debemos cuestionar los designios de los dioses...

—¡Malditos sean! —vociferó Tanis en un repentino ataque de ira y, alzando la cabeza para observar a su amigo, descargó un puñetazo sobre la barandilla—. ¡Ha sido mi elección la que nos ha condenado a todos! Durante las noches en que yacíamos juntos, estrechados en un amoroso abrazo, a menudo me repetía lo fácil que sería quedarme a su lado para siempre. ¡No puedo hacerle reproches a Raistlin! A fin de cuentas, él y yo nos parecemos. Ambos hemos sido destruidos por una pasión destructiva.

—No has sido destruido, Tanis —le corrigió Riverwind y, apretando los hombros del semielfo con sus poderosas manos, le obligó a girarse hacia él con aquella firme actitud que le caracterizaba—. Tú no sucumbiste a tu pasión como el mago. De haberlo hecho, no habrías dejado a Kitiara. La abandonaste, Tanis.

—Sí, huí como un simple ladrón —replicó Tanis con amargura—. Debí enfrentarme a ella, debí decirle la verdad sobre mí mismo. Me habría matado, y ahora vosotros estaríais a salvo. Tú y los otros compañeros habrías escapado. ¡Cuánto más fácil hubiera sido mi muerte! Pero me faltó valor, acarreándoos con mi cobardía esta terrible desgracia —añadió a la vez que se liberaba de Riverwind—. No sólo he decepcionado a mi propia alma, sino también a vosotros que sufrís las consecuencias de mis actos.

Examinó la cubierta. Berem permanecía tras el timón, aferrando la inútil rueda con aquella extraña expresión resignada. Maquesta luchaba aún por salvar su nave, sin cesar de impartir órdenes a través del ululante viento y el profundo rugido que brotaba del seno del remolino. Pero sus tripulantes, paralizados por el pánico, no obedecían. Unos lloraban, otros lanzaban imprecaciones y la mayoría contemplaban en una muda fascinación la gigantesca espiral que les arrastraba inexorablemente hacia la vasta oscuridad del sangriento océano. Tanis sintió que la mano de Riverwind tocaba su hombro. Casi enfurecido intentó desembarazarse, pero el hombre de las Llanuras se mostró inquebrantable.

—Tanis, hermano, elegiste avanzar por esta senda cuando, en «El Último Hogar», corríste en defensa de Goldmoon. En aquella ocasión mi orgullo me indujo a rechazar tu ayuda, y de haberlo permitido ahora ambos estaríamos muertos. No nos volviste la espalda en la hora de la necesidad, y gracias a ti propagamos por el mundo la fe en los antiguos dioses. Trajimos la curación, aportamos la esperanza. ¿Recuerdas lo que nos dijo el Señor del Bosque?: «No lamentamos la pérdida de aquéllos que mueren alcanzando su destino». Nosotros, amigo mío, hemos cumplido el nuestro. ¿Quién sabe cuántas vidas hemos salvado? ¿Quién sabe si la esperanza que hemos hecho renacer conducirá a la victoria? Al parecer, para nosotros la batalla ha concluido. Así sea. Depongamos las armas para que vengan otros a recogerlas y continuar la lucha.

—Tus palabras son hermosas, habitante de las Llanuras —le espetó Tanis—, pero dime con sinceridad si puedes pensar en la muerte sin sentir amargura. Tienes numerosos motivos para vivir: Goldmoon, los hijos que aún no habéis engendrado...

Un súbito espasmo de dolor cruzó el rostro de Riverwind. Desvió la cabeza para ocultarlo pero Tanis, que le observaba de cerca, advirtió su contracción y, de pronto, se hizo la luz en su mente. ¡También estaba destruyendo a su progenie ya concebida! El semielfo cerró los ojos, presa de un hondo desaliento.

—Goldmoon y yo decidimos no contártelo, ya tenías demasiadas preocupaciones —Riverwind suspiró—. Nuestro vástago habría nacido en otoño —balbuceó—, la época en que las hojas de los vallenwoods se tiñen de rojo y ocre como lo estaban cuando mi prometida y yo llegamos a Solace armados con la Vara de Cristal Azul. Aquel día Sturm Brightblade, el caballero, nos encontró y nos condujo a «El Último Hogar»...

Tanis rompió a llorar, con unos punzantes sollozos que atravesaban su cuerpo como cuchillos. Riverwind le rodeó con sus brazos y le sujetó con fuerza.

—Sabemos que los vallenwoods están muertos —continuó en un susurro—. Sólo habríamos podido mostrar al hijo que esperamos tocones quemados y putrefactos. Ahora el niño verá los árboles tal como los dioses los concibieron, en un reino donde la vida se prolonga hasta la eternidad. No desesperes, amigo, hermano. Has devuelto al pueblo el conocimiento de los dioses; ahora debes conservar la fe.

Tanis apartó suavemente a Riverwind, no podía enfrentarse a la mirada de aquel hombre. Al contemplar su propia alma, la vio retorcerse como los torturados árboles de Silvanesti. ¿Fe? La había perdido. ¿Qué significaban los dioses para él? Era él quien había tomado las decisiones, quien había menospreciado los dones más valiosos de la vida, su patria elfa, el amor de Laurana. A punto había estado de dar también al traste con la amistad. Sólo la incorruptible lealtad de Riverwind, una lealtad que había entregado equivocadamente, impedía al hombre de las Llanuras reprocharle su infame acto.

El suicidio está prohibido a los elfos, que lo consideran una blasfemia por estimar la vida como el más precioso de todos los bienes. Pero Tanis espiaba el mar sanguinolento con vehemente anhelo.

Rezó para que la muerte sobreviniera con la mayor rapidez posible. Que estas aguas teñidas de sangre se cierren sobre mi cabeza y me oculten en sus profundidades insondables. Y, si los dioses existen, si ahora me escuchan, sólo les suplico que mi ignominia no llegue nunca a oídos de Laurana. He causado ya demasiado sufrimiento.

Mientras su alma elevaba esta plegaria, que esperaba fuese la última que pronunciara en Krynn, una sombra más oscura que las tormentosas nubes cayó sobre su conciencia. Oyó los gritos de Riverwind seguidos por un alarido de Goldmoon, pero sus voces se perdieron en el rugido del agua cuando la nave empezó a zambullirse en las entrañas del remolino. Aturdido, Tanis alzó los ojos para ver los flamígeros ojos de un Dragón Azul brillando a través de los densos nubarrones. Sobre su lomo se erguía la figura de Kitiara.

Reticentes a la idea de tener que abandonar el trofeo que había de aportarles una gloriosa victoria, Kit y Skie se abrieron camino en la tempestad y ahora el Dragón, con sus amenazadoras garras extendidas, se lanzaba en picado sobre Berem. Se diría que los pies del timonel estaban claveteados en la cubierta. En un estado de letárgica indefensión, contemplaba a su feroz agresor.

En una reacción instintiva, Tanis atravesó la agitada cubierta en el instante en que las aguas se arremolinaban en torno a él y golpeó a Berem en el estómago. El piloto salió despedido hacia atrás, confundiendo con la ola que en aquel momento rompía sobre sus cabezas. Tanis halló un agarradero; no sabía qué era, pero logró aferrarse a él antes que el suelo se deslizara bajo sus pies. La nave volvió a enderezarse y, cuando el semielfo levantó de nuevo la vista, Berem había desaparecido. El Dragón bramaba iracundo a escasa distancia.

Ahora era Kitiara quien elevaba poderosos gritos que se imponían a la tempestad, señalando al semielfo. La fiera mirada de Skie se centró en él. Izando los brazos como si de ese modo pudiera evitar la embestida del Dragón, Tanis contempló cómo el animal libraba una enloquecida lucha para controlar su vuelo en el continuo azote del viento.

Quiero vivir. Vivir para olvidar estos horrores —pensó sin proponérselo el semielfo cuando las garras del Dragón se cernían sobre él.

Durante unos breves segundos se sintió suspendido en el aire mientras, al fondo, se desvanecía el mundo. Sólo era consciente de las salvajes sacudidas de su cabeza, de sus incoherentes alaridos. El Dragón y las aguas lo atacaron al unísono. No veía más que sangre...

Tika se acurrucó junto a Caramon, soslayado el temor a la muerte por la preocupación que el guerrero le causaba. Pero él no se percataba de su presencia. Sus ojos seguían absortos en el espacio, derramando lagrimones que chorreaban por sus pómulos mientras, con los puños cerrados, repetía dos palabras en una muda e inagotable letanía: «Mi hermano», «mi hermano...».

Con una lentitud agónica, de pesadilla, la nave se equilibró sobre el extremo del remolino como si incluso la madera que lo componía titubeara a causa del pánico. Maquesta se unió a su frágil cascarón en su última batalla por la vida, prestándole su propia fuerza interior, tratando de alterar las leyes de la naturaleza mediante su voluntad. Pero fue inútil. Con un estremecimiento sobrecogedor, el Perechon se deslizó por el ojo del ominoso torbellino. Los listones crujieron, cayeron los mástiles y los hombres fueron despedidos entre alaridos de la resbaladiza cubierta cuando la sanguinolenta oscuridad succionó la nave hacia las profundidades de sus abiertas fauces.

Sólo aquellas dos palabras quedaron suspendidas en el aire, como una bendición.

«Mi hermano...».

Capítulo 5

El cronista y el mago

Astinus de Palanthas estaba sentado en su estudio, guiando con su mano una pluma que hacía correr con trazos firmes y regulares. La clara escritura se leía sin dificultad incluso a cierta distancia. Astinus llenaba un pergamino de prisa, deteniéndose apenas para reflexionar. Al verle daba la impresión de que sus pensamientos volaban de su cabeza a la pluma y de allí se vertían sobre el papel, tan veloz era su ritmo. Sólo se interrumpía cuando hundía su punta en el tintero, pero también este movimiento se había convertido en algo tan automático como poner un punto en la «i» o una tilde en la «ñ».

La puerta se abrió con un crujido, pero Astinus no alzó la cabeza. No solía ser molestado cuando se hallaba inmerso en su trabajo. El historiador podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en que eso había sucedido. Una de ellas fue durante el Cataclismo. Recordó que aquel hecho había roto su concentración, obligándole a verter unas gotas de tinta que habían arruinado una página. Se abrió pues la puerta y una sombra oscureció su escritorio. Pero no se oyó ningún sonido, pese a que el cuerpo que proyectaba aquella sombra tomó aliento como si se dispusiera a hablar. Osciló el negro contorno, reflejando la turbación del intruso por la crasa ofensa cometida.

Es Bertrem, anotó Astinus, como anotaba todo cuando ocurría en su afán de almacenar cualquier información en los compartimentos de su mente para utilizarla en el futuro.

En el día de hoy, Hora Postvigilia cayendo hacia el 29, Bertrem ha entrado en mi estudio.

La pluma prosiguió su irrefrenable avance sobre el pergamino. Al llegar al final de una página, Astinus la elevó suavemente y la depositó sobre otras similares que yacían apiladas en el extremo de su escritorio. Más tarde, cuando se retirase a descansar una vez concluida su tarea, los Estetas penetrarían en el estudio con la misma devoción con que un clérigo oraría en un templo y recogerían los rollos extendidos para transportarlos a la gran biblioteca. Ya en esta estancia los diferentes frutos de su firme puño serían ordenados, clasificados y archivados en los gigantescos volúmenes titulados Crónicas, la Historia de Krynn, obra todos ellos de Astinus de Palanthas.

—Maestro —dijo Bertrem con voz temblorosa. En el día de hoy, Hora Postvigilia cayendo hacia el 30, Bertrem ha hablado —escribió Astinus en el texto.

—Lamento molestaros, Maestro —continuó Bertrem casi en un susurro—, pero hay un joven moribundo en vuestro umbral.

En el día de hoy, Hora de Reposo subiendo hacia el 29, un joven ha muerto en nuestro umbral.

—Entérate de su nombre —ordenó el cronista sin levantar la vista ni detenerse en su labor—, para que pueda registrarlo. Asegúrate de la ortografía y averigua también su procedencia y su edad, si no es demasiado tarde.

—Conozco su nombre, Maestro. Se llama Raistlin, y viene de la ciudad de Solace, en la región de Abanasinia.

En el día de hoy, Hora de Reposo subiendo hacia el 28, ha muerto Raistlin de Solace.

De pronto Astinus dejó de escribir y alzó la cabeza.

—¿Raistlin de Solace?

—Sí, Maestro —confirmó Bertrem, inclinándose en una reverencia. Era la primera vez que Astinus le miraba a los ojos, pese a que había formado parte de la Orden de los Estetas que vivía en la gran biblioteca desde hacía varias décadas—. ¿Le conocéis, Maestro? Ha solicitado permiso para veros, por eso me he tomado la libertad de interrumpiros.

—Raistlin. Una gota de tinta se derramó sobre el papel— ¿Dónde está?

—En la escalera, Maestro, donde le encontramos. Pensamos que quizá podría ayudarle una de esas criaturas que, según el rumor, tienen el don de la curación y adoran a la diosa Mishakal.

El historiador contempló la negra mancha con fastidio, y se apresuró a esparcir sobre el pergamino un puñado de fina arena para secarla antes de que emborronase las páginas que luego depositaría sobre ella. Bajando de nuevo la mirada, Astinus reanudó su trabajo.

—Ningún ser dotado con poderes curativos es capaz de sanar la enfermedad que le aqueja —comentó el historiador con una voz que parecía provenir de los albores de Tiempo—. Pero entrad su maltrecho cuerpo y acomodadlo en una habitación.

—¡Introducirlo en la biblioteca! —exclamó Bertrem perplejo—. Maestro, nunca han sido admitidos aquí más que los miembros de nuestra Orden...

—Le veré, si tengo tiempo, cuando concluya mi jornada —continuó Astinus como si no hubiera oído las palabras del Esteta—. Si todavía vive.

La pluma surcó del papel con su proverbial celeridad.

—Sí, Maestro —farfulló Bertrem y, dando media vuelta, abandonó la estancia.

Tras cerrar la puerta del estudio el Esteta atravesó a toda prisa los fríos y silenciosos pasillos marmóreos de la antigua biblioteca, desorbitados sus ojos por la sorpresa. Su gruesa y pesada túnica barría el suelo a su paso mientras su rapada cabeza brillaba con el sudor de la carrera, poco acostumbrada a realizar tan extenuantes esfuerzos. Sus compañeros de Orden le observaron atónitos cuando irrumpió en la entrada de la biblioteca. Una rápida mirada a través de la cristalera de la puerta le reveló que el cuerpo del joven seguía tendido en la escalera.

—He recibido órdenes de llevarle al interior —anunció Bertrem a los otros—. Astinus verá al mago esta noche, si todavía vive.

Los Estetas, mudos de asombro, se observaron unos a otros. Todos se preguntaban qué auguraba semejante acontecimiento.

«Me estoy muriendo».

El reconocimiento de este hecho le llenaba de amargura. Acostado en un lecho en el interior de la fría y blanca celda que le habían asignado los Estetas, Raistlin maldijo la fragilidad de su cuerpo, maldijo las Pruebas que lo habían menoscabado, y maldijo a los dioses que le habían infligido tal castigo. Lanzó imprecaciones hasta que se le agotaron las palabras y se sintió tan exhausto que no podía ni siquiera pensar, para luego inmovilizarse bajo las blancas sábanas de lino que se le antojaban mortajas mientras sentía como el corazón se agitaba en su pecho cual una ave enjaulada.

Por segunda vez en su vida, Raistlin estaba solo y asustado. Sólo en una ocasión vivió en el aislamiento: en los tres atormentadores días durante los cuales se prolongó su Prueba en la Torre de la Alta Hechicería. ¿Había estado solo entonces? No lo creía así, aunque sus recuerdos eran borrosos. La voz, aquella voz que le hablaba en determinados momentos y que no logró identificar pese a saber ...Siempre había relacionado la voz con la Torre. Le había ayudado en aquellas jornadas de angustia, y también más tarde. Gracias a ella había sobrevivido a su dura experiencia.

Pero sabía que ahora no sobreviviría. La transformación mágica que había sufrido debilitó demasiado su frágil organismo. Había vencido, pero ¡a qué precio!

Los Estetas le encontraron arrebuñado en su túnica roja vomitando sangre sobre la escalinata. Había logrado pronunciar el nombre de Astinus y el suyo propio cuando se lo preguntaron, para al instante perder el conocimiento. Al despertar estaba en aquella gélida y angosta celda conventual, y no tardó en comprender su condición de moribundo. Le había exigido a su cuerpo más de lo que podía dar. El Orbe de los Dragones le habría salvado, pero no poseía fuerza suficiente para invocar su magia. Las frases que debía pronunciar a fin de avivar su encantamiento se habían evaporado de su recuerdo.

De todos modos estoy demasiado débil para controlar su tremendo poder —comprendió—. Si adivinara tan sólo, que he perdido mi fuerza me devoraría.

Se le ofrecía una única alternativa: los libros de la gran biblioteca. El Orbe de los Dragones le había prometido que aquellos volúmenes encerraban los secretos de los antiguos hechiceros, magos poderosos sin parangón en el nuevo mundo de Krynn. Quizá hallaría los medios para alargar su vida. ¡Tenía que hablar con Astinus! Era imprescindible que el historiador le concediera el acceso a la gran biblioteca, tal como había vociferado frente a los complacientes Estetas. Pero ellos se habían limitado a asentir en silencio.

—Astinus te recibirá —le anunciaron al fin— esta tarde, si tiene tiempo.

¡Si tiene tiempo! —se repetía Raistlin presa de una incontrolable ira—. ¡Era él quien no lo tenía! Sentía como la arena de su vida se escabullía entre sus dedos y, por mucho que intentara detenerla, sabía que no lo conseguiría.

Contemplándole con inmensa compasión, impotentes para ayudarlo, los Estetas le sirvieron comida. Pero Raistlin no podía engullir ni siquiera las amargas hierbas medicinales que aliviaban su tos. Enfurecido, expulsó de su lado a aquellos necios y se recostó sobre su dura almohada para observar el desplazamiento de la luz solar por la celda. Haciendo un denodado esfuerzo que le permitiera retener la vida, el mago se exhortó a descansar a sabiendas de que su ira febril acabaría de consumirlo. Su pensamiento voló entonces hacia su hermano.

Tras cerrar sus agotados párpados, Raistlin imaginó a Caramon sentado junto a él. Casi podía sentir sus brazos en tomo a su talle, levantándole para que respirara con más facilidad. Incluso olía los familiares efluvios del hombretón, mezcla de sudor, acero y piel curtida. Caramon le cuidaría, impediría su muerte...

No. Caramon está muerto. Todos han muerto, hatajo de idiotas. Debo apoyarme en mis propias fuerzas —pensó Raistlin en una inquietante ensoñación. Advirtió en ese instante que estaba a punto de desmayarse y luchó desesperadamente con la vehemencia que adopta el vencido. Haciendo un supremo esfuerzo, introdujo la mano en uno de los bolsillos de su túnica. Sus dedos acariciaron el Orbe de los Dragones, reducido ahora al tamaño de una canica, unos segundos antes de sumirse en la penumbra.

Le despertaron unos ecos de voces y la sensación de que había alguien con él en la celda. Tras librar una ardua batalla para abrirse paso entre las densas capas de oscuridad, Raistlin asomó a la superficie de su conciencia y abrió los ojos.

Había caído la tarde. La luz rojiza de Lunitari se filtraba a través de la ventana, formando una ondulante mancha de sangre en el muro. Una vela ardía junto al lecho y, bajo su luz, vio dos hombres inclinados sobre él. Reconoció al más próximo como el Esteta que le había descubierto. Pero ¿quién era el otro? Su rostro se le antojaba familiar.

—Ya despierta, Maestro —anunció el Esteta.

—Eso parece —corroboró, imperturbable, el interpelado.

Se acercó al joven mago para examinar su rostro y esbozó una sonrisa de asentimiento, como si hubiera llegado alguien a quien aguardaba desde hacía tiempo. Su expresión era lo bastante peculiar para no pasar desapercibida ni a Raistlin ni al Esteta.

—Soy Astinus —se presentó—. Y tú eres Raistlin de Solace.

—En efecto —acertó a responder el mago formando las palabras con sus labios más que pronunciándolas. Al alzar la mirada hacia el cronista su ira renació, pues no pudo por menos que recordar el comentario insensible que había hecho al ser informado de su presencia: Le veré, si tengo tiempo. Cuando posó los ojos en los de aquel hombre, un frío paralizador recorrió sus venas. Nunca antes había visto un semblante tan indiferente, tan desprovisto de emociones y pasiones humanas. Ni siquiera el tiempo se había atrevido a surcarlo.

Casi sin resuello, el mago se incorporó ayudado por el Esteta para observar mejor a Astinus.

Al advertir la reacción de Raistlin, el cronista comentó:

—Me miras de un modo extraño, joven hechicero. ¿Qué ven esos relojes de arena que tienes por ojos?

—Veo a un hombre... inmortal. —Raistlin sólo lograba hablar entre dolorosos jadeos.

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? —bromeó el Esteta, acomodando con suavidad al moribundo contra la almohada de su lecho—. El Maestro estaba aquí para atestiguar el nacimiento del primer habitante de Krynn, y seguirá en su puesto hasta haber dejado constancia del fin del último. Así nos lo enseña Gilean, dios del Gran Libro.

—¿Es eso cierto? —susurró Raistlin.

—Mi historia personal no tiene la menor importancia comparada con el devenir del mundo —respondió Astinus encogiéndose de hombros—. Y ahora habla, Raistlin de Solace. ¿Qué quieres de mí? Estoy pasando por alto información que llenaría volúmenes enteros mientras pierdo el tiempo en esta fútil cháchara.

—Quiero pedirte... suplicarte un favor. —Las palabras parecían ser arrancadas de las entrañas del mago, pues brotaban entre esputos sanguinolentos—. Mi vida se mide por horas. Permite que la pase sumido en el estudio... en la gran biblioteca.

Bertrem chasqueó la lengua contra el paladar, perplejo ante semejante osadía. Lanzando una temerosa mirada a Astinus, el Esteta esperó la severa negativa que, estaba seguro, haría que la frágil piel del joven se desprendiera a tiras de sus huesos. Transcurrieron unos inacabables minutos de silencio, roto tan sólo por la fatigosa respiración de Raistlin. El rostro de Astinus permaneció imperturbable cuando declaró con su habitual frialdad:

—Haz lo que desees.

Ignorando la atónita expresión de Bertrem, Astinus dio media vuelta y empezó a alejarse en pos de la puerta.

—Aguarda —exclamó Raistlin en un esfuerzo sobrehumano. Su áspero ruego hizo que el cronista se detuviera para que el mago, extendiendo una trémula mano, añadiese—: Me has preguntado qué veía al mirarte, y ahora quiero que respondas tú a esa misma pregunta. He percibido la expresión de tu rostro cuando te has inclinado sobre mí. ¡Me has reconocido! Sabes quién soy, y necesito que me lo reveles. ¿Qué ves en mis ojos?

Astinus giró la cabeza y exhibió una faz tan gélida, anodina e inmovible como el mármol.

—Has afirmado ver a un hombre inmortal —dijo el historiador con voz queda y, tras un instante de vacilación, se encogió de hombros y concluyó—: Yo veo a un moribundo. Pronunciadas estas palabras, volvió a girarse y abandonó la estancia.

«Se da por supuesto que tú, que sostienes este Libro en tus manos, has superado con éxito las Pruebas en una de las Torres de la Alta Hechicería y que has demostrado tu habilidad para ejercer control sobre un Orbe de los Dragones u otro Artefacto Mágico reconocido (véase Apéndice C), además de haber invocado con probada capacidad los Hechizos aprendidos.. ».

—Sí, sí —farfulló Raistlin descifrando apresuradamente las runas que se desplazaban como arañas por la página. Tras leer con impaciencia la lista de encantamientos, llegó al fin a la conclusión.

«Cumplidas estas exigencias con plena satisfacción de tus maestros, sometemos a tu estudio este Libro de Hechicería. Así, poseedor de la Clave, desvelarás nuestros Misterios».

Con un inarticulado grito de cólera, Raistlin apartó a un lado el volumen encuadernado en azul cobalto y surcado de runas argenteas. Su mano temblaba cuando la alargó en pos del siguiente libro de idénticas características que yacía en la enorme pila formada por él mismo. Un acceso de tos le obligó a detenerse y, al luchar con denuedo para recobrar el aliento, temió no poder seguir adelante el dolor se hacía insufrible, hasta tal punto que en ocasiones deseaba hundirse en el olvido y atajar así la tortura, con la que tenía que convivir un día tras otro. Débil y mareado, reclinó la cabeza sobre el escritorio para que reposara entre sus brazos. Descanso, dulce e indoloro descanso. Se dibujó en su mente la imagen de Caramon erguido en la vida de ultratumba, aguardando a su enteco hermano. Raistlin vio la mirada triste y leal de su gemelo, sintió su compasión. El mago lanzó un jadeante suspiro que le dio fuerzas para, incorporarse.

Encontrarme con Caramon! Estoy empezando a perder la cabeza. ¡Qué absurdo! —se mofó de si mismo. Humedeciendo con agua sus labios teñidos de sangre, el mago asió el siguiente libro de hechizos encuadernado también en azul cobalto y lo atrajo hacia su persona. Sus runas plateadas destellaron bajo la luz de las velas y vio que su cubierta, gélida al tacto, era idéntica a la de todos los otros ejemplares que se hallaban amontonados a su alrededor. También era igual a la del tomo arcano que ya obraba en

su poder, el libro que se sabía de memoria y que perteneciera al mejor hechicero de todos los tiempos: Fistandantilus.

Sin poder contener el temblor de sus manos, Raistlin abrió la cubierta. Sus febriles ojos devoraron la página donde figuraban las consabidas exigencias: tan sólo los magos, que habían alcanzado un alto grado en la Orden estaban dotados de la experiencia y control necesarios para estudiar los encantamientos contenidos en su interior. Aquéllos que intentaran leerlos sin poseer estos conocimientos no verían sino indescifrables garabatos.

El debilitado mago respondía a todas las condiciones requeridas. Sin duda era el único hechicero de Túnica Roja e incluso Blanca de Krynn, con la posible excepción de Par-Salian. No obstante, al estudiar la escritura encerrada en el volumen no vio más que un confuso amasijo de símbolos.

«Así, poseedor de la Clave, desvelarás nuestros Misterios». Raistlin emitió un alarido, un desgarrado lamento que fue interrumpido por un débil sollozo. Presa de la ira y la frustración se arrojó sobre la mesa, esparciendo los libros por el suelo, antes de lacerar el aire con sus manos y gritar de nuevo. La magia, que su fragilidad le había impedido invocar, surgió ahora envuelta en cólera.

Los Estetas, que en aquel momento pasaban junto a la puerta de la gran biblioteca, intercambiaron miradas de desconcierto al oír tan espantosas voces. Percibieron entonces otro ruido, una crepitación sucedida por un fragor de trueno. Se detuvieron, alarmados, sin osar moverse hasta que uno más resuelto accionó el picaporte. Fue inútil, Raistlin había cerrado con pestillo. Otro señaló el suelo y todos retrocedieron cuando vislumbraron una fantasmagórica luz que centelleaba a través del dintel. Surgió de la biblioteca un intenso olor a azufre, que sólo dispersó una ráfaga de viento que pareció partir la puerta en dos, dada la fuerza con la que zarandeó. De nuevo oyeron los Estetas aquel alarido de furia, y se alejaron de forma precipitada por el marmóreo corredor en busca de Astinus.

Astinus acudió presto a la llamada de angustia de los Estetas, para encontrar la puerta de la gran biblioteca atrancada mediante la magia. No le sorprendió esta circunstancia y, lanzando un suspiro de resignación, extrajo un opúsculo del bolsillo de su túnica, se sentó en una silla y empezó a hacer anotaciones con su ágil y clara escritura. Los demás se arracimaron a su alrededor, espantados por los extraños sonidos que surgían de la cerrada estancia.

La inexplicable tormenta seguía atronando, presta a socavar los cimientos de la biblioteca. La luz destellaba en el contorno de la puerta con tal frecuencia que podría haber sido de día en la sala en lugar de ser la más negra hora nocturna. El ululante aullido de un vendaval se confundía con los vociferantes gritos del mago, orlados por una retahíla de golpes secos pero contundentes, así como por los crujidos de fajos enteros de papel que parecían arremolinarse en una tempestad sin nombre. Las lenguas de fuego lamían la crepitante madera de la puerta.

—¡Maestro! —exclamó aterrorizado uno de los Estetas, señalando las llamas—. ¡Está destruyendo los libros!

Astinus meneó la cabeza, mas no cejó en su tarea. Sobrevino, de pronto, el silencio, al mismo tiempo que la luz, que se escapaba a través del quicio, se extinguía como engullida por la oscuridad. Los Estetas se acercaron a la puerta en actitud vacilante, aplicando el oído. Ningún ruido brotaba del interior de la biblioteca, salvo un quedo murmullo. Bertrem colocó la mano en el picaporte, que cedió a su ligera presión.

—Maestro, la puerta se abre —anunció.

Astinus se levantó y ordenó a los Estetas:

—Volved a vuestros estudios, no hay nada que podáis hacer aquí.

Con una muda inclinación de cabeza los monjes lanzaron a la aún oculta estancia una última e inquieta mirada, y desaparecieron por el resonante pasillo dejando solo al cronista. Éste aguardó unos instantes hasta asegurarse de que se habían ido, y abrió la puerta de la gran biblioteca.

Los plateados y rojizos rayos lunares se vertían por los ventanucos, sin acertar a iluminar las ordenadas estanterías que contenían millares de libros encuadernados ni los nichos abiertos en los muros donde se apilaban valiosos pergaminos. Su brillo se concentraba en una mesa, cuya superficie yacía enterrada bajo un montículo de papeles. Una agotada vela ardía en el centro de la tabla, junto a un volumen azul cobalto que recibía en sus páginas de color marfil el influjo de las lunas. Otros tomos similares se hallaban esparcidos por el suelo.

Astinus frunció el ceño al estudiar su entorno. Unas franjas negras festoneaban los muros, mientras que el olor a azufre y fuego conservaba aún toda su intensidad en los fragmentos de papel que revoloteaban por el aire, cayendo cual hojas muertas en una tormenta otoñal sobre un cuerpo postrado e inmóvil.

Una vez hubo entrado en la estancia, el cronista cerró la puerta con pestillo antes de acercarse a la inerte figura sorteando los pergaminos que yacían diseminados por todos los rincones. Nada dijo, ni tampoco se encorvó para ayudar al joven mago. Se detuvo junto a él y le contempló en actitud reflexiva.

A pesar de su cautela, la túnica de Astinus rozó la metálica mano que Raistlin tenía extendida. Al sentir su contacto el mago levantó la cabeza, y contempló al cronista con los ojos empañados por la oscura sombra de la muerte.

—¿No has encontrado lo que buscabas? —preguntó Astinus, clavando en su maltrecho oponente una fría mirada.

—¡La Clave! —exclamó Raistlin entreabriendo sus blanquecinos labios manchados de sangre—. Se ha perdido en el tiempo. ¡Necios! —Cerró su ganchuda mano, avivada tan sólo por el fuego de la ira—. ¡Era tan sencilla que todo el mundo la conocía, y nadie se molestó en registrarla! La Clave que necesito... ¡perdida!

—Al parecer ha concluido tu viaje, mi viejo amigo —declaró Astinus sin compasión Raistlin despedía por sus ojos dorados un febril destello cuando preguntó:

—¿Quién soy? ¡Sé que me conoces!

—Eso ahora carece ya de importancia —repuso el cronista y, dando media vuelta, se dispuso a abandonar la biblioteca.

Resonó un penetrante alarido tras él, en el mismo instante, en que una mano le agarraba por la túnica y le obligaba a detenerse.

—No me vuelvas la espalda como se la has vuelto al mundo —le recriminó Raistlin.

—Volver la espalda al mundo —repitió el historiador con lentitud, inclinando la cabeza para enfrentarse al mago—. ¡Volver la espalda al mundo! —Raras eran las ocasiones en que alguna emoción traspasaba la helada superficie de la voz de Astinus, pero en aquel momento la cólera fustigó la plácida calma de su espíritu como una piedra lanzada a las aguas dormidas.

—¿Volver yo la espalda al mundo? —las palabras del cronista se difundieron por la biblioteca con un fragor tan poderoso como el que antes emanara del trueno—. ¡Yo soy el mundo, como bien sabes! ¡He nacido innumerables veces, y he afrontado otras tantas muertes! Cada lágrima derramada ha sido un torrente brotado de mis ojos. Cada gota de sangre que ha manchado la tierra ha secado mis venas. Cada agonía, cada dicha sentidas han sido compartidas por mi alma, han formado parte de mí.

»Me siento con la mano apoyada en la trayectoria del tiempo, la trayectoria que creaste para mí, viejo amigo, y viajo a los confines de este mundo para perpetuar su historia. He cometido las más abyectas felonías, he hecho los más nobles sacrificios. Soy humano, elfo y ogro. En mí se confunden y disocian lo masculino y lo femenino. He engendrado hijos, los mismos que después he matado. Te vi como eras, y veo ahora en qué te has convertido. Si parezco frío e insensible es porque no existe otro medio para sobrevivir sin perder la cordura. Vierto mi pasión en mis escritos. Quienes leen mis libros saben qué significa haber vivido en todo minuto, en todo cuerpo, que haya recorrido el mundo.

Raistlin soltó los ropajes del historiador y se desplomó sobre el suelo, víctima de una debilidad que se acrecentaba por momentos. Únicamente podía aferrarse a las palabras a Astinus, pese a sentir la fría garra de la muerte cerrada en torno a su corazón. Debo vivir un instante más. Lunitari, concédeme ese fugaz segundo —suplicaba al espíritu de la luna de la que los magos de Túnica Roja extraían su poder. Sabía que estaba a punto de pronunciarse una frase, una frase capaz de salvarle. Tenía que resistir.

Los ojos de Astinus centellearon al mirar al moribundo. Las palabras que le había espetado habían permanecido ocultas en sus entrañas durante tantos siglos que había perdido la cuenta.

—En el último día, el perfecto —añadió el cronista con voz trémula—, se reunirán los tres dioses: Paladine, el Radiante, Takhisis, la Reina de la Oscuridad y Gilean, Señor, de la Neutralidad. Cada uno sostendrá en su mano la Clave del Conocimiento, y la depositará junto a las otras dos sobre el gran Altar donde también se hallarán mis libros, donde se narra la historia de cada uno de los seres que han poblado Krynn a través del tiempo. Será entonces cuando, al fin, el mundo estará completo.

Astinus se interrumpió consternado, consciente de lo que había dicho, de lo que había hecho. Pero los ojos de Raistlin ya no le veían. Habíanse dilatado los relojes de arena de sus pupilas, y los tonos áureos que los rodeaban refulgían como llamas.

—¡La Clave! —susurró el mago exultante—. ¡La he hallado, la conozco!

Tan débil que apenas podía moverse, Raistlin introdujo la mano en la inefable bolsa que pendía de su cinto y sacó a la luz el empequeñecido Orbe de los Dragones. Sosteniendo el mágico objeto en su mano, el hechicero lo contempló con unos ojos que perdían viveza a cada instante.

—Sé quién eres —farfulló Raistlin con el entrecortado acento de un moribundo—. Ahora te conozco y te suplico que acudas en mi ayuda, como hiciste en la Torre y en Silvanesti. Nuestro trato ha sido zanjado. ¡Sálvame y también tú te salvarás! El mago se derrumbó. Su cabeza poblada de largos mechones argénteos quedó apoyada en el suelo cuando entornó los párpados, privando a sus ojos de su malhadada visión. La mano que sujetaba Orbe adquirió una inerte flaccidez pero no así los dedos, que continuaron aferrados al enigmático objeto con una fuerza superior a la muerte.

Convertido en poco más que un amasijo de huesos cubiertos por una túnica de tintes sanguinolentos, Raistlin yacía inmóvil entre los papeles aún amontonados en la hechizada biblioteca.

Astinus observó el enjuto cuerpo durante unos momentos, bañado como estaba en la deslumbrante y purpúrea luz de las dos lunas. Abandonó acto seguido la silenciosa estancia, inclinada la cabeza y cuidando de atrancar la puerta con manos inseguras.

De nuevo en su estudio, el historiador permaneció largas horas sentado con la mirada absorta en la negrura.

Capítulo 6

Palanthas

—¡Insisto en que era Raistlin!

—Y yo insisto en que si vuelves a contarme una sola de tus historias sobre elefantes lanudos, anillos transportadores o plantas que viven en el aire enroscaré este Jupak en torno a tu cuello —le espetó Flint encolerizado.

—Tus amenazas no impiden que fuera Raistlin a quien vi —replicó Tasslehoff, aunque con un hilo de voz, mientras caminaba por las anchas y resplandecientes avenidas de la bella ciudad de Palanthas.

El kender sabía por experiencia hasta qué punto podía jugar con la paciencia del enano, y el margen que daba Flint a la irritación era muy escaso en los últimos días.

—Y no vayas a molestar a Laurana con tus absurdas patrañas —advirtió Flint, adivinando las intenciones de Tas—. Ya tiene suficientes problemas.

—Pero...

El enano se detuvo y lanzó una sombría mirada al kender bajo la visera que proyectaban sus frondosas y encanecidas cejas.

—¿Lo prometes?

—De acuerdo —se resignó el interpelado.

No le habría costado hacerlo de no tener la total certeza de que había visto a Raistlin. Flint y él pasaban junto a la escalinata de la gran biblioteca de Palanthas cuando su penetrante mirada se posó en un grupo de monjes que se habían arracimado en torno a una figura postrada. Aprovechando que Flint se detuvo unos instantes para admirar un delicado relieve de factura enanil que decoraba el friso de un edificio cercano, el kender se apresuró a subir los primeros peldaños resuelto a averiguar qué sucedía. Espió perplejo, cómo un hombre idéntico a Raistlin, con su misma tez metálica de dorados destellos y una túnica roja, era transportado sin conocimiento al interior de la biblioteca. Pero en el tiempo que tardó en volver junto a Flint, agarrarle por el brazo y tirar de él hasta el pórtico del edificio, el grupo desapareció. El excitado kender trepó los peldaños de dos en dos y aporreó la puerta, exigiendo ser admitido. Sin embargo, el Esteta que acudió a su llamada pareció aterrorizarse tanto ante la idea de que un kender entrase en la gran biblioteca que el enano, escandalizado, le llevó hasta la calle a empujones sin dar oportunidad a que el monje abriera la boca. Dado que las promesas eran un concepto nebuloso para un kender, Tas meditó sobre la posibilidad de revelar a Laurana su descubrimiento, mas cuando pensó en el semblante, que había presentado en los últimos tiempos la muchacha elfa, demacrado y contraído a causa del sufrimiento, la preocupación y la falta de sueño, el bondadoso kender decidió que Flint tenía razón. Si se trataba de Raistlin lo más probable era que se hallara en la ciudad para resolver asuntos secretos y no acogiera su espontánea iniciativa con muy buenos ojos. No obstante...

Lanzando un suspiro el kender reanudó la marcha, propinando puntapiés a los objetos con los que se tropezaba y contemplando la urbe una vez más. Palanthas bien merecía una visita detallada, incluso en la Era del Poder había sido ensalzada por su belleza y gracia. No existía en todo Krynn ninguna otra ciudad que pudiera compararsele, al

menos para una mentalidad humana. Construida en un diseño circular como el de una rueda, su centro era, literalmente, un cubo. Todos los edificios oficiales se hallaban distribuidos en torno a la plaza, realizados con escalinatas y columnas que resultaban sobrecogedoras por su grandiosidad y elegancia. De la circunferencia central una serie de espaciosas avenidas partían en las direcciones de los ocho puntos de la brújula. Pavimentadas con piedras de perfecto ajuste, obra, por supuesto, de los enanos, y flanqueadas por árboles cuyas hojas conservaban sus áureos tintes a lo largo de todo el año, estas avenidas conducían al puerto en la parte norte y a las siete puertas de la Muralla de la Ciudad Vieja.

Incluso estas puertas eran obras maestras de arquitectura, guardada cada una de ellas por minaretes gemelos que se alzaban hasta alturas superiores a los trescientos pies. La muralla, por su parte, estaba labrada en intrincados diseños en los que se representaba la historia de Palanthas durante la Era de los Sueños. Pasado el muro se desplegaba la ciudad nueva. Ésta estaba concebida de tal modo que constituía una prolongación del modelo original, ya que partía de la antigua según un idéntico patrón circular y con las mismas avenidas flanqueadas por hileras de árboles. No obstante, en un detalle se rompía la simetría: ninguna muralla cercaba la zona nueva. Los habitantes eran adversos a las particiones que rompían el plano original, y no se alzaban nuevos edificios en ninguna de las dos mitades sin antes consultar las leyes de la armonía, tanto en el interior como en las zonas más apartadas del centro. La silueta de Palanthas sobre el horizonte crepuscular ofrecía una imagen tan embrujadora como la ciudad misma... con una excepción.

Interrumpió las cavilaciones de Tas una palmada en la espalda. Era Flint quien tan toscamente lo devolvía a la realidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó el kender, plantándose frente al enano.

—Me gustaría saber dónde estamos —apuntó Flint con voz desabrida, poniendo los brazos en jarras.

—Estamos... —Tas examinó su entorno—. Veamos, creo que nos encontramos... pero quizá me equivoque —clavó en Flint una gélida mirada—. ¿Cómo has permitido que nos perdiéramos?

—No me acuses a mí, tú eres el guía. Eres tú quien lee los mapas, tú el kender que conoce esta ciudad como la palma de su mano.

—Pero ahora estaba pensando —declaró Tas en actitud jactanciosa.

—¿En qué, mi filosófico amigo?

—En graves cuestiones que no entenderías.

—¡No me digas! Pero será mejor que lo dejemos —gruñó el hombrecillo mientras procedía a escudriñar la calle en ambos sentidos. No le gustaba el cariz que tomaba su aventura.

—Todo esto es muy extraño —anunció Tas con tono alegre, parafraseando las meditaciones del enano—. La calle que hemos enfilado parece hallarse vacía, en abierto contraste con las otras avenidas de Palanthas —mientras hablaba, contempló con cierto desasosiego las hileras de silenciosos edificios—. Me pregunto...

—No —interrumpió Flint—. Me niego rotundamente. Volveremos por donde hemos venido.

—¡Oh, vamos! —protestó Tas sin cesar de adentrarse en la desierta calzada—. Sólo unos metros para reconocer el terreno. Recuerda que Laurana nos recomendó examinarlo todo, inspeccionar las forn... forte... ¿como diablos se llaman?

—Fortificaciones —corrigió Flint, siguiendo al kender con paso reticente—. Pero aquí no las hay botarate. ¡Estamos en el centro de la ciudad! Laurana se refería a las murallas que la rodean.

—No he visto ningún muro delimitando Palanthas —dijo Tas con aire triunfante—. En cualquier caso, no en la parte nueva. Además, si esto es el centro no me explico por qué está desierto. Creo que deberíamos averiguarlo.

Flint lanzó un resoplido. Las palabras del kender empezaban a tener sentido, circunstancia que hizo que el enano menease la cabeza mientras se preguntaba si no serían víctimas de un espejismo causado por el exceso de sol.

Anduvieron en silencio durante varios minutos, penetrando en el corazón de la ciudad. A un lado, a escasas manzanas, se elevaba la mansión palaciega del Señor de Palanthas. Podían ver con total nitidez sus monumentales torreones, y sin embargo frente a ellos el panorama parecía velado por una indefinible penumbra.

Tas se asomó por las ventanas y por las puertas de todos cuantos edificios flanquearon. Cuando al fin llegaron al extremo de la travesía el kender habló, presa de una cierta desazón:

—Flint, me temo que todas las casas están vacías

—Abandonadas —corrigió el enano en tonos apagados. Había cerrado los dedos en torno al astil de su hacha, y dio un respingo al oír la aguda voz de su compañero.

—Este lugar me produce una sensación extraña —confeso el kender, arrimándose a Flint—. Pero no te preocupes, no estoy asustado.

—¡Yo sí! ¡Salgamos de aquí! Tas alzó la vista para estudiar los edificios que se erguían a ambos lados. Estaban todos ellos bien conservados. Aparentemente los habitantes de Palanthas se sentían tan orgullosos de su ciudad que incluso gastaban su dinero en remozar las moradas que a nadie cobijaban. Se hallaban entre comercios y viviendas de todo tipo, poseedores de una estructura impecable. Incluso las calles estaban libres de papeles e inmundicias... pero desiertas. El kender pensó que la que ahora visitaban fue en un tiempo una zona próspera, en pleno corazón de la urbe. ¿Por qué había dejado de serlo? ¿Por qué se habían ido sus pobladores? Le asaltó una incontenible sensación de

temor, y no eran muchos los parajes en Krynn capaces de provocar tan singular inquietud en un miembro de su raza.

—¡Ni siquiera hay ratas! —susurró Flint, antes de agarrar a Tas por el brazo y tirar de él—. Ya hemos visto bastante.

—No seas cobarde —le reprendió el kender. Se liberó entonces de la mano que pretendía arrastrarle y, luchando por deshacerse también de la incómoda sensación que le atenazaba, irguió sus pequeños hombros y echó a andar de nuevo por la empedrada acera. No había recorrido tres pies cuando advirtió que estaba solo de modo que, exasperado, volvió la cabeza. El enano permanecía inmóvil donde le había dejado, observándole con destellos de cólera.

—Sólo quiero ir hasta la arboleda que se dibuja en la esquina —arguyó—. Fíjate, no es más que un grupo de robles sin ninguna particularidad. Quizá se trate de un parque donde podamos almorzar.

—¡No me gusta este lugar! —insistió Flint testarudo—. Me recuerda al Bosque Oscuro, aquella espesura donde Raistlin habló con los espectros.

—Aquí no hay más espectro que tú —replicó Tas irritado, resuelto a ignorar el hecho de que él había evocado la misma imagen en su memoria—. Estamos en pleno día, en el centro de una ciudad. ¡Vamos, por Reorx!

—¿Por qué hace tanto frío?

—Porque aún no ha concluido el invierno —respondió el kender elevando la voz. Pero, de pronto, enmudeció, cuando los ecos de sus palabras resonaron de un modo fantasmagórico en las silenciosas calles—. ¿Vienes o no? —acertó al fin a susurrar.

Flint tragó saliva, emitió un gruñido, aferró su hacha de guerra y empezó a avanzar en pos del kender, aunque sin dejar de lanzar furtivas miradas a los edificios como si de un momento a otro fuese a saltar sobre él una aparición demoníaca.

—No es cierto eso que has dicho del invierno —masculló—. Sólo aquí lo es.

—Tardará varias semanas en llegar la primavera —repuso Tas, satisfecho por haber encontrado un tema de discusión que borrara de su mente los fenómenos que se obraban en su estómago, tales como la formación de nudos y otras molestias similares.

Pero Flint no se prestó al altercado, un mal síntoma en él. En silencio y con el mayor sigilo posible, ambos se deslizaron sobre los adoquines hasta alcanzar el final de la calle, donde los edificios daban paso a la arboleda de forma abrupta. Como Tas había sugerido, se trataba de un robledal corriente si bien aquellos especímenes eran los más altos que habían visto tanto el kender como el enano en el curso de sus minuciosas exploraciones por Krynn.

Al acercarse, los dos amigos notaron que se intensificaba su gélida y extraña sensación hasta convertirse en un frío antinatural, más paralizador que el que habían experimentado incluso en el glaciar del Muro de Hielo. ¿A qué se debía un descenso tan

brusco de la temperatura? El sol brillaba en un cielo sin nubes, y sin embargo sus dedos se entumecían por momentos. Flint no pudo sostener por más tiempo el hacha y tuvo que colocarla de nuevo en su soporte con manos rígidas y temblorosas, mientras intentaba en vano refrenar el rechinar de sus dientes, y tiritaba violentamente al perder la sensibilidad en sus puntiagudas orejas.

—S-salgame de aquí —balbuceó el enano a través de sus labios amoratados.

—Estamos bajo la s-sombra de un edificio —Tas casi se mordió la lengua—. Cuando nos dé el sol en el rostro nos calentaremos.

—No hay fuego en Krynn capaz de caldear este ambiente —le espetó Flint agresivo pateando el suelo para avivar la circulación de su sangre.

—U-unos pasos más —se obstinó Tas sin cesar de moverse, pese a que se entrecrocaban sus rodillas. Sin embargo, avanzaba en solitario. Al volver la cabeza comprobó que el enano estaba paralizado, con la frente inclinada y un intenso temblor en su barba.

Debo retroceder —pensó el kender, pero no pudo hacerlo. Su proverbial curiosidad, que contribuía más que ningún otro factor a la extinción de su raza, le impulsaba a seguir adelante.

Llegó por fin a la linde del robledal y, en ese instante, casi se detuvo el palpito de su corazón. Los kenders suelen ser inmunes al miedo, por eso sólo uno de ellos podía llegar tan lejos. Pero incluso Tas se sintió ahora presa del más absurdo pánico que había experimentado en toda su vida, y comprendió que el causante de tal sentimiento se ocultaba en aquel bosque de vetustos robles,

Son árboles normales —se repetía sin cesar, balbuceando hasta las palabras que no pronunciaba en voz alta—. He conversado con espectros en el Bosque Oscuro, me he enfrentado a tres o cuatro dragones y he roto uno de sus Orbes... sólo es un robledal corriente... he estado prisionero en el castillo de un mago, he visto a un diablo de los Abismos... es un robledal como tantos otros.

Despacio, dándose ánimos, Tas se abría camino entre los robles. Sin embargo, no fue lejos, ni siquiera traspasó la hilera que formaba el perímetro exterior del bosquecillo. Ahora veía lo que anidaba en sus entrañas.

Tasslehoff tragó saliva, dio media vuelta y emprendió una veloz carrera.

Al ver que el kender retrocedía a grandes zancadas hacia él, Flint supo que todo había terminado. Alguna criatura espantosa iba a irrumpir entre los árboles de un momento a otro, de modo que giró sobre sí mismo. Tan precipitado fue su acto, que tropezó contra su propio pie y cayó de bruces al suelo. Por fortuna Tas le había dado alcance y acertó a agarrarle por el cinto para incorporarle antes de seguir huyendo despavorido calle abajo, ahora seguido de cerca por el enano que sentía su vida pendiente de un hilo. Casi podía oír gigantescas pisadas sobre el empedrado, cada vez más cerca. No osó volverse a mirar, pero las visiones de un sanguinario monstruo se multiplicaron en su cerebro a un

ritmo tan vertiginoso que creyó que su corazón no tardaría en estallar. Al fin llegaron al otro extremo de la calle.

El ambiente se caldeó bajo los benignos rayos del sol. Oyeron de nuevo las voces de las personas reales en las frecuentadas calles adyacentes. Flint se detuvo exhausto, jadeante, para lanzar una temerosa mirada al lugar que acababan de abandonar. ¡Cuál no sería su sorpresa al comprobar que estaba vacío!

—¿Qué es lo que has visto? —logró preguntar cuando se normalizaron sus latidos.

—U-una torre —balbuceó Tas entre sonoros resoplidos. Su rostro estaba pálido como la muerte.

Flint abrió los ojos de par en par.

—¿Una torre? —repitió, perplejo—. ¿Hemos huido de una simple torre? ¡Pensar que casi pierdo la vida en el empeño! Supongo —frunció su velludo ceño en actitud de alarma que no nos habrá perseguido una mole de piedra

—No —admitió Tas—. Se erguía inmóvil, majestuosa. Pero era lo más aterrador que he visto nunca —concluyó al fin, aún temblando.

—Sin duda se trata de la Torre de la Alta Hechicería—dijo el Señor de Palanthas a Laurana aquella tarde, sentados en la sala de cartografía del bello palacio, que se alzaba en una colina desde donde se divisaba una espléndida panorámica de la ciudad—. No me extraña que tu pequeño amigo fuera dominado por el pánico. Lo que me sorprende es que fuera capaz de llegar hasta la linde del Robledal de Shoikan.

—Es un kender—le recordó Laurana con una sonrisa.

—Sí, por supuesto, eso explica su temeridad. Y ahora que hablamos del tema, se me ocurre una idea que nunca había considerado: contratar kenders para trabajar en las inmediaciones de la Torre. Tenemos que pagar precios astronómicos cuando, una vez al año, intentamos persuadir a los hombres para que entren en los edificios cercanos a fin de evitar su deterioro. Pero —el Señor pareció desalentarse— dudo que los habitantes acepten complacidos la presencia de un número nutrido de kenders en nuestras calles. Amothus, Señor de Palanthas, recorrió el pulido suelo de mármol de la sala de cartografía con las manos unidas tras el manto que denotaba su elevado rango. Laurana empezó a caminar a su lado, tratando de no pisar el repulgo del largo y vaporoso vestido que los palanthianos habían insistido en que luciera. Se habían mostrado encantadores al ofrecérselo como obsequio, de modo que no pudo rehusar. Además, sabía que les horrorizaba ver a una Princesa de Qualinesti deambular por su ciudad ataviada con una cota de malla manchada de sangre y ajada por las mil batallas que había librado. No le dieron opción, no podía permitirse ofender a aquéllos cuya ayuda tanto necesitaba. Sin embargo, se sentía desnuda, frágil e indefensa sin la espada colgada del cinto y un entramado de acero rodeando su cuerpo.

Sabía muy bien que eran los generales del ejército de Palanthas —mandatarios provisionales de los Caballeros de Solamnia— y los otros nobles —miembros del Senado— quienes, en realidad, la hacían sentirse más frágil e indefensa. Todos ellos le recordaban con sólo mirarla que no era más que una mujer jugando a los soldados, al menos según su criterio. De acuerdo, había actuado bien, había luchado en su batalla particular y había vencido. Ahora no le restaba sino volver a la cocina...

—¿Qué es la Torre de la Alta Hechicería? —preguntó la muchacha de forma abrupta. Tras una semana de negociaciones con el Señor de Palanthas había aprendido que, pese a ser un hombre inteligente, sus pensamientos tendían a perderse en regiones inexploradas y necesitaba que le recordasen continuamente el tema principal que se estuviera tratando.

—¡Ah, sí! Si lo deseas, puedes verla desde esta ventana —anunció el dignatario, aunque con cierta reticencia.

—Me gustaría —aceptó Laurana.

Encogiéndose de hombros, Amothus desvió el curso de sus pasos y condujo a la joven hasta una ventana en la que ella no había reparado, por estar oculta tras gruesos cortinajes.

Los que adornaban las otras ventanas estaban descorridos ya través de ellas se podía observar una apabullante visión de la ciudad en cualquier dirección que se mirara.

—Sí, ésa es la razón por la que los mantengo echados —dijo el Señor lanzando un suspiro, como si hubiera leído la curiosidad en sus ojos—. Y te aseguro que es una lástima, porque según las antiguas crónicas desde aquí se revelaba una de las más magníficas panorámicas de la ciudad. Sin embargo, entonces la Torre no estaba maldita...

El digno caballero apartó a un lado las cortinas, con mano trémula y el pesar reflejado en su rostro. Sobrecogida al descubrir la emoción que la embargaba, Laurana se asomó... y se quedó sin aliento. El sol se ocultaba tras las nevadas montañas, tiñendo el cielo de rojo y púrpura. Los vibrantes colores del incipiente crepúsculo reverberaban sobre los albos edificios de Palanthas al capturar su luz el raro y translúcido mármol, que con tanta profusión adornaba sus fachadas. Laurana nunca había imaginado que semejante belleza pudiera existir en el mundo de los humanos, rivalizando con su amada Qualinesti.

Pronto atrajo su mirada un espacio umbrío en la perlífera y radiante perspectiva, creado por una solitaria Torre que se elevaba hacia el cielo. Tan alta era que, aunque el palacio se hallaba construido en una colina, su cúspide apenas estaba por debajo de la ventana desde donde ahora la contemplaba. Toda ella de mármol negro, se destacaba en nítido contraste con el niveo mármol de las casas adyacentes. Pensó que, acaso en un tiempo remoto, varios minaretes debieron conferir especial realce a su superficie, mas ahora sus cuerpos aparecían mutilados y en total abandono. Unas oscuras ventanas, semejantes a cuencas oculares vacías, miraban amenazadoras al mundo. Rodeaba la mole una valla, también negra, y Laurana vio que algo revoloteaba en su cancela. Creyó al principio que se trataba de un pájaro inmenso atrapado entre sus rejas, pues se le antojó un ser vivo,

pero, cuando se disponía a atraer la atención del Señor de Palanthas sobre la criatura, éste corrió los cortinajes con un escalofrío.

—Lo lamento —se disculpó—. No puedo soportarlo. Y pensar que hemos convivido con ella durante siglos...

—A mí no me parece tan terrible —le interrumpió Laurana con firmeza, evocando en su imaginación la figura de la Torre y la ciudad que la rodeaba—. Esta Torre confiere carácter al lugar. Es una urbe muy hermosa, pero en ocasiones su belleza es tan perfecta, tan fría, que deja uno de advertirla —mientras hablaba la muchacha se asomó a las otras ventanas, y se sintió tan embrujada como en el momento de su llegada a la monumental Palanthas—. Después de ver esa... esa oscura mácula, su magnificencia destaca en mi mente con nuevo vigor. No sé si me comprendes...

Quedaba patente por la atónita expresión de su rostro; que el dignatario no comprendía ni una palabra. Laurana suspiró, si bien no pudo reprimir una mirada de soslayo a aquellos cortinajes que ejercían sobre ella una extraña fascinación.

—¿Cómo llegó a convertirse en una Torre maldita? —preguntó en lugar de explicarse.

—Fue durante... pero aquí viene alguien que te contará esa historia mucho mejor que yo —se interrumpió Amothus, al comprobar aliviado que la puerta se abría—. Si he de serte franco, no es un relato que me entusiasme repetir.

—Astinus, de la biblioteca de Palanthas —anunció el heraldo, aunque era evidente que Amothus ya sabía de quién se trataba.

Con gran perplejidad por parte de Laurana todos los presentes se levantaron en actitud respetuosa, incluso los grandes generales y nobles.

¿Tanta ceremonia por un bibliotecario? —se preguntó incrédula la joven. Mas aún fue mayor su asombro cuando el Señor de Palanthas y todos sus caballeros se inclinaron en una profunda reverencia al entrar el cronista. También ella bajó la cabeza por pura cortesía, pues como miembro de la familia real de Qualinesti no debía saludar con tal sumisión a ningún habitante de Krynns salvo a su padre, el Orador de los Soles. Sin embargo, cuando se enderezó y estudió a aquel hombre misterioso, comprendió de pronto, que lo más adecuado era recibirle con gesto humilde.

La naturalidad e indiferencia de Astinus la convencieron, sin lugar a dudas, de que no perdería su desenvoltura ni en presencia de toda la realeza de Krynns ni de todo el firmamento. Parecía un hombre de mediana edad, si bien le rodeaba un aura atemporal. Se diría que su rostro había sido cincelado en el mármol de Palanthas y, al principio, Laurana sintió aversión ante la desapasionada calidad que caracterizaba tanto sus rasgos como su andar. Mas, de pronto, advirtió que sus oscuros ojos ardían con el fuego interior de un millar de almas.

—Llegas tarde, Astinus —dijo Amothus en tono festivo, aunque respetuoso.

La joven observó que el Señor de Palanthas y sus generales permanecieron de pie hasta que el historiador hubo tomado asiento, una actitud que incluso los Caballeros de

Solamnia imitaron. Casi abrumada por un insólito sobrecogimiento, se hundió en su silla en tomo a la enorme mesa redonda cubierta de mapas que ocupaba el centro de la gran sala.

—Tenía asuntos importantes que atender —respondió Astinus con una voz que parecía provenir de un pozo sin fondo.

—Me han informado de que has sido perturbado por un extraño evento. —El Señor de Palanthas se sonrojó incómodo—. Acepta mis disculpas, ignoro cómo pudieron encontrar a un hombre en semejante estado en la escalinata de tu biblioteca. Si nos lo hubieras comunicado habríamos retirado su cuerpo sin necesidad de armar tanto revuelo.

—No me ha causado ninguna molestia —repuso Astinus, lanzando una mirada de soslayo a Laurana—. El asunto se ha tratado como merecía, y ahora ya está resuelto.

—Pero ¿qué me dices de los despojos? —preguntó Amothus con un leve balbuceo—. Comprendo lo penoso que ha de resultarte, pero existen ciertas medidas sanitarias promulgadas por el Senado y quiero estar seguro de que todo se ha llevado del modo más conveniente.

—Quizá sea mejor que os deje —declaró fríamente Laurana, e hizo ademán de incorporarse—. Volveré cuando haya concluido esta conversación.

—¿Cómo? ¿Deseas irte cuando hace sólo unos minutos que estás aquí? —El Señor de Palanthas la observó a través de una extraña nebulosa.

—Creo que nuestra charla ha incomodado a la princesa elfa —comentó Astinus—. Su raza, como sin duda recordaréis, profesa una gran veneración a la vida. La muerte no se discute entre ellos de una manera tan cruda.

—¡Oh, por todos los dioses! —Amothus se ruborizó y se apresuró a levantarse para tomar su mano—. Te ruego que nos disculpes, querida. Mi negligencia ha sido abominable. Siéntate de nuevo, te lo suplico. Sirve un poco de vino a la Princesa —ordenó a un criado, que al instante llenó la copa de Laurana.

—Cuando yo he entrado hablabais de las Torres de la Alta Hechicería. ¿Qué sabes de ellas? —interrogó Astinus a la muchacha. A la vez que sus ojos la traspasaban hasta penetrar en su alma.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Laurana al sentir tan punzante mirada, de modo que sorbió un trago en un intento de tranquilizarse.

—Lo cierto —tartamudeó, arrepentida por haber mencionado el tema —es que preferiría que abordáramos el asunto que nos ha reunido. Estoy segura de que los generales desean volver cuanto antes junto a sus tropas y yo...

—¿Qué sabes de las Torres? —repitió Astinus.

—N-no mucho —balbuceó Laurana, asaltada por la súbita sensación de que había vuelto a la escuela y debía enfrentarse a su maestro Tenía un amigo, es decir, un conocido que se sometió a las Pruebas en la Torre de Wayreth, pero...

—Supongo que te refieres a Raistlin de Solace —la atajó, imperturbable, el historiador.

—¡En efecto! —respondió Laurana con sobresalto—. ¿Cómo...?

—Soy cronista, joven Princesa. Saberlo forma parte de mi trabajo. y ahora voy a contarte la historia de la Torre de Palanthas, no sin antes advertirte que no debes considerarlo una pérdida de tiempo... porque su historia, Lauranthalasa, está estrechamente ligada a tu destino —ignorando su ahogada exclamación de asombro, hizo un gesto imperativo a uno de los generales—. Abre esa cortina, está obstruyendo una de las más bellas panorámicas de la ciudad como, según creo, apuntaba la Princesa antes de mi llegada. Esta es pues la historia de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas.

»Debo iniciar mi relato aludiendo a las llamadas Batallas Perdidas. Durante la Era del Poder, cuando el Príncipe de los Sacerdotes de Istar empezó a sobresaltarse ante las sombras, bautizó sus temores con un nombre concreto: ¡magos! Le espantaban tanto ellos como sus vastos poderes. No les comprendía y, por consiguiente, se convirtieron en una amenaza.

»Fue fácil alzar al populacho contra los magos. Aunque respetados por todos, nunca inspiraron excesiva confianza, en primer lugar porque admitieron entre sus filas a representantes de los tres poderes del universo: los Túnicas Blancas del Bien, los Túnicas Rojas de la Neutralidad y los Túnicas Negras del Mal. A diferencia del Príncipe de los Sacerdotes, ellos supieron ver que el mundo sólo conservaba su equilibrio merced a la existencia de las tres Órdenes y que perturbarlo era abrir la puerta a la destrucción.

»El pueblo se reveló pues contra los magos. Las cinco Torres de la Alta Hechicería fueron, por supuesto, sus primeros objetivos, ya que era en su seno donde se hallaba concentrado el poder de la Orden y también era en estas Torres donde los jóvenes aspirantes pasaban las Pruebas, o al menos aquéllos que osaban intentarlo. Has de saber que las distintas fases que las configuraban eran arduas o, lo que es peor, arriesgadas. El fracaso sólo podía entrañar un resultado: ¡la muerte!

—¿La muerte? —repitió Laurana incrédula—. En ese caso Raistlin...

—Puso en juego su vida para someterse a la Prueba, y casi pagó tan alto precio. Sin embargo, eso ahora no viene al caso. Debido a la severa, o cabría decir mortífera, penalización que se imponía a quienes fracasaban empezaron a propagarse ciertos rumores sobre las Torres de la Alta Hechicería. En vano intentaron los magos explicar que no eran sino centros docentes donde los candidatos arriesgaban su vida de manera voluntaria, así como lugares donde guardaban sus libros de encantamientos, sus pergaminos y sus instrumentos arcanos. Nadie les creyó. Se divulgaron entre las gentes historias de negros rituales y sacrificios, alimentados por el Príncipe de los Sacerdotes y sus clérigos para satisfacer sus propios propósitos.

»Llegó al fin el día de la rebelión y, por segunda vez en la historia de la Orden, los Túnicas se reunieron. La primera vez habían creado los Orbes de los Dragones que contenían las esencias del bien y del mal, vinculadas por la neutralidad. Luego cada uno siguió su camino hasta que, aliados por una misma amenaza, se congregaron de nuevo para proteger su mundo. Los magos optaron por destruir dos de las Torres antes que permitir que la muchedumbre las invadiera y se entremetiera en asuntos que escapaban a su entendimiento. La demolición de estas dos Torres produjo sendas hecatombes en las regiones vecinas y asustó al Príncipe de los Sacerdotes, pues quedaba una en Istar y otra en Palanthas. La tercera, situada en el Bosque de Wayreth, no inquietaba a nadie por hallarse alejada de cualquier núcleo urbano.

Decidió entonces el Príncipe de los Sacerdotes proponer un trato a los magos, en un acceso de aparente magnanimidad. Si abandonaban las dos Torres que aún quedaban en pie, les permitiría retirarse en paz, así como trasladar sus documentos e ingenios a la Torre de Alta Hechicería de Wayreth. Aunque a regañadientes, su ofrecimiento fue aceptado.

—¿Por qué no lucharon los magos? —interrumpió Laurana—. He visto a Raistlin y a Fizban cuando se enfadan, y no quiero imaginar qué serían capaces de hacer unos hechiceros realmente poderosos.

—Cierto, pero hay algo que no has considerado. Tu joven amigo Raistlin quedaba exhausto siempre que invocaba sus hechizos, aunque sólo fueran encantamientos menores. Y, además, cuando se utiliza uno se borra de la memoria para siempre a menos que se revise el libro y se estudie de nuevo. A los magos del más alto nivel les ocurre lo mismo. Es así como los dioses nos protegen de criaturas que, de otro modo, llegarían a ser demasiado poderosas y aspirarían incluso a la divinidad. Los magos necesitan dormir, hallar ocasiones para concentrarse, pasar sus días en continuo estudio. ¿Cómo podían resistir a un asedio masivo? Y, por otra parte, no deseaban destruir a su propio pueblo.

»Todas estas razones les impulsaron a acceder a los deseos del Príncipe de los Sacerdotes. Incluso los vestidos con la Túnica Negra, indiferentes al populacho, comprendieron que acabarían por ser derrotados y quizá se perdería la magia para un mundo futuro. Así que se retiraron de la Torre de la Alta Hechicería de Istar, y poco después el Príncipe decidió ocuparla. Acto seguido le llegó el Turno a esta mole que ves frente a ti, la de Palanthas. Pero la historia de esta Torre está preñada de horrores.

Astinus, que había relatado aquellos sucesos con una voz monótona, desprovista de emoción, asumió, de pronto, una actitud solemne y acaso ominosa.

—Recuerdo bien aquel día —prosiguió más para sí mismo que para su callada audiencia—. Los magos me trajeron sus libros y pergaminos para que los custodiase en la biblioteca, ya que tenían más documentos de los que podían trasladar a la Torre de Wayreth. Sabían que yo los guardaría como un tesoro. Muchos de los libros de hechizos eran antiguos e ilegibles, pues habían sido protegidos con encantamientos especiales cuya Clave se había perdido. La Clave...

Astinus enmudeció, absorto en sus reflexiones. Pero pasados unos minutos suspiró, como para desechar negros pensamientos, y continuó.

—Los habitantes de Palanthas se congregaron en tomo a la Torre cuando el sumo dignatario de la Orden, el Mago de la Túnica Blanca, cerró sus delicadas puertas de oro con una llave de plata. El Señor de Palanthas le contemplaba sin poder contener su ansiedad, y todos sabían que pretendía mudarse a sus estancias como había hecho su predecesor, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Sus ojos escudriñaban la Torre animados por la irrefrenable ambición de descubrir las maravillas, tanto benévolas como perversas, que según los rumores encerraba.

—De todos los insignes edificios de Palanthas —murmuró Amothus—, la Torre de la Alta Hechicería era el más espléndido. Ahora, sin embargo...

—¿Qué ocurrió? —preguntó Laurana sintiendo un creciente frío a medida que la noche se enseñoreaba de la sala, y deseosa de que alguien ordenara a los sirvientes encender las velas.

—El Mago extendió la mano para entregar la llave de plata al Señor de la ciudad cuando, de pronto, un hechicero de Túnica Negra apareció en una de las ventanas de los pisos superiores —continuó Astinus con voz cavernosa y triste—. Todos enmudecieron presas del pánico, y él proclamó en medio del silencio: «Estas puertas permanecerán cerradas, y las estancias que guardan vacías, hasta el día en que llegue el Amo del Pasado y del Presente investido de un nuevo poder». El perverso mago se lanzó entonces al aire, cayendo sobre la verja, y en el instante en que las púas de oro y plata traspasaron sus vestiduras sumió a la Torre en una maldición. Su sangre formó un charco en el suelo, a la vez que las metálicas puertas se retorcían y se tomaban negras. La refulgente mole alba y rojiza también se ensombreció hasta asumir un gris ceniciento, antes de que sus negros minaretes se desmoronasen. El Señor de Palanthas se apresuró a huir con el gentío y, en el día de hoy, no hay nadie que haya osado acercarse aún a la Torre de Palanthas. Ni siquiera los kendens —Astinus esbozó una leve sonrisa— que a nada temen en este mundo. Tan poderosa es la maldición que mantiene alejados a todos los mortales...

—Hasta que regrese el Amo del Pasado y el Presente —repitió Laurana.

—¡Aquel hombre estaba loco! —exclamó despreciativo lord Amothus—. Ningún hombre posee el dominio del tiempo, a menos que tú, Astinus, tengas ese don.

—¡En absoluto! —protestó el cronista con un tono tan cavernoso que todos le miraron sorprendidos—. Yo recuerdo el pasado y registro el presente, pero no pretendo ejercer control sobre ellos.

—Eso corrobora mi opinión sobre aquel pobre demente —declaró el Señor encogiéndose de hombros—. y ahora estamos obligados a soportar una visión tan ofensiva como la Torre porque nadie accede a vivir en su proximidad ni a acercarse lo bastante para derruirla.

—Creo que destruirla sería una injusticia —replicó Laurana con tono amable, al mismo tiempo que contemplaba la Torre a través de la ventana—. Pertenece a este lugar.

—En efecto, joven Princesa —apostilló Astinus sin cesar de taladrarla con sus penetrantes ojos.

Las sombras de la noche fueron acumulándose mientras, hablaba el cronista. Pronto la Torre quedó envuelta en penumbra, en una negrura que aún destacaba más por oposición a las luces que se encendían paulatinamente en el resto de la ciudad. Parecía que Palanthas quería rivalizar con el fulgor de las estrellas, si bien Laurana no pudo evitar el pensar que aquel redondo espacio de tinieblas siempre estaría presente en el ánimo de todos.

—¡Cuán triste y trágico! —susurró la Princesa, sintiéndose forzada a hablar porque Astinus no dejaba de escudriñarla—. Y ese contorno oscuro que he visto revolotear, atrapado en la verja... —se interrumpió, asaltada por un súbito temor.

—Loco de atar —insistió Amothus en lóbrega actitud—. Suponemos que son los restos del cuerpo del mago suicida, pero nadie se ha acercado lo suficiente como para comprobarlo.

Laurana se estremeció. Sujetándose con las manos su dolorida cabeza, comprendió que el siniestro relato que acaba de oír invadiría sus sueños durante muchas noches y deseó no haberle prestado atención. ¡Estrechamente ligado a su destino! Enfurecida, desechó tal pensamiento. Al fin y al cabo no importaba, no tenía tiempo para estas cavilaciones. Su destino ya se auguraba bastante sombrío sin necesidad de agregarle el aditamento de una historia surgida del mundo de las pesadillas. Astinus, que parecía haber leído sus reflexiones, se levantó de manera abrupta y ordenó que encendieran más luces.

—El pasado se ha perdido —apuntó con frialdad, prendida su mirada de Laurana. Tu futuro te pertenece. Y tenemos mucho trabajo que completar antes de que amanezca.

Capítulo 7

Al mando de los caballeros de Solamnia

—En primer lugar deseo leer un comunicado del Comandante Gunthar, que recibí hace escasas horas.

El Señor de Palanthas extrajo un pergamino de los pliegues de sus vestiduras de lana, finamente tejidas, y lo desplegó sobre la mesa para alisarlo. Apartó entonces la cabeza, enfocando su vista a una cierta distancia, en un intento de descifrarlo.

Laurana, convencida de que se trataba de la respuesta a un mensaje suyo que había instado a Amothus para que lo enviara dos días antes, se mordisqueó el labio con impaciencia.

—Está algo rasgado —se disculpó el Señor de Palanthas—. Los grifos que tan amablemente nos han facilitado los caballeros elfos —distinguió con una inclinación de cabeza a Laurana, quien respondió a la diferencia refrenando el impulso de arrancarle el documento de las manos— no han aprendido a transportar estos pergaminos sin arrugarlos y romperlos. ¡Ah, ahora lo entiendo!

«Del Comandante Gunthar a Amothus, Señor de Palanthas. Saludos».

Es un hombre encantador —comentó, levantando la mirada—. Estuvo aquí el año pasado durante las Fiestas de Primavera que, por cierto, se celebrarán dentro de tres semanas, querida. Quizá quieras honrarnos con tu asistencia.

—Será un placer, si todavía estamos vivos para entonces —dijo Laurana mientras se retorció las manos bajo la mesa en un esfuerzo para conservar la calma.

Amothus pestañeó, antes de esbozar una indulgente sonrisa.

—Sí, claro. Nos amenazan los ejércitos de los Dragones. Permitidme que continúe leyendo.

«Me llena de pesar la pérdida de nuestros caballeros, aunque siempre nos queda el consuelo de pensar que murieron victoriosos, luchando contra el terrible mal que ensombrece nuestras tierras y aún me afecta de un modo más personal la noticia del fallecimiento de tres de nuestros mejores y más devotos paladines: Derek Crownguard, Caballero de la Rosa, Alfred Markenin, Caballero de la Espada y Sturm Brightblade, Caballero de la Corona».

—Amothus se volvió hacia Laurana para decirle: —Brightblade. Tengo entendido que era uno de tus más allegados amigos.

—Sí, lo era —balbuceó Laurana, inclinando el rostro sobre el pecho para permitir que su dorada melena ocultara la angustia que reflejaban sus ojos. No había transcurrido mucho tiempo desde el día en que enterraron a Sturm en la Cámara de Paladine, bajo las ruinas de la Torre del Sumo Sacerdote. El dolor aún no había cicatrizado.

—Continúa leyendo, Amothus —ordenó Astinus secamente—. No puedo permanecer tantas horas apartado de mis quehaceres.

—Tienes razón —se excusó el interpelado con un intenso rubor en las mejillas, y se aprestó a proseguir su lectura.

«Esta tragedia coloca a los caballeros en insólitas circunstancias. En primer lugar, si no me equivoco la Orden queda al mando de los Caballeros de la Corona, los de inferior categoría. Significa esto que, aunque todos han realizado las pruebas y ganado sus escudos, son jóvenes e inexpertos. Para la mayoría, aquélla fue su primera batalla. También quedamos sin mandatarios adecuados pues, según la Medida, debe haber un representante de cada una de las tres Órdenes de Caballeros entre los dirigentes de las tropas».

Laurana oyó un débil tintineo de armaduras y espadas procedente de los caballeros, que se agitaban incómodos en sus asientos. Eran todos ellos líderes provisionales hasta que se solventara la cuestión del mando. Cerrando los ojos, la muchacha suspiró. Por favor, Gunthar —rogó para sus adentros—, elige con prudencia. Son demasiados los que han muerto a causa de las maniobras políticas. ¡Pon fin a semejante injusticia!

«Por lo tanto nombro, para que asuma el cargo de Comandante en funciones de los Caballeros de Solamnia, a Lauranthalasa de la casa real de Qualinesti».

—El Señor de Palanthas hizo una pausa como si dudase de haber leído correctamente a la vez que Laurana, invadida por un incrédulo sobresalto, abría los ojos de par en par. Sin embargo, su asombro no era mayor que el de los otros presentes Amothus relejó en silencio las últimas líneas del pergamino pero, al oír el gruñido de impaciencia de Astinus, siguió adelante.

«Ella es en la actualidad la persona más experimentada en el campo de batalla y la única que sabe utilizar las lanzas Dragonlance. Confirмо la validez de este documento con mi sello. Gunthar Uth Wistan, Gran Señor de los Caballeros de Solamnia».

Amothus levantó la mirada, la clavó en Laurana y dijo: Felicitaciones, querida, o quizá debería decir general.

La muchacha estaba rígida como una estatua, aunque por un momento creyó que una incontenible cólera la empujaría a abandonar la sala. Horrendas visiones se dibujaban ante sus ojos: el cuerpo decapitado del Comandante Alfred, el infortunado Derek muriendo en un acceso de locura, los ojos sin vida y llenos de paz de Sturm, los cadáveres de los caballeros que habían muerto en la Torre expuestos en hilera... y ahora era ella quien ostentaba el mando, una muchacha elfa de la casa real que aún no había alcanzado la edad requerida —según las leyes de su raza— para desprenderse de la tutela paterna. Era poco más que aquella jovencita de vida regalada que se había fugado del hogar para perseguir a su amor de la infancia, Tanis el Semielfo. Sin embargo, la niña consentida había cambiado. El miedo, el sufrimiento, grandes pérdidas y pesares la habían obligado a crecer hasta convertirse, en ciertos aspectos, en una adulta mayor, incluso, que su progenitor.

Al volver la cabeza vio que los caballeros Markham y Patrick intercambiaban significativas miradas. De todos los Caballeros de la Corona, eran ellos los que contaban con los historiales más completos. Sabía que ambos se habían comportado como valientes soldados y honorables caballeros, que habían luchado con incomparable ahínco en la Torre del Sumo Sacerdote. ¿Por qué no había elegido Gunthar a uno de aquellos aguerridos nobles, tal como ella misma le había recomendado?

El caballero se incorporó con sombría expresión.

—No puedo aceptarlo —declaró en un susurro—. La Princesa Laurana es un bravo guerrero, no lo niego, pero nunca ha dirigido a un ejército en el campo de batalla.

—¿Lo has hecho tú, joven caballero? —preguntó imperturbable Astinus.

—No —admitió Patrick—. Pero mi caso es distinto. Ella es una muj...

—¡Oh, vamos, Patrick! —le amonestó Markham entre sonoras carcajadas. Era un joven de carácter despreocupado y alegre, que ofrecía un curioso contraste con su siempre grave compañero—. El hecho de tener pelo en el pecho no te convierte en un general. Relájate y piensa que se trata de una decisión política. Gunthar sabe mover sus piezas.

Laurana enrojeció, a sabiendas de que estaba en lo cierto. Sería una adalid segura hasta que Gunthar reorganizara la Orden y pudiera afianzarse como su caudillo.

—¡Pero no existe ningún precedente! —siguió arguyendo Patrick, aunque evitando los ojos de Laurana—. Estoy seguro de que la Medida prohíbe a las mujeres formar parte de la Orden de los Caballeros.

—Te equivocas —lo atajó Astinus—. Además, sí existe un precedente. En la Tercera Guerra de los Dragones se aceptó a una mujer en vuestras filas tras la muerte de su padre y sus hermanos. Ascendió al rango de Caballero de la Espada: y falleció en la lucha cubierta de honores, siendo su pérdida motivo de duelo entre los suyos.

Nadie abrió la boca. Amothus parecía muy turbado. Astinus observaba con su habitual frialdad a Patrick, mientras su compañero jugaba con su copa y lanzaba esporádicas pero amables miradas a Laurana. Tras librar una breve batalla en su interior, que se delataba en su contraído rostro, el caballero Patrick tomó de nuevo asiento.

Markham alzó la copa y propuso un brindis:

—Por nuestro Comandante.

Laurana no respondió. Estaba al mando, pero ¿de qué?, se preguntó con amargura. De los maltrechos Caballeros de Solamnia sobrevivientes que habían sido enviados a Palanthas en unas naves en las que habían embarcado centenares de ellos para ser diezmados hasta no sobrepasar la cincuentena. Habían obtenido una victoria, mas ¿a qué precio? Un Orbe de los Dragones destruido, la Torre del Sumo Sacerdote en ruinas...

—Sí, Laurana —declaró Astinus recogiendo el hilo de sus pensamientos—. Te han encomendado la tarea de recomponer los fragmentos.

La muchacha alzó la vista con sobresalto, asustada incluso frente a aquella extraña criatura que leía en su mente como si fuera de cristal

—Yo no deseaba esto —murmuró entre sus labios insensibilizados.

—No creo que ninguno de nosotros haya rezado para que se desencadene una guerra — comentó Astinus con acento cáustico—. Pero la guerra ha estallado, y ahora debes hacer cuanto esté en tu mano si quieres ganarla. —Se puso en pie y al instante el Señor de Palanthas, los generales y los Caballeros le imitaron en actitud respetuosa.

Laurana permaneció sentada, con la mirada fija en sus manos. Sentía los penetrantes ojos de Astinus clavados en ella, pero rehusó el enfrentamiento.

—¿Debes irte ya, Astinus? —preguntó con tristeza Amothus.

—Así es. Me aguardan mis estudios, los he abandonado durante más rato del que puedo permitirme. Os queda mucho trabajo por hacer, en su mayor parte de cariz mundano y por lo tanto aburrido. No me necesitáis, tenéis un caudillo —al pronunciar esta última frase hizo un gesto con la mano extendida.

—¿Cómo? —exclamó Laurana, espiando su ademán por el rabillo del ojo. Ahora sí le miró, aunque pronto desvió su vista hacia el Señor de Palanthas—. ¡No podéis hacerlo! ¡Tan sólo estoy al mando de los Caballeros!

—Lo que te convierte en Comandante de los ejércitos de la ciudad de Palanthas, si así lo decidimos —le recordó el Señor—. Y si Astinus te recomienda...

—No podría hacerlo —se apresuró a interrumpirle el cronista—. No está en mis prerrogativas recomendar a nadie, pues yo no moldeo la historia.

Enmudeció de forma abrupta, y Laurana se sorprendió al ver que desaparecía la máscara de su rostro revelando pesadumbre e incluso dolor—. O, mejor dicho, me he propuesto no manipularla bajo ninguna circunstancia.

—Claro que, a veces, incluso yo cometo fallos —suspiró para recuperar la compostura y cubrirse de nuevo con su impenetrable expresión—. He cumplido mi cometido: darte a conocer una parte del pasado que puede o no ayudarte en el futuro.

Dio media vuelta para irse.

—¡Aguarda! —exclamó Laurana a la vez que se ponía en pie. Hizo ademán de avanzar hacia él, pero flaqueó cuando los fríos ojos de Astinus se clavaron en los suyos levantando entre ambos un invisible muro de roca—. ¿Ves todo cuanto ocurre en el mismo momento en el que está sucediendo?

—En efecto.

—En ese caso podrías decirnos dónde están los ejércitos de los Dragones, qué hacen...

—Lo sabéis tan bien como yo —respondió el cronista desdeñoso, y volvió a girarse.

Laurana examinó su entorno, y vio que el dignatario y los generales la observaban divertidos. Sabía que estaba actuando de nuevo como una niña consentida, pero necesitaba respuestas. Astinus se hallaba cerca de la puerta, que los sirvientes acababan de abrir para franquearle el paso. Tras lanzar una desafiante mirada a los otros se alejó

de la mesa y atravesó el pulido suelo de mármol, de forma tan precipitada que tropezó con el repulgo de su vestido. El historiador, al oírla, se detuvo en el dintel.

—Deseo hacerte dos preguntas —susurró la joven, ya junto a él.

—Sí —respondió él, penetrando sus verdes ojos—. Una brota de tu mente y la otra de tu corazón. Formula la primera.

—¿Existe todavía algún Orbe de los Dragones?

Astinus guardó silencio durante un instante, y una vez más Laurana vislumbró una sombra de dolor en sus ojos acompañada por un súbito envejecimiento de sus atemporales rasgos.

—Sí —declaró al fin—. Me está permitido revelarte que existe uno, pero está fuera de tus posibilidades utilizarlo o hallarle siquiera. Descarta esa idea.

—Sé que lo guardaba Tanis —insistió Laurana—. ¿Significan tus palabras que lo ha perdido? ¿Dónde... —titubeó e antes de exponer la pregunta que le dictaba el corazón— ¿dónde está él ahora?

—Desecha también eso de tus pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —Laurana se paralizó al oír su gélido tono.

—No preconizo el futuro, sólo veo el presente en el instante en que se convierte en pasado. Así ha sido desde el origen de los tiempos. He asistido a amores que, por su voluntad de sacrificio, han traído al mundo nuevas esperanzas. He presenciado cómo fracasaban amores que trataban de vencer el orgullo y la ambición de poder. El mundo se ha ensombrecido a causa de esta derrota, que, sin embargo, se ha desvanecido como la nubecilla que cubre al sol. y también he sido testigo de amores que se perdían en las tinieblas, amores mal comprendidos y peor entregados porque quien creía sentirlos no conocía su propio corazón.

—Hablas mediante enigmas —le recriminó Laurana.

—¿Eso crees? —preguntó Astinus a su vez—. Adiós, Lauranthalasa. Mi consejo es éste: concéntrate en cumplir tu deber.

El cronista hizo una leve reverencia y abandonó la estancia.

Laurana le siguió con la mirada, sin cesar de repetirse sus palabras: «Amores que se perdían en las tinieblas». ¿Era un enigma como había afirmado, o conocía la respuesta y se negaba a aceptarla? Era esto último lo que había insinuado Astinus.

«Dejé a Tanis en Flotsam para ocuparse de todo durante mi ausencia». Kitiara había pronunciado esta frase. Kitiara, la Señora del Dragón; Kitiara, la mujer de raza humana que había conquistado el amor de Tanis.

De pronto desapareció el dolor que atenazaba el corazón de Laurana, la zozobra que la había agitado desde que oyó las palabras de Kitiara, para dar paso a un gélido y negro vacío como el producido por las constelaciones que faltaban en el cielo nocturno. «Amores que se perdían en las tinieblas». Tanis se había perdido, era eso lo que Astinus intentaba decirle. «Concéntrate en cumplir tu deber». Así lo haría, no le quedaba nada más que mereciera su atención.

Volviendo sobre sus pasos para enfrentarse al Señor de Palanthas y sus generales, Laurana irguió la cabeza y al hacerlo su dorado cabello refulgió bajo la luz de las velas.

—Asumiré el mando de los ejércitos —declaró con una voz casi tan fría como la oscuridad que había invadido su alma.

—¡He aquí una sólida pared de piedra! —afirmó Flint satisfecho, pateando las almenas de la Muralla de la Ciudad Vieja—. No me cabe la menor duda de que la construyeron los enanos. Fíjate con cuánta precisión han sido tallados los bloques para que encajen sin necesidad de argamasa. ¡Y no hay dos iguales!

—Fascinante —comentó Tasslehoff sin poder reprimir un bostezo—. ¿Construyeron también los enanos la Torre que...?

—¡No me la recuerdes! —lo atajó el hombrecillo—. Ni tampoco fueron los enanos quienes edificaron las Torres de la Alta Hechicería. Los mismos magos se encargaron de tal tarea, y tengo entendido que las crearon a partir de las entrañas de la tierra y que izaron las piedras del suelo valiéndose de sus virtudes arcanas.

—¡Maravilloso! —Aquel relato había tenido el don de despertar al kender—. ¡Cuánto me habría gustado estar allí! ¿Cómo...?

—No es nada —prosiguió el enano en voz alta mientras clavaba en su compañero una fulgurante mirada— comparado con el trabajo de los albañiles de mi pueblo, que pasaron siglos perfeccionándose en el oficio. Observa bien esta roca, la textura de las marcas del cincel...

—Ahí viene Laurana —dijo Tas, aliviado por poder abandonar la lección de arquitectura enanil.

Flint dejó de escudriñar la roca para contemplar a la muchacha, quien se acercaba a ellos por un oscuro pasillo que desembocaba en las almenas. Vestía de nuevo la cota de malla que luciera en la Torre del Sumo Sacerdote, pero habían limpiado la sangre del peto decorado en oro y tejido de nuevo las hebras metálicas. Su largo cabello de color miel sobresalía bajo el yelmo emplumado, ondeando en la luz de Solinari al ritmo de su pausado andar, que interrumpía para admirar el horizonte de levante donde las montañas se dibujaban como sombras oscuras contra el estrellado cielo. También el resplandor de la luna acariciaba su rostro, y Flint no pudo reprimir un suspiro.

—Ha cambiado —dijo a Tasslehoff con voz queda— y los elfos no suelen alterarse por nada. ¿Recuerdas cuando la conocimos en Qualinesti? Fue en otoño, hace tan sólo seis meses. Sin embargo, se diría que han transcurrido años.

—Todavía no se ha repuesto de la muerte de Sturm. Ha pasado muy poco tiempo desde tan triste suceso —comentó Tas con una expresión grave y melancólica en su rostro habitualmente pícaro.

—No es ése el único motivo —el enano movió la cabeza—. Su actual estado se debe también al encuentro que tuvo con Kitiara en el muro de la Torre del Sumo Sacerdote. Sin duda le dijo algo que la perturbó. ¡Maldita sea! —imprecó agresivo—. Nunca confié en ella, ni siquiera en los viejos tiempos. No me sorprendió en absoluto verla ataviada con el uniforme de los Señores de los Dragones, y daría una montaña de monedas de cobre por saber qué fue lo que le comunicó a Laurana para apagar su luz interior. Parecía un fantasma cuando la bajamos del muro una vez se hubo marchado Kitiara a lomos de su Dragón Azul. Apostaría mi barba a que guarda alguna relación con Tanis.

—Aún no puedo creer que Kitiara se haya convertido en una Señora del Dragón. Siempre fue —Tas se interrumpió para buscar la palabra adecuada— una muchacha divertida.

—¿Divertida? —repitió Flint frunciendo el ceño—. Quizá, pero también fría y egoísta. Debo reconocer, sin embargo, que sabía ser encantadora cuando se lo proponía —su voz se convirtió en un susurro, pues Laurana se había acercado lo bastante para oírles—. Tanis nunca aceptó la realidad, se empeñó en que algo valioso se ocultaba bajo la tosca apariencia de Kitiara. Estaba convencido de ser el único que la conocía, de que se cubría con un duro caparazón para proteger sus tiernos sentimientos. ¡Tenía tanto corazón como estas piedras!

—¿Qué noticias nos traes, Laurana? —preguntó el kender con tono alegre cuando la elfa se detuvo frente a ellos.

La muchacha sonrió a sus amigos pero, como bien decía Flint, la suya no era ya la sonrisa inocente y feliz de la joven que solía pasear bajo los álamos de Qualinesti. Ahora emanaba de sus labios la mortecina luz del sol en el frío cielo invernal. Aún alumbraba pero era incapaz de calentar, quizá porque se había extinguido la llama de sus ojos.

—Me han nombrado Comandante de los ejércitos —anunció a boca de jarro.

—Felici... —empezó a decir Tas, pero murió su voz al encontrarse con el parapeto de su rostro.

—No hay razón para felicitarme —declaró Laurana con amargura—. ¿A quién voy a dirigir? A un puñado de caballeros atrincherados en un baluarte en ruinas que se yergue a varias millas de distancia en las Montañas Vingard, y a un millar de hombres que defienden la muralla de esta ciudad —cerró su enguantado puño sin apartar la vista del cielo, que empezaba a revestirse de los primeros albores del nuevo día—. Deberíamos estar allí en este momento, mientras el ejército de los Dragones está aún diseminado y tratando de reagruparse. ¡Les derrotaríamos fácilmente! Pero no, no osamos adentrarnos

en las Llanuras ni siquiera con las lanzas Dragonlance. ¿De qué nos sirven contra un enemigo que vuela? Si tuviéramos un Orbe...

Guardó silencio, antes de respirar hondo y proseguir:

—No merece la pena pensar en ello. Aquí nos quedaremos, en las almenas de Palanthas, para esperar la muerte.

—Vamos, Laurana —la amonestó Flint tras aclararse la garganta— no creo que la situación sea tan desesperada. Una sólida muralla rodea a esta ciudad, con mil hombres dispuestos a luchar en todo su perímetro. Los gnomos custodian el puerto con sus catapultas, los caballeros se hallan apostados en el único paso franqueable de las Montañas: Vingaard, donde hemos enviado refuerzos, tenemos las Dragonlance... sólo unas pocas, de acuerdo, pero Gunthar nos ha comunicado que hay más en camino. ¿De verdad opinas que no podemos atacar a esos reptiles voladores? Se lo pensarán dos veces antes de aventurarse a traspasar la muralla, aunque sea por el aire...

—No es suficiente, Flint —le interrumpió Laurana—. Podemos contener el avance de las tropas rivales durante una semana o dos, quizá durante todo un mes. Pero ¿qué ocurrirá luego? ¿Qué será de nosotros cuando se hayan apoderado de las tierras adyacentes? La única opción que nos restará entonces será reunirnos en pequeños reductos seguros. Pronto nuestro mundo consistirá en una ristra de diminutas islas luminosas rodeadas por vastos océanos de oscuridad, que nos acabarán invadiendo hasta los últimos reductos.

Laurana apoyó la cabeza en su mano, reclinándose en la pared.

—¿Cuántas horas hace que no duermes? —preguntó Flint en actitud severa.

—No lo sé —respondió la muchacha. Mis períodos de sueño y de vela parecen entremezclarse. Pero la mitad del tiempo caminando como una sonámbula, y la otra mitad durmiendo con plena conciencia de la realidad.

—Descansa ahora —le ordeno el enano con aquella voz que a Tas le recordaba la de su abuelo—. Nosotros te seguiremos, nuestra guardia ha terminado.

—No puedo —repuso Laurana frotándose los ojos. La primera idea de dormir le había hecho comprender cuán exhausta se sentía—. He venido a informaros que, según noticias recientes, los dragones han sido vistos sobrevolando la ciudad de Kalamán en dirección oeste.

—En ese caso vienen hacia aquí —comentó Tas tras visualizar un mapa en su mente.

—¿Quién ha traído esas noticias? —preguntó receloso el enano.

—Los grifos. No hagas muecas —rió la muchacha a Flint, aunque sonrió frente a su expresión de incredulidad—. Los grifos nos han proporcionado una gran ayuda. Aunque los elfos no prestaran en esta guerra más servicio que el de cedernos a sus animales, ya habrían hecho mucho por la causa.

—Los grifos son torpes y estúpidos —afirmó Flint—. No confío más en ellos que en un kender. Además —prosiguió, ignorando la mirada fulgurante de Tas— no tiene sentido lo que nos cuentas. Los Señores de los Dragones no lanzarían al ataque a sus animales sin el respaldo de los ejércitos.

—Quizá no estén tan desorganizados como creemos. —Laurana suspiró agotada—. O quizá mandan a los dragones tan sólo para hacer todos los estragos posibles, tales como desmoralizar a los habitantes o arrasar la región. Lo ignoro, pero veo que ha corrido la voz de su próxima venida.

Flint lanzó una mirada a su alrededor. Los centinelas que ya habían recibido el relevo permanecían en sus puestos, contemplando las montañas cuyos níveos picos asumían unas delicadas tonalidades rosáceas en el incipiente amanecer. Hablaban quedamente con quienes acudían junto a ellos, tras ser alertados con la alarmante nueva.

—Me lo temía —susurró Laurana—. ¡No tardará en cundir el pánico! Advertí a Amothus que guardara silencio, pero la discreción no es una de las mejores virtudes de los palanthianos. Fijaos, ¿qué os decía?

Al bajar la vista desde su atalaya los amigos comprobaron que las calles comenzaban a atestarse de personas que salían de sus casas a medio vestir, aún soñolientas y asustadas. Mientras observaba como corrían de un edificio a otro, la muchacha imaginó en qué términos debían divulgarse los rumores. Se mordió el labio, y sus ojos centellearon de ira.

—¡Ahora tendré que ordenar a mis hombres que abandonen la muralla para obligar a la población a encerrarse en sus hogares! No puedo permitir que estén en las calles cuando ataquen los dragones. ¡Vosotros, seguidme! —exclamó al mismo tiempo que hacía una señal a un grupo de soldados cercanos y se alejaba a toda prisa. Flint y Tas la vieron desaparecer por la escalera, en dirección al palacio, y al poco rato varias patrullas armadas ocuparon las calles e intentaron reagrupar a los habitantes, tanto para conducirles a sus casas como para sofocar la oleada de pánico.

—¡No parece que consigan su propósito! —gruñó Flint. En efecto, la muchedumbre era más numerosa a cada minuto que pasaba.

Tas, erguido sobre un bloque de piedra desde el que se divisaba un panorama más amplio que entre las almenas, meneó la cabeza.

—No importa —dijo desalentado—. Mira, Flint...

El enano se apresuró a encaramarse a la roca, situándose al lado de su compañero. Algunos hombres gritaban, mientras señalaban el horizonte con el dedo extendido y las armas enarboladas. Aquí y allá, las dentadas puntas plateadas de varias Dragonlance refulgían bajo las antorchas.

—¿Cuántos son? —preguntó Flint entrecerrando los ojos.

—Diez —respondió despacio Tas—. Dos formaciones, y son unos dragones enormes, quizá rojos como los que vimos en Tarsis. No distingo su color en la tenue luz, pero es

evidente que transportan jinetes. Quizá un Señor del Dragón, acaso Kitiara. Espero tener la oportunidad de hablarle esta vez —añadió, asaltado por un súbito pensamiento Debe ser interesante la vida de un Señor del Dragón...

Sus palabras se confundieron con el repicar de campanas que atronaba en todas las torres de la ciudad. El gentío que invadía las calles alzaba la mirada hacia los muros, donde los soldados proferían incesantes exclamaciones. A sus pies, en la lejanía, Tas vio salir a Laurana del palacio seguida por Amothus y dos de sus generales, adivinando por la postura de sus hombros que la muchacha estaba furiosa. Señaló las campanas, evidentemente para ordenar que las silenciaran, pero era demasiado tarde. Los habitantes de Palanthas estaban aterrorizados, y los inexpertos, y también espantados, soldados no lograban impedir el desenfreno. Se alzaron en el aire desgarrados alaridos, lamentos y voces de mando que trajeron a la mente de Tas tristes recuerdos de Tarsis. Presentía que centenares de personas morirían aplastadas en la barahúnda, y que las casas arderían sin remisión. El kender se volvió despacio.

—Creo que no deseo hablar con Kitiara —rectificó, frotándose los ojos con las manos para ver mejor el imparable avance de los dragones—. No quiero saber cómo se siente un Señor del Dragón, porque deben llevar una existencia triste y oscura... Espera un momento...

Clavó su mirada en el horizonte, hacia el este, sin acertar a creer lo que veían sus ojos. Estiró su cuerpo y a punto estuvo de despeñarse por el parapeto.

—¡Flint! —exclamó agitando los brazos.

—¿Qué ocurre? —le espetó el enano pero, por fortuna, le prestó la atención necesaria para salvarle. Agarrándolo por el cinto de sus calzones azules, izó al excitado kender con una brusca y oportuna sacudida.

—¡Igual que en Pax Tharkas! —farfulló Tas de un modo casi incoherente, una vez recuperado el equilibrio—. Igual que en la tumba de Huma. ¡Están aquí, tal como preconizó Fizban! ¡Han venido!

—¿Quién ha venido? —¿De qué hablas? —rugió Flint exasperado.

Tras dar unos incontrolados saltos que hicieron rebotar sus bolsas, Tas dio media vuelta y se alejó a la carrera sin contestar al enano, que lanzaba chispas de cólera por todos sus poros mientras preguntaba una y otra vez:

—¿Quién ha venido, cabeza de chorlito?

—¡Laurana! —gritó Tas, con una voz tan aguda que rasgó el fresco aire de la mañana como una trompeta desafinada—. ¡Laurana, han venido! ¡Están aquí! ¡Se han cumplido los augurios de Fizban! ¡Laurana!

Maldiciendo al kender entre dientes, Flint volvió de nuevo la mirada hacia el este. Tras escudriñar brevemente su entorno, el enano deslizó su mano en el interior de un bolsillo de su jubón y extrajo un par de anteojos que se caló en la nariz, no sin antes cerciorarse una vez más de que nadie le observaba.

Ahora pudo distinguir lo que no había sido más que una neblina de luz rosada rota por las puntiagudas masas de la cadena montañosa. Dio un hondo, tembloroso suspiro, incapaz de contener las lágrimas que empañaban su vista. Con gestos precipitados se quitó los anteojos, los guardó en su estuche e introdujo éste en su bolsillo. Pero aquellos cristales reveladores le habían permitido ver cómo el alba iluminaba las alas de los dragones con una luz rosácea, sí, pero que reflejaba destellos argénteos...

—Deponed vuestras armas, muchachos —ordenó Flint a los hombres que estaban cerca suyo mientras secaba sus ojos con uno de los pañuelos del kender—. ¡Alabado sea Reorx!

Ahora tenemos una oportunidad, una nueva esperanza..

Capítulo 8

El juramento de los dragones

Cuando los Dragones Plateados se posaron sobre el suelo en los alrededores de la gran ciudad de Palanthas, sus alas llenaron el cielo matutino de un brillo cegador. Los habitantes se apiñaron en las murallas para contemplar con cierto desasosiego a aquellas magníficas criaturas.

Al principio se sintieron tan aterrorizados frente a los enormes animales que decidieron tratar de ahuyentarles, pese a que Laurana se apresuró a afirmar que no eran dañinos. Fue necesaria la intervención de Astinus, que abandonó su biblioteca para asegurar a Amothus con su habitual frialdad que aquellos dragones no les lastimarían. Los habitantes de Palanthas, al oír esta nueva, depusieron las armas aunque no sin mostrar cierta reticencia.

De todos modos, Laurana sabía muy bien que la inquieta muchedumbre habría creído a Astinus aunque éste les dijera que el sol saldría a medianoche. Era en él, y no en los dragones, en quien confiaban.

Hasta que la Princesa elfa no atravesó personalmente las puertas de la ciudad para lanzarse en los brazos de uno de los jinetes de los plateados reptiles, los arracimados espectadores no empezaron a pensar que aquella increíble fábula podía contener un fondo de verdad.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién nos ha enviado a los dragones? ¿Por qué han venido a Palanthas tan imponentes animales?

Entre empellones y codazos, el gentío se asomó al fortificado muro formulando preguntas y escuchando erróneas respuestas. Mientras, en el valle, los dragones agitaban despacio sus alas para mantener activa la circulación de su sangre en la gélida mañana. Cuando Laurana abrazó al desconocido otra figura desmontó de su cabalgadura, una mujer cuyo cabello despedía reflejos tan argénteos como las alas de los dragones. La princesa elfa también la estrechó contra su pecho antes de que, con gran asombro por parte de los palanthianos, Astinus condujera a los tres personajes hasta su biblioteca, donde fueron admitidos sin oposición por los Estetas. Las descomunales puertas se cerraron tras ellos.

Reinó el desconcierto en las calles, que fueron invadidas por un interminable zumbido de susurros mientras los que permanecían apostados en la muralla lanzaban desconfiadas miradas a los dragones que permanecían erguidos ante las puertas de la ciudad. Las campanas repicaron una vez más, anunciando una asamblea general convocada por Amothus. Los innumerables curiosos corrieron hasta la plaza que se extendía frente al palacio del Señor de la Ciudad, quien salió a un balcón resuelto a desvelar sus incógnitas.

—Nuestros visitantes son los Dragones Plateados —declaró—, seres bondadosos que se han unido a nosotros contra los dragones perversos tal como se narra en la leyenda de Huma. Han sido traídos a nuestra ciudad por...

Todo cuanto el dignatario intentó explicar a continuación se difuminó en el júbilo masivo. Nuevo tañido de campanas, esta vez para celebrar el acontecimiento. El populacho inundó las calles con sus vítores, cantos y danzas, armando un revuelo tal que, tras un vano esfuerzo para restablecer el orden, el Señor se limitó a proclamar día de fiesta en la ciudad y regresar a su palacio.

Extracto del volumen Crónicas, la Historia de Kryn, tal como fue registrado por Astinus de Palanthas, y que tiene por título: «El Juramento de los Dragones».

En el instante en que yo, Astinus, escribo estas líneas, contemplo el semblante de Gilthanas, Señor de los elfos e hijo menor de Solostaran, Orador de los Soles y máximo caudillo de Qualinesti. El rostro de Gilthanas es muy semejante al de su hermana

Laurana, no sólo por las facciones familiares. Ambos poseen los delicados rasgos y la cualidad atemporal de los elfos, mas hay algo que les distingue de otros miembros de su raza. En la faz de los dos se advierte una expresión de pesar que nunca se había observado antes en los elfos de Krynn aunque, desgraciadamente, antes de que concluya esta guerra, serán muchos los que asuman similar aire de tristeza. De todos modos, quizá no resulte negativo pues significará que, al fin, los elfos han aprendido que forman parte de nuestro universo en lugar de hallarse por encima de los avatares que lo aquejan.

A un lado de Gilthanas esta su hermana, y al otro una de las mujeres más hermosas que me ha sido dado ver en Krynn. Parece una muchacha elfa. Pero no engaña a mis ojos con sus artes mágicas; sé que no ha nacido de ninguna mujer, ni elfa ni de ninguna otra raza. Es una hembra de Dragón Plateado, hermana de aquella a la que tanto amó Huma, Caballero de Solamnia. Ha querido su destino que también ella se enamore de un mortal, al igual que su hermana. Pero ese mortal, Gilthanas, a diferencia de Huma, no acepta su sino. Se entrecruzan sus miradas y, en lugar de amor, leo en el elfo una ira abrasadora que emponzoña las almas de ambos.

Habla Silvara, la mujer dragón, con su voz dulce y musical. La luz de mi candela ilumina su bella melena argéntea y sus ojos de un misterioso azul cobalto:

—Después de otorgar a Theros Ironfeld el poder de forjar de nuevo la lanza Dragonlance en el corazón del Monumento del Dragón Plateado —me comunica Silvara—, pasé largo tiempo con los compañeros hasta que llevaron la templada arma ante el Consejo de la Piedra Blanca. Antes de que partieran les mostré el Monumento y también las pinturas de la Guerra de los Dragones donde aparecían los portadores del bien —Dragones Plateados, Dorados y Broncíneos— en pugna con los representantes del mal.

—¿Dónde está tu pueblo? —me preguntaron los compañeros—. ¿Dónde se ocultan los dragones benignos? ¿Por qué no nos ayudan en esta hora de necesidad?

—Eludí responderles todo el tiempo que me fue posible...

Silvara, enmudece y mira a Gilthanas con el corazón en sus ojos. El no responde a su llamada, y fija la vista en el suelo. Lanzando un suspiro, Silvara reanuda su relato.

—Al final no puede seguir resistiendo a sus presiones, y les hablé del juramento.

»Cuando Takhisis, la Reina de la Oscuridad, y sus perversas bestias fueron desterradas, los dragones benignos abandonaron el país para mantener el equilibrio entre el bien y el mal. Nacidos de la sustancia del mundo, regresaron a él y se sumieron en un sueño que ningún tiempo sabría medir. Podríamos haber permanecido dormidos en este orbe de irrealidad, pero sobrevino el Cataclismo y Takhisis halló el modo de volver a la existencia.

»Había planeado concienzudamente su regreso, si el destino le concedía esta ocasión, y estaba preparada. Antes de que Paladine advirtiera sus designios, despertó a los Dragones del Mal y les ordenó que se deslizaran hasta los lugares más profundos y

secretos para robar los huevos de sus oponentes, que dormían ajenos a lo que avecinaba...

»Los dragones perversos llevaron los huevos de sus hermanos de sangre a la ciudad de Sanction, donde se estaban formando los ejércitos. Allí, en los volcanes conocidos con el nombre de «Señores de la Muerte», fueron ocultadas las crías de los portadores del bien.

»Grande fue el dolor de los dragones bondadosos cuando Paladine los despertó de su sueño y descubrieron lo ocurrido. Fueron prestos en busca de Takhisis para averiguar qué precio habían de pagar para recuperar a sus hijos aún por nacer. Este precio era terrible. Takhisis exigió un juramento, en el que los desposeídos se comprometían a no participar en la guerra que se disponía a desatar sobre Krynn. Eran ellos quienes habían contribuido a derrotarla en la última liza, y quería asegurarse de que esta vez no se entrometerían.

Silvara me lanza una mirada suplicante, como si yo fuera su juez. Meneo la cabeza con firme ademán, indicándole que me guardaría mucho de juzgarles. No soy sino un cronista imparcial. Parece relajarse, y prosigue:

—¿Qué podíamos hacer? Takhisis amenazó con matar a nuestros hijos dormidos en sus huevos a menos que jurásemos. Paladine no podía ayudarnos, la elección era nuestra...

Silvara inclina la cabeza sobre el pecho, y su melena le cubre el rostro. Aunque no acierto a verla, oigo el torrente de lágrimas que sofocan sus apenas audibles palabras.

—Juramos.

Resulta ostensible que no puede continuar. Tras observarla unos instantes, Gilthanas se aclara la garganta y empieza a hablar con voz ronca.

—Yo o, mejor dicho, Theros, mi hermana y yo, logramos persuadir a Silvara de que no podían atenerse a ese juramento. Le hicimos comprender que tenía que existir algún medio para rescatar los huevos de los dragones benignos, quizá un reducido grupo de hombres lograra sustraerlos. Aunque no del todo convencida y tras largos parlamentos, Silvara accedió a llevarme hasta Sanction para estudiar por mí mismo las posibilidades de mi plan.

»Nuestro viaje fue largo y difícil. Quizá algún día pueda relatar los peligros que afrontamos, pero no es éste el momento pues me siento cansado y además no disponemos de tiempo. Los ejércitos de los Dragones están reorganizándose y quizá les hallemos desprevenidos si atacamos enseguida. Observo que Laurana arde de impaciencia, ansiosa por perseguirles incluso mientras hablamos, de modo que procuraré abreviar.

Así pues, Gilthanas prosigue su relato de nuevo.

—Silvara, bajo su forma elfa tal como ahora la veis...

No sabría describir la amargura que delata su voz. Pero debo escuchar su historia sin perder detalle.

»Fuimos capturados en las cercanías de Sanction, convirtiéndonos en prisioneros del Señor del Dragón conocido como Ariakas.

Gilthanas cierra el puño, palidece su rostro de ira y temor.

—Verminaard no era nadie, nadie en absoluto, comparado con Ariakas. ¡Es inmenso el poder de esa diabólica criatura! Y, además, es tan inteligente como cruel, ya que es su estrategia la que guía a los ejércitos de los Dragones y la que les ha proporcionado una victoria tras otra.

»El sufrimiento que soportamos en sus manos fue inenarrable. No creo que pueda nunca explicar todo lo que nos hicieron.

El joven Príncipe elfo tiembla con violencia. Silvara estira la mano para reconfortarle, pero él la rechaza y reemprende su historia.

—Al fin, con ayuda, logramos escapar. Estábamos en la misma Sanction, una horrenda ciudad construida en el valle que formaban los volcanes. Los Señores de la Muerte cercan todo su perímetro, corrompiendo el aire con su pestilente humo. Las casas son nuevas y modernas, pero en sus piedras se adivinan las huellas de la sangre derramada por tantos esclavos que se sacrificaron para alzarlas. En las laderas de las ígneas montañas hay un templo dedicado a Takhisis, la Reina Oscura, y en sus entrañas se guardan los huevos de los dragones robados. Fue a ese templo hacia donde nos encaminamos Silvara y yo.

»¿Cómo puedo describir el templo salvo diciendo que es un mundo de llamas y tinieblas? Altas columnas, talladas en la roca ardiente, se pierden de vista en las sulfurosas cavernas. Por sendas secretas, conocidas tan sólo por los sacerdotes de Takhisis, descendimos a profundidades abismales. Os preguntaréis quién nos ayudó, mas no puedo revelaros su identidad sin riesgo de su vida. Únicamente añadiré que algún dios invisible velaba por nosotros.

Silvara interrumpe para farfullar «Paladine», pero Gilthanas la conmina al silencio con un despectivo gesto.

—Llegamos a las cámaras más profundas. De momento todo salía a la perfección, de modo que perfilé mi plan. Poco importa cuál, pero pensé en la forma de rescatar las crías aún en embrión. Atravesamos una cueva tras otra y por fin contemplamos los resplandecientes huevos, teñidos de plata, oro y bronce que destellaban a la luz del fuego.

De pronto El Señor de los elfos hace una pausa. Su semblante, más pálido que la muerte, adquiere una nueva lividez todavía más blanquecina. Temiendo un desmayo, ordeno a uno de los Estetas que le sirva vino. Un simple sorbo le basta para recomponerse y seguir hablando, pero advierto en su absorta mirada que recuerda el horror de lo que presencié. En cuanto a Silvara, escribiré sobre ella en el momento oportuno.

Oigamos a Gilthanas.

—Los huevos no eran tales sino solamente sus cáscaras, rotas, resquebrajadas. Silvara emitió un grito de cólera, y me asaltó el miedo de ser descubiertos. Ninguno de nosotros sabía qué auguraba aquel espectáculo, pero ambos sentimos un helor en nuestras venas que ni siquiera el calor del volcán pudo disipar.

Nueva pausa de Gilthanas, apostillada por los ahogados sollozos de Silvara. Ella mira y, por vez primera, leo amor y compasión en sus ojos.

—Llevala de aquí —ruega el elfo a uno de los Estetas—. Necesita descansar.

El interpelado obedece, conduciéndola gentilmente al exterior. Gilthanas humedece sus labios resecos y quebrados, antes de tomar de nuevo la palabra.

—Lo que ocurrió después me obsesionará incluso más allá de la muerte. Sueño con ello cada noche, y aunque no consigo dormir profundamente me despierto de mi ensimismamiento gritando.

»Silvara y yo estábamos en la cueva en la que encontramos los huevos rotos, contemplándolos asombrados cuando oímos unos cánticos procedentes del pasillo iluminado por las llamas.

»—¡Son palabras mágicas! —exclamó Silvara.

»Nos acercamos a las voces con el mayor sigilo posible, ambos asustados pero atraídos por una inexplicable fascinación. Avanzamos y avanzamos, hasta que vimos...

Entorna los párpados y sofoca un sollozo. Laurana apoya la mano en su brazo, impregnados sus ojos de una muda compasión que devuelve el control a Gilthanas.

—En el interior de la caverna de la que provenían los cánticos había un altar consagrado a Takhisis. Lo que podía representar la figura tallada en la roca es algo que no logré discernir, pues estaba tan cubierta de sangre verde y negro cieno que parecía una espantosa excrecencia del muro. En torno al altar vimos unas criaturas siniestras, oscuros sacerdotes de Takhisis y magos vestidos con la Túnica Negra. Silvara y yo presenciábamos sobrecogidos cómo uno de aquellos individuos exhibía ante los otros un brillante huevo dorado y lo depositaba sobre la hedionda ara, antes de que todos aquellos seres conocedores de negras artes arcanas unieran las manos y entonararan un canto. Las palabras que pronunciaban ardían en nuestras mentes y Silvara y yo nos abrazamos, temerosos de que nos hiciera enloquecer la perversidad que sentíamos aunque no la comprendiésemos.

»Unos segundos después el dorado huevo de dragón empezó a oscurecerse. Bajo nuestra atenta mirada, su cáscara asumió unas horribles tonalidades verdes que no tardaron en tomarse negras. Silvara no podía contener sus temblores.

»El ennegrecido huevo que yacía sobre el altar se abrió, y una larva surgió de su cáscara. Constituía una visión fantasmagórica, deleznable, que despertó en mí el

impulso de echar a correr. Pero Silvara, comprendiendo el significado de aquel macabro rito, rehusó alejarse. Vimos juntos cómo la larva rasgaba su piel cubierta de lógamo para que de su cuerpo brotasen las abyectas formas de... draconianos».

Acompaña a su revelación un sofocado jadeo, y Gilthanas hunde la cabeza entre las manos. No puede proseguir. Laurana lo rodea con sus brazos en un intento de tranquilizarle, y él se aferra a su hermana. Al fin recobra el aliento, aunque las palabras salen trémulas de sus labios.

—Casi nos descubrieron, de modo que nos apresuramos a escapar de Sanction, de nuevo con ayuda y, más muertos que vivos, recorrimos caminos desconocidos para los elfos y humanos en pos del antiguo reducto de los Dragones del Bien.

Gilthanas suspira, y al fin la paz ilumina su rostro contraído.

—Comparado con los horrores que habíamos sufrido, aquello fue como un dulce reposo tras una noche de febriles pesadillas. Resultaba difícil imaginar, entre la belleza que nos rodeaba, que lo que habíamos visto fuera real. Quizá por eso, cuando Silvara contó a los dragones lo que estaban haciendo con sus huevos, nadie quiso creerla, al menos al principio, e incluso hubo quien la acusó de inventario para asegurarse su auxilio. Por fortuna en el fondo de sus corazones todos sabían que no mentía, y al fin admitieron que habían sido engañados y que en consecuencia no debían respetar el juramento.

»Los dragones benignos han venido a ayudarnos. Vuelan por todos los rincones del país ofreciendo su concurso a quien pueda necesitarlo. También han regresado al Monumento del Dragón Plateado para contribuir en la forja de las lanzas Dragonlance con el mismo afán con que hace muchos años se pusieron al servicio de Huma. En su viaje transportan las mayores lanzas que pueden montarse en sus lomos, tal como las vimos en las pinturas, y nos permiten cabalgar sobre ellos para batallar y desafiar en el aire a los Señores de los Dragones».

Gilthanas añade algunos detalles poco importantes que no es necesario anotar en mi escrito. Concluida su historia, Laurana se lo lleva a la biblioteca para acompañarle al palacio, donde Silvara y él podrán descansar unas horas. Temo que pasará mucho tiempo antes de que se disipe su horror, si es que logran desecharlo por completo. Al igual que ha sucedido con tantas bellas situaciones de nuestro mundo, es posible que su amor se derrumbe bajo el peso de la oscuridad que extiende sus hediondas alas sobre Krynn.

Así concluye el relato de Astinus de Palanthas sobre el Juramento de los Dragones. Una nota a pie de página afirma que otros pormenores del viaje de Gilthanas y Silvara a Sanction, sus aventuras en esta ciudad y la trágica historia de su amor fueron registrados por Astinus en fecha posterior y se hallarán en sucesivos volúmenes de sus Crónicas.

Laurana trasnochaba, pues tenía que dictar órdenes para la mañana siguiente. Sólo había transcurrido un día desde la llegada de Gilthanas y los Dragones Plateados, pero sus planes destinados a acosar al enemigo empezaban a tomar cuerpo. Dentro de escasas

jornadas conduciría sus escuadras de dragones a la batalla con jinetes portadores de las nuevas lanzas Dragonlance.

Esperaba en primer lugar conquistar el alcázar de Vingaard, para liberar a los prisioneros y esclavos allí confinados. Luego proseguiría el avance hacia el sur y el este, precedida por los ejércitos de los Dragones, a fin de atraparlos entre el martillo de sus tropas y el yunque de las Montañas Dargaard que separaban Solamnia de Estwilde. Si conseguía recuperar Kalaman y su puerto, cortaría las líneas de abastecimiento que necesitaba el enemigo para sobrevivir en aquella parte del continente.

Tan concentrada estaba Laurana fraguando sus planes que ignoró la apremiante voz de alerta del guardián que custodiaba su puerta y la respuesta que recibió. Alguien entró en la estancia pero, convencida de que se trataba de uno de sus servidores, no levantó la vista de su trabajo hasta haber ultimado los detalles.

Sólo cuando el recién llegado se tomó la libertad de sentarse en una silla frente a ella alzó Laurana los ojos con sobresalto.

—¡Oh! —exclamó ruborizándose—. Discúlpame, Gilthanas. Estaba tan absorta en mis estudios que te tomé por un... bien, no importa. ¿Cómo te sientes? Me tenías preocupada.

—Estoy mucho mejor, hermana —respondió el elfo con cierta hosquedad—. Lo cierto es que estaba más cansado de lo que yo mismo imaginaba, no había dormido apenas desde el episodio de Sanction.

Enmudeció, procediendo a contemplar los mapas que la muchacha había extendido sobre la mesa mientras, con aire ausente, asía una pluma muy afilada y acariciaba con sus dedos su volátil cuerpo.

—¿Qué ocurre, Gilthanas? —preguntó inquieta la Princesa elfa.

Él la miró y esbozó una triste sonrisa antes de contestar:

—Me conoces demasiado bien. Nunca pude ocultarte nada, ni siquiera cuando éramos niños...

—¿Se trata de nuestro padre? —inquirió Laurana, más alarmada a cada instante—. ¿Te has enterado de algo...?

—No, nada sé de nuestro pueblo salvo lo que ya te he contado, que se han aliado con los humanos y trabajan juntos para expulsar a los ejércitos de los Dragones de las islas Ergoth y de Sancrist.

—Alhana fue la causante de todo —musitó la joven—, ella se convenció de que no podían permanecer apartados del mundo. Incluso persuadió a Porthios...

—¿Debo asumir que esa persuasión ha llegado más lejos? —indagó Gilthanas sin mirar a su hermana, al mismo tiempo que empezaba a agujerear el pergamino con la punta de la pluma.

—Se ha hablado de matrimonio —confesó ella despacio—. Si se celebra esa alianza estoy seguro que será la típica boda de conveniencia, para mantener unido a nuestro pueblo. No imagino que el amor tenga cabida en el corazón de Porthios, ni siquiera por una mujer tan hermosa como Alhana. En cuanto a ella...

—Sus sentimientos quedaron enterrados con Sturm en la Torre del Sumo Sacerdote —concluyó con un suspiro Gilthanas.

—¿Cómo lo sabes? —Laurana escudriñó, atónita, sus ojos.

—Les vi juntos en Tarsis —explicó el joven—, y me bastó con contemplar sus rostros. También conocía la existencia de la Joya Estrella pero, como resultaba ostensible que él quería mantenerlo en secreto, no le traicioné. Era un hombre excelente —añadió con voz amable—; me enorgullezco de haberle conocido, algo que nunca pensé poder decir de un humano.

Laurana tragó saliva, secándose las lágrimas que empezaban a deslizarse por sus pómulos.

—Sí —susurró como en un lamento—, pero no es ése el motivo de tu visita.

—En efecto —confesó él—, aunque quizá guarde alguna relación —durante unos minutos guardó silencio, sin decidirse a hablar. Al fin respiró hondo y prosiguió—: Laurana, sucedió algo en Sanction que no revelé a Astinus ni contaré a nadie si tú no lo deseas...

—¿Por qué entonces debo saberlo yo? —La muchacha palideció. Con mano temblorosa, depositó la pluma sobre la mesa.

Gilthanas fingió no haberle oído y continuó su relato sin apartar la mirada del mapa.

—Antes de escapar de Sanction tuvimos que pasar de nuevo por el palacio de Ariakas. No puedo explicarte la razón porque de hacerlo traicionaría a nuestro salvador, que , todavía corre peligro tratando de ayudar a cuantos cautivos necesitan de su concurso.

»La noche que pasamos allí ocultos, aguardando el momento propicio para la fuga, oímos una conversación entre Ariakas y un Señor del Dragón aunque debería decir Señora, pues se trataba de una mujer —ahora levantó la vista— de una humana llamada Kitiara.

Laurana no despegó los labios. Su rostro había adquirido la lividez de la muerte, y también sus ojos habían perdido el color bajo la luz de las candelas.

Gilthanas suspiró de nuevo, y se inclinó para apoyar su mano sobre la de la joven. La piel de ésta estaba tan fría como la de un cadáver, y entonces él comprendió que sabía de antemano lo que se disponía a revelar.

—Recordé que antes de abandonar Qualinesti me revelaste que aquella humana era la elegida del corazón de Tanis el Semielfo, y hermana, además, de Caramon y Raistlin.

La reconocí gracias a lo que había oído decir de ella a estos dispares gemelos, si bien lo hubiera hecho de todos modos a causa del parecido que guarda con el mago. El tema central de su conversación era Tanis, Laurana.

Calló unos instantes, preguntándose si debía seguir adelante. La muchacha permanecía inmóvil, convertido su semblante en una máscara de hielo.

—Perdóname por el dolor que voy a causarte, hermana, pero tienes que saberlo — declaró al fin Gilthanas—. Kitiara bromeaba con Ariakas sobre el semielfo y dijo —se sonrojó—, dijo... No puedo repetirte sus palabras, pero te aseguro que son amantes. Su descripción no pudo ser más gráfica. Solicitó autorización de Ariakas para elevar a Tanis al rango de general del ejército de los Dragones, a cambio de una información que había prometido confiarle sobre un tal Hombre de la Joya Verde...

—Detente —ordenó Laurana con un hilo de voz.

—Lo siento de veras —el Príncipe elfo estrujó su mano con un inmenso pesar dibujado en el rostro—. Sé cuánto le quieres, y ahora comprendo muy bien lo que significa amar de ese modo —cerró los ojos e inclinó la cabeza—. Comprendo qué es ver tu amor traicionado.

—Márchate, Gilthanas —susurró ella. Dándole unas tiernas palmadas en la mano para expresarle su compasión, el joven se levantó y abandonó la estancia en silencio

Tras cerrarse la puerta Laurana permaneció unos momentos inmóvil y, apretando firmemente los labios, recuperó su abandonada pluma y reanudó su trabajo en el punto en que lo había dejado al entrar su hermano.

Capítulo 9

Victoria

Deja que te ayude a subir —ofreció Tas.

—Creo que... ¡no, espera! —gritó Flint.

Pero era demasiado tarde. El enérgico kender ya había agarrado la bota del enano y, al izarle, le arrojó de cabeza contra el musculoso cuerpo del joven Dragón Broncíneo. Agitando las manos a la desesperada, Flint logró sujetarse al arnés que ceñía el cuello del animal y quedar suspendido, mecido en su desequilibrio como un saco atado a un gancho.

—¿Puede saberse qué haces dando vueltas de ese modo? —preguntó Tas, alzando la vista—. No es momento para juegos. Yo te empujaré...

—¡No, suelta! —rugió el enano al tiempo que propinaba un puntapié a la mano de Tasslehoff—. ¡Te ordeno que te apartes!

—Muy, bien, monta tú solo si quieres —respondió dolido Tas, y retrocedió.

Resoplando y con el rostro encarnado, Flint se dejó caer al suelo.

—Me encaramaré al dragón cuando llegue el momento ¡sin tu ayuda! —vociferó con una mirada furibunda.

—Será mejor que te apresures —replicó el kender con frialdad—. Todos los demás están ya sobre las sillas.

El enano observó unos instantes al enorme Dragón Broncíneo y, testarudo cruzó los brazos sobre el pecho.

—Debo pensar bien la jugada.

—¡Vamos, Flint! Lo único que haces es perder tiempo, ¡Y yo quiero volar! ¡Termina de una vez! —le imprecó—. Claro que siempre puedo partir en solitario...

—¡No harás tal cosa! —replicó el enano enfurecido—. Ahora que al fin la guerra parece haber dado un giro favorable, no se puede mandar a la batalla a un kender montado en un dragón. Sería una hecatombe, tan desastrosa como si entregásemos al enemigo las llaves de la ciudad. Laurana dijo que sólo te permitiría volar si lo hacías en mi compañía...

—¡Entonces monta! Temo que cuando lleguemos haya terminado la guerra. Seré abuelo antes de que decidas moverte.

—¿Abuelo tú? —se burló Flint estudiando de nuevo al corpulento animal, que parecía mirarle con expresión hostil... o al menos, así lo imaginó—. El día en que tú seas abuelo me arrancaré la barba.

Khirsah, el Dragón, los observaba a ambos con divertida impaciencia. Joven e impulsivo —aunque la edad se contaba de un modo harto peculiar en Krynn—, el animal estaba de acuerdo con el kender en que había llegado la hora de volar, la hora de luchar. Había sido uno de los primeros en acudir a la llamada hecha a todos los

dragones de oro y plata, de bronce y de cobre. El fuego de la batalla ardía con virulencia en sus entrañas.

A pesar de su juventud, Khirsah profesaba un gran respeto a los ancianos del mundo. Sobrepasaba ampliamente en años al enano, y, sin embargo, lo veía como una criatura de larga y fructífera vida, como uno de aquellos mayores a los que reverenciaba. Sea como fuere, en aquel instante pensó que si no hacía algo al respecto se cumpliría la predicción del kender y no llegaría a tiempo para intervenir en la pugna.

—Discúlpame, respetable señor —dijo con un suspiro, cuidando de utilizar los términos adecuados—. ¿Hay algún modo en que pueda prestarte mi auxilio?

Sobresaltado, Flint dio media vuelta para comprobar quién le dirigía tan corteses palabras. El Dragón inclinó entonces su descomunal cabeza e insistió, esta vez en lengua enanil:

—Honorable y respetado señor... Flint retrocedió, tan anonadado que tropezó contra Tasslehoff y le arrastró al suelo en un revoltijo de cuerpos.

El Dragón Broncíneo estiró su cabeza y, asiendo con suavidad los ropajes de ambos entre sus impresionantes colmillos, los incorporó como si fueran cachorros de gato recién nacidos.

—N-no sé —balbuceó Flint, sin poder evitar el rubor ante la manera en que le había abordado el animal. Se sentía tan incómodo como complacido—. Podrías... o quizá no —recuperó su dignidad, estaba decidido a no delatar su sobrecogimiento—. Puedes imaginar que no es nuevo para mí volar a lomos de un dragón. Lo que ocurre es que, verás, lo que sucede es que...

—¡Nunca antes habías cabalgado sobre estas criaturas! —desmintió Tas encolerizado—. y además... ¡ay! —Flint había dado un puñetazo en las costillas de su compañero.

—Últimamente he tenido asuntos más importantes en que pensar, debo admitirlo, y necesito un poco de tiempo para acostumbrarme.

—Por supuesto, señor —dijo Khirsah sin un asomo de sonrisa—. ¿Puedo llamarte Flint?

—Puedes —accedió condescendiente.

—Me llamo Tasslehoff Burrfoot —se presentó el kender, estirando su pequeña mano—. Flint nunca viaja sin mí. Oh, me temo que no tienes un miembro adecuado para estrechar el mío. No importa. ¿Cuál es tu nombre?

—Para los mortales mi apelativo es Ígneo Resplandor —anunció el Dragón con una nueva reverencia—. Y ahora, respetable Flint, ¿podrías ordenar a tu escudero kender ...?

—¡Escudero! —repitió Tas ofendido. Pero el animal lo ignoró.

—Te ruego que hagas montar a tu escudero, y yo le ayudaré a ajustar la silla y la lanza.

Flint se acarició pensativo la barba antes de dirigirse al atónito y boquiabierto Tas con un gesto grandilocuente:

—Vamos, escudero, haz lo que se te ha dicho.

—Y-yo... nosotros... —tartamudeó el kender. Pero no terminó la frase que se disponía a pronunciar, porque el Dragón ya le había alzado en el aire. Con los dientes apretados contra su zamarra, Khirsah lo mantuvo en suspenso y al fin le depositó sobre la silla que tenía atada a su bronceo cuerpo. Tan encantado estaba Tas por hallarse a lomos del dragón que guardó silencio, respondiendo así al propósito del animal.

—Y ahora, Tasslehoff Burrfoot, escúchame atentamente —le instó Ígneo Resplandor—. Intentabas izar a tu señor desde detrás, cuando la posición correcta es la que has adoptado ahora. La montura metálica de la lanza debe estar delante y a la derecha del jinete, bien apalancada frente a las articulaciones de mi ala y por encima de mi hombro. ¿Has comprendido?

—¡Sí! —exclamó Tas muy excitado.

—El escudo que ves en el suelo os protegerá del aliento de los dragones enemigos, o al menos de la mayor parte...

—¡No puedo creerlo! —protestó el enano, cruzando de nuevo los brazos en terca actitud—. ¿Qué significa «la mayor parte»? ¿Y cómo voy a arreglármelas para volar y sostener al mismo tiempo una lanza y un escudo, por no mencionar el hecho de que este maldito artefacto es más grande que el kender y yo juntos?

—Creía que eras un consumado jinete de dragones, respetable Flint —se burló Tas.

El rostro del enano se encendió de ira. Empezó a lanzar improperios, pero Khirsah lo interrumpió con su hábil diplomacia.

—Es probable que el honorable Flint no esté acostumbrado a este nuevo modelo, escudero Burrfoot. La pelta se encaja en la lanza, y ésta a su vez debe introducirse en el agujero diseñado para recibirla. De ese modo el arma descansa sobre la silla y se desliza de un lado a otro según convenga. Cuando os ataquen, no tenéis más que atrincheraros tras ella.

—¡Pásame el escudo, honorable Flint! —ordenó, más que solicitó, el kender.

Gruñendo, el enano se acercó al lugar donde yacía el enorme pertrecho. Aunque con cierta dificultad a causa de su peso, logró levantarlo del suelo e izarlo por el costado del Dragón para, con ayuda del animal, entregárselo al kender que no tardó en ajustarlo siguiendo las indicaciones de su bronceo amigo. Le tocaba ahora el turno a la lanza Dragonlance. También con esfuerzo, Flint la arrastró hasta los pies de su compañero y le tendió la punta. Tas la agarró y, después de perder casi el equilibrio y salir despedido de su montura, la introdujo en el agujero del escudo. Cuando el eje quedó bien insertado, la lanza se equilibró y empezó a mecerse con ligereza y facilidad guiada por la diminuta mano del kender.

—¡Es fantástico! —exclamó Tas mientras seguía experimentando—. ¡Golpe seco y cae un dragón! ¡Revés, y otro derribado! —Incluso se puso en pie sobre el lomo del animal, tan bien afianzado como el arma misma—. ¡Vamos, Flint, apresúrate! Los cabecillas vuelven para dar la orden de partir. ¡Veo a Laurana a la grupa de un gigantesco Dragón Plateado con rumbo hacia nosotros! Está pasando revista a las filas, y no tardará ni un minuto en dar la señal. Deprisa Flint— Tas empezó a dar saltos de excitación.

—En primer lugar, respetable señor —le instruyó Khirsah— debes cubrirte con la chaqueta acolchada. Eso es, perfecto. Ensarta la tira de nuevo en la hebilla. No, ésta no, la que... ahora has acertado.

—Te pareces a un mamut lanudo que vi una vez—se mofó el kender al contemplar su abultada figura—. ¿Te he contado alguna vez la historia?

—¡Los diablos te confundan! —rugió el enano casi incapaz de andar, embutido como estaba en aquella prenda forrada de piel—. No es momento para escuchar uno de tus ridículos relatos. —E, incrustando la punta de su nariz en el hocico del Dragón, exclamó—: ¡Muy bien, animal, explícame ahora cómo monto! ¡Y no te atrevas a rozarme siquiera con uno de tus colmillos!

—Por supuesto que no, señor —dijo Khirsah en una actitud de hondo respeto. Inclinando la cabeza, el Dragón extendió una de sus alas de bronce sobre el suelo.

—Eso ya me gusta más —declaró el hombrecillo antes de lanzar una mirada satisfecha al atónito kender, atusándose la barba con gesto engreído. Empezó a caminar muy erguido por el ala de Ígneo Resplandor para ocupar su lugar, ensoberbecido, en la parte delantera de la silla, y se abrochó la correa que debía mantenerle afianzado en su montura.

—¡Ya han dado la señal! —vociferó Tas a la vez que se apresuraba a acomodarse detrás de su compañero. Espoleando con los talones los flancos del Dragón, añadió—: ¡Levanta el vuelo!

—No tengas tanta prisa —le amonestó el enano, que todavía no había terminado de verificar los movimientos de la Dragonlance—. ¿Cómo he de conducirte?

—Indícame la dirección que quieras tomar tirando de las riendas —explicó Khirsah aunque sin apartar la mirada de la Comandante, atento a la señal que en realidad aún no había sido dada.

—Comprendo —asintió Flint, estirando la mano hacia abajo—. Después de todo, soy yo quien ostenta el mando. ¡La señal! Vamos, elévate.

—A tus órdenes, señor. —Khirsah se lanzó al aire, desplegando sus alas para aprovechar las corrientes que flotaban frente a la colina desde donde habían despegado.

—¡Había olvidado las riendas! —gritó Flint mientras trataba de asirlas antes de que cayeran fuera de su alcance.

Khirsah sonrió para sus adentros y siguió su curso.

Los Dragones del Bien y los caballeros que los cabalgaban se hallaban congregados sobre los ondulantes cerros que se erguían al este de las Montañas Vingaard. En aquel paraje los gélidos vientos invernales habían dado paso a las cálidas brisas del norte, fundiendo la escarcha del suelo. Los ricos aromas desprendidos por los renovados brotes perfumaban el aire donde los dragones evolucionaban formando amplios arcos para ocupar sus puestos en la formación.

El panorama que desde allí se divisaba era como para cortar el aliento. Tasslehoff sabía que lo recordaría siempre, quizá incluso más allá del final de los tiempos. Decenas de alas bronceas, argéneas y cobrizas centelleaban bajo la luz matutina, y también las grandes lanzas Dragonlance, montadas sobre las sillas, despedían destellos iluminadas por el sol. Las armaduras de los caballeros brillaban intensamente, mientras la bandera en la que figuraba el martín pescador con su hilo de oro ondeaba resplandeciente al viento, ofreciendo un bello contraste con el azul del cielo.

Las últimas semanas habían estado marcadas por el triunfo. Quizá, tal como afirmaba Flint, la marea de la guerra fluía al fin en su dirección.

El Áureo General, como las tropas llamaban a Laurana, había creado un ejército a partir de la nada. Los habitantes de Palanthas, contagiados de su entusiasmo, se habían unido a la causa. Se ganó también el respeto de los Caballeros de Solamnia merced a sus osadas ideas y a sus acciones tan firmes como decisivas. Así pues, las fuerzas de tierra abandonaron la ciudad, arrojándose como un alud sobre el llano para obligar a las desorganizadas tropas de la Señora del Dragón, conocida como la Dama Oscura, a levantar el vuelo en medio de una oleada de pánico.

Ahora, con múltiples victorias a sus espaldas y el enemigo huyendo de su poderosa acometida, todos veían el triunfo definitivo como algo inapelable.

Pero Laurana era demasiado prudente para ceñirse los laureles. Todavía tenían que enfrentarse a los dragones de la Reina de la Oscuridad. Dónde estaban y por qué no habían intervenido en la liza era algo que ni ella ni sus oficiales habían acertado a imaginar. Día tras día mantenía a los caballeros y sus monturas en estado de alerta, prestos para el ataque.

Había llegado el momento tan esperado. Avistaron a los dragones, escuadrillas de tintes azulados y rojos que, según, los informes recibidos, se dirigían al oeste a fin de detener a la insolente general y su insignificante ejército.

Convertidos en una cadena de plata y bronce los Dragones de Whitestone, como solían ser denominados, surcaban la llanura de Solamnia. Aunque todos los caballeros que los montaban habían aprendido a volar durante el tiempo que sus ocupaciones les permitían —salvo el enano, que se negó rotundamente— aquel mundo de bajas y etéreas nubes, les resultaba desconocido y extraño todavía.

Los estandartes se agitaban incontrolables, a causa del viento huracanado y los soldados de a pie, que avanzaban bajo su mirada, no eran sino hileras de hormigas en la hierba. Para algunos de los caballeros volar constituía una experiencia emocionante, mas otros la consideraban una dura prueba que exigía todo cuanto valor poseían.

Siempre al frente de las tropas, guiándolas como un vivo ejemplo de arrojo, volaba Laurana a la grupa del colosal dragón argénteo que su hermano había trasladado desde las Islas de los Dragones. Ni el mismo sol lucía más dorado que el cabello que se arremolinaba en torno a su yelmo; Se había convertido a los ojos de todos en un símbolo tan sagrado como la Dragonlance, tan enjuta y delicada, tan bella y mortífera. La habrían seguido sin titubear hasta las puertas del Abismo.

Al estirar la cabeza por encima del hombro de Flint, Tasslehoff vio a Laurana en cabeza de la formación. Aunque no se rezagaba en ningún momento, volvía a menudo la vista para comprobar que nadie desfallecía ni se desorientaba. También inclinaba el cuerpo hacia adelante a fin de conferenciar con su plateada montura, tan segura de sí misma que Tas decidió relajarse y disfrutar de la cabalgada. Aquella era sin lugar a dudas la más inolvidable de cuantas aventuras había vivido. Las lágrimas trazaban en su rostro surcos desviados por el viento, delatando su inconmensurable júbilo.

Ahora el kender, tan aficionado a los mapas, podía contemplar el más perfecto de todos.

Se extendía a sus pies los ríos y los árboles, los montes y los valles, las ciudades y las granjas tan detalladamente que ni la más minuciosa maqueta hubiera conseguido reproducirlos. Deseó más que nada en el mundo capturar tal visión para siempre en su memoria.

Comprendió que con el tiempo un recuerdo podía distorsionarse, de manera que debía hallar un medio para perpetuar lo que ahora se grababa en su retina. Dicho y hecho aunque las palabras no traspasaron los límites de su pensamiento. Aferrándose con las rodillas a la silla, el kender soltó a Flint y empezó a rebuscar en sus bolsas. Extrajo al fin un pergamino, lo apoyó con firmeza en la espalda del enano y procedió a emborrarlo con un carboncillo.

—¡Deja ya de moverte! —ordenó a su compañero, que aún se afanaba en asir las riendas.

—¿Puede saberse qué haces, criatura impertinente? —protestó el enano, golpeando a Tas como si fuera una avispa que no pudiera quitarse de encima.

—¡Dibujo un mapa! —respondió Tas en un súbito trance—. ¡Un mapa perfecto! Seré famoso. ¡Mira, allí están nuestras tropas como un ejército de insectos! ¡El alcázar de Vingaard acaba de entrar en mi campo visual! Estate quieto, o me harás errar el trazo.

Flint emitió un gruñido y abandonó sus intentos de recuperar las riendas o liberarse de la presión del kender tras decidir que lo mejor sería concentrarse en no perder el control del Dragón ni del desayuno en su revuelto estómago. Había cometido el error de bajar la mirada, y ahora se obstinaba en mantener la vista al frente con el cuerpo a un tiempo rígido y tembloroso. El penacho de plumas de grifo que adornaba su yelmo le azotaba salvajemente el rostro en el vendaval. Los pájaros planeaban en el cielo debajo de él.

Ambos factores contribuyeron a hacerle tomar la inapelable resolución de incluir a los dragones en aquella lista encabezada por las embarcaciones y los caballos, en la que figuraba cuanto debía evitarse a cualquier precio.

—¡Fíjate! —exclamó Tas muy excitado—, allí están los ejércitos enemigos! ¡Se despliega ante mí una batalla y puedo verla en perspectiva! —El kender dobló el cuerpo para espiar lo que sucedía unos metros más abajo. Incluso creía oír, entre las rugientes ráfagas, los tintineos metálicos de las armaduras y los clamores—. ¿No podríamos acercarnos un poco... ¿no, mi mapaaaa!

Con una imprevisible rapidez, Khirsah había trazado un bucle para lanzarse en picado. La fuerza de esta maniobra arrancó el pergamino de las manos de Tas, que vio desesperado cómo revoloteaba ligero cual una hoja en otoño.

Flint vociferaba con el índice extendido. Aunque Tas trataba de no perderse detalle, en aquel momento atravesaron una densa nube y no acertaba a ver ni la punta de su nariz. Tan repentinamente como había entrado en él, Khirsah, emergió del banco de nubes y el panorama se aclaró por completo.

—¡Es increíble! —gritó el kender sobrecogido. Debajo de ellos, acosando a las tropas pedestres, volaban varias filas de dragones. Sus correosas alas de tonalidades rojas y azules ondeaban como banderas del mal al arrojar sobre los indefensos ejércitos del Áureo General.

Tasslehoff distinguía desde su atalaya a aquellas sólidas líneas de guerreros que se rompían a causa del pánico. Pero no había lugar donde huir, donde ocultarse en el herbáceo llano. Tas comprendió que era éste el motivo por el que habían esperado las huestes enemigas, y la visión del fuego, que surgía de sus bocas como hálitos calcinantes para abrasar a las desprotegidas tropas, le llenó de desazón.

—¡Tenemos que detenerles!

Tan deprisa se volteó Khirsah que Tas a punto estuvo de tragarse la lengua. El cielo parecía elevarse sobre su flanco, y por un instante el kender experimentó la extraña sensación de estar cayendo hacia arriba. Más por instinto que por razonamiento, se agarró al cinto de Flint al recordar que también él debería haberse ajustado las correas como su compañero. Ahora ya no había tiempo, se ataría la próxima vez.

¡Si había una próxima vez!

El viento rugía a su alrededor, mientras la tierra daba vertiginosas vueltas al compás de la espiral que trazaba el Dragón en su descenso. A los kenders les entusiasmaban las nuevas experiencias, y sin duda ésta era una de las más excitantes... pero Tas deseó que la tierra no se alzara a su encuentro a semejante velocidad.

—¡No he querido decir que tuviéramos que detenerles ahora mismo! —rectificó, dirigiéndose a Flint. Al levantar —¿o quizá la bajó?— la mirada, vio otros dragones a escasa distancia, aunque el panorama se le antojó borroso y no sabía en qué posición se hallaban respecto a ellos. Volaban ora por encima, ora a sus pies, y unos segundos más tarde detrás. ¡Se habían puesto al frente, en solitario! ¿Qué pretendía Flint?

—¡Aminora la marcha, esto es una locura! —ordenó al enano—. ¡Te has adelantado a todos los compañeros, incluso a Laurana!

Nada le habría gustado más a Flint que obedecer al kender. La última pirueta había puesto las riendas a su alcance y ahora tiraba de ellas con todas sus fuerzas, sin cesar de repetir «¡So, animal!» que, de no engañarle su memoria era la señal más usada para frenar a los caballos. Sin embargo, su fórmula no surtía efecto con el Dragón.

No fue reconfortante para él comprobar que no era el único que tropezaba con dificultades en el manejo de su montura. Detrás de él, la delicada línea de plata y bronce se deshacía como guiada por una voz de mando silenciosa que hubiera ordenado a los animales agruparse en cuadrillas de dos o tres. Los caballeros manipulaban las riendas a la desesperada, en un vano intento de devolver a los dragones a sus ordenadas hileras. Pero los animales no atendían a estos impulsos: el cielo era su reino. Luchar en el aire era diferente de hacerlo en tierra firme, y debían mostrar a sus jinetes el modo de batirse a la grupa de unas criaturas que nada tenían que ver con los caballos.

Describiendo un grácil círculo, Khirsah se lanzó en picado contra una nube. Al verse envuelto en la densa bruma, Tas perdió de nuevo el sentido de la orientación hasta que el soleado cielo volvió a estallar frente a él, en el instante en que el Dragón abandonaba el cirro. Ahora sabía dónde estaban las alturas y el suelo, y este último se acercaba a un ritmo inquietante.

Flint emitió uno de sus rugidos, que obligó a Tas a alzar la mirada para advertir que se dirigían hacia un grupo de Dragones Azules. Tan concentrados estaban en perseguir a unos aterrorizados soldados pedestres, que no se percataron de su avance.

—¡La lanza! —vociferó Tas. Flint forcejeaba con el arma, pero no tuvo tiempo de ajustarla ni de afianzarla debidamente en su hombro. De todos modos, tampoco importaba. Aprovechando que los Dragones Azules aún no los habían descubierto Khirsah surcó otra nube y, al deslizarse de nuevo a cielo abierto, los sorprendió por la espalda. Como una llama broncínea el joven Dragón se arrojó sobre el grupo enemigo dirigiéndose hacia su cabecilla, un enorme animal cuyo jinete se cubría con un yelmo de tonos también azulados. Embistiendo raudos y sigilosos, Khirsah clavó en el cuerpo de su oponente sus cuatro garras mortíferamente afiladas.

La fuerza del impacto desplazó a Flint hacia adelante; Tas aterrizó sobre su amigo, aplastándolo. El enano trató de incorporarse, pero el kender lo atenazaba con un brazo mientras con la mano libre golpeaba su yelmo y alentaba al Dragón.

—¡Has estado fantástico! ¡Atácale de nuevo! —lo azuzaba, presa de una gran agitación y sin cesar de aporrear la cabeza del pobre Flint.

Tras emitir unas ininteligibles imprecaciones en su lengua, Flint se desembarazó del incómodo abrazo de Tas. En ese preciso instante Khirsah se remontó en el aire, refugiándose en un banco de nubes antes de que la Escuadra Azul reaccionase a su inesperada arremetida.

Khirsah aguardó unos momentos, quizá para dar ocasión a sus zarandeados jinetes a recobrar la compostura. Flint se apresuró a sentarse en su lugar, Tas le rodeó la cintura con ambos brazos. Pensó el kender que su compañero tenía la tez cenicienta y exhibía en su rostro una expresión preocupada, pero también debía reconocer que aquella experiencia escapaba a los límites de lo normal. Antes de que acertara a preguntarle si se encontraba bien, Khirsah salió una vez más de su escudo de nubes.

Los Dragones Azules estaban debajo, con el cabecilla situado en el centro del grupo suspendido sobre sus descomunales alas. Estaba levemente herido y desconcertado; la sangre manaba por sus cuartos traseros, allí donde las garras de Khirsah habían rasgado su dura y escamosa piel. Tanto el animal como su jinete de yelmo azulado escudriñaban el cielo en busca de su atacante. De pronto el hombre extendió el índice.

Arriesgándose a volver la vista hacia atrás, Tas contempló un espléndido panorama que le dejó sin resuello. El bronce y la plata centellearon bajo el sol cuando los Dragones de Whitestone surgieron de un cirro cercano y descendieron vociferantes sobre la Escuadra Azul. Se rompió el círculo enemigo, pues los gigantescos animales se apresuraron a cobrar altura para evitar que sus perseguidores los embistieran por la espalda. Los enfrentamientos se sucedían y entremezclaban en medio de un fragor indescriptible. Brotaron llamas cegadoras y chisporroteantes en el instante en que un gran Dragón Broncíneo, que se debatía a la derecha del kender, emitía un grito de dolor y se desplomaba en el aire con la cabeza ardiendo. Tas vio que su jinete luchaba denodadamente para asir las riendas, abierta su boca en un alarido inaudible a causa de la velocidad con que él y su cabalgadura se zambullían hacia el suelo.

Contempló el kender cómo la tierra se acercaba también a ellos y se preguntó qué se debía sentir al estrellarse contra la hierba. Pero no duraron mucho sus cavilaciones, ya que Khirsah le despertó con un atronador rugido.

El cabecilla azul descubrió al joven Dragón, no pudiendo sustraerse a su resonante desafío. Ignoró entonces a los otros animales que batallaban a su alrededor, para emprender el vuelo en pos del broncíneo enemigo que le citaba en un duelo a muerte.

—¡Ha llegado tu turno, enano! ¡Equilibra la lanza! —ordenó Khirsah a la vez que batía sus enormes alas para ganar altura, con la intención de facilitar sus propias maniobras; y también de dar opción su jinete para que se preparara.

—Yo me ocuparé de las riendas —ofreció Tas.

El kender no estaba seguro de haber sido oído por su compañero. El rostro de Flint presentaba una extraña rigidez, y sus movimientos eran lentos y mecánicos. Presa de una incontenible impaciencia, Tas no podía sino aferrar las riendas y observar las evoluciones de los cenicientos dedos del enano para fijar la empuñadura de la lanza debajo de su hombro y empuñarla tal como había aprendido. El insondable hombrecillo alzó la vista al frente, vació su rostro de expresión.

Khirsah continuó elevándose, antes de equilibrarse y dar así oportunidad a Tas de examinar su entorno y preguntarse dónde estaba el enemigo. En efecto, había perdido de vista al Dragón Azul y a su jinete. Ígneo Resplandor dio entonces un poderoso salto, que cortó al kender la respiración. Allí mismo estaba su rival, delante de ellos.

Vio que la azulada criatura abría su espantosa boca surcada de colmillos y, recordando las llamas cegadoras se arrebujó detrás del escudo. Como Flint permaneciera con la espalda rígida y la mirada perdida más allá de su arma protectora, fija en el dragón que les atacaba, el kender soltó el brazo de su cinto y le tiró de la barba para obligarle a ocultar la testa.

Un resplandor tan intenso como el del relámpago estalló a su alrededor, seguido por un fragor de trueno que casi dejó si conocimiento al kender y al enano. Khirsah lanzó un alarido de dolor, pero se mantuvo firme en su curso.

Ambos dragones se embistieron al unísono, y la Dragonlance apuntó al cuerpo de su víctima. Por un instante Tas no vio sino destellos rojizos y azulados, mientras el mundo daba vueltas vertiginosas. En una ocasión sus ojos se clavaron de manera siniestra, más no logró discernir la escena. Refulgían las garras de los contendientes, y resultaba difícil distinguir los alaridos de Khirsah de los gritos de su oponente. Las alas se batían confusas en el aire, a la vez que la hierba trazaba espirales más y más rápidas a medida que todo el grupo se precipitaba hacia el suelo.

¿Por qué no suelta Ígneo Resplandor al Dragón Azul? —pensó Tas en pleno delirio. De pronto, comprendió la causa: ¡Se habían enmarañado!

La Dragonlance había errado en su diana y, al rebotar contra la ósea juntura del ala rival, se había incrustado en su hombro, hallándose ahora alojada bajo coriácea piel. El herido se debatía a la desesperada para liberarse pero Khirsah, dominado por la furia del combate, lo laceró con sus garras delanteras e hincó sus afilados colmillos en su carne.

Enzarzados en tan cruenta lid, los dragones habían olvidado por completo a sus jinetes. También Tas se sentía demasiado aturdido para observar al oficial de yelmo azulado hasta que, al alzar la mirada sin saber dónde posarla, atrajo su atención aquel ser que se agarraba obstinado a su silla a escasos pies de distancia.

Una vez más se confundieron el cielo y la tierra cuando los dragones trazaron un círculo completo en el aire, aunque el súbito torbellino no impidió a Tas advertir que el yelmo azul se desprendía de la cabeza de su portador, dejando al descubierto su rubio cabello. Los ojos del individuo, libres ahora de su máscara, se mostraron fríos y brillantes, sin asomo de temor. Su penetrante mirada traspasó al desconcertado Tasslehoff.

Ese rostro me resulta familiar —pensó el kender con una sensación de distanciamiento como si todo aquello le estuviera ocurriendo a otro ser bajo su atenta observación. ¿Dónde podía haberlo visto con anterioridad? La imagen de Sturm se dibujó en su mente.

El oficial se desembarazó del arnés y se irguió sobre los estribos. Su brazo derecho colgaba laxo junto a su cadera, pero había estirado la otra mano. De pronto el kender comprendió. Sabía perfectamente lo que se disponía a hacer su oponente, como si se hubiera dirigido a él para revelarle sus planes.

—¡Flint! —exclamó con vehemencia—. ¡Suelta la lanza ahora mismo!

Pero el enano sostenía el arma en sus inflexibles manos, perdida la mirada en el horizonte insondable. Los dragones luchaban, mordían y hundían sus garras suspendidos en el espacio, retorciéndose el azul a fin de liberarse de la lanza y zafarse así del despiadado ataque de su enemigo. Tas oyó cómo el jinete rival pronunciaba unas palabras, y al instante su animal cesó de debatirse para adoptar una actitud alerta. Con sorprendente agilidad, el oficial saltó de una grupa a otra y rodeo el cuello de Khirsah con uno de sus brazos mientras trataba de equilibrarse. Sin apenas esfuerzo el misterioso personaje se incorporó y sujetó con sus poderosas piernas la agitada testuz de Ígneo Resplandor.

El Dragón, sin embargo, hizo caso omiso del humano. Todos sus pensamientos estaban centrados en su más directo contrincante.

El oficial lanzó una fugaz mirada a los dos compañeros y comprendió que ninguno representaba una amenaza, atados como estaban a la silla... o, al menos, las tirantes correas así lo daban a entender. Desenvainó entonces su espadón e, inclinando el cuerpo hacia adelante, empezó a cercenar los arneses del Dragón Broncíneo en el lugar donde se cruzaban sobre su pecho, cerca de sus colosales alas.

—¡Flint! —suplicó Tas—. ¡Suelta la lanza! ¡Mira! —El kender zarandeó al impertérrito enano—. ¡Si ese individuo corta las correas la silla se desprenderá, arrastrando el arma y también a nosotros! Flint volvió despacio la cabeza, despertando al fin. Con una lentitud que a Tas se le antojó agónica, su temblorosa mano empezó a manipular el mecanismo que había de liberar la lanza y deshacer el mortífero abrazo de los dragones. ¿Llegaría a tiempo? Tas vio que la espada traspasaba el aire, casi al mismo tiempo que una de las correas del arnés se alejaba en un ominoso revoloteo. Era demasiado tarde para pensar o fraguar planes. Mientras Flint seguía forcejeando con el complicado artefacto, Tas se levantó como pudo y ciñó las riendas a su talle para, sujetándose al borde de la silla, rodear al enano hasta colocarse delante de él. Estiró entonces el cuerpo sobre el cuello del Dragón y, tras enmarañar sus piernas en la ósea crin, se arrastró resuelto a abalanzarse sobre el oficial.

El enemigo no prestaba atención a aquel par de jinetes que imaginaba atrapados en sus correas. Tan absorto estaba en su trabajo —el arnés no tenía ya apenas sujeción— que nunca supo qué le había golpeado.

Fue el cuerpo de Tasslehoff lo que descargó su peso sobre el oficial, al lanzarse contra su espalda. Sobresaltado y retorciéndose en un descontrolado afán para mantener el equilibrio, el atacado dejó caer la espada y se aferró con todas sus fuerzas a la testuz del Dragón Broncíneo. Entre gritos de furia intentó dar la vuelta, pues quería saber a toda costa quién lo había agredido. Pero, de pronto, la más negra noche nubló sus ojos, cuando unos pequeños brazos rodearon su cabeza y ensombrecieron el mundo. Aquella momentánea ceguera lo obligó a prescindir de su agarradero en el cuello del animal, empecinado como estaba en liberarse de lo que le pareció una criatura dotada de tres pares de manos y piernas, todas ellas aplastándole con incomparable tenacidad. Pero, al notar que empezaba a deslizar por el cuerpo del Dragón, se afianzó de nuevo a la crin.

—¡Flint, suelta la lanza! ¡Flint...! —Tas ya no sabía lo que decía. El suelo se elevaba a su encuentro, ahora que los debilitados dragones se desplomaban sin remisión. En su

cabeza estallaron resplandores de luz blanca mientras permanecía aferrado al oficial, que no cejaba en sus forcejeos.

Resonó, de pronto, un gran estampido metálico. La lanza se soltó, y los combatientes quedaron libres.

Desplegando sus alas, Khirsah interrumpió su rauda caída y recobró el equilibrio. El cielo y la tierra asumieron una vez más sus posiciones correctas, un hecho que provocó las lágrimas de Tas.

«No me he dejado asustar», se repetía el kender entre sollozos, pero nunca nada le había parecido tan hermoso como el cielo azul... de nuevo en el lugar que le asignara la naturaleza.

—¿Estás bien, Ígneo Resplandor? —preguntó el kender. El bronceíneo ser asintió, no le quedaban fuerzas para hablar.

—Tengo un prisionero —declaró, el aún confundido Tasslehoff, tomando conciencia de lo que había hecho. Soltó despacio al vencido, que meneó la cabeza entre mareado y asfixiado, antes de añadir—: No creo que pretendas escapar en estas circunstancias.

Liberada su presa, el kender culebreó por la crin en pos de los hombros del Dragón. Vio que el oficial alzaba la mirada hacia el cielo y apretaba los puños de rabia al contemplar cómo sus animales perdían terreno frente a Laurana y su ejército. Observó de un modo muy especial a la Princesa elfa, y en aquel instante Tas recordó dónde se había topado con aquel hombre en el pasado.

—Será mejor que nos devuelvas a tierra firme —ordenó el kender a Khirsah, recobrando el resuello y agitando las manos—. ¡Rápido, es urgente!

El Dragón arqueó la cabeza para mirar a sus jinetes, y Tas comprobó que tenía un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo. Presentaba hondas quemaduras en uno de los lados de su bronceínea testa, y la sangre chorreaba por su maltrecho hocico. El kender escudriñó la zona adyacente en busca del enemigo azul, pero había desaparecido sin dejar rastro.

Al posar la vista en el oficial, Tasslehoff se sintió como un héroe. Ahora comprendía la magnitud de su acción.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó lleno de júbilo, dirigiéndose a Flint—. ¡Hemos vencido a un dragón y yo he apresado a su jinete con la única ayuda de mis manos!

El enano asintió despacio, mientras el kender contemplaba cómo el suelo se aproximaba y pensaba que nunca le había parecido tan maravillosamente terrenal como en este momento.

Cuando Khirsah aterrizó, los soldados de a pie se congregaron en torno a ellos entre vítores y exclamaciones de júbilo. Unos cuantos se llevaron al cautivo quien, antes de

alejarse, lanzo una penetrante mirada a su aprehensor. Aunque su ominosa expresión causó cierta zozobra al kender, no tardó en olvidarla para ocuparse de su compañero.

El enano se hallaba desplomado sobre la silla; con el rostro cansado y envejecido. Sus labios se habían teñido de matices violáceos.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Sin embargo, veo que te sujetas el pecho con las manos. ¿Estás herido?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene esa postura?

—Supongo que no me dejarás tranquilo hasta que te responda —gruñó Flint—. Pues bien, la causante de mi precario estado es esa maldita lanza, aunque también le diría cuatro palabras al inventor de la chaqueta. ¡No me cabe la menor duda de que su grado de necesidad sólo puede ser comparado con el tuyo! El mango de la Dragonlance se ha incrustado en mi clavícula, y supongo que las magulladuras recibidas me dolerán durante más de una semana. Por otra parte, esa historia que has forjado en torno a tu captura es una burda patraña. ¡Ha sido un auténtico milagro que no os precipitarais ambos en el vacío! Y si te interesa mi opinión, lo has prendido por accidente. Para terminar mi discurso voy a hacerte una advertencia: ¡No volveré a montar a la grupa de uno de esos gigantescos animales en todo lo que me resta de vida!

Flint cerró la boca como si quisiera morder el aire, a la vez que clavaba en el kender una mirada tan fulminante que este último se apresuró a alejarse. Sabía que cuando el enano se dejaba dominar por el mal humor lo más prudente era apartarse de él hasta que se templaran sus ánimos. Después de comer se sentiría mejor.

Aquella noche, cuando Tasslehoff se arrebujó en el flanco de Khirsah para descansar cómodamente bajo su protección, recordó, de pronto, que algo no encajaba en la iracunda parrafada de Flint.

El enano había cubierto con sus brazos la parte izquierda de su pecho, según él a fin de aliviar el dolor producido por la lanza... ¡que permaneció a su derecha durante todo el combate!

LIBRO 7



Capítulo 1

La fiesta de primavera

Cuando despuntó el día, con una luz rosácea y dorada iluminando la tierra, los ciudadanos de Kalamán fueron despertados por un tañido de campanas. Los niños saltaron del lecho para invadir las habitaciones de sus padres y pedirles que se levantaran, a fin de gozar juntos de aquella jornada tan especial. Aunque algunos gruñeron y fingieron cubrirse los rostros con el embozo en su mayoría se desmerearon sonrientes, no menos entusiasmados que sus hijos.

Era aquél un día memorable en la historia de Kalamán. No sólo se celebraba la anual Fiesta de Primavera, sino que también se festejaba la victoria de los ejércitos de los Caballeros de Solamnia. Sus tropas, acampadas en los llanos que rodeaban la amurallada ciudad, harían su entrada triunfal en la urbe a mediodía, guiadas por su general, una Princesa elfa, que se había convertido en una figura legendaria.

Al asomarse el sol por detrás de los muros, el cielo que cubría Kalamán se llenó del humo de las fogatas donde se guisaban los succulentos manjares y, pronto, los aromas del chisporroteante jamón, de los panecillos recién horneados, del tocino frito y de los exóticos cafés expulsaron de los cálidos lechos incluso a los más perezosos. De todos modos se habrían despertado pues casi de inmediato los alborozados niños atestaron las calles. Se relajó la disciplina para el mejor disfrute de la Fiesta de Primavera; tras un largo invierno de confinamiento en las casas, los pequeños podían al fin campar por sus respetos durante el día. Por la noche se multiplicarían las cabezas magulladas, las rodillas surcadas de arañazos y los dolores de vientre a causa del exceso de golosinas ingeridas, pero todos recordarían el evento como algo glorioso.

A media mañana la fiesta se hallaba en pleno apogeo. Los buhoneros cantaban las excelencias de sus variopintos artículos, exhibidos en puestecillos de vivos colores, mientras los ingenuos perdían sus ahorros en juegos de azar, los osos danzantes evolucionaban en las calles y los ilusionistas arrancaban gritos de admiración tanto a los jóvenes como a los viejos.

A mediodía estalló un nuevo repicar de campanas, y, al instante, se despejaron las avenidas. Los ciudadanos se apiñaron en las aceras cuando se abrieron solemnemente las puertas para dar paso a los Caballeros de Solamnia en su regio desfile.

Un murmullo expectante flotó entre la muchedumbre. Las miradas confluyeron en el centro de la calzada y, a codazos unos y estirando la cabeza los más altos, todos se dispusieron a ver a los caballeros y muy especialmente a la elfa de la que tantas historias se habían narrado en los últimos tiempos. Cabalgaba sola, en primera fila, a la grupa de un caballo blanco de pura raza. El gentío, ansioso por ovacionar a su heroína, enmudeció, de pronto, a causa del sobrecogimiento que les producía la belleza y actitud majestuosa de aquella mujer. Ataviada con una refulgente armadura de plata enriquecida mediante una primorosa filigrana de oro, Laurana condujo a su corcel hacía el interior del burgo. Una delegación infantil había ensayado a conciencia para alfombrar el suelo de flores al paso del general, pero la chiquillería estaba tan maravillada frente a la estampa que ofrecía la hermosa elfa en su centelleante armadura que aferraron sus multicolores ramilletes y no arrojaron ni uno solo.

Detrás de la doncella de áureos cabellos avanzaban dos personajes que obligaron a no pocos espectadores a lanzar gritos de sorpresa, un kender y un enano, montados juntos a lomos de una vieja jaca provista de un cuerpo tan ancho como un barril. El kender parecía pasarlo bien vociferando y saludando a la gente con exageradas gesticulaciones. Pero el enano, a horcadas tras su espalda, lo agarraba por el cinto como si le fuera en ello la vida, tan inseguro que se diría que un simple estornudo lo arrojaría por los aires.

Seguía a esta curiosa pareja un jinete elfo, tan semejante en sus rasgos a la doncella que nadie necesitaba del susurro de su vecino para comprender que eran hermanos. A su lado cabalgaba otra muchacha también elfa con una extraña melena argétea y los ojos de un azul intenso, que parecía sentirse incómoda entre la muchedumbre. Desfilaban a escasa distancia los Caballeros de Solamnia, unos setenta y cinco hombres fornidos, resplandecientes en sus bruñidas armaduras. El gentío comenzó a gritar a su llegada, a la vez que ondeaba banderas al viento.

Algunos de los caballeros intercambiaron sombrías miradas al sentirse así agasajados, pensando que si hubieran entrado en Kalaman un mes antes habrían recibido una acogida muy distinta. Pero ahora eran héroes; tres siglos de odio, hostilidad y falsas acusaciones habían sido barridos de las mentes de aquellas gentes, que vitoreaban a quienes les habían salvado de los horrores infligidos por los ejércitos de los Dragones.

Marchaban tras los caballeros varios millares de soldados pedestres y, cerrando la comitiva para deleite de los ciudadanos, atravesaron el cielo numerosos dragones. No eran las temidas escuadras de animales rojos y azules que habían hecho cundir el pánico durante la estación invernal, sino criaturas de cuerpos dorados, argéteos y bronceos que eclipsaron al sol con sus fúlgidas alas al trazar círculos y piruetas en ordenada formación. Se erguían sobre sus sillas varios jinetes, y las hojas dentadas de las Dragonlance despedían cegadores destellos en la luz matutina.

Concluido el desfile, los ciudadanos se congregaron para oír las palabras que en honor de los héroes pronunció el máximo mandatario del lugar. Laurana se ruborizó cuando este último afirmó que ella era la única responsable del hallazgo de las Dragonlance, del regreso de los Dragones del Bien y de las formidables victorias de su ejército. Trató de

desmentir tales asertos señalando a su hermano y a los Caballeros de Solamnia, pero las ovaciones del gentío ahogaron su voz. Miró Laurana en actitud impotente a Michael, representante del Gran Señor Gunthar Uth Wistan, que había llegado poco antes desde Sancrist. Michael se limitó a sonreír y exclamar por encima del griterío:

—Deja que aclamen a su héroe, o debería decir heroína. Se lo merecen. Han vivido todo el invierno atenazados por el pánico, aguardando el día en que los dragones perversos aparecerían en el horizonte para destruirles. Sin embargo ahora contemplan a una bella joven, surgida de la leyenda, que viene a salvarles.

—¡Pero eso no es cierto! —protestó Laurana, acercándose a Michael para que pudiera oírla. Sus brazos estaban llenos de rosas de invierno, cuya fragancia resultaba sofocante pero no osó ofender a nadie y prefirió conservarlas—. Yo no he surgido de ninguna fábula, sino del fuego, la oscuridad y la sangre. Ponerme al mando de las tropas fue una estratagema política de Gunthar, ambos los sabemos. Además, si mi hermano y Silvara no hubieran arriesgado sus vidas para devolvernos a los Dragones del Bien desfilaríamos por estas calles encadenados por los ejércitos de la Reina Oscura.

—¡Bah! Lo que a ellos favorece también es bueno para nosotros —susurró Michael, mirando de soslayo a la Princesa elfa mientras respondía a los vítores de la multitud—. Hace unas semanas ni siquiera habríamos podido mendigar al Señor de la Ciudad un mendrugo de pan seco y ahora, gracias a ti, Áureo General, ha aceptado albergar a los soldados en la urbe, suministrarnos alimentos y caballos y en definitiva darnos cuanto necesitemos. Los jóvenes pelean por enrolarse en nuestras filas, que se incrementarán en más de mil contingentes antes de que partamos hacia Dargaard. Y has elevado la moral de nuestros combatientes. Recuerda en qué estado se hallaban los caballeros de la Torre del Sumo Sacerdote, y observa el cambio que se ha obrado en su actitud.

En efecto, les vi divididos en facciones rivales, sumidos en el deshonor, porfiando y confabulándose unos contra otros. Fue preciso que muriera un hombre noble y valiente para que volvieran a unirse —pensó Laurana con tristeza.

La muchacha cerró los ojos. La barahúnda, el aroma de las rosas —que evocaban en su memoria la imagen de Sturm—, el agotamiento de la batalla y el calor que emanaba del sol primaveral se entremezclaron para aplastarla en una ola sofocante. Tan intenso era su mareo que temió desmayarse, si bien esta idea se le antojó divertida. ¿Qué impresión causaría a los presentes que el Áureo General se desmoronase como una flor marchita?

De pronto rodeó su talle un fuerte brazo.

—Resiste, Laurana —dijo Gilthanas sosteniéndola. Silvara estaba a su otro lado y recogió las rosas, a punto de desprenderse de su debilitado pecho. La Princesa elfa sacó fuerzas de flaqueza y, tras emitir un suspiro, abrió los ojos para dedicar una sonrisa al Señor de la Ciudad, que concluía en aquel instante su segundo discurso entre atronadores aplausos. Estoy atrapada —pensó Laurana. Tendría que permanecer en su puesto el resto de la tarde repartiendo sonrisas y saludos, soportando encendidas arengas en las que ensalzarían su heroísmo una y otra vez, cuando lo que en realidad deseaba era acostarse en una alcoba fresca y umbría para descansar al menos durante unas horas. Todo aquello era una mentira, una vergonzosa patraña. ¡Si supieran la verdad quienes ahora la admiraban! ¿Por qué no se levantaba y confesaba que estaba tan asustada en las

interminables batallas que tan sólo recordaba los detalles en sus pesadillas? ¿Por qué no les decía que era un simple comodín de los Caballeros de Solamnia, y que el auténtico motivo de su presencia allí era que, como una niña consentida, había huido un día del hogar paterno para perseguir a un semielfo que ni siquiera la amaba? ¿Cuál sería la reacción de los ciudadanos ante tales confesiones?

—Y ahora —la voz del Señor de Kalamán resonó en la enfervorizada batahola—, es para mí un honor y un gran privilegio presentaros a la mujer que ha cambiado el rumbo de esta guerra, que ha puesto en fuga a los Dragones del Mal obligándoles a abandonar las llanuras para salvar sus vidas, que con ayuda de sus tropas ha capturado al perverso Bakarís, Comandante de los ejércitos de los Dragones, y que inscribirá su nombre junto al de Huma como uno de los más bravíos guerreros de Krynn. Dentro de una semana cabalgará hacia el alcázar de Dargaard para exigir la rendición de la mandataria enemiga conocida por el sobrenombre de la «Dama Oscura»...

Las aclamaciones del gentío ahogaron su voz. Hizo una pausa, acompañada de un ademán grandilocuente, antes de estirar la mano hacia atrás y arrastrar a Laurana junto a sí.

—¡Lauranthalasa, de la casa real de Qualinesti! —anunció.

Tan ensordecedor era el griterío que pareció reverberar contra los altos muros de piedra. Laurana contempló aquel mar de bocas abiertas y ondeantes banderolas, y comprendió apesadumbrada que no era el relato de su miedo lo que la muchedumbre quería oír. Ya tienen bastante con el suyo —se dijo—. Nada quieren saber de muerte y negrura. Esperan historias de amor, de esperanza y de Dragones Plateados. Como todos nosotros.

Respirando hondo Laurana se volvió hacia Silvara para, una vez recuperadas las flores, alzarlas en el aire e iniciar su discurso frente a la jubilosa audiencia. Tasslehoff Burrfoot disfrutaba de lo lindo. No le había resultado difícil eludir la vigilante mirada de Flint y deslizarse de la plataforma en la que le habían ordenado permanecer con los otros dignatarios. Mezclado con el gentío, podía, al fin, explorar de nuevo aquella interesante ciudad. Tiempo atrás había visitado Kalamán con sus padres y guardaba entrañables recuerdos de su mercado al aire libre, del puerto donde se hallaban ancladas numerosas naves de blanco velamen y en definitiva de las múltiples maravillas que encerraba el lugar.

Deambuló ocioso entre la festiva muchedumbre, espiándolo todo con sus curiosos ojos sin cesar de embutir objetos en sus bolas. ¡Qué descuidados eran los habitantes de Kalamán! Los saquillos de dinero habían adquirido en este burgo la extraña costumbre de caer de los cintos de las personas en las palmas abiertas de Tas. Tantos anillos y bagatelas fascinantes descubrió que imaginó que la calzada estaba cubierta de joyas en lugar de adoquines.

El kender se sintió transportado al reino mismo de la felicidad cuando se tropezó con un puesto de cartografía cuyo dueño, para colmo de dichas, había ido a contemplar el desfile. Estaban sus compuertas atrancadas con candado, y un gran rótulo donde se leía la palabra «Cerrado» se balanceaba colgado de un gancho.

Qué lástima, pero estoy seguro de que a su propietario no le importará que inspeccione sus mapas —pensó. Estirando la mano, manipuló la pieza metálica con su proverbial destreza y esbozó una sonrisa. Unos pequeños tirones y se abriría sin oponer resistencia—. No debe preocuparle mucho mantener a raya a los curiosos cuando pone un candado tan frágil. Sólo me asomaré al interior para copiar algunos documentos y actualizar así mi colección —se dijo a sí mismo.

De pronto Tas sintió la presión de una mano en su hombro. Indignado de que alguien osara importunarlo en un momento como aquél, el kender dio media vuelta para enfrentarse a una extraña figura que se le antojó vagamente familiar. Vestía una gruesa túnica cubierta por una no más liviana capa, pese a que el día primaveral no hacía sino caldearse a medida que avanzaba. Incluso tenía las manos envueltas en retazos de tela que parecían vendas. Vaya, un clérigo — pensó, molesto y preocupado.

—Os pido disculpas —susurró Tas al individuo que le mantenía sujeto—. No pretendo ser grosero, pero...

—¿Burrfoot? —interrumpió el clérigo con una gélida voz que delataba cierto problema de pronunciación—. ¿El kender que lucha junto al Áureo General?

—En efecto —respondió Tas, halagado al saberse reconocido. Ese soy yo. Hace ya tiempo que cabalgo en las filas de Laura... es decir, del Áureo General. Veamos, creo que todo empezó el pasado otoño. Sí, la conocimos en Qualinesti poco después de escapar de los carromatos de los goblins, y esto último sucedió algo más tarde de que matáramos a un Dragón Negro en Xak Tsaroth. ¡Ah, qué bella historia! —había olvidado por completo los mapas—. Estábamos en aquella antiquísima ciudad que se había hundido en una caverna y se hallaba atestada de enanos gully. Nos guiaba una enana llamada Bupu, que había sido hechizada por Raistlin...

—¡Silencio! —le atajó el clérigo a la vez que su vendada mano iba del hombro de Tasslehoff al cuello de su camisa y, aferrándolo con gran habilidad, lo retorció en una súbita sacudida que izó al kender por los aires.

Aunque las criaturas de esta raza suelen ser inmunes al miedo, Tas juzgó su imposibilidad de respirar como una sensación de lo más incómoda.

—Escúchame atentamente —ordenó el individuo con voz siseante, zarandeando al asombrado kender como haría un lobo a laavecilla apresada para romperle el cuello—. Eso está mejor, quédate quieto y te dolerá menos. Tengo un mensaje para el Áureo General —su voz era queda pero letal—. Está aquí. —Tas notó que una mano áspera embutía algo en el bolsillo de su zamarra—. Asegúrate de entregárselo esta misma noche, cuando se encuentre sola. ¿Has comprendido?

Asfixiado como estaba Tas no pudo despegar los labios ni tan siquiera asentir, pero parpadeó dos veces. La encapuchada cabeza se inclinó, dejó caer al kender y se alejó rauda y sigilosa por una calle.

Mientras se esforzaba por recuperar el resuello el turbado Tasslehoff contempló a la figura que caminaba con rumbo desconocido, ondeando al viento los pliegues de su capa. Palpó entonces el pergamino que el desconocido había introducido en su bolsillo,

al mismo tiempo que la silbante voz evocaba desagradables recuerdos en su mente: la emboscada en el camino de Solace, criaturas encapuchadas con aspecto de clérigos... ¡pero no lo eran! Tas se estremecía. ¡Un draconiano aquí, en Kalamán! Meneando la cabeza, el kender se volvió de nuevo hacia el puesto de cartografía. Pero se había disipado el placer que sintiera antes de aquel encuentro, ni siquiera se animó cuando se liberó el candado en su pequeña mano.

—¡Eh, tú! —ordenó una voz—. ¡Abandona ahora mismo este lugar!

Un hombre corría hacia él, resoplando y con el rostro enrojecido. Probablemente se trataba del cartógrafo.

—¡No era necesario precipitarse! —dijo el kender sosegado—. Eres muy amable de acudir a abrirme, pero puedo hacerlo yo mismo.

—¡Abrirte! —rugió el otro, presa de un iracundo temblor en la mandíbula—. ¡Ladronzuelo! Suerte que he llegado a tiempo...

—Gracias de todos modos— Tas depositó el candado en la palma del hombre y se alejó, eludiendo con ademán distraído el furibundo esfuerzo del cartógrafo para apresarle.

—Debo irme, no me encuentro bien. Por cierto, ¿sabías que se ha roto tu candado? No sirve para nada. Ten más cuidado de ahora en adelante, nunca se sabe quién puede husmear en tu puesto. No, no me des las gracias. Ahora no tengo tiempo. Adiós.

Tasslehoff siguió caminando, mientras resonaban a su espalda gritos de «¡Al ladrón! ¡Atrapadle!» Apareció en escena un guardián ciudadano, que al cruzarse con él lo obligó a penetrar en una carnicería para evitar que lo atropellara. El kender meneó la cabeza en un gesto desaprobatorio frente a la corrupción del mundo, y examinó su entorno con las esperanzas de atisbar al culpable. No vio a nadie interesante, de modo que reanudó la marcha no sin preguntarse indignado cómo se las había arreglado Flint para perderle de nuevo.

Laurana cerró la puerta, dio vuelta a la llave y se apoyó aliviada en la gruesa hoja de madera gozando de la paz, el silencio y la acogedora soledad de su dormitorio. Tras arrojar la llave sobre la mesa caminó cansina hacia el lecho, sin tomar la precaución de encender una vela. Los rayos de la argéntea luna se filtraban por la vidriera cromada de la larga y angosta ventana.

Abajo, en las estancias inferiores del castillo, se oían todavía las alegres voces de la fiesta que había abandonado. Era casi medianoche, y había pasado horas tratando de escapar. Al fin Michael intervino en su favor, aludiendo al agotamiento que le causarían las numerosas batallas libradas induciendo a los nobles de la ciudad de Kalamán que la dejaran retirarse.

Le dolía la cabeza por la viciada atmósfera, el intenso aroma de los perfumes y el exceso de vino. Comprendió que no debería haber bebido tanto pues dos copas de

alcohol solían bastar para marearla y, además, ni siquiera le gustaba. Pero la migraña era más fácil de soportar que el mal que atenazaba su corazón.

Se desmoronó sobre la cama y pensó aturdida en levantarse para cerrar los postigos, pero el brillo de la luna se le antojó reconfortante. Laurana detestaba acostarse en la oscuridad, donde creía ver criaturas que la acechaban entre las sombras dispuestas a arrojarse sobre ella. Debo desnudarme —se dijo—, el vestido se arrugará y me lo han prestado.

Alguien llamó a la puerta. Laurana se incorporó con sobresalto, despertando de su momentáneo sopor, pero al reconocer su alcoba lanzó un suspiro y volvió a cerrar los ojos. Sin duda sus visitantes creerían que dormía y se alejarían sin molestarla.

Los nudillos volvieron a aporrear la madera, esta vez con más insistencia.

—Laurana.

—Lo que tengas que comunicarme puede esperar hasta mañana, Tas —respondió, tratando de no delatar su enojo.

—Es importante, Laurana —se obstinó el kender—. Me acompaña Flint.

Se oyó un forcejeo al otro lado de la puerta.

—¡Vamos, díselo!

—¡Ni hablar! Es asunto tuyo y...

—Pero aquel individuo me aseguró que era de la máxima Urgencia que...

—De acuerdo, enseguida os atiendo —se resignó Laurana y, abandonando el lecho a regañadientes, tanteó la mesa en busca de la llave, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta en par en par.

—¡Hola, Laurana! —le saludó jovialmente Tas a la vez que entraba en la estancia—. ¡Nos han obsequiado con una espléndida bienvenida! Nunca antes había probado el pavo asado...

—¿Qué sucede, Tas? —le interrumpió la muchacha con un suspiro, cerrando la puerta a su espalda.

Al ver su rostro pálido y contraído Flint pellizcó al kender en el brazo. Dedicando al enano una mirada llena de reproche Tas revolvió el interior del bolsillo de su lanuda zamarra y extrajo un pergamino, anudado mediante una cinta azul.

—U-un clérigo, o al menos eso aparentaba s-ser, me ordenó que te entregara esto —balbuceó Tassehoff.

—¿Eso es todo? —preguntó Laurana impaciente, arrancando el rollo de la mano del kender—. Sin duda se trata de otra proposición de matrimonio, he recibido una veintena

en la última semana y me abstengo de mencionar las invitaciones a entrevistas más singulares.

—¡Oh, no! —protestó Tas, ahora con voz grave—. No es nada de eso, Laurana. En realidad quien te envía este mensaje es... —se interrumpió.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió ella clavando en el kender una mirada penetrante.

—Verás, le di un vistazo antes de... —admitió avergonzado. Pero pronto recuperó la confianza y añadió—: Sólo lo hice porque no quería importunarte con una visita sin importancia.

Flint no pudo contener un resoplido.

—Gracias —dijo la joven y, mientras desplegaba el pergamino, se acercó a la ventana donde la luz lunar bastaría para permitirle su lectura.

—Será mejor que te dejemos sola —propuso Flint en actitud ceñuda, empujando al reticente kender hacia la puerta.

—¡No, aguardad! —suplicó Laurana con un hilo de voz. Flint se apresuró a volverse al sentir el desmayo de la muchacha.

—¿Estás bien? —preguntó, corriendo en su ayuda en el instante mismo en que se desplomaba sobre una silla—. ¡Tas, ve en busca de Silvara!

—No, no traigáis a nadie. Enseguida me repondré. ¿Conocéis su contenido? —Al hablar tendió la mano para entregarles el inquietante mensaje.

—Intenté comunicárselo a Flint —respondió Tasslehoff dolido—, pero se negó a escucharme.

Con trémulo gesto, Laurana agitó el pergamino frente al enano. Este último lo asió y lo leyó en voz alta.

—Tanis el Semielfo recibió una herida en la batalla del alcázar de Vingaard. Aunque en un principio creyó que era leve, ha empeorado tanto que ni siquiera los magos de Túnica Negra pueden socorrerle. Ordené su traslado al alcázar de Dargaard, donde me será más fácil cuidar de él. Tanis conoce la gravedad de su estado y solicita hallarse a tu lado cuando muera, para poder explicarte lo sucedido y descansar en paz.

»Quiero proponerte lo siguiente: Tienes prisionero a uno de mis oficiales, Bakarís, que fue capturado cerca de las Montañas Vingaard. Estoy dispuesta a realizar un intercambio entre Tanis el Semielfo y este fiel servidor de mi ejército. La operación se llevará a cabo mañana al amanecer, en una arboleda situada detrás de la muralla de la ciudad. Espero que acudas con Bakarís, y si desconfías de mis intenciones pueden también acompañarte los amigos de Tanis, Flint Fireforge y Tasslehoff Burrfoot. ¡Pero nadie más! El portador de esta nota aguarda junto a la puerta con instrucciones de

recogerme a la salida del sol. Si no advierte nada sospechoso en tu actitud, te escoltará hasta el lugar donde se encuentra el semielfo. De lo contrario nunca verás Tanis vivo

»Te hago este ofrecimiento porque somos dos mujeres que se comprenden mutuamente.

»Kitiara».

Se produjo un tenso silencio, que rompió Flint al emitir un receloso suspiro mientras enrollaba de nuevo el pergamino.

—¿Cómo puedes mantener la calma? —exclamó Laurana exasperada, arrancando la misiva de la mano del hombrecillo—. Y tú —sus ojos se clavaron ahora en Tasslehoff—, ¿por qué no me informaste de inmediato? ¿Cuánto tiempo hace que conoces estas nuevas? Leíste que él se moría, y te quedaste tan... tan...

La muchacha hundió el rostro entre sus palmas abiertas. Tas la contempló boquiabierto y, pasado el primer instante de desconcierto, decidió hablar.

—Laurana, no creerás de verdad que Tanis... La Princesa elfa levantó la cabeza y miró de hito en hito a los dos compañeros, con una extraña nebulosa empañando sus oscuros ojos.

—No creéis ni una sola palabra de lo que hay escrito en este papel, ¿me equivoco? —preguntó dubitativa.

—No, no te equivocas —confesó Flint.

—No —corroboró el kender—. ¡Es una estratagema! Me lo dio un draconiano y, además, Kitiara es ahora una Señora del Dragón. ¿Qué haría Tanis en semejante compañía?

Laurana apartó abruptamente el rostro. Tasslehoff calló y lanzó una mirada de soslayo a Flint, cuyo rostro parecía haber envejecido de forma súbita.

—Empiezo a comprender —declaró el enano sin delatar sus sentimientos—. Te vimos hablar con Kitiara en el muro de la Torre del Sumo Sacerdote. No sólo discutíais sobre la muerte de Sturm, ¿verdad?

Laurana asintió sin despegar los labios, fijos sus ojos en las manos que reposaban en su regazo.

—No quise revelároslo —murmuró con una voz apenas audible—, no perdía la esperanza de que... Kitiara dijo que había dejado a Tanis en un lugar llamado Flotsam para ocuparse de todo durante su ausencia.

—¡Embustera! —se apresuró a imprecicar Tas.

—No —la joven Princesa meneó la cabeza—. Tiene razón cuando afirma que somos dos mujeres que se comprenden mutuamente. No mintió, lo sé muy bien. En la Torre mencionó el sueño. ¿Lo recordáis? —añadió alzando el rostro.

Flint asintió turbado, mientras Tasslehoff cruzaba las piernas y volvía a separarlas en actitud nerviosa.

—Sólo Tanis podía haberle relatado aquel sueño que todos compartimos —prosiguió Laurana, venciendo el nudo que se había formado en su garganta—. En aquella imagen onírica se me aparecieron juntos, del mismo modo que presentí la muerte de Sturm. Todas las predicciones se hacen realidad...

—No estoy de acuerdo —la interrumpió Flint, aferrándose a los hechos tangibles como se asiría un náufrago a un listón de madera—. Tú misma dijiste que habías presenciado tu muerte en el sueño, poco después de la de Sturm, y sin embargo estás viva. Ni tampoco fue despedazado el cuerpo del caballero.

—Es evidente que yo no he sucumbido como preconizaba tu sueño —agregó Tas—. He forzado numerosas cerraduras, o por lo menos unas cuantas, y ninguna de ellas estaba envenenada. Además, Laurana, Tanis nunca...

Flint lanzó a Tasslehoff una muda advertencia, y este último se sumió en el silencio.

—Sí, lo haría. Ambos lo sabéis. La ama. —Tras una breve pausa, la muchacha declaró—. Acudiré a esa cita y entregaré a Bakaris.

Flint suspiró. Presentía esta reacción.

—No te precipites en tu juicio.

—Flint —le atajó ella—. Si Tanis recibiera un mensaje comunicándole que estabas a punto de morir, ¿cómo crees que actuaría?

—Ésa no es la cuestión —farfulló el interpelado.

—Si tuviera que penetrar en los Abismos y luchar contra mil dragones, no dudaría en enfrentarse a ellos para ayudarte...

—Quizá no lo haría —respondió Flint con cierta brusquedad—. No si fuera el general de un ejército, si tuviera responsabilidades o dependieran de él cientos de seres vivos. Sabría que podía contar con mi comprensión.

Tan imperturbable, fría y pura se tomó la expresión de Laurana que su rostro parecía esculpido en mármol.

—Nunca solicité esas responsabilidades, no las deseaba. Fingiremos que Bakaris ha escapado...

—¡No cedas, Laurana! —le suplicó Tas—. El fue el oficial que devolvió los mutilados cuerpos de Derek y del Comandante Alfred cuando estábamos en la Torre del Sumo

Sacerdote, el oficial a quien heriste en el brazo con la flecha. ¡Te odia, Laurana! Observé cómo te miraba el día en que le capturamos.

Flint frunció el entrecejo.

—Los nobles y tu hermano siguen abajo. Discutiremos el mejor modo de llevar este asunto...

—No pienso discutir nada —lo atajó una vez más la resuelta joven, alzando el mentón con un ademán imperativo que el enano conocía bien—. Yo soy el general y tomaré mis propias decisiones.

—Deberías buscar el consejo de alguien...

Laurana contempló al hombrecillo entre amarga y divertida.

—¿De quién? ¿De Gilthanas quizá? ¿Qué iba a decirle? ¿Que Kitiara y yo queremos intercambiar amantes? No, no revelaré el secreto a ningún mortal. A fin de cuentas, ¿qué harían los caballeros con Bakaris? Ejecutarle según el ritual de sus ancestros. Me deben algo por cuanto he hecho, y me tomaré a ese oficial como recompensa.

—Laurana —Flint intentaba desesperadamente traspasar aquella gélida máscara—, existe un protocolo que debe respetarse en el intercambio de prisioneros. Tienes razón, eres el general, ¡pero no estoy seguro de que hayas comprendido la importancia de tu cargo! Viviste en la corte de tu padre el tiempo suficiente para... —acababa de cometer un grave error. Lo supo en el momento en que la frase brotó de sus labios, y gruñó para sus adentros.

—¡Ya no estoy allí! —exclamó, enfurecida, Laurana—. ¡Y en cuanto al protocolo, por lo que a mí concierne puede tragárselo el Abismo!

Poniéndose en pie fijó en Flint una indiferente mirada, como si acabaran de presentárselo. En aquel instante el enano la recordó tal como la había visto en Qualinesti la noche en que había abandonado su hogar para seguir a Tanis movida por un pueril enamoramiento.

—Gracias por traerme el mensaje, pero tengo mucho que hacer antes de que amanezca. Si profesáis algún afecto a Tanis, os ruego que volváis a vuestras habitaciones y no comentéis con nadie cuanto hemos hablado.

Tasslehoff consultó a Flint con los ojos, sinceramente alarmado. Ruborizándose, el enano se apresuró a limar asperezas como mejor pudo.

—Te ruego, Laurana, que no tomes a mal mis palabras. Si tu decisión es irrevocable, puedes contar con mi ayuda. Me he comportado como un abuelo gruñón y maniático, pero sólo porque me preocupo por ti aunque seas nuestro general. Deberías dejar que te acompañe, tal como sugiere la nota...

—¡Y yo también! —vociferó Tas indignado. Flint le clavó una furibunda mirada, que pasó inadvertida a la muchacha. La expresión de Laurana se dulcificó al decir:

—Lamento mi rudeza y agradezco vuestro ofrecimiento. Sin embargo, creo que es preferible que vaya sola.

—No —se obstinó Flint—. Quiero a Tanis tanto como tú. Si existe la posibilidad de que esté muriendo... —se ahogó su voz y tuvo que hacer una pausa para enjugarse las lágrimas antes de tragar saliva y continuar deseando hallarme a su lado.

—Ése es también mi anhelo —farfulló el kender, ya apaciguado.

—De acuerdo —Laurana sonrió con tristeza—. No puedo reprochároslo, y sé que él se alegrará de veros.

Parecía estar totalmente convencida de su próximo encuentro con Tanis, así lo leyó el enano en sus ojos. Sin embargo, hizo un último esfuerzo.

—¿Y si es una trampa, una emboscada? La expresión de Laurana volvió a congelarse. Sus ojos se encogieron en rendijas fulgurantes, y la sugerencia de Flint se perdió en su crespa barba. Miró a Tas, quien meneó la cabeza.

El anciano hombrecillo emitió un hondo suspiro.

Capítulo 2

El precio del fracaso

—¡Ahí está, señor! —dijo el dragón, un enorme monstruo rojo de refulgentes ojos negros y una envergadura de alas tan dilatada como las sombras de la noche—. El alcázar de Dargaard. Esperad, podréis verlo con total claridad a la luz de la luna... cuando salgamos del banco de nubes.

—Lo veo —respondió una voz cavernosa. El dragón, al oír la punzante ira que festoneaba las palabras del hombre, inició su rauda descenso trazando interminables espirales mientras tanteaba las corrientes de aire entre las montañas. El animal espizó con cierto nerviosismo la fortaleza rodeada por las rocosas brechas de las aserradas

montañas, en busca de un lugar donde pudiera posarse suavemente. Nada bueno podía sacarse de zarandear a Ariakas.

En el extremo septentrional de las Montañas Dargaard se erguía su destino: el alcázar del mismo nombre, tan oscuro y ominoso como propagara la leyenda. En un tiempo, cuando el mundo era aún joven, el alcázar de Dargaard había engalanado los altos picos de los cerros, alzándose sus claros muros sobre el peñasco con una grácil belleza sólo comparable a los pétalos de una rosa abiertos al rocío. Pero ahora, pensó apesadumbrado Ariakas, la flor se había agostado. El Señor del Dragón no era un hombre poético, ni tampoco se dejaba influir por las imágenes que ofrecía la naturaleza vista desde el aire. Sin embargo, el castillo desmoronado, ennegrecido por el fuego, que se divisaba sobre la roca se asemejaba tanto a una rosa marchita en un socarrado arbusto que no pudo por menos que contemplar su desolado contorno. Las lóbregas celosías que se extendían entre las ruinosas torres ya no formaban el cuerpo de la flor, sino que más bien se asemejaban a la red del insecto cuya ponzoña la había matado.

El enorme Dragón Rojo trazó un último círculo. El muro sur, que rodeaba el patio, se había desplomado un millar de pies por el precipicio durante el Cataclismo, dejando paso franco a las puertas del alcázar. Lanzando un hondo suspiro de alivio el animal oteó el liso suelo de baldosas únicamente surcado por ocasiones hendiduras en la piedra y, en consecuencia, idóneo para un perfecto aterrizaje. Incluso los dragones, que apenas conocían el temor en el mundo de Krynn, preferían evitar la ira de Ariakas.

En el patio se desplegó una febril actividad, que recordaba a la de un hormiguero turbado por la repentina proximidad de una avispa. Los draconianos vociferaban y apuntaban hacia el cielo, mientras el capitán de la guardia nocturna corría entre las almenas sin cesar de asomarse al interior de la plaza. y tenían buenas razones para tal desasosiego. Una escuadra de Dragones Rojos estaba aterrizando en el patio, uno de ellos montado por un oficial cubierto en la inequívoca armadura de su rango. El capitán observó inquieto cómo el jinete saltaba de la silla antes de que se detuviera su cabalgadura. El dragón agitó furiosamente las alas para no golpear al oficial, levantando una nube de polvo a su alrededor que se confundió con la que también provocó el hombre en la iluminada noche, al atravesar con ademán resuelto el espacio que le separaba de la puerta. El eco de sus pisadas resonó en las piedras como un tañido de muerte.

Cuando imprimió esta imagen en su mente, el capitán ahogó una exclamación; había reconocido al oficial. Dando media vuelta, con tanta premura que casi tropezó con un draconiano, recorrió la fortaleza sin cesar de lanzar imprecaciones contra éste en busca de Garibanus, comandante en funciones.

Ariakas descargó su acerado puño sobre la puerta principal del alcázar con un golpe atronador que alzó un remolino de astillas. Los draconianos corrieron a abrir y retrocedieron con abyecto servilismo cuando el Señor del Dragón irrumpió en el interior acompañado por una ráfaga de aire frío que apagó las velas e hizo oscilar las llamas de las antorchas.

Lanzando una fugaz mirada tras la brillante máscara de su yelmo, Ariakas vio un amplio vestíbulo circular cubierto por un vasto techo abovedado. Dos gigantescas escalinatas de trazo curvado se alzaban a ambos lados de la entrada, y conducían hasta un balcón que

circundaba la planta superior. Al examinar su entorno sin reparar apenas en los viles draconianos, Ariakas vio aparecer a Garibanus por una puerta próxima a la parte superior de la escalera, abotonando sus calzones a la vez que se embutía una camisa por la cabeza. El capitán de la guardia permanecía tembloroso a su lado y señalaba con el índice al Señor del Dragón.

No le resultó difícil a Ariakas adivinar de qué compañía disfrutaba unos momentos antes el comandante en funciones. Aparentemente reemplazaba al perdido Bakaris en más de una faceta.

¡De modo que es ahí donde está ella! —exclamó para sus adentros, sin poder reprimir un gesto de satisfacción. Atravesó acto seguido el vestíbulo y emprendió el ascenso de la escalera, saltando los peldaños de dos en dos mientras los draconianos se apartaban como ratas asustadas. El capitán de la guardia desapareció, y Garibanus sólo cobró la bastante compostura para dirigirse a Ariakas cuando éste había salvado la mitad de la escalera.

—S-señor —balbuceó, introduciendo el repulgo de la camisa bajo el cinto de sus calzones antes de bajar presuroso a su encuentro—. V-vuestra visita es un honor inesperado.

—No creo que inesperado sea la palabra —respondió el mandatario con una voz que sonaba extrañamente metálica en las profundidades de su yelmo.

—Quizá no —dijo Garibanus esbozando una débil sonrisa.

Ariakas continuó el ascenso, fija la mirada en una de las puertas del piso. Comprendiendo el destino inmediato de su señor, Garibanus se interpuso en su camino.

—Señoría —dijo en tono de disculpa—, Kitiara se está vistiendo. No tar...

Sin despegar los labios, sin ni siquiera hacer una pausa en su resuelta marcha, Ariakas cerró su enguantada mano Y propinó un severo golpe al comandante en la caja torácica. Se produjo un sonido silbante similar al de un fuelle al expulsar el aire, sucedido por un estrépito de huesos quebrados y un seco crujido cuando la fuerza de la embestida arrojó el cuerpo del soldado contra el muro que jalonaba la escalera, situado a diez yardas de distancia. El maltrecho individuo se deslizó en silencio hasta el inicio de la escalera, el Señor del Dragón no lo advirtió. Sin volver la vista atrás culminó el ascenso, prendidos los ojos de la puerta que había llamado su atención.

Ariakas, comandante en jefe de los ejércitos de los Dragones e informador personal de la Reina de la Oscuridad era un hombre brillante, poseedor de un singular talento en los asuntos militares. Casi había obtenido el mando del continente de Ansalon y en privado empezaba a hacerse llamar «Emperador». Su reina estaba muy complacida con sus servicios, prodigándole obsequios y magnas recompensas.

Pero ahora sentía que su bello sueño de grandeza se escurría entre sus dedos como el humo de las fogatas otoñales. Le habían comunicado que sus tropas huían en desbandada de las llanuras de Solamnia abandonando la plaza de Palanthas, retirándose del alcázar de Vingard y desbaratando sus planes de sitiar Kalamán. Los elfos se

habían aliado con las fuerzas de los humanos en las Islas Ergoth. Los Enanos de las Montañas habían surgido de su sede subterránea en Thorbardin y, si los informes no mentían, se habían asociado a sus antiguos enemigos, los Enanos de las Colinas, y a un grupo de refugiados en un intento de ahuyentar de Abanasinia a los ejércitos de los Dragones. Silvanesti había recobrado la libertad, un Señor del Dragón había perdido la vida en el Muro de Hielo y, a juzgar por los rumores, los abyectos enanos gully gobernaban Pax Tharkas.

Mientras evocaba en su memoria tales eventos Ariakas encendió su ánimo hasta convertirse en una furia viviente. Pocos sobrevivían al enojo de este personaje, pero nadie lo había hecho a su furia.

El estratega heredó su elevado rango de su padre, que había sido un hechicero de reconocido ascendiente sobre la Reina de la Oscuridad. Pese a contar tan sólo cuarenta años, Ariakas ostentaba su cargo desde hacía casi veinte pues su progenitor había tenido una muerte precoz a manos de su propio hijo. En su más tierna infancia el ahora alto dignatario había visto cómo su padre asesinaba brutalmente a su madre, quien había tratado de huir con su retoño antes de que se convirtiera en un ser cruel y pervertido como su esposo.

Aunque siempre trató a su padre con aparente respeto, Ariakas no olvidó el espantoso fin de la mujer que le diese la vida. Estudió con ahínco, despertando en su vigilante predecesor un desmedido orgullo. Muchos se preguntaron si tan exaltada emoción le abandonó cuando sintió las primeras punzadas del cuchillo que clavó en su cuerpo aquel muchacho de diecinueve años para vengar su vil homicidio, con los ojos fijos, sin embargo, en el asiento honorífico que su padre ocupaba en la corte de la Reina de la Oscuridad.

Tan ominoso suceso no supuso una gran tragedia para ésta, quien no tardó en descubrir que el joven Ariakas era idóneo para reponer la pérdida de su servidor favorito. No sentía una gran inclinación hacia los usos clericales, pero sus dotes de mago le valieron el ingreso en la Orden de la Túnica Negra y las recomendaciones de los brujos perversos que le educaron. Aunque superó las terribles Pruebas en las Torres de la Alta Hechicería, las artes arcanas no figuraban entre sus aficiones. Rara vez las practicaba, y nunca vistió los ropajes que denotaban su autoridad como conocedor de los más esotéricos ritos.

La auténtica pasión de Ariakas era la guerra. Fue él quien concibió la estrategia que permitiría a los Señores de los Dragones y sus ejércitos subyugar casi en su totalidad el continente de Ansalon. Fue él quien consiguió que apenas se tropezaran con resistencia, pues había propugnado la necesidad de actuar con rapidez para aniquilar a los divididos humanos, elfos y enanos antes de que pudieran unirse. En el próximo verano, y de acuerdo con sus previsiones, Ariakas debía gobernar Ansalon sin oposición por parte de amigos ni rivales. Los Señores de los Dragones que imponían su voluntad en otros continentes de Krynn le profesaban una envidia manifiesta... y también cierto temor. Sabían que aquella criatura ambiciosa no se conformaría con un solo reino, y lo cierto era que había puesto los ojos en el oeste, en la ribera opuesta del Mar de Serrion.

Pero el imprevisto giro de la guerra no preconizaba ahora sino el desastre.

Al posar la mano en el picaporte del dormitorio de Kitiara, Ariakas halló la puerta atrancada. Pronunció con entero aplomo una palabra en el lenguaje de la magia y la madera estalló por los aires, en una lluvia de chispas luminosas y llamas azules que le franquearon el acceso a la alcoba con la mano cerrada sobre la empuñadura de su espada.

Kit estaba tendida en el lecho. En cuanto vio a Ariakas se levantó, a la vez que cubría su contorneado cuerpo con una bata de tonalidades argénteas. Pese a su iracundo humor, el mandatario no pudo por menos que admirar a aquella mujer que, entre sus numerosos oficiales, se había ganado su confianza más que ningún otro. Aunque su llegada la había cogido desprevenida, y sabía que su vida corría serio peligro por haberse dejado derrotar, se enfrentó a él con serenidad. Ningún destello de miedo iluminaba sus oscuros ojos, ningún susurro escapó de sus labios.

Su actitud sólo sirvió para enfurecer aún más a Ariakas, al recordarle la decepción que le había causado. Se desprendió sin pronunciar palabra de su yelmo y lo arrojó al otro lado de la estancia donde se estrelló contra una cómoda de madera labrada astillándola como si fuera de vidrio.

Cuando contempló el desnudo rostro de Ariakas, Kitiara perdió momentáneamente el control y se acurrucó en la cama sin cesar de estrujar con nerviosismo las cintas de su bata.

Pocos eran los que podían mirar el semblante de Ariakas sin amedrentarse. Era la suya una faz desprovista de toda emoción humana, e incluso su ira se manifestaba tan sólo en una ligera vibración del músculo que recorría su mandíbula. Su larga melena negra ondeaba en torno a sus lívidos rasgos, mientras que la barba de un día asumía matices azulados en su lisa piel. Y, en cuanto a sus negros ojos, eran gélidos como un lago cubierto de hielo.

Ariakas se plantó de un salto en uno de los lados del lecho y, rasgando los cortinajes que lo envolvían, estiró la mano y agarró el cabello corto y crespo de la joven para, acto seguido, arrastrarla fuera de las sábanas y lanzarla contra el pétreo suelo.

Kitiara cayó con violencia, emitiendo una queda exclamación de dolor. Pero se recobró enseguida, y empezaba a incorporarse en actitud felina cuando la voz de su oponente la paralizó.

—Ponte de rodillas, Kitiara —dijo. Despacio y con deliberación, desenvainó su refulgente espada mientras hablaba—. Ponte de rodillas e inclina la cabeza, como los condenados en el patíbulo. Porque yo soy tu verdugo, Kitiara. Así pagan su fracaso los oficiales asignados a mi mando.

La muchacha adoptó la postura indicada, pero alzó la mirada hacia él. Al advertir cómo ardía en sus ojos la llama del odio, Ariakas agradeció el contacto de su arma. Una vez más se sentía obligado a admirarla; incluso en presencia de un fin inminente no asomaba el temor en sus facciones. Éstas sólo reflejaban el desafío de su alma.

Enarboló su acero, pero no descargó el golpe mortal. Unos gélidos dedos aprisionaron la muñeca con que lo sostenía.

—Creo que antes deberías escuchar la explicación del reo —declaró una voz cavernosa.

Ariakas era un hombre fuerte. Podía arrojar una lanza con suficiente ímpetu como para que atravesara de parte a parte el cuerpo de un caballo, o romper el cuello de cualquier adversario mediante un simple giro de su mano. Sin embargo, no logró deshacerse de la fría garra que estrujaba su muñeca. Al fin, con un grito agónico, dejó caer la espada, que se estrelló estrepitosamente contra el suelo.

Todavía turbada, Kitiara se incorporó y ordenó a su esbirro con un gesto inequívoco que soltara a Ariakas. El dignatario dio media vuelta, al mismo tiempo que alzaba el brazo para invocar la magia que había de reducir a cenizas a su osado agresor.

De pronto se detuvo. Perdido el resuello, retrocedió y el hechizo que se disponía a formular se desvaneció de su mente.

Se erguía frente a él una criatura de su misma estatura, ataviada con una armadura tan antigua que evocaba la época ya remota del Cataclismo. Caracterizaba aquel metálico uniforme a los Caballeros de Solamnia y en su pectoral se perfilaba el símbolo de la Orden de la Rosa, apenas visible a causa de los estragos del tiempo. La figura que lo portaba no se cubría con ningún yelmo, ni presentaba arma alguna. Sin embargo Ariakas, al contemplarla, dio un nuevo paso atrás. No se hallaba frente a un ser vivo.

El rostro de aquel ser era translúcido, se podía ver a través de su contorno el muro del fondo de la estancia. Una pálida luz oscilaba en sus cavernosos ojos, que miraban hacia la lejanía como si también pudieran traspasar el opaco cuerpo de su oponente.

—¡Un Caballero de la Muerte! —susurró sobrecogido el mandatario.

Se acarició la maltrecha muñeca, insensibilizada por el helor que le transmitiera aquel morador de reinos privados del calor de la carne viviente. Más asustado de lo que osaba admitir, Ariakas se agachó para recoger su espada mientras farfullaba un encantamiento para desvirtuar los efectos de tan mortífero contacto. Cuando volvió a incorporarse lanzó una mirada de reproche a Kitiara, quien le observaba con una maliciosa sonrisa.

—¿Esta criatura está a tu servicio? —preguntó ásperamente.

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo para prestarnos ayuda recíproca —respondió ella encogiéndose de hombros.

Ariakas la contempló con recelosa admiración y, dirigiendo al Caballero de la Muerte una mirada de soslayo, envainó su acero.

—¿Suele frecuentar tu dormitorio? —siguió inquiriendo.

Ahora su muñeca era presa de un punzante dolor...

—Va y viene a su antojo —contestó Kitiara. Recogió en actitud despreocupada los pliegues de su bata en torno a su cuerpo, al parecer más para protegerse del fresco aire primaveral que en una reacción pudorosa y, con un escalofrío, se pasó la mano por su rizado cabello y añadió—: A fin de cuentas, éste es su castillo.

Ariakas guardó silencio, perdida en lontananza su mirada a la vez que su mente rememoraba antiguas leyendas.

—¡Soth! —exclamó, de pronto, volviéndose hacia la sombría figura—. El Caballero de la Rosa Negra.

El aludido hizo una leve reverencia en señal de asentimiento.

—Había olvidado la vieja historia del alcázar de Dargaard —susurró Ariakas sin apartar sus ahora reflexivos ojos de Kitiara—. Posees más temple del que nunca te concedí, señora, si te has atrevido a fijar tu residencia en un lugar maldito. Según la leyenda, el caballero Soth dirige una tropa de guerreros espectrales...

—Una fuerza muy eficaz en la batalla —le interrumpió la joven con un bostezo y, acercándose a una mesa situada junto a la chimenea, levantó una jarra de cristal tallado—. Su mero roce —prosiguió sonriente— puede hacer que... pero sin duda conoces sus efectos sobre quienes desconocen las artes mágicas necesarias para defenderse contra él. ¿Un poco de vino?

—¿Dónde están las elfas oscuras, los espíritus femeninos que siempre le siguen? —inquirió Ariakas observando de nuevo la faz translúcida del caballero.

—En algún lugar del castillo. —Kit volvió a estremecerse y, llenando una copa, se la tendió—. Lo más probable es que no tardes en oírlas. Como sin duda imaginas, Soth nunca duerme y sus damas le ayudan a pasar las largas veladas. —Por un instante la muchacha palideció, y se llevó a los labios la copa que ofreciera a su huésped. Pero la posó en la mesa sin sorber su contenido, presa su mano de un ligero temblor—. No resulta agradable —sentenció, antes de cambiar de tema—. ¿Qué has hecho con Garibanus?

Sin pensar siquiera en refrescar su reseca garganta con el tino, Ariakas contestó en ademán displicente:

—Lo dejé en la escalera.

—¿Muerto? —indagó Kitiara, al mismo tiempo que vertía el rojizo líquido de la jarra en una copa vacía para de nuevo obsequiar al Señor del Dragón.

—Quizá. Se interpuso en mi camino. ¿Acaso te importa?

—Su compañía era... entretenida —confesó Kitiara—. Ha ocupado el lugar de Bakaris en varios aspectos.

—¡Ah, sí! Bakaris — Ariakas engulló al fin el recio mosto—. Tengo entendido que tu primer oficial fue capturado como un necio cuando tus tropas se dieron a la fuga.

—Tú lo has dicho, era un necio —respondió lacónica Kitiara—. Se obstinó en montar a lomos de un dragón pese a estar aún tullido.

—Conozco la historia. ¿Qué le ocurrió en el brazo?

—La mujer elfa le clavó una de sus flechas en la Torre del Sumo Sacerdote. Cometió un error, y ha pagado por él. Le había retirado del mando, nombrándole miembro de mi guardia personal, pero insistió en redimirse.

—No parece lamentar su pérdida —apuntó el dignatario ti observando la actitud de la muchacha. Su bata, anudada sólo en el cuello, apenas ocultaba su cimbreante cuerpo.

—No, Garibanus es un espléndido sustituto —admitió Kit—. Espero que no le hayas matado, será un auténtico fastidio tener que buscar a otro para que viaje a Kalaman mañana.

—¿Qué vas a hacer en Kalaman, prepararte para una rendición incondicional frente a la mujer elfa y los caballeros? —preguntó con amargura Ariakas, despertando de nuevo. Su ira bajo los efectos del vino.

—No —contestó Kitiara, antes de sentarse en una silla rente al irritado oficial y clavarle una fría mirada—. Me preparo para aceptar su rendición.

—¡Ja! —se mofó Ariakas—. No son imbéciles. Creen estar ganando, y no se equivocan. —Enrojeció su rostro cuando levantó la jarra y la vació en su copa—. Debes la vida a tu Caballero de la Muerte, Kitiara, pero sólo por esta noche. No siempre estará junto a ti como un fiel paladín.

—Mis planes están obteniendo mejores resultados de lo que nunca imaginé —afirmó con voz queda la interpelada sin dejarse desconcertar por la furibunda mirada de Ariakas—. Si te he engañado a ti, mi señor, no me cabe la menor duda de que también el enemigo ha caído en la trampa.

—¿Puedo saber de qué modo me has engañado? —inquirió él en una actitud tan serena como mortífera—. ¿Pretendes insinuar que no estás perdiendo la batalla en todos los frentes, que no serás pronto expulsada de Solamnia? ¿Quieres hacerme creer que las lanzas Dragonlance y los Dragones del Bien no nos han infligido una ignominiosa derrota? —Elevaba su voz a cada palabra que pronunciaba.

—¡Así es! —lo espetó Kitiara, encendidos sus ojos en un inefable fuego. Estirando el cuerpo sobre la mesa, la muchacha agarró la mano de Ariakas en el instante en que éste se disponía a levantar la copa—. En cuanto a los dragones bondadosos, mis espías me han asegurado que su regreso se debe a la intervención de un Príncipe elfo y de un reptil plateado. Al parecer lograron introducirse en el templo de Sanction y descubrieron lo que allí se hacía con sus huevos. ¿De quién fue la culpa? ¿Cómo pudieron burlar la vigilancia? La custodia de ese lugar era tu responsabilidad...

Furioso, Ariakas liberó su mano de la firme garra de Kitiara. Arrojó entonces la copa de vino contra una pared de la estancia y se puso en pie para enfrentarse a tal acusación.

—¡Por los dioses, has ido demasiado lejos! —vociferó, quedando casi sin aliento.

—No adoptes conmigo tan absurda postura —le advirtió Kit y, levantándose a su vez, atravesó la habitación—. Sígueme al gabinete de guerra y te explicaré mis planes.

Ariakas contempló el mapa de la zona septentrional de Ansalon, y admitió:

—Podría funcionar.

—Funcionará —recalcó Kitiara, bostezando y desperezándose en lánguido ademán—. Mis tropas han huido de las huestes enemigas como conejos asustados. Peor para ellos si los caballeros no han sido lo bastante astutos para advertir que siempre se dirigían hacia el sur, ni para preguntarse por qué mis fuerzas parecían fundirse y desvanecerse en el aire. Mientras hablamos, mis ejércitos se están concentrando en un protegido valle que se encuentra detrás de estas montañas. Dentro de una semana un contingente de varios millares de guerreros marchará sobre Kalamán. La pérdida de su Áureo General destruirá su moral, y la ciudad capitulará sin ofrecer la más mínima resistencia. Desde allí recuperaré la tierra que creen habernos arrebatado. Concédeme el mando de las tropas que ahora guía ese inútil de Toede, envíame las ciudadelas voladoras que te he pedido, y todos en Solamnia quedarán convencidos de haber sido arrasados por un nuevo Cataclismo.

—Pero la mujer elfa.

—No debemos preocuparnos por ella, caerá en la trampa —le aseguró Kitiara.

—Me temo que ése es el punto flaco de tu estrategia —declaró Ariakas meneando la cabeza—. ¿Qué me dices del semielfo? ¿Puedes garantizarme que no interferirá?

—Lo que él pueda hacer carece ahora de importancia. Es la mujer quien cuenta, y está enamorada.—La Señora del Dragón se encogió de hombros—. Borra esa mueca de tu rostro, Ariakas, lo que afirmo es la pura verdad. Laurana confía demasiado en mí y muy poco en Tanis el Semielfo. Así sucede siempre cuando alguien quiere a otro, el ser amado es el que nos aparece como el menos fiable; fue una suerte que Bakaris cayera en sus manos.

Al percibir una leve alteración en su voz el dignatario lanzó una penetrante mirada a su oponente, pero ésta había apartado el semblante y lo mantenía oculto. Al instante comprendió que no se sentía tan segura como aparentaba, y supo que le había mentado. ¡El semielfo! ¿Por qué no quería hablar de él? ¿Dónde estaba aquel individuo? Ariakas había oído hablar de él, aunque nunca le había visto. Especuló sobre la posibilidad de presionarla en ese punto, mas pronto cambió de opinión. Era mejor guardar para sí el conocimiento de que le ocultaba algo, pues de este modo ejercería cierto poder frente a tan peligrosa mujer. Dejaría que se relajase en su supuesta complacencia.

—¿Qué harás con la elfa? —preguntó con un fingido bostezo para respaldar su indiferencia. Sabía que ella esperaba tal reacción por su parte, de todos era conocida la pasión que profesaba por las doncellas rubias y delicadas.

—Lo lamento, amigo mío —dijo Kitiara enarcando las cejas y espiándole con gesto socarrón—, pero Su Alteza Oscura ha exigido que se le entregue la dama. Quizá te la ceda cuando haya terminado con ella.

Ariakas se estremeció antes de comentar despreciativamente:

—¡Bah! Entonces no me servirá para nada. Dásela a Soth, tu secuaz. Si mis recuerdos son exactos, solían gustarle las mujeres elfas.

—En efecto —susurró Kit. De pronto sus ojos se encogieron en meras rendijas, a la vez que alzaba la mano—. Escucha —añadió con un hilo de voz.

Ariakas guardó silencio. Al principio no oyó nada, pero de modo gradual penetró en sus tímpanos un extraño sonido. Era un hondo lamento, como si un centenar de mujeres se hubieran reunido para llorar a sus muertos. Los ecos quejumbrosos aumentaron, rasgando la quietud de la noche.

El Señor del Dragón se sobresaltó al percibir el temblor de sus manos. Alzó la vista hacia Kitiara, percatándose de la palidez que asomaba debajo de su tez curtida. Tenía los ojos muy abiertos pero cuando se sintió observaba los entornó y, tras tragar saliva, humedeció sus resacos labios.

—Terrible, ¿verdad? —farfulló con voz entrecortada.

—Me enfrenté a muchos horrores en las Torres de la Alta Hechicería, mas eran menudencias comparados con esto. ¿Qué significan tan pavorosos murmullos? —preguntó el mandatario.

—Sígueme —le invitó Kit poniéndose en pie—. Si tienes el temple necesario, te mostraré la escena.

Abandonaron juntos el gabinete de guerra y Kitiara guió al Señor del Dragón por los sinuosos corredores del castillo hasta alcanzar de nuevo su dormitorio. Una vez situados en la galería que jalonaba el espacioso vestíbulo del techo abovedado, Kit advirtió a su acompañante:

—Intenta permanecer en la sombra.

Ariakas pensó que no era precisa tal recomendación mientras continuaba su sigiloso avance por el pasillo abierto. Asomándose a la barandilla de la galería el férreo dignatario se sobrecogió ante la espantosa visión que se reveló a sus ojos y, sudoroso, se retiró con toda la rapidez que pudo hacia la penumbra de la alcoba de Kitiara.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó cuando la muchacha entró tras él y cerró la puerta en silencio—. ¿Sucede lo mismo todas las noches?

—Sí —fue la trémula respuesta. La joven respiró hondo Y cerró unos momentos los ojos para recobrar el control de sus nervios—. En ocasiones creo haberme acostumbrado, y cometo el error de contemplar de nuevo lo que ahora también tú has visto. El cántico no es desagradable...

—Yo lo encuentro fantasmagórico —replicó Ariakas a la vez que se enjugaba el frío sudor que iluminaba su rostro—. De modo que Soth se sienta en su trono todas las veladas, rodeado por sus guerreros espectrales y por las tenebrosas mujeres de su séquito para arrullarse en su horrible melodía...

—Siempre entonan la misma canción —explicó Kitiara. Con aire ausente, asió la jarra de vino vacía y volvió a posarla en su bandeja—. Aunque su pasado le atormenta, no puede sustraerse a él. Suele pasar horas meditando, preguntándose qué podría haber hecho para eludir el triste destino que le obliga a deambular permanentemente por su reino sin un minuto de descanso. Las sombrías elfas, que desempeñaron un importante papel en su caída, reviven su historia con él. Cada noche se repite la escena, y yo me veo obligada a escuchar sus lamentos.

—¿Conoces la letra del cántico?

—Casi tan bien como él mismo. —Un escalofrío paralizó la sonrisa que trató de dedicar a su huésped—. Ordena que nos traigan otra jarra de vino y, si tienes tiempo, te relataré los hechos.

—Tengo tiempo —le aseguró Ariakas arrellanándose en su silla—. Aunque debo partir al amanecer si quieres que te envíe las ciudadelas.

Kit esbozó de nuevo aquella inefable sonrisa que tantos hombres juzgaban cautivadora.

—Gracias, mi señor —musitó—. No volveré a defraudarte.

—Espero que no —respondió fríamente Ariakas—, porque si lo haces su sino —inclinó la cabeza en dirección al vestíbulo, donde los lamentos se habían convertido en un sonoro y ensordecedor aullido— se te antojará benigno comparado con el tuyo.

El caballero de la rosa negra

—Como sabes —empezó Kitiara—, Soth fue un noble y leal Caballero de Solamnia. Pero también fue un hombre apasionado, carente de disciplina, y ésa fue la causa de su declive.

»Soth se enamoró de una bella doncella elfa, discípula del Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Estaba entonces desposado, pero su mujer se desvaneció de sus pensamientos en cuanto contempló la hermosura de la muchacha. Rompiendo sus sagrados votos de esposo y caballero se abandonó por completo a su pasión para, valiéndose del engaño, seducir a su amada y traerla al alcázar de Dargaard con encendidas promesas de

matrimonio. Su cónyuge desapareció en circunstancias siniestras. Si son ciertas las estrofas de la canción, la muchacha elfa permaneció fiel al caballero incluso después de descubrir su terrible felonía. Suplicó a la diosa Mishakal que concediera a su amado la oportunidad de redimirse y, al parecer, sus oraciones tuvieron respuesta. Se concedió al caballero Soth el poder de evitar el Cataclismo, aunque al hacerlo debía sacrificar su propia vida.

»Fortalecido por el tierno afecto de la muchacha que había subyugado, Soth partió hacia Istar con la intención de detener al Príncipe de los Sacerdotes y rehabilitar su maltrecho honor.

»Pero el caballero fue interceptado en el camino por unas mujeres elfas, todas ellas discípulas del mandatario de Istar que, sabedoras de su crimen, amenazaron con arruinarle. Para debilitar los efectos del amor de su hermana de raza lo convencieron de que le había sido infiel durante su ausencia.

»Las pasiones de Soth se adueñaron por completo de él, destruyendo su cordura. Presa de unos feroces celos regresó al alcázar de Dargaard e, irrumpiendo en el vestíbulo, acusó a la muchacha inocente de haberle traicionado. En aquel momento se produjo el Cataclismo. La gran lámpara del techo se precipitó desde su soporte y consumió en incontables llamas tanto a la joven elfa como a su pequeño hijo. Antes de morir, la que fuera leal amante envolvió al caballero en una maldición por la que lo condenaba a una vida eterna y pavorosa. Soth y sus seguidores perecieron también en el incendio para renacer más tarde en la espectral forma que ahora presentan.

—Así que eso es lo que rememora —susurró Ariakas aguzando el oído.

Y en el clima de los sueños,
cuando la recuerdes, cuando se propague el universo
onírico y la luz parpadee,
cuando te acerques al confín del sol y la bondad..

Nosotras avivaremos tu memoria,
te haremos experimentar todo aquello de nuevo,
a través de la perenne negación de tu cuerpo.

Porque al principio fuiste oscuro en el seno vacío de la luz
y te extendiste como una mancha, como una úlcera.

Porque fuiste el tiburón que en el agua remansada
comienza a moverse.

Porque fuiste la escamosa testuz de un áspid,
sintiendo para siempre el calor y la forma.

Porque fuiste la muerte inexplicable en la cuna,
la traición hecha hombre.

Y aún más terrible que todo esto fuiste,
pues atravesaste un callejón de visiones
incólume, inmutable.

Cuando aullaron las mujeres desgarrando el silencio,
partiendo la puerta del mundo
para dar paso franco a indecibles monstruos...

Cuando un niño abrió sus entrañas en parábolas de fuego,
en las fronteras
de dos reinos ardientes...

El mundo se dividió, deseoso de engullirte,
deseoso de entregarlo todo
para extraviarte en la noche.

Todo lo atravesaste incólume, inmutable,
pero ahora los ves
engarzados por nuestras palabras —por tu concepción
al salir de la noche— en la lucidez de la negrura,
y sabes que el odio es la paz del filósofo,
que su castigo es imperecedero,
que te arrastra entre meteoros,
entre la transfixión del invierno,
entre rosas marchitas,
entre las aguas del tiburón,
entre la negra compresión de los océanos,
entre rocas, entre el magma...
hasta ti mismo, un absceso intangible
que reconoces como la nada,
la nada que volverá una y otra vez
bajo las mismas reglas.

Capítulo 3

La trampa

Bakaris dormía en su celda con intervalos de vela. Aunque jactancioso e insolente durante el día, torturaban sus noches sueños eróticos en los que se le aparecía Kitiara entremezclados con pesadillas donde presenciaba su ejecución a manos de los Caballeros de Solamnia... o acaso era su ejecución a menos de Kitiara. Nunca lograba determinar, cuando se despertaba chorreando sudor frío, qué había sucedido. Acostado en su calabozo en las silenciosas horas nocturnas e incapaz de vencer su insomnio, Bakaris maldecía a la mujer elfa que había sido la causante de su derrota, y una y otra vez planeaba su venganza, si aquella detestable criatura caía en su poder.

Estaba Bakaris pensando en todo esto durante su consumidor duermevela, cuando el ruido de una llave en el cerrojo de su celda le obligó a incorporarse. Casi había amanecido, y se aproximaba la hora de las ejecuciones. ¡Quizá los caballeros venían a buscarle!

—¿Quién es? —preguntó con tono abrupto.

—Silencio —le ordenó una voz—. No correrás ningún peligro si guardas silencio y haces lo que se te diga.

Bakaris se sentó atónito en su catre. Había reconocido la voz, ¿cómo no? Noche tras noche le había hablado en sus anhelantes ensoñaciones. ¡La mujer elfa! El oficial distinguió otras dos figuras en la penumbra; eran de pequeña talla, y comprendió que se trataba del enano y del kender. Siempre acompañaban a la elfa.

Se abrió la puerta y la mujer se deslizó hasta el interior. Se cubría con una holgada capa y sostenía otra en la mano.

—Apresúrate —le urgió—. Ponte esta prenda.

—No hasta saber qué pretendes —replicó Bakaris receloso, aunque su corazón danzaba de júbilo.

—Vamos a cambiarte por... otro prisionero —explicó Laurana.

El oficial frunció el ceño, no quería delatar su ansiedad.

—No te creo —declaró, volviendo a tumbarse en el catre—. Es una trampa...

—¡Poco me importa lo que creas! —lo interrumpió Laurana con impaciencia—. Vendrás con nosotros aunque tenga que dejarte antes inconsciente. No me preocupa tu estado mientras pueda exhibirte ante Ki... ante la persona que quiere verte.

¡Kitiara! De modo que era ella quien le reclamaba. ¿Qué se proponía, a qué jugaba? Bakaris vaciló, no confiaba en Kit más que ella en su propia lealtad. Era muy capaz de utilizarle para conseguir sus propósitos, sin duda era lo que estaba haciendo ahora, pero quizá él podría utilizarla a su vez. ¡Si supiera a qué se debía aquel extraño canje! El rostro pálido, rígido de Laurana disipó sus cavilaciones, pues resultaba evidente que estaba resuelta a cumplir su amenaza. No tenía otra alternativa que ceder a sus deseos.

—Me temo que no me queda más elección que obedecer —dijo.

La luna se filtraba a través de los barrotes de la ventana en la mugrienta celda, iluminando el rostro de Bakarís. Había permanecido varias semanas confinado, pero ignoraba cuántas porque había perdido el sentido del tiempo. Cuando estiró la mano para recoger la capa sus ojos se cruzaron con los de la mujer elfa, que le miraba con obstinada frialdad sólo teñida por un destello de repugnancia.

Consciente de su importante papel en aquella confabulación, Bakarís elevó la mano sana y se rascó la crecida barba.

—Su señoría sabrá disculparme —comentó sarcástico—, pero los celadores de vuestro establecimiento no han hallado oportuno proporcionarme una cuchilla con la que rasurarme. Conozco el disgusto que causa a los de vuestra raza la visión del vello facial.

Bakarís comprobó sorprendido que sus palabras herían a Laurana. El rostro de la muchacha palideció, sus labios se tornaron blancos como la nieve. Sólo un supremo esfuerzo le permitió controlarse.

—¡Muévete! —lo apremió con voz ahogada. Al oírla, el enano entró en el calabozo empuñando su hacha guerrera.

—El general no ha podido hablar más claro —declaró—, de modo que no te entretengas. No entiendo cómo nadie puede cambiar tu miserable carcasa por Tanis...

—¡Flint! —lo silenció Laurana en un tenso ademán. De pronto se hizo la luz. El plan de Kitiara tomó forma en el pensamiento del oficial.

—¡Así que vais a canjearme por Tanis! —exclamó sin cesar de observar el semblante de Laurana. No advirtió ninguna reacción, la elfa se mantuvo tan impávida como si hubiera mencionado a un extraño en lugar de al hombre que, según Kitiara, se había adueñado de sus más tiernos sentimientos. Lo intentó de nuevo, tenía que verificar su teoría—. De todos modos yo no lo definiría como un prisionero, a menos que se llame así a los cautivos del amor. Sin duda Kit se ha cansado de él, ¡pobre infeliz! Le echaré de menos, son muchas las cosas que unos unen...

Ahora sí se produjo una reacción. Vio cómo su oponente apretaba sus delicadas mandíbulas, a la vez que sus hombros temblaban bajo la capa. Sin pronunciar palabra Laurana dio media vuelta y salió de la celda.

Bakarís supo que había acertado. Aquel misterio estaba relacionado con el barbudo semielfo, aunque no logró desentrañarlo hasta el fondo. Tanis abandonó a Kit en Flotsam. ¿Acaso había vuelto a su encuentro? ¿Había regresado junto a ella? Guardó silencio, arropándose en la capa. En realidad no le importaba. Utilizaría esta información para perpetrar su venganza. Al recordar la expresión contraída de Laurana bajo la luz de la luna Bakarís dio gracias a la Reina Oscura por los favores que le prodigaba, en el momento en que el enano le sacaba a empellones de la fría celda.

El sol aún no había asomado por levante, aunque una borrosa línea rosada en el horizonte preconizaba el amanecer. Reinaba la oscuridad en la ciudad de Kalamán, callada y solitaria tras una jornada de continua algazara. Todos dormían, e incluso los centinelas bostezaban en sus puestos cuando no caían en un invencible sopor que se reconocía por sus sonoros ronquidos. Fue fácil para las cuatro embozadas figuras recorrer las calles sin ser vistas hasta alcanzar una puerta lateral de la muralla.

—Éste es el acceso a una escalera que conduce a la cúspide del muro, de allí a un pasillo que jalona las almenas y por último a otro tramo descendente en el lado exterior—susurró Tasslehoff, revolviendo una de sus bolsas en busca de sus herramientas para forzar la cerradura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Flint, también con voz queda, mientras lanzaba una nerviosa mirada a su alrededor.

—Visitaba Kalamán con frecuencia cuando era niño —explicó Tas. Una vez hubo encontrado el estrecho alambre que había de servirle en su propósito, sus pequeñas pero hábiles manos lo introdujeron en el ojo metálico. Mis padres solían traerme, y siempre entrábamos y salíamos por este conducto.

—¿Por qué no utilizabais la puerta principal? ¿Os parecía quizá demasiado sencillo? —gruñó Flint.

—¡Date prisa! —ordenó Laurana, presa de una incontenible impaciencia.

—Nos habría gustado hacerlo —dijo Tas sin cesar de manipular el alambre—. ¡Ya está! —exclamó de pronto y, retirando el fino instrumento, lo devolvió cuidadosamente al saquillo. Empujó entonces la vieja puerta, mientras continuaba—: ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Nos habría causado un gran placer poder utilizar el acceso principal, pero los kenders tenían prohibido entrar en la ciudad.

—¡Eso no os impidió visitarla! —replicó el enano, siguiendo a Tas hasta un angosto tramo de escaleras de piedra. Apenas prestaba atención al kender, pues estaba demasiado ocupado en espiar los movimientos de Bakaris. A su entender se comportaba con excesiva docilidad, y por otra parte Laurana se había encerrado en sí misma y sólo despegaba los labios para proferir desabridas órdenes.

—Verás, lo cierto es —contestó Tas mientras escalaba los empinados peldaños con su proverbial buen humor— que los habitantes de la ciudad siempre pasaron por alto ciertas irregularidades. Quiero decir que era absurdo incluir a los kenders en la misma lista que a los goblins y, sabedores de este hecho, no nos molestaban una vez en el interior. Pero mis padres juzgaban una incorrección discutir con los guardianes, que estaban obligados a detenernos, y para evitar situaciones incómodas decidieron valerse de este discreto acceso lateral. Resultaba más fácil para todos. Ya estamos arriba. Abrid esa puerta, no suelen cerrarla con llave.

—¡Cuidado! Hay un centinela, tendremos que esperar hasta que se aleje.

Acurrucándose junto a la pared, se refugiaron en las sombras mientras el soldado avanzaba a trompicones por el corredor. Se diría que iba a dormirse en plena ronda. Al

fin desapareció, y el sigiloso grupo recorrió el mismo pasillo que dejara minutos antes el centinela para atravesar una nueva puerta en el extremo opuesto, bajar a toda prisa un tramo de escalera y encontrarse al otro lado de la muralla.

Estaban solos. Flint examinó su entorno, mas no descubrió vestigios de vida en la media luz que procedía al alba. Al sentir un ligero estremecimiento se arrojó en la capa, presa de una creciente aprensión. ¿Y si Kitiara decía la verdad? No era imposible que Tanis estuviese con ella, quizá moribundo como afirmaba.

Irritado contra sí mismo, se obligó a desechar tan lóbregos pensamientos. Casi esperaba que les hubieran tendido una trampa. Aunque le resultaba difícil dejar de cavilar, le ayudó a liberarse de sus vagos temores un áspera voz que resonó en el aire, tan cercana que sustituyó su inquietud por un aterrorizado sobresalto.

—¿Eres tú, Bakaris?

—Sí. Me alegro de volver a verte, Gakhan.

Flint giró la cabeza, aún turbado, y vio surgir una oscura figura de las sombras de muro. Se cubría con una gruesa capa y con ropajes de abundantes pliegues, que le recordaron la descripción hecha por Tas del draconiano.

—¿Portan otras armas? —preguntó Gakhan dirigiendo una recelosa mirada al hacha de Flint.

—No —contestó lacónicamente Laurana.

—Regístrales —ordenó el recién llegado a Bakaris.

—Cuentas con mi palabra de honor —protestó la muchacha, más enojada a cada instante—. Soy una Princesa de Qualinesti...

El oficial dio un paso hacia ella, mientras declaraba:

—Los elfos respetan un código del honor muy particular, o al menos así lo afirmaste la noche en que traspasaste mi brazo con tu maldita flecha.

Laurana se ruborizó, mas no despegó los labios ni retrocedió ante su avance.

Plantándose frente a ella, Bakaris alzó el miembro tullido con la mano izquierda para a continuación dejarlo caer.

—Destruiste mi carrera, mi vida.

—He dicho que no estoy armada —insistió Laurana en una rígida postura donde no se adivinaba la más mínima emoción.

—Puedes registrarme a mí si lo deseas —se ofreció Tas, interponiéndose de forma accidental entre Bakaris y la joven—. ¡Mira! —Volcó el contenido de una de sus bolsas a, los pies de Bakaris.

—¡Maldito seas! —le imprecó el oficial, golpeando el kender en un lado de su cabeza.

—¡Flint! —advirtió Laurana al enano con los dientes apretados, pues había visto su rostro encendido de ira. Al oír su orden, el hombrecillo hizo un esfuerzo para contenerse y no correr en auxilio de su amigo.

—Lo lamento —dijo Tas mientras buscaba sus pertenencias, esparcidas por el suelo.

—Si tardáis mucho no necesitaremos alertar a la guardia —les recordó Laurana fríamente, resuelta a no temblar cuando sintiera el desagradable contacto de aquel individuo—. El sol brillará en el cielo y nos descubrirán de inmediato.

—La mujer elfa tiene razón, Bakaris —intervino Gakhan con su sibilante voz de reptiliano—. Quítale el hacha al enano y vayámonos cuanto antes.

Tras contemplar el ya claro horizonte y al encapuchado draconiano, Bakaris clavó en Laurana una agresiva mirada y se apresuró a arrancar el arma del brazo de Flint.

—No supone ninguna amenaza. ¿Qué podría hacernos un anciano como él? —farfulló el oficial una vez cumplido su deber.

—Muévete —apremió Gakhan a Laurana, ignorando a Bakaris—. Encamínate a esa arboleda y permanece oculta. No trates de llamar la atención de los centinelas; soy mago y mis hechizos resultan mortíferos. La Dama Oscura me dio instrucciones de respetar tu vida, general, pero nada me dijo respecto a tus amigos. Procura no olvidarlo.

Siguieron a Gakhan por la lisa explanada que circundaba la muralla en pos del bosquecillo, cobijándose en las sombras siempre que les era posible. Bakaris andaba junto a Laurana, quien mantenía la cabeza erguida con el firme propósito de no reconocer ni siquiera su presencia. Al llegar al límite de la arboleda Gakhan señaló con el dedo hacia su interior y anunció:

—Aquí están nuestras monturas.

—¡No os acompañaremos a ninguna parte! —se rebeló la Princesa elfa, mirando alarmada a las criaturas que el otro indicaba.

Al principio Flint creyó que se trataba de pequeños dragones, pero quedó sin resuello cuando se acercaron a los animales

—¡Salamandras aladas! —exclamó con un hilo de voz.

Pertenecientes a la familia de los dragones, las salamandras de Krynn eran menos corpulentas y pesadas que éstos, razón por la que los secuaces de la Reina de la Oscuridad las utilizaban a menudo para llevar mensajes como hacían los príncipes elfos con los grifos. Carentes de la inteligencia de los máximos exponentes de su raza, estos

reptiles se distinguían por su naturaleza cruel y destructiva. Las que ahora se hallaban posadas entre los árboles espiaban a los compañeros con los ojos enrojecidos y sus colas de escorpión enroscadas en actitud amenazadora. Su apéndice, terminado en una punta venenosa, podía matar a un enemigo en pocos segundos.

—¿Dónde está Tanis? —preguntó Laurana.

—Ha empeorado —respondió tajante Gakhan—. Si quieres verle, debes ir con nosotros al alcázar de Dargaard.

—No. —Laurana hizo ademán de retroceder, pero al instante sintió cómo la mano de Bakaris se cerraba firme sobre su brazo.

—No se te ocurra pedir ayuda —la amenazó—, pues si lo haces morirá uno de tus amigos. Bien, parece que vamos a realizar un corto viaje a Dargaard. Tanis es un amigo entrañable, y lamentaría mucho que no pudiera reunirse contigo como es su deseo —se volvió entonces hacia el draconiano para ordenarle—: Gakhan, regresa a Kalamán y notifícanos cuál es la reacción de sus habitantes cuando descubran que su general ha desaparecido.

Gakhan titubeó, mientras estudiaba cauteloso a Bakaris con sus ojos reptilianos. Kitiara le había advertido de que algo anormal podía suceder, y al instante comprendió lo que se proponía el oficial: perpetrar su propia venganza. Podía detenerle sin dificultad, pero existía la posibilidad de que durante el molesto forcejeo uno de los prisioneros escapase y corriese en busca de ayuda. Estaban demasiado cerca de la muralla de la ciudad para actuar libremente. ¡Maldito Bakaris! Gakhan emitió un gruñido, pues sabía que no tenía más alternativa que obedecer y esperar que Kitiara hubiera previsto esta contingencia. Encogiéndose de hombros, el draconiano se reconfortó a sí mismo con la idea de qué destino aguardaba al oficial cuando se presentase ante la Dama Oscura.

—Como quieras, comandante —susurró en actitud sumisa y, tras inclinarse en una reverencia, se desvaneció en las sombras. El grupo vio cómo su ágil figura se deslizaba entre los árboles en dirección a Kalamán. El semblante de Bakaris se tiñó de una ansiedad desconocida, a la vez que las marcadas líneas que rodeaban su barbuda boca crecían en crueldad.

—Vamos, general —instó a Laurana, empujándola hacia las salamandras aladas.

No obstante, en lugar de avanzar la muchacha elfa dio media vuelta para enfrentarse al siniestro individuo.

—Responde sólo a una pregunta —dijo a través de sus níveos labios—. ¿Es cierto que Tanis está con Kitiara? Según el mensaje fue herido en el alcázar de Vingard y ahora... agoniza.

Al ver la angustia que reflejaban sus ojos, no por su propia suerte sino por la del semielfo, Bakaris sonrió. Nunca había pensado que la venganza proporcionase tanta satisfacción.

—¿Cómo voy a saberlo? He pasado todo este tiempo confinado en tus hediondos calabozos. Pero se me hace difícil creer que le hayan herido, pues Kitiara nunca permitió que interviniera en la liza. Las únicas batallas que ha librado son las del amor...

Laurana ladeó la cabeza. El oficial se apresuró a apoyar la mano en su brazo en un gesto de fingida compasión, pero la Princesa se desembarazó indignada y dio media vuelta para mantener el rostro oculto.

—¡Mientes! —espetó Flint a Bakaris—. Tanis nunca permitiría a Kitiara que le tratase como a una simple marioneta...

—Tienes razón, enano —rectificó el oficial, comprendiendo que no debía extralimitarse en sus embustes si no quería ser descubierto—. Lo cierto es que él nada sabe de todo esto. La Dama Oscura le envió a Neraka hace varias semanas para preparar nuestra audiencia con la soberana.

—Tanis siempre había sentido un gran afecto por Kitiara —declaró Tas solemnemente dirigiéndose a Flint—. ¿Recuerdas aquella fiesta en «El Último Hogar»? Se celebraba la mayoría de edad de Tanis, que se había convertido en un adulto según las leyes de los elfos... ¡Vaya, aquélla sí que resultó una jugera divertida! Caramon recibió una jarra de cerveza en plena cabeza cuando agarró a Tika, y Raistlin por culpa del exceso de vino, conjuró mal su hechizo de fuego y quemó el mandil de Otik. Mientras Kit y Tanis permanecían abrazados en un rincón, junto al hogar...

Bakaris lanzó el kender una mirada de disgusto.

—Así estarás más segura, general—le susurró el abyecto oficial al oído—. No quiero que te caigas.

La muchacha se mordió el labio y fijó la vista en lontananza, en un denodado esfuerzo para contener las lágrimas.

—¿Siempre huelen tan mal estas criaturas? —inquirió Tas, escudriñando a la salamandra con repugnancia mientras ayudaba a montar a Flint—. Creo que deberíais persuadirlas de que se bañen...

—Cuidado con la cola —les advirtió Bakaris—. Las salamandras no suelen matar a menos que reciban una orden concreta, pero son muy picajosas y se enfurecen por tonterías.

—Co-comprendo —balbuceó Tas—. No era mi intención insultarlas. Estoy seguro de que pasado el primer efecto se acostumbra uno a sus efluvios.

Obedientes a la señal de Bakaris los animales desplegaron sus correosas alas y levantaron el vuelo, aunque despacio bajo tan inusitada carga. Flint se agarró al kender sin cesar de observar a Laurana que, junto al oficial, había tomado la delantera. El enano vio impotente cómo en diversas ocasiones aquel ser repugnante se inclinaba hacia la

Princesa y ella le rechazaba con brusquedad. Su semblante se tomó ceñudo ante tan desagradable espectáculo.

—¡Ese Bakaris proyecta alguna felonía! —farfulló el enano.

—¿Qué decías? —preguntó Tas girando la cabeza.

—¡Que debemos desconfiar de Bakaris! Estoy convencido de que actúa por cuenta propia en lugar de seguir órdenes. Al otro individuo, Gakhan, no le gustó en absoluto que le mandara alejarse.

—¿Cómo? ¡El viento me impide oírte!

—¡No importa, olvídalo!

—De pronto el enano se sintió mareado, apenas podía respirar. Tratando de desechar todo pensamiento sobre su estado contempló las copas de los árboles que, a sus pies, emergían de las sombras iluminadas por el sol naciente.

Tras una hora de vuelo en línea recta Bakaris hizo un gesto con la mano y las salamandras empezaron a trazar lentos círculos, en busca de un lugar despejado donde aterrizar sobre la boscosa ladera. El oficial atisbó al fin un lugar despejado, aunque apenas visible, entre la arboleda procedió a dar instrucciones a su animal. Una vez en el suelo, el jinete saltó de su montura.

Flint estudió el paraje presa de un vago temor. No habla vestigios de fortaleza alguna, ni tampoco de vida. Se hallaban en un pequeño claro, rodeado de altos pinos cuyas vetustas y gruesas ramas se entremezclaban en una maraña tal que impedían el paso de la luz solar. A su alrededor la espesura vibraba con los movimientos de inefables sombras, mientras que en un extremo del claro Flint distinguió la boca de una cueva cavada en la rocosa pared del risco.

—¿Dónde estamos? —preguntó Laurana con voz resuelta—. ¿Por qué nos detenemos? No nos hallamos en las inmediaciones del alcázar de Dargaard.

—Astuta observación, general —respondió Bakaris—. El alcázar se encuentra a una milla montaña arriba, pero todavía no nos esperan. La Dama Oscura desayuna tarde y sería una descortesía molestarla a una hora tan temprana, ¿no te parece? —miró entonces a Tas y Flint para ordenarles—: Vosotros dos, no desmontéis.

El kender, que se disponía a bajar a tierra, se paralizó al escuchar las instrucciones de su aprehensor.

Situándose junto a Laurana, Bakaris apoyó la mano en la testuz de la salamandra. Los ojos sin párpados del animal seguían todos sus movimientos con la misma expectación con que un perro espía el momento de recibir su comida.

—Venid, señora —dijo el oficial con una amabilidad letal mientras se inclinaba hacia la rehén, que permanecía sobre su montura observándole con actitud desdeñosa—. Tenemos tiempo para regalarnos con un... pequeño almuerzo.

Los ojos de la elfa lanzaron chispas fulgurantes, a la vez que se llevaba la mano al cinto con tanta convicción como si su espada se hallase en el lugar acostumbrado.

—¡Apártate de mí! —vociferó haciendo gala de una presencia de ánimo que hizo titubear a Bakarís si bien éste, recobrada su siniestra sonrisa, levantó el brazo y la sujetó por la muñeca.

—No, señora, no te conviene luchar. Fíjate en las salamandras y en tus amigos. Una palabra mía y sucumbirán a una muerte espantosa.

Contrayendo el rostro, la Princesa elfa contempló la cola de escorpión del reptil manteniéndose en equilibrio sobre la espalda de Flint. El animal se estremecía ante la perspectiva de aniquilar a una nueva víctima.

—¡No, Laurana...! —empezó a protestar el enano con un grito agónico, pero ella le dio a entender mediante un fulgurante destello de sus ojos que todavía era su general. Vaciada su faz de todo indicio de vida, permitió que Bakarís la ayudase a descender.

—Pensé que tendrías apetito —dijo el oficial en actitud complaciente.

—¡Deja que se vayan! —exigió Laurana—. Es a mí a quien quieres.

—Cierto —respondió él, a la vez que la rodeaba por la cintura—. Pero al parecer su presencia garantiza tu buen comportamiento.

—¡No te preocupes por nosotros, Laurana! —gruñó Flint.

—¡Cállate, enano! —le espetó furioso el oficial y, arrojando a la muchacha contra el cuerpo de la salamandra, se volvió para mirar a los compañeros. La sangre de Flint se heló en sus venas cuando descubrió la locura que albergaban los ojos de su oponente.

—C-creo que será mejor obedecerle —titubeó Tas tragando saliva—. Si no lo hacemos lastimará a Laurana.

—Tampoco hay que exagerar —replicó Bakarís con una carcajada—. Seguirá siendo útil a Kitiara para cualquier plan que haya concebido su diabólica mente. Pero no te muevas, enano, podría perder el control —amenazó al oír la iracunda aunque ahogada exclamación del hombrecillo. Se dirigió entonces a Laurana, en estos términos—: Estoy seguro de que a Kit no le importará que antes de entregarle a esta dama me divierta un poco con ella. No, no desfallezcas...

Era aquélla una ancestral táctica defensiva de los elfos. Flint la había visto practicar a menudo y se puso en tensión, presto para actuar mientras los ojos de la muchacha se desorbitaban y su cuerpo se desmoronaba.

Instintivamente, Bakarís se estiró para sostenerla.

—¡No, no te desmayes! Me gusta tratar con mujeres pletóricas de vida... ¡Ay!

Con una fuerza inusitada en una mujer, Laurana le propinó una patada en el estómago, con tal violencia que le dejó sin resuello. Retorciéndose de dolor, el oficial cayó hacia adelante en el momento en que la joven alzaba la rodilla y le daba un nuevo golpe en el mentón. Al ver a Bakaris desplomado sobre el polvo, Flint agarró al sobresaltado kender y se deslizó por el flanco de la salamandra.

—¡Corre, Flint! —lo apremió Laurana alejándose de su reptil y del individuo que gemía en el suelo—. Internaos en el bosque.

Pero Bakaris, desfigurado por la furia, extendió la mano y atrapó el tobillo de la muchacha, quien tropezó y cayó de bruces sin cesar de agitar las piernas en un intento de deshacerse de las garras de su adversario. Flint se armó con un arma arbórea y saltó sobre Bakaris cuando éste trataba de ponerse en pie pese al forcejeo de su cautiva. Sin embargo, el oficial oyó el grito de guerra del enano y, dándose la vuelta, le asestó una contundente bofetada con el dorso de su mano a la vez que, en un mismo impulso, agarraba el brazo de Laurana y la obligaba a incorporarse. Girando de nuevo el rostro lanzó una furibunda mirada a Tas, que había corrido junto a su inconsciente amigo.

—La dama y yo vamos a entrar en la cueva —declaró Bakaris con un hondo suspiro al mismo tiempo que daba un tirón al brazo de su víctima tan brutal que ésta emitió un grito de dolor—. Un sólo movimiento, kender, y le romperé ese precioso miembro. Una vez en el interior no quiero ser molestado. Llevo una daga en el cinto y pienso mantenerla atravesada sobre la garganta de la señora. ¿Has comprendido, pequeño necio?

—S-sí —tartamudeó Tasslehoff—. Nunca se me ocurriría interferirme. M-me quedaré aquí con Flint.

—No te adentres en la espesura, está guardada por patrullas de draconianos.

Mientras hablaba Bakaris empezó a arrastrar a Laurana hacia la gruta.

—N-no señor —susurró Tas, arrodillándose al lado del enano con los ojos muy abiertos.

Satisfecho, Bakaris lanzó una última e iracunda mirada al sumiso kender antes de empujar a la muchacha hacia la cueva. Cegada por las lágrimas, Laurana dio unos traspies. Como si necesitara recordarle que la tenía atrapada Bakaris retorció de nuevo su brazo, causándole un sufrimiento indescriptible. No había manera de liberarse de la inquebrantable garra de aquel individuo así que, sin dejar de maldecirse por haber caído en su trampa, Laurana trató de vencer su miedo y pensar con claridad. La experiencia que la aguardaba sería dura, la mano de su verdugo era fuerte, y su olor a humano evocaba en su memoria el de Tanis en medio de una angustia insuperable.

Adivinando sus elucubraciones, Bakaris la atrajo hacia él para frotar su hirsuta mejilla contra el suave rostro de la muchacha.

—Serás otra de las mujeres que haya compartido con el semielfo —farfulló con voz ronca... pero un instante después su voz se quebró en un balbuceo agónico.

La mano de Bakaris se cerró en torno al brazo de la joven con una presión difícil de resistir, para unos segundos más tarde aflojarse y soltar a su presa. Laurana se apresuró a escabullirse, resuelta a interponer cierta distancia y poder así encararse con él.

Brotaba la sangre entre los dedos del oficial, que habían palpado el costado en el lugar donde el pequeño cuchillo de Tasslehoff aún sobresalía de la herida. Desenvainando su propia daga, el abyecto individuo se abalanzó sobre el desafiante kender.

Algo estalló en las entrañas de Laurana, liberando una furia y un odio que ignoraba albergar. Desprovista de todo sentimiento de temor, y de la más ínfima inquietud sobre su propia suerte, sólo alimentaba una idea en su mente matar a aquel fanfarrón espécimen de la raza humana.

Con un grito salvaje se lanzó contra él, derribándolo. El agredido gruñó, antes de inmovilizarse a sus pies. Laurana luchó con denuedo para arrebatarle el arma pero pronto comprobó que su cuerpo permanecía inerte y se levantó despacio, temblando, como reacción a los tensos momentos anteriores.

Durante unos segundos no vio nada a través de la rojiza niebla que empañaba sus ojos. Cuando ésta se despejó, presenció cómo Tasslehoff giraba la carcasa de Bakaris. Estaba muerto, perdida su mirada en el cielo y con el rostro contraído en una honda expresión de dolor y sorpresa. Su mano aún aferraba la daga que había clavado en su propio vientre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó estremeciéndose de ira y repugnancia.

—Al arrojarle al suelo le has hecho caer sobre su acero —explicó Tas con calma.

—Pero antes...

—Le he traspasado con mi cuchillo —dijo el kender tras recuperar la diminuta arma—. ¡Y pensar que Caramon me aseguró que no serviría para nada a menos que me tropezase con un conejo rebelde! Estoy ansioso por contárselo. Verás, Laurana —añadió con triste acento—, todo el mundo desprecia a los miembros de mi raza. Bakaris debería haber registrado mis saquillos cuando se lo ofrecí, pero la confianza le perdió. Me ha gustado esa estratagema del desmayo.

—¿Cómo está Flint? —interrumpió la muchacha, que no quería recordar la terrible experiencia vivida. Sin saber qué hacía ni por qué, desprendió la capa de sus hombros y la extendió sobre el rostro barbudo de su enemigo—. Tenemos que salir de aquí.

—Se repondrá —la tranquilizó Tas observando al enano, que ya había empezado a gemir y agitar la cabeza—. ¿Qué pasará con las salamandras aladas? ¿Crees que nos atacarán?

—Lo ignoro —contestó Laurana. Dirigió una furtiva mirada a los animales, que espiaban su entorno atenazadas por un visible desasosiego pues no acertaban a comprender lo sucedido—. Se rumorea que no son demasiado inteligentes, y que tan sólo actúan por iniciativa ajena. Quizá si no hacemos ningún movimiento brusco

logremos escapar por el bosque antes de que adivinen la muerte de su amo. Ayuda a Flint.

—Vamos, Flint —urgió el kender mientras tiraba del brazo de su compañero—. Debemos huir cuan...

No concluyó la frase a causa del desgarrado grito que resonó en sus tímpanos, un grito tan preñado de terror que puso al kender los pelos de punta. Alzando los ojos, vio que Laurana contemplaba a una figura, al parecer, surgida de la cueva. Al advertir su presencia, azotó a Tas la más terrible sensación que había experimentado en su vida. Los pálpitos de su corazón se aceleraron, al mismo tiempo que se le helaban las manos y se formaba un nudo en su garganta, impidiéndole respirar.

—¡Flint! —consiguió exclamar a través de su estrangulamiento.

El enano, percibiendo un tono en la voz del kender que nunca había oído antes, se esforzó en incorporarse.

Tas sólo pudo extender el índice, y Flint centró su aún nublada visión en el punto que señalaba su amigo.

—¡En el nombre de Reorx! —farfulló—. ¿Qué es eso?

La figura avanzó con paso resuelto hacia Laurana quien, hechizada ante su dominio, permanecía rígida como una estatua. Pertrechaba tras una antigua armadura, la aparición se asemejaba a un Caballero de Solamnia, si bien el metal de su atavío estaba ennegrecido como si el fuego hubiera intentado quemarlo. Una luz anaranjada destellaba a través del yelmo, un yelmo que parecía sostenerse en el aire sin cobijar ningún rostro.

Cuando la figura extendió su armado brazo, Flint esbozó una exclamación de pánico. Aquel miembro no se terminaba en una mano, de tal modo que el caballero atrapó a Laurana con aire en lugar de dedos. Sin embargo, ella profirió un alarido de dolor, cayendo de rodillas frente a la fantasmal criatura. Inclino la cabeza y perdió el conocimiento a causa del gélido contacto del espectro, que se apresuró a liberar su presa para dejar que se deslizase inerte hasta el suelo. El supuesto caballero se agachó despacio, alzando a la muchacha en volandas.

Tas hizo ademán de moverse pero la criatura le envolvió en su centelleante luz y el kender se paralizó, contemplando mudo aquella llama anaranjada que reemplazaba a los ojos en su invisible rostro. Ni él ni Flint podían apartar la mirada, pese a que su terror era tan intenso que el enano temió perder la razón. Sólo la inquietud que despertaba Laurana en su ánimo le permitió conservar la compostura, mientras se repetía una y otra vez que tenía que hacer algo para salvarla. No obstante su tembloroso cuerpo rehusada obedecer a sus impulsos. La ígnea mirada del caballero había arrasado la voluntad de ambos.

—Volved a Kalamán —ordenó una voz cavernosa—, y decid a quien pueda interesarle que tengo a la mujer elfa. La Dama Oscura llegará mañana a mediodía para discutir las condiciones de la rendición de la ciudad.

El caballero dio media vuelta y, con su vibrante armadura, atravesó el cadáver de Bakaris como si ya no existiera antes de desaparecer entre las oscuras sombras de bosque con la inerte Laurana en los brazos.

En el instante en que se desvaneció el espectro se deshizo su encantamiento. Tas, débil y mareado, empezó a temblar de forma incontrolable mientras Flint intentaba ponerse en pie.

—Voy a perseguirle —susurró el enano, aunque sus manos se entrechocaban con tal violencia que apenas pudo alzarse del suelo.

—N-no —balbuceó Tasslehoff, contraído y pálido su rostro como si aún se hallara en presencia del caballero—. Sea quien fuere esa criatura no podemos enfrentarnos a ella. Un miedo invencible se ha apoderado de mí, Flint! —el kender meneó la cabeza en actitud desesperada—. Lo lamento, pero no puedo luchar contra ese... fantasma. Debemos regresar a Kalaman, quizá allí nos brinden ayuda.

Tas echó a correr hacia la espesura dejando a Flint absorto en la contemplación del lugar por donde había desaparecido Laurana, enfurecido e indeciso a un tiempo. Al fin surcaron su rostro las arrugas de la agonía y farfulló:

—Tienes razón, tampoco yo sería capaz de encararme con ese ser. Ignoro su procedencia, pero desde luego no pertenece a este mundo.

Antes de abandonar el paraje, Flint dirigió una última mirada a Bakaris, que yacía bajo la capa de Laurana. Una punzada de dolor traspasó su corazón, pero trató de desechar todo sentimiento para decir con una súbita certeza

—Mintió acerca de Tanis, al igual que Kitiara. ¡Sé que no está con ella! —el enano cerró el puño y añadió —desconozco el paradero del semielfo, pero algún día me enfrentaré a él y me veré obligado a confesarle... que... que he fallado. Me confió la custodia de la Princesa y he permitido que me la arrebaten.

La llamada de Tas le devolvió al presente. Suspirando, empezó a caminar tras el kender con la visión empañada a la vez que se frotaba el brazo izquierdo.

—¿Cómo explicárselo? —gemía en plena carrera— ¿cómo?,

Capítulo 4

Interludio de paz

—Escúchame —dijo Tanis lanzando una iracunda mirada al hombre que, impasible, se hallaba sentado frente a él—. Quiero respuestas. Nos arrojaste deliberadamente al remolino. ¿Por qué? ¿Conocías la existencia de este lugar? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sido de los otros?

Berem se hallaba delante de Tanis, acomodado en una silla de madera tallada donde se distinguían figuras de aves y otros animales con un diseño muy popular entre los elfos. A Tanis le recordaba el trono de Lorac en el predestinado reino de Silvanesti. Sin embargo, tal semejanza no calmó su enfurecido talante y, tras su máscara de indiferencia, también Berem ocultaba una vaga inquietud. Sus manos, demasiado jóvenes para el cuerpo de un hombre de mediana edad, pellizcaban sin tregua los andrajosos pantalones y sus ojos paseaban nerviosos por el singular entorno.

—¡Responde, maldita sea! —le imprecó Tanis a la vez que, abalanzándose sobre él, le agarraba por la camisa y le arrancaba de su asiento. Cuando sus firmes manos rodearon la garganta del piloto del Perechon una voz le advirtió:

—¡No, Tanis!

—Era Goldmoon, que se levantó como una exhalación y posó la mano en el brazo del semielfo. Pero este había perdido el control, su faz estaba tan desfigurada por el miedo y la ira que resultaba casi irreconocible. En un frenético esfuerzo para evitar el desastre la mujer de las Llanuras arañó los dedos que apresaban a Berem—. ¡Riverwind, deténlo!

El interpelado asió a Tanis por las muñecas y lo apartó del piloto, sujetándolo entre sus fuertes brazos.

—¡Déjalo, Tanis!

Durante unos segundos el semielfo forcejeó, mas al fin se agotaron sus energías y emitió un trémulo suspiro.

—Es mudo —le recordó Riverwind con tono firme— Aunque quisiera responderte no puede hablar.

—Sí puedo.

Los tres se paralizaron, acertando tan sólo a mirar sobresaltados al Hombre de la Joya Verde.

—Puedo hablar —insistió éste en lengua común. Con aire ausente procedió a acariciarse el cuello, donde las marcas de los dedos de Tanis se destacaban rojizas sobre su curtida piel.

—Entonces ¿por qué finges lo contrario? —inquirió Tanis respirando hondo.

—Nadie hace preguntas a un mudo —fue la escueta respuesta de Berem, que seguía frotándose la garganta con la mirada prendida del semielfo.

Tanis hizo un esfuerzo de voluntad para no perder la calma y reflexionar sobre aquel misterio. Consultó con los ojos a la pareja de las Llanuras. Mientras Riverwind fruncía el ceño y meneaba la cabeza, Goldmoon se encogía de hombros. Tras unos instantes de vacilación, acercó otra silla de madera a fin de sentarse frente a Berem pero, descubriendo que el respaldo estaba resquebrajado, procuró no apoyarse.

—Berem —el semielfo hablaba despacio en un intento de refrenar su impaciencia—, nos has confiado tu secreto. ¿Significa eso que vas a contestarnos?

El piloto escudriñó el rostro de su oponente antes de asentir en silencio.

—¿Por qué?

—Tenéis que ayudarme a salir de aquí, no puedo quedarme en este lugar —dijo Berem humedeciendo sus labios y lanzando una nueva mirada a su alrededor.

Tanis sintió un escalofrío, pese a la tibia temperatura que reinaba en la estancia.

—¿Acaso corres algún riesgo, o son nuestras vidas las que peligran? ¿Dónde nos encontramos?

—Lo ignoro. No sé dónde estamos, pero presiento que debo marcharme. ¡He de regresar! —su voz era la de una criatura indefensa.

—¿Por qué motivo? Los Señores de los Dragones te persiguen. Uno de ellos —Tanis tosió, pero venció el acceso Y continuó con cierta ronquera— uno de esos Señores me confesó que tú eras la clave de la victoria de la Reina de la Oscuridad. ¿Por qué, Berem? ¿Qué tienes para que te busquen de un modo tan desesperado?

—¡No lo sé! —exclamó el piloto cerrando el puño—. Lo único que puedo afirmar es que me acechan sin tregua. ¡He huido de ellos durante años! Nunca tuve un momento de respiro.

—¿Cuánto tiempo ha durado esa pesadilla, Berem? —siguió indagando el semielfo, ya apaciguado.

—¡Lustros, decenios, siglos! —farfulló él con voz entrecortada—. No sabría contarlos —lanzó un suspiro, y pareció volver a sumirse en su tranquila complacencia—. Tengo trescientos veintidós años... ¿o son trescientos veinticuatro? —se encogió de hombros—. A lo largo de todo ese tiempo la Reina ha tratado incesantemente de capturarme.

—¡Mas de tres siglos! —se asombro Goldmoon—. ¡Pero si eres humano! No es posible.

—Sí, pertenezco a la raza humana —asintió Berem centrando su mirada en la mujer de las Llanuras—. Sé que es imposible, y lo cierto es que he muerto... muchas veces.

—Ahora sus azules ojos se clavaron en Tanis—. Tú me viste perecer en Pax Tharkas. Te reconocí cuando subiste a bordo del Perechon para negociar con la capitana.

—Creímos que habías sucumbido en el desprendimiento de las rocas —rememoró el semielfo—. Pero volvimos a verte vivo en el banquete nupcial. Sturm y yo mismo...

—Sí, también yo me percaté de vuestra presencia. Por eso huí, temía enfrentarme a más preguntas —Berem meneó la cabeza—. ¿Cómo podía explicaros mi supervivencia cuando incluso yo ignoraba el motivo? Lo único que sé es que muero y vuelvo a renacer —hundió el rostro entre sus manos—, sin obtener nunca la paz que anhelo.

Tanis estaba completamente desconcertado. Mientras se rascaba la barba contemplaba con fijeza a aquel hombre, diciéndose que había mentido. No en la historia que acababa de relatarles sobre el continuo resurgir de sus propias cenizas, ese fenómeno lo había presenciado el semielfo, pero si la Reina Oscura había movilizad o a todas las fuerzas de las que podía prescindir en la guerra para dar con él, se antojaba inverosímil que desconociera sus motivos.

—Berem, ¿cómo se incrustó la joya verde en tu carne?

—No lo sé —respondió el interpelado con voz tan queda que apenas lo oyeron. Consciente de la singularidad de esta circunstancia, apretó la mano contra su pecho como si le oyera la gema—. Forma parte de mi cuerpo, al igual que los huesos y la sangre. Creo que es la causante de que vuelva a la vida una y otra vez.

—¿Podrías arrancártela? —preguntó Goldmoon, sentándose en un cojín junto al piloto y posando suavemente la mano en su brazo.

Berem agitó la cabeza con tal violencia que su cano cabello le cubrió los ojos.

—Lo he intentado —farfulló— en numerosas ocasiones pero sería más fácil desprender el corazón de las arterias.

Tanis se estremeció, presa de una creciente impaciencia. No les prestaba la menor ayuda. Ignoraba dónde habían ido a parar después del naufragio, y esperaba que Berem se lo revelase. De nuevo examinó su entorno. Se hallaban en una estancia de algún antiguo edificio, iluminada por una luz misteriosa que parecía provenir del musgo que cubría los muros cual un inmenso tapiz. Los muebles, tan añejos como la sala, estaban en condición ruinos a pese a que en su época debieron poseer una gran riqueza. No había ventanas, ni se oía ruido en el exterior. Ni siquiera acertaba a calcular cuánto tiempo habían permanecido en aquel lugar cerrado, pues sólo rompían la monotonía los inquietos intervalos de sueño y sus frugales comidas a base de unas extrañas plantas.

Tanis y Riverwind exploraron el edificio, mas no descubrieron salida alguna ni indicios de vida. El semielfo incluso se preguntaba si una criatura invisible les había envuelto en un hechizo para impedir su huida, pues cada vez que se aventuraban por los sombríos pasillos trazaban una elipse inexplicable que les conducía, de nuevo, al punto de partida.

Tampoco recordaban con exactitud lo ocurrido después de que la nave se zambullera en el remolino. Tanis tenía grabado en su memoria el estrépito de las planchas de madera, la visión de un mástil que se rompía mientras las velas se rasgaban a su alrededor. Había oído gritos y contemplando cómo el cuerpo de Caramon era arrastrado por una ola gigantesca junto a Tika, cuyos rojizos tirabuzones se agitaron en las aguas antes de desaparecer. Kitiara y su montura se perfilaban también en su mente, las huellas de los arañazos del dragón trazaban aún surcos en la piel de su brazo. De pronto, otra ola se abalanzó sobre ellos... el semielfo contuvo la respiración hasta creerse a punto de estallar a causa del punzante dolor de sus pulmones pensó en ese instante que la muerte sería la solución más fácil, si bien luchó para asirse a un listón de madera. Logró salir a la superficie en el embravecido mar, pero fue succionado de nuevo en el torbellino y supo que había llegado su fin...

Sin embargo, despertó en esa extraña sala, empapada su ropa de agua salada, y no tardó en comprobar que Riverwind, Goldmoon y Berem estaban a su lado. Al principio el piloto parecía sentir pánico de la presencia de los compañeros. Se agazapó en un rincón y rechazó sus intentos de aproximarse. Con su proverbial paciencia la mujer de las Llanuras le habló y le proporcionó alimento, hasta que sus atenciones se ganaron la voluntad de aquel singular humano. Tanis comprendió que también su anhelo de salir de aquel lugar había contribuido a hacerle cambiar de actitud.

Cuando empezó a interrogar a Berem, el semielfo estaba persuadido de que éste había conducido deliberadamente la nave hacia el remolino porque conocía la existencia del edificio donde ahora se encontraban. Su expresión entre perpleja y asustada, no obstante, ponía de manifiesto que tampoco Berem tenía la menor idea de su actual paradero. El mero hecho de que hubiera accedido a hablar con ellos constituía una innegable evidencia de que sus revelaciones eran ciertas. Se hallaba sumido en la desesperación, quería huir a cualquier precio... ¿por qué?

—Berem, escucha —el semielfo rompió el silencio, a la vez que recorría la estancia y dejaba que el Hombre de la Joya Verde le siguiera con la mirada—. Si huyes de la Reina de la Oscuridad, éste parece un escondrijo idóneo.

—¡No! —protestó Berem incorporándose en su silla.

—¿Por qué razón? —Tanis se giró bruscamente—. ¿Qué te impulsa a querer salir de aquí? ¿A qué viene esa obstinación en regresar donde pueden encontrarte?

Berem se convulsionó, sentándose de nuevo.

—¡No conozco este edificio, lo juro! Pero he de regresar porque mi destino es otro. Busco algo y hasta que no lo encuentre viviré en una continua zozobra.

—¿Qué es ese algo? —su tono era ahora imperioso. Sintió la mano de Goldmoon sobre la suya y comprendió que su exasperación se hallaba cerca de la locura, pero todo aquello resultaba demasiado frustrante. ¡Tener a su alcance aquello por lo que la Reina Oscura habría dado su reino para obtenerlo e ignorar de qué se trataba!

—No puedo decírtelo —balbuceó Berem.

Tanis respiró hondo y cerró los ojos. Deseaba recobrar la calma, mas el incontenible tamborileo de su cabeza le producía la sensación de estar próxima a estallar en pedazos. Poniéndose en pie, Goldmoon posó ambas manos sobre sus hombros a la vez que le susurraba unas frases de alivio en las que sólo acertó a oír el nombre de Mishakal. Al fin cedió la tensión, aunque su lucha interna le había dejado en un estado de total agotamiento.

—De acuerdo, Berem —suspiró el semielfo—, te ruego que me disculpes. No volveré a indagar en tu secreto. Háblame de ti. ¿De dónde eres?

El piloto titubeó. Sus ojos se encogieron y su semblante sufrió una contracción que no pudo por menos que sorprender a Tanis.

—Yo nací en Solace. ¿Y tú? —insistió con aire casual, sin dejar de observarle.

—No creo que hayas oído hablar de mi pueblo natal. Está situado en las inmediaciones de... de... —tragó saliva, antes de aclararse la garganta y añadir—: Neraka.

—¿Neraka? —Tanis consultó a Riverwind con los ojos. El hombre de las Llanuras meneó la cabeza.

—Tiene razón —admitió—. Nunca oí mencionar ese paraje.

—Tampoco yo —apostilló Tanis—. Es una lástima que Tasslehoff no esté aquí. Sus mapas nos ayudarían. Berem ¿por qué... ?

—¡Tanis! —vociferó Goldmoon.

El semi elfo se sobresaltó ante tan imperiosa llamada, estirando la mano hacia su cinto en un reflejo instintivo. Sin embargo, ninguna espada pendía de él. Recordó vagamente haber luchado con ella en el agua al sentir que su peso le arrastraba sin remisión. Aunque se maldijo a sí mismo por no haber encargado a Riverwind la custodia de la puerta, no le restaba sino contemplar inerte al hombre ataviado de rojo que se erguía en el dintel.

—Hola —les saludó el desconocido en lengua común. La túnica roja avivó en su mente la imagen de Raistlin con tal fuerza que se nubló su visión. Por un momento creyó que se trataba de él, hasta que se desempañaron sus ojos y advirtió que este mago era mucho más anciano. Además, su rostro rebosaba amabilidad.

—¿Dónde estamos? —le imprecó, más que le preguntó, el semielfo—. ¿Quién eres? ¿Por qué nos han traído a este lugar?

— Kreeaquekh —dijo el hombre disgustado y, dando media vuelta, se alejó.

—¡Maldita sea! —Tanis saltó en el aire, resuelto a atrapar al desconocido y arrastrarle de nuevo al interior de la estancia. Le detuvo una firme mano en su hombro.

—Espera —le aconsejó Riverwind—. Cálmate, Tanis. Es un hechicero, no podrías luchar contra él aunque portases tu espada. Le seguiremos, averiguaremos dónde va. Si ha embrujado este lugar, quizá tenga que levantar el encantamiento para salir también él.

—Tienes razón —reconoció el semielfo suspirando—. Lo siento, no sé qué ha podido ocurrirme. Estoy tan tenso como el cuero de los tambores. Sigámoslo, Goldmoon se quedará junto a Berem.

—¡No! —replicó el Hombre de la Joya Verde, antes de abandonar su silla y aferrarse a Tanis con tal fuerza que casi le derribó en el impulso—. ¡No me dejes aquí, te lo suplico!

—Nadie va a dejarte —le tranquilizó el semielfo luchando para liberarse de su agobiante abrazo—. De todos modos, quizá sea más prudente que nos mantengamos unidos.

Se precipitaron todos al mismo tiempo por el angosto pasillo para escudriñar su umbrío y solitario trazado.

—¡Ahí está! —anunció Riverwind con el índice extendido. Bajo la tenue luz, vislumbraron el repulgo de la túnica roja detrás de un recodo. Despacio y sigilosos, iniciaron la marcha. El corredor conducía a otro de aspecto similar jalonado por varias puertas.

—Cuando reconocimos el lugar hace unas horas no vimos sino una pared sólida —se asombró Riverwind.

—O una sólida ilusión —rectificó el semielfo.

Se adentraron en el corredor y procedieron a inspeccionarlo llenos de curiosidad. Las diferentes estancias albergaban el mismo mobiliario, viejo y destartado, que hallaran en la sala del pasillo vacío. También estaban desiertas, pero iluminadas por los extraños destellos del musgo. Quizá se trataba de una posada, aunque de ser así no la habitaba ningún otro huésped ni parecía haberla pisado criatura viviente durante siglos. Atravesaron pasadizos ruinosos y vastos salones surcados por robustas columnas. No tenían tiempo para examinarlos al menos mientras rastrearan al hombre de la túnica roja, cuyo paso resultaba insospechadamente rápido y esquivo. Dos veces creyeron haberle perdido, para un instante más tarde divisar los ondeantes pliegues en una lejana escalera de caracol o en el extremo de un pasillo adyacente. Al fin se detuvieron en una intersección, desde donde observaron que dos corredores partían en direcciones opuestas. Les embargó un sentimiento de desánimo al constatar que se había desvanecido el rastro del misterioso personaje.

—Nos dividiremos, pero no iremos lejos —decidió Tanis tras unos segundos de reflexión—. Volveremos a encontrarnos en este punto. Si lo ves, Riverwind, silba una vez; yo haré lo mismo.

Asintiendo, el hombre de las Llanuras y Goldmoon se internaron en uno de los corredores mientras Tanis, con Berem a sus talones, exploraba el otro. No encontró nada. El pasillo desembocaba en una espaciosa estancia, alumbrada por los fantasmales resplandores que invadían todo el recinto. ¿Debía examinarla o retroceder? Vaciló unos instantes, mas al fin optó por asomarse al interior donde llamó su atención una gran mesa redonda. Sobre ella yacía desplegado un extraño mapa en relieve. Tanis se apresuró a acercarse, comprobando que era una maqueta lo que se exponía a sus ojos. Cuando inclinó su cuerpo hacia adelante con la esperanza de encontrar alguna clave sobre el misterioso lugar en el que se hallaban, advirtió que estaba frente a la réplica en miniatura de una ciudad. Protegida por una cúpula de cristal transparente, la reproducción parecía tan detallada que el semielfo tuvo la rara sensación de que las construcciones eran más reales que el edificio que ahora les cobijaba. ¡Cuánto le gustaría a Tas! —pensó tristemente imaginando el deleite del kender ante semejante filigrana. Las casas respondían a un antiguo modelo arquitectónico: sus delicadas torres se alzaban hacia el cristalino cielo, los techos abovedados despedían destellos de luz blanca. Las ajardinadas avenidas, por su parte, estaban flanqueadas por amplios soportales y las calles formaban una gran telaraña al confluir en una plaza central.

Berem no cesaba de tirar de la manga de Tanis para indicarle que debían abandonar cuanto antes la estancia. Aunque podía hablar resultaba obvio que se había acostumbrado al silencio, o quizá lo prefería.

—Sólo unos minutos más —rogó el semielfo, reticente a partir. No había oído la señal de Riverwind y existía la posibilidad de que aquella maqueta les mostrase la salida del extraño lugar. Aguzando la vista, descubrió en torno al centro de la urbe varios pabellones y palacios engalanados con columnatas. Las cúpulas de cristal de los invernaderos protegían a las flores de estío de las nieves invernales. Y, en medio de tanta belleza, se erguía un edificio que se le antojó familiar, pese a saber a ciencia cierta que nunca lo había visitado. ¿Cómo entonces podía reconocerlo? Rebuscó en su memoria sin cesar de estudiarlo, mas lo único que consiguió fue que se le erizase el cabello. Parecía tratarse de un templo consagrado a los dioses y exhibía la más bella estructura que cabe imaginar, más asombrosa que la revestida por las Torres del Sol y de las Estrellas en los reinos elfos. Siete agujas surcaban el espacio en pos de infinito, como si loasen a las divinidades por su creación, si bien la del centro parecía traspasar la bóveda celeste por encima de las otras con una magnificencia que no denotaba alabanza, sino rivalidad. Confusos recuerdos de sus maestros elfos invadieron la mente de Tanis reavivando antiguas historias sobre el Cataclismo, sobre el Príncipe de los Sacerdotes. El semielfo se alejó de la miniatura casi sin resuello. Berem, al ver su ahogo, le miró alarmado y lívido como la muerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz entrecortada, agarrándose a su compañero.

Tanis meneó la cabeza, incapaz de articular las palabras. Las terribles implicaciones que entrañaba hallarse en aquel lugar, los sucesos que podían derivarse, azotaban su mente como hicieran con su cuerpo las enrojecidas aguas del Mar Sangriento. Perplejo, Berem estudió el centro de la maqueta. Sus ojos se abrieron, a la vez que emitía un alarido que en nada se asemejaba a cuantos Tanis oyera en el pasado. En un impulso incontrolable el Hombre de la Joya Verde se lanzó sobre la cúpula y empezó a golpearla como si pretendiera hacerla añicos.

—¡La Ciudad Maldita! —gimió.

Tanis dio un paso al frente para tranquilizarle pero oyó el sonoro silbido de Riverwind y, asiéndolo por los hombros, le apartó del cristal.

—Lo sé —dijo—. Acompáñame, tenemos que salir de aquí.

¿Cómo lograrlo? ¿Cómo escapar de una ciudad que según los anales de la historia había sido borrada de la faz de Krynn? ¿Cómo abandonar una urbe que ahora yacía en las profundidades de Mar Sangriento? ¿Cómo..?

Cuando empujó a Berem hasta el exterior de la sala de la maqueta, Tanis elevó la vista hacia el arco de la puerta. Había unas frases grabadas en su desconchado mármol, frases que en otro tiempo describieron una de las maravillas del mundo y que ahora aparecían resquebrajadas y cubiertas de moho. Sin embargo, pudo leerlas.

Bienvenido visitante a nuestra hermosa ciudad.

Bienvenido a la ciudad elegida por los dioses.

Bienvenido, honorable huésped, a

Istar.

Capítulo 5

“Le maté una vez...”

—He visto lo que haces con él. ¡Pretendes asesinarle! —imprecó Caramon a Par-Salian.

Máximo dignatario de la Torre de la Alta Hechicería —la última de ellas que permanecía en pie y situada en el corazón del intrincado y sobrenatural bosque de Wayreth—, Par-Salian era el miembro más distinguido de la Orden arcana que por aquel entonces vivía en Krynn. Para un guerrero de veintidós años, sin embargo, aquel

anciano marchito ataviado con alba túnica era poco más que un objeto que podía romper con sus manos desnudas. El joven Caramon había soportado terribles tensiones en los dos últimos días, y se había agotado su paciencia.

—No pertenecemos a un gremio homicida —replicó Par-Salian con su melodiosa voz—. Tu hermano sabía a qué se enfrentaba cuando decidió someterse a las Pruebas, era consciente de que la muerte es el precio del fracaso.

—No es cierto —farfulló Caramon enjugándose los ojos—. y si lo sabía, no le importaba. En ocasiones su devoción por la magia le nubla el entendimiento.

—¿Devoción? No creo que sea ése el término exacto.

—Sea como fuere, no comprendía lo que ibas a hacer con él. ¡Resulta todo tan grave!

—Por supuesto —respondió el mago sin un asomo de acritud en su voz—, ¿Qué ocurriría, guerrero, si te lanzases a la batalla sin saber utilizar tu espada?

—No desvíes la conversación.

—¿Qué ocurriría? —insistió Par-Salian.

—Sin duda me matarían —admitió el fornido joven, con la paciencia que debe asumirse para dirigirse a un anciano que se comporta de un modo pueril—. Y ahora...

—No sólo morirías sino que tus compañeros, aquéllos que dependieran de ti, podrían perder también la vida a causa de tu torpeza.

—Así es.

Aunque le habría gustado pronunciar una larga parrafada, enmudeció sin poder evitarlo.

—Veo que has comprendido —intervino de nuevo el hechicero—. No exigimos que todos los magos pasen esta Prueba. Muchos de ellos poseen aptitudes pero se contentan con invocar los encantamientos elementales aprendidos en las escuelas, que bastan para solucionar sus problemas cotidianos. No se plantean alcanzar cotas más altas, y les respetamos. Sin embargo, de vez en cuando, vienen al mundo criaturas como tu hermano, que ven en su don algo más que una herramienta útil en el devenir diario. Para él, la magia es sinónimo de vida. Sus aspiraciones no conocen límites, busca una sabiduría y un poder que pueden resultar peligrosos tanto para quien los practica como para sus seres más allegados. A él y a cuantos comparten tan altos ideales les obligamos, antes de entrar en el reino del auténtico poderío, a someterse a este penoso examen, a pasar las Pruebas. De ese modo nos desembarazamos de los incompetentes...

—Pues has hecho todo lo posible para «desembarazarte» de Raistlin —le espetó Caramon—. No es un incompetente pero sí una criatura frágil, que quizá muera a causa de sus heridas.

—Tienes razón, guerrero, su capacidad ha sido constatada. Ha actuado con gran habilidad, derrotando a todos sus enemigos. Lo cierto es que se ha comportado como un

auténtico experto, quizá incluso se ha sobrepasado en sus logros —Par-Salian pareció reflexionar—. Me pregunto si alguna criatura se ha interesado suficientemente por tu hermano.

—Lo ignoro —el tono del guerrero adquirió una nueva dureza, fruto de su resolución—. Pero no me importa. Lo único que sé es que voy a terminar con esta situación de una vez por todas.

—No puedes, no te lo permitirán. Además, no va a morir.

—Ninguno de vosotros osará detenerme —declaró Caramon con frialdad—. ¡Magia! Sencillos trucos para entretener a los niños. ¡El poder! No merece la pena dejarse matar por él.

—Tu hermano opina lo contrario. ¿Quieres que te demuestre hasta qué punto cree en la hechicería? Si lo deseas, puedo hacerte ver cuál es el poder que tanto menosprecias.

Ignorando a Par-Salian Caramon dio un paso al frente, decidido a poner fin al sufrimiento de Raistlin. Aquel paso fue el último, al menos durante un tiempo. Quedó inmobilizado, paralizado como si sus pies se hubieran incrustado en el hielo. El miedo también contribuyó a atenazarle, pues era la primera vez que le sumían en un hechizo y la impotencia que le producía sentirse totalmente a merced de otro resultaba mucho más penosa que tener que enfrentarse a media docena de goblins armados con hachas.

—Observa —le ordenó Par-Salian antes de entonar un extraño cántico—. Vas a presenciar la escena de lo que podría haber ocurrido.

De pronto Caramon se vio a sí mismo entrando en la Torre de la Alta Hechicería, y el asombro le hizo parpadear. Cruzó las puertas y se introdujo en los fantasmales pasillos, en una imagen tan real que contempló alarmado su propio cuerpo temeroso de descubrir que se había desvanecido. Pero no, estaba allí como si poseyera el don de la ubicuidad y pudiera hallarse en dos lugares al mismo tiempo. ¡El poder! El guerrero empezó a sudar, a la vez que un escalofrío recorría todas sus vísceras.

Caramon, el Caramon de la Torre, buscaba a su hermano. Deambulaba por los corredores vacíos pronunciando el nombre de Raistlin, hasta que al fin le encontró.

El joven mago yacía en el frío suelo de piedra, con un fino hilillo de sangre deslizándose por las comisuras de sus labios. Junto a él se distinguía el cuerpo de un elfo oscuro, muerto a causa de un encantamiento formulado por Raistlin. El precio de tal victoria había sido elevado. El hechicero parecía próximo a exhalar su último suspiro.

El guerrero corrió en pos de su hermano y elevó su enteco cuerpo en sus brazos. Ignorando las frenéticas súplicas que le dirigía el herido de ser abandonado a su suerte, Caramon emprendió la marcha hacia el exterior de la diabólica Torre. Sacaría a Raistlin de tan ominoso lugar aunque fuera su última hazaña.

Pero, en el instante en que alcanzaban la puerta que debía conducirles a la vida, un espectro cobró forma ante ellos. Otra prueba, pero no será Raistlin el encargado de salvarla —pensó desalentado Caramon. Depositando a su hermano en el suelo, el

valeroso guerrero se aprestó a luchar contra aquel último desafío. Lo que ocurrió entonces fue un total contrasentido. El Caramon espectador no podía dar crédito a sus ojos cuando vio a su réplica formular un hechizo mágico. Dejando caer la espada, su inefable reflejo elevó extraños objetos en sus manos y pronunció frases que no acertaba a comprender. Brotaron de sus dedos unos fulminantes rayos, que causaron la inmediata desaparición de su espectral oponente.

El auténtico Caramon miró atónito a Par-Salian, pero el mago se limitó a menear la cabeza y —sin despegar los labios— señaló con el índice la imagen que oscilaba frente a ellos. Asustado y confuso, el guerrero se concentró de nuevo en la escena. Raistlin se incorporó despacio y le preguntó, mientras se apalancaba en la pared para no caer:

—¿Cómo lo has hecho?.

Desconocía la respuesta. ¿Cómo podía haber invocado un encantamiento que su hermano había necesitado años de intenso estudio para aprender? Pero el guerrero oyó a su doble farfullar una locuaz explicación, sin advertir el dolor y la angustia que se reflejaban en el rostro de su gemelo.

—¡No, Raist! —vociferó el verdadero Caramon—. ¡Ese viejo te ha tendido una trampa! Yo nunca te arrebataría tu magia, ¡nunca!

Pero aquel burdo doble del guerrero, fanfarrón y jactancioso, se acercó a su hermano resuelto a rescatarle, a salvarle de sí mismo.

Extendiendo las manos, Raistlin se dispuso a recibirle. No era la suya la actitud de quien estrecha a un ser querido en un abrazo sino la del ser humillado que planea una secreta venganza. Herido, enfermo y totalmente consumido por los celos el frágil mago empezó a entonar las frases de un hechizo, el último que le quedaban fuerzas para formular.

Unas ardientes llamas brotaron de los dedos de Raistlin, formando una hoguera en el aire que envolvió a su confiado gemelo.

Caramon contempló perplejo, horrorizado, cómo su propia imagen ardía en el poderoso fuego mientras su agotado hermano se derrumbaba de nuevo sobre el pétreo suelo.

—¡No, Raist!

Unas dulces manos acariciaron su faz. Oía voces que intercambiaban frases ininteligibles y, aunque podía entenderlas si quería, se negó a hacerlo. Tenía los ojos cerrados. Se habrían abierto de ordenarlo su voluntad, pero también se resistía a ver. Abrir los ojos, prestar oído a aquellas palabras, no harían sino agudizar su dolor.

—Necesito descansar —dijo, antes de sumirse de nuevo en las tinieblas.

Se acercaba a otra Torre, una mole diferente: la de las Estrellas en Silvanesti. Raistlin le acompañaba, ataviado con la Túnica Negra. Ahora era él quien debía ayudar a su

hermano. El corpulento guerrero estaba herido, la sangre manaba por una brecha que produjera en su costado una lanza destinada a arrancarle el brazo.

—Necesito descansar —repitió el maltrecho Caramon. Raistlin le ayudó a acomodarse con la espalda apoyada en la fría piedra de la Torre, y comenzó a alejarse lentamente.

—¡No, Raist! —suplicó el guerrero—. ¡No puedes dejarme aquí!

Al examinar su entorno el indefenso hombretón vio varias hordas de los mismos elfos espectrales que les habían atacado en Silvanesti acechando la ocasión propicia para saltar sobre él. Tan sólo les retenían los poderes mágicos de su hermano.

—¡Raist, no me abandones! —exclamó.

—¿Qué sensación te causa saberte débil y desamparado? —preguntó Raistlin en tonos apagados.

—Raist, hermano

—Le maté una vez, Tanis, y puedo hacerlo de nuevo...

—¡No, Raist, te lo ruego!

—Por favor, Caramon...

—Era otra voz la que hablaba, tan dulce como las manos que le tocaban—. ¡Despierta! Vuelve, Caramon, vuelve a mí. Te necesito.

El guerrero rechazó tan desesperada demanda, y también las acariciantes manos. No, no quiero regresar. No voy a hacerlo. Estoy agotado, herido, sólo el descanso puede ayudarme.

Pero los amorosos dedos, la voz, le impedían abandonarse. Lo apresaban como una poderosa garra para arrancarle de las profundidades en las que intentaba zambullirse.

Se estaba precipitando en una oscuridad insondable de tonalidades purpúreas. Unos dedos esqueléticos se aferraban a él mientras decenas de cabezas sin ojos se arremolinaban en torno a su cuerpo, con las bocas abiertas en alaridos silenciosos, Respiró hondo y se hundió en un mar de sangre. Luchando para no asfixiarse, logró al fin salir de nuevo a la superficie para tomar aliento. ¡Raistlin! No, había desaparecido. Sus amigos, Tanis... También él se había esfumado, le vio alejarse en pos de la nada arrastrado por una fuerza invencible. ¿La nave? Hecha añicos, desintegrada. Los marineros, despedazados como el Perechon, habían mezclado su savia vital con las aguas del Mar Sangriento.

¡Tika! Estaba a su lado, y la apretó contra sí. Apenas respiraba. Sin embargo, no pudo sostenerla. Las arremolinadas corrientes la desprendieron de su abrazo antes de enviar al guerrero hacia el fondo. Esta vez no alcanzó la superficie. Sus pulmones habían

estallado en llamas, augurando una muerte certera... el descanso definitivo... dulce, reconfortante...

Pero las manos persistían en tirar de él hacia la ominosa superficie, en obligarte a inhalar el aire ardiente. ¡No, soltadme!

De pronto otras manos se elevaron en las sanguinolentas aguas y, con pulso firme, le llevaron de nuevo al abismo. Cayó más y más en la clemente penumbra. Resonaron en sus oídos unos susurros mágicos, un bálsamo que le permitía respirar, inhalar agua... y sus ojos se cerraron en una acogedora tibieza. Volvía a ser un niño.

Pero no del todo. Le faltaba su gemelo.

¡No! Despertar era la agonía, prefería flotar para siempre en su tenebroso sueño. Era mejor que el sufrimiento agudo y corrosivo.

Las manos apremiantes entraron una vez más en acción para interrumpir su sosiego, acompañadas por una voz que repetía su nombre.

—Caramon, te necesito...

Tika.

—No soy curandero, pero creo que se recuperará. Deja que descanse un rato.

Tika se apresuró a enjugarse las lágrimas, en un intento de aparentar fuerza y control de sí misma.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con fingida serenidad, aunque sin poder contener un estremecimiento—. ¿Se lastimó cuando la nave se hundió en el remolino? Hace varios días que se halla en un triste estado, desde que nos encontraste.

—No creo que fuera ésa la causa. Si hubiera sufrido alguna herida física, los elfos marinos le habrían sanado. Su condición se debe a un tormento interior. ¿Quién es ese Raist que no cesa de mencionar?

—Su hermano gemelo —respondió Tika balbuceante.

—¿Qué le sucedió? ¿Murió en el naufragio?

—No, pero no estoy segura de su paradero. Caramon le quería mucho y... Raistlin le traicionó.

—Comprendo —asintió el hombre en actitud solemne—. Allí arriba abundan semejantes sucesos. ¿Y aún te extraña que haya elegido vivir aquí?

—Le has salvado la vida y todavía ignoro tu nombre —dijo Tika.

—Zebulah —se presentó él con una sonrisa—. Y no soy yo quien le ha salvado, sino tu amor.

Tika bajó la cabeza, dejando que sus pelirrojos bucles le ocultaran el rostro.

—Así lo espero—susurró—. ¡Le quiero tanto! Estaría dispuesta a morir si con ello pudiera sanarle.

Ahora que tenía la absoluta certeza de que Caramon recobraría la salud perdida, la muchacha centró su atención en aquel extraño. Era un humano de mediana edad, barbilampiño, con los ojos tan vivaces y francos como su sonrisa. Vestía una túnica roja, ajustada por un cinto del que pendían varios saquillos.

—Eres un mago —aventuró de pronto—. ¡Igual que Raistlin!

—Tu afirmación lo explica todo —declaró Zebulah—. Al entreverme en una nebulosa tu maltrecho amigo me ha confundido con su hermano.

—¿Qué haces aquí? —siguió inquiriendo la joven mientras observaba el extraño lugar por vez primera.

Por supuesto le había visto cuando el hombre la trajo, pero su inquietud le había impedido fijarse. Advirtió ahora que se encontraba en una cámara de un edificio desmoronado y ruinoso. La atmósfera estaba tan caldeada que resultaba asfixiante, con un aire húmedo donde proliferaban las plantas selváticas.

Se distinguían algunos muebles, tan antiguos y destartados como la estancia en la que habían sido distribuidos sin orden ni concierto. Caramon yacía en un lecho de tres patas, sustituyendo a la que debiera ocupar la cuarta esquina una pila de libros cubiertos de moho. Finos riachuelos de agua, semejantes a lustrosas serpientes, se deslizaban por un muro de piedra que el musgo hacía refulgir de una manera hartamente singular. Todo resplandecía en destellos fantasmales, como esmeraldinos reflejos de la tupida capa vegetal que inundaba la pared y se había enseñoreado hasta de los más lóbregos rincones en un profuso abanico de formas y colores. Verde en la parte inferior, dorada un poco más arriba y de un rojo coralino en lo alto, trepaba en mágicas gradaciones para reptar por el techo abovedado sin ningún obstáculo a su expansión.

—¿Qué haces en este lugar? —murmuró y, por cierto, ¿dónde estamos?

—Estamos... donde estamos —fue la misteriosa respuesta de Zebulah—. Los elfos marinos os salvaron de perecer ahogados y yo me ocupé de acomodaros en esta cámara.

—¿Elfos marinos? Hasta que tú les mencionaste, ignoraba su existencia —admitió Tika lanzando una inquisitiva mirada a su alrededor, como si esperase descubrir a uno de ellos oculto en algún rincón—. Tampoco recuerdo que tales criaturas nos rescatasen. No se grabó en mi memoria más visión que la de un pez gigantesco y afable...

—No es necesario que escudriñes tu entorno, los elfos marinos no se revelarán a tus ojos. Recelan de los kreeaquekh o seres que respiran aire, como les llaman en su lengua.

Aquel enorme pez al que acabas de aludir era uno de ellos, bajo la única forma en que se dejan ver por los kreeaquekh. Vosotros los denomináis delfines.

Caramon se agitó y gimió en su sueño. Posando la mano en su frente, Tika apartó los húmedos cabellos de su amado en un intento de aliviar su zozobra.

—Si desconfían de nuestra raza, ¿por qué nos rescataron? —indagó una vez se hubo tranquilizado el guerrero.

—¿Conoces a algún elfo terrestre? —preguntó a su vez Zebulah.

—Sí. —En aquel instante, la muchacha pensó en Laurana.

—En ese caso sabrás que para ellos la vida es un don sagrado.

—Comprendo —asintió Tika—. Y al igual que los elfos terrestres, los marinos prefieren renunciar al mundo antes que contribuir a conservarlo.

—Hacen cuanto pueden para ayudar a sus hermanos —le reprendió Zebulah con ostensible severidad—. No critiques aquello que no entiendes, muchacha.

—Lo lamento —se disculpó ella, ruborizándose, antes de cambiar de tema—. Pero tú eres humano. ¿Por qué...?

—¿Por qué estoy aquí? No tengo tiempo ni deseos de relatarte mi historia, pues queda patente por tu actitud que tampoco a mí me comprenderías. Ninguno de los otros lo ha hecho hasta ahora.

—¿Otros? —repitió Tika sobresaltada—. ¿Has visto a algunos tripulantes de nuestro barco, quizá a los amigos que nos acompañaban?

Zebulah se encogió de hombros y explicó:

—Siempre hay otros aquí abajo. Las ruinas son extensas, y en numerosos puntos albergan bolsas de aire. Instalamos a todos cuantos rescatamos en los cobijos más próximos, aunque nada puedo decirte de sus identidades. Si tus amigos navegaban en la misma embarcación lo más probable es que hayan perecido, y en ese caso los elfos marinos les habrán sepultado celebrando los ritos apropiados para liberar sus almas — Zebulah se levantó—. Me alegro de que tu amante haya sobrevivido y además no debes preocuparte por vuestro sustento, la mayoría de las plantas que ves son comestibles. Si quieres, puedes explorar las ruinas. Las hemos protegido con un hechizo para evitar que nuestros visitantes se zambullan en las aguas y mueran ahogados. Fíjate bien en esta cámara, encontrarás otras similares con idénticos muebles...

—¡Espera! —exclamó Tika al ver que se disponía a partir—. No podemos quedarnos para siempre en las profundidades, hemos de volver a la superficie. Supongo que habrá algún modo de alcanzarla.

—Todos me preguntan lo mismo —farfulló Zebulah con un atisbo de impaciencia—. Y, francamente, estoy de acuerdo: debe existir una salida. De vez en cuando alguien la

encuentra, si bien otros deciden quedarse y olvidar el mundo exterior. Ese es mi caso y el de varios amigos que viven aquí desde hace años. Te invito a que lo compruebes por ti misma. Inspecciona las ruinas a tu antojo, aunque recuerda que debes permanecer siempre en la zona que hemos acondicionado.

Concluido su discurso, se volvió hacia la puerta.

—¡Por favor, no te vayas aún! —saltando de la desvencijada silla que ocupara durante su conversación, la muchacha corrió en pos del mago de la túnica roja—. Si te tropiezas con nuestros amigos, quizá puedas decirles que...

—Lo dudo —respondió Zebulah—. Lo cierto, y te ruego que no te ofendas, es que estoy harto de nuestra insípida cháchara. Cuanto más se prolonga mi estancia en estos parajes más me irritan los kreeaquekh que, como tú, viven acosados por la prisa. Ningún lugar os satisface, no cesáis de deambular de un lado a otro sin hallar nunca la paz. Te aseguro que tu enamorado y tú seríais mucho más felices en este mundo que en el que llamáis vuestro, pero no, lucharéis hasta la muerte para hallar el camino de vuelta. ¿A qué os enfrentaréis si lográis regresar? ¡A la traición! —Lanzó una fugaz mirada al inerte Caramon

—¡Hay una guerra ahí arriba! —vociferó Tika—. Cientos de criaturas sufren. ¿Acaso no te importa?

—El sufrimiento es algo corriente en vuestro universo, nada puedo hacer para evitarlo —replicó Zebulah—. No, no me importa. ¿Dónde te ha llevado tu solidaridad? ¿Y a él? —señaló a Caramon con gesto impaciente, antes de traspasar la puerta y cerrarla de un modo tan violento que se desprendieron numerosas astillas de su ya castigada hoja.

Tika le vio partir indecisa, preguntándose si no sería mejor echar a correr tras él y agarrarle para que no escapara. Al parecer era su único nexo con la tierra firme, el único que podía ayudarles a abandonar este mundo submarino del que nada sabía.

—Tika...

—¡Caramon! —La muchacha olvidó a Zebulah y acudió junto al guerrero, que trataba penosamente de incorporarse.

—En nombre del Abismo, ¿dónde estamos? —preguntó examinando la estancia con los ojos desorbitados—. ¿Qué ha ocurrido? La nave...

—¿Te encuentras lo bastante restablecido para sentarte? —inquirió ella a su vez, ignorante de la respuesta—. Quizá sería más aconsejable que permanecieras acostado.

—Estoy bien —la espetó el guerrero pero, percatándose por el contraído semblante de la joven de su excesiva rudeza, se apresuró a estirar la mano y estrecharla entre sus brazos—. Lo siento, Tika, perdóname. Los acontecimientos me han desbordado...

—Lo comprendo —le interrumpió ella conciliadora y, apoyando la cabeza en su pecho, le habló de Zebulah y los elfos marinos. Caramon la escuchaba aturdido, aunque poco a poco logró asumir cuanto le relataba. Al fin contempló la puerta con el ceño fruncido y declaró:

—¡Ojalá no hubiera estado inconsciente! Es más que probable que ese Zebulah conozca la salida, y yo le habría obligado a mostrárnosla.

—No estoy segura —intervino Tika vacilante—. Es un mago, como... —calló al darse cuenta de su imprudencia. Advirtiéndole que el pesar empañaba los ojos de Caramon, se acurrucó en su regazo mientras le acariciaba el rostro—. Creo que en ciertos aspectos tiene razón —prosiguió—. Podríamos ser felices aquí. ¿Has pensado que ésta es la primera vez que estamos solos? Quiero decir que nunca antes habíamos gozado de una auténtica intimidad, en un lugar tranquilo y no desprovisto de belleza. La luz que dimana del musgo es suave, irreal, no penetrante y cegadora como la del sol. Escucha el murmullo de las aguas, parecen entonar un dulce cántico en nuestro honor. Tampoco me desagradan estos viejos muebles, ni tu singular cama...

Tika enmudeció al sentir el apretado abrazo del guerrero. Cuando los toscos labios rozaron sus rojizos cabellos, el amor que aquel hombre le inspiraba invadió sus entrañas, paralizándole el corazón en una mezcla de dolor y anhelo. Se colgó entonces de su robusto cuello para estrecharte contra su pecho y sentir así sus palpitos al unísono.

—¡Oh, Caramon! —susurró casi sin resuello—. ¡Seamos dichosos! Sé que antes o después tendremos que partir, que buscar a los otros para regresar juntos a nuestro mundo. Pero, por el momento, disfrutemos de esta maravillosa soledad.

—¡Tika! —El guerrero la estrujó como si quisiera fundir sus cuerpos en uno, armonioso y vibrante—. Tika, te amo —hizo una breve pausa y añadió—: ¿Recuerdas que en una ocasión te dije que no podría hacerte mía hasta ser libre de entregarme por completo? Pues bien, aún no lo soy.

—¡Te equivocas! —replicó Tika furiosa, y se apartó para mirarle a los ojos—. Raistlin se fue, Caramon. Eres dueño de tu vida.

—Raistlin forma aún parte de mí —farfulló el guerrero meneando la cabeza—. Siempre será así, del mismo modo que él me lleva en su interior aunque no quiera. ¿Lo comprendes?

No, no lo comprendía, pero asintió y dejó caer la cabeza. Sonriendo, Caramon exhaló un trémulo suspiro antes de posar la mano en la barbilla amada y levantar su rostro. Pensó que sus ojos eran hermosos, con los verdes iris salpicados de puntos castaños que refulgían a través de las lágrimas. Su tez estaba curtida por la continua exposición al aire libre, más pecosa que nunca. Aquellas pecas disgustaban a la muchacha, quien habría dado siete años de su vida para exhibir una piel limpia y tersa como la de Laurana sin embargo, Caramon se dijo mientras la contemplaba que veneraba cada una de aquellas manchas pardas, cada uno de los crespos bucles que se enredaban en sus manos.

Tika leyó el amor en sus ojos y contuvo el aliento. Ella se estrechó de nuevo contra su cuerpo, susurrando con voz más queda que los acelerados latidos de su corazón:

—Te daré lo que pueda de mí mismo, Tika, si estás dispuesta a conformarte. Desearía, por tu bien, que fuera más.

—¡Te quiero! —fue cuanto pudo decir la muchacha, a la vez que le rodeaba el cuello con sus delicadas manos.

El guerrero insistió, pues quería asegurarse de que le había entendido.

—Tika... —empezó a decir.

—Silencio, Caramon...

Capítulo 6

Apoletta

Tras una interminable persecución por las calles de una ciudad cuya desmoronada belleza se le antojó a Tanis preñada de horrores, penetraron en uno de los palacios de la plaza central. Después de atravesar un jardín agostado y un amplio vestíbulo, doblaron un recodo y se detuvieron. El hombre ataviado de rojo parecía haberse desvanecido en el aire.

—¡Una escalera! —anunció Riverwind. Acostumbrados ya sus ojos a la fantasmal luz, Tanis vio que se hallaban en la parte superior de un tramo de escaleras de mármol que descendía abruptamente, sin dejar adivinar su base. El grupo se precipitó en el rellano y, una vez más, atisbaron los ondeantes pliegues unos peldaños más abajo.

—Permaneced arrimados a la pared para que os cubran las sombras —advirtió Riverwind mientras les conducía hacia uno de los lados de aquella escalinata, tan ancha que habría admitido el paso de cincuenta hombres colocados uno al lado del otro.

Las borrosas y resquebrajadas pinturas que adornaban los muros conservaban aún tal exquisitez y realismo que a Tanis le asaltó la febril sensación de ser menos auténtico

que las criaturas en ellas representadas. Quizá alguno de aquellos personajes desconocidos se hallaba en ese mismo lugar cuando la montaña de fuego destruyó el Templo del Príncipe de los Sacerdotes... Desechando tales pensamientos, el semielfo prosiguió la marcha.

Una vez recorridos veinte escalones llegaron a un ancho rellano, decorado con estatuas de plata y oro esculpidas en tamaño natural. Los peldaños continuaban descendiendo hasta un nuevo descansillo del que partía un tercer tramo y así sucesivamente hasta que todos se sintieron exhaustos y faltos de aire. Sin embargo, la rojiza túnica revoloteaba en su avance imparable y no podían perderla de vista.

Tanis notó un repentino cambio en la atmósfera, que se tornó más húmeda e impregnada de aromas marinos. Aguzó el oído, percibiendo el suave murmullo de las aguas al bañar la roca exterior. Riverwind tocó su brazo para tirar de él hacia las sombras. Habían alcanzado el final de la escalera y el hombre de rojo se encontraba ante ellos, en la base misma, asomado a una laguna de oscura superficie que se extendía en dirección hacia una espaciosa y lóbrega caverna.

El singular personaje se arrodilló junto a la orilla. Fue en ese instante cuando Tanis descubrió otra figura, que estaba en el agua. Vio sus cabellos resplandecientes bajo la luz de las antorchas, ribeteados de un tinte verdoso, y también dos flacos brazos blancos que descansaban en el último peldaño mientras que el cuerpo permanecía sumergido. La criatura tenía la cabeza acunada entre los entecos miembros, en un estado de total relajación. El humano de la túnica roja extendió una mano y rozó con suavidad a la figura del agua, que alzó el rostro al sentir su contacto.

—Me has hecho esperar —dijo una voz femenina cargada de reproche.

Tanis tragó saliva. ¡La mujer de las aguas había hablado en lengua elfa! Ahora podía contemplar su rostro de ojos almendrados y luminosos, orejas puntiagudas y suaves rasgos.

¡Una elfa marina! Surcaron su memoria algunas leyendas que le contaran en la niñez, pero no intentó recordarlas porque deseaba escuchar la conversación del individuo ataviado de rojo y la mujer elfa, quien sonreía con afecto a su interlocutor.

—Lo lamento, querida —se disculpó él en tonos apagados. Se había sentado junto a su compañera y, por supuesto, utilizaba el idioma de los elfos—. Fui a visitar al hombre que te preocupaba. Se recuperará, aunque la muerte le ha rondado muy cerca. Tenías razón, estaba resuelto a renunciar a la vida a causa de la traición de su hermano, un hechicero que lo abandonó en un momento trascendental.

—¡Caramon! —susurró Tanis. Riverwind le lanzó una mirada inquisitiva, pues no había comprendido una sola palabra. El semielfo meneó la cabeza negativamente, porque no quería perder el hilo del diálogo

—Queaki'ichkeecx —fue el despreciativo comentario de la mujer. Tanis quedó desconcertado, aquella palabra no pertenecía a su idioma.

—Sí —dijo el hombre frunciendo el ceño—. Una vez me aseguré de que ambos estaban a salvo, ya que como sabes había una muchacha con él, fui a ver a otro grupo de supervivientes. Uno de sus miembros, un barbudo semielfo, saltó sobre mí como si pretendiera devorarme de un bocado. Los restantes que logramos salvar se encuentran bien.

—Hemos sepultado a los muertos con toda la ceremonia que merecen —explicó ella a su vez. Tanis detectó en su voz una pesadumbre secular, el dolor que siempre causara a los elfos la pérdida del sagrado don de la existencia.

—Me habría gustado preguntarles qué hacían en el Mar Sangriento de Istar —continuó el misterioso humano—. Nunca oí hablar de un capitán de navío que fuera lo bastante temerario como para aproximarse al remolino. La muchacha me contó que había estallado la guerra en su mundo, así que quizá no tuvieron otra elección.

La elfa salpicó jugueteando a su compañero.

—¡Siempre habrá guerras allí arriba! Eres demasiado curioso, querido. A veces creo que te gustaría volver a tierra. Estoy segura de que has sentido esa tentación después de hablar con los kreaquekh.

Tanis percibió un asomo de preocupación en el acento de la elfa, aunque seguía rociando a su amigo en lúdica actitud.

El personaje de la túnica roja se inclinó hacia adelante para besar el húmedo y verdoso cabello que refulgía bajo la oscilante antorcha del muro más próximo.

—No, Apoletta. Dejemos que libren sus batallas y perpetren sus traiciones entre hermanos, dejemos que alberguen en sus huestes a impetuosos semielfos y alocados capitanes. Mientras me sirva mi magia viviré bajo las olas.

—Hablando de semielfos impetuosos, permitid que me presente —interrumpió Tanis en idioma elfo, a la vez que recorría el último tramo de escaleras en pos de la pareja.

Riverwind, Goldmoon y Berem le siguieron, aunque no habían entendido ni una palabra e ignoraban, por tanto, lo que había sucedido.

El hombre volvió alarmado la cabeza, mientras la elfa se zambullía en las aguas con tal rapidez que Tanis se preguntó por un instante si no habría imaginado su existencia. Ni un simple rizo en la superficie delataba el lugar que ocupara. Al llegar al último peldaño el semielfo sujetó la mano del mago, quien se disponía a lanzarse a la laguna tras la mujer desaparecida.

—Espera, no quiero devorarte —le suplicó—. Lamento haber actuado de un modo tan inconveniente en la estancia del musgo, y sé que también despertará tus recelos el hecho de que te hayamos espiado en las sombras. ¡Pero no teníamos otra alternativa! Soy consciente de que no lograré detenerte si invocas un hechizo, que puedes hacer que me consuma en llamas, caiga dormido en un letargo invencible o me vea envuelto en una telaraña. He frecuentado a numerosos magos y conozco su poder, pero ahora te ruego que me escuches. Puedes prestarnos una gran ayuda. Te he oído mencionar a nuestros

amigos, un hombre corpulento y una muchacha. Según tus propias palabras él ha estado a punto de morir por la desesperación que le causó el comportamiento de su hermano. Pues bien, necesitamos encontrarles y te pido que nos reveles su paradero.

El asustado personaje titubeó, mientras Tanis seguía hablando con cierta incoherencia, fruto de sus esfuerzos para retener a aquel humano que quizá podría serles útil.

—He visto a la muchacha que hablaba contigo y he prestado atención a todo cuanto decía. La he identificado como una elfa marina, ¿me equivoco? También tú has acertado, soy un semielfo: pero me he criado entre los elfos y estoy familiarizado con sus leyendas. Siempre creí que no eran más que fábulas, si bien los dragones personificaban para mí un concepto igualmente nebuloso antes de que se declarase una sangrienta guerra en la tierra a consecuencia de su aparición. Tienes razón, las lizas se suceden en nuestro mundo, pero ésta que ahora se desarrolla no quedará confinada en la superficie. Si la Reina de la Oscuridad obtiene la victoria no tardará en averiguar que los elfos marinos se cobijan en estos parajes y, aunque ignoro si hay dragones en el océano...

—Los dragones marinos existen, semielfo —le interrumpió una voz en el momento en que la mujer elfa volvía a aparecer en el agua y, avanzando entre destellos argénteos y verdosos, se deslizaba por la oscura laguna hacia la pétrea escalera. Una vez hubo llegado hasta ella apoyó las manos en un peldaño y estudió a Tanis con sus esmeraldinos ojos—. Se desvanecieron hace mucho tiempo del universo acuático. Sin embargo, hemos oído rumores de que los dragones terrestres han regresado de nuevo a Krynn. Al principio no les dimos ningún crédito, pues no podíamos concebir que hubiesen despertado. ¿Quién fue el culpable de su retorno?

—¿Acaso importa? —replicó el semielfo sin un asomo de vehemencia—. Lo cierto es que han destruido Silvanesti, nuestro antiguo hogar, convirtiéndolo en una región de pesadilla. Los Qualinesti fueron expulsados de sus casas y esas bestias malditas siguen matando y arrasándolo todo. Nadie está a salvo de su Reina, la Reina de la Oscuridad, que tan sólo alimenta un propósito: dominar a toda criatura viviente. ¿Crees que estáis seguros ni siquiera aquí? Porque presumo que nos hallamos en las profundidades del mar. Corrígeme si me equivoco.

—Estás en lo cierto, semielfo —corroboró con un suspiro el hombre de la túnica roja—. Nos hallamos en el fondo del océano, en las ruinas de la ciudad de Istar. Los elfos marinos os rescataron y os trajeron a este rincón olvidado, como hacen con todos aquéllos cuyas naves se hunden en un naufragio. Sé dónde se alojan tus amigos, y accedo a llevarte junto a ellos, pero ignoro qué más puedo hacer por vosotros.

—Sacarnos de aquí —intervino Riverwind, que por primera vez había entendido la conversación pues Zebulah había hablado en común—. ¿Quién es esta mujer, Tanis? Parece elfa.

—En efecto, es una elfa marina. Se llama... —Tanis se interrumpió.

—Apoletta —concluyó ella con una sonrisa—. Disculpad que no salga a saludaros como exige la cortesía, pero nosotros no solemos cubrir nuestros cuerpos como los

kreeaquekh. En todos estos años no he logrado convencer a mi esposo de que abandone el hábito de embutirse en tan ridículos ropajes cuando emerge a tierra. Afirma que es una cuestión de pudor y yo, respetuosa con él y con vosotros, prefiero no abandonar las aguas para presentarme correctamente.

Ruborizándose, Tanis tradujo las palabras de la mujer elfa a los compañeros. Goldmoon abrió los ojos de par en par. Berem pareció no oír nada, absorto en una de sus ensoñaciones y apenas consciente de cuanto se hablaba a su alrededor. y Riverwind, por su parte, no se inmutó, como si cualquier fenómeno relativo a los elfos hubiera dejado de impresionarle.

—En cualquier caso, fueron los elfos marinos quienes nos salvaron —prosiguió Tanis—. Al igual que los otros miembros de su raza, consideran la vida como algo sagrado y ayudan a aquellos que se pierden o ahogan en el mar. Este hombre, esposo de Apoletta...

—Zebulah —dijo el interesado extendiendo la mano.

—Yo soy Tanis el Semielfo y viajo en compañía de Riverwind y Goldmoon de la tribu Que-shu, además de Berem... —balbuceó y guardó silencio, sin saber qué debía añadir.

Apoletta sonrió gentilmente, pero pronto se borró tan risueña expresión.

—Zebulah —ordenó—, ve en busca de los amigos del semielfo y tráelos aquí.

—Quizá deberíamos ir contigo —ofreció Tanis—. Si pensaste que yo iba a devorarte, te aseguro que la reacción de Caramon puede ser mucho más violenta...

—No —rehusó la mujer elfa meneando la cabeza. El agua refulgía sobre su cabello e irradiaba destellos en su tersa y verdosa tez—. Si quieres envía a los bárbaros, semielfo, pero tú quédate. Tengo que hablarte y averiguar más pormenores sobre esa guerra que podría ponernos en peligro. Me entristece saber que los dragones han despertado. Si es cierto, temo que tienes razón en tus afirmaciones y que nuestro mundo haya dejado de ser seguro.

—No tardaré, querida —anunció Zebulah. Apoletta tendió una mano a su esposo quien, elevándola, se la llevó a los labios para depositar en ella un cariñoso beso. Cuando empezaba a alejarse Tanis resumió el contenido de su conversación a Riverwind y Goldmoon, quienes de inmediato accedieron a correr en busca de Caramon.

Mientras seguían a Zebulah por las fantasmales y desiertas calles éste les relató la historia de la caída de Istar, sin cesar de mostrarles las ruinas que se encontraban en su camino como mudos testigos de lo ocurrido.

—Cuando los dioses arrojaron la montaña ígnea sobre Krynn —explicó— el derrumbamiento destruyó Istar, formándose un gigantesco cráter en la tierra. Las aguas inundaron entonces el espacio vacío, y así fue cómo se creó el que se ha dado en llamar Mar Sangriento. La mayoría de los edificios de la ciudad de Istar se desmoronaron pero algunos resistieron a la hecatombe, conservando en su seno pequeñas bolsas de aire. Poco después los elfos marinos descubrieron que éste era un lugar idóneo para albergar a los tripulantes de las naves naufragadas que lograban rescatar, y puedo aseguraros que

muchos de ellos se instalaron como en sus propios hogares El mago hablaba con un mal disimulado orgullo que divertía a Goldmoon, aunque cuidó de no demostrar tal sentimiento frente a su amable informador. Era el orgullo de la posesión, como si las ruinas pertenecieran en exclusiva a Zebulah y fuera él quien las había reorganizado para su público disfrute.

—Pero tú eres humano, no un elfo marino —declaró—. ¿Por qué te has quedado a vivir aquí?

El mago sonrió, mientras sus ojos navegaban entre los recuerdos del pasado.

—Era joven y ambicioso —confesó—, siempre atento a cualquier oportunidad de amasar fortuna. Mis artes arcanas me llevaron al fondo del océano en busca de los tesoros perdidos de Istar. Encontré múltiples riquezas, pero no de oro ni de plata.

»Una tarde vi a Apoletta que estaba nadando, La descubrí antes que ella a mí, y antes de que la muchacha atinara a cambiar de apariencia... Me enamoré al instante y tuve que batallar para ganarme su afecto. Ella no podía vivir en tierra firme y, después de permanecer tanto tiempo en medio de la paz y de la belleza que nos rodean, yo tampoco me vi con ánimos de instalarme de nuevo en un mundo que me era ya ajeno. Pero me agrada conversar con los miembros de vuestra especie, de modo que suelo deambular por las ruinas para ver a quién han traído los elfos.

Goldmoon contempló los desvencijados edificios, aprovechando que Zebulah hacía una pausa para recobrar el aliento entre unas y otras historias.

—¿Dónde está el famoso templo en honor del Príncipe de los Sacerdotes? —inquirió.

Una sombra oscureció el semblante del mago. Su expresión jubilosa se trocó en un rictus de pesar teñido de ira.

—Lo lamento —se apresuró a disculparse la mujer de las Llanuras—. No era mi intención entristecerte.

—No te preocupes —la tranquilizó Zebulah con una leve sonrisa—. A decir verdad, me conviene recordar las tinieblas que envuelven el terrible pasado. En mis paseos diarios tiendo a olvidar que ésta fue una vez una ciudad poblada por criaturas que reían, lloraban, respiraban y, en definitiva, vivían. Había niños jugando en estas mismas calles la pavorosa noche en que los dioses derribaron la montaña de fuego.

Guardó silencio unos instantes, antes de continuar con un suspiro:

—Me preguntabas dónde se yergue el templo. En ninguna parte, debo responder. En el lugar donde el Príncipe de los Sacerdotes expuso sus arrogantes demandas a los dioses hay ahora un negro pozo. Aunque está lleno de agua, nadie puede vivir en su interior; se desconoce su profundidad, pues los elfos marinos no se aventurarían a explorarlo. Me he asomado a su opaca y remansaba superficie todo el tiempo que el terror me lo ha permitido, y no creo que sus tinieblas tengan fin. Es tan insondable como las entrañas del Mal.

Zebulah se detuvo en una de las sombrías callejas y escudriñó el rostro de Goldmoon, antes de consultarle:

—Los culpables fueron castigados pero, ¿por qué los inocentes? ¿Por qué habían de sufrir los seres bondadosos? Se ciñe a tu cuello el medallón de Mishakal, diosa de la curación. ¿Conoces el motivo? ¿Te lo explicó ella?

Goldmoon titubeó, sobresaltada por la pregunta, mientras buscaba en su alma una contestación satisfactoria. Su esposo permanecía a su lado, tan grave y silencioso como siempre, ocultando sus pensamientos.

—Es una cuestión que me he planteado en numerosas ocasiones —declaró al fin la mujer de las Llanuras, a la vez que se acercaba a su amado y posaba la mano en su brazo para asegurarse de su proximidad—. Soñé una noche que se me castigaba por mis dudas, por mi falta de fe, con la pérdida de aquél a quien he entregado mi corazón. — Riverwind la rodeó con su fornido brazo y la apretó contra sí—. Pero cuando me avergüenzo por mi desconfianza, recuerdo que fueron mis preguntas las que me llevaron hasta los antiguos dioses.

Calló unos instantes. Riverwind acarició sus cabellos y ella le dirigió una tierna sonrisa.

—No —admitió frente a Zebulah—, no tengo la respuesta a tan inextricable enigma. Sigo vacilando en mis creencias, enardeciéndome cuando veo el tormento de los inocentes y las injustas recompensas de los culpables. Pero ahora sé que mi ira es como el fuego que alimenta la forja, y que el hierro deforme de mi espíritu se temple en su calor para perfilarse como la brillante vara de acero que cobija mi fe. Esa vara fortalece mi frágil carne.

Zebulah estudió en silencio a Goldmoon erguida entre los restos de Istar, con su melena de oro y plata resplandeciente como el sol que nunca bañaría los desmoronados edificios. Los efectos de las lóbregas sendas recorridas se dibujaban en su bello rostro pero, lejos de desfigurarle, los surcos del sufrimiento y la desesperación no hacían sino conferirle una hermosura aún más exquisita. Sus ojos irradiaban sabiduría, intensificada ahora por el júbilo que le producía el conocimiento de que una nueva vida palpaba en su vientre.

La mirada del mago se desvió hacia el fornido luchador que con tanto amor abrazaba a la mujer. También se observaban en su faz las huellas de un largo y tortuoso camino. Aunque se mostraba inmutable y estoico, sus oscuros ojos y su afable actitud reflejaban los hondos sentimientos que le unían a su esposa.

Quizá cometí un error cuando decidí quedarme bajo las aguas —pensó Zebulah, sintiéndose de pronto viejo y triste—. Quizá habría resultado útil si hubiera regresado a la tierra y transformado mi ira, como esta pareja, en una búsqueda inagotable de respuestas. Sin embargo, permití que la cólera corroyera mi alma hasta que me pareció más fácil ocultarme en las profundidades.

—No debemos entretenernos —apuntó abruptamente Riverwind—. Caramon no tardará en abandonar su lecho para correr a nuestro encuentro, es posible que ya lo haya hecho.

—Sí —repuso Zebulah aclarándose la garganta—. Tenemos que irnos, aunque dudo que él y su compañera se hayan puesto en marcha. Estaba muy débil...

—¿Herido? —le interrumpió Goldmoon preocupada.

—No en su cuerpo —repuso el mago, a la vez que se dirigía a un ruinoso edificio por una calleja jalonada de escombros—. Es su alma la que ha sido lastimada, lo comprendí antes de que la muchacha me hablase del hermano gemelo.

Una línea oscura apareció con total nitidez en el entrecejo de Goldmoon, que había apretado los labios en una siniestra mueca.

—Discúlpame, Señora de las Llanuras —dijo Zebulah sonriendo—, pero veo arder en tus ojos ese fuego de fragua al que antes aludías.

—Creo haberte mencionado también mi fragilidad —se justificó ella, no sin un cierto rubor—. Debería aceptar a Raistlin y lo que hizo con su hermano como un designio de los dioses del Bien que mi pobre entendimiento no acierta a discernir. Si mi fe fuera firme me abstendría de cuestionar las acciones del hechicero, pero me temo que eso es imposible. Lo único que puedo hacer es rogar a las divinidades que lo mantengan lejos de mi camino.

—Yo no comparto esa postura —intervino Riverwind enfurecido—. No, no la comparto —repitió sombríamente.

Caramon estaba reclinado en su lecho, contemplando la negrura. Tika, acurrucada en sus brazos, dormía con placidez. Podía oír los latidos del corazón de la joven tan regulares como las bocanadas de aire que exhalaba. Empezó a acariciar la maraña de bucles pelirrojos que yacían esparcidos sobre su hombro, pero la muchacha se agitó al sentir su contacto y se contuvo, temeroso de despertarla. Tenía que descansar, sólo los dioses sabían cuánto tiempo había permanecido en vela para cuidarle. Nunca se lo revelaría, cuando se lo preguntó se limitó a reírse y reprenderle por sus ronquidos. Sin embargo, un temblor había entrecortado su risa, fue incapaz de mirarle a los ojos.

Caramon le dio una suave palmada en el hombro para calmarla y la acunó con ternura. Se sintió reconfortado al ver que se sumía de nuevo en un profundo sueño, y suspiró mientras pensaba que pocas semanas antes le había advertido que no aceptaría su amor hasta poder entregarse a ella en cuerpo y alma. Casi oía sus palabras: Debo consagrarme por entero a mi hermano. Yo soy su fuerza.

Ahora Raistlin se había ido, había hallado su propia fuerza. Ya no te necesito, le había dicho a Caramon.

Debería estar pletórico de felicidad. Amo a Tika y ella me corresponde. Somos libres de manifestar nuestros sentimientos, puedo comprometerme. Tendría que ocupar el primer lugar en mis cavilaciones, me da lo mejor de sí misma. Merece ser querida —así pensaba Caramon en la vista perdida en la penumbra.

»No era ése el caso de Raistlin, al menos así lo creían todos. ¡Cuántas veces oí cómo Tanis preguntaba a Sturm, sin percatarse de mi presencia, por qué soportaba sus sarcasmos, sus amargas recriminaciones, sus desabridas órdenes! Les he visto mirarme compasivamente. Sé que me juzgan torpe comparado con Raistlin, y lo soy. Yo soy el buey que camina cansino, cargado de fardos, sin proferir una queja. Eso piensan de mí...

»No lo comprenden porque ellos no me necesitan. Ni siquiera Tika, al menos no del mismo modo que Raistlin. Nunca presenciaron cómo se despertaba, siendo niño, en medio de la noche presa del paroxismo. ¡Nos dejaban solos tan a menudo! No había nadie en la oscuridad, salvo yo dispuesto a tranquilizarle. Nunca recordaba sus pesadillas, pero eran espantosas. Su frágil cuerpo se estremecía de miedo, sus ojos se desorbitaban en la contemplación de horrores que sólo él veía. Se abrazaba a mí, sollozando, y yo le relataba historias o hacía sombras chinescas en la pared para aliviar su pánico. Mira, Raistlin, conejos, le decía mientras levantaba dos dedos y los movía como las orejas de estos animales.

»Pasado un rato, los temblores cedían a la sonrisa. Nunca fue muy dado a las manifestaciones de alegría, ni siquiera en su infancia, pero se relajaba.

»—Quiero dormir, estoy muy cansado —susurraba aferrado a mi mano Tú quédate despierto, Caramon, velando mi sueño. No permitas que se acerquen, que me atrapen.

»Yo le prometía entonces que lo haría, que me encargaría de que nadie le lastimara. El esbozaba un amago de sonrisa y, exhausto, cerraba los ojos. Cumplía siempre mi palabra, custodiaba su descanso y me decía que quizá tenía el poder de ahuyentar a sus verdugos pues, mientras yo vigilaba, nunca se repetían las pesadillas.

»Incluso en la pubertad se despertaba gritando y estiraba la mano en busca de mi cuerpo. Siempre lo encontraba. ¿Qué va a hacer ahora solo, sin mi protección, cuando le asalte el pavor en la negrura?

»¿Qué haré yo sin él?

Caramon entornó los ojos y, en silencio para no alertar a Tika, rompió a llorar.

Capítulo 7

Ayuda inesperada

—Y ésta es nuestra historia —concluyó Tanis.

Apoletta le había escuchado con suma atención, clavados sus verdes ojos en el rostro del semielfo. No le había interrumpido y, cuando terminó, permaneció silenciosa con los brazos apoyados en los peldaños más próximos a las tranquilas aguas, al parecer absorta en sus meditaciones.

Tanis no la molestó. La sensación de paz que dimanaba de la laguna le reconfortaba, y la mera idea de regresar a aquel lejano mundo terrestre presidido por un sol justiciero y una barahúnda de ruidos discordantes se le antojaba pavorosa. ¡Qué fácil sería ignorarlo todo y quedarse bajo el mar, oculto para siempre en el sosiego!

—¿Qué me dices de él? —preguntó, de pronto, la elfa marina, señalando a Berem con un ademán de cabeza.

—Poca cosa, es un auténtico misterio —respondió a la vez que lanzaba a Berem una mirada de soslayo y se encogía de hombros.

El Hombre de la Joya Verde contemplaba la penumbra de la caverna sin cesar de mover los labios, como si repitiera un cántico hasta la saciedad.

—Según la Reina de la Oscuridad —prosiguió el semielfo— él es la clave. Afirma que, si lo encuentra, nadie podrá arrebatarse la victoria.

—Siendo tú quien le ha descubierto —declaró Apoletta— se supone que el triunfo está en tus manos.

Tanis pestañeó, sobresaltado por tal aseveración. Rascándose la barba, se dio cuenta de que no se le había ocurrido esta posibilidad.

—Es cierto que está con nosotros —farfulló al fin— pero, ¿qué podemos hacer con él? ¿Qué tiene para que su presencia garantice la victoria de cualquiera de los litigantes?

—¿Acaso él no lo sabe?

—Me ha asegurado que no.

Apoletta estudió a Berem con el ceño fruncido.

—Juraría que miente —dijo tras una breve pausa— pero es humano y desconozco la intrincada mente de las criaturas de esta raza. En cualquier caso, existe una forma de averiguarlo: encaminaos al Templo de la Reina Oscura en Neraka.

—¡Neraka! —repitió Tanis perplejo—. Pero ésa...

Le interrumpió un alarido, tan preñado de pánico que estuvo a punto de arrojarse al agua. Se llevó la mano a la vaina vacía y, pronunciando un reniego, dio media vuelta convencido de tener que enfrentarse nada menos que a una horda de dragones.

Sólo vio a Berem, mirándole con los ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre? —preguntó irritado al enigmático personaje—. ¿Has detectado algún peligro?

—No es eso lo que le ha perturbado, semielfo —dijo Apoletta observando a Berem con creciente interés—. Ha reaccionado así cuando he mencionado Neraka.

—¡Neraka! —la interrumpió aquel hombre insondable—. Anida allí un mal terrible. ¡No!

—Es tu patria natal —le recordó Tanis, dando un paso hacia él.

Berem negó con la cabeza.

—Pero si tú mismo nos lo contaste...

—Me equivoqué —susurró él—. No me refería a Neraka sino a... a... ¡Takar!

—Mientes, no cometiste ningún error. ¡Sabes que la Reina de la Oscuridad ha mandado erigir su gran templo en Neraka! —le imprecó Apoletta sin dar opción a una nueva negativa.

—¿De verdad? —Berem la miró con sus azules ojos en actitud inocente—. ¿Tiene la Reina Oscura un templo en Neraka? Allí no hay más que un pueblo, casi una aldea. El lugar donde nací —de pronto se apretó el vientre con los brazos, como si un punzante dolor se hubiera apoderado de él—. Dejarme en paz —farfulló antes de, doblando el cuerpo, agazaparse en el suelo cerca de la orilla. Se inmobilizó en tan extraña postura mientras su vista se perdía en la oscuridad adyacente.

—¡Berem! —le reprendió Tanis exasperado.

—No me encuentro bien —se lamentó el hombre en tonos apagados.

—¿Cuál es su edad? —preguntó Apoletta.

—Afirma tener más de trescientos años —contestó el semielfo con patente enfado—. Si sólo creemos la mitad de sus palabras hemos de concederle ciento cincuenta, lo cual tampoco parece muy plausible en un humano.

—Verás —explicó la elfa marina—, el templo de Neraka constituye para nosotros un misterio insondable. Apareció de forma repentina después del Cataclismo, si nuestros cálculos son exactos. Y ahora me tropiezo con este hombre cuya historia se remonta al mismo tiempo y lugar.

—Es extraño —reconoció Tanis mirando de nuevo a Berem.

—Sí. Quizá se trata de una coincidencia pero, como dice mi esposo, rastrea las coincidencias hasta su mismo origen y descubrirás sus vínculos con el destino.

—Sea como fuere, no me imagino entrando en el templo de la Reina Oscura para preguntarle por qué revuelve el mundo en busca de un individuo con una joya verde incrustada en el pecho —dijo Tanis desalentado, tomando de nuevo asiento en la ribera.

—Lo comprendo —admitió Apoletta—. De todos modos me resulta difícil concebir que, tal como cuentas, haya adquirido tanto poder. ¿Qué han hecho los Dragones del Bien durante todo este tiempo?

—¡Los Dragones del Bien! —exclamó Tanis atónito—. ¿Quiénes son?

Ahora fue Apoletta quien le miró asombrada.

—Los Dragones Plateados, Dorados y Broncíneos, por supuesto. ¿Tampoco conoces la existencia de las lanzas Dragonlance? Sin duda las huestes argéneas os entregaron cuantas obraban en su poder.

—Insisto en que nunca tuve noticia de tales criaturas, salvo en un antiguo cántico dedicado a Huma. Y lo mismo debo decir de las Dragonlance. Las buscamos tantos meses sin éxito que empezaba a creer que sólo formaban parte de las leyendas.

—No me gusta el cariz que toman los acontecimientos. —La mujer elfa apoyó el mentón en sus manos, revelando un rostro pálido y contraído—. Algo va mal. ¿Dónde están los dragones benignos? ¿Por qué no luchan? Al principio desdeñé los rumores sobre el regreso de los reptiles marinos, pues sabía que los paladines del Bien nunca lo permitirían. Pero si estos últimos han desaparecido, según debo colegir por tus palabras, temo que mi pueblo corra un grave peligro. —Levantó la cabeza y aguzó el oído—. Espléndido, se acerca mi esposo en compañía de tus amigos. Ahora podremos regresar junto a los nuestros y discutir un plan de acción —concluyó, a la vez que se daba impulso para adentrarse en la laguna.

—¡Aguarda ! —la instó Tanis al oír también él ecos de pisadas en la marmórea escalera—. Tienes que mostrarnos la salida, no podemos quedarnos en las profundidades.

—No conozco el camino de regreso —protestó Apoletta, trazando círculos en el agua con el fin de mantenerse a flote—. Ni tampoco Zebulah. Nunca nos preocupó.

—Podríamos deambular por estas ruinas durante semanas, o incluso para siempre. No estáis seguros de que algunos náufragos escapen de este lugar, ¿no es cierto? ¡Quizá mueran sin conseguirlo!

—Te repito que nunca nos inquietó esa cuestión.

—¡Pues ya es hora de deponer esa actitud indiferente! Sus palabras resonaron en la caverna, con tal fuerza que Berem alzó los ojos y reculó alarmado. Apoletta frunció el ceño iracunda mientras Tanis suspiraba hondo y, avergonzado, se mordía, el labio.

—Lo lamento —comenzó a disculparse, pero se interrumpió al sentir la mano de Goldmoon posada en su brazo.

—Tanis, ¿qué sucede? —inquirió.

—Nada que pueda evitarse —respondió él entristecido, al mismo tiempo que forzaba la vista por encima de su hombro—. ¿Encontrasteis a Caramon y Tika? ¿Cómo están?

—Sí, dimos con ellos —susurró la mujer de las Llanuras. Las miradas de ambos confluyeron en la escalera donde acababan de aparecer Riverwind y Zebulah seguidos por, Tika, quien examinaba su entorno llena de curiosidad. Caramon, que descendía en último lugar, caminaba en estado hipnótico. Su rostro desprovisto de expresión inquietó a Tanis, impulsándole a interrogar de nuevo a Goldmoon.

—No has contestado a mi segunda pregunta. —Tika está bien. Caramon, en cambio... —meneó la cabeza sin acertar a concluir su frase.

Tika y Tanis intercambiaron unas palabras de bienvenida, felices por haberse reencontrado. Después el semielfo centró la vista en el guerrero y apenas pudo refrenar una exclamación de desánimo. No reconocía al jovial y activo hombretón en aquel ser con el rostro desfigurado por las lágrimas, de ojos hundidos y mortecinos. Viendo la perplejidad de Tanis, Tika se acercó a Caramon y deslizó la mano bajo su brazo. Al sentir su contacto el guerrero pareció despertar de su ensimismamiento y sonrió a la muchacha, pero había algo en aquel esbozo de mueca, mezcla de dulzura y dolor, que el semielfo nunca había percibido. Tanis volvió a suspirar. Se avecinaban nuevas complicaciones. Si los antiguos dioses habían regresado, ¿qué pretendían hacer con sus servidores? ¿Comprobar hasta qué punto podían soportar onerosas penalidades antes de sucumbir a causa de ellas? ¿Acaso les divertía verles atrapados en el fondo del océano? ¿Por qué no abandonar la lucha e instalarse allí? ¿Para qué molestarse en buscar la salida? Asentarse en las profundidades y olvidarlo todo, olvidar a los dragones, a Raistlin, a Laurana... a Kitiara.

—Tanis... —Goldmoon le zarandeó sin violencia.

Se habían congregado en torno a él, esperando instrucciones. Empezó a hablar, pero se le quebró la voz y tuvo que toser para aclararse la garganta.

—¡No me miréis de ese modo! —les imprecó al fin con cierta rudeza—. Ignoro las respuestas. Al parecer estamos atrapados, no hay salida posible.

Seguían observándole sin que en sus ojos se extinguiera la llama de la fe, de la confianza en él depositada. El semi elfo se encolerizó...

—¡No esperéis que me erija de nuevo en vuestro cabecilla! —espetó al grupo—. os traicioné, ¿acaso lo habéis olvidado? Estamos aquí por mi culpa. ¡Yo soy el causante de nuestra desgracia! Buscad a otro para guiaros.

Volviendo la cabeza en un intento de ocultar las lágrimas que no podía contener, el semielfo se sumió en la contemplación de las oscuras aguas mientras luchaba consigo

mismo a fin de recuperar la cordura. No se percató de que Apoletta seguía atenta sus movimientos hasta que sus palabras resonaron en la gruta.

—Quizá yo pueda ayudaros —dijo despacio la bella mujer.

—Apoletta, reflexiona —le rogó Zebulah con voz trémula a la vez que corría en dirección a la orilla.

—Ya lo he hecho —respondió ella—. El semielfo me ha indicado que deberíamos preocuparnos por lo que ocurre en el mundo, y tiene razón. Podríamos tener el mismo destino que nuestros primos de Silvanesti, por idénticos motivos. Ellos prestaron oídos sordos a la realidad y permitieron que los hijos del Mal se introdujeran en sus tierras, pero nosotros debemos sacar partido de la advertencia que ahora nos ofrecen y luchar contra nuestros enemigos. Vuestra venida quizá nos haya salvado, semielfo —afirmó—. Os debemos algo a cambio.

—Ayúdanos a regresar a nuestro mundo —pidió Tanis.

Apoletta asintió con grave ademán.

—Así lo haré. ¿Dónde queréis ir?

Tanis meneó la cabeza y suspiró. No lograba pensar con claridad.

—Supongo que cualquier lugar servirá para nuestros propósitos —musitó al fin.

—A Palanthas —intervino, de pronto, Caramon. Su voz agitó la superficie del agua.

Los otros le miraron en un tenso silencio. Riverwind frunció el entrecejo y adoptó una expresión sombría.

—No puedo llevaros a esa ciudad —se disculpó Apoletta, nadando una vez más hacia la ribera—. Nuestras fronteras se terminan en Kalamán. No osamos aventurarnos pasado ese punto sobre todo si vuestras noticias son ciertas, pues más allá de esa urbe se encuentra el antiguo hogar de los dragones marinos.

Tanis se enjugó los ojos antes de volver de nuevo su faz hacia los compañeros.

—Y bien, ¿alguna otra sugerencia?

Nadie despegó los labios hasta que Goldmoon dio un paso al frente y apoyando su acariciadora mano en el brazo del semielfo, le susurró:

—¿Me permites que te cuente una historia? Es el relato de un hombre y una mujer que quedaron solos, perdidos y llenos de espanto. Abrumados por una pesada carga, llegaron a una posada. Ella entonó una canción, una Vara de Cristal Azul obró un milagro y una multitud les atacó. Alguien se alzó, tomó el mando, un extraño que dijo: Tendremos que salir por la cocina. ¿Recuerdas, Tanis?

—Recuerdo —repitió él, atrapado por la bella y dulce expresión de sus ojos.

—Esperamos tus órdenes, amigo —se limitó a añadir la Princesa de las Llanuras.

Las lágrimas nublaron de nuevo su vista, pero las rechazó con un parpadeo y miró de hito en hito a sus compañeros. El severo rostro de Riverwind estaba relajado. Esbozando una leve sonrisa, el bárbaro posó su mano en el hombro de Tanis. Caramon por su parte vaciló un instante antes de avanzar unos pasos y estrechar el cuerpo del semielfo en uno de sus brazos de plantígrado.

—Llévanos a Kalamán —dijo Tanis a Apoletta cuando hubo recuperado el resuello—. Después de todo, era allí donde nos dirigíamos.

Los compañeros dormían en el borde de la laguna, descansando todo lo posible antes de emprender un viaje que, según Apoletta, había de ser largo y extenuante.

—¿Iremos en barco? —preguntó Tanis mientras observaba cómo Zebulah se desprendía de su túnica roja para zambullirse en el agua. También Apoletta contemplaba a su esposo, que se acercó a ella vadeando sin dificultad.

—No, a nado —anunció la elfa marina—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar cómo nos las arreglamos para traeros aquí? Nuestras artes mágicas, unidas a las de Zebulah, os permitirán respirar agua con la misma naturalidad con la que ahora inhaláis aire.

—¿Vais a convertirnos en peces? —inquirió Caramon aterrizado.

—Supongo que es una descripción bastante acertada —respondió Apoletta—. Vendremos a recogeros cuando baje la marea. Tika aferró la mano del guerrero, quien se apresuró a apretarla contra su pecho. Al ver que intercambiaban una mirada de complicidad, Tanis sintió que se aligeraba su carga. Aunque arrastrado aún por el oscuro torbellino de su alma, Caramon había hallado un ancla segura que le impediría sumirse para siempre en las aguas del abismo.

—Nunca olvidaremos este hermoso lugar—susurró Tika. Apoletta se limitó a sonreír.

Capítulo 8

Ominosas nuevas

—¡Padre!

—¿Qué sucede, Ragar?

Acostumbrado a los excitados gritos de su hijo, que había alcanzado esa edad en la que empiezan a descubrirse las maravillas del mundo, el pescador no alzó la cabeza. Esperaba oírle describir desde una estrella de mar embarrancada en la arena hasta un zapato perdido y mecido por las aguas, de modo que continuó remendando su red cuando el muchacho corrió junto a él.

—Papá —insistió aquel niño pelirrubio, a la vez que zarandeaba la rodilla de su progenitor y quedaba enmarañado en la red en su alocado impulso—, he visto a una bella dama ahogada, muerta.

—¿Cómo dices? —preguntó el pescador con aire ausente.

—Una bella mujer ahogada —repitió solemnemente el muchacho, señalando el lugar con su dedo regordete. El hombre interrumpió su quehacer para observar a su hijo. Esto era nuevo.

—¿Una mujer ahogada?

El niño asintió y volvió a extender el índice hacia la playa. El pescador, forzando la vista a causa del cegador sol de mediodía, oteó la línea de la costa. Miró entonces de nuevo al pequeño, frunciendo el ceño en actitud severa.

—No se tratará de otra fábula inventada por el pequeño Ragar, ¿verdad? —inquirió muy serio—. Si lo es, cenarás de pie.

—No —respondió el muchacho meneando la cabeza, con los ojos abiertos de par en par—. Prometí no hacerlo más —recordó mientras se rascaba una nalga.

El pescador centró su atención en el mar. La noche anterior se había desatado una tormenta, pero en ningún momento oyó comentar que una nave se estrellase contra las rocas. Quizá algunos habitantes del lugar habían salido con sus frágiles embarcaciones de recreo para perderse después del crepúsculo o, peor aún, se había cometido un asesinato. No era la primera vez que la resaca depositaba sobre la arena un cuerpo con un puñal en el corazón.

Llamando a su hijo mayor, que se hallaba muy ocupado en aparejar su barca, el pescador dejó a un lado su trabajo y se incorporó. Quiso ordenar al pequeño que volviera a casa en busca de su madre, pero recordó que lo necesitaba como guía.

—Llévanos hasta la bella dama —dijo con voz áspera, lanzando una significativa mirada al primogénito.

El pequeño Ragar tiró de su padre hacia la playa seguido por su hermano, que caminaba más despacio temeroso de lo que podían encontrar.

Habían recorrido una corta distancia cuando el pescador vio una escena que le impulsó a echar a correr, con el hijo mayor a sus talones.

—¡Un naufragio! —exclamó el padre jadeante—. ¡Estos marineros inexpertos no saben lo que hacen! No entiendo cómo se atreven a hacerse a la mar en sus débiles cascarones.

No sólo había una hermosa mujer tendida sobre la playa, sino dos. Cerca de ellas yacían cuatro hombres, todos bien vestidos. A su alrededor vieron esparcidos varios listones de madera, sin duda los restos de una pequeña embarcación de recreo.

—Ahogada, muerta —declaró el muchacho inclinándose para reconocer a una de las atractivas fémias.

—No, no lo está —le corrigió el pescador tras descubrir su pálpito en el cuello. Uno de los hombres empezaba incluso a moverse, un individuo de cierta edad que se sentó para examinar el paraje. Cuando vio al grupo dio un aterrorizado respingo y se arrastró hasta donde se hallaba uno de sus inconscientes compañeros.

—¡Tanis! ¡Tanis! —vociferó mientras sacudía a un hombre barbudo, que se incorporó de forma abrupta.

—No hay razón para alarmarse —les tranquilizó el pescador al advertir el sobresalto del desconocido de la barba—. Estamos dispuestos a ayudaros, si es posible. Davey, ve a casa cuanto antes y pide a tu madre que traiga mantas y aquella botella de aguardiente que guardo desde hace tiempo. Vamos, señora, calmaos —dijo con voz amable a una de las mujeres, ayudándola a sentarse—. Ya ha pasado todo. Resulta extraño que después de ahogarse ninguno parezca haber tragado agua... —añadió para sus adentros sin soltar a la supuesta náufrega ni cejar en sus reconfortantes palmadas.

Arropados en las mantas, los compañeros fueron escoltados hasta la cabaña próxima a la playa donde vivía el pescador. Allí les suministraron alimentos, dosis de aguardiente y todos los remedios que conocía la dueña de la casa para reanimar a los ahogados. El pequeño Ragar les contemplaba orgulloso, sabedor de que su «pesca» sería la comidilla de la aldea durante toda una semana.

—Gracias por vuestra ayuda —susurró Tanis una vez recobradas las fuerzas.

—Me alegro de haber acudido a tiempo —respondió el hombre con gesto ceñudo—. Debéis ser más precavidos, la próxima vez que salgáis en una barquichuela poned rumbo a tierra en cuanto veáis un indicio de tormenta.

—Así lo haremos —le prometió el semielfo—. ¿Podrías decimos dónde estamos?

—Al norte de la ciudad —le informó el pescador agitando la mano—. A dos o tres millas. Davey puede llevaros en la carreta.

—Sois todos muy gentiles. —Tanis se volvió titubeante hacia los otros quienes le devolvieron la mirada—. Sé que os parecerá extraño, pero fuimos desviados de nuestro curso y... ¿al norte de qué ciudad?

—De Kalamán, por supuesto —declaró el hombre espiándoles con cierto recelo.

—Sí, claro —dijo Tanis y, con una leve sonrisa, se dirigió al guerrero—. Tenía yo razón, la corriente no nos arrastró tan lejos como afirmabas.

—¿No? —preguntó Caramon perplejo. Por fortuna, Tika hundió el codo en sus costillas y este aviso hizo que se pusiera en situación—. Debo reconocerlo, me equivoqué como de costumbre. Ya me conoces, Tanis, nunca acierto a orientarme como es debido...

—No exageres —farfulló Riverwind, y el guerrero enmudeció.

El pescador les escudriñó con ojos sombríos.

—No cabe duda de que formáis un grupo muy extraño —les espetó—. No recordáis cómo embarrancais, ni siquiera sabéis dónde os encontráis. Supongo que estabais todos borrachos pero ése no es asunto de mi incumbencia, de modo que me limitaré a daros un consejo: no volváis a embarcaros, ni ebrios ni sobrios. Davey, trae la carreta.

Tras dedicarles una última y desdeñosa mirada, el pescador se colocó a su hijo menor sobre los hombros y volvió al trabajo. Su otro vástago había desaparecido, sin duda en busca del carro.

Tanis suspiró, antes de consultar a sus amigos:

—¿Alguno de vosotros tiene idea de cómo hemos llegado hasta aquí o por qué vestimos tan singulares ropajes?

Todos menearon la cabeza en ademán negativo.

—Recuerdo el Mar Sangriento y el remolino —apuntó Goldmoon—. Pero el resto lo veo en una nebulosa, como un sueño.

—Yo recuerdo a Raist... —empezó a decir Caramon con el rostro grave pero, al sentir la mano de Tika deslizándose bajo la suya, la miró y se dulcificó su expresión—. También...

—Silencio —le amonestó Tika ruborosa, a la vez que apoyaba su rostro en el brazo del guerrero y dejaba que éste besara sus rojizos bucles—. No fue ningún sueño —le murmuró.

—En mi mente se agolpan ciertas imágenes —declaró Tanis con la mirada prendida en Berem—, pero fragmentadas e inconexas. No hay dos que logren encajar de un modo revelador. En cualquier caso, no debemos apoyarnos en la memoria sino mirar hacia el futuro. Iremos a Kalamán para averiguar qué ha sucedido en nuestra ausencia. ¡Ni siquiera sé qué día es hoy! Ni qué mes, por supuesto. Luego...

—Nos encaminaremos hacia Palanthas —le atajó Caramon.

—Ya veremos —repuso el semielfo.

Davey había regresado con un carro tirados por un esquelético caballo, y todos se pusieron en movimiento.

—¿Estás seguro de querer encontrar a tu hermano? —susurró Tanis en el oído del guerrero cuando se hubieron incorporado. Caramon no contestó.

Los compañeros llegaron a Kalaman a media mañana.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Tanis a Davey cuando el joven conducía el destartado vehículo por las calles de la ciudad—. ¿Se celebra alguna fiesta?

La urbe estaba atestada, y la mayoría de los comercios permanecían cerrados. Los habitantes se congregaban en pequeños círculos para hablar en tonos apagados.

—Más parece un funeral—comentó Caramon—. Debe haber muerto alguna personalidad.

—O se avecina la guerra —apostilló el semielfo.

Las mujeres sollozaban, los hombres adoptaban expresiones entre tristes e iracundas y los niños, que correteaban a su alrededor, miraban a los mayores en actitud temerosa.

—No puede tratarse de la guerra, señor —declaró Davey— y la Fiesta de Primavera concluyó hace dos días. No sé qué es lo que sucede, pero si queréis puedo enterarme —ofreció a la vez que tiraba de las riendas del cansino caballo.

—Sigue adelante —ordenó el semielfo—. Pero dime, ¿por qué no puede haber estallado una guerra?

—¡Por que ya la hemos ganado! —exclamó Davey perplejo—. Por los dioses, señor, debíais estar muy borrachos si no lo recordáis. El Áureo General y los Dragones del Bien...

—¡Ah, sí! —se apresuró a interrumpirle Tanis.

—Me detendré en el mercado de los pescadores —decidió Davey saltando del pescante—. Ellos lo sabrán.

—Te acompañaremos. —El semielfo hizo señal a los otros para que se apearan.

—¿Qué noticia ha creado este revuelo? —inquirió Davey frente a un grupo de hombres y mujeres que se habían reunido en torno a un puesto rebosante de oloroso pescado.

Algunos de los interpelados dieron media vuelta y empezaron a hablar todos a la vez. Tanis, que se había acercado por detrás del muchacho, sólo logró oír algunas frases de la excitada conversación:

—El Áureo General ha sido capturado... ciudad maldita... los habitantes huyen... los dragones perversos...

Pese a sus esfuerzos, los compañeros no sacaron nada en claro de tan entrecortada cháchara. Los lugareños parecían reticentes a hablar con desconocidos y, en lugar de explicarse mejor, se limitaron a lanzarles miradas de desconfianza, más aún al reparar en su rico atuendo.

Después de agradecer una vez más a Davey la excursión hasta la ciudad, el grupo le dejó junto a sus amigos. Tras una breve discusión resolvieron dirigirse a la plaza central, con la esperanza de averiguar más detalles de lo sucedido. La multitud se intensificaba a medida que avanzaban, hasta tal punto que tuvieron que abrirse camino a empujones en las intransitables calles. Corrían todos de un lado para otro, indagando sobre los últimos rumores y meneando la cabeza presas de la desesperación. Algunos ciudadanos cargadas sus pertenencias al hombro, se alejaban en dirección a las puertas de la urbe, sin duda deseosos de emprender la fuga cuanto antes.

—Deberíamos comprar armas —propuso Caramon preocupado—. Las nuevas no auguran nada bueno. ¿Quién creéis que es el Áureo General? Mucho respeto inspira a los habitantes de Kalaman cuando su captura provoca tanto dolor e inquietud.

—Probablemente un Caballero de Solamnia —aventuró Tanis—. Y tienes razón, debemos comprar armas —se llevó la mano al cinto y exclamó—: ¡Maldita sea! Tenía una bolsa llena de curiosas monedas de oro, pero parece haberse esfumado. Como si no nos enfrentásemos ya a bastantes, problemas...

—¡Esperad un momento! —gruñó Caramon palpando también su cinturón—. ¿Qué diablos...? ¡Mi saquillo estaba en su lugar hace un segundo! —Al dar media vuelta el fornido guerrero vislumbró una figura que trataba de confundirse en el gentío, armada con una raída bolsa de cuero—. ¡Eso es mío! —rugió y, apartando a los presentes como si fueran briznas de paja, emprendió la persecución del ladrón. Cuando le dio alcance estiró su descomunal mano para agarrar al escurridizo individuo por su lanuda zamorra y arrancarlo de la calle en volandas—. Devuélveme ahora mismo... ¡Tasslehoff!

—¡Caramon! —exclamó el kender. El guerrero soltó a su presa sin dar crédito a sus ojos, mientras Tas buscaba a los otros con la mirada.

—¡Tanis! —vociferó al ver que se acercaba entre la muchedumbre—. ¡Oh, Tanis! —Corrió a su encuentro, abrazándole y prorrumpiendo en sollozos con el rostro enterrado en su pecho.

Los habitantes de Kalaman acudieron en masa a los muros de su ciudad, como hicieran sólo unos días antes. Entonces, sin embargo, les embargaba la felicidad. Con ánimo festivo contemplaron el triunfante desfile de los caballeros y los dragones de plata y oro,

mientras que ahora guardaban el silencio que sólo inspira el más profundo desaliento. Las miradas confluían en la llanura atentas a los rayos del sol que se elevaban hacia su cenit, próximo ya el mediodía Esperaban. Esperaban que la Dama Oscura apareciera de un momento a otro.

Tanis estaba junto a Flint, apoyada su mano en el hombro del enano. Este último casi se había desplomado al ver a su amigo.

El suyo fue un triste encuentro. En tonos apagados, Flint y Tasslehoff se turnaron para explicar a sus compañeros todo lo ocurrido desde que se separaran en Tarsis unos meses antes. Hablaba uno hasta que la emoción le impedía continuar, y entonces el otro tomaba el hilo de la historia. Así conocieron Tanis y los demás el hallazgo de las Dragonlance, la destrucción del Orbe de los Dragones y la muerte de Sturm.

Cuando Tanis oyó esta triste nueva bajó la cabeza incapaz de contener su dolor, de imaginar el mundo sin tan noble amigo. Flint, aunque también apesadumbrado, se apresuró a narrar la gran victoria del caballero y la paz que había hallado en las tinieblas.

—Ahora es un héroe en Solamnia —dijo—. Se cuentan leyendas sobre él, al igual que hicieran en torno a la figura de Huma. Todos están de acuerdo en que salvó a su stirpe y eso, Tanis, es lo que él habría deseado.

El semielfo, esbozando una sonrisa, asintió en silencio antes de rogarle que prosiguiera.

—Relátame lo que hizo Laurana al llegar a Palanthas —le rogó—. ¿Aún está allí? Si es así, quizá vayamos...

Flint y Tas intercambiaron una penosa mirada. El enano bajó los ojos, mientras el kender desviaba el rostro para secar su pequeña nariz con un pañuelo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tanis en una voz que no reconoció como suya—. Debo saberlo.

Despacio, Flint contó la historia.

—Lo lamento, Tanis —farfulló entre sollozos una vez hubo concluido—. No me ocupé de ella como me encomendaste.

El viejo enano estalló en tan violento llanto que Tanis sintió una punzada en el corazón. Estrechando al hombrecillo entre sus brazos, trató de consolarle.

—No te culpes, Flint —dijo sin lograr sobreponerse a su propia desazón—. Soy yo el causante de su infortunio, fue por mí por quien se arriesgó a morir.

—Empieza profiriendo reproches y acabarás maldiciendo a los dioses —intervino Riverwind, al mismo tiempo que daba una palmada en el hombro del semielfo—. Es un antiguo refrán de mi pueblo.

Tanis no se dejó reconfortar y, conocedor del rumor que corría en la ciudad acerca de la inminente llegada de Kitiara, pregunto:

—¿A qué hora vendrá la Dama Oscura?

—A mediodía —contestó Tas con un hilo de voz.

Era ya casi la hora señalada y Tanis fue a reunirse con los ciudadanos de Kalamán para aguardar la llegada de la Dama Oscura. Gilthanas se hallaba a cierta distancia del semielfo, ignorándole de un modo patente. No podría reprochárselo, el elfo sabía por qué Laurana se había embarcado en tan arriesgada aventura, cuál fue el señuelo utilizado por Kitiara para atraer a su hermana. Cuando le preguntó fríamente si era cierta su convivencia con la Señora del Dragón, Tanis no pudo negarla.

—Entonces te consideraré el único responsable de la suerte de Laurana —se limitó a decir el dignatario elfo con la voz quebrada por la ira—. Y suplicaré a los dioses una noche tras otra que compartas su cruel destino, aunque aumentado en sus aspectos más dolorosos.

—Puedes estar seguro de que lo aceptaría de buen grado si eso pudiera devolvérmola —repuso Tanis. Gilthanas se limitó a alejarse sin despegar los labios.

El gentío comenzó a señalar el horizonte entre inquietos murmullos. Una sombra se perfilaba en el cielo, el inconfundible contorno de un Dragón Azul.

—Ese es su animal —anunció solemnemente Tasslehoff—. Lo vi en la Torre del Sumo Sacerdote.

El Dragón trazó perezosas espirales sobre la ciudad para, acto seguido, posarse sin violencia a escasa distancia de las murallas. Un mortal silencio flotó en el aire cuando su jinete se alzó sobre los estribos y, quitándose el casco, se dirigió a la multitud con una voz que resonó en todos los tímpanos.

—Supongo que ya os habréis enterado de que la mujer elfa a la que llamáis Áureo General está en mi poder. Por si necesitáis pruebas, quiero mostraros esto. —Alzó la mano, y Tanis vio el resplandor del sol reflejado en un yelmo de plata de exquisita filigrana—. En mi otra mano, aunque no podéis distinguirlo desde detrás del muro, guardo un mechón de cabellos dorados. Dejaré ambos objetos en el llano cuando parta para que recordéis a vuestro general a través de estas reliquias.

Un ininteligible susurro agitó a los ciudadanos congregados en la muralla. Kitiara se interrumpió unos instantes para mirarles con aquellos gélidos ojos que petrificaban a sus oponentes mientras Tanis, sin cesar de observarla, hundía sus uñas en la carne para obligarse a conservar la calma. Había cruzado por su mente la absurda idea de saltar sobre ella y atacarla por sorpresa.

Al ver su expresión, a un tiempo salvaje y desesperada, Goldmoon se acercó al semielfo y posó la mano en su hombro. Sintió cómo el cuerpo de Tanis se estremecía, antes de

tomarse rígido bajo su contacto en un intento de recuperar el control. Al mirar sus puños la mujer de las Llanuras vio horrorizada que la sangre manaba por sus muñecas.

—Lauralanthalasa, la doncella elfa, ha sido llevada a presencia de la Reina de la Oscuridad en Neraka. Será rehén de Su Majestad hasta que se cumplan las condiciones que paso a exponeros. En primer lugar, la Reina exige que un humano llamado Berem, el Hombre Eterno, le sea entregado sin tardanza. También desea que los Dragones del Bien regresen a Sanction, donde se rendirán frente a Ariakas, y por último quiere que Gilthanas, Príncipe de los elfos, ordene a los Caballeros de Solamnia y a los miembros de las tribus Silvanesti y Qualinesti que depongan las armas. Por su parte Flint Fireforge, el enano, dará idénticas instrucciones a su pueblo.

—¡Eso es un desatino! —se rebeló Gilthanas avanzando hacia el borde del parapeto para enfrentarse a la Dama Oscura—. ¡No podemos acatar tales demandas! No sabemos quién es Berem ni dónde encontrarle, ni tampoco puedo responder en nombre de los elfos o los dragones bondadosos. ¡Carece de sentido cuanto nos propones!

—La Reina no es una insensata como sugieres —repuso Kitiara sin alterarse—. Sabe muy bien que necesitaréis tiempo para satisfacer sus deseos, y ha decidido concederos tres semanas. Si en ese plazo no habéis hallado a Berem que, según nuestros informes, está en las inmediaciones de Flotsam, ni habéis despedido a los Dragones del Bien, regresaré... pero esta vez no depositaré tan sólo unos bucles de la melena de vuestro general ante las puertas de Kalamán.

Hizo una nueva pausa.

—El trofeo que encontraréis será su cabeza.

Arrojó entonces el yelmo a los pies del Dragón y éste obediente a su escueta orden, desplegó las alas para emprender el vuelo.

Durante unos interminables momentos nadie habló ni movió un solo músculo. Los ciudadanos observaban petrificados el yelmo que yacía frente a la muralla y cuyas cintas rojas constituían, en su incesante revoloteo, la única nota de color en aquel opresivo ambiente. Al fin alguien señaló al horizonte lanzando un grito de terror.

Apareció en lontananza una increíble visión, tan espantosa que cuantos la contemplaban se decían para sus adentros que quizá habían perdido el juicio. Pero el objeto de su desasosiego se acercó por el aire hasta que todos tuvieron que admitir su realidad, un hecho que no contribuyó precisamente a disipar sus temores.

Fue así como el pueblo de Krynn conoció la existencia del más ingenioso pertrecho guerrero de Ariakas: la ciudadela voladora.

Trabajando en las secretas cámaras de los templos de Sanction, los magos de Túnica Negra y unos clérigos tenebrosos arrancaron un castillo de sus cimientos y lo lanzaron hacia la bóveda celeste. Ahora la ciudadela se hallaba suspendida sobre Kalamán en medio de un banco de nubes tormentosas, que festoneaba el aserrado zigzag de los relámpagos, y era custodiada por centenares de escuadras de Dragones Rojos y Negros eclipsando el sol del mediodía al proyectar su ominosa sombra sobre la ciudad.

La muchedumbre abandonó la muralla. El miedo a los dragones, como un hechizo invencible, envolvió a los habitantes de Kalamán para sumirles en el más profundo desaliento. Sin embargo, los dragones que escoltaban la ciudadela no atacaron. La Reina Oscura había sido precisa en sus instrucciones, debían dar tres semanas a aquellos humanos a la deriva. Lo único que tenían que hacer era mantener la vigilancia para asegurarse de que, en ese tiempo, ni los Caballeros ni los Dragones del Bien organizaran escaramuzas de batalla.

Tanis se volvió hacia el resto de los compañeros, que permanecían apiñados junto al parapeto sin apartar la mirada de la ciudadela. Acostumbrados a los efectos del pánico que provocaban los reptiles no huyeron en desbandada como los restantes ciudadanos y, por consiguiente, al poco rato quedaron solos en su atalaya.

—Tres semanas —susurró Tanis, y todas las miradas confluyeron en él.

Por vez primera desde que salieran de Flotsam vieron que su expresión se había liberado del destructivo remordimiento que la atenazaba. Sus ojos reflejaban paz, una paz muy similar a la que había advertido Flint en las pupilas de Sturm después de su muerte.

—Tres semanas —repitió el semi elfo con una voz pausada que produjo escalofríos en la espalda de Flint—, tenemos tres semanas. Creo que son suficientes. Me voy a Neraka, donde habita la Reina Oscura. Y tú vendrás conmigo —añadió señalando a Berem, que permanecía mudo a escasa distancia.

Los labios del Hombre Eterno se abrieron en una mueca de pánico para esbozar un «¡No!» desgarrado, a la vez que se encogía todo su cuerpo. Viéndole dispuesto a huir, Caramon extendió su enorme mano y le apresó con firmeza.

—Me acompañarás a Neraka —insinuó Tanis sin inmutarse—, o te entregaré ahora mismo a Gilthanas. El Príncipe elfo profesa un gran cariño a su hermana y no vacilará en ponerte en manos de la Reina Oscura si piensa que de ese modo puede obtener su libertad. Tú y yo sabemos la verdad, sabemos que tu sacrificio no cambiaría la situación; pero él lo ignora, como miembro de su noble raza está convencido de que la tenebrosa soberana cumplirá su parte del trato.

—¿No me dejarás a merced de esa terrible criatura? —preguntó Berem a Tanis con temeroso recelo.

—Sólo quiero averiguar qué ocurre —declaró fríamente Tanis, evitando una respuesta directa—. Pero para lograrlo necesitaré un guía, alguien que conozca la zona.

Forcejeando hasta desembarazarse de Caramon, Berem les observó a todos como sumido en un encantamiento.

—Iré —balbuceó—. No me entregues al elfo.

—De acuerdo —accedió Tanis—. No es momento para gimoteos —añadió al percatarse de su agitación—, partiremos al anochecer y debemos prepararnos a conciencia.

Giró bruscamente la cabeza, mas no se sorprendió en absoluto al sentir unos poderosos dedos cerrados sobre su brazo.

—Sé lo que vas a decir, Caramon, pero la respuesta es no. Berem y yo haremos este viaje solos.

—Entonces os enfrentaréis «solos» a la más terrible de las muertes —replicó el guerrero en tonos apagados, sin aflojar su presión contra el miembro del semielfo.

—Si es así, sucumbiremos a nuestro destino —trató sin éxito de liberarse del forzado compañero—. No llevaré en esta misión a ningún miembro del grupo.

—Fracasarás —se obstinó Caramon—. ¿Es eso lo que quieres? ¿No será que buscas un modo de ahogar tu culpabilidad para siempre? Te ofrezco mi espada, resulta más rápida y certera que una azarosa aventura, si tal es tu intención. Pero si de verdad pretendes rescatar a Laurana, necesitarás ayuda.

—Los dioses nos han reunido —apostilló Goldmoon con dulzura—. Han hecho que volvamos a encontrarnos en un momento crucial. Es una señal de las divinidades, Tanis, no la rechaces.

El semielfo inclinó la cabeza. No podía llorar, se habían agotado sus lágrimas. Tasslehoff deslizó su pequeña mano entre las suyas y dijo con festivo talante:

—Además, piensa en cuántas complicaciones surgirían en tu camino sin mi intervención.

Capítulo 9

La llama de la esperanza

En la ciudad de Kalamán reinaba un letal silencio la noche del ultimátum lanzado por la Dama Oscura. El Señor de la Ciudad, Calof, declaró el estado de guerra, lo que significaba que las tabernas permanecían cerradas y las puertas de la ciudad cerradas y atrancadas para impedir la salida, siendo las familias de las aldeas de pescadores y granjeros que circundaban la urbe las únicas personas autorizadas a entrar. Estos

refugiados empezaron a afluir cerca del crepúsculo, y contaron siniestras historias sobre los draconianos que habían irrumpido en sus dominios a fin de quemar sus casas y practicar el pillaje.

Aunque algunos de los nobles de Kalamán se habían opuesto a tan drástica medida como era el estado de sitio, Tanis y Gilthanas —unidos por una vez— habían forzado al máximo dignatario a tomar tal decisión. Ambos describieron vivas y espantosas imágenes del incendio de Tarsis. Sus argumentos resultaron tan inapelables que Calof siguió su consejo, si bien quedaba patente que no sabía qué hacer para defender su ciudad a juzgar por las miradas desvalidas que lanzaba a los insignes luchadores. La ominosa sombra de la ciudadela flotante sobre el recinto había desquiciado al Señor de Kalamán, y los altos mandos militares no gozaban de mayor cordura. Tras escuchar las más disparatadas ideas, Tanis se puso en pie.

—Deseo hacer una sugerencia, señores —dijo en actitud respetuosa—. Hay aquí alguien que sabrá proteger la ciudad eficazmente...

—¿Tú, semielfo? —le interrumpió Gilthanas desdeñoso.

—No —respondió Tanis—. Tú, Gilthanas.

—¿Un elfo? —se sorprendió Calof.

—Estuvo en Tarsis. Posee una larga experiencia en la lucha contra los reptiles perversos y los draconianos. Los Dragones del Bien confían en él y acatarán sus órdenes.

—Eso es cierto —admitió Calof. Una expresión de alivio surcó su rostro cuando se volvió hacia Gilthanas para añadir—: Sabemos qué sentimientos albergan los elfos respecto a los humanos, señor, y debo reconocer que la actitud es recíproca. Pero nos estaremos eternamente agradecidos si queréis ayudarnos en esta hora de necesidad. Después de todo, existen significativos precedentes.

Gilthanas observó a Tanis, sumido en una momentánea perplejidad, pero nada pudo leer en la barbuda faz del semielfo. Calof repitió su ruego, mencionando la posibilidad de una recompensa como si pensara que la vacilación del Príncipe elfo se debía a la falta de un incentivo tangible.

—¡No, señor! —Gilthanas despertó de aquella ensoñación en la que el rostro de Tanis se le apareció marcado por la muerte—. No necesito, ni siquiera deseo, recompensa ninguna. Si puedo contribuir a la salvación de los habitantes de esta ciudad me consideraré satisfecho en mis más altas aspiraciones. En cuanto a nuestra pertenencia a razas irreconciliables —miró una vez más al semielfo—, la experiencia me ha demostrado que es una falacia. Siempre lo fue.

—¿Qué debemos hacer? —inquirió, entusiasmado, Calof.

—En primer lugar quiero sostener una conversación privada con Tanis —declaró Gilthanas, viendo que el semielfo se disponía a partir.

—Por supuesto. Hay una pequeña estancia a vuestra derecha donde podréis hablar sin ser molestados —ofreció el noble con el índice extendido hacia una puerta.

Una vez en la reducida pero lujosa sala ambos permanecieron de pie en un tenso silencio, sin lanzarse ni siquiera miradas de soslayo. Pasados unos interminables minutos Gilthanas se dirigió al fin a su interlocutor.

—Siempre menosprecié a los humanos —dijo despacio—, y, sin embargo, he decidido aceptar la responsabilidad de protegerles. Me gusta lo que siento —añadió, escudriñando por vez primera el semblante de Tanis.

También el semielfo observó a Gilthanas y su contraída expresión pareció relajarse, aunque no pudo devolver la sonrisa esbozada por su oponente. Bajó los ojos, y la gravedad tiñó de nuevo su faz.

—Has resuelto ir a Neraka, ¿no es cierto? —preguntó Gilthanas tras otra larga pausa.

Tanis asintió sin despegar los labios.

—¿Te acompañarán tus amigos?

—Algunos de ellos. Todos quieren seguirme, pero... —no pudo continuar al recordar su inquebrantable lealtad, de modo que se limitó a hundir la cabeza sobre su pecho.

El Príncipe elfo posó la vista en la mesa, profusamente tallada, mientras acariciaba con aire ausente su lustrosa madera.

—Debo marcharme cuanto antes —declaró Tanis encaminándose a la puerta—. Tengo mucho que hacer. Abandonaremos la ciudad a medianoche, cuando Solinari se oculte...

—Espera —Gilthanas apoyó la mano en el brazo del semielfo—. Quiero que sepas que lamento mis palabras de esta mañana. No te vayas aún, Tanis, no sin escucharme — lanzó un suspiro y prosiguió—: He aprendido mucho sobre mí mismo, Tanis, y puedo asegurarte que las lecciones fueron duras. Sin embargo, las olvidé todas al conocer la suerte de Laurana. Estaba furioso, espantado y quería vengarme atacando a alguien, a ti puesto que eras la diana más próxima. Laurana actuó como lo hizo empujada por el amor que te profesa. ¡Amor! También he empezado a profundizar en ese sentimiento, o por lo menos lo estoy intentando —su voz tenía ahora ribetes amargos—. Pero es el dolor lo que de forma más punzante se abre camino en mis entrañas, aunque ése es asunto que sólo me concierne a mí.

Tanis le escuchaba con muda atención, notando un nuevo calor en aquella mano que mantenía sobre su brazo.

—Ahora sé, después de haber reflexionado —continuó el elfo— que Laurana tenía razón al dejarse llevar por su impulso. Debía ir, de lo contrario su amor carecería de sentido. Había depositado toda su fe en ti, creía lo suficiente en sus sentimientos como para acudir a tu lado cuando pensó que estabas moribundo... incluso a costa de aventurarse en un lugar maldito.

Gilthanas aferró, ahora con ambas manos, los hombros del cabizbajo semielfo.

—Theros Ironfeld dijo en una ocasión que, en toda su vida, no había visto nunca que de un acto de amor se derivasen consecuencias perniciosas. Debemos creer en sus palabras, Tanis. Laurana corrió en tu busca por amor, lo mismo que te dispones a hacer tú ahora. Sin duda los dioses bendecirán tu empeño.

—¿Acaso bendijeron a Sturm? —preguntó el semielfo con aspereza—. ¡También el amaba!

—¿Cómo sabes que no lo hicieron?

Tanis cerró sus dedos en torno a los de Gilthanas y meneó la cabeza. Quería creer, se le antojaba bello, inquietante... como las leyendas de dragones. En su infancia había anhelado que aquellas criaturas existieran en realidad.

Suspirando, se apartó del elfo. Tenía la mano en el pomo de la puerta cuando Gilthanas habló de nuevo:

—Adiós, hermano.

Los compañeros se reunieron en una pequeña estancia en la que había una puerta secreta que llevaba, a través de las almenas, hasta el exterior. Gilthanas podría haberles autorizado a salir por uno de los accesos principales pero cuantas menos personas conocieran el proyecto de Tanis mejor sería para todos, en especial para el semielfo.

Solinari había empezado a zambullirse tras los abruptos perfiles de las montañas y Tanis, apartado del grupo, contemplaba a través de una ventana los últimos reflejos de los argénteos rayos lunares sobre las torres de la siniestra ciudadela. Vio luces en el castillo flotante, negras sombras que se recortaban en su interior. ¿Quién vivía en aquel inefable ingenio? ¿Draconianos? ¿Quizá los magos de Túnica Negra y los perversos clérigos que lo habían desprendido del suelo?

A su espalda oía hablar a los otros en tonos apagados... salvo a Berem. El Hombre Eterno, bajo la estrecha vigilancia de Caramon, se mantenía al margen con el pánico dibujado en sus ojos.

Tanis se volvió para contemplarles unos minutos y al fin se dijo que debía enfrentarse a una nueva despedida, tan dolorosa que se preguntó si no flanquearía su voluntad en el último instante. Observó, tratando de ocultar el rostro, los cálidos haces luminosos que la poniente Solinari prendía de la bella melena metálica de Goldmoon. Su faz irradiaba paz, serenidad, pese a conocer las posibles implicaciones del viaje a las tinieblas que sus amigos se disponían a emprender. Aquello confirió fuerzas al semielfo.

Con un hondo suspiro, se apartó de la ventana para reunirse con el grupo.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó ansioso Tasslehoff...

Tanis sonrió, a la vez que estiraba la mano para acariciar el ridículo copete de su cabeza. En un mundo cambiante, los kendens se revelaban inmutables.

—En efecto —dijo en voz alta—. Para algunos de nosotros —añadió con la mirada fija en Riverwind.

Al cruzarse sus ojos con los del semielfo, firmes y graves, los pensamientos que surcaban la mente del hombre de las Llanuras se reflejaron en su semblante, tan límpidos para Tanis como los contornos de las nubecillas en una noche de luna. Al principio Riverwind se negó a comprender, ni siquiera escuchó las palabras de su cabecilla. Pero pronto se percató de lo que éste había dicho y se sonrojó su rostro impenetrable, avivado por el centelleo de sus negras pupilas.

Tanis guardó silencio, limitándose a desviar de nuevo la mirada hacia Goldmoon. También Riverwind contempló a su esposa, quien se hallaba envuelta en una aureola argéntea, perdida en sus propias cavilaciones. Una dulce sonrisa daba vida a sus labios, una complacencia que Tanis había detectado en los últimos días. Quizá imaginaba a su hijo jugando bajo el sol.

El semielfo concentró una vez más su atención en Riverwind. Al ver la batalla que libraba en su interior supo que el guerrero Que-shu insistiría en acompañarles, aunque el hacerlo entrañara abandonar temporalmente a Goldmoon.

Avanzando hacia él, Tanis posó las manos en sus hombros y se abrió camino hasta su agitado corazón.

—Tu trabajo ha concluido, amigo —le dijo—. Ya has recorrido las sendas del invierno hasta donde debías seguirlas. Aquí se separan nuestras rutas: la nuestra conduce al yermo desierto, la tuya traza un recodo en pos de los árboles en flor. Has contraído una responsabilidad con el hijo que has engendrado—. Levantó una de sus manos para cerrarla sobre el hombro de Goldmoon y atraerla hacia sí.

»Vuestro vástago nacerá en otoño —se apresuró a continuar para impedir la protesta que ya afloraba a los labios de la mujer—, cuando los vallenwoods se visten de grana y oro. No llores, por favor —añadió estrechándola en sus brazos—. Aquellos viejos árboles volverán a crecer y entonces llevarás al guerrero o a la doncella a Solace, donde le relatarás la historia de dos seres que, gracias a la intensidad de su amor, permitieron que la esperanza perdurase en un mundo de dragones.

Besó su hermoso cabello antes de que Tika, entre quedos sollozos, ocupase su lugar en un emocionado abrazo de despedida. Mientras, Tanis se volvió hacia Riverwind y advirtió que se había diluido la severa máscara de su rostro para revelar los surcos del dolor. Ni siquiera el semielfo podía ver con claridad a través de las lágrimas.

—Gilthanas necesitará ayuda para planificar la defensa —declaró tras aclarar su garganta—. Me sentiría plenamente feliz si vuestro penoso y largo invierno hubiera terminado, pero me temo que se prolongará aún un poco más.

—Los dioses están con nosotros, amigo, hermano —susurró Riverwind con voz entrecortada, apretando contra su pecho al semielfo—. Espero que os acompañen en vuestro viaje. Aguardaremos vuestro regreso.

Solinari desapareció tras las montañas. Las únicas luces que destellaban ahora en el cielo nocturno eran las de las oscilantes estrellas y aquellos otros resplandores, fantasmales, que enmarcaban las ventanas de la ciudadela y parecían vigilarles cual varios pares de ojos felinos. Uno tras otro los compañeros se despidieron de la pareja de las Llanuras. Encabezados por Tasslehoff cruzaron acto seguido el pasillo de las almenas, atravesaron una nueva puerta y descendieron por una escalera. A su pie, una nueva hoja de carcomida madera conducía a la planicie; la traspasaron en fila, sigilosos, con las manos cerradas sobre sus armas.

Durante un momento permanecieron apiñados oteando el llano donde, a pesar de la cerrada noche, creían que su carrera sería vista por los millares de ojos que acaso los acechaban desde la ciudadela voladora.

Tanis, que se hallaba junto a Berem, notó cómo aquel hombre temblaba de miedo y se alegró de haber asignado a Caramon su vigilancia. Desde el instante en que anunció su proyecto de viajar a Neraka el semielfo había detectado una mirada fantasmal y demente en los azules ojos del misterioso individuo, similar a la de un animal enjaulado. No pudo por menos que compadecerle, pero hizo un esfuerzo para endurecer su corazón: era mucho lo que se jugaban. Berem era la clave de una respuesta que se ocultaba en el templo de Neraka. Ignoraba cómo se las arreglaría para descubrir la solución del enigma, si bien un plan comenzaba a perfilarse en su mente.

En lontananza rasgaron el aire nocturno unos estridentes sonidos de trompetas, a la vez que una luz anaranjada se elevaba en el horizonte. Los draconianos prendían fuego a otra ciudad. Tanis se arropó en su túnica pues, a pesar de estar en primavera, el helor del invierno aún flotaba en la atmósfera.

—Iniciad la marcha, de uno en uno —ordenó con voz queda.

Contempló cómo atravesaban a la mayor velocidad posible la franja de tierra herbácea, en pos del cobijo que había de brindarles la arboleda. En un claro les aguardaban varios dragones cobrizos, pequeños pero de raudo vuelo, para transportarles a las montañas, tal como había dispuesto Gilthanas. Esta aventura podría concluir antes de iniciarse — pensó Tanis mientras observaba las evoluciones de Tasslehoff, ágil como un roedor en su elemento. Si descubrían a sus monturas, si los vigilantes ojos de la ciudadela les veían, sería su fin. Berem caería en manos de la Reina y la Oscuridad se cerniría para siempre sobre su mundo.

Tika siguió a Tas, en una carrera veloz y segura que contrastaba con la de Flint, penosa y jadeante. El enano parecía haber envejecido en los últimos días mas, aunque esta idea cruzó por la mente del semielfo, sabía que el hombrecillo nunca accedería a quedarse en la ciudad. También Caramon imprimió su peculiar ritmo en la travesía del llano, avanzando a grandes zancadas. En todo momento mantuvo una mano firmemente apoyada en Berem, al que arrastraba sin dificultad.

Mi turno —se dijo Tanis al ver que todos los otros se hallaban protegidos en la espesura. Para bien o para mal, la historia se acercaba a su desenlace. Alzando la mirada antes de echar a correr distinguió a Goldmoon y Riverwind, que espiaban sus movimientos desde la ventana de la sala de la torre.

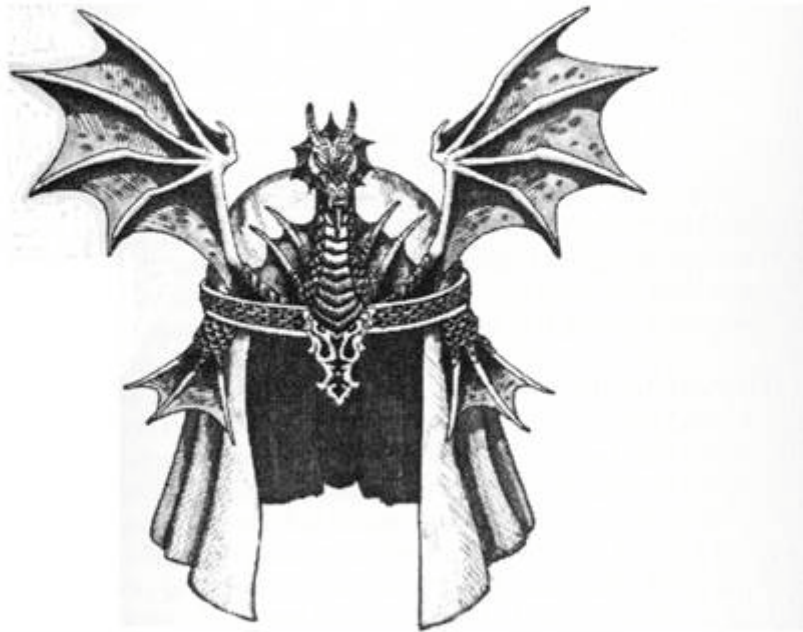
Para bien o para mal. ¿Y si al fin reinan las tinieblas? ¿Qué será de nuestra tierra y de quienes ahora dejo tras de mí? —se preguntó el semielfo por primera vez.

Contempló los contornos de aquellos dos seres que eran para él tan entrañables como la familia que nunca conoció. Goldmoon encendió entonces una vela, cuya llama iluminó fugazmente su rostro y el de Riverwind. Ambos levantaron la mano para desearles suerte, apagando al instante la débil lumbre por miedo a que algunos ojos hostiles descubriesen la escena.

Con un hondo suspiro, Tanis dio medio vuelta y puso en tensión sus músculos. Aunque venciese la negrura, nunca se extinguiría la esperanza. Una vela, símbolo de otras muchas, había oscilado unos segundos para luego morir, pero desde la noche de los tiempos surgirían centenares de llamas que quizá no menguarían bajo ningún soplo.

Así arde siempre el fuego solitario de la esperanza, iluminando la oscuridad hasta la llegada del nuevo día.

LIBRO 8



Capítulo 1

Un viejo humano y un Dragón Dorado

Era aquél un Dragón Dorado de avanzada edad, el más viejo de su especie. Fiero guerrero en su tiempo, exhibía en su arrugada piel las cicatrices de sus victorias. En un día remoto su nombre brilló con tanta fuerza como sus hazañas, pero hasta él había olvidado su antiguo apelativo y respondía al apodo que ahora le asignaban los jóvenes e irrespetuosos dragones de su estirpe: Pyrite —Oro Empañado—, debido a su irredimible hábito de desaparecer mentalmente del presente para evocar su propia historia.

Su dentadura había menguado de forma considerable, habían transcurrido eones desde que masticara por última vez un sabroso bocado de carne de ciervo o despedazado a un goblin. En ocasiones trituraba entre sus maltrechos colmillos a un conejo tierno, pero se sustentaba sobre todo de gachas de avena.

Cuando vivía en el presente Pyrite era un compañero ingenioso, aunque irascible. También su visión comenzaba a nublarse, pese a su negativa a admitirlo, y su sordera constituía un hecho inapelable. Su mente, no obstante, conservaba una gran agilidad así como su conversación, según otros dragones tan aguda como los incisivos que un día poseyera. El único problema era que casi nunca disertaba sobre los temas que interesaban a cuantos le rodeaban.

En el instante mismo en que regresaba al pasado los otros reptiles dorados huían despavoridos hacia sus cuevas, pues cuando se alimentaba de sus recuerdos podía invocar hechizos con asombrosa precisión y su aliento resultaba tan mortífero como siempre.

En estos momentos, sin embargo, Pyrite no estaba ni en el pasado ni en el presente. Yacía tumbado en los llanos de Estwilde, dormitando bajo el tibio sol primaveral. Junto a él había un viejo humano en similar actitud, hundida su cabeza en la almohada que le prestaba el flanco del Dragón.

Un sombrero de copete puntiagudo y ala deforme descansaba sobre el rostro del anciano, que de ese modo protegía sus ojos del refulgente astro. Bajo su desigual contorno asomaba una esponjosa barba, larga y blanca como la nieve, en curioso contraste con las mugrientas botas que sobresalían del repulgo de su túnica grisácea.

Ambos estaban sumidos en un profundo sueño. Los costados del Dragón se hinchaban y emitían sordos zumbidos cada vez que respiraba mientras que de la boca del hombre, abierta de par en par, surgían prodigiosos ronquidos que incluso a él lo despertaban. Cuando eso sucedía se incorporaba como impulsado por un resorte, lanzaba el sombrero rodando por el suelo —algo que no contribuía a conservar su ya raído paño— y examinaba alarmado las inmediaciones. Al no ver nada inquietante emitía un iracundo gruñido, se encasquetaba de nuevo el sombrero y se abandonaba a su interrumpida siesta, no sin antes azuzar al reptil en las costillas.

Cualquier viejo se habría preguntado sin duda qué diablos hacían aquel par de decrepitos seres en los llanos de Estwilde, a pesar del espléndido día, y se hubiera extrañado de su presencia. Habría imaginado que esperaban a alguien porque el humano se despertaba a intervalos, se quitaba el sombrero y escudriñaba el cielo vacío. Pero no existía tal viajero. Ninguno transitaba por aquel paraje, al menos ninguno amistoso. La planicie era un auténtico hervidero de draconianos y goblins pertrechados para la guerra. Si, aquella singular pareja sabía que había elegido un lugar peligroso para dormir, pero no parecía importarles.

Despertando por un ronquido especialmente atronador, el viejo humano comenzó a reprender a su compañero por hacer tanto ruido pero se interrumpió cuando una sombra pasó fugaz sobre sus cabezas.

—¡Vaya ! —refunfuñó el hombre alzando la mirada—. Una escuadrilla de dragones con sus jinetes. Seguro que sus intenciones son funestas. —Sus cejas se unieron en forma de letra «V» sobre su nariz—. Estoy harto de que perturben mi descanso, ¿cómo osan tapar el sol que nos ilumina? ¡Despierta! —ordenó a Pyrite, a la vez que le golpeaba con un viejo bastón de madera que habría sufrido tanto como él los estragos del tiempo. El Dragón rezongó, abrió uno de sus dorados ojos, vio aquella nebulosa gris que reconoció como un humano senil y bajó de nuevo el enorme párpado.

Siguieron pasando sombras, cuatro reptiles con sus cabalgaduras.

—¡Vamos, perezoso, despierta de una vez! —exclamó enfurecido el humano. Sin cesar de roncar, el animal se arrellanó sobre su lomo con las garras hacia arriba para recibir en el vientre la suave caricia del sol.

Durante unos instantes el viejo observó furibundo al Dragón pero, llevado de una súbita inspiración, rodeó el colosal cuerpo para situarse junto a su cabeza y vociferar en uno de sus oídos:

—¡Ha estallado la guerra! Nos atacan.

El efecto fue fulminante. Pyrite salió de su letargo, volteándose sobre su estómago y hundiendo las pezuñas en el suelo con tal fuerza que casi quedó atascado. Levantó

entonces su orgullosa cabeza, antes de extender las alas y batirlas en un violento torbellino de nubes de polvo y arena que se elevaron una milla en el aire.

—¡La guerra! —repitió con voz tan estentórea como un clarín—. Nos llaman. ¡Que se concentren las tropas! ¡Preparados para la defensa!

El viejo humano quedó atónito ante tan súbita transformación, sin acertar a hablar a causa de la polvareda que había inhalado y que obstruyó momentáneamente sus vías respiratorias. Viendo que el Dragón se disponía a levantar el vuelo, sin embargo, echó a correr hacia él al mismo tiempo que agitaba el sombrero para recordarle su presencia.

—¡Espera! —suplicó entre toses y ahogos—. ¡No te vayas sin mí!

—¿Quién eres para que tenga que aguardarte? —rugió Pyrite cegado por el remolino de arena—. ¿Quizá mi hechicero?

—Sí —se apresuró a responder el desconcertado anciano, digamos que soy tu mago. Baja un poco el ala para que pueda trepar por ella. Gracias, eres un buen compañero y ahora... ¡Diablos, no me he sujetado las correas! ¡Cuidado con mi sombrero! ¡Maldita sea, todavía no he dado la orden de despegar!

—Debemos llegar a tiempo al campo de batalla —declaró Pyrite hecho una furia—. ¡Huma está solo ante el peligro!

—¡Huma! —farfulló el hombre—. En cualquier caso, si pretendes sumarte a esa liza llevas algunos siglos de retraso. No es ése el combate al que quiero acudir, sino en pos de los cuatro dragones que vuelan hacia levante. ¡Son criaturas perversas! Tenemos que detenerles...

—Sí, ya los veo —anunció Pyrite y trazó una rauda espiral en persecución de dos sobresaltadas águilas.

—¡No! —protestó desalentado el jinete sin cesar de espolear los costados del animal—. ¡Pon rumbo al este, dos grados más en esa dirección!

—¿Estás seguro de ser mi hechicero? —preguntó el Dragón con voz cavernosa—. Nunca antes me hablaste en este tono.

—Lo lamento, viejo amigo —se disculpó el anciano— estoy un poco nervioso. Este conflicto me tiene desquiciado.

—¡Por los dioses, he avistado cuatro reptiles voladores! —anunció Pyrite al distinguir al fin sus contornos, que aparecían borrosos ante sus cansados ojos.

—Acerquémonos a fin de no errar en la diana. Deseo utilizar un encantamiento espléndido, el de la bola de fuego. Si logro recordar cómo invocarlo —añadió el humano en su susurro.

Dos oficiales de los ejércitos de los Dragones surcaban el aire junto a los cuatro reptiles de cobre. Uno cabalgaba en cabeza, un hombre barbudo cubierto por un yelmo que parecía demasiado ancho para su cabeza y que le cubría por completo el rostro, ocultando sus ojos. El otro iba en la retaguardia. Era un individuo corpulento, que parecía a punto de reventar embutido en su armadura negra. No llevaba casco, quizá por no haber hallado ninguno de su tamaño, y su faz exhibía una expresión lóbrega y vigilante, sobre todo cuando miraba a los prisioneros que avanzaban a lomos de los dragones en el centro de la escuadrilla.

Formaban los cautivos un heterogéneo grupo: una mujer; enfundada en una armadura de piezas desiguales, un enano, un kender y un varón de mediana edad con el cabello largo y enmarañado.

El mismo viajero que podría haber observado al viejo y a su Dragón se habría percatado de que los oficiales y sus prisioneros se desviaban de su ruta para evitar ser detectados por las tropas de tierra del Señor del Dragón. Cada vez que un grupo de draconianos les descubría y comenzaba a gritar a fin de atraer su atención, los oficiales lo ignoraban de un modo patente. También se habría preguntado un curioso caminante qué hacían los dragones de cobre al servicio de un dignatario de las huestes oscuras.

Por desgracia, ni el anciano ni su decrepita montura poseían excesivas dotes de observación. Refugiándose en los bancos de nubes, avanzaban sin ser vistos hacia el desprevenido grupo.

—Cuando yo te lo ordene sal tan rápido como puedas de nuestro escondrijo —dijo el hombre, emitiendo chasquidos de júbilo ante la perspectiva de una batalla—. Les atacaremos por la espalda.

—¿Dónde está Huma? —preguntó el dorado reptil mientras trataba de aclarar su visión entre las nubes.

—Ha muerto —farfulló el viejo concentrándose en su hechizo.

—¡Muerto! —repitió consternado el animal—. ¿Hemos llegado demasiado tarde?

—¡No te preocupes ahora por eso! —le espetó el hombre encolerizado—. ¿Estás preparado?

—Muerto —el Dragón no podía creer tan luctuoso suceso. Tras unos instantes de reflexión, declaró con furibundos centelleos en los ojos—: ¡Le vengaremos!

—De eso se trata. —El anciano había decidido seguirle la corriente—. Atento a mi señal... ¡no, todavía no!

Sus últimas palabras se desvanecieron en la ráfaga de viento que provocó el animal al abandonar su aéreo parapeto para lanzarse en picado sobre los pequeños dragones, como una flecha arrojada por una mano invisible.

El fornido oficial que cerraba la singular comitiva advirtió un movimiento sobre ellos y alzó la cabeza.

—¡Tanis! —llamó alarmado al otro oficial con los ojos fuera de sus órbitas.

El semielfo dio media vuelta. Alertado por la atronadora voz de Caramon se aprestó a la lucha, pero al principio no vio a ningún posible rival. Señaló el guerrero hacia las alturas, y fue entonces cuando levantó los ojos y exclamó:

—En nombre de los dioses, ¿quién...?

Tanis vio como, surgido de la bóveda celeste, un Dragón Dorado surcaba el espacio directamente hacia el grupo. Cabalgaba a su grupa un viejo con el cano cabello ondeando a su espalda y la barba blanca esparcida en remolinos sobre sus hombros. La boca del animal estaba retorcida en una mueca que habría sido agresiva de no estar por completo desdentada.

—Creo que nos atacan —dijo Caramon sobrecogido.

Tanis había llegado a idéntica conclusión.

—¡Dispersaos! —ordenó, renegando para sus adentros. A sus pies una división de draconianos contemplaba la batalla aérea con intenso interés, y lo último que deseaba en el mundo era atraer sus miradas. Después de pasar desapercibidos a lo largo de muchas millas, ahora un viejo loco venía a desbaratar sus planes. Los cuatro dragones rompieron de inmediato su formación, pero no fueron lo bastante rápidos. Una brillante bola de fuego estalló en medio del grupo y los lanzó despedidos en todas direcciones. Cegado momentáneamente por tan inesperado resplandor, Tanis soltó las riendas y rodeó con los brazos el cuello de su montura mientras ésta daba incontables volteretas en el vacío. De pronto el semielfo oyó una voz de familiar.

—¡Ya son nuestros! ¡Qué magnífico hechizo!

—Fizban —gimió perplejo Tanis. Sin cesar de pestañear, luchó con denuedo para recobrar el equilibrio. Al parecer el animal sabía cómo manejar la apurada situación mejor que su inexperto jinete, pues no tardó en enderezarse por su propia iniciativa. Ahora que podía centrar su mirada, el semielfo observó a sus compañeros. Estaban ilesos, pero diseminados por el cielo. El anciano y su Dragón perseguían a Caramon, el hombre tenía la mano extendida como si se dispusiera a formular un nuevo encantamiento. El guerrero gritaba y gesticulaba, signo inequívoco de que también él había reconocido al mago. Flint y Tasslehoff, que se habían situado a su espalda, avanzaban presurosos hacia Fizban. El kender agitaba las manos pletórico de júbilo, mientras que el hombrecillo se aferraba a lo que podía para salvar la vida con un tinte verdoso en su desencajado semblante.

Pero el mago se había obstinado en dar caza a su presa. Tanis le oyó pronunciar unas frases arcanas destinadas a crear dardos de fuego con los que fulminar al guerrero. Al fin brotaron éstas de las yemas de sus dedos, aunque por fortuna erraron su diana. El guerrero tuvo el buen acierto de inclinar la cabeza en el instante en que los mágicos relámpagos pasaban junto a él, de modo que no resulto herido.

Tanis lanzó un reniego tan vil que él mismo se sorprendió. Espoleando los flancos de su dragón, señaló con el índice a su oponente y ordenó:

—¡Atácale! No le lastimes, límitate a mantenerla a raya. Quedó perplejo cuando el dragón cobrizo rehusó obedecer. Tras menear la cabeza la criatura comenzó a trazar círculos, y, de pronto, el semielfo comprendió que se preparaba para aterrizar.

—¿Te has vuelto loco? —le imprecó—. Nos posaremos en medio de las tropas enemigas.

El animal le prestó oídos sordos y, para colmo de desdichas, los otros dragones resolvieron imitarle y planearon en el aire en busca de un lugar propicio donde tomar tierra.

En vano suplicó Tanis a su montura que depusiera su actitud. Berem, sentado detrás de Tika, se abrazó a ella con tal vehemencia que la muchacha apenas podía respirar. Los ojos del Hombre Eterno estaban fijos en los draconianos, que corrían por el llano en dirección al paraje hacia el que volaban los reptiles cobrizos mientras Caramon, por su parte, se debatía en su silla para tratar de evitar los relámpagos que zigzagueaban a su alrededor. Incluso Flint había reaccionado y tiraba frenéticamente de las riendas de su dragón, sin preocuparse de los gritos que Tas seguía dedicando a Fizban. Este último avanzaba detrás del grupo y conducía a los animales como a un rebaño de ovejas.

Aterrizaron al fin en las estribaciones de las montañas Khalkist. Cuando examinó su entorno presa de una gran inquietud, Tanis vio que las hordas de draconianos se acercaban en una desenfundada carrera.

Quizá logremos engañarles —pensó, aunque sus disfraces, en principio, sólo debían permitirles llegar hasta Neraka y no burlar a un grupo de recelosos draconianos. De todos modos, merecía la pena intentarlo. Sólo le cabía confiar en que Berem sabría conservar la calma y permanecer en segundo plano.

Sin embargo, antes de que el semielfo acertara a decir una sola palabra, el Hombre de la Joya Verde saltó a tierra para emprender la huida en dirección a las vecinas montañas. Tanis vio que los soldados lo señalaban entre agitadas voces.

Su idea de mantenerle en la sombra había fracasado antes de ponerla en práctica. Tanis esbozó un nuevo reniego, pero trató de concentrarse en concebir una farsa susceptible de ayudarles a salir del apuro. Podía fingir que aquel hombre era un prisionero ansioso por escapar, mas no tardó en comprender que si los draconianos creían esta historia se lanzarían en su persecución y acabarían por apresarle. Si las revelaciones de Kitiara eran ciertas, todos los miembros de sus huestes poseían descripciones de Berem.

—¡En nombre del Abismo! —El semielfo se esforzaba en recapacitar, pero aquella situación se le escapaba de las manos—. ¡Caramon, ve en busca de Berem! Flint, tú te ocuparás... ¡No, Tasslehoff, vuelve aquí! ¡Maldita sea! Tika, detén al kender. Pensándolo mejor, quédate a mi lado; tú también, Flint.

—¡Pero Tasslehoff ha ido al encuentro de ese viejo orate!

—Con un poco de suerte la tierra se abrirá y los engullirá a ambos. Desmontando tras los otros compañeros, el semielfo giró la cabeza y no pudo reprimir una severa imprecación al ver la escena que se desarrollaba en la ladera. Berem, azuzado por el pánico, trepaba entre las rocas y los arbustos de espino con la ligereza de una cabra montesa mientras Caramon, a causa de su arsenal de artilugios guerreros, resbalaba sin cesar perdiendo un paso de cada dos que avanzaba.

Al posar una vez más los ojos en el llano, Tanis distinguió a los draconianos con absoluta claridad. La luz del sol reverberaba en su metálico atuendo, sus espadas y sus lanzas. Quizá aún existía una posibilidad si los Dragones de Cobre accedían a atacar.

Pero en el instante en que daba la orden de combate el anciano mago apareció por detrás de un peñasco, bajo cuya sombra se había posado el Dragón Dorado, para desbaratar su plan.

—¡Vosotros cuatro, volved al lugar de donde surgisteis! —vociferó el humano a la vez que corría hacia el grupo.

—¡No, espera! —Tanis casi se arrancó la barba de un tirón a causa de su ira y de su impotencia. No era para menos, pues el viejo hechicero corría entre los cobrizos animales ahuyentándoles como un granjero a sus gallinas cuando las conduce al corral.

De pronto el semielfo abandonó sus lamentaciones, al advertir perplejo que los animales se postraban en presencia del humano de túnica grisácea y, desplegando las alas, alzaban el vuelo.

Tanis, enfurecido, cruzó la enmarañada hierba en pos del mago. Al oírle, Fizban se volvió para encararse con él.

—Estoy decidido a lavar tu sucia boca con jabón —amenazó el anciano al mismo tiempo que clavaba en el semielfo una furibunda mirada—. Todos vosotros sois ahora mis prisioneros, de modo que comportaos como es debido o probaréis los efectos de mi magia...

—¡Fizban! —exclamó Tasslehoff, que regresaba por el otro lado del peñasco al no encontrarle junto a su Dragón. El kender echó a correr y estrechó al atónito humano entre sus brazos sin darle tiempo a retroceder.

—Pero si es Tasse... —masculló éste.

—Burrfoot —apostilló el interpelado, soltándole e inclinando el cuerpo en una cortés reverencia.

—¡Por el fantasma del gran Huma! —profirió Fizban.

—Este es Tanis el Semielfo, y aquél Flint Fireforge. ¿No te acuerdas de él? —preguntó Tas a la vez que extendía el índice en dirección al enano.

—Sí, por supuesto —repuso el mago balbuceante y ruboroso.

—Y Tika, y Caramon; aunque ahora no puedes verle, está en esa ladera. También nos acompaña Berem, un hombre extraño que recogimos en Kalaman y que tiene una joya verde incrustada... ¡Ay! Tanis, me has hecho daño.

Tras mirar de hito en hito a todos los presentes, Fizban se aclaró la garganta e inquirió:

—¿No os habréis unido a los ejércitos de los Dragones?

—¡Claro que no! —le espetó Tanis en sombrío ademán—. Por lo menos, hasta hoy. De todos modos quizá la situación cambie de un momento a otro —añadió, haciendo un significativo gesto hacia atrás.

—¿No tenéis ninguna vinculación con ellos? —insistió el mago con renovada esperanza—. ¿Estáis seguros de no haber sido convertidos? Podrían haberos convencido a la fuerza.

—¡No, maldita sea! —el semielfo se desprendió violentamente de su yelmo—. Soy Tanis ¿recuerdas?

El rostro de Fizban se iluminó.

—Es para mí un gran placer volver a veros, señor —asiendo la mano de Tanis, la estrechó en un cálido apretón.

—¡Lo has estropeado todo! —le reprendió el semielfo exasperado, a la vez que se desembarazaba de su conciliador saludo.

—¡Pero cabalgabais a lomos de dragones!

—Sí, de Dragones del Bien. ¡Han regresado! —Tanis no lograba contener su ira.

—¡Nadie me lo comunicó! —protestó el anciano, presa también de cierta indignación.

—¿Sabes lo que has hecho? —el semielfo ignoró aquel intento de interrumpirle—. Nos has derribado en el aire y, no contento con ello, has expulsado a nuestro único medio seguro para llegar a Neraka.

—Me doy cuenta —admitió pesaroso Fizban. Tras lanzar una mirada de soslayo a la llanura, añadió—: Esos individuos nos ganan terreno, no debemos permitir que nos alcancen. ¿Qué hacemos aquí charlando mientras se acercan? ¡Vaya un cabecilla! —clavó sus ojos en Tanis—. Supongo que tendré que asumir yo el mando. ¿Dónde está mi sombrero?

—A unas cinco millas —declaró Pyrite, que se había reunido con el grupo. Un prolongado bostezo brotó de su arrugado hocico.

—¿Qué haces en estos parajes? —dijo el mago visiblemente disgustado.

—¿Dónde debería estar? —preguntó el Dragón.

—¡Te ordené que levantarás el vuelo en cuanto lo hicieran los otros!

—No he querido ir con ellos —se rebeló el animal. Estornudó y una lengua de fuego afloró por sus fosas nasales, seguida de una tremenda bocanada de aire—. Esas criaturas cobrizas no respetan a sus mayores —explicó malhumorado—. No cesan de hablar ni de reír por tonterías. ¡Me ponen nervioso! .

—En ese caso, tendrás que regresar solo —Fizban alzó la vista para clavarla en los empañados ojos del animal—. Vamos a emprender un largo viaje por una región llena de peligros...

—¿Vamos? —intervino Tanis—. Escúchame bien, Fizban, o como quiera que te llames: te sugiero que tú y tu... amigo sigáis vuestro camino. Tienes razón, nuestro periplo será arriesgado y, ahora que hemos perdido a nuestros dragones, también más prolongado de lo que en principio calculamos.

—Tanis —gritó Tika espionando a los ya próximos draconianos.

—Rápido, a las montañas —apremió el semielfo a la vez que emitía un hondo suspiro en un intento de controlar su miedo y su furia—. Vamos, Tika, adelante. Flint, síguela. Tas... —tiró de su brazo para azuzarle.

—No, Tanis, no podemos dejarle aquí —suplicó el kender.

—¡Tas! —le atajó el semielfo en un tono que dejaba patente su resolución de no admitir más demoras.

También el anciano pareció comprender que nada lo detendría.

—Iré con los compañeros —anunció al Dragón por su propia iniciativa, pues sabía que Tanis no iba a ofrecérselo—. Me necesitan. Como no puedes regresar solo, tendrás que recurrir al polifónico...

—¡Polimórfico! —le corrigió indignado Pyrite—. Nunca aprenderás esa palabra...

—Su nombre no importa ahora, me has entendido y eso basta. ¡Deprisa o no podrás venir con nosotros.

—De acuerdo —asintió el Dragón—. También podría utilizar otros.

—No creo que... —empezó a sugerir Tanis, sin atender al singular galimatías y preguntándose qué iban a hacer con aquel viejo gigante.

Pero era demasiado tarde. Mientras Tas lo contemplaba fascinado y el semielfo permanecía quieto, ardiendo de impaciencia, el animal pronunció unas palabras en el extraño lenguaje de la magia. Se produjo un deslumbrante resplandor y el dorado reptil se desvaneció ante sus ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Tasslehoff sin comprender el fenómeno.

Fizban se inclinó hacia adelante para recoger algo del suelo y alzarlo en su palma abierta.

—¡Moveos, no hay tiempo que perder! —Tanis empujó a Tas y al viejo en dirección a la ladera, que Tika y Flint ya habían comenzado a escalar.

—Toma —susurró Fizban al kender en plena carrera—. Vamos, extiende la mano.

Tas obedeció, y quedó sin resuello al ver lo que el mago había depositado entre sus dedos. Le habría gustado detenerse para examinarlo mejor, pero Tanis lo agarró por el brazo y lo obligó a seguir.

En la palma del sobrecogido kender refulgía la diminuta figura de un dragón dorado, tallada con exquisito detalle. Incluso creyó ver las cicatrices de sus alas, aunque no con tanta claridad como los pequeños rubíes que centelleaban en sus cuencas oculares. De pronto, bajo la atenta mirada de Tas, las gemas desaparecieron bajo los dorados párpados que la estatuilla acababa de entornar.

—¡Fizban, es magnífico! ¿De verdad puedo quedármelo? —se aseguró sin girar la cabeza hacia el anciano, que avanzaba un poco rezagado entre sonoros resoplidos

—¡Por supuesto, muchacho! —confirmó el mago—. Al menos hasta que concluya esta aventura.

O hasta que muramos en el empeño —farfulló Tanis, salvando las rocas a gran velocidad. Los draconianos se hallaban a escasa distancia.

Capítulo 2

El puente mágico

Perseguidos por los draconianos, que creían haber dado con un grupo de espías, los compañeros escalaron un cerro tras otro.

Habían perdido el rastro de Caramon y el huido Berem, pero no tenían tiempo para buscarles. Así pues se llevaron un gran sobresalto cuando encontraron al guerrero, que

estaba intentando reanimar el cuerpo inerte del Hombre de la Joya Verde, desmayado a sus pies.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tanis entre dificultosos jadeos, agotado tras la penosa marcha montaña arriba.

—Al fin le atrapé —respondió Caramon meneando la cabeza— y presenté batalla. Es muy fuerte para su avanzada edad, Tanis, de modo que tuve que golpearle. Temo haberme excedido —añadió a la vez que contemplaba lleno de remordimientos la comatosa figura.

—¡Fantástico! —exclamó el semielfo, demasiado cansado para reprenderle.

—Me ocuparé de él —declaró Tika mientras revolvía en una bolsa de cuero.

—Los draconianos acaban de salvar el peñasco más próximo —informó Flint, que se había rezagado del grupo. El enano caminaba a trompicones, al parecer en el límite de su resistencia. Se desplomó junto a una roca y procedió a enjugarse el sudor con el extremo de su lengua barba.

—Tika —empezó a decir Tanis.

—¡Lo encontré! —le atajó la muchacha con aire triunfante, exhibiendo en su mano un pequeño vial. Tras arrodillarse al lado de Berem, destapó el frasquito y lo agitó bajo su nariz. La inconsciente criatura respiró hondo y, al instante, le sobrevino un acceso de tos. Tika le abofeteó entonces sin violencia en ambas mejillas, al mismo tiempo que le ordenaba con el tono de voz que solía utilizar entre los parroquianos de «El Último Hogar»:

—¡Levántate! A menos, claro, que quieras caer en poder de los draconianos.

Berem abrió alarmado los ojos. Se sentó aún aturdido sujetándose la cabeza, con ayuda del guerrero.

—¡Espléndida idea, Tika! —la felicitó Tas muy excitado—. Deja que pruebe yo... —Sin que la muchacha acertara a detenerle, el kender le arrebató el vial y se lo llevó a la nariz para inhalar sus efluvios.

—¡Agh! —balbuceó medio asfixiado retrocediendo hacia Fizban, que aparecía en aquel momento por el sendero después de demorarse en la escalada—. ¡Tika, qué olor tan espantoso! —apenas podía hablar—. ¿Qué es?

—Una de las pócimas de Otik —respondió ella sonriente—. Todas las mozas de la posada teníamos uno de estos frasquitos. Resultaba útil en multitud de ocasiones, supongo que sabes a qué me refiero —su mueca festiva se desvaneció al recordar—.

—¡Pobre Otik! —susurró—. Me pregunto que habrá sido de él y de su local.

—No es momento para cavilaciones, Tika —la amonestó Tanis nervioso—. Tenemos que seguir. ¡Incorpórate, anciano! —ordenó a Fizban, que acababa de acomodarse en el suelo.

—Conozco un hechizo —insinuó el mago mientras Tas tiraba de él—, que aniquilaría a esos bribones en un abrir y cerrar los ojos. ¡Se desvanecerían en el aire!

—¡No! —prohibió el semielfo—. De ninguna manera. Con la suerte que tenemos últimamente seguro que se convertirían en trolls.

—Quizá podría... —el rostro de Fizban se iluminó.

El sol crepuscular comenzaba a zambullirse en el lejano horizonte cuando el camino que habían seguido en su precipitada excursión alcanzó un punto muerto para ramificarse en dos direcciones opuestas. Una de las sendas conducía a los picos, la otra parecía serpentear por la ladera. Tanis pensó que quizá existía un paso entre las cumbres, un paso que podrían defender si fuera necesario.

Antes de que pudiera pronunciar una palabra, Fizban se adentró en el sendero que discurría por la ladera.

—Este es el buen camino —anunció el viejo mago sin interrumpir la marcha, apoyado en su bastón.

—Pero... —intentó replicar Tanis. ¡Vamos, seguidme! —insistió el anciano, volviéndose para lanzarles una fulgurante mirada bajo su cano entrecejo—. Ese otro es un callejón sin salida, y en más de un aspecto. Lo conozco bien, no es la primera vez que visito estos parajes. La senda que he tomado rodea una de las montañas hasta una honda cañada. Hay un puente sobre el precipicio; podemos cruzarlo y luchar contra los draconianos cuando pretendan alcanzarnos.

Tanis rezongó, remiso a confiar en aquel viejo demente.

—Es un buen plan —razonó Caramon—. Antes o después tendremos que encararnos con ellos —señaló a los draconianos que trepaban por los caminos montañosos.

Tanis examinó a sus compañeros, todos más cansados de lo que admitían. Tika estaba pálida, apenas brillaban sus ojos habitualmente alegres. Se apoyó en Caramon, quien incluso había abandonado sus lanzas a fin de aligerar la carga.

Tasslehoff dedicó a Tanis una sonrisa jovial, pero jadeaba como un perro sediento e incluso cojeaba de un pie.

Berem presentaba su semblante acostumbrado, mezcla de hosquedad y temor. De todos modos no era él quien más preocupaba al semielfo, sino Flint. El enano no había despegado los labios durante su fuga y, aunque mantuvo el ritmo sin desfallecer, exhibía un tinte amoratado en el rostro además de respirar en cortas boqueadas. En ocasiones,

cuando se creía libre de miradas indiscretas, cerraba la mano sobre su pecho o se frotaba el brazo izquierdo como si le causara un punzante dolor.

—De acuerdo, Fizban —accedió el semielfo—. Dejaré que guíes la comitiva, aunque lo más probable es que no tarde en lamentarlo —concluyó en un susurro mientras los restantes compañeros se apresuraban a seguir al mago.

Al anochecer, el grupo se detuvo en un pequeño saliente rocoso que se extendía en la parte superior de la ladera. Ante ellos se dibujaba un hondo desfiladero en cuyo centro, al pie de las verticales paredes, reptaba un río abriéndose paso como una sinuosa serpiente.

Tanis calculó que el precipicio superaba los cuatrocientos pies. El camino que ahora seguían jalonaba el cerro, con la piedra desnuda a un lado y el vacío al otro. Sólo existía un medio para cruzar la garganta.

—Ese puente —dijo Flint tras varias horas de silencio— es más viejo que yo... y está más desvencijado

—Ese puente ha perdurado durante años, sobreviviendo incluso al Cataclismo —replicó Fizban indignado.

—Lo creo —apostilló Caramon.

—Al menos no es demasiado largo. —Era Tika quien hablaba, en un intento de infundir ánimos pero con voz entrecortada.

El puente que unía las dos vertientes estaba construido según un diseño único. Ambos extremos, incrustados en las montañas, eran sostenidos por unos enormes troncos de vallenwood que formaban una letra X donde se apoyaba la plataforma de listones de madera. En un tiempo remoto aquella estructura debió constituir una maravilla arquitectónica, mas ahora las tablas aparecían podridas y astilladas. Si en su día existió una barandilla, había caído sin dejar rastro en el angosto precipicio. Los troncos de su base crujían y se balanceaban en la fría brisa de la noche.

De pronto los compañeros oyeron a escasa distancia ecos de voces guturales, acompañadas por repiqueteos metálicos.

—No podemos retroceder —constató Caramon—. Propongo que crucemos el puente de uno en uno.

—No hay tiempo —repuso Tanis levantándose—. Sólo nos cabe esperar que los dioses nos acompañen. Y, aunque detesto admitirlo, Fizban tiene razón; una vez al otro lado no nos resultará difícil vencer a los draconianos que, apiñados en la plataforma, se convertirán en excelentes dianas. Iré delante y los demás me seguiréis en fila. Caramon, mantente en la retaguardia y tú, Berem, colócate detrás de mí.

Avanzando con toda la premura que permitía la situación, Tanis pisó el puente en un tanteo inicial. Bajo sus pies los listones se estremecían de un modo ominoso mientras que, en lontananza, el río fluía en sucesivos rápidos entre los muros del cañón con

irregulares rocas proyectadas sobre su blanca y espumosa superficie. El semielfo contuvo el aliento y desvió los ojos de las profundidades.

—No miréis hacia abajo —recomendó a los otros, sintiendo un doloroso vacío donde debía hallarse su estómago.

Durante unos momentos el semielfo no pudo moverse, pero al fin logró contenerse y emprender la travesía. Berem andaba pegado a sus talones, atenazado por un pánico que borraba cuantas sensaciones de temor había experimentado en su prolongada vida.

Tras el Hombre Eterno, Tasslehoff, con la ligereza y agilidad que caracteriza a los kenders, abrió camino al aterrorizado Flint, sostenido por Fizban. Al fin, Tika y Caramon acometieron la pasarela sin cesar de vigilar la ineludible aparición de sus enemigos.

Tanis se encontraba casi a medio camino cuando una parte de la plataforma cedió bajo sus pies, quebrándose la añeja madera de varias tablas. En una reacción instintiva, motivada por el paroxismo del momento, el semielfo se aferró a los listones del borde. Pero éstos se desmenuzaban en su mano, hasta que sus dedos empezaron a deslizarse y... alguien le agarró por la muñeca.

—¡Berem, aguanta! —jadeó Tanis a la vez que intentaba mantenerse en suspenso, a sabiendas de que cualquier movimiento por su parte no haría sino dificultar la ayuda que le brindaba el Hombre de la Joya Verde.

—¡Tira de él! —vociferó Caramon—. No os mováis los demás, la estructura podría ceder y nos precipitaríamos en la cañada.

—Desfigurado por la tensión, en un baño de sudor frío, Berem obedeció la orden del guerrero. Tanis vio cómo se hinchaban los músculos de sus brazos, con las venas a punto de estallar. Tras unos segundos, que el semielfo se le antojaron siglos, el insondable humano izó su cuerpo por el borde del puente para depositarlo sobre las tablas aún enteras donde, aturdido se desmoronó. Permaneció en el inseguro suelo tembloroso, agarrado a la madera.

Tika lanzó un repentino grito y, al levantar la cabeza, Tanis comprendió con una mueca irónica que había salvado la vida para perderla de nuevo. En efecto, una treintena de draconianos acababan de aparecer en el sendero que dejaban atrás. El semielfo miró el trecho que se extendía al otro lado de la brecha, comprobando que la plataforma seguía encajada en su estructura y que tanto él como Berem y Caramon podían alcanzarla de un salto, pero no así Tas, Flint, Tika ni el viejo mago.

—Antes hablaste de «excelentes dianas» —murmuró Caramon, a la vez que desenvainaba su espada.

—¡Formula un hechizo, anciano! —exclamó, de pronto, Tasslehoff.

—¿Cómo? —Fizban no daba crédito a sus oídos.

—¡Un hechizo! —repitió el kender señalando hacia los draconianos que, al ver a los compañeros atrapados en el puente, se disponían a aniquilarles.

—Tas, ya tenemos bastantes problemas —le recordó Tanis con la madera resquebrajándose bajo sus pies. Caramon se plantó entonces de espaldas al grupo, resuelto a defenderles de los soldados.

Imitando al valiente guerrero, Tanis insertó una flecha en su arco y disparó. Uno de los reptiles se sujetó el pecho con las manos antes de precipitarse entre desgarradas voces seguido por otro, víctima también de un certero dardo del semielfo. Los draconianos que se hallaban apostados en el centro de la línea titubearon, escudriñando su entorno en una gran confusión: no había ningún parapeto seguro, ningún escondrijo donde cobijarse de la mortífera arremetida del barbudo adversario. Los de primera fila, no obstante, se lanzaron en pos del puente.

En aquel instante Fizban empezó a invocar su encantamiento.

Al oír el cántico del mago Tanis se sintió desfallecer, pero enseguida rectificó pues lo cierto era que nada en el mundo podía agravar todavía más su situación. Berem, erguido junto a él, contemplaba a los draconianos en una postura estoica que parecía incomprendible de no saber que aquel hombre no temía a la muerte debido a su seguridad de renacer poco después. El semielfo arrojó una tercera flecha, que provocó el grito agónico de otro enemigo. Tan concentrado estaba en su blanco, que olvidó por completo a Fizban hasta que Berem emitió una exclamación de asombro. Al alzar los ojos vio que el humano miraba perplejo al cielo, le modo que trató de localizar el objeto de su asombro... y casi dejó caer el arco cuando lo descubrió.

Descendía entre las nubes, refulgiendo bajo los últimos rayos del sol, un tramo de puente de tonos dorados. Guiada por la mano de Fizban, la aparición se desprendió de sus invisibles sujeciones para cerrar la brecha.

Tanis se recobró de su estupor y, al mirar a sus oponentes, advirtió que ellos contemplaban también el tramo dorado con sus ojos de reptil, totalmente transfigurados.

—¡Rápido! —ordenó. Asiendo a Berem por el brazo, el semielfo lo arrastró en su carrera y saltó sobre el tramo cuando se hallaba suspendido a escasa distancia del vacío que debía cubrir. Aún soportando el peso de ambos el fantasmal objeto se mantuvo firme en su descenso, aunque ahora un poco más lento fiel a las instrucciones de Fizban.

En el momento en que la dorada pasarela se hallaba a escasas pulgadas de su ajuste, Tasslehoff, con un salvaje grito, se encaramó a ella seguido por el aturdido enano. Los draconianos, comprendiendo, de pronto, que sus presas escapaban, aullaron enfurecidos y corrieron en tropel hacia la plataforma. Tanis se había detenido en el extremo del mágico trozo de puente, desde donde disparaba flechas a la avanzadilla mientras que Caramon contenía su arremetida con la espada.

—¡Adelante! —instó Tanis a Tika quien, tras alcanzar de un brinco la tabla salvadora, se situó junto a él—. Permanece al lado de Berem y vigílate. Acompaña a Flint.
¡Deprisa!

—Yo me quedaré contigo, Tanis —se ofreció Tasslehoff. Aunque a regañadientes, dirigiendo a Caramon una mirada de soslayo, Tika obedeció al semielfo y se alejó con Berem, que no necesitaba de sus empujones, dada la proximidad de los draconianos. Atravesaron raudos el tramo hacia la mitad restante del desvencijado puente, cuyos listones crujían de manera alarmante bajo su peso. Tanis esperaba que resistiera, pero no podía permitirse el lujo de observar la travesía; sólo las pisadas de las recias botas de Flint le anunciaban el éxito de la intentona.

—¡Lo conseguimos! —gritó Tika desde el otro lado del cañón.

—¡Caramon! —llamó Tanis al guerrero a la vez que disparaba otra flecha, esforzándose para mantener el equilibrio en la plataforma. En tan insegura posición no acertó a concluir su frase.

—Cruza de una vez —espetó Fizban al guerrero en lugar del semielfo—. Debo concentrarme para depositar el tramo en su lugar correcto, creo que he de desviarlo unas pulgadas a la izquierda.

—¡Tasslehoff, no te quedes aquí! —ordenó Tanis.

—No pienso abandonar a Fizban —se obstinó el kender al ver que Caramon se izaba sobre la tabla y que los draconianos, libres de su acoso, se apiñaban en el puente. Tanis lanzaba flechas con toda la velocidad posible, derribando a los draconianos entre charcos de sangre verdosa o precipitándoles al vacío, pero empezaba a sentirse agotado y, lo que era aún peor, apenas le quedaban proyectiles. Los enemigos no cesaban de avanzar pese a sus denodados intentos de frenarles.

—¡Apresúrate, Fizban! —le suplicó Tasslehoff retorciéndose las manos.

—¡Ya está! —declaró satisfecho el mago, ajeno a la cruenta batalla—. Un encaje perfecto y los gnomos afirmaban que era un pésimo ingeniero.

En efecto, la parte que sostenía a Tanis, Caramon, Fizban y Tas se había instalado firmemente entre las dos secciones del quebrado puente. Pero en aquel mismo momento la mitad que conducía a la salvación, al otro lado de la garganta, se partió y cayó al precipicio.

—¡En nombre de los dioses! —exclamó Caramon aterrorizado, a la vez que sujetaba a Tanis y lo atraía hacia él para evitar que pisara el vacío en lugar de las planchas de madera que ya no podían recibirle.

—¡Estamos atrapados! —se lamentó el semielfo mientras contemplaba como los troncos se hundían en el desfiladero y sentía que su alma caía con ellos. Al otro lado oía gritar a Tika, confundiendo sus voces con las exultantes exclamaciones de los draconianos.

Inesperadamente, algo se quebró con estrépito en el lugar donde se hallaban congregados los reptiles, que mudaron su júbilo por un incontenible terror.

—¡Mira, Tanis! —le apremió Tasslehoff muy excitado. El semielfo giró el rostro, justo a tiempo para ver que aquella parte del puente se desmoronaba también en el cañón arrastrando a numerosos draconianos. El tramo dorado se tambaleó de un modo alarmante y, al notarlo, Caramon no pudo reprimir un aullido de miedo:

—¡Vamos a despeñarnos, no hay nada que nos sostenga ahora!

Sin embargo, su lengua se paralizó al escudriñar ambos flancos de la vieja estructura. Con un ahogado susurro, añadió:

—No puedo creerlo.

—No me preguntes por qué, pero yo sí —repuso Tanis en un tembloroso jadeo.

En el centro del cañón, suspendida en el aire, la mágica tabla permanecía inmutable, brillando bajo la luz del sol poniente mientras los últimos listones de la plataforma desaparecían en pos de las verticales paredes. Cuatro figuras se erguían sobre su refulgente superficie, sin cesar de observar las ruinas que les rodeaban y las insalvables brechas que se abrían en ambos extremos del ya inexistente paso.

Durante unos segundos reinó un silencio sepulcral, que rompió Fizban para dirigirse triunfante a Tanis:

—Un espléndido hechizo —declaró orgulloso—. ¿Alguien tiene una cuerda?

Era noche cerrada cuando los compañeros lograron abandonar el tramo dorado. Entonces lanzaron a Tika una gruesa cuerda, obtenida también gracias a la magia de Fizban. Esperaron hasta que la muchacha, ayudada por Flint, la hubo afianzado a un recio peñasco. Uno por uno Tanis, Caramon, Tas y Fizban iniciaron la acrobática travesía para ser izados en el borde del risco merced a las fuertes manos de Berem.

Concluida la peligrosa hazaña, todos se abandonaron a su invencible fatiga. Tan exhaustos estaban que ni siquiera tomaron la precaución de buscar un refugio, ni tomaron ningún alimento. Extendieron sus mantas en una cercana pinada de árboles enanos y acto seguido establecieron turnos de vigilancia. Quienes pudieron cayeron en un profundo sueño mientras los otros les custodiaban.

A la mañana siguiente Tanis se despertó rígido y dolorido. Lo primero que captaron sus ojos fue el reflejo del sol sobre la plataforma, que permanecía suspendida en el vacío.

—Supongo que no puedes desembarazarte de este objeto —comentó el semielfo al viejo mago, que ayudaba a Tas a preparar el exiguo desayuno de campaña.

—Me temo que no —afirmó Fizban a la vez que lanzaba una ansiosa mirada al resplandeciente tramo.

—Esta mañana ha ensayado varios hechizos —explicó Tas inclinando la cabeza en dirección a un pino que, totalmente cubierto de telarañas, se alzaba junto a otro del que

sólo quedaba un tocón chamuscado—. Me ha parecido preferible hacerle desistir antes de que nos convirtiera en grillos o algo peor.

—Has hecho lo que debías —farfulló Tanis sin poder, substraerse a los deslumbrantes centelleos de la tabla—. Si pintáramos una flecha en el risco no dejaríamos un rastro más visible —y, apesadumbrado, fue a sentarse al lado de Caramon y Tika.

—No hay duda de que nos perseguirán —añadió el guerrero mientras masticaba con dificultad un correoso bocado de fruta desecada—. Los dragones les ayudarán a salvar la brecha —concluyó, guardando el alimento sobrante en su bolsa.

—Caramon, apenas has comido —se asombró Tika.

—No tengo hambre —respondió él, y se puso en pie—. Voy a reconocer el terreno.

Sin pronunciar otra palabra, el guerrero se cargó al hombro armas y enseres para alejarse por el angosto camino. Tika, con el rostro ladeado en un intento de evitar la mirada de Tanis, comenzó a recoger su hatillo.

—¿Raistlin? —indagó el semielfo, a quien no se le había escapado la actitud de la pareja.

Tika interrumpió su febril actividad y descansó ambas manos en el regazo.

—¿Cuándo se liberará de esa obsesión, Tanis? —preguntó contemplando impotente la silueta del amado—. No lo comprendo.

—Tampoco yo —admitió el semielfo en el instante en que el guerrero desaparecía en la espesura—. De todos modos, nunca tuve hermanos.

—¡Yo sí le comprendo! —exclamó, de pronto, Berem. Su voz tembló con una pasión que no pasó desapercibida al cabecilla del grupo.

—¿Qué quieres decir?

Al oír su pregunta, se desvaneció del semblante del Hombre Eterno todo rastro de vehemencia.

—Nada —titubeó, convertido de nuevo su rostro en una máscara insondable.

—No voy a conformarme con esa respuesta. ¿Por qué comprendes a Caramon? —se había levantado y oprimía entre sus dedos el brazo de Berem.

—¡Déjame en paz! —protestó el hombre enfurecido, desprendiéndose de Tanis.

—Escucha, Berem —le llamó Tas con una alegre sonrisa, como si no hubiera oído la conversación—. Estoy examinando mis mapas y he encontrado uno que encierra una historia de lo más interesante...

Berem se encaminó, tras dedicar a Tanis una misteriosa mirada, hacia el lugar donde el kender se había instalado entre sus joyas cartográficas y procedía a estudiarlas. Acucillándose junto a los documentos extendidos, el Hombre Eterno se perdió en sus vacilaciones mientras escuchaba el relato de Tas.

—Olvídalo, Tanis —le aconsejó Flint—. En mi opinión si entiende a Caramon es porque está tan loco como Raistlin.

—No pensaba preguntarle, pero tienes razón —admitió Tanis sentándose junto al enano para ingerir su desayuno—. No tardaremos en irnos, eso es lo que importa ahora. Con un poco de suerte Tas encontrará un mapa de estos contornos.

—No creo que nos convenga —dijo Flint entre estornudos—. La última vez que seguimos la ruta de uno de sus mapas terminamos en un puerto sin mar.

—Quizá en esta ocasión sea distinto. —el semielfo no pudo ocultar su sonrisa—. Siempre será mejor que obedecer las instrucciones de Fizban.

—Estoy de acuerdo —rezongó el enano, lanzando al mago una mirada de soslayo. Estiró el cuerpo hacia Tanis para susurrarle al oído—: ¿Nunca te has preguntado cómo logró salvarse en Pax Tharkas?

—¡Son tantos los enigmas sin respuesta a los que no ceso de dar vueltas! —exclamó Tanis sin alzar la voz—. Por cierto, ¿cómo te encuentras?

El enano pestañeó asombrado ante las inesperadas palabras del semielfo. ¿Qué tenía aquello que ver con lo que estaban discutiendo?

—Bien —le espetó con un intenso rubor en las mejillas.

—Veras, he observado que te frotas el brazo izquierdo cuando hacemos una larga caminata —intentó explicar.

—Es el dichoso reuma —gruñó el interpelado—. Como sabes siempre se recrudece en primavera, y dormir al raso no contribuye a aliviarlo. Creo que quieres partir cuando antes —añadió para desviar el tema, y se concentró en embalar sus pertenencias.

—En efecto.—Tanis se volvió, después de exhalar un hondo suspiro—. ¿Has encontrado algo, Tas?

—Me parece que sí —contestó el kender pletórico. Enrollando de nuevo sus mapas, los introdujo en su estuche y se apresuró a embutir éste en el hatillo, no sin espiar fugazmente a su dragón dorado mientras lo hacía. Aunque de metal, la figurilla cambiaba de forma del modo más extraño imaginable. Ahora se hallaba envuelta en sí misma como un anillo. Tan absorto estaba en la contemplación del mutante objeto que olvidó que esperaban sus noticias.

—¡Oh! —exclamó cuando la impaciente tos del semielfo lo sacó de su ensimismamiento—. Debo mostraros un mapa y contaros su historia. Siendo niño viajé con mis padres por las Montañas Khalkist, que es donde nos hallamos ahora.

Normalmente realizábamos esta excursión por el norte, la ruta más larga, pues cada año se celebraba una feria en Taman Busuk. Se vendían allí objetos maravillosos, y mi padre nunca se la perdía. Pero en una ocasión, si no recuerdo mal después de que le arrestaran y lo ataran a un poste a causa de un malentendido en una transacción con un orfebre, decidimos atravesar los cerros. Mi madre siempre había deseado visitar Godshome, La Morada de los Dioses, así que...

—¿Y ese mapa? —le interrumpió Tanis.

—¡Ah, sí, el mapa! —Tas reaccionó—. Aquí está. Creo que perteneció a mi padre. Nos encontramos aquí, si mis cálculos y los de Fizban son correctos. Y este otro punto es Godshome.

—¿Godshome?

—Sí, una antigua ciudad. Fue abandonada durante el Cataclismo, no quedan sino sus ruinas...

—Y probablemente se ha convertido en un hervidero de draconianos —aventuró Tanis.

—No, no me refiero a ese Godshome —le corrigió el kender mientras recorría con el dedo el trazado del mapa hasta el lugar que representaba la ciudad—. El Godshome, la Morada de los Dioses, que nos interesa, ya se llamaba así antes de que se construyera la urbe, o así lo afirma Fizban.

Tanis alzó la vista hacia el viejo mago, quien asintió con la cabeza.

—Hace muchas décadas se creía que las divinidades vivían allí. Se trata de un paraje sagrado.

—y también resguardado —añadió Tas—, oculto en un valle en el corazón de las montañas. Nadie lo visita, según Fizban, y él es el único que conoce el camino. En mi mapa figura una ruta, al menos hasta los cerros circundantes...

—¿Dices que nadie lo visita? —repitió Tanis. Se dirigía a Fizban.

—No —respondió el mago con un ribete de indignación en sus ojos.

—Nadie salvo tú —insistió el cabecilla.

—He conocido innumerables lugares, semielfo —le espetó el hechicero—. Si dispones de un año creo que tendré tiempo para enumerártelo. ¡No me infravalores, jovencito! Estás cargado de recelos, y creo que es injusto después de lo que he hecho por vosotros...

—Será mejor no recordárselo —le interrumpió Tas al ver la sombría mueca de Tanis—. Vamos, anciano.

Se adentraron juntos en el sendero, Fizban a trompicones y con la barba erizada.

—¿Es cierto que los dioses habitaron en el paraje al que nos llevas? —inquirió Tas para impedir que el mago irritara al semielfo con algún comentario desabrido.

—¿Cómo voy a saberlo? —protestó Fizban disgustado—. ¿Acaso tengo yo aspecto de divinidad?

—Pero...

—¿Alguien te ha dicho que hablas demasiado?

—Casi todo el mundo —repuso Tas con su habitual jovialidad—. ¿Te he contado ya que una vez me tropecé con un mamut lanudo?

Tanis oyó gemir a Fizban. Tika pasó junto a él, ansiosa por alcanzar a Caramon.

—¿Todo va bien, Flint? —preguntó Tanis.

—Sí —anunció el enano, que se había sentado en una roca—. Se me ha caído una bolsa y quiero afianzarla al cinto. Seguid, no tardaré en reunirme con vosotros.

Ocupado en inspeccionar el mapa de Tas mientras andaba, el semielfo no advirtió que Flint mentía. Ni siquiera captó la nota de angustia que teñía su voz ni el espasmo de dolor que contrajo su rostro.

—De acuerdo, pero apresúrate —le recomendó con aire ausente—. No debes quedar rezagado.

—De acuerdo, amigo —balbuceó Flint sin moverse de la roca, esperando que cediera el ahogo como siempre hacía.

Flint observó al compañero que se alejaba por la senda.

—No debes quedar rezagado —repitió.

—Adelante —se alentó a sí mismo y, frotándose los ojos con su rugosa mano, se puso en pie para seguir al grupo.

Capítulo 3

La morada de los Dioses

Fue aquélla una jornada larga y fatigosa, en la que los compañeros deambularon sin rumbo por las montañas. Al menos, así se le antojó al impaciente semielfo.

Lo único que le impedía estrangular a Fizban, tras entrar en el segundo cañón en menos de cuatro horas, era el conocimiento de que el anciano les guiaba en la dirección correcta. Por muchos rodeos que trazasen hasta sentirse perdidos, por mucho que Tanis afirmase haber pasado tres veces junto al mismo peñasco, en cuanto lograba atisbar el sol comprendía que viajaban hacia el nordeste sin desviarse un ápice.

A medida que avanzaba el día, no obstante, el astro que les orientaba parecía más y más remiso a dejarse ver, el gélido aire invernal había desaparecido para dar paso a una brisa preñada de aromas de brotes tiernos, si bien el cielo no tardó en ensombrecerse con plomizos nubarrones que se descargaron en una lluvia monótona, fina y persistente cuyas gotas tamborileaban sobre sus cabezas y empapaban las capas.

A media tarde el grupo estaba desalentado. Incluso Tasslehoff, que había discutido acaloradamente con Fizban la ruta a seguir, perdió el ánimo. Las reyertas entre ambos resultaban frustrantes para Tanis pues ponían de manifiesto que ninguno de ellos conocía su situación y, además, el semielfo había sorprendido al mago consultando el mapa al revés. Tras uno de estos altercados el kender incluso embutió sus dudosos documentos en la bolsa y rehusó volver a sacarlos pese a las amenazas de Fizban, quien se declaró dispuesto a convertir su copete en una cola de caballo.

Hastiado de ambos, Tanis envió a Tas a la retaguardia para que se calmara y apaciguó al mago. Tras su fingida amabilidad alimentaba el secreto deseo de emparedarles a ambos en una cueva. El sosiego que invadiera al semielfo en Kalamán desaparecía de manera progresiva en tan extenuante viaje.

Aquella paz, ahora se percataba, provenía de la actividad, de la perenne búsqueda de decisiones útiles y en definitiva de la convicción de hacer algo para ayudar a Laurana. Aquellas ideas reconfortantes le mantenían a flote en las turbulentas aguas que le rodeaban, como hicieron los elfos marinos al socorrerle en el Mar Sangriento de Istar. Pero ahora una negra oleada se cerraba de nuevo sobre su cabeza.

Tanis no cesaba de pensar en Laurana. Evocaba una y otra vez las palabras acusadoras de Gilthanas: ¡Lo hizo por ti!, y aunque sin duda el Príncipe elfo le había perdonado, él no era tan condescendiente a la hora de enjuiciar sus propias acciones. ¿Qué había sido de la muchacha en el Templo de la Reina de la Oscuridad? ¿Vivía aún? Se reprendió por planteárselo siquiera, ¡por supuesto que vivía! La perversa soberana no pretendía matarla, al menos mientras ignorase el paradero de Berem.

Centró su mirada en el hombre que caminaba delante de él, cerca de Caramon. Haré lo que sea con tal de salvar a Laurana —se dijo para sus adentros, apretando el puño—. ¡Lo que sea! Aunque tenga que sacrificar mi vida o la de...

Se interrumpió. ¿Realmente estaba dispuesto a entregar a Berem? ¿Aceptaría negociar un intercambio con la Reina Oscura, quizá para hundir al mundo en unas tinieblas tan vastas que nunca había de volver a ver la luz?

No, era incapaz de hacerlo. Laurana preferiría la muerte antes que formar parte de semejante confabulación. Mientras caminaba, sin embargo, cambió de actitud. No permitiría que ella opinase. El mundo debía correr su propia suerte. Estamos condenados. No podemos vencer bajo ninguna circunstancia, y la vida de Laurana es lo único que importa... lo único —pensó entristecido.

Tanis no estaba solo en sus lóbregas cavilaciones. Tika avanzaba junto al guerrero, con sus pelirrojos tirabuzones convertidos en un hálito de luz y calor bajo el tormentoso cielo; pero su luminosidad se terminaba en los vibrantes reflejos del cabello, sin alcanzar sus ojos. Aunque Caramon la colmaba de atenciones, no la había abrazado desde aquel breve y maravilloso momento en que, bajo el mar, su amor le había pertenecido por entero. El recuerdo de su efímera felicidad la atormentaba en las interminables noches, irritándola e incluso impulsándola a decidir que el hombretón la había utilizado para aliviar su propio sufrimiento. Se prometió a sí misma que una vez concluida la aventura correría en busca de un noble de Kalaman que, durante su estancia en la ciudad, la había mirado con insistencia... pero eran sólo elucubraciones nocturnas. Durante el día, siempre que observaba a Caramon y le veía arrastrarse cansino por el sendero, se disolvía su máscara de indiferencia. No podía evitar acariciarle en la frente, a lo que él respondía alzando el rostro y sonriéndole. Tika entonces suspiraba, y se borraba de su pensamiento la imagen de todos los aristócratas que poblaban el universo.

Flint les seguía a trompicones, sin apenas despegar los labios ni proferir la menor queja. De no haber estado envuelto en su torbellino particular, Tanis habría comprendido que aquella actitud no auguraba nada bueno.

En cuanto a Berem, nadie sabía que ocurría en su interior... si ocurría algo. Sus nervios y hosquedad aumentaban a cada hora que pasaba, y aquellos ojos azules que contrastaban por su brillo con sus ajadas facciones se asemejaban ahora a los de un animal enjaulado.

Fue en la segunda jornada de viaje por las montañas cuando el Hombre Eterno desapareció. Aquella mañana había cundido la alegría al anunciar Fizban que pronto llegarían a la Morada de los Dioses. Sin embargo, una vez más la oscuridad reemplazó a la luz. La lluvia arreció. En tres ocasiones a lo largo de una hora les guió el mago por los enmarañados arbustos entre excitadas exclamaciones de «¡Ahí está! ¡Lo conseguimos!», para detenerse en la orilla de un pantano, en el borde de un precipicio y frente a un impracticable muro de roca.

En este último escollo Tanis sintió que le arrancaban el alma del cuerpo, hasta tal punto que incluso Tasslehoff retrocedió lleno de espanto al ver su rostro desencajado. El semielfo hizo un denodado esfuerzo para recobrar la compostura, y fue entonces cuando advirtió lo ocurrido.

—¿Dónde está Berem? —preguntó con un escalofrío que borraba cualquier sentimiento que aún se agitara en su interior.

Caramon parpadeó, regresando al parecer de un mundo imaginario, y se apresuró a mirar a su alrededor antes de responder con un rubor purpúreo en los pómulos:

—N-no lo sé, Tanis. Creía que se hallaba junto a mí.

—Es nuestro salvoconducto para entrar en Neraka, la única razón por la que respetan la vida de Laurana. Si le atrapan...

El semielfo se interrumpió, las lágrimas le impedían continuar. Trató de aclarar sus ideas pese a los palpitos que retumbaban en su cerebro.

—No te preocupes, le encontraremos —trató de calmarle Flint dándole unas palmadas en el brazo.

—Lo siento, Tanis —se disculpó Caramon—. Me he puesto a pensar en Raist y... No debí hacerlo.

—En nombre del Abismo, ¿cómo se las arregla ese endiablado hermano tuyo para perjudicarnos incluso no estando entre nosotros? —se quejó el semielfo. Tras unos instantes le reflexión, logró contenerse y añadir—: Lo lamento, Caramon. No es tuya la culpa, también era mi obligación vigilar a ese individuo. Todos deberíamos habernos ocupado de él. En cualquier caso hemos de retroceder, a menos que Fizban pueda hacernos atravesar esta sólida pared de piedra... ni se te ocurra considerarlo, anciano —apostilló al verle en actitud reflexiva—. Berem no andará lejos y habrá dejado un rastro visible, dada su escasa experiencia en viajar por las montañas. La suposición de Tanis era cierta. Tras una hora de minuciosa búsqueda, descubrieron una estrecha senda de animales que ninguno de ellos había observado al pasar por primera vez. Fue Flint quien detectó las huellas del Hombre Eterno en el fango y, llamando muy excitado a los otros, se acuclilló entre los matorrales para determinar el rumbo de las aún frescas pisadas. Sin esperar a sus compañeros echó a correr, animado por un acceso de energía que a todos dejó boquiabiertos. Como un sabueso conocedor de que su presa está al alcance, el enano salvó las marañas de trepadores que entorpecían su marcha por el bosque. Tan veloces eran sus zancadas que no tardó en interponer distancia con el resto del grupo.

—¡Flint! —le gritó Tanis en diversas ocasiones—. ¡Espera! Pero a cada minuto quedaban más y más rezagados del hombrecillo hasta que le perdieron de vista por completo. Por fortuna, su rastro era tan ostensible como el de Berem hallaron poca dificultad en seguir las improntas que dejaban en el barro sus pesadas botas, por no mencionar las ramas quebradas y arbustos arrancados que marcaban su paso.

De pronto se detuvieron. Habían llegado a otro risco vertical, si bien esta vez existía un modo de franquear un agujero excavado en la roca que formaba una abertura similar a la boca de un túnel. El enano se había internado fácilmente a juzgar por sus recientes huellas, pero era tan angosto que Tanis lo contempló desalentado.

—Berem ha conseguido entrar —anunció Caramon señalando una mancha de sangre en la roca.

—Quizá —titubeó el semielfo—. Tas, comprueba qué hay al otro lado —ordenó, reticente ante la idea de aventurarse sin tener la total certeza de que no caerían en una trampa.

Tasslehoff culebreó hacia el interior del supuesto pasadizo, y pronto oyeron sus confusas exclamaciones invitándoles a reunirse con él. Parecía sobrecogido, pero sus palabras resonaban de tal modo en la roca que no lograban entenderlas.

De súbito, el rostro de Fizban se iluminó.

—¡Claro! —profirió en la cumbre del regocijo—. ¡Hemos hallado la Morada de los Dioses! Ese túnel es la entrada a la antigua ciudad.

—¿No hay otro medio para acceder a ella? —preguntó Caramon sin apartar su inquieta mirada de la estrecha abertura.

—Creo recordar —empezó a decir Fizban reflexivo— que existía...

—¡Tanis, apresúrate! —Era el kender quien así interrumpía al mago.

—No me arriesgaré a tropezarme con otro punto muerto. Iremos por aquí, cueste lo que cueste —decidió el semielfo.

A gatas, apoyados sobre sus miembros, los compañeros se introdujeron en la angosta boca. La travesía no fue fácil, en algunos tramos tuvieron que acostarse en el suelo y reptar cual culebras por el barro. Los anchos hombros de Caramon quedaban atascados constantemente, y al advertir su penosa situación Tanis se dijo que quizá deberían haberle dejado en la entrada hasta cerciorarse de que valía la pena internarse en el túnel. Tasslehoff les esperaba al otro lado, sin cesar de espiar su avance presa de una gran ansiedad.

—He oído los gritos de Flint un poco más adelante, no me cabe la menor duda —informó al cabecilla—. Cuando veas esto no darás crédito a tus ojos, Tanis.

Pero el semielfo no tenía tiempo para escucharle ni examinar su entorno, no hasta que todos los miembros del grupo hubieran salido sanos y salvos del pasadizo. Hubo que sumar esfuerzos cuando llegó el momento de arrastrar a Caramon al exterior, y aun así la piel de sus brazos sufrió diversos cortes que sangraban con profusión.

—Aquí estamos al fin —constató Fizban. El semielfo dio media vuelta para contemplar el paraje denominado la Morada de los Dioses.

—No es el lugar que elegiría como hogar si fuera una divinidad —comentó Tasslehoff en tonos apagados.

Tanis no pudo por menos que mostrar su acuerdo con el kender.

Se hallaban en el borde de una depresión circular en las entrañas de cerro, similar a un cráter, siendo el aspecto lo primero que llamó la atención de Tanis de profunda soledad que envolvía la zona. En su agotadora escalada por las montañas los compañeros habían

visto promesas de vida renovada en forma de brotes arbóreos, hierba verdeante y flores silvestres que se abrían paso en el fango y en los montículos de nieve. Aquí, sin embargo, no se divisaban tales indicios. El fondo de la cuenca era llano, desértico, gris y mortecino. Los imponentes picos que les rodeaban se erguían en pos del cielo con su aserrada piedra vuelta hacia dentro, como si quisieran empujar al observador hacia el vacío y hundirle en la desmenuzada roca que se extendía a sus pies. El azul del firmamento era puro y gélido, desprovisto de sol, nubes o aves, pese a que llovía cuando entraron en el túnel. Se asemejaba a un ojo implacable que les contemplara sin pestañear. Tanis se estremeció al pensarlo, de modo que se apresuró a desviar la mirada de las alturas para posarla en el valle.

Debajo del sobrecogedor retazo de cielo, en el centro mismo de la cuenca, se alzaba un círculo de inmensos y deformes peñascos. Se trataba de una circunferencia perfecta formada por rocas amorfas, circunstancia que no dejó de sorprender al semielfo. Tan bien encajadas estaban, que cuando trató de forzar la vista entre sus sólidas junturas no logró atisbar desde donde se hallaba lo que custodiaban con tanta solemnidad. Sus contornos constituían la única estructura visible en el silencioso paraje.

—Este lugar me inspira una honda tristeza —susurro Tika—. No me espanta ni recibo la impresión de que anide el mal en él, sólo me llena de pesar. Si los dioses lo visitan debe ser para lamentar las calamidades del mundo.

Fizban giró la cabeza para fijar en la muchacha una mirada penetrante, pero cuando se disponía a hablar le interrumpió un grito de Tasslehoff.

—¡Tanis, fíjate en eso!

—Ya lo veo. —El semielfo emprendió carrera hacia el punto que señalaba el kender.

En el otro lado de la cuenca distinguió los vagos perfiles de dos figuras, una era alta y la otra más pequeña, enzarzadas en lo que parecía una cruenta lucha.

—¡Es Berem! —anunció Tas que, con la agudeza propia de su raza, veía con total claridad a las criaturas—. ¡Intenta derribar a Flint! ¡Rápido, Tanis!

Maldiciéndose a sí mismo por permitir que esto sucediera, por no vigilar mejor al Hombre Eterno ni obligarle a revelar los secretos que de forma tan hermética guardaba en su alma, Tanis recorrió el pedregoso suelo con una velocidad fruto del temor. Oía cómo le llamaban los otros, pero hizo caso omiso de sus advertencias. Todos sus sentidos estaban concentrados en aquella pareja forcejeante que ahora se dibujaba con total nitidez. De pronto vio que el enano caía y Berem se plantaba junto a él.

—¡Flint! —vociferó el semielfo.

Tan violentas eran sus palpitations que la sangre nublaba su visión y sentía un punzante dolor en los pulmones, como si no recibieran el aire necesario para respirar. Sin prestar atención a su zozobra aceleró la marcha, a la vez que Berem se volvía hacia él y trataba de decirle algo. Percibió el movimiento de sus labios, pero la arremolinada sangre que bullía en sus tímpanos le impedía oírle. A los pies del Hombre Eterno yacía

el enano. Tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia un lado y la tez del rostro teñida de un gris ceniciento.

—¿Qué le has hecho? —imprecó Tanis a Berem—. ¡Le has matado!

Un sentimiento mezcla de pesar, culpabilidad y desesperación estalló en las entrañas del semielfo, inundando todos sus órganos. No veía apenas, una sanguinolenta oleada había empañado sus ojos.

Enarboló la espada sin tener conciencia de haberla desenvainado y, al instante, le sobrecogió el frío contacto de su empuñadura. El rostro de Berem se hallaba inmerso en un mar de tonos rojizos donde destacaban sus ojos preñados no de terror, sino de pesadumbre. Al ver que los abría hasta desorbitarse, Tanis comprendió que había hundido su acero en aquel cuerpo que se le ofrecía sin resistencia, traspasándolo con tanto ímpetu que oyó el chasquido de sus huesos quebrados seguido del estrépito producido por el filo en la roca donde se apoyaba el herido.

La tibia sangre empapó las manos del semielfo a la vez que un sordo aullido resonaba en su cerebro. Un peso muerto cayó sobre él, y a punto estuvo de derribarle.

Era el cuerpo de Berem lo que le atenazaba, pero ni siquiera lo advirtió. Luchó frenéticamente para liberar su arma y apuñalarle de nuevo, tan empeinado en su ataque que, aunque le agarraron unas poderosas manos, no acertó sino a desembarazarse de ellas. Cuando recuperó el control de la espada, Berem se desplomó sobre el suelo en un charco de sangre, que manaba a borbotones por su espantosa herida. La joya verde despedía diabólicos destellos en el pecho del inerte individuo.

Oyó tras su espalda una profunda y cavernosa voz, que se confundió con los sollozos suplicantes de una mujer y un aullido de dolor. Enfurecido, Tanis dio media vuelta para encararse con quienes habían tratado de refrenarle. Vio a un hombre robusto con el semblante contraído y una muchacha pelirroja por cuyos pómulos corrían sendos torrentes de lágrimas, pero no les reconoció. Se acercó a la pareja un anciano de edad incalculable, que irradiaba paz pese a que en sus ojos brillaba la llama del sufrimiento, y esbozó una gentil sonrisa al mismo tiempo que posaba la mano en el hombro del semielfo.

Su contacto le produjo el mismo efecto que el agua fresca en las sienes de un enfermo devastado por la fiebre. La sangrienta bruma se desvaneció de los ojos de Tanis, quien soltó la espada manchada de sangre para arrodillarse en pleno llanto a los pies de Fizban. El anciano se inclinó hacia adelante y le dio unas reconfortantes palmadas.

—Sé fuerte, Tanis —le alentó—, debes despedirte de alguien a quien espera un largo viaje.

—¡Flint! —exclamó el semielfo. Se había olvidado de él. Fizban asintió con tristeza y lanzó una mirada de soslayo al cadáver de Berem.

—Vamos, no hay nada más que puedas hacer aquí.

Tanis se puso en pie tambaleándose y se enjugó las lágrimas antes de dejarse caer de nuevo, esta vez junto a Flint. Yacía su cuerpo en el rocoso terreno, si bien ahora su cabeza reposaba en el regazo de Tasslehoff.

El enano sonrió al ver su rostro volcado sobre él encogido su cuerpo en la proximidad de tan entrañable amigo. Estrechando la rugosa mano del enano entre las suyas, Tanis la estrujó con la fuerza que confiere el cariño.

—Casi le perdí —explicó Flint mientras aplicaba la otra mano a su pecho—. Cuando Berem se disponía a escapar por la cavidad de la roca estalló mi viejo corazón. Supongo que me oyó gritar, porque lo último que recuerdo es que me sostenía en sus brazos para depositarme sobre la roca.

—Entonces no intentó lastimarte —afirmó, más que preguntó él desconcertado Tanis. Apenas podía hablar.

—¡Lastimarme! Berem es incapaz de matar una mosca, no resulta más nocivo que nuestra dulce Tika —el enano sonrió a la muchacha, que también se arrodilló a su lado—. Cuida a ese asno de Caramon, ¿me oyes bien? —le dijo—. Asegúrate de que salga ileso de la tormenta.

—Lo haré, Flint. —Tika lloraba.

—Por lo menos no tendrás oportunidad de ahogarme de nuevo —gruñó el enano a la vez que clavaba en el guerrero una mirada no furibunda, sino rebosante de amistad—. Y si vuelves a ver a tu hermano, propínale un puntapié de mi parte.

Caramon no supo responder, la congoja se lo impedía.

—Voy a ver qué ocurre con Berem —balbuceó el fornido hombretón, antes de ayudar a Tika a incorporarse y llevarla a un lugar apartado.

—¡No permitiré que emprendas tu aventura sin mí! —gimió Tas—. Te enfrentarás a un sinfín de problemas y debo estar allí para ayudarte.

—Ahora gozaré al fin de la paz que no he conocido desde que te tropezaste en mi camino —rezongó el enano—. Quiero que conserves mi yelmo, el del penacho de plumas de grifo—. Tras dirigir a Tanis una resuelta mirada volvió de nuevo el rostro hacia el lloroso kender y, suspirando, acarició su mano—. ¡Oh, vamos, no te lo tomes así! He llevado una existencia feliz, rodeado siempre de compañeros leales. He presenciado catástrofes lamentables, pero también actos bondadosos. Detesto tener que dejaros cuando le esperanza renace en nuestro mundo y más vais a necesitarme —su nublada visión se desvió hacia el semielfo—. Pero ya os he enseñado cuanto sé. Todo irá bien, estoy seguro de que saldréis adelante. Se apagó su voz, al mismo tiempo que entornaba los ojos para exhalar un profundo suspiro. Tanis apretó la mano que aún sostenía y, en el instante en que semielfo hundía el rostro en el hombro de su moribundo amigo, Fizban se plantó a los pies de este último.

—Sé quién eres —dijo el enano en tonos apagados, observando al mago con un extraño brillo en los ojos—. Vendrás conmigo, ¿verdad? Al menos en el inicio del viaje, para

que no esté solo. He pasado tanto tiempo entre amigos que me resulta difícil embarcarme en solitario en mi nueva andadura.

—Te acompañaré —prometió Fizban. Ahora descansa. Las miserias de este mundo han cesado de incumbirte, te has ganado el derecho a dormir.

—Dormir —repitió el enano relajado—. Sí, es lo que necesito. Despiértame cuando estés a punto, cuando sea el momento de partir.

Cerró de nuevo los ojos, inhaló una bocanada de aire y lo expulsó por última vez.

Tanis se llevó a los labios la mano de Flint que sostenía entre las suyas y luego la depositó sobre el exánime pecho musitando:

—Adiós, viejo amigo.

—¡No, Flint! —agitado por un llanto incontrolable, Tasslehoff atravesó su cuerpo sobre el del yaciente. Tanis incorporó con dulzura al kender, que forcejeó como un niño entre sus firmes brazos hasta que, agotado, se refugió en su hombro para seguir sollozando.

El semielfo acarició el copete del compañero, pero, de pronto, alzó los ojos y se puso rígido.

—¡Alto! ¿Qué haces, anciano? —vociferó.

Alejándose del atribulado Tas, Tanis centró su atención en el frágil mago. Fizban había alzado a Flint en sus brazos y, ante la atónita mirada de todos, echó a andar en pos del extraño círculo de piedras.

—¡Detente! —le ordenó—. Debemos celebrar sus exequias, construir un cúmulo funerario en su honor.

El hechicero giró el rostro para encararse con Tanis. Su expresión era severa, y sostenía al pesado enano con tanta delicadeza como facilidad.

—Le prometí que no le dejaría solo en su viaje —se limitó a declarar.

Sin la más leve vacilación, se encaminó de nuevo hacia las piedras. Tras un momento de duda Tanis salió en su persecución, mientras los otros permanecían paralizados contemplando a la figura que se alejaba.

En un principio al semielfo le pareció sencillo alcanzar a un viejo cargado con tan pesado fardo. Pero Fizban avanzaba a una velocidad vertiginosa, liviano como el aire a pesar del inerte cuerpo de Flint. Atenazado, de pronto, por el agotamiento, Tanis tuvo la sensación de estar tratando de dar caza a una nube de humo que se elevara hacia el cielo. Continuó su marcha a empujones hasta llegar al rocoso anillo, donde el viejo mago acababa de penetrar sin soltar el cadáver del enano.

Tanis se asomó al interior del misterioso círculo, animado tan sólo por un pensamiento: arrancar los despojos de su amigo de los brazos de aquel anciano demente.

No pudo evitar detenerse. Ante él se extendía lo que se le antojó un estanque de agua, tan remansada que nada alteraba su lisa superficie. Sin embargo, aquella sustancia no era líquida sino una losa de refulgente roca negra. Tan bruñida estaba que despedía destellos luminosos, poseedores de un brillo fantasmal. Reposaba frente a Tanis tan oscura como la noche y, al escudriñar sus profundidades, el semielfo distinguió el reflejo de innumerables estrellas y levantó la vista esperando descubrir que, pese a no haber caído el crepúsculo, por algún inexplicable fenómeno el manto nocturno había cubierto la bóveda celeste. Pero no, esta última permanecía azul y despejada, sin sol ni ningún otro astro. Débil y aturdido, Tanis hincó la rodilla en el borde de la losa y examinó de nuevo su lustrosa superficie. Vio las estrellas y también las lunas, tres lunas, tan bien perfiladas que empezó a temblar pues la tercera, la negra, sólo se mostraba a los poderosos magos de túnica azabache y ahora se exhibía ante él cual un círculo de negrura extraído de las tinieblas. Incluso atisbó los huecos dejados por las constelaciones de la Reina de la Oscuridad y del Guerrero Valiente en el inefable firmamento.

Recordó Tanis la explicación de Raistlin, quien afirmó que ambas habían desaparecido. Una se había cernido sobre Krynn, y el Guerrero se había lanzado en persecución de la Reina para presentarle batalla.

Mientras se hallaba sumido en estas cavilaciones, Fizban se adentró en la negra superficie con los restos de Flint en sus brazos. El semielfo trató desesperadamente de seguirle, pero le resultaba más difícil deslizarse por aquella masa de fría roca que zambullirse en los abismos. No podía sino observar como el mago, caminando sigiloso como si temiera despertar a la criatura que acunaba, evolucionaba en el centro de la refulgente losa.

—¡Fizban! —le llamó. El anciano no se detuvo a escucharle y prosiguió su avance entre las estrellas. Tanis sintió la proximidad de Tasslehoff y, asiendo su mano, la estrechó como hiciera antes con la de Flint.

El hechicero alcanzó el centro del engañoso estanque... y se desvaneció.

El kender dio un ágil salto y se dispuso a abordar el negro espejo, pero Tanis lo sujetó por la muñeca.

—No, Tas —le dijo—. No puedes acometer esta aventura con él, todavía no. Debes permanecer a mi lado, te necesito.

Con una obediencia insólita en él, el kender retrocedió y señaló el interior de la brillante roca.

—¡Mira, Tanis! —exclamó tembloroso—. ¡La constelación ha regresado!

Bajando la vista hacia el punto que le indicaba, el semielfo vio que el Guerrero Valiente ocupaba de nuevo su lugar. Sus estrellas, al principio meros destellos, asumieron, de pronto, un brillo deslumbrador que llenó de azulada luz el oscuro y pétreo estanque. Tanis buscó en el cielo la realidad que debía reflejar la losa, pero no distinguió sino un vacío sereno y desolado.

Capítulo 4

La historia del Hombre Eterno

—¡Tanis! —exclamó la voz de Caramon.

—¡Berem!

Recordando, de pronto, lo que había hecho, el semielfo retrocedió por el pedregoso terreno en pos de Caramon y Tika, que contemplaban horrorizados la roca manchada de sangre donde yacía el cuerpo de Berem. Bajo su atenta mirada el Hombre Eterno comenzó a moverse, entre gemidos que no eran de dolor sino más bien como una evocación del sufrimiento vivido. Se sujetó el pecho con mano temblorosa y se puso en pie. El único vestigio de su profunda herida eran unas sombras sanguinolentas en su piel, que desaparecieron antes de que Tanis se reuniera con el trío.

—Hace honor a su apelativo —comentó el semielfo al desconcertado Caramon—. Sturm y yo le vimos morir en Pax Tharkas, enterrado bajo una tonelada de granito. Dice que ha sucumbido a innumerables catástrofes para renacer de nuevo, y afirma que desconoce el motivo —dio un paso al frente a fin de acercarse a Berem y estudiarle, mientras él le observaba con el cansancio reflejado en sus, ahora, mortecinos ojos.

—Pero mientes en tus protestas de ignorancia, ¿no es cierto? —añadió Tanis con aparente calma—. Sabes muy bien por qué resucitas, y vas a revelárnoslo. Son demasiadas las vidas que dependen de tu secreto para que te permita conservarlo.

Berem bajó los ojos a modo de disculpa.

—Siento mucho lo de vuestro amigo —balbuceó—. Intenté ayudarle, pero no pude hacer nada.

—Soy consciente de ello —admitió Tanis tragando saliva—. También yo me horrorizo por mi actitud. La escena era borrosa, no vislumbré...

Al oír sus propias palabras, Tanis se preguntó a quién pretendía engañar. Lo había visto todo con total nitidez, su momentánea ceguera fue fruto de su voluntad. ¿De cuántos acontecimientos de su vida podía decirse lo mismo? ¿De las numerosas acciones que había presenciado, cuáles había deformado en su mente? No comprendía a Berem porque no deseaba hacerlo, aquel hombre personificaba para él los más abyectos sentimientos que albergaba en su propia alma y que detestaba sin habérselo confesado nunca. Le había matado, en efecto, mas en realidad su espada había traspasado a un desdoblamiento de su ego. Se sentía como si aquella herida que él mismo se infligiera hubiera derramado el veneno gangrenoso que corroía sus entrañas. Su mal podía curarse, la pesadumbre por la muerte de Flint era un bálsamo vertido en su interior que le purificaba de su propia perversidad al recordarle la existencia de la bondad, de las más nobles aspiraciones. Al fin lograba liberarse de las oscuras sombras de la culpa. Fuera cual fuere el resultado se había esforzado por redimirse, por enderezar los entuertos que no sólo él causara. Debía reprocharse ciertos errores, pero había llegado la hora de perdonarse a sí mismo y seguir adelante.

Quizá leyó Berem en sus ojos todas estas reflexiones. Sin duda descubrió una compasión que nunca antes había traslucido.

—Estoy cansado, Tanis —declaró de forma inesperada, sin apartar la vista de las enrojecidas pupilas del semielfo—. Agotado. Envidio a tu amigo porque ha hallado el reposo, la paz. ¿Cuándo me será concedida a mí? —apretó los puños y, con un estremecimiento, hundió el rostro entre sus manos—. ¡Me abrumba el temor! Sé que el fin está próximo y tal idea me espanta.

—Todos nosotros sentimos miedo —suspiró Tanis frotándose los llorosos ojos—. Tienes razón, se avecina el desenlace y se nos presenta surcado por las tinieblas. Tú encierras la respuesta, Berem, no lo olvides.

—Os contaré cuanto pueda —accedió el Hombre Eterno, aunque parecían arrancarle las palabras—. Pero debes ayudarme —su mano aferró la del semielfo—. ¡Promételo!

—No puedo hacer promesas sin conocer antes la verdad —repuso Tanis en ademán sombrío.

Berem se incorporó, apoyando la espalda en la roca empañada con su sangre. Los otros se acomodaron a su alrededor a la vez que se arropaban en sus capas debido al creciente viento, que azotaba en audibles silbidos las laderas montañosas y aullaba al filtrarse por las junturas de los extraños peñascos. Escucharon el relato de Berem sin interrumpirle aunque en ocasiones Tas, en un repentino acceso de llanto, suspiraba en silencio refugiando el rostro en el hombro de Tika.

Al principio, la voz del Hombre Eterno era poco más que un susurro, las frases brotaban de sus labios con una ostensible reticencia. Luchaba a menudo consigo mismo antes de vomitar la historia, como si le causara dolor. Pero a medida que hablaba aceleró el ritmo, invadida su alma por el inmenso alivio que le producía compartir su secreto tras tantos años de aislamiento.

—Cuando dije que comprendía el tormento que suponía para ti la pérdida de tu hermano era totalmente sincero —comenzó, indicando a Caramon con una inclinación de

cabeza—. Yo también tuve una hermana. No éramos gemelos, pero nos sentíamos como tales. Le llevaba un año, y habíamos establecido vínculos muy especiales quizá debido a la soledad en que vivíamos. Nuestra granja se hallaba en las proximidades de Neraka, en un lugar apartado donde no nos rodeaban casas vecinas. Mi madre nos enseñó a leer y escribir lo suficiente para salir adelante, y trabajábamos en los quehaceres que exigía nuestro tipo de existencia. Mi hermana era mi única compañera, mi única amiga. Y yo representaba lo mismo para ella.

»La supervivencia era entonces difícil y ella trabajó con todas sus fuerzas, demasiado, incluso. Después del Cataclismo, tuvimos que luchar afanosamente para que no faltara el alimento en la granja. Nuestros padres eran ya viejos y estaban enfermos. En el primer invierno casi sucumbimos a la miseria, algo que no puede imaginarse si no se ha conocido. Mucho se ha hablado del hambre que asolaba estas tierras, pero la realidad sobrepasaba con creces a cualquier rumor —sus ojos se ensombrecieron al evocar aquellos tiempos—. Las voraces manadas de animales salvajes y hombres embrutecidos por la penuria deambulaban sin norte y acechaban la granja. Aunque aislados, debo reconocer que corrimos mejor suerte que otros, si bien algunas noches no conseguimos conciliar el sueño o debíamos armarnos con garrotes para defendernos de los lobos que merodeaban por las cercanías, atentos a la primera oportunidad de asaltarnos. Vi impotente cómo a los veinte años mi delicada hermana se había convertido en una anciana. Su cabello encaneció, se arrugó y demacró su rostro. Sin embargo, nunca profirió una queja.

»En primavera no nos hallábamos en mejor situación pero según mi hermana había renacido la esperanza. Podíamos plantar semillas y verlas crecer, o cazar las piezas que, de nuevo, ofrecía el bosque y constituían un sustento aceptable. A ella le entusiasmaba cazar porque era muy hábil con el arco, además de proporcionarle esta actividad la ocasión de vivir al aire libre. Solíamos salir juntos. Aquel día...

Berem enmudeció y, cerrando los ojos, empezó a tiritar como atezado por el frío. Aunque le rechinaban los dientes, se sobrepuso lo bastante para proseguir.

—Aquél día nos alejamos más de lo habitual. El fuego provocado por un relámpago había chamuscado el sotobosque y al fin encontramos un camino que nunca habíamos visto antes. Parecía prometedor porque no habíamos tenido mucho éxito en nuestras escaramuzas y pensamos que quizá nos conduciría a algún venado. Tras recorrer un trecho, comprendí que no eran los animales los que habían abierto aquella brecha en la espesura sino los hombres. Se trataba de una senda muy antigua que no se había utilizado durante décadas, y al percatarme de este hecho quise retroceder. Pero mi hermana no se detuvo, se había avivado su curiosidad.

El semblante de Berem se contrajo en una tensa mueca. Por un momento Tanis temió que rehusara continuar, mas el Hombre Eterno salió de su ensimismamiento y reanudó el relato.

—Conducía a un extraño paraje. Mi hermana afirmó que eran las ruinas de un antiguo templo erigido en honor de los dioses del Mal. Lo ignoro, lo único que sé es que vi varias columnas rotas y esparcidas por el suelo, cubiertas de maleza, y que flotaba en la atmósfera circundante un halo de perversidad. Deberíamos haber abandonado al instante aquel ominoso recinto.

Berem repitió la frase varias veces, como si entonara un cántico, antes de sumirse en el silencio. Nadie osó despegar los labios así que el narrador retornó el hilo de su historia, tan quedamente al principio que los compañeros tuvieron que acercarse para oírle. No tardaron en comprender que había olvidado donde estaban, y que su mente navegaba por un lugar y un tiempo remotos.

—Hay un objeto bellísimo entre las ruinas: ¡La base de una columna rota repleta de joyas incrustadas! —la voz de Berem delataba sobrecogimiento—. Nunca he visto nada tan hermoso, ni tantas riquezas juntas. ¿Cómo dejar que se pierdan en el bosque? Con una sola gema bastará para que podamos mudarnos a una ciudad, donde mi hermana recibirá de sus pretendientes las atenciones que merece. Hincó la rodilla y desenfundo mi cuchillo. Destaca entre las demás, una alhaja esmeraldina que despide brillantes destellos bajo el sol. ¡Es tan embrujadora que me froto los ojos para asegurarme de no estar soñando! Enarboló la hoja de mi arma —Berem imitó el gesto con el brazo en alto— y escarbó con ella la piedra junto a la joya, resuelto a rebajarla.

»Mi hermana está aterrorizada. Me suplica, me ordena que me detenga.

»—Nos hallamos en un paraje sagrado —afirma—. Estos tesoros pertenecen a alguna divinidad y estás cometiendo un sacrilegio, Berem.

Berem meneó la cabeza, nublado su rostro por el recuerdo de su ira.

—Decido ignorarla, aunque siento un punzante frío en mi corazón mientras trabajo la roca que rodea la gema. Desecho mi inquietud y le digo: Si perteneció a los dioses, la han abandonado, del mismo modo que nos volvieron la espalda a nosotros. Pero ella se niega a escucharme.

Berem abrió los ojos, revelando una gélida mirada difícil de sostener. Su voz provenía de las brumas del pasado.

—Me agarra por el brazo, hunde las uñas en mi carne. ¡Duele!

»—¡No sigas, Berem! —se atreve a exigir a su hermano mayor—. ¡No permitiré que profanes los tesoros de las divinidades!

»No tiene derecho a hablarme así. ¡Lo hago por ella, por nuestra familia! No debería hostigarme, sabe qué ocurre cuando monto en cólera: la presa de la cordura se rompe en mi cerebro y deja escapar las aguas de la ira. No puedo pensar, mis ojos se ciegan. Le ruego que me suelte pero ella me arrebata el cuchillo y araña la joya con la hoja.

Una expresión de demencia invadió la faz de Berem. Caramon cerró sigiloso los dedos en torno a la empuñaba de su daga, al advertir que el Hombre Eterno cerraba los puños y alzaba la voz hasta conferirle un timbre histérico.

—La empujó para desembarazarme de ella. ¡No pretendía herirla, no creía haber empleado tanta fuerza! Se desploma frente a mí y, pese a darme cuenta de que debo frenar su caída, mis movimientos son tan lentos que no consigo alcanzarla. Se golpea la cabeza contra la columna, una aserrada roca le traspasa la sien —se llevó la mano a la

suya— y la sangre mana por su rostro, se derrama sobre las joyas. El brillo de las piedras se apaga al unísono con sus ojos. Sus dilatadas pupilas han dejado de verme y entonces... entonces...

Una terrible convulsión azotó su cuerpo, obligándole a hacer una breve pausa.

—¡Es una visión espantosa, que se dibuja en mis pesadillas cada vez que trato de descansar! ¡Como el Cataclismo, sólo que en ese período todo se destruyó! Ahora, en cambio, presencio una creación... fantasmal, pero una creación. La tierra se parte en dos y brotan enormes columnas ante mis ir atónitos ojos, elevándose hacia el cielo hasta reconstruir el Templo. Sí, de las tenebrosas simas surge un santuario horrible y deforme. La Oscuridad se yergue en su centro, una negrura dotada de cinco cabezas que se retuercen cual serpientes en mi presencia. Me habla la aparición en una voz sepulcral que me estremece.

—Hace varios siglos fui desterrada de este mundo, y sólo puedo regresar a través de una brecha abierta en él. La columna de las gemas era para mí una puerta cerrada que me tenía prisionera. Me has liberado, mortal, y como recompensa te otorgo lo que deseas: ¡la joya verde es tuya!

»Resuena en el aire una risa burlona, y al instante siento un intenso dolor en el pecho. Bajo los ojos, para ver la esmeralda incrustada en mi carne tal como aún la exhibo ahora. Aterrorizado a causa del mal que se ha encarnado frente a mí, perplejo por mi abyecta acción, no acierto sino a contemplar inmóvil cómo el negro contorno asume una forma más nítida a cada segundo. ¡Es un dragón! Lo distingo con total claridad, un dragón de cinco cabezas similar al que describían las oscuras leyendas de mi niñez.

»Sé que en cuanto el dragón penetre en nuestro mundo todo se habrá perdido, pues al fin comprendo la magnitud de mi alocado acto. Me hallo en presencia de la Reina de la Oscuridad que nos dieron a conocer los magos. Expulsada de sus antiguos dominios por el gran Huma, ha intentado regresar sin tregua para sembrar su semilla. Ahora, por mi culpa, podrá recorrer de nuevo nuestras tierras. Una de las enormes cabezas culebrea hacia mí y adivino que pretende matarme, no puede permitir que nadie divulgue su retorno. Veo, paralizado, sus cortantes colmillos, pero no me importa.

»¡De pronto mi hermana se planta frente a mí! Está viva, mas cuando estiro las manos sólo toco aire. Pronuncio su nombre, ¡Jasla!

»¡Huye, Berem! —me exhorta—. ¡Corre! No puede pasar a través de mí, todavía no. ¡Sálvate!

»No logro reaccionar. Mi hermana permanece suspendida entre la Reina Oscura y mi persona. Veo lleno de espanto que las cinco cabezas retroceden iracundas, lanzando rugidos que rasgan el aire. Es cierto, no logran traspasar a mi volátil hermana... y el contorno de la Reina empieza a desvanecerse. Sigue en su templo, convertida en una mera sombra de maldad, pero percibo que su poder es enorme. Se abalanza sobre Jasla...

»Echo a correr sin rumbo, al límite de mi resistencia, y siento que la joya verde arde en mi pecho. Corro hasta que todo se torna negro.

Berem enmudeció. El sudor surcaba sus pómulos como si realmente acabase de emprender una desenfundada fuga. Ninguno de los compañeros profirió el más mínimo comentario, se diría que el relato les había transformado en piedras tan inertes como los peñascos que cercaban la losa negra.

Al fin Berem emitió un entrecortado suspiro. Centró sus extraviados ojos y les vio de nuevo, expectantes, a su alrededor.

—Se desarrolla entonces un largo período de mi vida del que nada sé. Cuando recobré el conocimiento había envejecido, estaba tal como ahora me veis. Al principio me dije que había sufrido una pesadilla, un sueño delirante, pero al sentir la joya verde bullendo en mi pecho comprendí que era real. No tenía la menor idea de dónde me encontraba, quizá había recorrido los confines de Krynn en mi errabundo deambular. Anhelaba desesperadamente regresar a Neraka. Sin embargo era el único lugar que no podía visitar, me faltaba valor para intentarlo.

He viajado durante décadas sin conocer la paz ni el descanso, muriendo a cada trecho para volver a nacer. Oía en todas partes rumores sobre oscuros sucesos que devastaban nuestra tierra, y sabía que yo era el único culpable. Aparecieron los Dragones del Mal y las hordas que los acompañan, sumiéndome en el desaliento pues no podía sustraerme a su significado. Resultaba obvio que la Reina había alcanzado la cumbre de su poder e intentaba conquistar el mundo. Sólo falta una pieza en su esquema: mi persona. ¿Por qué? No estoy seguro, aunque a veces tengo la sensación de cerrar una puerta a alguien que se afana en forzarla. Estoy cansado —su voz pareció quebrarse—, extenuado. No resisto más, quiero que concluya esta lucha.

Dejó caer la cabeza para subrayar su estado, mientras los compañeros le observaban sin acertar a proferir palabra. Trataban de hallarle sentido a una historia semejante a esas leyendas que se cuentan en las casas rurales por la noche, alrededor de una fogata. Sin embargo, todos comprendían que aquella fábula era real.

—¿Qué has de hacer para cerrar esa puerta? —preguntó Tanis.

—Lo ignoro —respondió Berem con voz ahogada—. Todo lo que sé es que una fuerza invisible me atrae hacia Neraka, pese a tratarse de la única ciudad sobre la faz de Krynn donde no oso poner los pies. Por eso huí de vosotros.

—Pronto entrarás en ella —afirmó Tanis, despacio pero firmemente—. Lo harás en nuestra compañía, te apoyaremos. No estarás solo.

Berem se estremeció y meneó la cabeza, pero pronto cesó de tiritar para alzar el rostro y exclamar con el rostro enrojecido:

—¡Sí! ¡No soporto más esta situación! Espero que me protejáis.

—Haremos cuanto podamos —le reconfortó Tanis sin apartar la vista de Caramon, que puso los ojos en blanco y dio media vuelta—. Será mejor que busquemos la salida.

—Ya la he hallado —anunció el Hombre Eterno—. Me disponía a abandonar este paraje cuando oí el grito del enano. Es por aquí —explicó, señalando una angosta fisura entre dos rocas. El guerrero suspiró, a la vez que contemplaba los arañazos de sus brazos.

Uno tras otro, los compañeros se introdujeron en la hendidura. Tanis fue el último y, antes de iniciar la marcha, miró hacia atrás para escudriñar una vez más aquel desolado lugar. La noche se cernía sobre él, oscureciéndose el cielo hasta asumir tonos rojizos que no tardaron en tornarse negros. Las extrañas rocas fueron envueltas por la creciente penumbra, que ocultaba ahora la losa de piedra donde habían desaparecido Fizban y el enano.

Al semielfo se le antojaba extraño pensar en Flint como alguien a quien no volvería a ver. Un gran vacío agitaba sus entrañas, a cada momento esperaba oír los gruñidos del enano quejándose de sus numerosos sinsabores o peleando con el kender.

Durante unos instantes Tanis luchó contra sí mismo en un intento de aferrarse a la imagen de su amigo, mas tuvo que ceder y asumir su desaparición. Se adentró al fin en la rocosa fisura mientras se despedía para siempre de la Morada de los Dioses.

Una vez descubierta la senda, siguieron su trazado hasta llegar a una pequeña cueva. Se apiñaron en el interior sin atreverse a encender una fogata a causa de la proximidad de Neraka, núcleo del poder de los ejércitos de los Dragones, y tomaron unos frutos secos, único resto de sus provisiones. Durante un rato nadie despegó los labios pero al fin comenzaron a hablar de Flint, aceptando la separación como había hecho Tanis. Sus recuerdos se centraron en el aspecto feliz de la rica y azarosa vida del compañero.

Rieron de buena gana cuando Caramon evocó la desastrosa aventura en la que él volcó la barca mientras trataba de atrapar un pez con la mano, arrojando a Flint al agua. El semielfo recordó cómo se habían conocido Tas y el enano cuando el kender huía «accidentalmente» con un brazalete confeccionado por este último a fin de venderlo en una feria. Tika enumeró las bonitas bagatelas que le había hecho, relató su amabilidad al recogerla en su propia casa tras la desaparición de su padre hasta que Otik le proporcionó un trabajo y un techo donde cobijarse.

Estas y otras muchas vivencias animaron su velada de tal modo que, al caer la noche, el punzante aguijón del dolor cedió a una añoranza de la que no sería fácil desprenderse.

Así fue para la mayoría. Muy tarde, en la penosa vigilia de la madrugada, Tasslehoff permanecía apostado junto a la boca de la gruta en la absorta contemplación de las estrellas. Sujetaba el yelmo de Flint con sus pequeñas manos, dejando que las lágrimas bañaran sus pómulos sin tratar de reprimirlas, y musitando un antiquísimo canto, propio de los de su raza

Canción fúnebre kender

Antes de lo esperado, la primavera volvía.

El mundo, alegre, giraba en torno a los soles.

El aire, impregnado de aromas de hierba y de flores,
la cálida caricia del sol recibía.

Siempre antes, podía explicarse
de la tierra la creciente oscuridad,
cómo la lluvia, en su voluptuosidad,
engendraba helechos donde posarse.

Mas ahora todo aquello olvidado,
cómo sobrevive una veta de oro,
cómo la primavera ofrece sus tesoros,
de la vida reniego, y también del nido.

Ahora recuerdo la invernal estación;
y el otoño, y el calor del estío,
dejan paso en la noche de mi ser baldío
a una negrura que empaña el corazón

Capítulo 5

Neraka

Tal como iban sucediendo los acontecimientos, los compañeros descubrieron que sería fácil entrar en Neraka. Sospechosamente fácil.

—En nombre de los dioses, ¿qué está ocurriendo? —preguntó Caramon mientras Tanis y él contemplaban el llano desde su oculta atalaya en las montañas situadas al oeste de Neraka.

Unas sinuosas líneas negras reptaban por la desolada planicie en dirección hacia el único edificio en un radio de cien millas: el Templo de la Reina de la Oscuridad. Daba la impresión de que millares de víboras se deslizaran desde las montañas, pero no eran tales víboras sino las multitudinarias fuerzas enemigas. Los dos hombres que las observaban percibían destellos ocasionales producidos por el sol al reflejarse en lanzas y escudos y los estandartes negros, rojos y azules, donde destacaban los emblemas de los Señores de los Dragones, ondeaban sobre sus mástiles. Volando a gran altura sobre sus cabezas los imponentes reptiles surcaban el aire en un abanico de colores, que iban de los purpúreos a los añiles, verdosos y azabaches, en pos de las dos gigantescas ciudadelas flotantes que permanecían suspendidas sobre el recinto amurallado del Templo y que, con sus sombras, sumían al paraje en una perenne noche.

—Fue una suerte que el mago nos atacara en el viaje —comentó despacio Caramon—, nos habrían matado de aparecer con nuestros dragones cobrizos en medio de esta muchedumbre.

—Sí —reconoció Tanis en actitud ausente. Había estado pensando en el viejo hechicero para, con el auxilio de sus recuerdos y las revelaciones de Tas, tratar de unir algunas piezas y descifrar el enigma. Cuanto más reflexionaba sobre Fizban más se acercaba a la verdad y, como habría dicho Flint, el conocimiento de este hecho producía temblores en su piel.

Al evocar al enano en su mente sintió una punzada de dolor, así que decidió desechar toda elucubración sobre su amigo y también sobre el anciano. Ya tenía suficientes preocupaciones con la situación presente, y estaba seguro de que ningún hechicero le ayudaría a salir del atolladero.

—Ignoro qué está sucediendo —susurró el semielfo—, pero sea lo que sea más nos favorece que nos perjudica. ¿Recuerdas lo que comentó Elistan en una ocasión? Está escrito en los Discos de Mishakal que el Mal se vuelve sobre sí mismo. La Reina Oscura reúne a sus tropas por un motivo desconocido, quizá para asestar un golpe definitivo a Krynn del que no pueda levantarse. Sin embargo, no está todo perdido, y podemos mezclarnos fácilmente en este confuso gentío. Nadie reparará en dos miembros del ejército que regresan con un grupo de prisioneros.

—Así lo espero —apuntó Caramon con sombrío ademán.

—Roguemos para que así sea —apostilló Tanis.

El capitán de la guardia que defendía las puertas de Neraka estaba atosigado por todas partes. La Reina Oscura había convocado un consejo general por segunda vez desde el inicio de la guerra, y los Señores de los Dragones del continente de Ansalon acudían prestos a la llamada. Cuatro días atrás habían empezado a llegar a Neraka y, a partir de entonces, la vida del capitán había sido una constante pesadilla.

Los Señores de los Dragones debían entrar en la ciudad por orden de rango. Así, Ariakas sería el primero con su escolta personal, sus tropas, su guardia y sus dragones, seguido por Kitiara, la Dama Oscura, también en compañía de su cohorte de soldados, reptiles y custodios. En tercer lugar haría su aparición Lucien de Takar con su cortejo, y así sucesivamente hasta el último de la comitiva, Fewmaster Toede, del frente oriental.

Tal sistema no había sido concebido tan sólo para honrar a las más altas dignidades. Su propósito era permitir que circularan sin obstáculos un gran número de tropas y dragones, junto con sus enseres, por un complejo que nunca fue diseñado para albergar a grandes concentraciones. Dada además la desconfianza que reinaba entre unos y otros Señores, ninguno se dejaría persuadir de entrar con un solo draconiano menos que sus colegas y este hecho contribuiría a mantener un orden perfecto. Era un buen plan y podría haber funcionado, de no plantearse un grave problema desde el principio al llegar Ariakas con dos días de retraso.

¿Lo había hecho a propósito para crear la confusión que debía derivarse de su tardanza? El capitán ni lo sabía ni osaba preguntarlo, pero tenía sus propias ideas sobre el particular. Su ausencia obligaba a los dignatarios que se presentaban antes que Ariakas a instalarse en las llanuras que circundaban el Templo hasta que él hiciera su entrada. Las consecuencias no se hicieron esperar. Los draconianos, goblins y mercenarios humanos ansiaban gozar de los placeres que ofrecía la ciudad-campamento erigida a toda prisa en el interior del recinto. Habían recorrido largas distancias y se disgustaron con razón al negárseles este disfrute.

Muchos intentaban escalar las murallas durante la noche, atraídos por las tabernas como las abejas por la miel. Se produjeron reyertas, pues cada tropa era leal a su Señor del Dragón y a ningún otro, hasta que los calabozos subterráneos del Templo se convirtieron en un alborotado hervidero. El capitán tuvo que ordenar a sus fuerzas que cada mañana arrojasen carretadas de borrachos prendidos la víspera sobre el llano, donde los recogían sus exasperados oficiales.

También estallaron conflictos entre los dragones, ya que cada cabecilla trataba de afirmar su poder sobre los otros. Un gran reptil verde, Cyan Bloodbane, llegó incluso a matar a un Dragón Rojo en una pelea por la posesión de un venado. Para desgracia de Cyan su oponente contaba con el favor de la misma Reina Oscura, de modo que fue encerrado en una cueva donde sus aullidos y los feroces golpes que daba con su cola hicieron creer a más de uno que había sobrevenido un terremoto.

El capitán apenas durmió durante dos noches. Cuando, al amanecer del tercer día, le comunicaron que al fin había llegado Ariakas, a punto estuvo de arrodillarse en acción de gracias y procedió de inmediato a reunir a los hombres que tenía asignados para

preparar el gran desfile. Todo fue bien hasta que unos centenares de draconianos a las órdenes de Toede vieron entrar en la plaza del Templo a las tropas del máximo mandatario. Bebidos e irrespetuosos con sus ineficaces cabecillas, trataron de introducirse en masa al mismo tiempo que el ejército privilegiado. Encolerizados ante semejante desacato, los capitanes de Ariakas ordenaron a sus huestes que los detuvieran por las armas. Estalló el caos.

La Reina de la Oscuridad, no menos disgustada que su secuaz, envió a sus propias tropas pertrechadas con látigos, cadenas de acero y garrotes. Acompañaban a estas patrullas algunos magos de Túnica Negra y oscuros clérigos que, respaldando con sus hechizos los contundentes trallazos de los soldados, lograron restablecer el orden. Ariakas y su cortejo entraron en el complejo del Templo con dignidad, aunque no en la perfecta formación que les correspondía.

Debía ser media tarde —el capitán había perdido la noción del tiempo y, para colmo de males, las malditas ciudadelas impedían el paso de los rayos solares— cuando se le acercó uno de los guardianes para requerir su presencia en las puertas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el oficial clavando en el soldado una furibunda mirada con su único ojo sano, pues había perdido el otro en una batalla contra los elfos de Silvanesti—. ¿Otra refriega? Golpead a los contendientes en la cabeza y encarceladlos. Estoy harto de...

—N-no se trata de una pelea —balbuceó el guardián, un joven goblin que sentía terror por su superior humano—. Me han enviado los centinelas de la puerta. Dos oficiales solicitan permiso para entrar con unos prisioneros.

El capitán lanzó un irremediable reniego. ¿Qué otras complicaciones le aguardaban? Casi dijo al goblin que volviera y les franquease la entrada, el lugar estaba ya atestado de esclavos y prisioneros y unos pocos más no habían de notarse. Las tropas de Kitiara estaban agrupándose en el exterior, dispuestas a hacer su entrada, y debía hallarse presente a fin de darles la bienvenida oficial.

—¿Quiénes son esos presos? —inquirió irritado mientras recogía varios pliegos de pergamino, deseoso tan sólo de alejarse para acudir puntual a la ceremonia—. ¿Draconianos ebrios? Llevadles a...

—Creo q-que deberíais venir, señor —el goblin sudaba, despidiendo unos efluvios que no resultaban nada agradables—. S-son una pareja de humanos y un kender.

—Ya te he dicho que... —de pronto se interrumpió—. ¿Un kender? —repitió, a la vez que alzaba los ojos con interés—. ¿No les acompaña también un enano?

—No que yo sepa, señor —respondió el pobre goblin. Pero quizá me haya pasado desapercibido en medio del gentío.

—Iré contigo —resolvió el oficial y, ciñéndose la espada, siguió al goblin hacia la puerta principal del recinto.

Reinaba allí una momentánea paz. Las tropas de Ariakas estaban ya en la improvisada ciudad, y las de Kitiara se organizaban entre empellones y escaramuzas para iniciar su marcha. Era casi la hora de comenzar la ceremonia, así que el capitán se apresuró a examinar al grupo que se erguía ante él.

Dos oficiales del ejército de los Dragones, de alto rango por añadidura, escoltaban a un grupo de hoscos prisioneros. El capitán estudió a estos últimos con atención, recordando las órdenes recibidas dos días antes. Debía acechar con especial empeño la llegada de un enano que viajaba en compañía de un kender, quizá también de un dignatario elfo y una mujer de largo y argénteo cabello, en realidad un Dragón Plateado. Eran todos ellos amigos de la Princesa que tenían prisionera, y la Reina de la Oscuridad creía que intentarían rescatarla de un modo u otro.

Había un kender frente a él, pero la mujer exhibía una melena pelirroja de bucles rizados que en nada la asemejaban a un dragón. Si lo era, el capitán estaba dispuesto a comerse su metálico peto. El encorvado anciano de barba rala, por su parte, presentaba todos los rasgos de un humano y nada tenía de enano ni mucho menos de elfo. Lo cierto era que no acertaba en comprender por qué dos oficiales de elevada graduación se habían molestado en prender a tan variopinto trío.

—Decapitadles y acabad con ellos en vez de venir a molestarnos —declaró el capitán con tono desdeñoso—. En estos momentos carecemos de espacio en los calabozos para alojar a nadie más. Lleváoslos.

—¡Sería una lástima desperdiciar esta oportunidad! —protestó uno de los oficiales, un hombre gigantesco con unos brazos que más parecían troncos arbóreos, antes de atenzar a la muchacha pelirroja y arrastrarla hacia sí—. ¡He oído decir que en los mercados de esclavos pagan suman suculentas por las de su especie!

—En eso tienes razón —admitió el capitán pasando revista con su ojo sano al voluptuoso cuerpo de la joven que, a su juicio, aún embellecía más la ajustada cota de malla—. Pero no sé que esperas obtener por los otros dos—. Mientras hablaba manoseó al kender, quien lanzó un grito de indignación si bien le silenció al instante uno de los guardianes presentes—. Matadles.

El fornido oficial pareció titubear ante tal argumento, o al menos así lo denotaba su nervioso pestañeo. En cambio su compañero, que había permaneció en un discreto segundo plano, dio un resuelto paso al frente y respondió por él.

—El humano es mago —dijo—. y creemos que el kender trabaja como espía. Les sorprendimos cerca del alcázar de Dargaard.

—Haber empezado por ahí en lugar de hacerme perder el tiempo. De acuerdo, entrad y ved dónde podéis encerrarles —hablaba de forma precipitada, pues acababan de sonar las trompetas. Debía iniciarse la ceremonia, las macizas verjas de hierro comenzaban a abrirse para dar paso a la comitiva—. Firmaré vuestros documentos, entregádmelos.

—No tenemos... —empezó a decir el oficial corpulento, pero el otro le interrumpió para preguntar, a la vez que rebuscaba en sus bolsas:

—¿A qué documentos te refieres, a los de identificación?

—No —contestó el capitán en el límite de su paciencia—. Al permiso de vuestro comandante para ausentarnos y trasladar prisioneros.

—Nadie nos dio semejantes papeles —afirmó sin inmutarse el oficial de la barba—. ¿Se trata de una nueva ordenanza?

—No, en absoluto —el capitán les miraba ahora con desconfianza—. ¿Cómo atravesáis las líneas sin esa autorización, y cómo esperáis volver? ¿O quizá regresar no entra en vuestros planes y preferís realizar un pequeño viaje con lo que saquéis por este singular lote?

—¡No! —exclamó el individuo más fornido enrojeciendo de ira y lanzando chispas por los ojos—. El comandante olvidó esta formalidad, eso es todo. Tiene mucho en qué pensar y no parece que haya aquí mucha predisposición a resolver los problemas existentes, no sé si me comprendes —su mirada era de complicidad.

Las puertas se abrieron de par en par, acompañadas por un fragor de trompetas. El capitán no pudo reprimir un suspiro de angustia, pues en aquel momento tendría que estar en el centro de la entrada para recibir con todos los honores a Kitiara, y llamó en apremiante ademán a los guardines de la Reina Oscura que había apostados en los flancos de las imponentes verjas Llevadles abajo —ordenó mientras recomponía su uniforme—. ¡Les mostraremos qué hacemos con los desertores!

Se alejó a toda prisa, no sin antes volver la cabeza y comprobar satisfecho que los centinelas cumplían con su deber desarmando rápida y eficazmente a los dos oficiales del ejército de los Dragones.

Caramon dirigió a Tanis una inquieta mirada cuando los draconianos le sujetaron por los brazos y procedieron a desabrochar la hebilla de su cinto. Tika, por su parte, tenía los ojos desorbitados, pues era evidente que las cosas no se desarrollaban según lo previsto. Berem, oculto su rostro bajo unas falsas patillas, parecía presto a gritar o echar a correr, e incluso Tasslehoff delataba un cierto aturdimiento por el repentino cambio de planes. Tanis veía que los ojos del kender escudriñaban su entorno en busca de una vía de escape.

Intentó poner en orden sus ideas. Creía haber sopesado todas las posibilidades al estudiar la forma de entrar en Neraka, pero ésta había escapado a su consideración. La idea de ser apresados como desertores no había cruzado su mente ni por un segundo y comprendió que, si los centinelas les llevaban a los calabozos, estaban perdidos sin remedio. En cuanto le quitaran el yelmo reconocerían sus rasgos de semielfo, y al examinar con mayor detenimiento a los otros no tardarían en descubrir a Berem.

Él era el peligro. Sin su presencia Caramon y los otros podrían salir bien librados. Sin él...

Las trompetas volvieron a sonar, coreadas por un ensordecedor griterío, en el instante en que un Dragón Azul traspasaba las puertas del Templo con una dignataria a su grupa. Al verla a Tanis le dio un vuelco el corazón, pero pronto su desánimo se transformó en júbilo. El gentío pronunciaba enfervorizado el nombre de Kitiara, avanzando hacia ella en tan confuso tropel que los soldados, temerosos por la seguridad de tan egregio personaje, habían desviado su atención de los prisioneros. Tanis se acercó a Tasslehoff tanto como pudo.

—Escucha —se apresuró a susurrarle en lengua elfa, con voz queda para que la batahola amortiguase sus palabras y animado por la esperanza de que Tas le comprendiera—, di a Caramon que vamos a interpretar una pequeña escena. Haga lo que haga, debe confiar en mí. Todo depende de su mutismo. ¿Entendido? El kender miró a Tanis totalmente perplejo, pero asintió. Hacía mucho tiempo que no traducía del elfo.

No cabía sino esperar que hubiese captado sus instrucciones. Caramon no hablaba su idioma y Tanis no osaba correr el riesgo de dirigirse a él en común, aunque sofocase su voz la algazara reinante. En aquel momento uno de los centinelas le retorció el brazo para conminarle al silencio.

Se apagó el griterío, y los fanfarrones soldados obligaron a retroceder a la muchedumbre. Viendo que todo estaba bajo control, los guardianes dieron media vuelta para conducir a sus prisioneros al calabozo.

De pronto Tanis tropezó y cayó, arrastrando al draconiano que lo escoltaba y arrojándolo de bruces sobre el polvo.

—¡Levántate, bribón! —renegó el otro centinela a la vez que hostigaba a Tanis con la punta de su látigo. Al ver que se disponía a flagelarlo el semielfo se lanzó contra él, logrando atenzar su herramienta de castigo y la mano con que la sujetaba. Puso todo su ahínco en la arremetida, y su fuerza unida a su celeridad dieron el fruto deseado. El soldado se desplomó, estaba libre.

Consciente de la presencia de los guardianes a su espalda, y también de la atónita expresión de Caramon, el semielfo echó a correr en pos de la regia figura que cabalgaba a lomos del Dragón Azul.

—¡Kitiara! —vociferó en momento en que lo apresaban de nuevo—. ¡Kitiara! — insistió, con un grito desgarrador que parecían arrancarle del pecho. Tras debatirse entre los centinelas logró recuperar el uso de una mano y, con ella, se desprendió de su yelmo para acto seguido arrojarlo al suelo.

La Señora del Dragón, ataviada con su armadura de escamas azules, se sorprendió al oír aquel apasionado aullido pronunciando su nombre. Tanis advirtió que sus ojos pardos se abrían perplejos bajo su espantosa máscara, y también se percató de la fiera que irradiaban las pupilas del reptil al desviarse en su dirección.

—¡Kitiara! —volvió a bramar. Desembarazándose de sus aprehensores con una energía fruto de la desesperación reanudó su embestida, pero varios draconianos surgieron del gentío para abalanzarse sobre él y derribarle sin contemplaciones. Una vez en el suelo,

le inmovilizaron los brazos a fin de evitar una nueva intentona. Tanis forcejeó, quería alzar el rostro y mirar a los ojos a la Señora del Dragón.

—¡Alto, Skie! —ordenó la mujer a su montura, posando su enguantada mano en la testuz del animal. El reptil se detuvo obediente, aunque sus garras resbalaban en el empedrado de la calle, y observó a Tanis con unos ojos que rezumaban celos y odio.

El semielfo contuvo el aliento. Su corazón palpitaba dolorosamente, su cabeza estaba a punto de estallar y la sangre de una herida que ni siquiera había sentido goteaba sobre su ojo. Esperaba oír un grito que pusiera de manifiesto que Tasslehoff no le había entendido, un grito de guerra lanzado por sus amigos al correr en su auxilio. Temía que Kitiara examinara a la multitud y descubriera a Caramon detrás de él, reconociendo a su hermanastro. No osaba hacer el menor ademán para comprobar qué había sido de los compañeros, sólo le cabía confiar en que el hombretón tuviera el bastante sentido común, la bastante fe en él para permanecer en la sombra.

Se acercó entonces el capitán tuerto, con el rostro desencajado de ira, y alzó en el aire una de sus botas resuelto a propinarle un puntapié en la cabeza que dejara inconsciente a tan detestable alborotador.

—Detente —ordenó una voz.

Con tanta presteza obedeció el oficial que se tambaleó y casi perdió el equilibrio.

—Soltadle —dijo la misma criatura. Aunque a regañadientes, los guardianes liberaron a Tanis y retrocedieron acatando un imperativo gesto de la Dama Oscura.

—¿Puede haber algo tan importante como para entorpecer mi entrada en el Templo? —inquirió Kitiara, con un tono cavernoso que deformaba aún más el grueso yelmo.

Tanis se puso en pie vacilante, debilitado por la penosa lucha con los soldados, y avanzó hacia la Señora del Dragón hasta detenerse junto a ella. Cuando se hallaba próximo distinguió un destello irónico en los pardos ojos de la mujer, y se dijo que la inesperada situación le divertía; era un nuevo juego con una vieja marioneta. Tras aclararse la garganta, Tanis habló sin titubeos.

—Estos idiotas me han arrestado por desertor —declaró—, sólo porque el inepto de Bakaris olvidó darme los documentos adecuados.

—Me aseguraré de que reciba su castigo por haberte causado problemas, mi buen Tanthalas —respondió Kitiara sin poder reprimir la risa—. ¿Cómo te has atrevido? —añadió volviéndose enfurecida hacia el capitán, que se amedrentó al saberse amonestado por un superior de tal categoría.

—S-sólo cumplía órdenes, señora tartamudeó, tembloroso como un goblin.

—Aléjate o te entregaré a mi Dragón para que te devore —ordenó Kitiara a la vez que agitaba la mano en perentorio ademán. Luego, con gesto más amable, extendió su enguantado miembro hacia Tanis—. ¿Puedo ofrecerte un paseo, oficial? Sólo a guisa de disculpa, por supuesto.

—Gracias, señora —aceptó Tanis.

Lanzando una ominosa mirada al capitán, el semielfo asió la mano de Kitiara y se encaramó sobre el lomo del Dragón Azul. Se apresuró a escudriñar el gentío mientras ella indicaba a su montura que se pusiera de nuevo en marcha y, aunque al principio sus ansiosos ojos no detectaron nada, emitió un suspiro de alivio al ver que Caramon y los otros eran apartados del lugar por los guardianes. El hombretón alzó la mirada cuando pasaron junto a ellos, pero no se detuvo. O bien Tas le había transmitido su mensaje, o bien el guerrero tenía el suficiente sentido común para contribuir a la representación. Quizá confiaba en él de un modo instintivo, ése era su más ferviente deseo. Sus amigos estaban ahora a salvo, al menos más que en su compañía.

De pronto el semielfo pensó, entristecido, que ésta podía ser la última vez que les veía, pero se esforzó en desechar tal idea. Desviando la vista hacia Kitiara, descubrió que la joven le observaba con una extraña mezcla de picardía y franca admiración.

Tasslehoff se puso de puntillas para ver qué era de Tanis. Oyó clamores y vítores, seguidos por un expectante silencio en el momento en que el semielfo se acomodaba en la grupa del Dragón. Cuando se reanudó el desfile, el kender creyó percibir que su amigo le miraba, mas si lo hizo, pareció no reconocerle. Entonces los centinelas azuzaron a los cuatro prisioneros, obligándoles a avanzar entre la muchedumbre, y la imagen de Tanis se perdió en la barahúnda.

Uno de los soldados hurgó con su daga en las costillas de Caramon.

—Así que tu compañero se va con la Señora del Dragón Y deja que te pudras en los calabozos —bromeó, emitiendo un desagradable chasquido.

—No me olvidaré —farfulló él.

El draconiano sonrió y dio un codazo de complicidad al otro centinela, que arrastraba a Tasslehoff con su reptiliana mano cerrada en torno al cuello del kender.

—Sin duda volverá a buscarte, si logra escabullirse de su lecho.

Caramon enrojeció de ira, y Tas le dirigió una mirada llena de espanto. No había tenido ocasión de comunicar a su fornido amigo el último mensaje de Tanis y temía que lo estropease todo, si bien no creía que nada pudiera empeorar el aprieto en que ahora estaban.

Por fortuna Caramon se limitó a menear la cabeza como si hubieran herido su dignidad.

—Estaré en libertad antes de que caiga la noche —declaró con su voz de barítono—. Hemos vivido juntos muchas experiencias, no me abandonará.

Advirtiendo una nota nostálgica en las palabras del guerrero Tas se estremeció, ansioso por acercarse y explicarle lo que sabía. En aquel momento Tika lanzó un grito de furia y

el kender se giró para comprobar qué ocurría. El guardián que la escoltaba había desgarrado su pectoral, varios surcos sanguinolentos se dibujaban en el cuello de la muchacha a causa de la presión de sus hediondas garras. Caramon intentó actuar, pero su gesto fue tardío: Tika había propinado un severo golpe en la faz reptiliana de su oponente, fruto de su amplia experiencia como moza de posada.

Furioso, el atacado acorraló a la muchacha contra el muro y enarboló su látigo. Tas oyó que Caramon contenía el aliento y se dobló sobre sí mismo, esperando un dramático desenlace.

—¡No la lastimes! —rugió el guerrero—. Si lo haces, atente a las consecuencias. Kitiara quiere que obtengamos por ella seis monedas de plata, y nadie nos las dará si está marcada.

El draconiano vaciló. Aquel individuo corpulento era un prisionero, cierto, pero todos ellos habían visto la bienvenida que dispensara la Señora del Dragón a su amigo. ¿Podía correr el riesgo de contrariar a alguien que quizá gozaba también de su favor? Al parecer decidió que no pues puso a Tika en pie y, de un violento empujón, la obligó a seguir adelante.

Tasslehoff emitió un suspiro de alivio y, ahora volvió la cabeza con disimulo para mirar a Berem, que había permanecido encerrado en su mutismo durante todo aquel episodio. En efecto, el Hombre Eterno parecía hallarse en otro mundo. Sus ojos, muy abiertos, contemplaban el horizonte con hechizada fijación mientras que sus labios, entrecerrados, le conferían el aspecto de un retrasado mental. Por lo menos su actitud no denotaba que fuera a causar problemas, y por otra parte Caramon continuaba interpretando su papel. También Tika estaba a salvo después del altercado, de modo que nadie le necesitaba. Respiró hondo y empezó a contemplar interesado el recinto del Templo, tanto como le permitían aquellas manos de reptil que aferraban su cuello.

Lamentaba este entorpecimiento. Neraka era en realidad lo que aparentaba, un pequeño pueblo que rezumaba pobreza construido para los habitantes del Templo, si bien la imagen de este último quedaba ahora distorsionada por las tiendas que se erguían como hongos en su derredor.

Al fondo del complejo, el santuario propiamente dicho se cernía sobre la ciudad como un ave carroñera, con una obscena y retorcida estructura que parecía dominar incluso las montañas adyacentes. En cuanto se entraba en Neraka, saltaba a la vista la gran mole y nadie podía substraerse a su influjo. El Templo se hallaba siempre presente, incluso de noche y más aún en las peores pesadillas.

Tras lanzar un breve vistazo el kender se apresuró a apartar la mirada, sintiéndose invadido por una extraña náusea. Pero el espectáculo que se desplegaba ante él era aún peor. La improvisada ciudad estaba atestada de tropas; draconianos y mercenarios humanos, goblins y las más singulares criaturas salían en masa de las tabernas y burdeles poblando las mugrientas calles, mientras esclavos de todas las razas servían a sus aprehensores para proporcionarles los más abyectos placeres y los enanos gully se deslizaban como las ratas, llenando el empedrado de desperdicios. El hedor era asfixiante, la escena tan apocalíptica como el abismo. Aunque aún no había anochecido La lobreguez de la plaza, unida al frío reinante, producían en Tas la engañosa sensación

de hallarse envuelto en las brumas de la madrugada. Alzó el kender la mirada y vio las inmensas ciudadelas voladoras, flotando sobre el Templo con terrible majestad rodeadas por los dragones que montaban incesante guardia.

Al iniciar la marcha por las abarrotadas calles. Tas había abrigado la esperanza de huir aprovechando la primera ocasión que se le ofreciera. Era un experto en confundirse con el gentío y le animaron las furtivas miradas de Caramon, quien sin duda había forjado el mismo plan. Pero tras recorrer unas pocas avenidas, tras ver las acechantes ciudadelas sobre sus cabezas, comprendió que sería inútil. Era evidente que Caramon había llegado a idéntica conclusión, pues el kender le vio bajar los hombros en un ademán de impotencia.

Desalentado y temeroso, Tas pensó, de pronto, que Laurana vivía prisionera en aquel infierno desde hacía tiempo. Su talante alegre, despreocupado, pareció quedar aplastado por el peso de la penumbra y perversidad que lo cercaban, una oscura maldad cuya existencia no había concebido ni en sueños.

Los soldados les apremiaban con sus armas mientras se abrían camino a codazos entre los borrachos y pendencieros, que obstaculizaban su avance en las angostas callejas. Por mucho que se esforzase, el kender comprendió que no hallaría el modo de transmitir a Caramon el mensaje de Tanis.

De pronto les obligaron a detenerse, pues un contingente de tropas de Su Oscura Majestad marchaba por el lugar en apretada formación. Quienes no se apartaban a tiempo eran arrojados de bruces a los callejones por los oficiales draconianos, o simplemente derribados y pisoteados. Los centinelas de los compañeros se apresuraron a arrinconarles en un muro desmoronado, con la orden de permanecer inmóviles hasta que hubieran pasado los soldados.

Tasslehoff quedó aprisionado entre Caramon y uno de los draconianos, quien soltó su cuello convencido de que ni siquiera un kender osaría acometer la huida en medio de semejante multitud. Aunque sentía sobre él los vigilantes ojos del centinela, Tas logró deslizarse en pos de Caramon con la esperanza de obedecer al fin las instrucciones de Tanis. Sabía que nadie lo oiría, los estruendos de armaduras y recias botas impedirían que los ecos de sus palabras penetrasen en tímpanos hostiles.

—Caramon —le dijo con voz queda—, tengo un mensaje para ti. ¿Me escuchas?

El guerrero no se volvió. Permaneció con la mirada fija en la calle, convertido su rostro en una máscara de piedra. Sin embargo el kender, que estaba casi a su lado, detectó un ligero pestañeo en sus ojos.

—Tanis te pide que confíes en él —se apresuró a susurrarle—. Haga lo que haga, debes representar tu papel... creo que ésas han sido sus palabras.

Caramon frunció el ceño

—Hablaba en lengua elfa —se disculpó el kender—. Además, apenas podía oírle.

El hombretón no se inmutó. Si acaso, se ensombreció su rostro.

Tas tragó saliva y se arrimó a la pared, colocándose detrás de la ancha espalda de su amigo.

—Esa Señora del Dragón era Kitiara, ¿verdad?

No hubo respuesta pero Tas vio cómo se tensaban los músculos de la mandíbula del guerrero, cómo un nervio comenzaba a vibrar en su cuello.

Olvidando por un momento dónde estaba, el kender alzó la voz.

—Espero que confíes en él, Caramon, porque de lo contrario...

Sin previo aviso el draconiano que custodiaba a Tasslehoff giró sobre sus talones y le dio una bofetada en la boca, arrojándole contra la pared. Aturdido a causa del dolor, el atacado se desplomó en el suelo. Una sombra se inclinó entonces sobre él y, a través de la nebulosa que empañaba sus ojos, creyó que se trataba de su agresor y se preparó para un nuevo golpe. Sin embargo, sintió cómo unas poderosas pero suaves manos lo alzaban por su lanuda zamarra.

—Os advertí que no lastimarais a los prisioneros —gruñó Caramon.

—¡Es sólo un kender! —comentó desdeñoso el draconiano.

Las tropas ya habían pasado y Caramon incorporó al kender quien, pese a sus intentos de mantenerse en pie, tuvo la sensación de que el suelo se obstinaba en resbalar bajo su persona.

—Lo lamento —se oyó balbucear a sí mismo—. no me responden las piernas.

El guerrero, viendo su penoso estado, lo izó en el aire y se le colgó del hombro como un saco de harina sin hacer caso de sus protestas.

—Tiene información importante —declaró Caramon con voz cavernosa—. Espero que no hayáis dañado su cerebro. Si ha olvidado lo que debe revelarnos, la Dama Oscura se enfurecerá.

—¿Qué cerebro? —bromeó el draconiano pero Tas, boca abajo sobre la espalda de su amigo, creyó detectar un atisbo de inquietud en la criatura.

Emprendieron de nuevo la marcha. A Tasslehoff le dolía terriblemente la cabeza, y sentía, además, unas molestas punzadas en el pómulo. Al llevarse la mano al rostro palpó regueros de sangre coagulada en el lugar donde el draconiano lo había abofeteado. Resonaba en sus oídos el zumbido de mil abejas, que parecían haber instalado la colmena en el interior de su cráneo, y el mundo daba vueltas sin cesar. Tampoco su estómago se hallaba pletórico de salud, y los zarandeos que le infligía al moverse la espalda armada de Caramon no contribuían a aliviar tal malestar.

—¿Falta mucho? —La estruendosa voz del guerrero resonaba en su fornido pecho—. ¡Este bribón pesa más de lo que parece!

Por toda respuesta, uno de los draconianos extendió su larga y huesuda garra.

Con un denodado esfuerzo, tratando de ignorar su dolor y su mareo, Tas torció la cabeza para ver dónde señalaba. Sólo distinguió una sombra, pero fue suficiente. El edificio del Templo había crecido a medida que se acercaban hasta capturar no sólo los sentidos, sino incluso la mente.

Se dejó caer en su incómoda postura. Su visión se nublaba por momentos y, aunque aturdido, no podía dejar de preguntarse a qué se debía aquel fenómeno, de dónde provenía la creciente bruma. Lo último que oyó fueron las palabras: «A los calabozos subterráneos del templo de Su Majestad, Takhisis, Reina de la Oscuridad».

Capítulo 6

Tanis negocia

Gakhan investiga

—¿Vino?

—No.

Kitiara se encogió de hombros y, alzando la jarra del cuenco lleno de nieve en el que reposaba para mantener fresco su contenido, se sirvió lentamente a la vez que contemplaba perezosa cómo el purpúreo licor se deslizaba del recipiente hacia su copa. Depositó acto seguido el cristalino objeto en la nivea superficie y se sentó frente a Tanis para observarle con frialdad.

Se había quitado el yelmo pero aún se cubría con la armadura, aquella armadura azul oscuro ribeteada en filigrana de oro que se adaptaba a su sinuoso cuerpo cual una piel escamosa. La luz que proyectaban los candelabros de la sala reverberaba sobre el bruñido peto y despedía resplandores ígneos en los agudos cantos metálicos, de tal modo que toda ella aparecía envuelta en un incendio multicolor. Su negro cabello, húmedo a causa del sudor, se pegaba en torno a su rostro, en el que destacaban sus brillantes ojos sombreados por largas y también negras pestañas.

—¿Qué haces aquí, Tanis? —preguntó con voz queda, trazando círculos en el borde de la copa sin apartar la mirada de su oponente.

—Conoces de sobra el motivo de mi presencia —se limitó a responder el semielfo.

—Laurana, por supuesto —apuntó Kitiara.

Ahora fue Tanis quien se encogió de hombros en un intento de mantener el semblante impenetrable como el de una estatua, si bien temía que aquella mujer —que en ocasiones parecía capaz de penetrar en sus entrañas mejor que él mismo— leyera sus pensamientos

—¿Has venido solo? —preguntó ella sorbiendo el vino.

—Sí —fue la lacónica contestación del semielfo, quien le devolvió la mirada sin un pestañeo.

Kitiara enarcó una ceja para mostrarle su incredulidad.

—Flint ha muerto —añadió él con voz entrecortada. A pesar de su miedo a manifestar sus sentimientos, no podía recordar al amigo perdido sin estremecerse—. Y Tasslehoff ha desaparecido, no he logrado encontrarle. De todos modos no entraba en mis planes traerle hasta aquí.

—Lo comprendo —dijo Kit con una mueca irónica—. Así que a Flint le llegó su hora.

—Y también a Sturm, como bien sabes —el semielfo no pudo por menos que apretar los dientes al pronunciar su nombre.

—Son los percances de la guerra, querido —comentó Kitiara a la vez que clavaba en él sus desafiantes ojos—. Ambos éramos soldados. El supo entenderlo, estoy segura de que su espíritu no me guarda rencor.

Aunque disgustado, Tanis reprimió la frase que afloraba ya a sus labios. Kitiara tenía razón.. Sturm siempre comprendió los irremediables designios del destino.

La joven permaneció muda unos instantes, contemplando el rostro de Tanis, antes de posar la copa con un suave tintineo y preguntar:

—Y mis hermanos.

—¿Por qué no me llevas a los calabozos y me interrogas? —interrumpió Tanis. Se levantó entonces de su butaca para empezar a andar por la lujosa estancia.

Kitiara esbozó una sonrisa introspectiva, meditabunda.

—Sí —declaró—, podría interrogarte allí y hablarías, Tanis, no lo dudes. Confesarías todo cuanto yo quisiera y hasta suplicarías que te dejasen contarme más detalles. No

sólo tenemos hombres expertos en el arte de la tortura, sino que además se consagran en cuerpo y alma a su quehacer —poniéndose de pie en lánguida actitud Kitiara se acercó al lugar donde se había detenido el semielfo para posar una mano en el pecho y deslizar la palma abierta hasta su hombro—. Pero no pretendo someterte a un interrogatorio. Digamos más bien que soy una hermana preocupada por su familia. ¿Dónde están los gemelos?

—Lo ignoro —le espetó Tanis mientras sujetaba firmemente su muñeca y se desembarazaba de tan ambigua caricia—. Ambos se perdieron en el Mar Sangriento...

—¿Junto con el Hombre de la Joya Verde?

—En efecto.

—¿Y cómo lograste tú sobrevivir?

—Me rescataron los elfos marinos.

—En ese caso, quizá salvaran también a los otros.

—Es posible, aunque no probable. Después de todo yo pertenezco a su raza, mientras que ellos eran humanos.

Kitiara estudió durante unos minutos la faz insondable del semielfo, que aún apretujaba su muñeca. Inconscientemente, sin eludir el escrutinio de la muchacha, Tanis cerró los dedos en torno a su presa.

—Me haces daño —susurró Kitiara—. ¿Para qué has venido? Ni siquiera tú cometerías la insensatez de intentar el rescate de Laurana en solitario.

—No —reconoció Tanis estrujando con mayor fuerza el miembro de su rival—. Estoy aquí para negociar. Suelta a la Princesa y quédate conmigo.

Kitiara abrió los ojos sin poder ocultar su sorpresa, pero no tardó en inclinar la cabeza hacia atrás y proferir una sonora carcajada. Con gesto rápido y certero se liberó de las garras de Tanis y, dando media vuelta, se acercó de nuevo a la mesa a fin de llenar su copa.

—Sigo sin comprenderte, Tanis —dijo entre risas. Le miraba por encima del hombro, exhibiendo aquella siniestra mueca que la caracterizaba—. ¿Qué puede inducirte a pensar que eres lo bastante importante como para que acepte el trueque?

El semielfo se ruborizó, pero Kitiara hizo caso omiso y prosiguió.

—He capturado a su Áureo General, amigo. Les he arrebatado su amuleto de la suerte, su hermosa guerrera y adalid que, por cierto, no fue un mal comandante puesto que les proporcionó las Dragonlance y les enseñó a luchar. Su hermano fue el artífice del retorno de los Dragones del Bien y, sin embargo, es en ella en quien han depositado su confianza, acaso porque mantuvo unidos a los Caballeros de Solamnia cuando se hallaban a punto de escindir-se. Y tú me propones que la cambie por —hizo un gesto

despectivo— un semielfo que ha estado recorriendo todo el país en compañía de un kender, bárbaros y enanos.

Asaltó entonces a Kitiara un tal acceso de risa que tuvo que sentarse y secarse las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Realmente, Tanis, tienes un elevado concepto de ti mismo —logró continuar al fin—. ¿Por qué creíste que querría recuperarte? ¿Por amor?

Se produjo, pese a su aparente burla, un sutil cambio en la voz de Kitiara. De pronto frunció el ceño sin dejar de acariciar la copa.

Tanis no respondió. Permaneció inmóvil frente a ella, sintiendo que le ardían los pómulos debido al ridículo al que le había expuesto. Tras observarlo unos segundos, Kitiara bajó la mirada y habló de nuevo.

—Supón que accedo —insinuó, posada la vista en el recio mosto—. ¿Qué me darás para reparar la pérdida en que sin duda incurriría?

Tanis respondió hondo.

—El capitán de tus tropas ha muerto —dijo sin denotar la más tenue alteración en su ánimo—. Lo sé, el mismo Tas me contó que había acabado con él. Me ofrezco a ocupar su puesto.

—¿Servirías bajo... te alistarías en los ejércitos de los Dragones? —los desorbitados ojos de Kit delataban su perplejidad.

—Sí —los dientes de Tanis rechinaron, la amargura invadió su rostro—. Hemos perdido de todas formas. He visto vuestras ciudadelas flotantes y soy consciente de que nunca venceremos, aunque se queden junto a nosotros los reptiles benignos. Además sé que nos abandonarán, que serán expulsados por el pueblo. Lo cierto es que nunca tuvieron fe en ellos y, en cuanto a mí, lo único que me importa es que Laurana recobre la libertad sin sufrir el menor daño.

—Creo en tu sinceridad, sé que cumplirás tu promesa —Kitiara le contempló sin disimular la admiración que le inspiraba—. Debo reflexionar.

Meneó la cabeza como si librarse una batalla interior. Se llevó acto seguido la copa a los labios, bebió un largo trago hasta consumir el vino y, tras depositar el vacío recipiente en la mesa, se incorporó.

—Lo pensaré —murmuró—. Pero ahora tengo que dejarte, Tanis. Esta noche se celebra un consejo extraordinario de los Señores de los Dragones, que han venido desde todos los confines de Ansalon para asistir. Por supuesto, tienes razón: habéis perdido la guerra. Hoy fraguaremos un plan para asestar el golpe definitivo, y tú estarás presente como mi escolta Personal. Quiero que Su Oscura Majestad te conozca sin tardanza.

—¿Y Laurana? —insistió Tanis.

—¡Te he dicho que lo pensaré! —un surco negro rompió la lisa superficie que separaba las cejas de Kitiara cuando añadió, sin dar lugar a la réplica—: Haré que te traigan una armadura de gala. Vístete y prepárate para acompañarme dentro de una hora —se alejó unos pasos, pero de nuevo volvió la cabeza hacia Tanis—. Mi decisión bien puede depender de tu conducta esta noche —le advirtió—. Recuerda, semielfo, que a partir de este momento sirves bajo mis órdenes.

Sus ojos pardos irradiaron fríos destellos al envolver en su embrujo a Tanis, quien sintió cómo la voluntad de aquella mujer le aprisionaba hasta convertirse en una mano invisible pero poderosa que le obligaba a postrarse en el pulido de mármol. Se hallaba respaldada por la fuerza de los ejércitos de los Dragones y flotaba sobre ella la sombra de la Reina de la Oscuridad, imbuyéndola de una autoridad que el semielfo ya había vislumbrado en anteriores ocasiones.

De pronto sintió la gran distancia que mediaba entre ellos. Kitiara se le apareció soberbiamente humana, pues sólo los de su raza estaban dotados de una tal sed de poder que la primera pasión amorosa que albergaban podía corromperse sin la menor dificultad. Las breves vidas de los humanos eran llamas que ardían con una luz pura como la vela de Goldmoon o el desgajado sol de Sturm, o bien destruían como un fuego abrasador capaz de consumir cuanto se interponía en su camino. El había calentado su espesa sangre elfa en este fuego, había alimentado la llama en su corazón, y ahora veía con total claridad en qué había de convertirse: en una masa de carne socarrada similar a los cuerpos de aquéllos que murieron en el incendio de Tarsis, en el almacén de unas entrañas negras e imperturbables.

Era su deber, el precio que tenía que pagar. Depositaría su alma en el altar de Kitiara como otros extendían un puñado de oro sobre una almohada. Laurana no merecía menos, ya había sufrido bastante por su causa. Su muerte no la liberaría, pero su vida sí.

Despacio, Tanis se llevó la mano al corazón y se inclinó en una reverencia.

—Soy tu humilde servidor, Señora —dijo.

Kitiara entró en su alcoba con un torbellino en la mente. La sangre latía en sus venas más ebria de excitación, de deseo y del goce anticipado de la victoria que de vino. Sin embargo, asomaba bajo tanta dicha una agobiante duda, que la irritaba sobremanera al diluir cualquier otro sentimiento. Trató por todos los medios de desecharla, pero en cuanto abrió la puerta de su habitación volvió a surgir con mayor crudeza que antes.

Los criados no la esperaban tan pronto. No habían encendido las antorchas, y el fuego del hogar estaba a punto pero sin lumbre. Extendió la mano para hacer sonar la campanilla que había de atraerles y reprenderles por su negligencia, cuando, de pronto, una mano tan gélida como translúcida se cerró sobre su muñeca.

El contacto de aquel miembro hizo crujir sus huesos con una sensación de frío febril, y la sangre pareció helarse en sus venas. Kitiara lanzó un ahogado jadeo de dolor a la vez que intentaba desembarazarse de la mano, que se mantuvo firme en torno a su presa..

—No habrás olvidado nuestro trato, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella. Intentando reprimir el miedo que ribeteaba su voz, ordenó—: Suéltame.

Los dedos que la aprisionaban se abrieron lentamente, y Kitiara se apresuró a retirar el brazo y frotarse la carne que, incluso en tan breve lapso de tiempo, había asumido un tono violáceo.

—La mujer elfa será tuya —declaró—, en cuanto la Reina haya terminado con ella.

—Por supuesto, de nada me serviría de otro modo. Una hembra viva no es para mí de mayor utilidad que un hombre muerto para ti —el eco de aquella cavernosa voz perduró de una manera abominable una vez pronunciada la frase.

Kitiara dirigió una mirada despectiva al lívido rostro, a los centelleantes ojos que flotaban desnudos sobre la negra armadura del caballero espectral.

—No seas necio, Soth —dijo, haciendo sonar la campanilla. Estaba ansiosa de luz y calor—. Soy capaz de separar los placeres de la carne de los compromisos adquiridos, algo que por lo visto tú no supiste hacer en vida.

—¿Cuáles son tus planes para el semielfo? —pregunto Soth con una voz que, como de costumbre, provenía de las profundidades del abismo.

—Se rendirá a mí por completo, sin condiciones —afirmó Kitiara sin cesar de acariciarse la dolorida muñeca.

Varios criados acudieron prestos a su llamada intercambiando vacilantes miradas de soslayo, temerosos de la explosión de ira con que esperaban ser recibidos por la Dama Oscura. Pero Kitiara les ignoró, abstraída como estaba en sus cavilaciones. Soth se fundió en las sombras como solía hacer cuando prendían las antorchas.

—El único medio de poseer al semielfo consiste en obligarle a contemplar cómo destruyo a Laurana —prosiguió Kitiara.

—No creo que de esta manera consigas conquistar su amor —apuntó Soth desde su invisibilidad.

—¡No es su amor lo que quiero, sino a él! —exclamó Kitiara, antes de quitarse los guantes y desabrocharse las metálicas hebillas de su armadura—. Mientras mantenga su integridad sólo pensará en ella y en el noble sacrificio que ha hecho para salvarla. No, si quiero que me pertenezca debo aplastarle bajo el tacón de mi bota hasta que no quede de él sino una masa informe. Entonces podré utilizarle.

—Durante un breve tiempo —comentó cáusticamente el espectro—. La muerte le liberará.

Kitiara se encogió de hombros. Los criados habían concluido su tarea y se retiraron sin tardanza, dejando a la Dama Oscura callada y meditabunda, con la armadura medio desprendida y el yelmo colgado de su mano.

—Me ha mentido —susurró pasados unos momentos, a la vez que arrojaba el yelmo sobre una mesa con tal fuerza que hizo añicos un polvoriento jarrón de porcelana. Comenzó a caminar de un lado a otro de la estancia, sin cesar de repetirse—: Ha intentado engañarme, mis hermanos no perecieron en el Mar Sangriento. Sé que por lo menos uno de los dos vive, al igual que el Hombre Eterno.

Abriendo la puerta con brusquedad, Kitiara vociferó—: ¡Gakhan!

Un draconiano apareció en el umbral.

—¿Hay noticias de ese capitán?

—No, señora —respondió el draconiano

Era el mismo que había seguido a Tanis desde la posada de Flotsam, el mismo que había ayudado a atrapar a Laurana.

—No está de servicio —añadió la criatura, como si este hecho lo explicase todo.

Kitiara comprendió enseguida el significado de tales palabras.

—Registrad todas las tabernas y burdeles hasta encontrarle, y traedle aquí. Ponedle los grilletos si es necesario para aseguraros de que no va a escapar. Le interrogaré cuando regrese de la asamblea o, mejor aún, encárgate tú de averiguar si el semielfo viajaba solo como afirma o si le acompañaba alguien. En este último caso...

—Seréis informada sin tardanza, señora —concluyó por ella el draconiano con una respetuosa reverencia.

Kitiara le despachó con un gesto de la mano y el individuo, tras inclinar de nuevo la cabeza, salió y cerró la puerta. La joven permaneció unos segundos inmóvil, ensimismada en sus pensamientos, mas pronto reaccionó y procedió a debatirse con las trabillas que aún afianzaban su armadura.

—Esta noche me acompañarás a la reunión —dijo a Soth mesándose el crespo cabello pero sin tomarse la molestia de volver la vista hacia el fantasma, ya que dio por sentado que se hallaba en el mismo rincón a su espalda—. Vigila a Ariakas, no se sentirá muy complacido cuando conozca mis intenciones.

Una vez libre de la última pieza de su metálico atavío, Kitiara se desprendió de la túnica de cuero y el sedoso jubón azul. Se desperezó en impúdica actitud, y lanzó una mirada por encima de su hombro para comprobar la reacción de Soth. El espectro había desaparecido y, sobresaltada, escudriñó la estancia en su busca.

La siniestra aparición se había desplazado hasta la mesa donde yacía el yelmo rodeado de los esparcidos restos del jarro roto. Dibujando un sesgo en el aire con su incorpórea

mano, el caballero hizo que los fragmentos alzarán el vuelo y quedasen suspendidos frente a él. Sin dejar de sostenerlos en tan ingrátida postura mediante su poderosa magia, desvió entonces sus llameantes ojos anaranjados hacia Kitiara. La luz de aquellos insondables focos tiñó de oro la desnuda piel de la muchacha y envolvió sus negros cabellos en una aureola de calor.

—Todavía eres una mujer, Kitiara —declaró despacio—. Amas...

No se movió ni concluyó su frase, pero las piezas del jarrón cayeron al suelo con estrépito. Su translúcida bota pasó sobre ellas sin dejar la menor huella.

—Y hieres —añadió al fin en un susurro, acercándose sigiloso a la Dama Oscura—. No trates de engañarte a ti misma. Aplástale como mejor te parezca, el semielfo siempre te dominará... incluso después de la muerte.

El Caballero de la Rosa Negra se desvaneció en las sombras de la alcoba mientras Kitiara contemplaba petrificada el crepitante fuego, como si quisiera leer su destino en los movimientos fugaces de las llamas.

Gakhan recorrió a toda prisa el pasillo del palacio real, las garras que formaban sus pies producían sonoros ecos al estamparse en los marmóreos suelos. Los pensamientos del draconiano fluían con la misma rapidez que sus zancadas, pues, de pronto, se le había ocurrido dónde podía encontrar al capitán. Al toparse con dos soldados asignados a Kitiara haraganeando en un extremo del corredor, les ordenó que le siguieran y ellos le obedecieron de inmediato. Aunque Gakhan no poseía ningún rango en los ejércitos de los Dragones —había sido destituido—, todos sabían que pertenecían a la escolta personal de la Dama Oscura y extraoficialmente se rumoreaba que era su asesino privado.

Llevaba mucho tiempo al servicio de Kitiara. Su fidelidad perduraba desde mucho tiempo atrás, después de que llegara a oídos de la Reina de la Oscuridad y sus esbirros la noticia del descubrimiento de la Vara de Cristal Azul. Pocos fueron los Señores de los Dragones que concedieron importancia a la desaparición de la misma. Ocupados en la guerra que poco a poco agostaba la vida en las regiones septentrionales de Ansalon, algo tan trivial como un objeto con poderes curativos no merecía la atención de la mayoría. Se necesitaba poseer una fuerza sobrenatural para sanar un mundo a punto de expirar, había afirmado entre risas Ariakas en un consejo bélico.

Pero dos de los dignatarios se tomaron en serio la desaparición de la vara: uno fue el gobernador de la parte de Ansalon donde se había hallado, y otro alguien que había nacido y se había criado en la zona. Mago oscuro uno, hábil guerrero la otra, ambos sabían cuán peligrosa podía resultar para su causa aquella prueba del regreso de los antiguos dioses.

Reaccionaron de manera diferente, quizá debido a una cuestión geográfica. Verminaard movilizó a varias hordas de draconianos y goblins con detalladas descripciones de la Vara de Cristal Azul y sus virtudes arcanas. Kitiara envió a Gakhan.

Fue Gakhan quien rastreó a Riverwind y la vara hasta el poblado de los Que-shu, y también quien ordenó asaltar el lugar y asesinar sistemáticamente a sus habitantes en busca de aquel ingenio de nefasto augurio.

Sin embargo, pronto abandonó a los Que-shu, tras ser informado de que la vara se hallaba en Solace. Viajó el draconiano a esta ciudad, para descubrir que llegaba con unas semanas de retraso aunque también averiguó que los bárbaros portadores del objeto mágico se habían reunido con un grupo de aventureros, oriundos de Solace a juzgar por las declaraciones de los lugareños que allí «entrevistó». Tuvo que tomar una decisión. Podía tratar de seguir su rastro, que sin duda debía haberse desvirtuado durante las semanas transcurridas, o bien regresar junto a Kitiara y describirle a los aventureros por si ella los conocía. En este último caso quizá le daría una información susceptible de ayudarle a anticipar sus movimientos.

Eligió la segunda opción y corrió al encuentro de Kitiara, que estaba guerreando en el norte. Los millares de soldados que componían las fuerzas de Verminaard tenían mayores posibilidades de encontrar la vara que Gakhan pero eso no le impidió comunicar cuanto sabía del misterioso grupo a la Dama Oscura, quien sufrió un gran sobresalto al enterarse de que estaba formado por sus dos hermanastros, sus antiguos compañeros de armas y su primer amante. Al instante vio en esta combinación la mano oculta de un temible poder, pues sabía que tan dispares nómadas habían de constituir un dinámico ejército para bien o para mal. Se apresuró a transmitir sus inquietudes a la Reina, que era ya víctima de cierto desasosiego a causa del inexplicable portento que suponía la desaparición del Guerrero Valiente de su firmamento. No tardó la soberana en comprender que sus premoniciones eran correctas y que Paladine había regresado para luchar contra ella, si bien cuando tomó plena conciencia de la situación el daño ya estaba hecho.

Kitiara envió de nuevo a Gakhan en busca de los errabundos compañeros. Paso a paso, el avisado draconiano siguió su pista desde Pax Tharkas al reino de los enanos. Fue él quien descubrió su presencia en Tarsis, donde la Dama Oscura los habría capturado de no ser por la intervención de Alhana Starbreeze y sus grifos.

Gakhan no se desalentó. Con su habitual paciencia logró averiguar que el grupo se había separado y supo de su estancia en Silvanesti, donde ahuyentaron al enorme Dragón verde llamado Cyan Bloodbane, y en el Muro de Hielo, lugar en el que Laurana dio muerte al perverso Feal-Thas, señor del Dragón. Llegó asimismo a sus oídos el hallazgo de los Orbes, la destrucción de uno y el medio por el que el frágil mago obtuvo el otro.

Ya en Flotsam, Gakhan espío a Tanis sin que éste lo advirtiera, y pudo así dirigir a la Dama Oscura hasta el Perechon. Una vez más el draconiano movió cauteloso su pieza, pero pronto comprobó que la de su oponente se había interpuesto en su camino y bloqueado el jaque. Tampoco ahora se dejó llevar por la desesperación, ya que conocía a su rival y el poder al que se enfrentaba. Era mucho lo que estaba en juego, no podía dejarlo en tablas.

En todos estos eventos pensaba Gakhan al abandonar el Templo de Su Oscura Majestad, donde los Señores de los Dragones empezaban a congregarse para la asamblea. Recorrió las calles de Neraka, iluminadas por una luz crepuscular. En el instante en que el sol se ocultaba tras el horizonte sus últimos rayos quedaron libres de la sombra de las

ciudadelas y propagaron su calor por las montañas, tiñendo de doradas aureolas los niveos picos.

La mirada reptiliana de Gakhan no se detuvo en el espectáculo que ofrecía al astro sino que escudriñó las tiendas de la improvisada ciudad, ahora casi vacías pues los soldados debían escoltar a sus comandantes en la regia velada. Los Señores de los Dragones desconfiaban ostensiblemente de sus colegas y también de la Reina. Más de un asesinato se había perpetrado en los aposentos de la soberana, y no habían concluido tan luctuosas acciones.

Sin embargo, a Gakhan aquello no le importaba. Al contrario, incluso podía facilitar su tarea. Condujo con habilidad a los otros draconianos por los hediondos callejones atestados de inmundicias y, aunque se dijo que podría haberles enviado en su misión sin la necesidad de su presencia, había llegado a conocer muy bien a su oponente y sabía que el tiempo apremiaba. El remolino de los acontecimientos comenzaba a alzarse cual un imparable huracán y, pese a hallarse en su ojo, era consciente de que podía ser aniquilado por él, si no era tremendamente cuidadoso. Quería cabalgar a lomos del viento, no ser arrojado contra las rocas.

—Éste es el lugar —declaró, deteniéndose junto a su taberna.

Una enseña claveteada a un poste rezaba en lengua común: «El Ojo del Dragón» mientras que, en un rótulo que sobresalía del muro, se leía «Prohibida la entrada a draconianos y goblins» en toscos caracteres del mismo idioma. Asomando el rostro por la cortina de la lona Gakhan comprobó que había acertado y se introdujo en el local, tras ordenar a sus escoltas que apartasen la recia tela.

Un gran tumulto saludó su aparición cuando los humanos de la taberna volvieron sus miradas hacia los recién llegados y vieron a tres draconianos, lo que les impulsó a abuchearles desdeñosos. Sin embargo, las voces e imprecaciones pronto se apagaron, en el instante en que Gakhan se desprendió de la capucha que cubría su faz reptiliana. Todos reconocieron al esbirro de Kitiara y el silencio selló las bocas de los parroquianos, un silencio más denso que el espeso humo o los olores que cargaban la atmósfera. Tras observar amedrentados a los soldados, los humanos levantaron los hombros hacia sus bebidas y se encogieron cual tortugas, en un intento de pasar desapercibidos.

Las refulgentes y negras pupilas de Gakhan examinaron a la muchedumbre.

—Ahí está —indicó, a la vez que extendía el dedo en dirección a un humano acodado en la barra. Sus secuaces actuaron de inmediato para apresar a un individuo tuerto, que les contempló entre ebrio y aterrorizado.

—Llévadle fuera —ordenó el draconiano.

Ignorando las protestas y súplicas del arrestado, que vestía el uniforme de capitán, así como las amenazadoras miradas de los presentes, los soldados arrastraron al infeliz hasta un patio trasero. Gakhan los siguió más despacio.

Los expertos draconianos apenas tardaron unos minutos en serenar la enturbiada mente de su prisionero lo suficiente para que pudiera hablar, si bien los desgarrados gritos que el desdichado emitió en el proceso hicieron que muchos de los parroquianos perdieran el gusto por sus licores. Sea como fuere, al fin estuvo en condiciones de responder a las preguntas de Gakhan.

—¿Recuerdas haber detenido a un oficial de los ejércitos de los Dragones esta misma tarde, acusado de desertión?

El capitán recordaba haber interrogado a numerosos oficiales aquel día; era un hombre muy ocupado y todos se parecían. Gakhan se limitó a hacer un significativo gesto con la mano y los draconianos obedecieron con prontitud y eficacia.

El capitán se convulsionó en un agónico aullido. ¡Sí, ahora rememoraba la escena! Pero no había un oficial, sino dos.

—¿Dos? —Los ojos de Gakhan se iluminaron—. Describe al otro.

—Era un humano muy corpulento. Ambos custodiaban a unos prisioneros.

—¡Espléndido! —exclamó el esbirro de la Dama Oscura estirando su lengua para volver a ocultarla, un ademán habitual en los de su raza—. ¿Cómo eran?

El capitán halló un verdadero placer en detallar los rasgos de la muchacha.

—Una hembra de melena pelirroja y ondulada, con unos senos tan grandes como...

—Es suficiente, háblame de los otros —le espetó Gakhan.

Sus ganchudas manos temblaban de excitación cuando miró a sus escoltas para invitarles a estrujar los brazos del cautivo.

Aunque entre sollozos, el infeliz se apresuró a describir a los otros dos prisioneros sin apenas articular las palabras.

—Un kender —repitió Gakhan al borde del paroxismo— y un viejo con la barba cana...

—Hizo una breve pausa, desconcertado. ¿Se trataba quizá del anciano mago? No podía creer que los compañeros hubieran admitido en su grupo a aquel ser decrepito y demente en una misión tan importante y plagada de riesgos. Pero entonces, ¿quién era? ¿Algún otro que habían recogido en el camino?

—Dime algo más del viejo —apremió al capitán tras un meditabundo silencio.

El interpelado se esforzó en pasar revista a los recuerdos de su cerebro bañado de alcohol. Un anciano... barba blanca...

—¿Encorvado?

—No, alto y con anchos hombros. Ojos azules, extraños.

El oficial tuerto estaba a punto de desmayarse así que Gakhan, al percatarse de su estado, le apretó el cuello con ambas manos.

—No te interrumpas. ¿Qué has observado en sus ojos?

Presa del pánico, el capitán miró al draconiano que le asfixiaba hasta impedir la entrada de aire en sus pulmones. Farfulló algo.

—¡Demasiado joven! —Pese a su balbuceo Gakhan lo había comprendido—. ¿Dónde están?

Tras recibir su débil respuesta, el verdugo lo soltó. Exhausto y sin aliento, el torturado se desplomó.

El remolino se cerraba en torno a Gakhan, quien se sintió propulsado hacia las alturas. Un pensamiento palpitaba en su mente como las alas de un dragón cuando, seguido por sus draconianos, abandonó el patio en dirección a los calabozos subterráneos del palacio.

El Hombre Eterno... ¡El Hombre Eterno!

Capítulo 7

El templo de la Reina de la Oscuridad

—¡Tas!

—Me duele... dejadme tranquilo...

—Lo sé. Tas. Lo siento, pero tienes que despertar. ¡Te lo suplico!

Un timbre de miedo y apremio en la voz que le hablaba traspasó las penosas brumas que invadían la mente del kender. Una parte de él saltaba con violencia ordenándole que despertara, pero la otra le arrastraba de nuevo hacia las tinieblas que, aunque desagradables, se le antojaban más cómodas que tener que enfrentarse al dolor que yacía latente, esperando la ocasión de surgir.

—Tas... Una mano le daba golpecitos en sus pómulos, respaldando la tensión de aquel susurro impregnado de un terror contenido. De pronto, el kender comprendió que debía despertar sin remedio. Además, la parte saltarina de su cerebro le advertía que quizá iba a perderse algo emocionante.

—¡Loados sean los dioses! —exclamó Tika al ver que Tasslehoff abría los ojos y la miraba fijamente—. ¿Cómo te encuentras?

—Mal —respondió él mientras luchaba para incorporarse. Como había presentido, el acechante dolor salió de su rincón para asaltarle. Gimiendo, aferró su cabeza con ambas manos.

—Lo imagino y lo lamento —dijo de nuevo Tika a la vez que acariciaba su copete.

—Reconozco que tus intenciones son buenas, Tika —balbuceó Tas—, pero te ruego que no hagas eso. Es como si mil martillos golpearan mi cabeza al mismo tiempo.

Tika se apresuró a retirar la mano, y el kender examinó su entorno lo mejor que pudo a través de su ojo sano. El otro estaba tan hinchado que se cerraba por su propia iniciativa.

—¿Dónde estamos?

—En los calabozos del Templo —explicó la muchacha.

Cuando al fin logró sentarse junto a ella, Tas advirtió que tiritaba de frío y de aprensión. Bastaba un breve vistazo para comprender el motivo, la escena que se desplegaba a su alrededor también le produjo un repentino estremecimiento. Recordó entonces con añoranza los días felices en que ignoraba el significado de la palabra «miedo» y se dijo que debería sentirse estimulado, después de todo se hallaba en un lugar que nunca había visitado antes y donde sin duda se ocultaban centenares de secretos dignos de ser investigados.

Pero Tas sabía que la muerte se cernía sobre ellos, la muerte y el sufrimiento. Había visto perecer a demasiados amigos, había sentido su dolor. Voló su pensamiento hacia Flint, Sturm, Laurana y constató que algo en su interior había cambiado. Nunca volvería a ser un kender normal. A través del pesar había aprendido a conocer la incertidumbre, no por él mismo sino por la suerte de los demás, y decidió en ese instante que prefería morir antes que perder a otra criatura amada.

Fizban había sentenciado que, aunque había elegido la senda oscura, tenía el suficiente valor para recorrerla. ¿Era eso cierto? Suspirando, Tas ocultó el rostro entre las manos.

—¡Por favor, no! —le rogó Tika zarandeándolo—. No nos abandones, te necesitamos.

El kender alzó la cabeza con visible esfuerzo.

—Estoy bien, no te preocupes —la tranquilizó—. ¿Dónde han encerrado a Caramon y a Berem?

—Aquí, con nosotros. —Tika apuntó con el dedo un lóbrego rincón de la celda—. Los centinelas nos mantienen unidos hasta encontrar a alguien que decida nuestro destino. La actuación de Caramon ha sido magnífica —añadió dedicando una enorgullecida sonrisa al corpulento guerrero, que estaba acucillado en una esquina como si deseara permanecer alejado de sus «prisioneros». Pero una mueca de terror contrajo el rostro de la muchacha cuando susurró al oído de Tas—: Me inquieta Berem. ¡Creo que se ha vuelto loco!

Tasslehoff miró al Hombre de la Joya Verde. Sentado en el suelo de piedra del calabozo, el misterioso humano estaba con la mirada perdida en lejanía y la cabeza ladeada como si escuchara una voz de ultratumba. La falsa barba blanca que Tika había confeccionado aparecía desgarrada y torcida, no tardaría en desprenderse por completo y la inminencia de este contratiempo llenó a Tas de desasosiego. Los calabozos eran un laberinto de pasillos cavados en la sólida roca subyacente al Templo. Se bifurcaban en todas direcciones a partir de la sala de guardia, una pequeña estancia circular que se abría al pie de una angosta escalera de caracol. Al asomar la cabeza entre los barrotes, Tas comprendió que aquél era el único nexo entre el sótano donde se hallaban y la planta baja del santuario. En la reducida sala había un fornido goblin sentado frente a una desvencijada mesa, masticando un mendrugo de pan y regándolo con el contenido de una jarra. El manojito de llaves que pendía de un clavo sobre su cabeza le delataba como el carcelero de mayor rango; resultaba evidente que ignoraba a los compañeros, aunque tampoco habría podido verles en la tenue iluminación que proyectaba la antorcha del muro. En efecto, mediaba un centenar de pasos entre el celador y el calabozo sin que ninguna llama alumbrase el lóbrego corredor.

Tas aguzó la vista en dirección al pasillo que se prolongaba por el otro lado de la celda. Tras humedecer su dedo, lo alzó en el aire y dedujo que discurría en sentido norte. En la zona posterior sí se vislumbraban algunas antorchas, que humeaban oscilantes en la viciada atmósfera y proyectaban cierta luz sobre una celda común atestada de draconianos y goblins, al parecer borrachos y alborotadores esperando entre sopores su inminente liberación. En el extremo de ese pasillo se erguía una maciza reja de hierro, ligeramente entreabierta, que sin duda comunicaba esta zona con la siguiente. Tas acertó a oír ruidos amortiguados al otro lado de la cancela: voces, quedos lamentos, y decidió que estaba en lo cierto al pensar que se trataba de las auténticas mazmorras del palacio. Su experiencia así lo dictaba, y el hecho de que el carcelero no cerrase la reja intermedia significaba sin duda que de ese modo hacía las rondas con mayor comodidad y podía acudir presto ante cualquier anomalía.

—¡Tienes razón, Tika —declaró al fin—. Estamos confinados en una celda provisional hasta que se reciban órdenes concretas.

La muchacha asintió. La farsa de Caramon, aunque no había engañado por completo a los soldados, les forzó al menos a pensarlo dos veces antes de cometer un error imperdonable.

—Voy a hablar con Berem —anunció el kender.

—No, Tas —le rogó Tika a la vez que miraba recelosa al Hombre Eterno—. No creo que...

Pero Tasslehoff no la escuchaba. Tras someter al celador a un último y fugaz examen, ignoró las recomendaciones de la joven y gateó hacia Berem resuelto a adherir la falsa barba a su mentón para evitar que acabara de caerse. Se había acercado a él y se disponía a estirar su diminuta mano cuando, de pronto, el Hombre de la Joya Verde lanzó un rugido y se abalanzó sobre su agazapado cuerpo.

Sobresaltado, Tas tropezó y se desplomó de espaldas.

Pero Berem ni siquiera le vio. Aullando de forma incoherente, pasó en su arremetida por encima del kender y se lanzó de bruces contra la reja del calabozo.

Caramon se puso en pie, y también el goblin. Tratando de mostrarse irritado por la brusca interrupción de su descanso, el corpulento guerrero dirigió una severa mirada al hombrecillo que yacía en el suelo.

—¿Qué le has hecho? —refunfuñó sin despegar las comisuras de los labios.

—¡Nada, Caramon, te lo aseguro! —protestó Tas sin alzar la voz—. ¡Está loco!

Berem parecía, en efecto, haber perdido la razón. Indiferente al dolor, se arrojó de nuevo sobre los barrotes como si pretendiera hacerlos saltar por los aires y, al ver que fracasaba en su acometida, los sujetó con ambas manos a fin de abrir una brecha.

—¡Ya voy, Jasla! —gritaba—. No te alejes de mí, perdona...

El carcelero, con sus porcinos ojos llenos de alarma, corrió al pie de la escalera y empezó a vociferar por el hueco.

—¡Está llamando a la guardia! —comprendió Caramon—. Tenemos que calmarle. Tika...

Pero la muchacha estaba ya junto a Berem y, apoyando una mano en su hombro, lo conminaba al silencio. Al principio el enloquecido individuo no le prestó atención e incluso intentó desembarazarse de ella, mas las reiteradas y dulces caricias de la muchacha lograron apaciguarle y predisponerle a escuchar. Cesó en sus intentos de forzar la reja y se inmovilizó, con las manos aferradas aún a los barrotes. Su barba había caído al suelo, el sudor bañaba su desencajado rostro y la sangre manaba por la herida que él mismo se había infligido al golpear los sólidos hierros con su cabeza.

Se produjo un estruendo metálico en la parte frontal de los calabozos cuando dos draconianos se precipitaron por la escalera para acudir a la llamada del carcelero. Con sus curvas espadas desenvainadas y prestas, recorrieron el angosto corredor en compañía del goblin. Tas se apresuró a recoger la barba y embutirla en una de sus bolsas, confiando en que no recordarían el lanudo aspecto de Berem al ser apresado.

Tika persistía en su intento de tranquilizar al Hombre Eterno, pronunciando todas cuantas frases se le ocurrían en un cálido tono de voz. El no daba muestras de escucharla, pero al menos parecía más sosegado que unos minutos antes. Respiraba hondo y con inhalaciones regulares, sin apartar la nublada vista de la celda vacía que se

vislumbraba al otro lado del corredor. Tas advirtió que los músculos de su brazo vibraban en incontrolables espasmos.

—¿Qué significa esto? —vociferó Caramon cuando los draconianos se detuvieron frente a la reja—. ¡Me habéis encerrado en este agujero con una fiera rabiosa que incluso ha intentado matarme! ¡Exijo que me saquéis de aquí!

Tasslehoff, que observaba muy atento al guerrero, vio que éste señalaba al guardián con un rápido y disimulado gesto de la mano derecha. Reconociendo la señal de ataque, se preparó para la acción y comprobó que también Tika tensaba sus músculos. Un goblin y dos centinelas no suponían una gran dificultad; se habían enfrentado a situaciones más apuradas.

Los draconianos lanzaron una inquisitiva mirada al carcelero, que pareció titubear. Tas imaginó qué pensamientos surcaban la espesa mente de la criatura: si aquel corpulento oficial era en verdad un amigo personal de la Dama Oscura, la dignataria castigaría de forma implacable a un celador que permitía el asesinato de su protegido en una de las celdas a él asignadas.

—Voy a buscar las llaves —anunció el goblin antes de alejarse por el pasillo.

Los draconianos empezaron a conversar en su lengua, sin duda intercambiando severos comentarios sobre el carcelero. Caramon dirigió una centelleante mirada a Tika y a Tas con la que los incitaba a la lucha, y el kender revolvió en sus bolsas hasta cerrar sus dedos en torno a la empuñadura de su cuchillo. Por supuesto habían registrado sus pertenencias antes de encarcelarlo pero, en un esfuerzo por ayudarles, Tasslehoff había manipulado todos sus saquillos... y organizado un tal desorden que, tras examinar por cuarta vez el mismo, los guardianes abandonaron la tarea llenos de confusión. Caramon, mientras duraba este proceso, había insistido en que debían permitir a su prisionero conservar tales bienes pues contenían objetos del máximo interés; que la Dama Oscura deseaba inspeccionar a menos, claro, que ellos aceptaran la responsabilidad de...

Tika, por su parte, seguía calmando a Berem con aquella hipnótica voz que al fin logró prender un destello de paz en los febriles y perdidos ojos azules del insondable humano.

En el instante en que el carcelero recogía las llaves de su clavo en el muro y echaba a andar de nuevo por el corredor hacia el calabozo, le detuvo una voz procedente del pie de la escalera.

—¿Qué quieres? —preguntó, irritado y sorprendido por la aparición imprevista de una figura encapuchada en sus dominios.

—Soy Gakhan —se dio a conocer el intruso.

Interrumpiendo su cháchara en cuanto advirtieron la presencia del recién llegado, los draconianos se pusieron firmes en señal de respeto mientras la faz del goblin asumía unas tonalidades verdosas y las llaves que sostenía en su flácida mano repiqueteaban al entrechocarse. Otros dos guardianes descendieron raudos hasta el pasadizo para situarse a ambos lados del embozado, obedientes a su silenciosa orden.

Tras dejar rezagado al medroso goblin, la figura se aproximó a la reja y permitió así que Tas le escudriñase. Se trataba de otro draconiano, cubierto con una armadura y una capa negruzca que ocultaba su rostro. El kender se mordió el labio en una repentina frustración pero recapacitó que aún no estaba todo perdido, al menos para un avezado guerrero como Caramon.

El draconiano de la capucha, ignorando al vacilante carcelero que trotaba detrás de él como un perro faldero, asió una de las antorchas que ardían sobre sus pedestales y se apresuró a situarse frente a los compañeros.

—¡Sacadme de este lugar! —repitió Caramon, apartando a Berem de su campo de acción.

Pero el sombrío oficial, en lugar de escuchar las protestas del guerrero, introdujo una mano entre los barrotes y cerró su afilada garra sobre el pectoral de la camisa del Hombre Eterno. Tas miró desesperado a Caramon, que estaba mortalmente pálido. Aunque ensayó una nueva arremetida, para captar la atención del draconiano, sus esfuerzos resultaron inútiles.

Retorciendo su reptiliano miembro, la despreciable criatura hizo harapos la camisa que segundos antes estrujaba.

Una luz verde iluminó el calabozo cuando la llama de la antorcha se reflejó en la joya que yacía incrustada en la carne de Berem.

—Es él—constató Gakhan—. Abrid la puerta.

El celador insertó la llave en la cerradura con mano temblorosa. Al ver que no acertaba a accionarla a causa de su estupor, uno de los guardianes le arrancó el objeto y concluyó su tarea para franquear la entrada a su superior. Una vez dentro uno de los draconianos asestó un contundente golpe en la cabeza de Caramon con la empuñadura de su espada, haciendo caer al guerrero como si fuera un buey, mientras otro inmovilizaba a Tika.

—Matadle —ordenó Gakhan señalando a Caramon—, y también a la muchacha y al kender. Yo me ocuparé de conducir a este otro a presencia de Su Oscura Majestad —añadió, a la vez que posaba su punzante mano en el hombro de Berem y dirigía una mirada de triunfo a sus secuaces—. Esta noche la victoria es nuestra.

Sudoroso dentro de su armadura de escamas de dragón, Tanis se hallaba junto a Kitiara en una vasta antecámara, que desembocaba en la gran sala de audiencias del palacio a la que se accedía por una puerta meticulosamente labrada. Rodeaban al semielfo las tropas de la Dama Oscura, incluidos los temibles espectros que servían a las órdenes de Soth, el Caballero de la Muerte. Las espantosas y etéreas figuras se ocultaban en las sombras detrás de Kitiara.

Aunque la antecámara estaba a rebosar —los soldados de la Señora del Dragón ni siquiera podían mover sus lanzas—, se había formado un gran espacio vacío en torno a los guerreros inmortales. Nadie les hablaba ni osaba acercarse a ellos, quienes tampoco

dirigían a los mortales la más leve mirada de reconocimiento. Tanis advirtió otro fenómeno que no dejó de sorprenderle: el ambiente en la estancia era sofocante a causa del desusado apiñamiento de cuerpos, y, sin embargo, manaba de los espectrales contornos un frío que paralizaba el corazón a quien se les acercara.

Al sentir la fulgurante mirada de Soth prendida de su persona, el semielfo no pudo contener un escalofrío. Kitiara inclinó el rostro hacia él y esbozó aquella ambigua sonrisa que en un tiempo se le antojara irresistible. Estaba a su lado, ambos cuerpos se rozaban al más mínimo movimiento.

—Te acostumbrarás a ellos —le dijo con frialdad, antes de centrar de nuevo su atención en los preparativos que se desarrollaban en la sala de audiencias.

Apareció entonces el surco oscuro en su entrecejo, acompañado de un sonoro golpeteo producido por sus dedos al tamborilear impacientes sobre la empuñadura de su acero—. Vamos, Ariakas, muévete —murmuró para sí.

Tanis forzó la vista por encima de la cabeza de Kitiara para comprobar qué sucedía al otro lado de la adornada puerta, que atravesarían cuando les llegase el turno, y comprendió que jamás podría olvidar el magno espectáculo que se iba a desarrollar ante sus ojos. La sala de audiencias de Takhisis, Reina de la Oscuridad, ejercía sobre cualquiera que la contemplara un indescriptible influjo que le hacía tomar conciencia de su inferioridad. Era aquél el negro corazón que mantenía vivo el fluir de la sangre perversa y, como tal, presentaba una apariencia acorde con su función.

La antecámara donde aguardaban se abría a esa inmensa sala de forma circular con el suelo de reluciente granito. Este suelo se prolongaba para formar los también negruzcos muros, que se elevaban en tortuosas curvas similares a olas congeladas en el tiempo. Daba la impresión de que podían venirse abajo en cualquier momento y sumir a los presentes en una noche eterna; sólo el poder de Su Oscura Majestad los sostenía en pie. Las onduladas paredes se erguían hasta enlazar con el alto techo abovedado, ahora oculto a la vista por una columna de humo que se confundía en una masa borrosa y movediza producida por los alientos de los Dragones.

El suelo de la imponente estancia se hallaba vacío, pero pronto había de llenarse cuando las tropas marchasen sobre él para ocupar sus posiciones bajo los tronos de sus señores. Había cuatro tronos, destinados a los Señores de los Dragones de mayor rango, y se alzaban a unos diez pies por encima de la granítica superficie. Los demás servidores de la Reina Oscura no tenían suficiente categoría para ocupar lugares honoríficos.

Unas puertas achatadas se abrían en los cóncavos muros sobre unas lenguas de roca que se proyectaban en abultados perfiles, constituyendo el telón de fondo de las plataformas donde se erguían los regios sitiales. Había dos de éstos a cada lado en los cuales se sentaban los Señores de los Dragones y sólo ellos. Nadie más, ni siquiera la guardia Personal podía avanzar más allá del último peldaño por el que se accedía desde la sala a los tronos. Los oficiales de alta graduación y custodios particulares de los dignatarios se apostaban en las escalinatas que se elevaban hacia aquéllos cual gigantescos saurios surgidos de la Prehistoria.

En el centro de tal magnificencia se destacaba otra plataforma, algo mayor que las cuatro que la rodeaban en semicírculo, reptando desde el suelo como una lóbrega serpiente que era exactamente, lo que sus escultores pretendieron representar. Un angosto puente rocoso unía la cabeza del ofidio con otra puerta situada en un lado de la sala. El ominoso animal parecía mirar hacia Ariakas y hacia el nicho, envuelto en penumbras que coronaba su trono.

En efecto el «Emperador», como se hacía llamar Ariakas, ocupaba un puesto privilegiado respecto a los otros Señores de los Dragones a juzgar por la superior elevación de su plataforma. Se alzaba ésta a otros diez pies por encima de las que la flanqueaban, hallándose situada justo delante de la mole central.

La mirada de Tanis se sintió atraída de un modo irresistible hacia el nicho cavado en la roca que se abría sobre el trono de Ariakas. Era más amplio que los otros que remataban a su vez las plataformas laterales y, en su interior, palpitaba una negrura que al semielfo se le antojó provista de vida. Tan intenso era su palpito que tuvo que desviar la vista pues, aunque nada vislumbró, imaginó quién había de instalarse en aquellas sombras.

Presa de un leve estremecimiento. Tanis reanudó su examen de la tenebrosa sala. No quedaba mucho por ver. Alrededor del techo abovedado, en huecos algo más estrechos que los de los Señores de los Dragones, se habían acomodado los reptiles mismos. Casi invisibles, ensombrecidos por sus humeantes alientos, estas criaturas se encontraban encima de las plataformas de sus respectivos superiores para mantener una estrecha vigilancia —o al menos así lo suponían ellos— sobre sus «amos». Sin embargo lo cierto era que sólo uno de los dragones presentes en la asamblea se preocupaba por el bienestar del dignatario que le había sido asignado. Era Skie, el animal de Kitiara, que ya se había ubicado en su nicho y contemplaba con ígneos ojos el trono de Ariakas, reflejando un odio mucho más ostensible que el detectado por Tanis en la expresión de su Señora.

Resonó un gong en la sala y las tropas entraron en masa, exhibiendo los colores rojos que las delataban como servidores de Ariakas. Centenares de garras desnudas y recias botas arañaron el suelo cuando los draconianos y guardias de honor se distribuyeron al pie del trono de su comandante. Ningún oficial del séquito ascendió los peldaños, ni la escolta personal ocupó su puesto habitual frente a su jefe.

Al fin hizo su aparición el poderoso humano. Avanzaba en solitario, con los pliegues de su purpúreo uniforme majestuosamente suspendidos de sus hombros y la armadura resplandeciente bajo la luz de las antorchas. Ceñía su testa una corona con incrustaciones de piedras preciosas, todas ellas de tonalidades sanguinolentas.

—La Corona del Poder —murmuró Kitiara.

Al volverse hacia ella Tanis percibió una intensa emoción en sus ojos, un anhelo que rara vez había observado en un humano..

—Aquel que ostenta la Corona, gobierna —declaró una voz detrás de ella—. Está escrito.

Era Soth quien había hablado. Tanis se puso rígido para refrenar sus temblores, ya que sentía la presencia de aquel hombre como una esquelética mano posada en su nuca.

Las tropas de Ariakas le dedicaron una prolongada ovación, golpeando el suelo con sus lanzas y entrechocando espadas y escudos. Kitiara gruñó impaciente mientras duraban los vítores, hasta que Ariakas extendió las manos para imponer silencio en la sala. Se arrodilló entonces en actitud reverencial frente al lóbrego nicho que dominaba su tarima y, con un gesto de su enguantada mano, indicó a su inmediato inferior que podía hacer su entrada en el fastuoso recinto.

Tanis leyó tal aversión y desdén en el rostro de Kitiara que apenas logró reconocerla.

—Sí, Señor —balbuceó ella al recibir la señal, con una mirada en la que se conjugaban la oscuridad y un misterioso centelleo—. «Aquel que ostenta la Corona, gobierna. Está escrito ¡en sangre!» —añadió para sus adentros mientras giraba la cabeza y llamaba a Soth a su lado—. Ve a buscar a la mujer elfa.

El caballero espectral asintió y desapareció de la antecámara como una bruma maléfica, seguido por sus no menos fantasmagóricos guerreros. Los draconianos presentes tropezaron unos contra otros en su intento de apartarse del camino de las etéricas huestes. Tanis aferró el brazo de Kitiara para decirle con voz sofocada:

—¡Recuerda tu promesa!

Kitiara se desembarazó de él sin la menor dificultad, a la vez que le observaba fríamente. Sus pardos ojos le hipnotizaban, le atraían de tal forma que el semielfo sintió que le arrebatava la vida, convirtiéndole en poco más que una concha vacía.

—Escúchame bien —le ordenó la Señora del Dragón en un alarde de dominio y cortante severidad—. Sólo persigo un objetivo, ceñirme la Corona del Poder que ahora luce Ariakas. Esta es la razón de que capturase a Laurana, y eso es lo que ella significa para mí. Se la ofreceré a Su Majestad, tal como prometí, y ella me recompensará con los laureles que ansío para luego hacer que la elfa sea conducida a las cámaras mortuorias del templo. No me preocupa lo que allí pueda ocurrirle, la dejo en tus manos. Cuando veas mi señal, da un paso al frente y te presentaré a la Reina. En ese momento podrás rogarle como un favor especial que te permita escoltar a la condenada hasta el lugar donde le aguarda la muerte. Si aprueba tu conducta, te concederá esta gracia y serás libre de llevar a tu elfa a las puertas de la ciudad o donde te parezca oportuno. Pero quiero que me prometas por tu honor, Tanis, que volverás junto a mí una vez concluida tu misión.

—He empeñado mi palabra —respondió el semielfo sin vacilar.

Kitiara sonrió, relajado su semblante. Tan bella se le apareció a Tanis, sobresaltado ante su brusca transformación, que casi se preguntó si no había imaginado la máscara de crueldad con que solía abordarle. Descansando la mano en su rostro, ella le acarició la barba.

—Tu honor está en juego. Sé que eso no significaría nada para otros, pero tú cumplirás. Una última advertencia, Tanis —le susurró con cierta precipitación—: Debes convencer

a la Reina de que eres su fiel servidor. Es muy poderosa, una divinidad capaz de leer en tus entrañas, en tu alma. ¡No lo olvides, has de persuadirle de que le perteneces por entero! Un gesto, una palabra con ribetes de falsedad y no dudará en destruirte. Yo no podré ayudarte si fracasas. Si tú mueres, también sucumbirá Lauranthalasa; tenlo presente.

—Comprendo —dijo Tanis tembloroso bajo su fría armadura.

Sonó un clarín que retumbó en los ondulantes muros.

—Ha llegado el momento —anunció Kitiara y, tras ajustarse los guantes, se cubrió la cabeza con el yelmo—. Adelante, semielfo. Conduce a mis tropas, yo entraré en último lugar.

Resplandeciente en su azulada armadura de escamas de dragón, Kitiara se colocó en digna postura a un lado de la antecámara para dejar que Tanis atravesara la rica puerta y se introdujera en la sala de audiencias.

La muchedumbre allí congregada empezó a vociferar al ver al estandarte azul. Instalado en las alturas junto a los otros Dragones, Skie lanzó un rugido de triunfo mientras Tanis, consciente de que cientos de miradas confluían en su persona, trataba de desechar de su pensamiento cualquier idea ajena al deber que se disponía a cumplir. Mantuvo los ojos fijos en su destino, la plataforma que se erguía próxima a la de Ariakas, la tarima engalanada con banderas azules. Oyó tras de él los rítmicos estampidos que producían los miembros de la guardia de Kitiara al marchar altivos sobre el suelo de granito y, una vez al pie de la escalinata, se detuvo tal como le había ordenado. Cesó la barahúnda, para renacer en un murmullo cuando el último draconiano hubo traspasado el umbral. Todos se inclinaron hacia adelante, ansiosos por presenciar la entrada de Kitiara.

Aguardando en la antecámara a fin de prolongar la expectación unos momentos más, Kit advirtió, de pronto, un movimiento a su alrededor. Giró el rostro y vio a Soth, seguido por unos soldados espectrales que transportaban en volandas un cuerpo envuelto en un lienzo blanco. Los ojos vibrantes y llenos de vida de la Señora del Dragón se cruzaron en perfecta armonía con aquéllos otros que reflejaban el vacío de la muerte.

Soth hizo una leve reverencia, a la que Kitiara respondió con una sonrisa antes de dar media vuelta y hacer su triunfal aparición en la sala de audiencias, saludada por una lluvia de aplausos.

Tumbado en el frío suelo de la celda, Caramon luchaba con denuedo para no perder el conocimiento. El dolor comenzaba a remitir. El golpe que le había derribado fue contundente, arrancándole incluso su yelmo de oficial y aturdiéndole por un instante, aunque no llegó a mandarle al imperio de las brumas.

No obstante fingió desvanecerse, pues no sabía qué otra cosa podía hacer. ¿Por qué no está Tanis con nosotros? —pensó desalentado, a la vez que se reprochaba a sí mismo aquella torpeza mental que tanto le angustiaba. El semielfo habría fraguado un plan,

habría hallado una salida—. ¡No debería haberme cargado con semejante responsabilidad! —protestó para sus adentros. Pero una voz que resonaba en los recovecos de su cerebro le obligó a reaccionar—: ¡Deja de condolerte, ¡necio! ¡Los compañeros dependen de ti! —le imprecaba. El guerrero pestañeó, incluso tuvo que reprimir la sonrisa que afloró a sus labios al reconocer a Flint en aquella arenga. ¡Habría jurado que el enano estaba a su lado para infundirle ánimos! En cualquier caso, era cierto que los otros dependían de él y que debía sobreponerse a sus dudas si quería ayudarles. Algo se le ocurriría.

Abrió los ojos en meras rendijas a fin de escudriñar la celda a través de sus párpados entrecerrados. Un centinela draconiano se erguía delante de él, de espaldas a su supuestamente comatoso cuerpo y entorpeciendo su visión. No acertaba a vislumbrar a Berem ni al individuo llamado Gakhan sin estirar la cabeza, y no quería exponerse a atraer la atención de los soldados mediante un movimiento en falso. Podía eliminar al primer enemigo, y también al segundo, antes de que los otros acabasen con él. Aunque no abrigaba ninguna esperanza respecto a su propia vida, deseaba dar a Tas y Tika la oportunidad de escapar en compañía de Berem. Tensando sus músculos, Caramon se preparó para atacar al guardián más próximo cuando, de pronto, un grito desgarrado traspasó la penumbra del calabozo. Era un nuevo aullido de Berem, tan lleno de ira que el guerrero se incorporó olvidando que debía fingirse inconsciente.

Se paralizó al percatarse de que Berem se había lanzado contra Gakhan para elevarlo en el aire. Sosteniendo en volandas al forcejeante draconiano, el Hombre Eterno salió de la cámara e incrustó el cráneo de su cautivo en el pétreo muro del pasillo. La cabeza del agredido se partió en dos, con un crujido similar al que produjeran los huevos de los Dragones del Bien en los negros altares, pero Berem, presa de una imparable furia, golpeó una y otra vez a su víctima hasta reducirla a un amasijo de carne y sangre verdosa.

Durante unos instantes nadie osó moverse. Tas y Tika se abrazaron, aterrorizados ante el espeluznante espectáculo. Caramon, por su parte, luchó en este breve intervalo para despejar las brumas de su dolorido cerebro mientras los soldados draconianos contemplaban el cadáver de su cabecilla con una hipnótica fascinación.

Al fin, Berem dejó caer el cuerpo inerte de Gakhan sobre el suelo y se volvió hacia los compañeros sin dar muestras... de reconocerles. Caramon comprendió, al ver sus extraviados ojos y la saliva que chorreaba por las comisuras de sus labios, que había perdido el juicio. El inescrutable humano permaneció unos segundos con los brazos, manchados de sangre verde, totalmente laxos, hasta ver que su rival había muerto y recuperar, al parecer, un asomo de cordura. Su mirada se posó en Caramon, que seguía sentado en el suelo contemplándolo anonadado.

—¡Ella me ha llamado! —exclamó a modo de excusa y, ajeno a todo comentario, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo sin que los perplejos draconianos logaran interceptarle el paso.

No hizo Berem pausa alguna para comprobar qué ocurría a sus espaldas. Al contrario, aceleró su carrera en pos de la reja entreabierta —por alguna razón no se dirigió a la escalera que conducía a la planta baja del Templo— y casi la arrancó de sus goznes al traspasarla a una marcha enloquecida. Estrellándose contra el muro con un sordo

retumbar, la verja comenzó a balancearse bajo el impacto de la embestida mientras el prófugo se alejaba entre estridentes voces que resonaron en los oídos del grupo.

Dos de los draconianos se recobraron del sobresalto, y uno se lanzó hacia la escalera gritando con toda la potencia de sus pulmones. Vociferaba en su idioma, pero Caramon comprendió sus palabras.

—¡Se escapa un prisionero! ¡Mandadme a la guardia! Respondieron a su llamada unas confusas exclamaciones, festoneadas por un estruendo de botas en lo alto de la escalera. El goblin dirigió una fugaz mirada al draconiano muerto y también él se encaminó a la sala donde mantenía su vigilancia para sumarse al griterío de su secuaz. Mientras, el otro centinela irrumpió en la celda en un intento de controlar la situación. Pero Caramon ya estaba en pie, pues pese a su nublada mente su instinto le dictaba cuándo debía emprender la lucha activa. Estirando el brazo, el corpulento guerrero agarró el cuello de su rival y, con un simple torniquete de sus manos, arrojó a la criatura al suelo. Tras asegurarse de que estaba muerta, se apresuró a arrancar la espada de su garra antes de que el cadáver se convirtiera en una estatua de piedra.

—¡Caramon, cuidado! ¡Detrás de ti! —le advirtió Tasslehoff en el momento en que el otro guardián, abandonando la escalera, entraba de nuevo en la celda con la espada enarbolada.

El fornido humano dio media vuelta, pero el enemigo acababa de desplomarse a causa del golpe que le propinara Tika en el estómago con su bota. Tas, deseoso de colaborar, se apresuró a hundir la hoja de su cuchillo en el cuerpo del yaciente, olvidando en su excitación que debía liberar el arma. Al ver la pétrea apariencia del cadáver de la otra criatura hizo un rápido ademán para recuperar su acero. Demasiado tarde.

—¡Déjalo! —le ordenó Caramon, y el kender se levantó. Oían voces guturales sobre sus cabezas, ecos de pies que arañaban los peldaños. El goblin, que no se había movido en la sala de guardia, agitaba frenéticamente las manos en dirección a los compañeros elevando unas voces que se imponían a los desordenados ruidos producidos por las tropas.

Caramon, armado con la espada del draconiano, inspeccionó unos instantes la zona de la escalera para acto seguido contemplar indeciso el pasillo por donde había desaparecido el Hombre Eterno.

—¡Harás bien en seguir a Berem, Caramon! —le apremió Tika—. Debes ir junto a él. Recuerda sus palabras: «Ella me ha llamado». Ha oído la voz de su hermana, por eso se ha vuelto loco.

—Sí —respondió Caramon en un mar de dudas, sin apartar la vista del corredor. Los draconianos descendían a trompicones la angosta escalera, en una confusa batahola de armaduras y espadas que arañaban las paredes de roca. Sólo tenían unos segundos—. Vamos...

Tika aferró el brazo del guerrero y, al clavar las uñas en su carne, le obligó a mirarla. Sus rojizos bucles se enmarañaban en una masa de vivo colorido bajo la oscilante luz de las antorchas.

—¡No! —declaró con firmeza—. Si fuéramos todos tras él acabarían por apresarle y sería el fin. He concebido un plan mejor. Nos separaremos. Tas y yo nos ocuparemos de despistar a los soldados para darte tiempo de encontrarle. ¡La estratagema saldrá bien, estoy segura! —insistió al ver que su amado meneaba la cabeza—. Hay otro pasillo en dirección este, lo descubrí cuando nos conducían al calabozo. Nos perseguirán por ese lado mientras tú actúas. ¡Vete antes de que sospechen!

Caramon vaciló, retorcidos sus labios en una mueca agónica.

—¡Nos acercamos al desenlace de esta aventura, Caramon! Para bien o para mal. — Tika se esforzaba en ser persuasiva—. ¡Debes ir con él y ayudarle! Apresúrate, eres el único que posees fuerza suficiente para protegerle. ¡Te necesita!

La muchacha zarandeaba su cuerpo. Al fin el guerrero dio un paso al frente, aunque hizo una pausa para volverse hacia ella.

—Tika... —empezó a decir, buscando un argumento con el que rebatir tan descabellada idea. Antes de que concluyese su frase, sin embargo, la joven estampó un fugaz beso en su mejilla y salió de la celda sin darle opción a la réplica. Sólo se detuvo un instante para hacerse con la espada de uno de los draconianos muertos, que yacía abandonada en el suelo.

—¡Yo cuidaré de ella, Caramon! —prometió Tas mientras corría en pos de Tika, en medio de los incontrolables balanceos de sus bolsas.

El aturdido guerrero les observó unos instantes. Vio cómo el carcelero goblin emitía un alarido de pánico al percatarse de que la muchacha se abalanzaba contra él blandiendo la espada pero, pese a su desenfrenado intento de contenerla, ella trazó un sesgo tan feroz que el celador cayó muerto en un ahogado gorgoteo. El acero había seccionado su garganta.

Ignorando el cuerpo que se desmoronaba frente a ella, Tika corrió hacia el pasillo que se abría en sentido este. Tasslehoff, que avanzaba tras la compañera, hizo un alto al pie de la escalera. Los draconianos eran ahora visibles, Caramon oyó la estridente voz del kender provocándoles mediante los insultos que más podían molestarles.

—¡Carroñeros! ¡Amantes de babosos goblins! Salió raudo como una flecha en busca de Tika, que ya había desaparecido del campo de visión de Caramon. Los draconianos, exasperados tanto por las imprecaciones de Tas como por la idea de que sus prisioneros osaran fugarse, no se tomaron la molestia de inspeccionar la celda. Cargaron contra el veloz kender resplandecientes sus curvos aceros, estiradas sus largas lenguas en un placer anticipado de la matanza que se disponían a perpetrar.

El guerrero quedó solo. Vaciló otro precioso instante, contemplando la densa penumbra de los calabozos sin vislumbrar nada. Únicamente oía la voz de Tas, que se obstinaba en llamar «carroñeros» a sus perseguidores, y al poco rato también sus gritos se difuminaron en un tenso silencio.

Les he perdido —se dijo dominado por una repentina desazón—, les he perdido a todos. Debo ir tras ellos. —Eché a andar hacia la escalera, pero se detuvo—. No puedo olvidar a Berem. Tika tiene razón, sin ayuda nunca logrará su propósito. Me necesita.

Despejada ya su mente, Caramon dio media vuelta y se alejó con paso torpe por el pasillo que había tomado el Hombre Eterno.

Capítulo 8

La Reina de la Oscuridad

—El Señor del Dragón, Fewmaster Toede.

Ariakas escuchó con perezoso desdén la llamada del maestro de ceremonias, aunque en realidad sentía más excitación que aburrimiento. La idea de reunir el gran consejo no había sido suya. Incluso se había opuesto, si bien había tomado la precaución de no protestar con excesiva vehemencia. Una negativa rotunda le habría hecho aparecer como un ser débil ante Su Oscura Majestad, y sabía muy bien que la soberana no respetaba la vida de quienes despreciaba. En cualquier caso, la asamblea pecaría de todo menos de tediosa.

Al pensar en la Reina Oscura, levantó la cabeza para mirar de soslayo el nicho abierto sobre su plataforma. Era el lugar más regio de la sala, y su imponente trono permanecía aún vacío. La puerta de hierro que conducía hasta él se perdía en la palpitante negrura de su entorno sin que, por otra parte, pudiera accederse a su recinto a través de ninguna escalinata. Aquella verja de hierro constituía la única entrada, y más valía no averiguar qué se ocultaba detrás. Ni qué decir tiene que ningún mortal había traspasado nunca su metálico entramado.

La Soberana aún no había llegado. No le sorprendió este hecho, los largos preparativos estaban muy por debajo de sus intereses. Ariakas se arrellanó en su trono y desvió los ojos del trono de la Reina de la Oscuridad hacia el del la Dama Oscura. Hubo un intercambio de miradas que se le antojó más que apropiado. Kitiara, cómo no, estaba en su puesto, resplandeciente en su hora del triunfo. Ariakas la maldijo para sus adentros.

—Dejemos que exhiba toda su perversidad —murmuró sin apenas escuchar la voz del maestro de ceremonias, que repetía una vez más el nombre de Toede—. Estoy preparado.

De pronto, Ariakas comprendió que algo iba mal. ¿Qué era lo que ocurría? Perdido en sus cavilaciones, no había prestado atención a los últimos preliminares. ¿Qué significaba aquel mortal silencio? Rebuscó en su mente tratando de recordar a quién acababan de convocar y, cuando al fin lo consiguió, salió de su ensimismamiento para contemplar preocupado el lugar en el que debía situarse Fewmaster Toede. Las tropas, en su mayor parte draconianos, se agitaban como un rizado mar a sus pies sin apartar los ojos del mismo sitio que ahora él también escudriñaba.

Aunque los ejércitos al mando de Toede se hallaban presentes, mezclando sus estandartes con los de los soldados apostados en el centro de la sala de audiencias, la plaza de su jefe estaba vacía.

Tanis, desde la escalera que se encaramaba hacia el trono de Kitiara, hizo confluír su mirada con la de aquel dignatario de fría y severa actitud bajo su deslumbradora Corona. Los tímpanos del semielfo vibraron al oír pronunciar el nombre de Toede, y al instante se formó en su mente la imagen de aquel goblin que había visto erguirse en el polvoriento camino de Solace. Por una inevitable asociación de ideas evocó el tibio día otoñal que marcara al inicio de su largo viaje hacia las brumas y la escena avivó el recuerdo de Flint, de Sturm. Al percibir que le rechinaban los dientes, se esforzó por concentrarse en lo que estaba ocurriendo. El pasado era ya una historia remota, esperaba fervientemente poder olvidarlo.

—¿Dónde está Toede?—gritó enfurecido Ariakas, a la vez que se alzaba un tenue murmullo entre las tropas. Nunca un Señor del Dragón había desobedecido la orden de presentarse ante el gran consejo.

Un oficial humano ascendió la escalinata de la vacía plataforma y, deteniéndose en el último peldaño —el protocolo le prohibía pisar el recinto—, titubeó unos momentos a causa del terror que le inspiraban aquellos negros ojos y, peor aún, el hueco que coronaba el trono de Ariakas, antes de exponer su informe con voz entrecortada.

—Lamento comunicar a Su Señoría y a Su Oscura Majestad —lanzó aquí una nerviosa mirada al lóbrego nicho aún vacante— que el Señor del Dragón conocido por el nombre de Tu... Toede ha sufrido una muerte tan desafortunada como inoportuna.

Situado en el peldaño superior de la plataforma donde se hallaba entronizada Kitiara, Tanis oyó una risa ahogada detrás de su yelmo. Un júbilo contenido se extendió como un susurro entre el gentío, mientras los oficiales del ejército de los Dragones intercambiaban miradas de complicidad. Sin embargo, a Ariakas no le divirtió lo anómalo de la situación.

—¿Quién se atrevería a asesinar a uno de nuestros mandatarios? —preguntó iracundo y, al oír su portentosa voz, los presentes se sumieron en el silencio.

—Fue en Kenderhome, la patria de los kenders —explicó el heraldo. Aún resonaban sus palabras en la granítica sala cuando enmudeció, incluso en la distancia, Tanis advirtió

que el hombre abría y cerraba el puño presa de un gran nerviosismo. Resultaba obvio que tenía que transmitir más noticias desagradables y no sabía cómo hacerlo.

Ariakas clavó sus furibundos ojos en el oficial, que se aclaró la garganta para proseguir.

—También es mi triste deber anunciaros, Señor, que Kenderhome se ha... —se quebró momentáneamente su voz, y sólo mediante un valiente esfuerzo logró concluir— ...se ha perdido.

—¡Perdido! —repitió Ariakas con un rugido que más se asemejaba a un trueno.

Aquella reacción no hizo sino aumentar el pánico del heraldo. Amedrentado, masculló unas sílabas incoherentes hasta que, decidiendo, al parecer, que era mejor terminar cuanto antes, declaró:

—Toede fue vilmente asesinado por un kender llamado Kronin Thistleknott, y sus tropas huyeron en desbandada.

Se elevó un nuevo tumulto en la sala, formado esta vez por gruñidos de furia, por desafíos y amenazas de devastar sin piedad la tierra de los kenders. Barrerían a esta inmunda raza de la faz de Krynn...

Con su enguantada mano, Ariakas hizo un tajante gesto que acalló las confusas voces.

De pronto se rompió el silencio. Kitiara estalló en carcajadas. Era la suya una risa desprovista de alegría, una burla arrogante que resonó en las profundidades de su máscara metálica.

Desencajado el rostro ante semejante ultraje, Ariakas se puso en pie. Dio un paso al frente y, cuando lo hizo, brotaron en su derredor fulgores de acero al salir de sus vainas: las espadas de sus draconianos. Los mangos de las lanzas golpearon el suelo con violencia atronadora. Al saberse desafiadas las tropas de Kitiara cerraron filas, retrocediendo para apiñarse contra la plataforma de su comandante, que estaba situada a la derecha de la de Ariakas. En un impulso instintivo, la mano de Tanis aferró la empuñadura de su arma. Avanzó el semielfo hacia la mujer, aunque tal acción significase encaramarse a la tarima que le habían recomendado no pisar bajo ningún concepto.

Kitiara no hizo el menor movimiento. Permaneció sentada en el trono, mirando a su poderoso oponente con una calma y un desdén que se palpaban en el ambiente pese a tener el rostro oculto por el yelmo.

De pronto una ahogada exclamación invadió la asamblea, como si una fuerza invisible pretendiera vaciar de aire todos los pulmones y asfixiar así a sus víctimas. Palidieron los presentes en su común intento de respirar, un intento desesperado que producía dolor en sus entrañas, empañaba su visión y detenía los latidos de su corazón. Una insondable negrura se cernió sobre la sala y absorbió el etéreo gas de la vida.

¿Era aquélla una oscuridad real, física, o unas tinieblas que sólo envolvían la mente? Tanis no acertaba a adivinarlo. Sus ojos veían millares de antorchas brillando en la estancia, centenares de velas que lanzaban destellos como las estrellas en el cielo nocturno. Pero ni siquiera el firmamento se cubría de un manto más azabache que la penumbra que ahora percibía.

Su cabeza daba vueltas en un mareante remolino y, aunque intentó inhalar el intangible aire, le asaltó la sensación de hallarse de nuevo en el Mar Sangriento de Istar. Le temblaban las rodillas de tal forma que apenas podía sostenerse. Flaquearon sus fuerzas hasta que, incapaz de resistirlo por más tiempo, se desplomó en la escalinata. Al caer, agobiado por la asfixia, se percató fugazmente de que otros, como él, sucumbían al misterioso influjo y se derrumbaban sobre el bruñido suelo de granito. Levantó la cabeza en un esfuerzo agónico y vio que Kitiara se convulsionaba en su trono, atenazada por un fantasma invisible.

La negrura empezó a elevarse, aflojando su garra implacable, y el aire se abrió paso hasta los pulmones del semielfo. El corazón, con un espasmo, empezó a latir haciendo que la sangre se agolpara en su cerebro y le causara casi una muerte instantánea. Durante unos segundos no pudo sino permanecer postrado en las escaleras, débil y aturdido, en medio de un cegador estallido de luz. Cuando al fin se despejó, su visión advirtió que los draconianos no habían sido afectados por el fenómeno y se mantenían firmes, estoicos, centrados sus ojos en un punto determinado.

Tanis alzó la mirada hacia la inquietante plataforma que nadie ocupara durante los preparativos. La sangre se paralizó en sus venas, de nuevo se ahogó su respiración pues Takhisis, la Reina de la Oscuridad, había hecho su entrada en la sala de audiencias.

Eran muchos los nombres con que se la conocía en Krynn. Los elfos la llamaban Reina de los Dragones; los bárbaros de las Llanuras la apodaban Nilat la Corruptora; Tamex, el Metal Falso, era el apelativo con que la mencionaban los enanos de Thorbardin, y en las leyendas que circulaban entre el pueblo mariner de Ergoth figuraba como Maitat, la de las Mil Caras. En cuanto a los Caballeros de Solamnia, aludían a ella como la Reina de Todos los Colores y Ninguno, la criatura que a lomos del Dragón del mismo nombre había sido derrotada por Huma y desterrada de su país varios siglos atrás. Takhisis, la Reina de la Oscuridad, había regresado.

Pero no del todo. Aunque contemplaba sobrecogido al tenebroso ente que se perfilaba en el elevado nicho, aunque el terror aplastaba su cerebro y le dejaba embotado, incapaz de sentir nada que no fuera su propia zozobra, Tanis comprendió enseguida que la Reina no estaba presente en su forma física. Era como si se hubiera moldeado en sus mentes para que ellos mismos proyectaran su imagen en la plataforma. Sólo estaba allí porque su voluntad forzaba a las de otros a percibirla.

Algo la retenía, interceptando su reaparición en el mundo. Una puerta misteriosa, pensó Tanis a la vez que las palabras de Berem bailaban enmarañadas en su recuerdo. ¿Dónde se encontraba ahora el Hombre Eterno? ¿Dónde habían conducido a Caramon y a los compañeros? El semielfo se dijo con pesadumbre que casi los había olvidado, que se habían desvanecido de su cerebro al absorberle la preocupación por Kitiara y Laurana. No lograba centrar sus ideas y, aunque creía conocer la clave de aquel rompecabezas, necesitaba tiempo para reflexionar.

Resultaba imposible recapacitar en tales circunstancias La sombría figura creció en intensidad, hasta que su negrura pareció crear un gélido vacío en la sala de granito. Tanis no podía desviar la mirada, se sentía obligado a contemplar aquel temible espectáculo de tinieblas que le atraía de forma irremediable. En el instante en que le asaltó la sensación de ser succionado por el abismo, oyó una voz en su interior.

—No os he reunido aquí para presenciar cómo vuestras mezquinas reyertas y vuestra fútil ambición arruinan la victoria que se avecina. Recuerda quién gobierna estas huestes, Ariakas.

El interpelado hincó una rodilla, al igual que todos cuantos ocupaban la Cámara, e incluso Tanis se sintió invadido por una servil devoción. Era inútil luchar contra ella. Aunque abominaba aquella perversidad asfixiante, se erguía en el nicho una diosa, una de las forjadoras del mundo. Había reinado desde el principio de los tiempos y seguiría haciéndolo hasta el final.

La voz volvió a hablar, como una llama que quemaba su mente y las de los otros presentes.

—Kitiara, tu conducta nos ha complacido en el pasado, y aún nos satisface más tu actual obsequio. Trae a la mujer elfa para que la examinemos y decidamos su destino.

Tanis vio que Ariakas regresaba a su trono, no sin antes dirigir a Kitiara una venenosa mirada.

—Así lo haré, Vuestra Oscura Majestad —respondió la dignataria con una reverencia—. Acompáñame —ordenó a Tanis al pasar junto a él en la escalinata.

Las tropas de draconianos se apartaron para franquear su avance hacia el centro de la sala. Kitiara descendió los peldaños de la plataforma seguida por Tanis mientras las tropas cerraban filas detrás de ellos después de abrirles camino. Al llegar a la base de la colosal escultura en forma de serpiente, la Dama Oscura se encaramó a la angosta escalera que sobresalía como un rosario de espolones en su parte posterior a fin de situarse en el centro de la plataforma que la coronaba. Tanis subió más despacio, atribuyéndolo a que los peldaños eran demasiado empinados e irregulares aunque en realidad se encontraba refrenado por la estrecha observación que los ojos de la ominosa criatura imponían a sus mismas entrañas. Una vez afianzada en la atalaya, Kitiara hizo un firme ademán hacia la ornamentada puerta que se hallaba entre la sala de audiencias y la antecámara.

Se dibujó una figura en el umbral, una sombra ataviada con la tradicional armadura de los Caballeros de Solamnia. Se trataba de Soth y, cuando se internó en la estancia, las tropas retrocedieron a ambos lados de estrecho puente como si una mano hubiera surgido de ultratumba para arrancarles de sus puestos. En sus brazos transportaba el espectro un cuerpo envuelto en un lienzo blanco, que más se asemejaba al sudario con que suele amortajarse a los muertos. Tan absoluto era el silencio que las pisadas del caballero producían audibles ecos en el bruñido suelo, si bien los allí congregados podían ver la piedra a través de su transparente, descarnado contorno.

Portando su carga en actitud majestuosa, Soth ascendió poco a poco las escaleras de la plataforma hasta detenerse sobre la cabeza del ofidio. Obediente a otro gesto de Kitiara, dejó su carga a los pies de la Señora del Dragón antes de incorporarse y desaparecer, de modo tan repentino que los presentes pestañearon asombrados sin cesar de preguntarse si en realidad existía o tan sólo le habían visto en su febril imaginación.

Tanis percibió que Kitiara sonreía debajo de su yelmo, complacida por el impacto que produjera su servidor entre la concurrencia. La dignataria desenvainó su espada para acto seguido sesgar las ligaduras externas que mantenían inmóvil a la figura en el interior del lienzo. Dio un poderoso tirón y las deshizo, dejando al descubierto a una cautiva que forcejeaba en una especie de blanca telaraña.

El semielfo vislumbró una masa de cabello enmarañado, una melena dorada que destellaba al unísono con la armadura argéntea que revestía el convulsionado cuerpo. Casi asfixiada a causa de sus invencibles ataduras, Laurana luchaba entre accesos de tos para liberarse del albo entramado que la aprisionaba. Se elevaron unas tensas risas en el seno de las tropas, que contemplaban los débiles esfuerzos de la muchacha como una promesa de diversión. Tanis dio un paso al frente, guiado por un deseo instintivo de ayudar a la elfa, pero los fulgurantes y oscuros rojos de Kitiara le recordaron sus palabras de unas horas antes: Si tú mueres, también ella sucumbirá. Agitado su cuerpo por espasmódicos temblores, el semielfo se detuvo y retrocedió. Al fin Laurana se levantó tambaleándose y estudió su entorno en una nebulosa, sin acertar a comprender dónde estaba y parpadeando hasta aclarar su visión bajo las cegadoras antorchas. Clavó entonces sus ojos en Kitiara, que le sonreía a través del yelmo

Al descubrir a su enemiga, a la mujer que la había traicionado, la Princesa irguió la espalda poseída por una furia que difuminó momentáneamente sus temores. Escudriñó en regia postura el vasto recinto, mirando en todas direcciones, aunque por fortuna no volvió la cabeza atrás y de ese modo escapó a su percepción el barbudo soldado que la espiaba embutido en su armadura de escamas de dragón. Sí vio en cambio a las tropas de la Reina Oscura, a los mandatarios en sus tronos, a los reptiles acomodados en sus huecos y por último a la sombría e imprecisa soberana.

Ahora ya conoce su paradero. Sabe dónde está y qué futuro le aguarda —pensó Tanis desalentado.

¿Qué historias le habrían contado en los calabozos subterráneos del Templo? Sin duda la habían atormentado con relatos sangrientos sobre las cámaras de la muerte de su Reina y la habían obligado a escuchar los gritos de otros reos, se dijo Tanis sin poder reprimir un respingo ante el horror que debió sentir la elfa. Habría escuchado interminables lamentaciones durante las noches y ahora, muy pronto, se uniría a los infelices muertos en abyecta tortura.

Lívido su rostro, Laurana clavó los ojos en Kitiara como si fuera el único punto fijo en el arremolinado universo. Tanis vio que la Princesa apretaba los dientes y se mordía el labio para no perder el control. Nunca exhibiría su miedo en presencia de su rival ni de aquella asamblea. Kitiara hizo un ligero ademán de cabeza, y al seguir su indicación Laurana distinguió a Tanis. Cuando se entrecruzaron sus miradas, un atisbo de esperanza iluminó los rasgos del semielfo. Sintió que el amor que ella le profesaba le envolvía y le purificaba. como el renacer de la primavera tras el lóbrego rigor del

invierno y al fin comprendió que las emociones que la muchacha le inspiraba constituían el único nexo entre las contradictorias facciones que dividían su ser. La amaba con el amor eterno e inmutable de su alma elfa, con el amor apasionado de su sangre humana. Pero se había hallado a sí mismo demasiado tarde, su muerte tanto en cuerpo como en espíritu serían la prenda exigida para lavar su anterior ignorancia. Una fugaz mirada fue cuanto pudo otorgar a Laurana. Una mirada que debía transmitirle el mensaje de su corazón, pues los pardos ojos de Kitiara no se apartaban de él y era consciente de otra inspección, maligna y penetrante, que le atenazaba desde el nicho.

Al recordar el escrutinio de la Reina Oscura, Tanis trató por todos los medios de impedir que su faz revelara sus pensamientos. Ejerciendo todo el control de que era capaz apretó la mandíbula, puso rígidos los músculos y vació de expresión sus encendidas pupilas. Actuó como si Laurana fuera una perfecta desconocida y apartó los ojos de ella. Al volverse, advirtió que la esperanza que la había animado moría sin remisión. Cual la nube que oscurece al tibio sol, el amor de la muchacha se transformó en una sombra de desaliento que congeló a Tanis en la pesadumbre que le comunicaba.

Aferrando con firmeza la empuñadura de su espada para evitar que temblara su mano, Tanis se plantó frente a Takhisis, Reina de la Oscuridad.

—Augusta Majestad —declaró entonces Kitiara a la vez que agarraba a Laurana por el brazo y la arrastraba hacia adelante—, os ofrezco mi presente. ¡Un presente que nos concederá la victoria!

La interrumpieron los enfervorizados vítores de la muchedumbre. Alzó los brazos para conminarles al silencio, y prosiguió:

—Os entrego a esta mujer, Lauranthalasa, Princesa de los elfos de Qualinesti y adalid de los despreciables Caballeros de Solamnia. Fue ella quien les devolvió las lanzas Dragonlance, quien utilizó el Orbe de los Dragones en la Torre del Sumo Sacerdote. Bajo sus órdenes viajaron su hermano y un Dragón Plateado a Sanction donde, debido a la ineptitud de Ariakas, consiguieron introducirse en el templo sagrado y descubrir la destrucción de los huevos de los Dragones del Bien. —Ariakas dio un amenazador paso al frente, pero Kitiara se limitó a ignorarle—. La pongo en vuestras manos, mi Reina, para que la tratéis como merecen sus crímenes contra vos.

Dio la dignataria un empujón a su cautiva, que tropezó y cayó de rodillas ante la soberana. Sus áureos cabellos se habían liberado del entramado que los sujetaba y flotaban en torno a su cara en una oleada, que al febril Tanis se le antojó la única luz en la espaciosa y lóbrega cámara.

—Has obrado bien, Kitiara —dijo la voz de la Reina Oscura—, y serás recompensada. Haremos que escolten a la elfa a las cámaras mortuorias y luego procederemos a darte tu premio.

—Gracias, Majestad —susurró Kitiara inclinándose en una reverencia—. Antes de que concluya nuestro asunto deseo suplicaros dos favores —añadió, y extendió la mano para posarla con firmeza en el hombro de Tanis—. En primer lugar, voy a someter a vuestra aprobación a alguien que solicita alistarse al servicio de este glorioso ejército.

La dignataria presionó su mano sobre el omóplato del semielfo en una señal inequívoca de que debía arrodillarse.

Incapaz de desechar de su pensamiento la última mirada de Laurana, Tanis titubeó. Aún podía volver la espalda a las tinieblas, no tenía más que acercarse a la Princesa cautiva y enfrentarse a la muerte junto a ella.

Rechazó tal idea. ¿Tan egoísta soy —se reprendió a sí mismo— que podría sacrificar a Laurana en un anhelo de cubrir mi propia necesidad? No, pagaré yo solo por mis culpas. Aunque no realice otra buena acción en este mundo, al menos la salvaré y el conocimiento de esta pequeña hazaña iluminará como una pequeña llama mi camino hasta que me consuma la negrura.

Kitiara cerró los dedos en torno a su hombro, infligiéndole un punzante dolor incluso a través de la armadura. Sus ojos pardos comenzaron a arder de impaciencia detrás de su máscara metálica. Despacio, inclinada la cabeza, Tanis hincó la rodilla frente a Su Oscura Majestad.

—Os presento a vuestro humilde siervo, Tanis el Semielfo —anunció con frialdad la Señora del Dragón, si bien el barbudo soldado captó en sus palabras un timbre de alivio—. Le he nombrado comandante de mis tropas tras la inesperada muerte de mi antiguo oficial, Bakaris.

—Que se acerque nuestro nuevo lacayo —pronunció aquella voz que tan sólo resonaba en las mentes de quienes la escuchaban.

Tanis sintió, mientras se levantaba, que Kitiara lo atraía hacia ella, para murmurar en su oído:

—Recuerda que ahora perteneces por entero a la Reina Oscura. Debes convencerla de tu lealtad o de lo contrario ni yo misma podré salvarte, y en ese caso tampoco tú lograrás rescatar a Laurana.

—Lo sé —se limitó a responder Tanis, desprovisto su rostro de expresión. Se deshizo de la garra de Kitiara y avanzó unos pasos hasta detenerse en el borde mismo de la plataforma, bajo el trono de la soberana.

—Alza la cabeza y mírame —le instó aquella criatura abismal.

El semielfo contrajo sus músculos, en busca de la fuerza que en otro tiempo anidara en sus entrañas y que ahora no estaba seguro de poseer. Si fracaso, Laurana está perdida. En aras del amor debo olvidar mis sentimientos.

Alzó los ojos, y al instante quedó atrapado en un invencible magnetismo. No necesitaba fingir sobrecogimiento y devoción, tales emociones le invadieron de manera espontánea como le ocurría a todo mortal que posaba su mirada en la Reina de la Oscuridad. Pero pese a sentirse obligado a venerarla, comprendió que en el fondo de su alma seguía libre. El poder de aquel ente no era absoluto ni podía consumirle contra su voluntad. Bien podía Takhisis luchar para no revelar su punto flaco, Tanis era consciente de la ardua batalla que libraba en su designio de penetrar en el mundo.

El fantasmal contorno fluctuaba ante el semielfo, mostrándose en sus diversas formas y delatando su imposibilidad de controlarlas todas. Se le apareció primero como el dragón de cinco cabezas que describía la leyenda solámnica, para después metamorfosearse en una tentadora mujer cuya belleza cualquier hombre daría la vida por aprehender. Diluyéndose esta forma en la penumbra resurgió a continuación como el Guerrero Oscuro, un alto y poderoso paladín del Mal que retenía la muerte en su armada mano.

Aunque las encarnaciones se sucedían, los sombríos ojos permanecían constantes en su observación del alma de Tanis, idénticos en las cuencas del dragón, la bella tentadora y el temible guerrero. El semielfo se estremeció frente a tan despiadado examen, no conseguía asumir la fuerza que le permitiría soportarlo. Hincó de nuevo las rodillas en actitud sumisa, despreciándose a sí mismo al oír a su espalda un ahogado alarido de angustia.

Capítulo 9

Los clarines de la muerte

Mientras avanzaba a trompicones por el pasillo septentrional en busca de Berem, Caramon tuvo que ignorar los sobresaltados alaridos de los prisioneros y las manos suplicantes que éstos extendían a través de los barrotes de las celdas. En ningún momento vio al Hombre Eterno, ni tampoco huellas de su paso. Preguntó a algunos de los cautivos si podían darle alguna pista, pero la mayoría estaban tan depauperados a causa de las torturas sufridas que no atinaban a hablar con coherencia y al fin, lleno de horror y compasión, el guerrero optó por dejarles tranquilos. Siguió recorriendo el inclinado corredor que parecía conducir a las entrañas de la tierra sin dejar de pensar, desalentado, que quizá nunca hallaría a aquel demente. Su único consuelo era que no partía ninguna ramificación de la galería central en la que se hallaba y, por lo tanto, Berem tenía que haber seguido el mismo trayecto. Pero entonces ¿dónde estaba?

Obsesionado en su empeño, atisbando el interior de los calabozos y doblando recodos en su ciega carrera, apenas vio a un fornido centinela goblin antes de que se abalanzase sobre él. Disgustado por esta interrupción en su marcha, el guerrero decapitó a su rival mediante un certero sesgo de su espada y se alejó a toda prisa antes de que el inerte cuerpo se desplomara en el pétreo suelo.

Emitió un suspiro de alivio. Al precipitarse por una escalera a punto estuvo de tropezar contra el cadáver de otro goblin, estrangulado por unas fuertes manos. Era evidente que Berem había estado allí hacía tan sólo unos momentos, pues el cadáver del caído aún no se había enfriado.

Convencido de hallarse en el buen camino, Caramon aceleró tanto el ritmo que los prisioneros se le aparecían como meras sombras borrosas. Sus gritos mendigando la libertad resonaban en sus oídos. Si les suelto puedo reunir un ejército —pensó de pronto.

Sopesó la idea de detenerse para abrir las puertas pero cuando casi había resuelto hacerlo oyó un terrible alarido un poco más adelante, al que sucedió una retahíla de gritos. Reconociendo la voz de Berem en el extraño rugido, Caramon echó de nuevo a correr. Las celdas se terminaban en el mismo lugar donde el pasillo se estrechaba hasta convertirse en un túnel que trazaba una espiral en aquel universo subterráneo. Inició el recorrido del pasadizo, alumbrado por las tenues y espaciadas antorchas que se proyectaban en los muros, mientras los bramidos crecían en intensidad a medida que se aproximaba a su origen. Trató de apresurarse pero el enmohecido suelo resbalaba de un modo alarmante y el aire saturado de humedad se viciaba conforme se internaba en las profundidades del subsuelo. Temeroso de perder el equilibrio, el guerrero se vio obligado a aminorar la marcha pese a que el griterío estaba ahora muy cercano. Aumentó la claridad. Debía estar llegando a la otra boca del túnel.

De repente, vio a Berem. Dos draconianos le amenazaban, refulgiendo sus espadas bajo la luz de las antorchas. El Hombre Eterno les mantenía a raya con las manos desnudas y al hacerlo la joya verde inundaba la pequeña cámara de etéricos destellos.

Evidenciaba la locura de Berem el hecho de que hubiera logrado contener tanto rato los ataques de sus agresores más aún cuando la sangre fluía por un surco en su rostro y manaba a borbotones de una honda herida abierta en su costado. Antes de que Caramon acudiera en su ayuda, resbalando continuamente, el enérgico humano aferró la hoja de una espada draconiana en el instante en que su filo le rozaba el pecho. El acero alcanzó su carne, pero no se dejó amedrentar por el dolor e ignoró el líquido purpúreo que bañaba su brazo para concentrarse en despedir de un empujón al enemigo cuya arma había asido. Se bamboleó falto de aire, y el otro draconiano aprovechó su titubeo lanzándole una mortífera arremetida.

Preocupados tan sólo por la captura de su presa, los centinelas no vieron a Caramon. El guerrero abandonó el túnel de un salto, no sin antes recordar que no debía apuñalar a las criaturas si pretendía conservar su espada, y agarró a una de ellas en sus descomunales manos para retorcer su cabeza hasta romperle el cuello. Después de soltar el cuerpo sin vida del primer guardián, recibió la arremetida del otro con un cortante ademán de su diestra apuntando a su garganta. Pillado por sorpresa, el individuo cayó al instante hacia atrás.

—Berem, ¿te encuentras bien? —Caramon dio media vuelta resuelto a incorporar el sangrante cuerpo del Hombre Eterno, cuando un insoportable dolor traspasó su costado.

Casi sin resuello, el guerrero se volteó vacilante y se enfrentó a un draconiano que se erguía orgulloso a su espalda. Al parecer, se había ocultado en las sombras al descubrir la presencia de aquel fornido intruso. Su ataque inesperado debería haber producido la muerte del adversario, pero la premura le había restado precisión y el acero rebotó contra la armadura. Caramon retrocedió con paso inseguro, deseoso de ganar tiempo a fin de desenvainar su espada y contraatacar.

El draconiano, sin embargo, estaba decidido a no concederle la menor ocasión de defenderse. Enarboló su espada y arremetió una vez más.

En medio de un confuso revoltijo de carne y metal, centelleó una luz verde y el draconiano se derrumbó a los pies de Caramon.

—¡Gracias, Berem! ¡exclamó el guerrero llevándose la mano a su herida. ¿Cómo...?

Pero el Hombre Eterno contemplaba a su oponente sin reconocerlo. Esbozó con la cabeza un leve signo de asentimiento y empezó a alejarse.

—¡Espera! —le suplicó Caramon. Aunque le rechinaban los dientes a causa del dolor, salvó de un brinco los cuerpos de los draconianos y se arrojó sobre Berem para, atenuando su brazo, obligarle a detenerse—. ¡Aguarda, maldita sea! —repitió a la vez que lo sujetaba con firmeza.

Su rápida acción tuvo consecuencias. La estancia bailaba ante sus ojos, obligándole a permanecer inmóvil mientras trataba de desechar su sufrimiento. Cuando se despejó de nuevo su vista miró a su alrededor, en un intento de descubrir su paradero.

—¿Dónde estamos? —indagó convencido de que su pregunta no obtendría respuesta. En realidad sólo quería que Berem oyera el sonido de su voz.

—Debajo del Templo, a considerable profundidad —contestó el Hombre Eterno con cavernoso timbre—. Estoy muy cerca...

—Sí —concedió Caramon sin comprender. Siguió escudriñando el lugar, aunque tomó la precaución de no soltar a su acompañante.

La escalera de piedra por la que había descendido se terminaba en una pequeña cámara circular, una sala de guardia a juzgar por la mesa y las diversas sillas que se ordenaban bajo una antorcha prendida del muro. Tenía sentido, los draconianos aquí apostados debían de ser guardianes y Berem se había tropezado con ellos de forma accidental Pero ¿qué custodiaban?

Un examen más minucioso de la rocosa estancia nada le reveló. Medía unos veinte pasos de diámetro y estaba cavada en la piedra viva. Frente a los peldaños que allí morían se abría un arco sin puerta, el arco al que se dirigía Berem cuando le atrapó. No se vislumbraba al otro lado más que penumbra y el guerrero tuvo la sensación de asomarse a la Gran Oscuridad que mencionaban tantas leyendas: unas tinieblas que existían en la nada mucho antes de que los dioses crearan la luz.

El único sonido que oía era un murmullo de agua, acaso un torrente subterráneo que explicaba la humedad del aire. Caramon retrocedió entonces unos pasos para ver mejor el arco. No se había construido aprovechando la roca como la cámara, pese a ser también de piedra, sino que lo habían forjado hábiles manos. Se percibían todavía los vagos con tornos de las tallas que un día lo adornaron, pero resultaba imposible distinguir formas concretas. El tiempo y la humedad se habían encargado de borrar la filigrana que en principio debió componerlo.

Mientras contemplaba el arco en busca de una pista susceptible de guiarle, Caramon casi cayó al ser zarandeado por Berem con insólita energía.

—¡Te conozco! —vociferó el enloquecido humano.

—Por supuesto —gruñó el guerrero—. En nombre del Abismo, ¿puede saberse qué haces aquí?

—Jasla me llama —fue la escueta respuesta de Berem, enmarcados sus ojos en una nueva aureola de demencial cuando volvió la vista hacia las tinieblas que se agitaban tras el arco—. Tengo que entrar... los guardias... intentaron detenerme. Acompáñame.

Caramon comprendió en aquel instante que los centinelas debían custodiar la antigua estructura de piedra. ¿Por qué motivo? ¿Que se ocultaba detrás? ¿Habían reconocido a Berem o bien tenían órdenes de atacar a cualquiera que pretendiera traspasarla? Ignoraba la solución a tales enigmas, pero se dijo que no importaba ya que incluso sus preguntas carecían de interés.

—Tienes que entrar ahí —declaró. Era una afirmación, no una pregunta. El Hombre Eterno asintió y dio un vigoroso paso al frente, resuelto a penetrar sin más dilación en la negrura de no impedirselo el guerrero mediante una brusca sacudida.

—Aguarda, necesitaremos luz —propuso el corpulento luchador con un suspiro—. No te muevas.

Dio unas palmadas en el hombro de Berem y, manteniendo la vista fija en su enjuta persona, retrocedió hasta que su mano tanteó una de las antorchas y la arrancó de su pedestal.

—Iré contigo —anunció, a la vez que se preguntaba para sus adentros cuánto tiempo resistiría sin derrumbarse a causa del dolor y la prolongada pérdida de sangre—. Sosténmela un instante —añadió y, pasándole la tea, arrancó un retazo de la harapienta camisa del misterioso individuo a fin de vendarse la herida del costado. Recogió acto seguido el llameante objeto y se apresuró a aventurarse al otro lado del arco.

Al atravesar los pilares de piedra, Caramon sintió que una sustancia viscosa se adhería a su rostro. ¡Telarañas! —refunfuñó, asaltado por una súbita repugnancia. Examinó la entrada con cierta desazón, pues profesaba un temor inconfesable a las arañas, pero no vio nada sospechoso. Encogiéndose de hombros prosiguió la marcha sin pensar más en ello, con Berem a sus talones.

Rasgó el aire un clamor de trompetas.

—¡Una trampa! —exclamó el guerrero desalentado.

— ¡Tika, tu plan ha surtido efecto! —la felicitó Tas entre jadeos mientras ambos corrían por el lóbrego pasillo de los calabozos. Incluso se arriesgó a lanzar una rápida mirada atrás para constatarlo—. ¡Sí, creo que todos nos siguen!

—Espléndido —murmuró Tika, también sin resuello. Lo cierto era que no había esperado que su plan funcionase. Nunca en su vida tuvieron éxito sus ideas, y empezaba a dudar que existiera una primera vez. Al igual que el kender miró por encima del hombro y comprobó que seis o siete draconianos trataban de darles caza, empuñando en sus ganchudas manos las espadas curvas que siempre portaban.

Aunque, debido a las garras que formaban sus pies, aquellas criaturas reptilianas no eran tan veloces en su marcha como Tas y la muchacha, poseían una resistencia a toda prueba. Los compañeros les habían tomado la delantera, pero su ventaja no había de durar. Tika apenas podía respirar y sentía una punzada en el costado que la impulsaba a encorvar el cuerpo para aliviar el dolor.

Cada segundo que aguanto da a Caramon un poco más de tiempo. Atraigo a los draconianos y así los alejo de él —se dijo a sí misma.

—Escucha, Tika —la lengua de Tas colgaba de su boca mientras que su rostro, jovial como de costumbre, había palidecido por la fatiga—: ¿Sabes dónde nos dirigimos?

La muchacha meneó la cabeza en un gesto negativo, no le quedaba aliento para hablar. Notaba cómo aminoraba la marcha y las piernas le pesaban de un modo invencible. Un nuevo examen de la situación le reveló que los draconianos acortaban la distancia, así que espíó los muros en busca de un pasillo que partiera del principal, o un nicho, una puerta, un lugar, en suma, que pudiera servirles de escondrijo. No había nada: el corredor se prolongaba frente a ellos silencioso y vacío, desprovisto incluso de celdas. Se hallaban en un monótono, estrecho y al parecer interminable túnel de roca que trazaba una cuesta gradual.

Al darse cuenta de esta circunstancia, Tika se detuvo de forma brusca. Inhaló una bocanada de aire y echó de nuevo a andar mirando a Tas, que era apenas visible bajo la luz de las humeantes antorchas.

—El túnel se eleva —declaró en pleno acceso de tos. El kender parpadeó sin comprender, pero pronto se iluminó su semblante.

—¡Debe conducir al exterior! —gritó lleno de júbilo—. ¡Lo conseguiremos, Tika!

—Quizá —respondió ella, no del todo convencida.

—Vamos, ánimo —la apremió el kender exultante de alegría. Recobradas las energías, agarró a la joven por la mano para tirar de ella—. ¡Estoy seguro de que has acertado!

¡Huele, respira el aire fresco! Escaparemos, encontraremos a Tanis y volveremos juntos en busca de Caramon.

Sólo un miembro de su raza podía hablar y correr al mismo tiempo por un pasillo atestado de amenazadores draconianos que les hostigaban sin tregua. Tika lo sabía, y también que lo que la mantenía en pie a ella era el pánico en su más pura esencia. Pronto la abandonaría este sentimiento, no obstante, y entonces se desmoronaría en el túnel tan exhausta y dolorida que poco había de importarle lo que los draconianos...

—¡Es verdad, ha entrado una ráfaga de aire fresco! —se percató en medio de tan negras cavilaciones.

Había creído que Tas mentía para evitar que decayeran sus fuerzas, pero ahora una susurrante brisa acababa de acariciar su mejilla. La esperanza aligeró sus plomizas piernas, incluso imaginó que los draconianos se rezagaban. Una vez han comprendido que nunca nos atraparán! —pensó, invadida por un gozo incontenible.

—¡Tas! —le azuzó. Juntos, estimulados por aquella suave brisa que crecía en intensidad, se deslizaron entre los angostos muros a la velocidad del rayo.

Tras doblar un recodo como si quisieran arremeter contra él se detuvieron, tan bruscamente que Tasslehoff resbaló sobre la grava y se incrustó en una pared.

—Por eso corrían más despacio en el último trecho —constató Tika.

El pasillo se terminaba en dos puertas de madera que sellaban la salida, mientras que unos ventanucos en ellas empotrados y provistos de rejillas permitían el paso del aire fresco para la ventilación de los calabozos. Tika y Tas veían la calle, la libertad, pero no podían alcanzarla.

—¡No abandones ahora! —la reprendió el kender tras una breve pausa. Repuesto tanto del susto como del golpe, corrió en pos de las puertas a fin de tantearlas. Estaban cerradas y atrancadas.

—¡Maldita sea! —renegó al reconocer el obstáculo con sus ojos de experto.

Caramon podría haberlas derribado o reventado su cerrojo valiéndose de la espada. Pero no así el kender, ni tampoco Tika.

Cuando Tas se inclinó para examinar la cerradura, la muchacha se apoyó en uno de los muros y cerró los ojos. La sangre latía en su cabeza, los músculos de sus piernas se agarrotaban en lacerantes espasmos. Extenuada, lamió las saladas lágrimas que fluían hasta sus labios y supo que lloraba de pesar, de ira, de frustración.

—¡No, Tika! —le suplicó el kender a la vez que corría junto a ella y le daba unas palmadas en la mano—. Es una cerradura sencilla, saldremos de aquí en cuestión de segundos. Por favor, enjuga tu llanto. Sólo necesito unos momentos, pero debes estar preparada para refrenar a esos draconianos si se les ocurre venir. Bastará con que les mantengas ocupados mientras yo trabajo.

—De acuerdo —dijo la muchacha, ya más serena. Se secó ojos y nariz con el dorso de su mano y, enarbolando la espada, se apostó en el corredor resuelta a cubrir a su amigo.

Tas vio satisfecho que, tal como suponía, se enfrentaba a una cerradura muy simple. La reforzaba una trampa tan elemental que se preguntó por qué se habían molestado en ponerla.

Se preguntó por qué se habían molestado... cerradura sencilla..., trampa simple... Estas palabras bailaban en su mente, le resultaban familiares como si las hubiera pensado antes. Al levantar la vista, desconcertado, para estudiar de nuevo las puertas, comprendió que ya había visitado este lugar. Pero no, era imposible.

Tras agitar la cabeza a fin de rechazar aquel contrasentido que bullía en su interior, Tasslehoff revolvió sus bolsas en busca de sus herramientas. De pronto se paralizó, asaltado por un pánico que lo atenazaba como los colmillos del lobo a su presa. ¡El sueño!

Eran éstas las puertas que había visualizado en el sueño de Silvanesti. También la cerradura era la misma, el simple ojo armado con una trampa de aspecto inofensivo. Y Tika se le había aparecido a su espalda luchando, muriendo.

—¡Ya vienen, Tas! —vociferó la muchacha a la vez que blandía la espada con manos entresudadas. Le dirigió una fugaz mirada por encima del hombro—. ¿Qué haces? ¿A qué esperas?

El kender no pudo contestar. Oía con toda claridad a los draconianos, convulsionados en estentóreas carcajadas y sin apresurarse en su persecución pues sabían que sus cautivos no tenían escapatoria. Doblaron el recodo y sus risas se intensificaron al ver a Tika presta a la batalla.

—Creo q-que no podré hacerlo, Tika —balbuceó Tas sin apartar la vista de la odiosa cerradura.

—¡No podemos permitir que nos atrapen! —le urgió la muchacha, retrocediendo hacia él pero fija su atención en los enemigos—. Han descubierto a Berem y nos obligarán a contarles todo cuanto sabemos acerca de él. No repararán en medios para sonsacarnos información, nos torturarán.

—Tienes razón —concedió el kender—. Lo intentaré.

Poseo el valor suficiente para recorrer la senda oscura —se dijo Tas, evocando una vez más las palabras de Fizban. Respiró hondo, extrajo un alambre de su saquillo y se puso manos a la obra. Después de todo, ¿qué era la muerte para un kender sino la mayor aventura que puede concebirse? Además le aguardaba Flint en el mundo de ultratumba, sin duda necesitado de su presencia para salir de mil embrollos.

El recuerdo del enano confirió una inusitada firmeza a sus manos, que manipulaban el alambre con acierto. De pronto, le alertó un grito de furia, seguido por el estrépito que producían los aceros al entrechocarse.

Se interrumpió un instante, ansioso por contemplar la escena. Tika no había aprendido el arte de la esgrima, pero era una experta en manejar los altercados cotidianos de las tabernas. Dibujaba su espada sesgos y reveses en el aire, apoyados por un salvaje torbellino de puntapiés, puñetazos sin tiento e incluso mordiscos que forzaron a los draconianos a retroceder unos pasos frente a la inesperada ferocidad de sus arremetidas. Todos ellos presentaban sanguinolentos surcos en sus cuerpos, y uno se desplomó con el brazo cercenado en un charco formado por su verde savia.

No podría contenerles durante mucho tiempo, así que Tas reanudó su trabajo aunque con mano insegura después de presenciar tan encarnizada lucha. La clave estaba en hacer saltar la cerradura sin activar la trampa, constituida por una aguja sujeta a un fuelle.

La fina herramienta se deslizó de su laxa mano, y se reprendió por tan absurda torpeza. ¡Era indigno de un kender comportarse como un cobarde! Recogiendo el alambre lo insertó otra vez con sumo celo mas, cuando casi había conseguido su propósito, alguien le empujó.

—¡Un poco más de cuidado! —riñó a Tika con la cabeza vuelta hacia ella. ¡El sueño! Así era cómo la había amonestado y también, al igual que en la premonitoria pesadilla, vio a la muchacha a sus pies, bañados de sangre sus pelirrojos bucles. —se rebeló en un paroxismo de excitación. En aquel momento el alambre resbaló y se golpeó la mano contra la cerradura.

Cedió el cerrojo con un ruido sordo, provocando al hacerlo un leve chirrido apenas audible, un eco sibilante que anunciaba que la trampa se había liberado.

Vislumbró Tas, con los ojos desorbitados, una gota de sangre en la punta del dedo más próximo a la dorada aguja que sobresalía del fuelle. Los draconianos le sujetaban por el hombro, pero los ignoró. Poco importaba que le aprehendieran. El agudo dolor de su miembro no tardaría en extenderse a todo su cuerpo.

Cuando llegue al corazón dejaré de sufrir. Para entonces ya no sentiré nada —se dijo en una nebulosa.

Oyó un clamor de trompetas, de metálicos clarines que hendían la fresca atmósfera. ¿Dónde habían sonado antes? En Tarsis, antes de que aparecieran los dragones, recordó.

Los centinelas lo soltaron y se alejaron a toda carrera por el pasillo.

Debe ser una alarma general —adivinó el kender, comprobando con interés que las piernas no le sostenían. Se deslizó hasta el suelo, junto a Tika, y estiró la mano a fin de acariciar los bonitos rizos de la muchacha, ahora teñidos de púrpura. Tenía el rostro lívido, los ojos cerrados.

—Lo lamento, Tika —se disculpó Tas con un nudo en la garganta. El dolor se propagaba rápidamente, se habían entumecido sus dedos y pies hasta quedar inertes. Lo siento Caramon, te aseguro que lo he intentado.

Sollozando en silencio, Tasslehoff apoyó la espalda en la puerta y esperó el fin.

Tanis no podía moverse si bien, tras oír el desgarrado grito de Laurana, tampoco deseaba hacerlo. Suplicó para sus adentros que un dios condescendiente le asestara un golpe mortal mientras permanecía arrodillado a los pies de la Reina Oscura, pero las divinidades no le otorgaron su gracia. La sombra se desplazó cuando la soberana centró su atención en otro punto, lejos de él, y el semielfo se esforzó por incorporarse con el rostro enrojecido de vergüenza. No osaba mirar a Laurana, ni siquiera enfrentarse a los ojos de Kitiara pues temía el desdén que sin duda se reflejaban en ellos.

No obstante, la Señora del Dragón tenía asuntos más importantes en que pensar. Aquél era su momento de gloria, la culminación de todos sus planes. Estirando la mano, inmovilizó a Tanis en su poderosa garra al ver que disponía a ofrecerse como escolta de Laurana y le empujó hacia atrás para situarse delante de él.

—Por último, deseo recompensar al siervo que me ayudó a capturar a la mujer elfa— declaró con arrogancia. El caballero Soth os ruega que le concedáis el alma de Lauranthalasa, a fin de vengarse de la esposa que le envolvió en su maleficio hace ya muchos años. Si está condenado a vivir en una eterna negrura, pide que al menos la Princesa comparta sus penalidades en la muerte.

Laurana alzó la cabeza, el terror había despertado sus embotados sentidos.

—¡No!—repitió con voz ahogada.

Retrocedió unos pasos y examinó desesperada el recinto, ansiosa por hallar una vía de escape; no existía ninguna. El suelo era un hervidero de draconianos que la contemplaban divertidos y, en cuanto a Tanis, tenía el contraído rostro vuelto hacia la humana. La expresión del semielfo era impenetrable, pero Laurana advirtió una llama en sus ojos que no supo interpretar. Arrepintiéndose de su súbito estallido, decidió que prefería morir antes que exhibir una nueva flaqueza en presencia de aquella hostil asamblea. Enderezó la espalda en orgulloso ademán a la vez que levantaba el rostro, ahora bajo control.

Tanis ni siquiera la vio, las palabras de la Princesa tamborileaban en su cerebro nublando sus ojos y sus pensamientos. Se acercó enfurecido a Kitiara y le espetó:

—¡Me has traicionado! ¡Esto no formaba parte del plan!

—¡Calla! —le ordenó ella en su susurro—. ¡Si te oyen lo habrás destruido todo!

—¡Qué intentas...?

—¡Silencio! —fue la tajante respuesta.

—Tu obsequio me ha causado un inmenso placer, Kitiara —declaró la oscura voz penetrando la ira de Tanis—. Te concedo las peticiones que has formulado: el alma de

la mujer será entregada a Soth, y aceptamos en nuestras filas al semielfo. Para sellar nuestro pacto, el llamado Tanis depositará su espada a los pies de Ariakas.

—Vamos, obedece —instó la dignataria a su nuevo oficial. Todas las miradas confluían en la plataforma.

—¿Qué? —inquirió el interpelado sin ocultar su perplejidad—. No me habías hablado de tan absurda ceremonia. ¿Qué debo hacer?

—Asciende hasta la tarima de Ariakas y ofrécele tu acero, tal como te han indicado —le explicó Kitiara mientras lo escoltaba hasta la escalinata—. El lo recogerá y procederá a devolvértelo, confirmando así tu ingreso en los ejércitos de los Dragones. Es tan sólo un ritual, pero me ayudará a ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Qué ha concebido tu diabólica mente? —indagó Tanis con sequedad, apoyado ya su pie en el primer peldaño—. Deberías haberme informado...

—Cuanto menos sepas, mejor para ti. —La comandante exhibió una encantadora sonrisa, dirigida en realidad a la concurrencia que les observaba. Se produjeron unas risas nerviosas, algunas bromas de dudoso gusto frente a lo que parecía la despedida de un enamorado. Pero los ojos de Kitiara no guardaban consonancia con sus labios.

—Recuerda quién queda junto a mí en esta plataforma —advirtió al semielfo y, acariciando la empuñadura de su espada, lanzó a Laurana una significativa mirada—. No hagas ninguna tontería.

La Señora del Dragón dio la espalda a su oficial y fue a situarse al lado de la Princesa elfa mientras Tanis, temblando de miedo y de rabia, bajaba torpemente la escalera que jalonaba la escultura en forma de ofidio con un torbellino en la cabeza. El tumulto de la asamblea se le antojó el embate de un embravecido océano, agravado por los destellos que emitían las lanzas y las llamas de las antorchas. Pisó al fin, cegado y confuso, el suelo y comenzó a andar en dirección a la plataforma de Ariakas sin saber dónde estaba ni qué hacía. Llevado por un simple reflejo, atravesó la fastuosa estancia.

Los rostros de los draconianos que constituían la guardia de honor de Ariakas flotaban a su alrededor como surgidos de una pesadilla. Sólo veía cabezas sin cuerpos, ristas de dientes que flanqueaban viscosas lenguas. Uno tras otro se apartaron a su paso, hasta que la escalinata se materializó en una bruma irreal.

Alzando la cabeza oteó la cúspide donde se erguía Ariakas, aquel hombre majestuoso y revestido de poder. La Corona que ceñía su testa parecía absorber toda la luz de la sala. Su brillo hería los ojos y Tanis pestañeó, deslumbrado, al iniciar el ascenso con la mano cerrada sobre su acero.

¿Le había traicionado Kitiara? ¿Cumpliría su promesa? Tanis lo dudaba, se maldijo por haberla creído. Había caído una vez más en su hechizo, de nuevo había cometido la necedad de confiar en sus palabras. Era ella quien, como siempre, tenía todos los ases sin darle opción a la réplica... o quizá no.

De pronto se le ocurrió una idea que le obligó a detenerse, con un pie en un peldaño el otro en el inferior.

¡Camina, estúpido! —se apremió a sí mismo consciente de ser observado. Tratando de cubrirse de una máscara de tranquilidad, el semielfo reanudó su escalada mientras su plan se perfilaba con mayor claridad a cada paso.

¡Aquél que ostenta la Corona, gobierna! —las palabras del caballero espectral habían surgido en su mente y se propagaban por todos sus recovecos.

¡Matar a Ariakas y arrebatarle la Corona! Sería sencillo. Tanis examinó febrilmente aquella zona de la cámara y comprobó que no había centinelas apostados junto a Ariakas, pues sólo los mandatarios podían ocupar las tarimas, pero tampoco se veía a ninguno en la escalera como en los recintos de los otros señores. Tan arrogante, tan segura de su poder debía sentirse aquella criatura, que había prescindido de cualquier protección.

Trató el semielfo de pensar. Kitiara vendería su alma por la posesión de esa Corona. Si me adueño de ella reinaré, podré salvar a Laurana y escapar con ella. Una vez salgamos de aquí, le explicaré lo ocurrido. ¡No tengo más que desenvainar mi espada y, en lugar de depositarla a los pies de Ariakas, traspasar su cuerpo! Nadie osará tocarme cuando me apodere del refulgente objeto.

Le agitaba una incontenible excitación, así que se apresuró a calmarse como mejor pudo. No se atrevía a mirar a Ariakas, temía que leyera en sus ojos la patraña que había urdido.

Permaneció cabizbajo, y sólo supo que se hallaba cerca de Ariakas al constatar que cinco escalones le separaban de la plataforma. Sus dedos jugueteaban con la empuñadura de su arma, pero había logrado recuperar la serenidad y se aventuró a clavar sus ojos en la figura que le aguardaba. La malignidad que éstos delataban estuvo a punto de paralizarle. Era el suyo un rostro que la ambición había desnudado de todo sentimiento humano, que había contemplado la muerte de millares de inocentes como simples medios para alcanzar un fin.

Ariakas observaba a Tanis con hastío, animado su semblante por una sonrisa de desdén. Incluso dejó de prestarle atención en algún momento para concentrarse en asuntos que le preocupaban más, tales como la actitud de Kitiara. El mandatario lanzaba a la mujer miradas de soslayo, meditabundas, como el jugador que se vuelve sobre el tablero a la expectativa del próximo movimiento de un temible competidor.

Dominado por la revulsión y el odio, el semielfo comenzó a extraer la hoja de su espada de la vaina. Aunque fracasara en su intento de rescatar a Laurana, aunque ambos perecieran entre aquellas paredes, al menos realizaría un acto noble en su vida matando al comandante supremo de los ejércitos de los Dragones.

Pero cuando oyó el siseo del acero, Ariakas centró de nuevo su interés en Tanis. El negro fulgor de sus ojos penetró el alma del semielfo, quien sintió su abrumador influjo similar al calor que despiden un horno. La súbita oleada asestó a Tanis un golpe casi físico, haciendo que se bamboleara en la escalera. Aquella aureola invencible que le

rodeaba tan sólo podía manar de una fuente que el conspirador no había considerado: ¡Ariakas era mago!... ¿He podido estar tan ciego? —se imprecó al vislumbrar, en torno a su imponente cuerpo, un muro luminoso—. ¡Por eso no le custodia ningún centinela! Ariakas no confía en sus servidores, y además le basta con invocar sus dotes arcanas si ha de defenderse!

Para colmo de desventuras, Tanis leyó en sus desapasionados ojos que el hechicero abrigaba recelos contra él. Bajó los hombros, derrotado antes de atacar.

— ¡Tanis, no temas su magia! Yo te ayudaré.

¿De dónde provenía aquella nueva voz que, pese a hablar en un quedo susurro, resonó en la mente de Tanis con tal intensidad que casi percibió su aliento? Se le erizaron los cabellos de la nuca, un escalofrío agitó su ser.

Volvió el rostro hacia la escalera y escudriñó también la plataforma pero, salvo el mismo Ariakas, nadie había en su proximidad. El siniestro personaje se hallaba a tres pasos de distancia y refunfuñaba, deseoso de que la ceremonia concluyera cuanto antes. Al advertir que Tanis titubeaba, le hizo un imperioso gesto conminándole a depositar la espada a sus pies.

¿Quién había hablado? De pronto atrajo la atención del semielfo una figura que, ataviada de negro, se perfilaba junto a la Reina de la Oscuridad. Por algún motivo se le antojó familiar, si bien no creía haberla visto antes. ¿Era aquella criatura quien le había apremiado a la acción? Si era así, no le transmitió ninguna señal.

¿Qué hacer? —se preguntó desconcertado.

— ¡Tanis! —le hostigó la voz una vez más—. ¡Rápido!

Sudando, trémula su mano, el semielfo acabó de desenvainar su espada. Se hallaba frente a Ariakas, cuya aureola mágica irradiaba difusos destellos como el arco iris cuando cerca las transparentes aguas de un lago.

No tengo elección —se dijo Tanis—. Si es una trampa, sucumbiré gustoso. Prefiero morir así.

Fingiéndose arrodillarse, sosteniendo la empuñadura de su espada del modo más inofensivo posible, hizo ademán de posarla en la granítica tarima antes de torcer bruscamente la muñeca y ensayar el golpe mortal. Aunque se vio obligado a embestir con rapidez, apuntó al corazón.

Estaba seguro de sucumbir a la ira de su rival. Los dientes le rechinaban, se encogió sobre sí mismo en espera de que el escudo mágico lo agostase al igual que el relámpago socarra al árbol inmóvil.

En efecto, un relámpago zigzagueó en el aire... ¡pero no contra él! Vio anonadado que el arco iris estallaba y su tilo penetraba la etérea pared para hundirse en la carne. Un alarido de dolor, de orgullo ultrajado, vibró en su tímpano con una fuerza ensordecedora.

Ariakas se tambaleó al traspasar su pecho la afilada hoja. Cualquier hombre corriente habría perecido bajo el impacto, pero la energía y la furia de la portentosa criatura lograron mantener la muerte a raya. Desencajada su faz por el odio, abofeteó a Tanis y lo lanzó escaleras abajo.

Se estrelló el semielfo contra el suelo, completamente descalabrado. Le daba vueltas la cabeza, y apenas vislumbró su espada cuando cayó junto a él manchada de sangre. Creyó que iba a perder el conocimiento, aunque sabía que si se abandonaba sería el fin tanto para él como para Laurana. Esta idea le impulsó a mover la testa en un intento de despejarla y rechazar así su embotamiento. ¡Tenía que resistir! ¡Debía apoderarse de la Corona a cualquier precio! Al alzar la vista comprobó que Ariakas se erguía sobre la tarima con las manos extendidas, presto a invocar un hechizo que aniquilara de una vez por todas a su osado atacante.

El semielfo no podía hacer nada. Carecía de protección contra la magia y una voz interior le decía que su invisible aliado no volvería a ayudarlo, que ya había cumplido su enigmático objetivo.

Sin embargo Ariakas no era tan poderoso como para vencer a la fuerza que lo acechaba, ansiosa por cobrarse una nueva víctima. Se asfixiaba, se empañaba su mente de forma tan irremisible que las palabras del encantamiento no llegaron a cruzar sus labios y se difuminaron en medio de un espantoso dolor. Bajó entonces los ojos, descubriendo que su sangre bañaba el purpúreo manto en una mácula que se ensanchaba a cada momento como si la vida se le escapara a través del maltrecho corazón. La muerte le reclamaba, no aceptaría más demoras. Luchó Ariakas contra la negrura que se cernía sobre él, a la vez que suplicaba el concurso de la Reina Oscura.

Pero Su Majestad desdeñaba a los débiles. Del mismo modo que había presenciado cómo Ariakas abatía a su padre, observó inamovible la caída del dignatario pronunciando su nombre en el último aliento.

Invadió la sala de audiencias un tenso silencio cuando el cuerpo de Ariakas se desplomó hasta el suelo. La Corona del Poder se desprendió de su cabeza con estrépito y quedó aprisionada en una maraña de sangre y negros cabellos.

¿Quién pugnaría por ella?

Alguien emitió un penetrante grito. Era Kitiara, que pronunciaba un nombre en una urgente demanda.

Tanis no comprendió sus palabras, pero poco importaba. Ignorando a la enloquecida Señora del Dragón, estiró la mano en pos de la Corona.

De pronto se encarnó frente a él una figura ataviada con negra armadura. ¡El caballero Soth!

El semielfo intentó desechar el pánico que le inspiraba el espectro para concentrarse en el símbolo del poder que yacía a escasas pulgadas de sus dedos. Se lanzó sobre él y

sintió aliviado el contacto del frío metal en su carne, en el instante en que un esquelético miembro trataba de arrebatárselo.

¡Se había adelantado, era suyo! Los ardientes ojos de Soth centellearon, demostrando que no iba a darse por vencido. Su espectral mano arañó de nuevo el aire dispuesta a arrancar el trofeo de las garras de Tanis, azuzada por las incoherentes órdenes de Kitiara.

Cuando el semielfo levantaba la ensangrentada Corona por encima de su cabeza, clavando al mismo tiempo una firme mirada en el Caballero de la Muerte, quebraron el sepulcral silencio de la estancia unos clarines que sonaron con abrupta estridencia.

La mano de Soth se detuvo en el aire, se apagó la voz de Kitiara y entre el gentío nació un murmullo ininteligible. Tanis creyó en su turbación que aquellas trompetas bramaban en su honor, pero al volver la cabeza a fin de contemplar la sala advirtió que había cundido una alarma general que nada tenía que ver con él. Todos los ojos, incluso los de Kitiara, confluían en la Reina Oscura.

Su Oscura Majestad había observado muy atentamente todos los movimientos de Tanis, mas ahora su vista se perdía en la nada. Su sombra creció en tamaño e intensidad, extendiéndose por la estancia como un nubarrón de mal augurio mientras, obedeciendo una muda orden, los draconianos portadores de su negra insignia abandonaban sus puestos en el perímetro del imponente recinto y desaparecían en tropel por las puertas. La figura ataviada con una túnica azabache que vislumbrara Tanis junto a la soberana se había desvanecido.

Se produjo un nuevo clamor de aquellos metálicos instrumentos y el semielfo, estudiando con aire absorto la Corona que sostenía en su mano, se dijo que en dos ocasiones anteriores sus estentóreos acordes habían sido heraldo de muerte y destrucción. ¿Qué calamidad podía anunciar ahora la inefable música?

Capítulo 10

Aquél que ostenta la corona, gobierna

Tan sonoro e inesperado fue el retumbar de los clarines que Caramon casi perdió el equilibrio en el húmedo suelo de piedra. En una reacción instintiva Berem detuvo su caída ambos escucharon inmóviles, espantados, cómo los clamores se disolvían en ensordecedores ecos por la pequeña cámara. Sobre sus cabezas, en lo alto de la escalera, unos instrumentos de menor alcance respondieron a la sobrecogedora llamada.

—¡El arco encerraba una trampa! —insistió Caramon—. En cualquier caso, el mal ya está hecho. Todas las criaturas vivientes del Templo saben que estamos aquí, aunque yo mismo ignoro dónde me encuentro en realidad. Rezo a los dioses para que al menos tú sepas qué estás haciendo.

—Jasla me llama —repitió Berem. Disipado el momentáneo sobresalto que le infligieran los portentosos clarines reanudó su avance, arrastrando al guerrero tras él.

Sin saber cómo actuar ni a dónde ir, Caramon alzó la antorcha y siguió a su guía hasta el interior de una caverna que al parecer había socavado el agua al filtrarse entre las rocas. El arco conducía a una escalera de piedra que, según vio el guerrero, descendía hacia un torrente de revuelto cauce. Agitó la tea en todas direcciones ansioso por encontrar un camino que jalonara la corriente de agua mas no distinguió nada semejante, al menos en el radio de su luz.

—¡Espera! —exclamó, pero Berem ya se había arrojado a las turbidas aguas. Contuvo el aliento, convencido de que el Hombre Eterno se hundiría en un voraz remolino, y mucho se sorprendió al comprobar que el torrente no era tan profundo como aparentaba. Lo cierto era que sólo cubría hasta las pantorrillas.

—¡Vamos, acércate! —le apremió su acompañante.

Caramon se tanteó la herida del costado. La sangre manaba ahora con mayor lentitud, el improvisado vendaje estaba húmedo al tacto pero no empapado. Sin embargo, el dolor no remitía, le dolía la cabeza y estaba tan exhausto después de correr y luchar que se sentía mareado. Pensó en Tika y el kender durante unos segundos, y en Tanis aún más brevemente, pero decidió que era mejor desechar sus cavilaciones si deseaba seguir adelante.

El fin se avecinaba, para bien o para mal. Tika así lo había afirmado, y Caramon empezaba a creerlo también. Al apoyar un pie en el agua la corriente le laceró con tal ímpetu que le asaltó la repentina idea de que era el tiempo y no una materia líquida lo que le empujaba hacia... ¿Hacia el ocaso del mundo, hacia la muerte? ¿O quizá encarnaba la esperanza de un nuevo comienzo?

Berem vadeaba delante de él, resuelto a avanzar a la mayor velocidad posible.

—Debemos mantenernos unidos —le recordó el fornido humano con voz resonante, obligándole a detener la marcha—. Podría haber más trampas, peores que la que acabamos de salvar.

El Hombre Eterno vaciló unos segundos, los suficientes para que el guerrero le alcanzara. Echaron a andar despacio por el turbulento arroyo, afianzándose a cada paso pues el fondo era resbaladizo y traicionero a causa de su lecho de guijarros

desmenuzados. Caramon empezaba a respirar tranquilo cuando algo golpeó su bota con tal fuerza que casi salieron despedidos sus pies. Tuvo que sujetarse a Berem para no caer.

—¿Qué ha sido eso? —gruñó, a la vez que pasaba la antorcha sobre la superficie del agua.

Atraída por la luz, una cabeza asomó en la intensa negrura. Caramon quedó sin resuello, e incluso Berem se paralizó alarmado al contemplar tan horrenda visión.

—¡¿Qué es eso?! —susurró el guerrero—. ¡Crías reptilianas!

El pequeño animal abrió la boca para emitir un alarido, dejando al descubierto unas ristras de afilados dientes que refulgían ahora bajo la antorcha. Se zambulló sin demora en su hábitat natural, y Caramon sintió que, de nuevo, flagelaba su bota mientras otra criatura le azotaba la contraria y el agua bullía con las sacudidas de decenas de colas.

La recia piel de su calzado impidió que se lastimase, pero sabía que si perdía pie aquellos seres le arrancarían la carne de los huesos.

Se había enfrentado a la muerte en numerosas formas, pero ninguna tan terrorífica como ésta. Dominado por el pánico, a punto estuvo de dar media vuelta. Berem podía continuar solo, después de todo él no sucumbiría. Pero el fornido compañero no tardó en recuperar el control.

Conocen nuestro paradero y enviarán a alguien para arrestarnos. Debo refrenar a quienquiera que venga en nuestra búsqueda hasta que Berem haya logrado su propósito —se dijo.

Aquel pensamiento carecía de sentido, era tan absurdo que casi resultaba jocoso. Como una burla premeditada a su determinación, rompieron el silencio una amalgama de repiqueteos metálicos y toscos rugidos procedentes del arco. ¡Es un desatino! ¡No comprendo qué hago aquí, arriesgándome a morir en la negrura por una causa que ni siquiera me incumbe! ¡La única razón que puede explicarlo es que este individuo me ha contagiado su locura —siguió razonando Caramon descorazonado.

Berem oyó a los soldados que pretendían darles caza, y que temía más que a los dragones. Se lanzó a una carrera desenfrenada, mientras el hombretón trataba de ignorar los sibilinos ataques infligidos a sus botas para vadear el riachuelo en un intento de no perder de vista al endiablado demente.

El Hombre Eterno mantenía la mirada fija en la oscuridad, profiriendo lamentos ocasionales y retorciéndose las manos de ansiedad. El curso del torrente trazó una curva donde el agua adquiriría mayor profundidad, y Caramon no pudo evitar preguntarse qué haría si su nivel se alzaba por encima de sus botas. Las crías de dragón les acechaban desde todos los flancos, en el frenesí que el olor a sangre humana provocaba sobre sus instintos; el estrépito de lanzas y espadas se acercaba a un ritmo alarmante.

Una criatura más negra que la noche se arrojó de forma repentina contra el rostro de Caramon quien, al luchar con denuedo para no desplomarse en las mortíferas aguas,

dejó caer la antorcha. Se apagó su luz en un siseo, en el mismo momento en que Berem saltaba a su lado para sostenerle. Se abrazaron uno a otro, perdidos y confusos, en la impenetrable oscuridad.

Si se hubiera quedado ciego el guerrero no se habría sentido más desorientado. Aunque no se había movido desde que se cernieran las tinieblas no adivinaba qué dirección debía seguir, no lograba recordar ningún detalle de su entorno. Tenía la impresión de que si daba un solo paso se precipitaría en un vacío sin fondo.

—¡Aquí está! —declaró Berem en un ahogado sollozo que le cortaba la respiración—. ¡Veo la columna rota, las joyas que refulgen incrustadas en su fuste! Ella se encuentra en ese lugar, me ha esperado durante todos estos años. ¡Jasla! —vociferó, tratando de liberarse del hombre que lo atenazaba.

Oteó Caramon el brumoso horizonte, sin soltar a su acompañante pese a sentir las emocionadas convulsiones que agitaban su cuerpo. No vislumbró nada... ¿o quizá sí?

Una honda sensación de alivio se adueñó de su dolorida persona. Veía las gemas que centelleaban en la distancia, alumbrando la negrura con una luz que ni siquiera la densa atmósfera lograba difuminar.

El quebrado pilar se hallaba a unos cien pasos de ellos. Relajando la mano que tenía cerrada sobre el hombro de Berem, el hombretón pensó: Quizá sea ésta la salvación, al menos para mí. Dejemos que este enloquecido individuo vaya al encuentro de su fantasmal hermana mientras yo busco la salida, un medio para volver junto a Tika y Tas.

Recobrada la confianza, Caramon echó a andar. En cuestión de minutos todo habría concluido, para bien o para...

—Shirak —pronunció una voz.

Brilló una poderosa luz, y el corazón del guerrero cesó de latir por un instante. Despacio, muy despacio, alzó la cabeza para penetrar aquel cegador destello y en su centro descubrió un par de ojos dorados y refulgentes, que le miraban desde las profundidades de una capucha negra. Se dibujaban en sus pupilas sendos relojes de arena. El aire abandonó sus pulmones, en un suspiro semejante al postrer aliento de un moribundo.

Al apagarse el clamor de las trompetas, una oleada de calma inundó la sala de audiencias. Una vez más los ojos de los presentes, incluidos los de la Reina Oscura, se clavaron en los protagonistas del drama que tenía lugar en la plataforma.

Sujetando la Corona en su mano, Tanis se puso en pie. Ignoraba qué presagiaban las trompetas, qué le deparaba el destino inmediato, sólo sabía que era necesario seguir el juego hasta su desenlace por amargo que fuera.

Laurana ocupaba el centro de su pensamiento, borrando todo lo demás. Ni Caramon, ni Berem ni los otros se hallaban en situación de recibir su ayuda. Prendió su mirada de la figura que, ataviada con la argéntea armadura, se erguía en la plataforma de la serpiente y, casi por accidente, desvió su atención hacia Kitiara. Sin separarse de la Princesa elfa, oculto su rostro tras la aterradora máscara de su rango, la Señora del Dragón hizo un gesto.

El semielfo sintió más que oyó un murmullo a su espalda, como un gélido viento que azotaba su piel. Al dar media vuelta vio que Soth avanzaba hacia él con la muerte danzando en sus anaranjados iris y retrocedió, siendo consciente de que no podía luchar contra un rival del más allá.

—¡Detente! —gritó, sosteniendo la Corona en equilibrio—. Ordénale que cese en su ataque, Kitiara, o aprovecharé mi último impulso vital para arrojar este codiciado objeto a la muchedumbre.

El caballero espectral rió sin emitir el más leve sonido, a la vez que extendía aquella mano que por mero contacto podía eliminar a cualquier criatura.

—¿Impulso vital? —se burló—. Mi magia convertirá tu cuerpo en polvo antes de que aciertes a reaccionar, y la Corona caerá a mis pies.

—Soth —le invocó una cristalina voz desde la plataforma que se alzaba en el centro de la sala—, deja que sea aquél que ha conquistado la Corona quien me la ofrezca.

El interpelado vaciló. Con su mortífera mano aún dirigida hacia Tanis, sus llameantes ojos se desviaron inquisitivos en pos de las pardas pupilas de Kitiara.

Desprendiéndose del yelmo, la mandataria centró su interés en el semielfo con la excitación reflejada en sus mejillas.

—¿Vas a traerme la Corona, no es cierto? —preguntó.

Tanis tragó saliva y se humedeció los labios antes de responder:

—Sí, ésa es mi intención.

—Guardias, escoltadle hasta aquí —ordenó Kitiara acompañando sus palabras con un gesto de la mano—. Cualquiera que ose tocarle morirá bajo mi acero. Soth, vela para que llegue a mi presencia sano y salvo.

Tanis miró de soslayo al caballero, quien bajó despacio su certera mano.

—Mi señora, todavía es tu dueño —creyó oírle farfullar en tono de mofa.

Cuando el ominoso fantasma se situó detrás de él el frío que dimanaba de su incorpóreo ser casi congeló la sangre del semielfo. Inició su procesión la peculiar pareja, el caballero lívido en su ennegrecida armadura y Tanis animado por el hálito de la vida, afianzando los laureles del triunfo en su firme diestra.

Los oficiales de Ariakas, que se habían congregado al pie de la escalinata con las armas desenvainadas, retrocedieron a regañadientes. Al pasar Tanis junto a ellos más de uno le dirigió torvas miradas, e incluso hubo quien le mostró su daga como una promesa de venganza.

Los soldados encargados de la custodia de Kitiara enarbolaron también sus espadas al rodear al portador de la Corona, si bien fue el aura letal de Soth la que garantizó su seguridad en el breve desfile por la atestada estancia. Tanis reflexionaba sobre el significado del poder: Aquél que ostenta la Corona, gobierna —se repetía—, pero tanta vanagloria bien puede acabar bajo el filo de una daga asesina en lo más oscuro de la noche».

Transcurridos unos minutos, la comitiva llegó a la escalera que conducía a la plataforma con forma de ofidio. En la cúspide se hallaba Kitiara, exultante y más bella que nunca. Tanis ascendió en solitario los peldaños que parecían espolones, quedando su arcano protector en la base con el fuego de la ira encendido en sus ojos sin cuencas. Cuando alcanzó la tarima, instalada en la testa de la serpiente, el semielfo pudo estudiar de cerca a Laurana. Estaba unos pasos detrás de la Señora del Dragón, revestido su rostro de una lívida pero serena compostura, y tan sólo miró un instante la ensangrentada Corona para acto seguido volver la cabeza. No había manera de adivinar qué pensaba o sentía, aunque tampoco importaba. El le explicaría...

Corriendo a su encuentro, Kitiara estrechó al semielfo en un apretado abrazo que saludó una calurosa ovación de la asamblea.

—Ven —le susurró—, tú y yo nacimos para reinar juntos. Has estado espléndido, maravilloso, te concederé cuantos favores solicites.

—¿A Laurana? —preguntó él con frialdad, sin temor a ser oído de la barahúnda. Sus ojos almendrados, aquellos ojos que revelaban su ascendencia, traspasaron los de su oponente.

Kit espió a la mujer elfa, tan absorta y cenicienta que parecía transfigurada.

—Si es a ella a quien quieres, la tendrás . —la comandante se encogió de hombros y se acercó al semielfo para pronunciar unas palabras que sólo él debía escuchar—: Pero también me poseerás a mí, Tanis. Durante el día dirigiremos nuestros ejércitos y gobernaremos el mundo. Las noches, en cambio, serán nuestras, tuyas y mías. Ciñe la Corona en mis sienes, elegido de mi corazón —añadió levantando las manos a fin de acariciar su barbudo rostro.

Tanis escudriñó aquellos ojos pardos y los vio llenos de ternura, de pasión, de ansiedad. Sentía el cuerpo de Kitiara estrujado contra el suyo, tembloroso e insinuante. A su alrededor las tropas vociferaban enloquecidas, creando una batahola que flotaba por la cámara como una gigantesca ola pero que se diluyó cuando el semielfo alzó ambas manos, muy despacio, y depositó la Corona del Poder... ¡en su propia cabeza!

—¡No Kitiara! —exclamó—. Uno de nosotros regirá los destinos del mundo de día y de noche: yo.

Una lluvia de carcajadas atronó la sala, salpicada por gruñidos de indignación. Kitiara abrió los ojos de par en par, pero pronto los entornó hasta que se convirtieron en amenazadoras rendijas.

—No lo intentes siquiera —le advirtió Tanis, aferrando la mano que ella se había llevado al cuchillo del cinto. Tras inmovilizarla la atrajo hacia él y dijo en tonos apagados, en secreto—: Ahora abandonaré la sala de audiencias en compañía de Laurana, escoltados por ti y por tus tropas. Cuando hayamos salido incólumes de este nido de perversidad te entregaré el valioso objeto que tanto ambicionas. Osa traicionarme, y nunca te pertenecerá. ¿Has comprendido?

Los labios de Kitiara se retorcieron en una ambigua mueca.

—¿De modo que ella es lo único que te importa? —inquirió, cáustica.

—En efecto —respondió el semielfo. Leyó el dolor en sus oscuros rojos al atenazarle la muñeca aún con más fuerza—. Lo juro por las almas de dos seres que amé intensamente: Sturm Brightblade y Flint Fireforge. ¿Me crees?

—Te creo —cedió la mandataria dominada por una amarga ira. Volvió a mirarle, y una reticente admiración centelleó en sus ojos—. ¡Podrías haber satisfecho tantas ambiciones!

Tanis la soltó sin despegar los labios y, dando media vuelta, avanzó hacia Laurana. La muchacha permanecía de espaldas a ellos en la abstraída observación de la sala.

El semielfo sujetó a su amada por el brazo, antes de ordenarle con aparente frialdad:

—Ven conmigo.

Les envolvió el tumulto de los soldados mientras, en las alturas, Tanis presintió cómo la sombría figura de la Reina contemplaba el flujo y reflujo de las olas del poder preguntándose a quién catapultarían en su cresta.

Laurana no se sobresaltó con el contacto de sus dedos, ni siquiera reaccionó. Incluyó despacio la cabeza, revueltos sus rubios cabellos en una maraña que caía aplomada sobre sus hombros, y le miró. Sus verdes ojos no delataban ningún sentimiento, no se leía en ellos ni temor ni cólera.

—Todo irá bien —balbuceó Tanis a aquella muchacha que no daba muestras de reconocerle—. Te explicaré...

Refulgió un destello argénteo bajo la dorada melena y algo golpeó al semielfo en el pecho, lanzándole hacia atrás. Trató en un incómodo bamboleo de asirse a su atacante, pero ella le esquivó para dirigirse hacia otro objetivo.

Apartando al desequilibrado Tanis de un manotón, Laurana se abalanzó sobre Kitiara resuelta a arrebatarse la espada que pendía de su costado. Su acción pilló desprevenida a la mujer humana, que luchó con fiereza para desembarazarse de su enemiga. Un movimiento deslizante permitió a la elfa arrancar el acero de Kit en su vaina y asestar a

su oponente una descarga con la empuñadura que la derribó al instante. Dio entonces media vuelta y corrió hasta el borde de la plataforma.

—¡Laurana! —le suplicó Tanis a la vez que saltaba hacia ella. Pero se paralizó al sentir el filo de la espada en su garganta.

—No te muevas, Tanthalas —le ordenó la trastornada elfa. La excitación había dilatado sus esmeraldinos ojos, y sostenía el arma con una firmeza inalterable—. Si lo haces, será tu fin. No me obligues a matarte.

Tanis dio un paso al frente, mas la afilada hoja comenzó a pincharle la carne y comprendió que debía obedecer.

—Ya ves, Tanis, que no soy la niña enamorada que conociste, aquella chiquilla que vivía rodeada de atenciones en la corte de su padre. Ni siquiera soy el Áureo General, sino Laurana. Correré la suerte que me depare el destino sin tu ayuda.

—Laurana, escúchame —le rogó de nuevo el semielfo dando otro paso hacia ella y forzándola a deponer el amenazador acero que arañaba su piel.

Vio que los labios de la joven se apretaban en una mueca iracunda, reflejada también en sus centelleantes ojos, aun que mantuvo la espada inerte junto a su plateada armadura. Cuando Tanis se aproximó a ella sonriente, sin embargo, encogió los hombros y le infligió un certero revés que lanzó al semielfo escaleras abajo.

Con los brazos alzados en un inútil forcejeo Tanis cayó al suelo de la estancia mientras Laurana, empuñando aún el arma, descendía presta los peldaños y se plantaba a su lado.

Al precipitarse el semielfo y estrellarse contra el granito, la Corona del Poder salió proyectada de su testa para rodar su estruendo por la bruñida superficie. Al fin se detuvo a cierta distancia, apagándose su tintineo en el mismo momento en que Kitiara emitía un alarido de rabia.

—¡Laurana! —le invocó Tanis sin resuello suficiente para gritar, ansioso por captar su atención. El golpe había empañado su visión, tan sólo vislumbró un fulgor argénteo.

—¡La Corona! —vociferaba Kit—. ¡Traedme mi Corona!

Pero no era ella la única que impartía desenfrenadas órdenes. Los señores de los Dragones congregados en la sala de audiencias azuzaban a sus tropas a la batalla por la posesión del valioso metal, e incluso los reptiles habían alzado el vuelo. Las cinco cabezas de la Reina de la Oscuridad sumieron la estancia en sombras, exultantes frente a aquella prueba de fuego que dejaría en pie únicamente a los más fuertes, a los supervivientes de la liza.

Pisotearon al yaciente Tanis ganchudos miembros de draconianos, botas de goblins y pisadas humanas ribeteadas de acero. Debatándose para no ser aplastado intentó seguir con la mirada los destellos de plata, que brillaron una vez más antes de perderse en el desorden general. Un rostro contraído se apostó frente a él, unos ojos oscuros le

traspasaron y, sin darle opción a defenderse, el mango de una lanza se incrustó en su flanco.

Tanis se desplomó de nuevo con un gemido de dolor, y estalló el caos en la sala.

Capítulo 11

Jasla me llama...

—¡Raistlin!

Fue más un pensamiento que una palabra articulada. Aunque intentó hablar, Caramon no logró que ningún sonido brotase de su garganta.

—Sí, hermano —dijo Raistlin en respuesta a la muda llamada de su gemelo—. Soy yo, el último guardián, el obstáculo que debes vencer para alcanzar tu objetivo, el paladín de la Reina Oscura que ha de presentarse cuando suenan las trompetas. ¿Cómo no adiviné antes que serías tú quien caería en mi embrujada trampa? —se preguntó con una sonrisa.

—Raist... —El guerrero se esforzó por hablar, pero se lo impidió el nudo que se había formado en sus entrañas.

Exhausto a causa del miedo, el dolor físico y la pérdida de sangre, tiritando en las oscuras aguas, Caramon creyó que no resistiría ni un minuto más. Se le antojó más fácil permitir que el torrente lo engullera y que las crías de dragón desgarrasen su carne. El sufrimiento no había de resultar tan lacerante como aquella situación.

Sintió, de pronto, que Berem se agitaba a su lado. Observaba a Raistlin sin comprender, sin verle apenas, empeinado en tirar del brazo del guerrero para apremiarle a seguir.

—Jasla me llama, debemos acudir.

Caramon se liberó de la garra del Hombre Eterno, que le lanzó una furibunda mirada antes de dar media vuelta y acometer su misión en solitario.

—No, amigo mío, no iréis a ninguna parte.

Raistlin alzó su enteco brazo y Berem se detuvo de forma repentina, para clavar al fin sus ojos en los dorados relojes de arena que lo penetraban desde un saliente rocoso. Centrando de nuevo su atención en la enjoyada columna, el testarudo humano se retorció las manos resuelto a continuar, pero no pudo moverse. Una fuerza poderosa y terrible se interponía en su camino tan imperativa como la imagen de aquel mago que se erguía sobre la roca.

Caramon contuvo las lágrimas que se agolpaban en sus ojos con un leve parpadeo. Anidó en él la desesperanza al sentir el poder de su hermano, pues sabía que su única salida era tratar de matarle. Su alma se convulsionó cuando esta idea cruzó su mente, prefería sucumbir antes que hacerle ningún daño.

El guerrero alzó la cabeza. Sea —se dijo—. Si he de morir que el fin me sobrevenga luchando, como siempre deseé. No hallaré mejor verdugo que mi gemelo.

Fijó sus ojos en Raistlin y preguntó con la boca reseca:

—¿Vistes ahora la Túnica Negra? No veo en esta penumbra.

—Sí, hermano —contestó el hechicero a la vez que levantaba El Bastón de Mago para que le iluminase sus fulgores plateados. Pendían de sus hombros unas vestiduras de suave terciopelo que lanzaban destellos azabaches bajo la misteriosa luz, más oscuras que la noche eterna que los cercaba.

Reprimiendo el temblor que le producían los poderes mágicos de su hermano, Caramon volvió a hablar.

—Tu voz parece más firme, distinta. Sin duda es la tuya, pero no acabo de reconocerla.

—Es una larga historia —declaró el mago—. Quizá con el tiempo llegue a contártela, pero ahora estás en un serio apuro. Os persiguen los soldados draconianos con órdenes de capturar al Hombre Eterno y conducirlo a presencia de la Reina Oscura. Ella se encargará de segar su vida. Puedo asegurarte que no es inmortal, la soberana utilizará encantamientos que lo reducirán a un residuo humano mientras su alma se disuelve en el huracán de la tormenta. Una vez libre de su amenaza Su Majestad devorará a esa hermana suya que intenta salvar y podrá, tras una prolongada espera, entrar en Krynn investida de todo su poder. Gobernará el mundo, las esferas del cielo y del abismo. Nada ni nadie la detendrá.

—No comprendo...

—Por supuesto que no, querido hermano. —En la voz de Raistlin se adivinaban la irritación y el sarcasmo de antaño—. Acompañas en su búsqueda al Hombre Eterno, al único ser en todo Krynn capaz de desterrar a la Reina de la Oscuridad a su sombrío reino, y no lo entiendes.

Acercándose al borde de la roca en la que se había instalado, el hechicero se acuclilló apoyado en su bastón e hizo a Caramon señal de acercarse. El guerrero se estremeció,

temeroso de que Raistlin le envolviera en un hechizo, pero este último se limitó a estudiarle impávido.

—El Hombre Eterno sólo tiene que avanzar unos pasos para reunirse con su hermana, que ha soportado indecibles agonías durante estos años mientras aguardaba que él viniera a rescatarla del tormento que ella misma se impuso.

—¿Qué ocurrirá entonces? —la voz de Caramon se quebró, los ojos de su gemelo le tenían atenazado con una fuerza muy superior a la de cualquier encantamiento.

Los dorados relojes de arena se encogieron, y las palabras de Raistlin se convirtieron en un susurro. No tenía necesidad de asumir aquel quedo siseo, pero se le antojó más apremiante.

—Desaparecerá la cuña que ahora mantiene la puerta abierta, querido hermano, y su hoja se cerrará sin remisión. La Reina Oscura quedará atrapada en las profundidades del abismo, sus enfurecidas voces de nada le servirán. —Levantó el rostro y señaló con su huesudo pulgar el recinto—. Este es el Templo de Istar renacido, pervertido por la maldad; pues bien, se desmoronará como todo cuanto pertenece a la soberana.

Caramon emitió una exclamación ahogada, endureciéndose su expresión en un súbito recelo.

—No, no te engaño —respondió el mago al negro pensamiento del guerrero—. Puedo mentir si el hacerlo conviene a mis propósitos, pero has de saber que estoy demasiado vinculado a ti para traicionar tu confianza. Y por otra parte, tampoco me interesa. Favorece a mis planes que conozcas la verdad.

A Caramon le daba vueltas la cabeza en un torbellino de dudas, no comprendía el significado de las últimas revelaciones de su hermano. Pero no tenía tiempo de desentrañar el enigma ya que tras él, propagando mil ecos en el túnel, se oían los estampidos de un tropel de soldados. Sin duda descendían la escalera que moría en el torrente y no tardarían en darles caza.

—Supongo que sabes lo que voy a hacer, Raist —dijo el guerrero tranquilo, con un rostro que reflejaba su inapelable resolución—. Quizás seas poderoso, pero aún debes concentrarte a fin de invocar tu magia y si la viertes sobre mí, hermano, Berem permanecerá libre de tu influjo. Además —añadió animado por la ferviente esperanza de que el Hombre Eterno le escuchase y se aprestase a la acción en el momento oportuno—, a él no puedes aniquilarle. Sólo tu Reina Oscura posee las virtudes arcanas necesarias para hacerlo, de modo que...

—De modo que tú eres el único al que puedo destruir —concluyó el mago.

Se irguió, alzó la mano y, antes de que Caramon acertase a pensar o a detenerle mediante la lucha, una bola de fuego iluminó la cámara como si el sol hubiera caído en ella. Estalló delante del hombretón, arrojándole al agua.

Cegado, con la piel socarrada, Caramon casi perdió el conocimiento al sumergirse en las turbidas aguas. Estaba aún aturdido por el impacto cuando unos afilados colmillos se

insertaron en su brazo y abrieron profundos surcos, causándole un punzante dolor que le ayudó a recuperar los sentidos. Batalló entre gritos de agonía y terror para levantarse del fondo, para escapar de los mortíferos habitantes del torrente.

Al fin logró incorporarse, maltrecho pero con un resquicio de fuerza. Los jóvenes dragones, que habían probado su sangre, arremetieron contra él y se revolieron en un acceso de frenética frustración al no hincar sus dientes más que en las recias botas de piel. Apretándose el brazo en un intento de mitigar su dolor, Caramon miró a Berem y vio desalentado que no se había movido del lugar donde lo detuviera Raistlin.

—¡Estoy aquí! ¡He venido a salvarte! —gritaba, pero el hechizo le había paralizado. Aporreaba con toda su energía la invisible pared que bloqueaba su avance, en un nuevo ataque de locura fruto ahora de su impotencia.

El mago contemplaba impasible a su hermano, que se tambaleaba ante él con varios regueros de sangre en sus desnudos brazos.

—Soy poderoso, Caramon —le confirmó a la vez que clavaba su mirada en los angustiados ojos de su gemelo—. Con la involuntaria ayuda de Tanis he conseguido deshacerme del único hombre sobre la faz de Krynn que podía superarme, y ahora me he erigido en la fuerza arcana más temible de este mundo. Y mi soberanía aumentará cuando desaparezca la Reina Oscura.

Caramon se sentía desconcertado, no sabía a qué atenerse. Oía tras él el triunfante chapaleo de los draconianos pero, demasiado perplejo para reaccionar, siguió observando a su hermano sin atinar siquiera a girar la cabeza. Sólo cuando vio que Raistlin estiraba la mano en dirección a Berem empezó a comprender.

Un círculo trazado en el aire bastó para liberar al Hombre Eterno, quien lanzó una fugaz mirada al guerrero y a los draconianos que vadeaban el torrente con las curvas espadas refulgentes bajo la ya próxima luz del bastón. Escudriñó acto seguido a la inefable figura ataviada de negro que se erguía en la roca, antes de emitir una exclamación de júbilo y saltar en pos de la columna.

—¡Jasla, he venido a buscarte!

—Recuerda, hermano —advirtió Raistlin a Caramon con una voz que parecía surgir de su propia mente—, que esto sucede porque yo así lo quiero.

Al oír unos gritos de rabia a su espalda, el guerrero se volvió y comprobó que provenían de los draconianos. Estaban furiosos porque su presa escapaba, sin que todos sus esfuerzos combinados pudieran evitarlo. Los reptiles del agua laceraban las botas de Caramon, pero él ni siquiera lo notaba en su empeño de presenciar lo que sucedía en la enojada columna. La escena le pareció un sueño, y lo cierto era que resultaba menos real que muchas de las historias que vivimos mientras dormimos.

Quizá fue una falacia creada por su imaginación, pero cuando Berem se aproximó al misterioso pilar la gema verde de su pecho se inflamó en una luz más brillante que el fuego mágico de Raistlin. En esa luz, que envolvía también aquella reliquia de un antiguo santuario, tomó cuerpo la pálida pero vibrante figura de una mujer. Vestía una

sencilla túnica de cuero y era hermosa en su grácil fragilidad, asemejándose a Berem en sus ojos demasiado jóvenes para el delgado rostro que iluminaban.

En el instante en que la vio, el Hombre Eterno se detuvo en el agua. Sobrevino entonces un absoluto silencio, pues también los draconianos se habían inmovilizado con las armas empuñadas. Aunque nada comprendían, una voz interior les alertaba contra aquel viejo humano que tenía el destino en sus manos, que poseía la clave de su definitiva derrota.

Caramon había cesado de sentir el frío que dimanaba del aire y del agua, incluso el dolor de sus heridas. El miedo, el desánimo, la misma fe se habían tornado vagas nociones que en nada le afectaban, siendo las lágrimas que se deslizaban por su pómulo y una quemazón en la garganta los únicos testimonios de que aún conservaba la vida. Berem se hallaba frente a su hermana, la hermana que había matado y que se había sacrificado para que él y el mundo no perdieran la esperanza. Bajo la luz del bastón de Raistlin Caramon percibió que el rostro del humano, lívido y estragado por tantos años de sufrimiento, se contorcía en una mueca de angustia.

—Jasla —susurró desplegando los brazos—, ¿podrás perdonarme?

No se oía sino el murmullo agitado del agua, el goteo de la humedad que rezumaban los muros y que parecía derramarse desde tiempo inmemorial.

—Hermano, entre nosotros no hay nada que perdonar.

La imagen de Jasla extendió los brazos a modo de bienvenida, con el rostro pleno de paz y de amor. Con un incoherente grito, mezcla de dolor y alegría, Berem se lanzó hacia su hermana para estrecharla contra sí ¡en el mismo momento en que la etérea imagen desaparecía! Caramon pestañeó asombrado al ver que el Hombre Eterno se incrustaba en la columna, tan violentamente que su cuerpo quedó ensartado en los bordes mellados de la piedra. Su último alarido fue aterrador, aunque victorioso.

Berem se agitó en una agónica convulsión y su sangre se vertió sobre las joyas, empañando la luz que de ellas brotaba.

—Berem, has fracasado. Era una falacia, ¡una alucinación! —Emitiendo un áspero grito, el forzudo guerrero se arrojó en pos del moribundo pese a saber que no podía sucumbir. ¡Era una locura tratar de ayudarlo, volvería a renacer!

Se detuvo, a la vez que se producía un extraño fenómeno a su alrededor. Las rocas se tambalearon, el suelo se resquebrajó bajo sus pies y las negras aguas interrumpieron su raudo curso para tornarse perezosas, inciertas, para estrellarse contra las rocas que unos segundos antes salvaban sin dificultad.

Oyendo las voces de alarma de los draconianos, el guerrero fijó de nuevo su atención en Berem. Su cuerpo, aplastado contra la columna, hizo un ligero movimiento. Se diría que exhalaba el último suspiro, que abandonaba la vida con inmenso placer. Dos lívidas figuras brillaron en el interior del enojado pilar y al instante se desvanecieron.

El Hombre Eterno había muerto.

Cuando Tanis levantó la cabeza en el suelo de la magna estancia vio que un goblin le apuntaba con su lanza, dispuesto a hundirla en su cuerpo. Volteándose ágilmente sobre su espalda, el semielfo agarró las botas de su rival y tiró de ellas de tal modo que el individuo cayó de bruces en el lugar donde otro goblin, enfundado en un uniforme de distinto color, le aguardaba para abrirle el cráneo con su maza.

Aunque aturdido, Tanis se apresuró a ponerse en pie. Ansiaba salir de aquel infierno, pero antes tenía que encontrar a Laurana.

Un draconiano arremetió contra el semielfo, quien le atravesó con su espada en un gesto de impaciencia retirándola de su cuerpo inmediatamente. Oyó entonces una voz que pronunciaba su nombre y, al volverse, vio a Soth junto a Kitiara, rodeados ambos por los guerreros espectrales. Los ojos de la mujer estaban clavados en su persona, rezumantes de odio. Lo señaló con el índice en el mismo instante en que el Caballero de la Muerte daba la orden de ataque a sus huestes, que se deslizaron desde la cabeza de la serpiente como una diabólica marea capaz de engullir a todo aquél que se interpusiera en su camino. Intentó el barbudo luchador darse a la fuga, pero quedó atenazado en el tumulto. Se debatió con todas las fuerzas que aún le restaban, consciente del glacial ejército que lo acechaba y tan dominado por el pánico que no atinaba a pensar.

Fue entonces cuando un trueno irreal retumbó en la sala y el suelo comenzó a temblar. Las reyertas cesaron en torno al semielfo, los litigantes tenían demasiado trabajo en mantener su inseguro equilibrio y él mismo se paralizó para escudriñar, desconcertado, su entorno. ¿Qué estaba ocurriendo?

Una descomunal roca revestida de mosaico se desprendió del techo y cayó sobre un grupo de draconianos, que se arrojaron en todas direcciones para evitar que los aplastase. Le siguió otra, y otra más, a la vez que las antorchas se precipitaban desde las paredes y las velas se tumbaban, extinguiéndose en su propia cera. El cavernoso rugido se intensificó, y Tanis comprobó que incluso los guerreros de ultratumba se habían inmovilizado. Sus llameantes ojos consultaban a su adalid en un mar de dudas.

De pronto, el suelo se hundió en una vertical pendiente bajo los pies del semielfo, que se agarró a la columna más próxima a fin de no ser engullido mientras se preguntaba cuál era el significado de aquella hecatombe.

—¡El mago me ha traicionado!

La Reina de la Oscuridad extendió su sombra como una losa que, mortífera, se cernió sobre los presentes. Su cólera palpitaba en la cabeza de Tanis, una furia y un miedo tan poderosos que casi hicieron estallar su cerebro. Aumentó la negrura cuando Takhisis, consciente del peligro que corría, emprendió una desesperada lucha para mantener entreabierto la puerta que debía franquearle el acceso al mundo. Las vastas tinieblas que la configuraban apagaban la luz de las llamas, las alas de la noche ensombrecían la sala de audiencias como un manto asfixiante.

Alrededor del semielfo los soldados draconianos tropezaban y se bamboleaban en la impenetrable penumbra, mientras las voces de sus oficiales se elevaban para sofocar la confusión, para arrancar de raíz el pánico que se propagaba entre las tropas al sentir el abandono de su soberana. Tanis oyó las enfurecidas imprecaciones de Kitiara, pero también su delirio pareció ahogarse de forma repentina.

Un estampido avasallador, sucedido por una retahíla de gemidos desgarrados, sugirió a Tanis que quizá el edificio entero estaba a punto de desmoronarse y sepultar a cuantas criaturas albergaba.

—¡Laurana! —exclamó y, sin pensarlo dos veces, se lanzó a una ciega carrera que no tardó en detener una imprevista avanzadilla de draconianos que luchaban sin orden ni con cierto. Cayó al suelo en la refriega, oyendo de nuevo los aullidos de Kitiara en un intento de reagrupar a sus tropas.

Se incorporó como pudo e ignorando el desaliento que le atenazaba y un acuciante dolor en el brazo, apartó la espada con la que un draconiano se disponía a atravesarle el pecho a la vez que propinaba un puntapié a su portador.

Un estruendo, diferente de los anteriores y más ominoso si cabe, puso fin a la batalla, y durante un tenso instante todos los allí reunidos permanecieron con la vista alzada hacia la insondable oscuridad. Se elevó un murmullo de sobrecogimiento provocado por Takhisis, soberana de las tinieblas, que se hallaba suspendida sobre la sala en la forma adoptada en aquel plano de existencia. Su cuerpo gigantesco se agitaba en mil tonalidades, tan numerosas, tan deslumbrantes, tan confusas que los sentidos no podían asumir su temible riqueza y enturbiaban en las mentes la majestad que brotaba de aquel ser de todos los Colores y Ninguno. Las cinco cabezas abrieron sus inmensas bocas, ardía el fuego de la ira en la multitud de ojos como si cada víscera de la criatura pretendiera devorar al mundo.

Todo se ha perdido. Ha llegado el momento de su victoria definitiva, hemos fracasado —pensó Tanis.

Las cinco testas se irguieron triunfantes, y el abovedado techo se partió en dos. El Templo de Istar comenzó a retorcerse, a reformarse, a reconstruirse para de nuevo ostentar la estructura original que la malignidad había pervertido. Tanis comprendió que se había equivocado al presentir la catástrofe cuando la negrura que inundaba la estancia fue rasgada por los argénteos rayos de Solinari, la luna que los enanos apodaban la Vela de la Noche.

Una deuda saldada

—Y ahora, hermano, debemos despedirnos.

Raistlin extrajo un pequeño globo de cristal de los pliegues de su negra túnica: el Orbe de los Dragones.

Caramon sintió que le abandonaban las fuerzas y, al posar la mano sobre el vendaje, lo halló manchado de sangre. Estaba mareado, la luz del bastón del hechicero oscilaba ante sus ojos al mismo tiempo que oía en lontananza, como en un sueño, la agitación de los draconianos. Al parecer los soldados habían logrado liberarse de su miedo y se disponían a atacarle. El suelo temblaba bajo los pies del guerrero, o quizá eran sus piernas las que flaqueaban.

—Mátame, Raistlin —rogó a su gemelo con voz anodina, vaciado su rostro de expresión.

Raistlin se inmovilizó y entrecerró sus dorados ojos.

—No permitas que muera en sus manos —insistió Caramon despacio, en la actitud de quien pide un sencillo favor—. Acaba conmigo en este instante, me lo debes.

—¡Te lo debo! —vociferó el mago, lanzando por sus pupilas fulgurantes destellos y tratando de contener su sibilino aliento—. ¡Te lo debo! —repitió, pálida su tez bajo el fulgor de su vara. Furioso, giró el cuerpo y extendió su mano hacia los draconianos. Brotó el relámpago de sus yemas y laceró el pecho de las criaturas que, entre alaridos de dolor de asombro, se desplomaron en el torrente. Las aguas se tiñeron de verde cuando las crías de reptil se lanzaron sobre sus víctimas para devorarlas.

Caramon contemplaba la escena impertérrito, demasiado débil y agotado para reaccionar. Oyó el confuso estrépito de las espadas entremezclado con gritos desgarrados y cayó hacia adelante, sin apenas tomar conciencia en su delirio. Las espumeantes aguas se cerraron sobre él...

De pronto se encontró en terreno sólido. Pestañeando, alzó la vista y descubrió que estaba sentado en la roca junto a su hermano. Raistlin se arrodilló sin soltar su Bastón de Mago.

—¡Raist! —susurró el hombretón con los ojos bañados en lágrimas. Estirando una mano insegura, palpó el brazo de su gemelo y agradeció el aterciopelado contacto de la oscura túnica.

El hechicero se desprendió de él con frío ademán antes de decir, con una voz gélida como el tenebroso cauce que fluía a su lado:

—Escúchame bien, Caramon. Salvaré tu vida por esta vez, y nuestra deuda quedará saldada.

—Raist —repuso el guerrero tragando saliva—, no pretendía...

—¿Puedes incorporarte? —le interrogó el interpelado, dispuesto a ignorar sus disculpas.

—Creo que sí —contestó vacilante Caramon. ¿Sabes cómo utilizar ese objeto —señaló el Orbe de los Dragones para que nos saque de aquí?

—Sabría hacerlo, hermano, pero no creo que te gustara el viaje. Además, no puedes olvidar a los compañeros que se han aventurado contigo en el Templo.

—¡Tas! —exclamó el guerrero sin resuello mientras se sujetaba a la húmeda roca en un intento de enderezarse—. ¡Y Tanis! ¿Qué ha sido...?

—Tanis sigue su camino —le interrumpió Raistlin he pagado con creces la deuda que con él contraje. Pero quizá aún pueda liquidar también mi cuenta pendiente con los Otros.

Resonaron gritos y voces en el extremo del túnel a la vez que un oscuro batallón irrumpía en el torrente subterráneo, obediente a los últimas órdenes de la Reina Oscura.

Aún débil, Caramon cerró sus dedos en torno a la empuñadura de la espada. Pero le detuvo la fría y nudosa mano de su gemelo.

—No, Caramon —le advirtió el hechicero separados sus labios en una sonrisa. No te necesito, nunca más precisaré tu ayuda. ¡Observa!

La penumbra de la caverna se iluminó con un brillo, que sólo el sol puede derramar merced al desmesurado poder de la magia de Raistlin. El guerrero, empuñando todavía su espada, no acertó sino a permanecer al lado de su hermano y contemplar sobrecogido cómo un enemigo tras otro sucumbía a sus encantamientos. Surgían relámpagos de las yemas de sus dedos, nacían llamas en sus palmas, aparecieron fantasmas tan atterradoramente reales para quienes les veían, que podían matar por el miedo que producían.

Los goblins se desplomaron entre gemidos agónicos, traspasados por las lanzas de una legión de caballeros que invadieron la cueva con sus cánticos. Los espectros atacaban bajo el mandato de Raistlin para desvanecerse al instante, sometidos a la voluntad de su adalid. Los pequeños dragones huyeron despavoridos en pos de los recovecos secretos donde se criaban, los draconianos se convulsionaban en extraños incendios y los clérigos oscuros, que se precipitaban por la escalera ansiosos de cumplir el postrer deseo de su soberana, quedaron ensartados en refulgentes lanzas y mudaron sus plegarias en diabólicas amenazas.

Al fin llegaron los magos de Túnica Negra, los más antiguos de la Orden, para destruir a su joven subordinado. No tardaron en descubrir con desmayo que, pese a su insondable vejez, Raistlin era más anciano que ellos por alguna razón que escapaba a su

entendimiento. Su poder era sobrenatural, y supieron enseguida que nunca lograrían derrotarle. Resonaron en el aire las notas de una extraña melodía y, uno tras otro, desaparecieron con la misma celeridad con la que se habían presentado, muchos de ellos inclinándose frente a Raistlin en actitud respetuosa antes de partir a lomos de las incorpóreas alas de sus encantamientos.

Se hizo el silencio, roto tan sólo por el murmullo de las cansinas aguas. El Bastón de Mago irradió su luz cristalina y una sucesión de temblores agitó el Templo, tan poderosos que Caramon levantó la vista alarmado. Aunque la batalla sólo había durado unos minutos, asaltó la febrilmente al guerrero la sensación de que su hermano y él acababan de consumir toda su existencia en tan espantoso recinto.

En cuanto el último mago se hubo fundido en la negrura, Raistlin se volvió hacia su gemelo.

—¿Has visto, Caramon? —preguntó con una voz desprovista de emociones.

El hombretón asintió con los ojos desorbitados.

La tierra se agitó en un violento temblor y el caudal del torrente se embraveció hasta desbordarse sobre las rocas. En el fondo de la caverna la columna enjoyada comenzó a bambolearse partiéndose en dos, mientras llovía sobre el rostro de Caramon un polvillo procedente del ahora agrietado techo.

—¿Qué significa esto? ¿Qué ocurre? —indagó el guerrero asustado.

—Significa que ha llegado el fin —afirmó Raistlin. Arrojándose en su negra túnica, clavó en Caramon una mirada de irritación—. Debemos abandonar este lugar. ¿Tienes fuerzas suficientes para intentarlo?

—Sí, concédeme unos segundos —gruñó él y, tras darse impulso con la mano apoyada en la piedra, dio un paso al frente. Se balanceó, y casi se desplomó sobre el incierto suelo.

—Estoy peor de lo que imaginaba —masculló cerrados los dedos en torno a la herida del costado— Necesito recobrar el resuello, eso es todo.

Con los labios amoratados y el sudor chorreando por sus pómulos, Caramon hizo un gran esfuerzo para incorporarse y reanudó el avance. Sin perder la sonrisa burlona que surcaba su semblante Raistlin contempló cómo su hermano se acercaba a trompicones y, cuando éste se hallaba a escasa distancia, extendió el brazo.

—Apóyate en mí —le invitó.

El vasto techo abovedado de la sala de audiencias se rasgó como un frágil paño. Unos enormes bloques de piedra cayeron sobre la estancia, aplastando a toda criatura viviente que se interponía en su descenso. El desorden degeneró en un caos espoleado por el pánico cuando los draconianos, sin atender a las órdenes que impartían sus cabecillas

tanto a través de la voz como mediante restallidos de látigo y sesgos de espada, comenzaron a huir en desbandada ante la inminente destrucción del Templo. En su desenfadada fuga los soldados no vacilaban en matar a quien entorpecía su paso, aunque se tratase de sus propios compañeros. Algún que otro Señor de Dragón investido de especial poder lograba mantener bajo control a su guardia, pero en su mayoría los mandos también sucumbieron asesinados por sus propias tropas, despedazados bajo una roca o atrapados hasta exhalar el último suspiro.

Tanis se abrió paso a empujones en la apocalíptica escena y al fin vio lo que anhelaba encontrar: una melena dorada que refulgía bajo la luz de Solinari como una llama en pleno apogeo.

—¡Laurana! —la llamó, pese a saber que no le oiría en medio del tumulto. Empezó una frenética carrera hacia la elfa y al hacerlo un fragmento de roca, más afilada que una hoja de acero, arañó su mejilla. Sintió fluir la tibia sangre por su cuello, pero el líquido y el dolor mismo carecían de realidad por lo que pronto los olvidó para concentrarse en propinar garrotazos, puñaladas y puntapiés a los arremolinados draconianos en su feroz empeño de alcanzar a la muchacha. Sin embargo, en el instante en que creía hallarse cerca de su objetivo, una marea de criaturas enloquecidas le arrastró de nuevo hacia atrás.

Estaba Laurana próxima a la puerta de una de las antecámaras, desde donde ahuyentaba a los draconianos con la espada de Kitiara haciendo gala de la destreza adquirida en varios meses de guerra constante. Tanis se hallaba casi a su lado cuando, derrotados sus adversarios, quedó sola unos segundos.

—¡Laurana espera! —le rogó con voz estentórea para sobreponerse a la barahúnda.

La muchacha le oyó y, al contemplarla en la estancia iluminada por la luna, el semielfo reparó en la serenidad que dimanaba de sus imperturbables ojos.

—Adiós, Tanis —dijo ella en lengua elfa—. Te debo la vida, pero no mi alma.

Concluida tan brusca despedida la Princesa dio media vuelta y se alejó, traspasando el umbral de la antecámara y desvaneciéndose en las sombras.

Un fragmento del techo se estrelló contra el suelo de mármol. Los escombros envolvieron a Tanis que, ajeno a los desprendimientos, permaneció inmóvil con la vista perdida en el lugar por donde había desaparecido la joven. Un nuevo riachuelo de sangre goteó ahora sobre su ojo pero lo secó con aire ausente para, de pronto, estallar en carcajadas. Rió hasta que las lágrimas se mezclaron con su savia y, recobrando la compostura, blandió la espada y se internó en la penumbra en busca de Laurana.

—Éste es el pasillo que siguieron, Raist... Raistlin. —Caramon se sintió incómodo al pronunciar el nombre de su hermano. Por alguna razón, el cariñoso apelativo le pareció inadecuado para invocar a aquella silenciosa figura revestida de la Túnica Negra.

Estaban junto a la mesa del carcelero, cerca del cadáver de éste. A su alrededor los muros bailaban una danza siniestra desplazándose agrietándose, formando retorcidos contornos para luego reconstruirse. La visión inspiró al guerrero un temor impreciso, como una pesadilla que no lograra recordar. Fue éste el motivo de que clavara los ojos en Raistlin y se aferrase a su brazo. Al menos él era de carne y hueso, configuraba la realidad en medio de un sueño perturbador.

—¿Sabes adónde conduce? —preguntó al mago a la vez que espiaba el pasillo oriental.

—Sí —respondió Raistlin inexpresivo.

—Tengo el presentimiento de que algo malo les ha sucedido —aventuró el guerrero presa de un miedo irrefrenable.

—Actuaron como unos necios —declaró el mago con amargura—. El sueño de Silvanesti les alertó —miró a su hermano—, igual que a los otros. De todos modos quizá llegue a tiempo, aunque debemos apresurarnos. ¡Escucha!

Caramon alzó la vista hacia el hueco de la escalera. Oyó sobre sus cabezas unos ecos de garras, que arañaban el suelo al tratar de impedir la fuga de los prisioneros liberados con el derrumbamiento de los calabozos. Se llevó la mano a la empuñadura de su acero.

—Detente —le espetó el mago—, y piensa. Aún vistes la armadura, pasarás desapercibido. Ahora que la Reina Oscura se ha esfumado ya no obedecen sus órdenes, no les interesamos nosotros sino el botín que puedan obtener. Mantente a mi lado y procura caminar con paso firme.

Caramon respiró hondo, resuelto a seguir las instrucciones de su hermano. Había recobrado una parte de su fuerza, de modo que ya no necesitaba ayuda para andar. Ignorando a los draconianos, que tras dirigirles una fugaz mirada siguieron su camino, la pareja se internó en el pasillo. Los muros cambiaban de forma, el techo se agitaba y el suelo se rizaba como el mar en la tormenta. Oían a su espalda los gritos proferidos por los prisioneros, ansiosos de libertad.

—Al menos no habrá centinelas en la puerta —recapacitó Raistlin, señalando un punto en la distancia.

—¿A qué te refieres? —inquirió Caramon. El guerrero se detuvo y estudió alarmado el rostro de su gemelo.

—Se oculta una trampa en su cerrojo. ¿Recuerdas el sueño?

Demudada su faz, Caramon echó a correr hacia la puerta seguido por Raistlin, quien no cesaba de menear su encapuchada cabeza. Al doblar la esquina el mago halló a su hermano acuclillado junto a dos cuerpos inertes.

—Tika —gimió Caramon al mismo tiempo que apartaba los rojizos bucles de su cara a fin de auscultar sus latidos en el cuello. Cerró un momento los ojos en señal de agradecimiento, y estiró la mano hacia el kender. —Tas, háblame. ¡Tas!

Al oír su nombre Tasslehoff alzó despacio los párpados, como si le pesaran demasiado para levantarlos.

—Caramon, lo siento. —La voz del kender se quebró en un susurro.

—Tas, no conviene que te esfuerces —le aconsejó el guerrero. Arrullando el pequeño y febril cuerpo entre sus robustos brazos, le estrechó contra su pecho.

Azotaban al maltrecho Tasslehoff fuertes convulsiones. Caramon miró apesadumbrado a su alrededor y vio las bolsas de su amigo en el suelo, esparcido su contenido como los juguetes en una habitación repleta de niños. Afluyeron las lágrimas a sus ojos.

—Intenté salvarla —explicó Tas tembloroso—, pero no pude.

—Sí pudiste —lo reconfortó el hombretón—. No está muerta, sólo herida. Se repondrá.

—¿De verdad? —Los ojos del kender, encendidos por la fiebre, se iluminaron en un asomo de dicha antes de ensombrecerse—. Me temo que yo no voy a recuperarme, Caramon. Pero no me importa, me causa una gran satisfacción pensar que pronto me reuniré con Flint. Me espera, y además no debo dejarle solo mucho tiempo. Aún no comprendo cómo partió sin mí.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el guerrero a su hermano cuando éste se inclinó hacia el kender, cuya voz se perdía en una cháchara incoherente.

—Sufre los efectos del veneno —dictaminó el hechicero, prendida su vista de la dorada aguja que brillaba bajo la luz de las antorchas. Estirando la mano, Raistlin empujó la puerta y su hoja giró sobre sus goznes con un estridente chirrido.

Oyeron en el exterior los gritos ensordecedores de los soldados y esclavos de Neraka, hermanados en su denodado afán por huir del moribundo Templo. Atronaban el cielo los bramidos de los dragones, mientras los dignatarios luchaban entre ellos para ganarse un puesto preferente en el nuevo mundo que estaba naciendo.

Raistlin esbozó una sonrisa, pero interrumpió sus cavilaciones una mano que agarraba su brazo.

—¿Puedes ayudarle? —inquirió Caramon.

—Su estado es crítico —respondió el mago con frialdad tras examinar una vez más al agonizante—. Si le rescato tendré que prescindir de una parte de mi energía, hermano, y todavía no ha concluido esta aventura.

—¿Puedes salvarle o no? ¿Posees la fuerza necesaria?

—Por supuesto —se limitó a contestar Raistlin, encogiéndose de hombros.

Tika, ajena a la conversación, se sentó con las manos apoyadas en su dolorida testa.

—¡Caramon! —exclamó, pero decayó su ánimo al descubrir a Tas—. ¡Oh, no —se lamentó. Desdeñando su propio sufrimiento, la muchacha posó una mano ensangrentada en la frente del kender. Tas abrió los ojos al sentir su contacto y, sin reconocerla, lanzó un grito de agonía.

Se confundieron con su alarido las pisadas que resonaban en el pasillo, producidas por los espantados draconianos. Sin prestarles atención Raistlin miró a su hermano, y vio cómo sostenía a Tas con aquellas manazas capaces de transmitir tanta ternura.

Así me abrazaba a mí, pensó. Desvió la vista hacia Tas, que yacía en el acogedor regazo, y al hacerlo le invadieron los recuerdos de tiempos mejores. Las correrías con Flint habían terminado con la muerte del enano. También Sturm había perecido, así como los tibios días de sol, los brotes verdeantes que poblaban en primavera los vallenwoods de Solace. Atrás quedaron las veladas en «El Último Hogar», ahora en ruinas, desmoronado junto a los socarrados árboles.

—Voy a pagar mi última deuda —dijo en voz alta. Ignorando la expresión de agradecimiento que iluminaba los rasgos de Caramon, le ordenó—: Déjale en el suelo. Debes embaucar a los draconianos mientras yo me concentro en formular mi hechizo. No permitas que me interrumpan.

El guerrero depositó suavemente el cuerpo de Tas delante de Raistlin. La mirada del kender se perdía en el olvido, su cuerpo se tornaba rígido a pesar de las convulsiones, su respiración se hacía dificultosa.

—Recuerda, hermano —insistió el mago a la vez que introducía la mano en uno de los numerosos bolsillos secretos de su túnica—, que vistes la armadura de un oficial de su ejército. Actúa con sutileza.

—De acuerdo. —Caramon dirigió a Tasslehoff una postrera mirada y tragó saliva—. Tika —añadió—, no te muevas. Finge estar inconsciente.

Tika asintió y volvió a tenderse, cerrando obediente los ojos sin proferir el menor comentario sobre la imprevista aparición del mago. Raistlin oyó como Caramon se alejaba en ruidosas zancadas por el corredor, oyó su voz estentórea y al instante se olvidó de él, de los draconianos y de todo cuanto le rodeaba a fin de concentrarse en el encantamiento que debía invocar.

Tras extraer una perla blanca de los pliegues de su atavío, la sostuvo en una mano mientras sacaba a la luz con la otra una hoja de tintes grisáceos. Abrió entonces las apretadas mandíbulas del kender, apresurándose a colocar el reseco vegetal debajo de su hinchada lengua. El mago escudriñó unos segundos la perla y procedió a recordar los complejos versos del hechizo que recitó para sus adentros hasta asegurarse de que los repetía en el orden correcto y aplicaba la entonación adecuada a cada uno de ellos. Tendría una oportunidad, tan sólo una. Si fracasaba corría el riesgo de morir junto con Tas.

Aproximando la perla a su pecho, sobre el corazón, Raistlin cerró los ojos y comenzó a pronunciar las frases del hechizo. Las entonó seis veces, sin dejar de introducir los cambios de inflexión que requería la fórmula, y sintió en un éxtasis rebosante que la

magia invadía su cuerpo para absorber una parte de su fuerza vital y capturarla en el interior de la luminosa joya.

Concluida la primera fase del encantamiento, Raistlin suspendió la perla encima del corazón del tender. Cerró los ojos de nuevo y recitó el complejo cántico, esta vez al revés. Mientras murmuraba tan ininteligibles palabras estrujaba en su mano la pequeña esfera hasta convertirla en un fino polvo, que vertió sobre el rígido cuerpo del moribundo. Al fin enmudeció. Agotado, levantó los párpados y comprobó triunfante que los surcos del dolor se diluían en las facciones del kender, devolviéndoles la paz.

Con la vitalidad que le caracterizaba, Tas clavó en el mago una atónita mirada.

— No acabo de entender... ¡Puah! —Había escupido la hoja—. ¿Cómo ha entrado este repugnante objeto en mi boca? ¿Qué es en realidad? —El kender se sentó algo mareado, y al hacerlo vio sus saquillos—. ¿Quién ha desordenado así mis herramientas de trabajo? —Observó al mago en actitud acusadora, pero al fijarse en él abrió los ojos de par en par—. Raistlin, llevas la Túnica Negra. ¡Es fantástico! ¿Puedo tocarla? De acuerdo, no me mires con ojos iracundos, sólo te lo he pedido porque me atrae su suavidad. ¿Significa esta vestimenta que eres una criatura perversa? Haz algo terrible para que me convenza. ¡Ya sé! En una ocasión presencié cómo un hechicero invocaba a un diablo. ¿Por qué no llamas a uno, aunque sea de ínfima categoría? Así lo devolverías sin dificultad a los abismos. ¿No? —suspiró desencantado—. Bien, tendré que conformarme. Oye, Caramon, ¿qué haces con esos draconianos? ¿Qué le ha ocurrido a Tika? ¡Oh, Caramon, no...!

—¡Cállate! —rugió el guerrero quien, tras amonestarle de forma tan abrupta, lo señaló a él y a la muchacha mientras explicaba a los soldados—: El mago y yo conducíamos a estos prisioneros a presencia de nuestro Señor del Dragón cuando intentaron atacarnos. Son esclavos valiosos, sobre todo la mujer, y además el kender posee una singular destreza como ladrón. No queremos que escapen, nos pagarán un alto precio por ellos en el mercado de Sanction. Ahora que ha muerto la Reina de la Oscuridad cada uno debe cuidar de sí mismo, ¿no os parece?

Caramon hundió el puño en las costillas de uno de los draconianos en un gesto de complicidad, al que éste respondió con una pícaro mueca. Sus negros ojos reptilianos escudriñaron lascivos a Tika.

—¡Ladrón yo! —protestó Tas indignado, resonando su aguda voz en el pasillo—. Soy tan honrado... —engulló sus palabras al recibir en el costado el pellizco de la supuestamente moribunda muchacha.

—Ayudaré a la humana —propuso Caramon antes de que actuase el draconiano—. Tú ocúpate de vigilar a este bribón y tú —se dirigía a un tercero— atiende al mago. El hechizo que ha tenido que emplear le ha debilitado.

Haciendo una respetuosa reverencia a Raistlin, uno de los soldados se apresuró a ofrecerle el brazo.

—Vosotros dos —Caramon hallaba cierto placer en impartir órdenes a sus tropas— caminaréis delante y os aseguraréis de que no hallamos ningún tropiezo al atravesar la

ciudad. Quizá podáis acompañarnos a Sanction —añadió, y se concentró en levantar a Tika. Ella meneó la cabeza y fingió recobrar el conocimiento.

Los draconianos intercambiaron sonrisas de complacencia. Uno de ellos agarró a Tas por el cuello de la camisa y le empujó hacia la puerta.

—¡Mis posesiones! —se lamentó el kender, volviendo la vista atrás.

—¡Muévete! —le apremió Caramon.

—Está bien —obedeció él, aunque no lograba apartar la mirada de los preciosos objetos que yacían diseminados sobre el suelo manchado de sangre—. De todos modos no han acabado aquí mis aventuras y, como mi madre solía decir, unos bolsillos vacíos son las arcas idóneas para recoger nuevos tesoros.

Mientras caminaba dando traspiés detrás de los fornidos draconianos, Tasslehoff alzó el rostro hacia el estrellado cielo y exclamó: Lo siento, Flint, tendrás que esperar un poco más.

Capítulo 13

Kitiara

Cuando Tanis entró en la antecámara, el cambio fue tan brusco que al principio no pudo asimilarlo. Un momento antes se debatía para mantenerse en pie en medio de una muchedumbre enloquecida, y ahora se hallaba en una tranquila estancia similar a la que ocuparan Kitiara y sus tropas mientras esperaban su turno para acceder a la sala de audiencias.

Un breve examen del recinto le reveló que estaba solo. Aunque su instinto le incitaba a abandonar el lugar y reanudar la febril búsqueda sin demora, se obligó a sí mismo a hacer una pausa, recobrar el resuello y limpiar la sangre que le impedía abrir el ojo. Intentó recordar la estructura de la parte anterior del Templo, tal como la había visto al visitarla por vez primera. Las antecámaras, que formaban un círculo en torno a la gran sala, se comunicaban con el vestíbulo mediante una serie de tortuosos pasadizos que sin duda en un tiempo remoto estaban distribuidos en un diseño lógico. Pero la distorsión

sufrida por el edificio los había entrelazado en un laberinto sin sentido, haciéndolos terminar de manera abrupta cuando cabía esperar que continuaran, o extenderse hasta el infinito pese a no conducir a ninguna parte.

El suelo se balanceaba en un incómodo vaivén, el polvo se desprendía del techo en densas nubes. Un lienzo se descolgó del muro y cayó al suelo con estrépito, mas el semielfo no le prestó atención, absorto como estaba en rastrear la pista de Laurana. No sabía a dónde ir, pues aunque la había visto deslizarse en aquella penumbra ignoraba qué rumbo había seguido.

La muchacha había permanecido confinada en el Templo, en los subterráneos. Se preguntó si habría explorado su entorno durante los días de reclusión, si sabría cómo salir del palacio, y entonces se percató de que él mismo no tenía sino una vaga noción de su paradero. Viendo una antorcha encendida, se adueñó de ella y recorrió una vez más la estancia. Descubrió una puerta tras un inmenso tapiz, abierta sobre su oxidado gozne, y se apresuró a asomarse. Conducía a un pasillo mal iluminado.

El semielfo contuvo el aliento al hallar tan inequívoco indicio. Una ráfaga de aire, una brisa fresca impregnada de aromas primaverales y de la reconfortante paz de la noche, acarició su mejilla. Supuso que Laurana había sentido también su influjo y adivinado que penetraba en el Templo por un punto no muy lejano. Echó a correr pasillo abajo, desdeñando el dolor de cabeza y forzando a sus agotados músculos a responder a su voluntad.

De pronto apareció frente a él un grupo de draconianos, que sin duda merodeaban desorientados por las sucesivas salas. Tanis los detuvo con el aplomo que le confería el uniforme de oficial de su ejército.

—¿Dónde está la mujer elfa! —exclamó—. No debe escapar. ¿La habéis visto?

Las muecas que adoptaron los interpelados dejó patente que no se habían tropezado con ella, ni tampoco le fue de gran ayuda la patrulla que se cruzó en su camino un poco más adelante, pero dos draconianos que iban de un lado a otro en busca de botín afirmaron haberla visto. Señalaron en la dirección que ya había emprendido el semielfo, y esta circunstancia le levantó el ánimo.

La batalla de la sala de audiencias había concluido. Los Señores de los Dragones que lograron sobrevivir huyeron sin contratiempos y se apostaron, junto a sus respectivas tropas, en el exterior del recinto del Templo. Unos luchaban, otros se batían en retirada y todos ansiaban catapultarse de algún modo en la cresta de la ola. Dos preguntas fluctuaban en las mentes de los dignatarios: ¿Se quedarían los dragones en el mundo o se desvanecerían en pos de su soberana, como hicieran después de la segunda guerra? Y, si permanecían en Krynn, ¿quién les gobernaría?

También Tanis reflexionaba sobre estos enigmas mientras recorría los pasadizos, en ocasiones tomando ramales equivocados y profiriendo reniegos al enfrentarse en una sólida tapia que le obligaba a desandar lo andado hasta sentir de nuevo la brisa en su rostro.

Pasado un rato, sin embargo, se sintió demasiado cansado para pensar en nada. La tensión y el dolor reclamaban sus derechos, sus piernas se tornaron plomizas y cada nueva zancada suponía un esfuerzo casi invencible. Le palpitaba la cabeza con un imperioso latido y el corte sufrido sobre el ojo comenzó a sangrar, al ritmo que le infligían los temblores del suelo. Las estatuas se precipitaban de sus peanas, las piedras caían sin cesar del techo en una tormenta de escombros y polvareda.

Le abandonaban las esperanzas. Pese a estar convencido de seguir la única ruta posible, los pocos draconianos con que se topó aseguraron no haber visto a Laurana. ¿Qué había ocurrido? ¿Acaso estaba...? No quería ni siquiera planteárselo. Continuó su avance, consciente tanto de las tónicas ráfagas como del humo que lo envolvía.

Las antorchas, al caer de sus pedestales, provocaban incendios. El Templo entero empezaba a arder. De súbito, cuando Tanis estudiaba un angosto corredor encaramado a un montón de rocas fragmentadas, oyó un ruido. Se detuvo y aguzó sus sentidos. Resonó de nuevo el extraño eco, a escasa distancia, y el semielfo se llevó la mano a la espada en un gesto instintivo mientras trataba de penetrar con los ojos el humo y el polvo. Los últimos soldados que había encontrado estaban ebrios y ansiosos de sangre hasta tal punto que uno de ellos, un oficial humano, se lanzó en su persecución y le habría matado de no haberle recordado el otro soldado, que iba con él, que había visto a Tanis en compañía de la Dama Oscura. La próxima vez quizá no le sonreiría la suerte.

Se desplegó ante el semielfo un pasillo en ruinas, con una amplia parte del techo totalmente derrumbada. Reinaba una intensa oscuridad, tan sólo mitigada por su antorcha, y su mente batalló entre la necesidad de luz y el temor a ser visto a causa de la tea. Al fin decidió arriesgarse a dejarla encendida, nunca encontraría a Laurana si deambulaba por aquel laberinto en la penumbra. Además, su disfraz le protegía.

—¿Quién va? —inquirió apremiante, extendiendo el brazo de la antorcha en un alarde de coraje.

Distinguió una bruñida armadura y una figura que corría, pero no hacia él sino en dirección opuesta.

Resulta extraño que un draconiano se dé así a la fuga —pensó.

Pero, casi inmediatamente, pudo ver algo más: El misterioso personaje tenía el cuerpo contorneado como el de una mujer, y se alejaba a gran velocidad.

—¡Laurana! —gritó al reconocerla—. ¡Quisalas!

Maldiciendo las quebradas columnas y los bloques de mármol que obstruían su avance, Tanis bajó a trompicones el montículo y se lanzó en pos de la muchacha. Aunque su dolorido cuerpo apenas obedecía a su mandato y cayó de bruces un par de veces, logró darle alcance. Al agarrarla por el brazo y obligarla a detenerse, el forcejeo de la elfa le desequilibró. Se estrelló contra el muro, pero no la soltó.

Cada inhalación de aire era una auténtica tortura, se sentía tan mareado que creyó que iba a desmayarse. Sin embargo, persistió en sujetar a Laurana, inmovilizándola tanto mediante los ojos como con la mano.

Comprendió ahora por qué había pasado desapercibida a los draconianos; se había desprendido de la armadura de plata para sustituirla por la de un guerrero muerto que debía haber hallado en su carrera. Al principio Laurana sólo atinó a mirar a Tanis. No le había reconocido, y casi le ensartó con su espada. Le impidió atacarle la palabra elfa que él pronunciase: quisalas —querida—, y también la angustia y el sufrimiento que se reflejaban en su semblante.

—Laurana —susurró el semielfo con una voz entrecortada como la que en otro tiempo asumiera Raistlin—, no me abandones. Aguarda hasta que me hayas escuchado, te lo suplico.

La joven Princesa retorció el brazo y se liberó de él, pero no le dejó. Cuando se disponía a hablar la silenció un nuevo temblor del edificio y Tanis, viendo que se derramaba sobre ellos una lluvia de fragmentadas rocas, contribuyó a su mutismo al atraerla hacia sí para protegerla. Se abrazaron el uno al otro, llenos de pánico, hasta que volvió a la calma. Estaban ahora sumidos en la penumbra, pues el semielfo había dejado caer la antorcha.

—Tenemos que salir de aquí —apuntó Tanis.

—¿Estás herido? —preguntó Laurana mientras intentaba una vez más desembarazarse de él—. Si es así, puedo ayudarte. De lo contrario sugiero que prescindamos de las siempre molestas despedidas. Sea lo que fuere lo que quieras...

—Laurana —la interrumpió Tanis con toda la ternura de que era capaz—, no voy a pedirte que comprendas nada. Yo mismo me debato en un mar de confusiones. Tampoco espero tu perdón, no existen disculpas para la forma en que he actuado. Podría decirte que te amo, que siempre te he amado, pero no sería cierto. El amor debe brotar en primer lugar de la propia estima, y yo no soportaría la visión de mi reflejo. Lo único que puedo asegurarte, Laurana, es que...

—¡Calla! —le ordenó la muchacha al mismo tiempo que le tapaba la boca con la mano—. He oído algo.

Permanecieron largos minutos a la escucha, abrazados en la negrura. Al principio, no percibían sino el sonido regular de sus alientos, ni siquiera se veían uno a otro pese a hallarse tan cerca. De súbito una antorcha iluminó el pasillo, cegándoles, y surgió una voz de las tinieblas.

—¿Qué es lo que aseguras a Laurana, Tanis? —dijo Kitiara en tono amable—. Adelante, te escuchamos.

Una espada refulgía en su mano, cubierta de sangre roja y verde. Tenía el rostro ceniciento a causa del incesante polvillo, un reguero de su savia le fluía por el mentón procedente de un corte abierto en el labio y, aunque el cansancio ensombrecía sus vivaces ojos, su sonrisa era tan encantadora como siempre. Tras envainar la manchada arma, secó sus manos en la ahora harapienta capa y se pasó la mano por el rizado cabello con aire ausente.

Tanis bajó los párpados, totalmente exhausto. El prematuro envejecimiento de sus facciones le confería un aspecto muy próximo al humano ya que el dolor, la pesadumbre y la culpabilidad habían de dejar una imborrable impronta en su eterna juventud de elfo. Sintió que el cuerpo de Laurana adquiriría una tensa rigidez, que movía la mano hacia su espada.

—Devuélvele la libertad, Kitiara —susurró Tanis sin dejar de estrechar a la Princesa—. Cumple tu promesa y yo mantendré la mía. Permite que la lleve fuera del recinto y, una vez esté a salvo, regresaré.

—Creo que lo harías —repuso ella, estudiándole en un ademán entre burlón y admirativo—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar, semielfo, que sería capaz de besarte y luego acabar contigo sin que mediara una exhalación entre uno y otro acto? No, supongo que no. Sin embargo, podría matarte ahora mismo tan sólo porque sé que es el peor castigo que podría infligirle a ella. —Acercó la llameante antorcha a Laurana, antes de añadir despreciativa—: ¡Fíjate en su semblante! Es la viva expresión de lo destructivo que resulta el amor.

Kitiara acarició de nuevo su enmarañado cabello en aquel gesto que la caracterizaba y, encogiéndose de hombros, escudriñó el pasillo.

—Pero no tengo tiempo para tales insignificancias —prosiguió—. El mundo se está transformando, se avecinan grandes acontecimientos y no pueden cogerme desprevenida. La Reina Oscura ha sido derrotada, y alguien debe tomar el relevo. Escúchame bien, Tanis. He empezado a establecer mi autoridad sobre los otros Señores de los Dragones —dio unas palmadas en la funda de su espada—, y estoy resuelta a construir un vasto imperio que podríamos gobernar juntos si...

Se interrumpió de forma abrupta para espiar el corredor por el que había venido. Aunque Tanis no logró ver ni oír lo que había atraído su atención, sintió que un frío estremecedor invadía el aire en el mismo momento en que Laurana se aferraba a él, atenazada por el miedo. El semielfo supo quién se acercaba antes incluso de vislumbrar el oscilante brillo de unos ojos anaranjados sobre una espectral armadura.

—Es Soth —anunció Kitiara—. Debes decidirte sin demora, Tanis.

—Hace tiempo que tomé mi resolución, Kitiara —respondió el semielfo a la vez que se colocaba delante de Laurana como un escudo protector—. El caballero espectral tendrá que matarme para alcanzarla. Sé bien que mi caída no impedirá que él, o quizá tú, acabéis con su vida, pero mi último aliento será una plegaria a Paladíne rogándole que guarde su alma. Los dioses están en deuda conmigo, tengo la absoluta certeza de que mi oración póstuma será atendida.

Tanis sintió que Laurana apoyaba la cabeza en su espalda. Prorrumpió la muchacha en sollozos y sus lágrimas fueron un bálsamo de paz para el semielfo; no denotaban miedo sino amor, compasión y tristeza por su inminente destino.

Kitiara titubeó. Soth se aproximaba por el desvencijado pasillo, brillantes sus ojos como dardos de luz en la penumbra. Tras una breve pausa, la Señora del Dragón posó su mano ensangrentada sobre el brazo de Tanis.

—¡Ve! —le apremió—. Vuelve sobre tus pasos y, en el fondo del corredor, hallarás una puerta en el muro. La descubrirás mediante el tacto. Conduce a los calabozos, desde donde podrás escapar.

Tanis la observó sin comprender.

—¡Ve! —insistió ella, y le dio un empujón para reforzar sus palabras.

Tanis lanzó una furtiva mirada al Caballero de la Rosa Negra.

—¡Es una trampa! —susurró Laurana.

—No —aseguró el semielfo, fijos sus ojos en Kit—. Esta vez no. Adiós, Kitiara.

—Adiós —se despidió la mujer hundiendo las uñas en el brazo de Tanis. Su voz estaba ribeteada de pasión, sus ojos centelleaban bajo la luz de la tea—. Recuerda que sólo me guía el amor. ¡Vamos, desaparece!

Apartó la antorcha y se sumió en la oscuridad, de un modo tan absoluto que pareció disolverse en la nada.

Tanis parpadeó, cegado por la repentina negrura, y extendió la mano en pos de la humana. La retiró antes de alcanzarla y, en cambio, tomó la de Laurana para, juntos, echar a correr sorteando los escombros y tratando de tantear la pared mientras la gélida aureola que dimanaba del espectro se introducía en su sangre como si pretendiera solidificarla. Al volver la vista atrás el semielfo comprobó que la siniestra figura avanzaba hacia ellos, sin cesar de espiarles con sus ígneas pupilas. Palpó la piedra en busca de la puerta hasta tropezarse con un picaporte metálico. Lo accionó, cedió la hoja y Tanis apretó la mano de Laurana a fin de cruzar la abertura al mismo tiempo. El repentino fulgor de las antorchas que ardían al otro lado, jalonando una escalera, se les antojó tan deslumbrador como antes lo fuera la penumbra.

Resonó la voz de Kitiara, que pronunciaba el nombre de Soth, y el semielfo se preguntó qué haría con ella el Caballero de la Muerte ahora que había perdido a su presa. El sueño se reprodujo en su imaginación. Una vez más vio desplomarse a Laurana, a Kitiara... Se inmobilizó inerme, incapaz de salvarlas.

Cuando se disipó la terrible escena que rememoraba advirtió que Laurana le aguardaba en la escalera, resplandeciente su áureo cabello bajo las llamas. Cerró la puerta de forma precipitada y fue al encuentro de su amada.

—Ésa era la mujer elfa —dijo Soth, cuyos ojos le permitían rastrearles mientras huían cual ratones asustados—. Y Tanis la acompañaba.

—Sí —corroboró Kitiara sin interés, extrayendo la espada de su vaina y procediendo a limpiar la sangre con el repulgo de su capa.

—¿Vas a perseguirles? —inquirió el caballero.

—No, hay asuntos más importantes que requieren toda nuestra atención. —Miró a su interlocutor, dibujada en sus labios una extraña sonrisa—. La elfa tampoco iba a pertenecerte, ni siquiera después de muerta, ya que la protegen los dioses.

Los carbones encendidos de Soth escudriñaron a Kitiara, y su boca se retorció en una mueca burlona.

—El semielfo te tiene todavía sometida a su influjo.

—Creo que te equivocas —replicó ella, desviando los ojos hacia Tanis en el momento en que se cerraba la puerta—. Será él quien, en las silenciosas horas de la madrugada, cuando yazca en el lecho junto a Laurana, pensará en mí sin poder evitarlo. Recordará mis últimas palabras, se sentirá conmovido por ellas. Me deben su felicidad, y ella tendrá que vivir a sabiendas de que mi imagen perdura en el corazón de su esposo. He envenenado cualquier sentimiento que intenten compartir, ésa es mi manera de perpetrar mi venganza. ¿Has traído lo que te ordené?

—Sí, Dama Oscura —declaró Soth. Pronunció una palabra mágica, exhibió ante ella un objeto y lo sostuvo en su esquelética mano. Luego, con una reverencia, lo depositó a los pies de la dignataria.

Kitiara contuvo el aliento, tan centelleantes sus ojos como los del espectro.

—¡Excelente! —exclamó—. Regresa al alcázar de Dargaard y reúne a las tropas. Nos haremos con el control de la ciudadela voladora que Ariakas envió a Kalaman. En cuanto nos hayamos reagrupado, esperaremos el momento oportuno.

La horrenda faz de Soth se iluminó al señalar el objeto que destellaba en el suelo, donde él lo pusiera.

—Te pertenece por derecho propio —comentó—. Todos aquéllos que han osado oponerse a tu mandato están muertos, o bien emprendieron la fuga antes de que pudiera ocuparme de ellos.

—Eso no hace sino retrasar su fin —apostilló Kitiara envainando de nuevo la espada—. Me has servido con lealtad, caballero Soth, y serás recompensado. Supongo que siempre quedará alguna doncella elfa en el mundo.

—Morirán quienes tú condenes. Los que decidas respetar —inclinó el fantasmal semblante hacia la puerta—, vivirán. Recuerda siempre, Dama Oscura, que entre todos tus subordinados yo soy el único capaz de ofrecerte fidelidad eterna. Yo y mis guerreros, que regresarán conmigo a Dargaard obedientes a tu deseo. Aguardaremos allí tu llamada. Adiós, Kitiara —añadió al mismo tiempo que asía su mano en actitud sumisa—. ¿Qué sensación te produce saber que has devuelto el placer a las almas errantes? Has conseguido que mi reino de sombras me parezca interesante. ¡Ojalá te hubiera conocido en vida! Pero mi futuro es ilimitado, quizá espere hasta que podamos sentarnos ambos en el trono que ahora ocupo.

Sus gélidos dedos acariciaron la carne de Kitiara, quien se estremeció en un temblor convulsivo al visualizar frente a ella noches insomnes que la atraían con el vértigo del abismo. Tan aterradora fue la imagen que la muchacha quedó atenazada por el pánico. Soth, mientras tanto, se desvaneció en la negrura.

Estaba sola en el tenebroso pasillo y, durante unos minutos, sintió paralizada cómo el Templo se desmoronaba a su alrededor. Se apoyó en el muro asustada y desvalida, ¡tan desvalida! De pronto su pie tocó algo en el suelo y, agachándose, recogió el objeto que le entregara Soth y lo levantó en el aire.

Aquello era real, duro y sólido, tan auténtico que emitió un suspiro de alivio al cerrar los dedos sobre su superficie.

Ninguna llama de antorcha se reflejaba en su dorado perímetro ni provocaba fulgores en sus joyas rojizas, pero Kitiara no necesitaba verlo para admirar el poder que encerraba.

Permaneció largo rato en el ruinoso pasadizo, palpando una y otra vez los cantos metálicos de la ensangrentada Corona.

Tanis y Laurana bajaron presurosos a las mazmorras por la escalera de caracol. Se detuvieron junto a la mesa del carcelero, donde el semielfo reparó en el cadáver del goblin.

—Vamos —le apremió Laurana señalando hacia el este. Al ver que él vacilaba y volvía los ojos en dirección norte, se estremeció—. No querrás seguir ese pasillo, ¿verdad? Me trae espantosos recuerdos de mi encierro —concluyó, y su rostro palideció a causa de los alaridos que se oían en las celdas.

Un draconiano pasó corriendo junto a ellos. Tanis imaginó que se trataba de un desertor, una sospecha que no hizo sino confirmar la expresión amedrentada del individuo al toparse con un supuesto oficial.

—Sólo buscaba a Caramon —susurró Tanis—. Supongo que le trajeron aquí.

—¿Caramon? —exclamó Laurana asombrada—. ¿Cómo?

—Vino a Neraka conmigo —explicó el semielfo—. Y también Tika, Tas y... Flint—. Enmudeció, pero rechazó su tristeza con un movimiento de cabeza—. Si estaban en esta zona, se han ido. Continuemos.

Laurana se ruborizó. Miró de hito en hito a Tanis y el pozo de la escalera, antes de comenzar a hablar.

—Tanis...

—Ahora no tenemos tiempo —la silenció él, cubriéndole la boca con la mano—. Debemos concentrarnos en hallar la salida.

Como si quisiera reafirmar sus palabras, el Templo se agitó en un nuevo temblor. Fue éste más intenso y prolongado que los otros, tan virulento que arrojó a Laurana contra el muro mientras Tanis, debilitado por la fatiga y el dolor, luchaba para mantenerse en pie.

Un fragor similar al del trueno resonó en el pasillo norte y cesaron abruptamente los gritos en los calabozos, al parecer sofocados por un derrumbamiento que levantó densas nubes de polvo y de mugre.

Tanis y Laurana emprendieron la fuga. Corrieron hacia el este envueltos en una tormenta de escombros, tropezando con cuerpos inertes y montones de piedras aserradas.

Tras una breve pausa una nueva sacudida azotó las entrañas de la tierra. No lograron sostenerse, cayeron de rodillas y contemplaron impotentes cómo el pasadizo se bamboleaba, se retorció sobre sí mismo hasta convertirse en una sinuosa serpiente de roca.

Se introdujeron gateando bajo una viga desprendida del techo, y se abrazaron para darse mutuo amparo en aquel océano embravecido en el que flotaban a la deriva. Oían sobre sus cabezas, sobre la improvisada balsa, unos extraños sonidos. Se diría que las rocas, en lugar de venirse abajo, se encajaban unas con otras entre ensordecedores retumbos. Murió el temblor y volvió la calma.

Aún vacilantes, se incorporaron y reanudaron su huida. El miedo espoleaba sus piernas, de tal modo que olvidaron por completo el dolor que los laceraba e incluso desdeñaron los continuados temblores que socavaban los cimientos del Templo. Tanis esperaba que de un momento a otro el techo se desplomara sobre sus cabezas, sepultándoles en el corredor, pero por algún motivo inexplicable éste no sufrió el menor menoscabo. Tan aterradores eran los ecos que se sucedían sobre el subterráneo que ambos habrían acogido el derrumbamiento como una liberación.

—¡Tanis, aire fresco! —anunció, de pronto, Laurana.

Exhaustos, en un desesperado alarde de voluntad, ambos se abrieron paso por el sinuoso pasillo hasta llegar a una puerta que oscilaba sobre sus goznes. Había en el suelo una purpúrea mancha de sangre y....

—¡Los saquillos de Tas! —se sorprendió Tanis. Hincó la rodilla y examinó los tesoros del kender, que yacían diseminados sin orden ni concierto. Meneó la cabeza apesadumbrado, seguro de haber acertado en su presentimiento.

La muchacha se acuclilló a su lado y apretó su mano en un intento de consolarle.

—Al menos sabemos que estuvo aquí, Tanis. Logró llegar a la puerta, quizá escapó.

—El nunca abandonaría sus pertenencias —dijo el semielfo rechazando tan esperanzador argumento.

Atravesaron la puerta y, saliendo por fin al exterior, dirigieron sus miradas hacia Neraka.

—Mira —urgió a su compañera con el dedo extendido—. ¡Es el fin! Todo ha terminado, al igual que el kender —insistió.

Le enfurecía que el rostro de Laurana recobrase su obstinada calma, como reticente a admitir la derrota.

La muchacha obedeció a sus indicaciones. El frescor de la brisa nocturna se le antojó una cruel burla pues sólo transportaba efluvios de humo y de sangre, palabras sin sentido de los agonizantes. Unas llamas anaranjadas iluminaban el cielo, donde los dragones trazaban círculos mientras sus señores se afanaban en huir o guerreaban para alzarse con el poder. Surcaban el ambiente aparatosos relámpagos, el incendio parecía presto a prender en el manto negro de la bóveda celeste. Los draconianos, por su parte, atestaban las calles y mataban en su errático desenfreno a todo aquél que se interponía en su camino, aunque fuera un hermano de raza.

—El mal se vuelve contra sí mismo —declaró Laurana en actitud ausente. Contemplaba la escena sobrecogida, apoyada su mano en el hombro de Tanis.

—No comprendo. ¿Qué significa? —preguntó él.

—Es una frase que Elistan repetía a menudo.

—¡Elistan! —repuso el semielfo con amargura—. ¿Dónde están sus dioses ahora? Quizá instalados en sus castillos estelares, gozando del espectáculo. La Reina de la Oscuridad ha sucumbido, el Templo se halla al borde de la destrucción y nosotros hemos quedado atrapados. No sobreviviríamos más de tres minutos en ese infierno.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando, tras apartar a Laurana con dulzura, se inclinó hacia adelante para inspeccionar los tesoros de Tasslehoff que se había llevado consigo. Desechó sin vacilar un fragmento de cristal azul, una corteza de vallenwood, una esmeralda, una pequeña pluma de pollo, una rosa negra ya marchita, un colmillo de dragón y una rama donde aparecía tallada con habilidad enanil la efigie del kender. Entre todos estos objetos, no obstante, atrajo su atención una dorada joya que refulgía bajo la luz del destructivo fuego.

La recogió del suelo, bañados sus ojos en lágrimas, y cerró la mano hasta sentir que las afiladas puntas se clavaban en su carne.

—¿Qué es? —indagó Laurana con la voz entrecortada por el miedo.

—Perdóname, Paladine —suplicó Tanis al dios del que tanto había dudado. Rodeó con el brazo a la atónita elfa y extendió la palma.

Descansaba en ella un delicado anillo, de exquisita filigrana, confeccionado con hojas de enredadera que se entrelazaban entre sí. Envolvía su círculo a un Dragón Dorado.

Capítulo 14

El fin

Para bien o para mal

—Bien, ya hemos traspasado las puertas de la ciudad —susurró Caramon a su gemelo sin apartar la mirada de los draconianos, que lo observaban expectantes—. Quédate junto a Tika y Tas mientras yo voy en busca de Tanis. Me llevaré a esta cuadrilla.

—No, hermano —respondió Raistlin con destellos rojizos en sus dorados ojos debidos al influjo de Lunitari—, no puedes ayudar a Tanis. El es el único dueño de su destino. —El mago hizo una pausa para contemplar el llameante cielo atestado de dragones—. Aún corres peligro, tanto tú como quienes de ti dependen.

Tika se hallaba al lado del guerrero, marcado su rostro por los surcos del dolor. Por su parte Tasslehoff aunque exhibía una sonrisa tan jovial como de costumbre, tenía la faz muy pálida y sus pupilas delataban una pesadumbre que nunca antes se había visto en un kender. Caramon se entristeció al percibir el aspecto de sus compañeros.

—De acuerdo —accedió—. ¿Dónde iremos ahora?

Estirando el brazo, el hechicero señaló un punto lejano. Su negra túnica brillaba en torno a la mano que mantenía erguida contra el cielo nocturno, lívida y enjuta como si ninguna carne cubriera los huesos.

—En aquel cerro brilla una luz.

Todos se volvieron en la dirección que indicaba, incluso los draconianos. En el otro extremo de la yerma llanura Caramon distinguió el oscuro contorno de una montaña, que se destacaba en el iluminado desierto. En efecto, en su cima fulguraba un resplandor tan blanco y tan puro que se asemejaba a una estrella.

—Alguien os aguarda allí —anunció Raistlin.

—¿Quién Tanis? —inquirió ansioso el guerrero.

El mago lanzó una furtiva mirada a Tasslehoff, que estaba absorto en la contemplación de la luz.

—Fizban —afirmó el kender más que preguntarlo.

—Sí —corroboró Raistlin—. Ahora debo abandonaros.

—¿Cómo? —protestó Caramon—. Ven conmigo, con nosotros. ¡Debemos ir juntos a ver a Fizban!

—Un encuentro entre él y yo no resultaría agradable para nadie. —Meneó la cabeza, y al hacerlo flotaron a su alrededor los pliegues de su capucha.

—¿Qué me dices de ellos? —El hombretón señaló a los draconianos.

Tras emitir un hondo suspiro Raistlin se situó frente a los soldados y, extendiendo la mano, pronunció unas extrañas palabras. Las criaturas retrocedieron con el semblante retorcido en muecas de espanto pero, pese al grito de horror de Caramon, nada impidió que el relámpago letal surgiera de las yemas de los dedos del hechicero. Entre gritos agónicos, los reptilianos ardieron en llamas y cayeron al suelo convulsionados. Sus cuerpos se tornaron de piedra cuando la muerte les envolvió en su manto.

—No necesitabas hacerlo, Raistlin —le imprecó Tika temblando ante la escena—. Nos habrían dejado tranquilos de todos modos.

—Y la guerra ha terminado —coreó Caramon disgustado.

—¿De verdad? —preguntó el mago con su habitual sarcasmo, al mismo tiempo que extraía un pequeño saquito negro de un bolsillo de su túnica del que extrajo el codiciado Orbe de los Dragones—. Son estos débiles y sentimentales balbuceos los que garantizan la continuidad del conflicto. Los draconianos —apuntó con el índice a las estatuas— no pertenecen a Krynn, fueron creados mediante el más oscuro de todos los ritos arcanos. Lo sé porque presencié su nacimiento. Nunca os habrían dejado tranquilos —concluyó con una voz aguda que pretendía imitar a la de Tika.

El guerrero enrojeció e intentó hablar pero, en vista de que Raistlin no le prestaba atención, resolvió guardar silencio.

Absorto una vez más en su magia, el hechicero se inmovilizó con los dedos cerrados en torno al Orbe. La niebla multicolor se arremolinó en el interior del cristal al son de su enigmático canto, antes de fundirse en una luz pura y radiante que brotó en un único haz.

El enteco nigromante escudriñó el cielo en la actitud del que espera un acontecimiento. Éste no tardó en producirse: pasados unos segundos, eclipsó los astros de la noche una sombra gigantesca. Tika, alarmada, se refugió en el brazo que le ofrecía Caramon, si bien también él se estremeció y de un modo instintivo tomó la espada en sus manos.

—¡Un Dragón! —exclamó Tasslehoff sobrecogido—. ¡Es enorme! Nunca había visto uno de proporciones tan descomunales. ¿O quizá sí? Por algún motivo, me resulta familiar.

—Aparecía en el sueño —explicó Raistlin, restituyendo la cristalina esfera a su saquillo—. Se trata de Cyan Bloodbane, el Dragón que atormentó al infortunado Lorac, rey de los elfos.

—¿Qué hace aquí? —indagó Caramon asaltado por un súbito recelo.

—No te inquietes, tan sólo obedece órdenes —declaró Raistlin—. Ha venido para trasladarme a casa.

El reptil descendió trazando círculos, extendidas sus alas de tal manera que con su envergadura oscurecieron el paraje. Incluso Tas, aunque más tarde se negó a admitirlo, buscó cobijo en Caramon mientras aquel monstruo de escamas verdosas se posaba en el suelo.

Durante unos momentos Cyan observó al grupo de insignificantes humanos que se arrebujaban unos contra otros y sus ojos adquirieron un brillo siniestro, acompañado por las ensalivadas oscilaciones de su lengua que no denotaban sino un odio contenido. Sin embargo, su mirada, sometida a una voluntad más poderosa que la suya y rebosante de rencor y de ira se desvió hacia el mago.

Un leve gesto de Raistlin bastó para que la inmensa cabeza del Dragón descendiese hasta reposar sobre la arena.

Apoyado lánguidamente en su Bastón de Mago, el hechicero avanzó hacia Cyan Bloodbane y se encaramó por su sinuoso cuello.

Caramon fijó sus ojos en el reptil mientras luchaba para desechar el miedo que le había invadido, apenas consciente de las dos figuras que se aferraban a él. De pronto lanzó un áspero grito y, tras despedir de su regazo a Tika y Tas, echó a correr en dirección al animal.

—¡ Raistlin! —suplicaba—. ¡Iré contigo!

Cyan enderezó nervioso la testa, espionando los movimientos del hombretón con sus flamígeros globos oculares.

—Estarías dispuesto a acompañarme al reino de las tinieblas —le advirtió el mago sin cesar de acariciar la tensa cerviz de su montura.

El guerrero titubeó, reseco sus labios y también su garganta. El temor le impedía hablar pero asintió con la cabeza una y otra vez, como si de ese modo pudiera desprenderse de la desazón que le producían los sollozos de Tika a su espalda.

Raistlin examinó a su gemelo, convertidas sus pupilas en doradas lagunas que contrastaban con la penumbra reinante.

—Creo que serías capaz de intentarlo —dijo al fin asombrado, más para sus adentros que a Caramon. Permaneció unos instantes inmóvil, perdido en sus reflexiones, hasta que agitó la testa en un resuelto ademán. —No, hermano, no puedes seguirme porque, a pesar de tu fortaleza, no lograrías sino precipitarte en el abismo de la muerte. Tras

muchas vicisitudes, somos lo que los dioses pretendían: dos seres íntegros y maduros cuyos caminos se separan en este punto. Debes aprender a recorrer el tuyo, Caramon — una fantasmal sonrisa cruzó sus labios—, en solitario o junto a quienes decidan emprender el viaje bajo tu amparo. Adiós, querido hermano.

Profirió una escueta orden y Cyan Bloodbane desplegó presto las alas para alzar el vuelo, alumbradas sus escamas por la luz del bastón, que parecía ahora una diminuta estrella en medio de las tinieblas. Sus destellos no tardaron, sin embargo, en extinguirse cuando los engulleron la noche y la distancia.

—Ya llegan los que esperabas —anunció el anciano, sentado al calor de la fogata del campamento.

Tanis levantó la cabeza en el mismo momento en que tres figuras irrumpían en el áureo círculo proyectado por las llamas. Formaban el grupo un corpulento guerrero que, ataviado con la armadura de los ejércitos de los Dragones, conducía a una mujer joven de ensortijado cabello tez pálida y, en último lugar, un kender cubierto por unos harapientos calzones azules. El rostro de la muchacha, manchado de sangre, reflejaba un hondo desasosiego cada vez que contemplaba a su acompañante mientras el hombrecillo que cerraba la comitiva los seguía a trompicones, tan cansado que apenas podía sostenerse en pie.

—¡Caramon! —vociferó Tanis corriendo hacia él.

El semblante de guerrero se iluminó cuando, tras abrir los brazos, estrechó contra su pecho al semielfo. Tika se mantuvo al margen para observar el reencuentro de los dos amigos con los ojos llenos de lágrimas, hasta que atrajo su atención un fugaz movimiento cerca del fuego.

—¿Laurana? —preguntó.

La elfa avanzó unos pasos y, al situarse en el radio de luz de la fogata, su dorado cabello refulgió con la intensidad del sol. Aunque vestía una armadura ensangrentada y picada de abolladuras, conservaba el porte regio de la Princesa que Tika conociera en Qualinesti muchos meses atrás.

Consciente de su inferioridad la humana trató de ordenar su enmarañada melena, pero la halló apelmazada. Su indumentaria estaba hecha jirones en el límite del decoro, siendo su descoyuntada armadura la única que evitaba su caída. Además, las despiadadas estrellas dejaban al descubierto la tersa piel de sus bien contorneadas piernas sin que el pudor lograra disimular sus curvas formas.

Laurana sonrió, y ella respondió a su saludo. Nada importaba, ambas se fundieron en un cálido abrazo.

El kender, que había quedado solo, se detuvo en la penumbra con los ojos posados en el anciano. Detrás de éste, ajeno a la escena, un Dragón Dorado dormía tumbado sobre el

borde de una roca, entre sonoros ronquidos que hinchaban a intervalos sus flancos. El viejo hizo señal a Tas de aproximarse.

Emitiendo un prolongado suspiro que parecía nacer en sus pies, Tasslehoff asintió y echó a andar despacio hasta situarse frente al hombre que le había llamado.

—¿Cual es mi nombre? —preguntó el anciano, a la vez que extendía la mano para acariciar el copete del kender.

—Sólo sé que no es Fizban.

—No lo era antes de hoy. —Con una sonrisa, atrajo al hombrecillo hacia sí pese a la rigidez que notaba en sus músculos.

—¿Cómo te llamas entonces? —inquirió Tas, aún reticente a entablar una conversación.

—De múltiples maneras —contestó el viejo—. Entre los elfos soy E'li, los enanos me denominan Thak y los humanos me conocen por el apelativo de Sykblade. Pero mi apodo preferido es el que me asignaron los Caballeros de Solamnia: El Paladín de Draco.

—Estaba seguro —rezongó Tas derrumbándose junto al fuego—. ¡Paladine! ¡Un dios! ¡He perdido a todos mis seres queridos, a todos!—. Y prorrumpió en sollozos.

El anciano lo observó unos segundos en actitud compasiva, e incluso se enjugó con el áspero dorso de la mano sus también húmedos ojos. Se arrodilló entonces junto al kender y posó la mano en su hombro, deseoso de consolarle.

—Mira, querido amigo —le dijo a la vez que aplicaba el dedo a su barbilla para instarle a volver los ojos hacia el cielo—, ¿ves esa estrella roja que centellea sobre nuestras cabezas? ¿Sabes a qué divinidad está consagrada?

—A Reorx —aventuró Tas con un hilo de voz, ahogado por las lágrimas.

—Es tan encarnada como el fuego de su forja —explicó el anciano sin dejar de contemplarla—, tanto como las chispas que despidе su martillo mientras moldea el mundo aún informe que descansa sobre su yunque. Junto a la fragua de Reorx se yergue un árbol de belleza incomparable, un árbol que no conoce parangón en el universo de los vivos. Bajo su sombra se ha acomodado un enano gruñón para relajarse después de su arduo peregrinar, con una jarra de cerveza en la mano y el cuerpo caldeado por las llamas de la cercana forja. Pasa todo el día debajo del árbol, tallando la madera en delicadas figuras con un primor que nadie sería capaz de imitar. A menudo se detienen los viajeros, atraídos por la belleza del paraje, e intentan sentarse a su lado. Pero él les dirige una mirada tan furibunda que se apresuran a seguir su camino sin cruzar una sola palabra.

Si alguien es lo bastante osado para persistir en su deseo de acompañarle, el enano le dice enfurecido: Este lugar está reservado. En algún lugar hay un botarate, un estúpido kender que emprende una aventura tras otra, metiéndose en infinitos embrollos a los que también arrastra a quienes son tan inconscientes como para seguirle. El día menos

pensado se presentará aquí, admirará mi árbol y declarará: Flint, estoy cansado. Creo que voy a descansar junto a t» —Se sentará entonces y preguntará—: Flint, ¿te has enterado de mi última correría? ¿No? Te la explicaré. Todo empezó cuando el mago de la Túnica Negra, su hermano y yo decidimos hacer un viaje a través del tiempo, y en nuestro periplo ocurrieron extraordinarios eventos... Y él tendrá que escuchar su absurdo relato aunque no quiera. Lanza acto seguido una interminable retahíla de improperios, y aquél que parecía dispuesto a reposar bajo el árbol esboza una sonrisa y le deja en paz.

—¿Significa eso que no está solo? —indagó Tas secándose los ojos.

—No. Además posee el don de la paciencia, sabedor de que tienes mucho que hacer antes de que se consuma tu vida. Te esperará, y por otra parte ya conoce todas sus historias. Debes sorprenderle con alguna nueva.

—Todavía ignora la actual —replicó el kender, animado por una naciente excitación—. ¡Oh, Fizban, ha sido fantástica! Estuve una vez más a punto de morir, pero, de pronto, apareció Raistlin con su Túnica Negra y me salvó. ¡Tenía un aspecto tan espléndido, tan absolutamente perverso! —el hombrecillo no cabía en sí de gozo—. Y luego, Fizban... —se interrumpió y, con la cabeza gacha, añadió—: Discúlpame, olvidé que no debo llamarte así.

—Me gusta que lo hagas —le tranquilizó el anciano dándole unas suaves palmadas—. De ahora en adelante ése será mi nombre entre los kenders. Si he de serte sincero, me he encariñado con el apelativo de Fizban.

Se acercó entonces a Tanis y Caramon para escuchar en silencio su conversación.

—Se ha ido, Tanis —decía el guerrero con honda tristeza—. No sé dónde, ni comprendo el cambio que se ha obrado en él. Su cuerpo parece aún frágil, pero se ha esfumado su debilidad y también aquella tos crónica que padecía. Su voz misma de siempre pero algo se ha alterado en su timbre, o quizá en su tono. Es...

—Fistandantilus —intervino el viejo.

Tanis y Caramon se volvieron. Al verle, le hicieron una respetuosa reverencia.

—¡Vamos, incorporaos! —les espetó Fizban—. No soporto estos servilismos, que por otra parte no os eximen de vuestra hipocresía. Sé de sobra lo que comentáis sobre mí cuando creéis que no puedo oírlos —la culpabilidad de ambos se hizo patente en el rubor que cubrió sus mejillas—. En cualquier caso no importa, soy yo quien os he hecho pensar lo que me convenía. Y ahora, hablemos de tu hermano. Tienes razón, es él y otro al mismo tiempo. Tal como predecían los augurios, se ha convertido en el amo del pasado y del presente.

—No entiendo tus palabras —confesó Caramon meneando la cabeza—. ¿Ha sido el Orbe de los Dragones lo que le ha transformado? Si es así, quizá se rompa y...

—No ha sido ningún objeto el causante de su metamorfosis —le aseguró Fizban a la vez que posaba en Caramon una severa mirada—. El mismo decidió su destino.

—¿No puedo creerlo! ¿De qué modo? ¿Y quién es Fistan... o comoquiera que se llame? Quiero respuestas.

—No está en mi mano proporcionártelas. —El anciano no levantó la voz, pero se percibía en su tono un ribete de acero que dejó mudo al guerrero—. Guárdate de esas respuestas, y más aún de tus preguntas —le advirtió.

El hombretón permaneció unos instantes escudriñando el cielo en busca del Dragón Verde, pese a saber que no lograría atisbarlo. Hacía ya rato que desapareciera con Raistlin sobre su grupa.

—¿Qué será de él ahora? —se aventuró al fin a inquirir.

—Lo ignoro —fue la desalentadora contestación—. Debe construir su propio futuro, al igual que vosotros. Pero hay algo que sí sé, Caramon: tienes que abandonarle a la suerte que ha escogido —sus ojos se desviaron hacia Tika, que se había aproximado al grupo—. Raistlin estaba en lo cierto cuando afirmó que vuestros caminos se bifurcan en este punto. Intérnate en tu nueva vida sin perder la paz de espíritu.

La muchacha sonrió a Caramon y él la abrazó, besando sus pelirrojos bucles, si bien sus caricias no impidieron que su vista se abstraiera en la bóveda celeste donde, encima de Neraka, los dragones persistían en librar sus ardorosas batallas para hacerse con el control del ruinoso imperio.

—Al parecer todo ha concluido —comentó Tanis—. El Bien ha triunfado.

—¿Es eso lo que piensas? —le reprendió Fizban con el rostro vuelto hacia el semielfo en actitud desafiante—. Te equivocas, lo que ocurre es que se ha restituido el equilibrio. Los dragones del Mal no serán desterrados, sino que perpetuarán su presencia junto a los bondadosos. El péndulo continúa balanceándose en libertad.

—No puedo aceptar que sea ése el resultado de nuestros sufrimientos —protestó Laurana, que se erguía ahora junto a Tanis—. ¿Por qué no ha de vencer el Bien y ahuyentar para siempre la malignidad?

—¿No has aprendido nada, mi bella joven? —se encolerizó Fizban a la vez que la señalaba con el huesudo índice extendido—. Hubo un tiempo en el que la bondad ostentaba el cetro sin oposición. ¿Sabes cuándo? Justo antes del Cataclismo.

»Sí —prosiguió consciente del asombro que había suscitado—, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar fue el adalid de la causa. ¿Os sorprende que él representara la perfección? No debería ser así, ahora que todos vosotros habéis comprobado lo que puede conseguirse con esa supuesta benevolencia. Lo habéis visto en los elfos, que encarnaban la virtud en su más alto grado. Alimenta la intolerancia, la rigidez, la creencia en suma de estar en posesión de la verdad, porque quienes no comparten nuestras convicciones han caído en el error.

»Los dioses comprendieron el peligro que corría un mundo dominado por semejante complacencia. Las divinidades, entre las que me cuento, advertimos que se destruía el

auténtico Bien porque quienes lo defendían estaban ciegos a las cualidades de otros. Y reparamos en la Reina de la Oscuridad, que aguardaba agazapada el momento de su retorno convencida de que aquella situación no podía durar. Las balanzas desequilibradas acaban por desmoronarse bajo su propio peso, y ella sabía que entonces tendría su oportunidad de envolver al mundo en su manto de tinieblas.

»Así fue cómo se produjo el Cataclismo. Lloramos por los inocentes, y también por los culpables, pero debíamos preparar a Krynn pues de lo contrario la oscuridad nunca sería expulsada del todo. —Tasslehoff bostezó, y Fizban decidió poner fin a su discurso—. Dejemos esta arenga, es hora de partir. Me espera una noche muy ajetreada».

—¡No te vayas aún! —le suplicó Tanis al ver que se alejaba en pos del Dragón Dorado— Fizban o, mejor dicho, Paladine ¿visitaste en alguna ocasión «El Último Hogar», la posada de Solace?

—¿La posada de Solace? —repitió el anciano mientras se acariciaba la barba en actitud reflexiva—. ¡Hay tantas! Pero creo recordar unas patatas muy picantes. ¡Sí, eso es! —Desvió el rostro para mirar al semielfo con ojos centelleantes—. Solía narrar historias a los niños en aquel albergue, un lugar muy agradable. Si no me falla la memoria una noche entró en él una hermosa mujer, una bárbara de cabellos dorados y plateados, y entonó una canción sobre una Vara de Cristal Azul que provocó un tremendo alboroto.

—¡Fuiste tú quien llamaste a los soldados, quien nos metió en este atolladero! —le acusó el semielfo.

—Tan sólo me ocupé de montar la escena —replicó Fizban con picardía—, pero no os di ningún guión. Dejo los diálogos a la iniciativa de los actores, a la vuestra —estudió de hito en hito los rostros de Laurana y de Tanis, antes de añadir meneando la cabeza—. Podría haber mejorado ciertos decorados, lo reconozco, pero poco importa —se giró de nuevo para dar órdenes al durmiente reptil—. ¡Vamos, despierta, animal piojoso!

Pyrite abrió sus llameantes ojos.

—¿Cómo te atreves a insultarme, mago decrepito? No serías capaz ni de convertir el agua en hielo en la noche más cruda del invierno.

—¿De modo que es eso lo que opinas de mí? —gritó Fizban presa de una ira incontenible, azuzando al coloso con su cayado—. Ahora mismo te haré una demostración de mis poderes —le amenazó, y se apresuró a consultar un manoseado libro de hechizos—. Bola de fuego... estoy seguro de que se hallaba en esta sección.

Abstraído, sin cesar de refunfuñar, el viejo mago se encaramó al lomo del Dragón.

—¿Listo para el viaje? —preguntó el animal con tono gélido, si bien desplegó sus resquebrajadas alas antes de que el jinete acertara a contestar. Las batió con esfuerzo hasta conferirles cierta flexibilidad, y se dispuso a levantar el vuelo.

—¡Alto, mi sombrero! —le ordenó Fizban enloquecido. Demasiado tarde. Agitando todo su ser debido a la dificultad que hallaba en mantener el equilibrio en posición

ingrvada, el Dragón comenzó a surcar el aire. Después de trazar un precario círculo y estrellarse casi contra el borde del risco, Pyrite alcanzó una corriente y se dejó impulsarse hacia las alturas.

—Alto! —seguía vociferando el mago mientras se alejaban.

—Fizban! —le llamó Tas.

—Mi sombrero!

—Fizban!

Pero el animal y su cabalgadura estaban a demasiada distancia para oír al kender. No eran ya sino un reflejo dorado bajo la luz de Solinari, que bañaba las escamas del Dragón con sus puntos rayos.

—Lo llevas puesto —susurró Tasslehoff en una última alusión a la prenda que buscaba el distraído mago.

Los compañeros contemplaron un instante más la mancha luminosa, y procedieron a disponerlo todo para su partida.

—Puedes echarme una mano, Caramon? —le rogó Tanis. Con la ayuda del guerrero, desabroch las cinchas de su armadura y lanzó una pieza tras otra al precipicio

— Qu vas a hacer con la tuya?

—De momento prefiero conservarla. Hemos de recorrer un largo trecho, un camino largo y dificultoso —decidió Caramon sin apartar los ojos de la ciudad incendiada—. Raistlin tenía razón, los ejércitos de los Dragones no cejarn en su empeño sólo porque haya desaparecido su soberana.

—Donde iris? —preguntó el semielfo con un suspiro. La brisa nocturna soplaba tibia y suave, impregnada de la promesa de un nuevo renacer.

Libre de la pesada carga que para él suponía la odiosa armadura, se sentó aliviado bajo una arboleda que dominaba el Templo desde la repisa de roca. Laurana se acomod cerca de él, pero no a su lado, y ote las llanuras con el mentón apoyado en las rodillas. Sus rasgos denotaban las fluctuaciones de sus pensamientos.

—Tika y yo lo hemos discutido a conciencia —respondió Caramon. Se sent la pareja junto al semielfo, e intercambiaron una significativa mirada en la que cada uno instaba a hablar al otro. Fue el guerrero quien se aclaró la garganta y continuó—: Queremos volver a Solace, aunque imagino que eso equivale a separarnos —hizo una pausa, demasiado apesadumbrado para concluir.

—Sabemos que vosotros regresaris a Kalamon —le ayudó Tika, vuelto el rostro hacia Laurana—. En un principio nos planteamos la posibilidad de acompañaros por si nos necesitabais en una ciudad que vive bajo la amenaza de una ciudadela flotante y las

desordenadas hordas de renegados, y además nos gustaría ver a Riverwind, Goldmoon y Gilthanas, pero...

—Deseo sentirme de nuevo en casa, Tanis —Caramon había tomado una vez más la palabra, aunque su voz tenía todos los tintes del agotamiento—. Adivino cuán duro me resultará el reencuentro con una Solace asolada por el fuego y la guerra —añadió para anticiparse a las objeciones de su interlocutor—, mas hemos pensado en Alhana, en los elfos, en los esfuerzos que han de realizar si desean reconstruir Silvanesti, y tal idea nos ha infundido ánimos. Debemos estar agradecidos porque nuestra tierra no es, como la suya, una espantosa pesadilla. Quiero contribuir con mi fuerza al levantamiento de una nueva Solace, estoy acostumbrado a que se apoyen en mí.

Tika apoyó la mejilla en su brazo, y él enmarañó cariñosamente su cabello. Tanis inclinó la cabeza en señal de asentimiento, mientras se decía que también él ansiaba visitar Solace. Sin embargo, aquél no era ya su hogar, no sin Flint, Sturm y tantos otros.

—¿Qué vas a hacer tú, Tas? —indagó el semielfo con una sonrisa al ver que el kender se aproximaba al grupo, acarreando un odre que había llenado de agua en un arroyo cercano—. ¿Vendrás a Kalaman con nosotros?

—No —repuso Tasslehoff con un intenso rubor—. Verás, ya que estoy aquí sería una lástima no dar un rodeo hasta mi lugar natal. Matamos a un Señor del Dragón —irguió orgulloso la barbilla— sin el concurso de nadie. A partir de ahora todos respetarán a mi pueblo e incluso es posible que Kronin, nuestro jefe sea evocado como un héroe en las leyendas de Krynn.

Tanis se atusó la barba a fin de ocultar la mueca que afloraba a sus labios, cuidando muy bien de no revelar a Tas que el enemigo que habían ajusticiado los de su raza era el cobarde y pretencioso Toede.

—Creo que será a otro kender al que aclamarán como héroe —intervino Laurana en serio—, aquél que rompió el Orbe de los Dragones, que batalló en el sitio de la Torre del Sumo Sacerdote, que capturó a Bakaris y que arriesgó su vida para rescatar a una amiga de las garras de la Reina Oscura.

—¿Quién es ese valiente? —preguntó Tas excitado pero, al comprender que la elfa se refería a él, enrojeció hasta las puntas de las orejas y se derrumbó avergonzado sobre el suelo.

Caramon y Tika apoyaron la espalda en el tronco de un árbol y, durante unos instantes, inundó sus rostros una inefable expresión de paz. Tanis les envidiaba, se preguntaba si algún día también se adueñaría de su persona tal sentimiento. Se volvió sin poder evitarlo hacia Laurana, que había enderezado el cuerpo y observaba ensimismada el llameante cielo.

—Laurana —titubeó el semielfo, quebrada la voz al enfrentarse a su bello rostro y con el anillo de oro en la palma de la mano—, en una ocasión me diste este objeto, antes de que ninguno de nosotros conociera el verdadero significado de la palabra amor o compromiso. A través del tiempo ha cobrado una importancia que jamás sospeché, Laurana. En el sueño esta sortija me liberaba de las tinieblas de la pesadilla, del mismo

modo que tu amor me ha salvado de la negrura que atenazaba mi alma —se interrumpió unos segundos, asaltado por un súbito aguijonazo interior—. Me gustaría conservarla si tú no te opones, y al mismo tiempo obsequiarte otra que puedas lucir en tu dedo.

La joven permaneció unos minutos contemplando el anillo, hasta que al fin lo alzó de la palma de Tanis y lo arrojó al vacío con determinación. El intentó protestar, incluso hizo ademán de incorporarse, pero la joya refulgió bajo los haces rojizos de Lunitari y desapareció en la noche.

—Supongo que es la respuesta que merezco, no puedo reprochártelo.

Laurana clavó en él unos ojos llenos de serenidad, y le habló en estos términos:

—Cuando te ofrecí esta sortija, Tanis, lo hice guiada por el amor insensato de un corazón indisciplinado. Hiciste bien al devolvérmela, ahora lo sé. Tenía que madurar, que aprender a valorar una emoción tan auténtica y compleja. Me he enfrentado a las llamas y a la oscuridad, Tanis. He matado dragones, inundado de lágrimas el cadáver de alguien a quien quise mucho. Fui caudillo de la causa, me enfrenté a responsabilidades que, pese a las advertencias de Flint, no aprecié en su justa medida. Tras caer en la trampa de Kitiara comprendí, demasiado tarde, cuán frágil era mi amor. El inquebrantable sentimiento que comparten Riverwind y Goldmoon restituyó la esperanza al mundo mientras que el nuestro, más mezquino, cerca estuvo de destruirlo.

—Laurana —trató de intervenir Tanis, abrumado por la congoja. Ella cerró su mano en torno a la del semielfo para conminarle al silencio.

—Déjame terminar —le susurró—. Te amo, Tanis. Te amo porque conozco la batalla que libran en tus entrañas la luz y las tinieblas. Por eso me he desprendido del anillo, en la certeza de que no es un aro de hojas de enredadera lo que ha de conducirnos al buen camino. Quizá llegará el día en que nuestro querer nos sirva para asentar los cimientos de una relación perdurable, y cuando eso suceda te entregaré otro y aceptaré el tuyo.

—Serán unas alianzas talladas en oro y en acero —declaró él esbozando una sonrisa.

Extendió el brazo sobre el hombro de la elfa, deseoso de atraerla hacia sí. Ella se resistió pero Tanis la sujetó con más fuerza y, al cruzarse sus miradas, la muchacha le dedicó a su vez una dulce sonrisa y hundió la áurea cabeza en el hombro protector de su amado.

—Quizá me rasure la barba —comentó el semielfo en actitud pensativa.

—No lo hagas —le suplicó Laurana mientras se arropaba en su capa—. Me he habituado a ella.

Los compañeros pasaron la noche en vela arracimados bajo los árboles, en espera del amanecer. Exhaustos y heridos, sabedores también de que el peligro no se había disipado, comprendieron que cualquier intento de conciliar el sueño sería infructuoso.

Desde su atalaya vieron cómo los draconianos huían en tropel del recinto del Templo. Libres del yugo de sus superiores, pronto se abandonarían al robo y al asesinato para asegurarse la supervivencia sin que nadie pudiera arrancar de raíz el daño que habían de infligir al mundo. Todavía quedaban en pie algunos Señores de los Dragones y, aunque nadie mencionó su nombre, los compañeros sabían que una al menos había logrado salvarse del caos que arrasaba el lugar. Y quizá había otras fuerzas del Mal con las que tendrían que enfrentarse más tarde o más temprano, tan poderosas y terroríficas que escapaban a su imaginación.

Pero, de momento, se les ofrecían unos momentos de paz, y ansiaban disfrutarlos antes de que el alba impusiera las despedidas.

Ni siquiera Tasslehoff despegó los labios. No necesitaban palabras, se lo habían dicho todo o debían esperar para hacerlo. No querían enturbiar los recuerdos ni mucho me nos precipitar los acontecimientos, de modo que se contentaron con rogar al tiempo que se detuviera y les permitiera descansar. Y acaso éste atendió su súplica.

Poco antes de amanecer, cuando un mero atisbo del sol naciente se asomaba por el horizonte, el Templo de Takhisis, Reina de la Oscuridad, estalló. La tierra tembló con la explosión, la luz brilló tan cegadora como si el astro hubiera irrumpido de forma repentina en el cielo.

Deslumbrados por los intensos destellos los compañeros apenas podían ver, pero tenían la impresión de que los fragmentos de la mole se alzaban en el aire en un vasto y sobrenatural remolino. Aumentó el brillo de los ígneos escombros a medida que surcaban la noche en su veloz trayectoria, hasta asumir centelleos tan radiantes como los de las estrellas.

Eran estrellas. Una tras otra, las partes del malogrado Templo ocuparon su lugar en el firmamento y al hacerlo ocuparon los dos espacios negros que descubriera Raistlin el pasado otoño, cuando navegaban en un bote sobre el lago Crystalmir.

Una vez más, las constelaciones se perfilaban en el cielo. Una vez más el Guerrero Valiente —Paladine, el Paladín de Draco — se enseñoreó de su mitad mientras en la otra se instalaba la Reina de la Oscuridad, Takhisis, la de las Cinco Cabezas, la de Todos los Colores y Ninguno. Reanudaron al unísono su incesante rotación, vigilándose mutuamente, en torno a Gilean, dios de la Neutralidad, Fiel de la Balanza.

Regreso al hogar

Nadie acudió a recibirle cuando entró en la ciudad. Llegó en una negra y silenciosa madrugada, alumbrado por la luna que sólo sus ojos podían ver. Había despachado al

Dragón Verde con instrucciones de aguardar su llamada. No atravesó las puertas, ningún centinela presenció su arribo.

No necesitaba cruzar portales ni murallas, fronteras destinadas a los simples mortales que habían dejado de interesarle. Invisible, ignoto, recorrió las dormidas calles.

Sin embargo, alguien supo de su presencia. En el interior de la biblioteca Astinus, volcado como siempre sobre su trabajo, cesó de escribir y alzó la cabeza. Mantuvo un instante la pluma suspendida encima del papel hasta que, encogiéndose de hombros, reanudó la redacción de sus crónicas.

El recién llegado avanzaba presuroso, apoyado en un bastón coronado por una bola de cristal que sostenía la garra dorada de un dragón fantasmal. Aquella esfera luminosa estaba ahora apagada, no precisaba de su luz para guiarle pues sabía dónde se dirigía, durante siglos había realizado este trayecto con la imaginación. El repulgo de su negra túnica rozaba sus tobillos mientras caminaba; sus dorados ojos, que resplandecían en las profundidades de su oscura capucha, eran los únicos destellos en la amodorrada ciudad.

No se detuvo al llegar a la plaza central, ni siquiera miró los edificios abandonados cuyas ventanas vacías parecían las cuencas oculares de una calavera. Su paso no flaqueó cuando se deslizó bajo las sombras de los altos robles, aun que estas sombras bastaron un día para aterrorizar a un kender. Las manos descarnadas que se extendían para atraparle se desmenuzaron en polvo bajo sus pies, y las aplastó sin inmutarse.

Apareció en el panorama la elevada Torre, negra en medio de la noche cual una puerta cavada en la penumbra. Al fin la criatura de negros ropajes y enhiesto cuerpo hizo un alto en su peregrinar para contemplar la mole. Escudriñaron sus pupilas la estructura, los desmoronados minaretes y el bruñido mármol que refulgía bajo la fría pero penetrante luz de las estrellas. Asintió despacio, satisfecho.

Se sumió ahora en la contemplación de la verja de la Torre, de los inquietantes jirones que revoloteaban apresados en la valla. Ningún mortal corriente podría haberse enfrentado a aquella cancela rodeada de misterio sin haberse vuelto loco, presa de un indescriptible terror. Ningún mortal habría salvado indemne la doble hilera de centinelas en forma de robles.

Pero Raistlin estaba allí tranquilo, sin miedo. Alzando su delgada mano asió el retazo de túnica negra, aún manchado con la sangre de su portador, y lo arrancó de la verja.

Un lamento sobrecogedor brotó de las entrañas del abismo. Era el grito de un ser ultrajado, tan sonoro y escalofriante que los ciudadanos de Palanthas se despertaron temblando de su sueño y se incorporaron en los lechos paralizados por el terror, convencidos de que se avecinaba el fin del mundo. Los centinelas que guardaban las puertas no acertaban a moverse y, con los ojos cerrados, se ampararon en las sombras para aguardar la muerte. Los niños se agitaban en sus cunas, los perros se ocultaron bajo las alacenas y los ojos de los gatos adquirieron un brillo singular.

Resonó un nuevo alarido y una lívida mano surgió de la Torre, el miembro de un rostro espectral que, retorcido de ira, flotó en el viciado aire.

Raistlin no pestañeó. La mano se acercó, la faz se cernió sobre él para augurarle las torturas del abismo, donde sería arrastrado sin remedio por haber cometido la imprudencia de desafiar la maldición de la Torre. Los esqueléticos dedos se cerraron en torno al corazón de Raistlin pero, temblorosos, se detuvieron.

—Debes saber que soy el amo del pasado y del presente —anunció el hechicero con voz pausada aunque clara, a fin de que pudieran oírle los moradores de la Torre—. Mi venida está escrita. Las puertas se abrirán a mi paso.

La mano espectral se retiró y, con un leve gesto, le invitó a penetrar en el edificio. Obediente a esta señal, la verja giró sobre sus silenciosos goznes.

Raistlin traspasó el umbral sin molestarse en saludar a la mano ni al ceniciento rostro que se inclinaba ante él en una respetuosa reverencia. Cuando penetró en el interior todos los entes negros, informes, sombríos que habitaban el recinto le rindieron homenaje.

El mago hizo un alto para examinar su entorno.

—Este es mi hogar —susurró.

La paz invadió la ciudad de Palanthas, el sueño vino a aliviar los resquemores. «Ha sido una pesadilla», pensaron todos y, tumbándose de nuevo en los lechos, se entregaron otra vez al descanso, arrullados por la oscuridad placentera que precede al alba.

La despedida de Raistlin

Caramon, los dioses han burlado al mundo
con ausencias, con dádivas, y a todos nos
albergan en su crueldad. La sabiduría
que nos legaron en mí han depositado,
la suficiente para que las diferencias advierta:
La luz en los ojos de Tika cuando la vista aparta,

el temblor en la voz de Laurana cuando habla a Tanis,
y el grácil ondear del cabello de Goldmoon al sentir
la proximidad de Riverwind, su caricia.

Me miran, e incluso con tu mente la diferencia
podría discernir. Aquí me asiento,
frágil mi cuerpo cual huesos de ave.

A cambio los dioses nos enseñan compasión,
nos dan misericordia, así nos compensan.
He de decir que a veces lo consiguen,
pues he presenciado cómo el aguijón de la injusticia
traspasaba a quienes, débiles en exceso para combatir al hermano,
intentaban buscar respaldo o amor y, al contemplarlos,
el dolor se amortiguó hasta reducirse a un destello;
pero lloré como tú lloraste, derramé mis lágrimas
sobre la rosa que al más flaco cobija.

Tú, hermano, en tu irreflexiva candidez,
en ese singular mundo donde el brazo de la espada traza
el ancho arco de la ambición y el ojo
guía sin malicia a la mano inmaculada,
tú que en ese universo vives no puedes seguirme,
no puedes otear el paisaje de los espejos rotos en el alma,
el doloroso vacío en un mágico juego de prestidigitación.

Y, sin embargo, me quieres, de modo tan sencillo como el fluir,
el equilibrio de nuestra sangre ciegamente compartida,
o como el sesgo de la espada al clavarse en la nieve;
es la mutua necesidad la que te desconcierta,
la honda complejidad resguardada en las venas.

Salvaje en la danza de la guerra cuando te yergues,
escudo infranqueable, frente a tu hermano, de tu corazón
brota el alimento que salvaguarda mi debilidad.

Si yo de ti me separo,
¿Dónde hallarás la plenitud de tu sangre?
¿Arrebujada acaso en los túneles del ser?

He oído el canto acariciador de la Reina,
su serenata, una llamada a la contienda
que se estremecía con la noche;
la música me invita a ocupar mi silencioso trono
en las profundidades de su insensible reino.

Los Señores de los Dragones pretendieron
unir la oscuridad a la luz, corromperla bajo el influjo
de las mañanas y las lunas.

En el difícil equilibrio la pureza se destruye,
pero en la voluptuosa penumbra yace la verdad,
la última y grácil danza.

No es para ti tal destino;
no puedes seguirme en las tinieblas,
en el laberinto de la fresca brisa. Acunan tu hálito
el sol, la sólida tierra
donde nada esperas, tras perder tu camino
cuando la ruta se desdibujó, muerta su esencia.

No podría explicártelo, mis palabras
sólo tropiezos te causarían. Tanis es tu amigo,
mi pequeño huérfano, él te revelará
los secretos que vislumbra en la senda de las sombras,
pues conoció a Kitiara, el brillo
de la oscura luna en sus negros cabellos.

Y ni aun así logra amenazarme, arrullado como estoy
por el húmedo susurro que la noche esparce
sobre mi faz expectante.